Natalia Román

Una apuesta con todas sus consecuencias



Natalia Román

Una apuesta con todas sus consecuencias

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente con el motivo de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Una apuesta con todas sus consecuencias.
©Natalia Román, julio 2020.
Corrección: Raquel Antúnez.
Diseño de portada y maquetación: Adyma Design.

Esta vez mi dedicatoria va para todos vosotros. Sí, para ti, que sostienes esta novela entre tus manos porque gracias a ti este sueño es posible.
¿Qué sería de un autor sin sus lectores?, pues, más o menos, un libro en blanco.

Gracias por estar aquí.
Besos mil.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40

Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Epílogo

Prólogo

El autobús del club de baloncesto de la universidad volvía con los jugadores después de un partido bastante importante, pues la liga estaba terminando, y todos eran decisivos para ganar y convertirse en los campeones. Pero, por desgracia, habían perdido y era la primera vez que lo hacían esa temporada, ya que llevaban una buena racha, para ser su primer año estaban imparables. Era la primera vez que un equipo conseguía tantas victorias y todos los apoyaban y los seguían fervientemente fueran donde fueran; pero el capitán del equipo, Víctor Delgado, no había tenido un buen día y, por culpa de dos errores que había cometido sumamente importantes, habían perdido el partido.

Víctor era el mejor jugador que había pasado por la universidad y gracias a eso se había convertido en el capitán y había llevado a su equipo hasta la cima. Partido tras partido conseguía que su equipo ganara y todos los ojeadores lo seguían allá donde fuera, esperando a que acabara la temporada para poder poner el mundo a sus pies firmando un contrato que lo llevara a lo más alto del baloncesto. Aunque Víctor solo tenía un sueño; ser elegido por el Pamesa Valencia y poder estar con los más grandes.

Estaban cansados, derrotados, cabreados y decepcionados por ese partido que acababan de perder, ya que no estaban acostumbrados a la derrota y, para ser la primera vez que ocurría, se sentían hundidos y humillados y, cómo no, atacaban al responsable y no le daban tregua.

—¿Cómo coño se te ha podido escapar ese pase de entre las manos? —le preguntaba uno de los jugadores a Víctor.

—No me jodas, tío, que ya estoy bastante cabreado con lo que ha pasado para que encima me toquéis los huevos.

—¿Y qué esperas?, ¿que te demos una palmadita en la espalda conforme has jugado hoy? —le recriminaba otro.

—¡La primera vez que perdemos este año y contra esos gilipollas! —volvió a protestar otro.

—Sí, vamos a ser el hazmerreír de todos —decía otro.

—¡Iros a tomar por culo! ¿Qué pasa?, ¿que no podéis recordar todo lo que he hecho antes de este partido? Si estáis donde estáis es gracias a mí y un mal día lo tiene cualquiera. Más me duele a mí, que hoy estaba el ojeador del Pamesa y he jugado como el culo, así que todos mis sueños se van a tomar por culo con esta mierda de partido. Después de hoy ningún ojeador dará un duro por mí. Así que no os quejéis tanto que yo he perdido más que vosotros —habló muy cabreado.

—Víctor tiene razón, un mal día lo tiene cualquiera —indicó Ángel, el mejor amigo de Víctor —, así que no lo machaquéis más que bastante jodido está ya.

—Pues, que se joda, ya le dijimos ayer que no era buena idea que se fuera con esas dos tías, pero él ni caso —volvió a atacarlo otro.

—Sí, debieron exprimirte bien para estar hoy tan *flojucho*, ¿verdad? —se burló uno más de él.

—Pues la verdad es que sí y, si me paro a pensar, vale la pena esta derrota por una noche con esas dos. —Ese comentario le hizo ganarse el reproche de sus compañeros y consiguió que todos le lanzaran a la cabeza lo primero que tenían en las manos—. ¡Aaauuu! Eso duele. —Se rio contagiándole la risa a los demás.

Con ese comentario consiguió que olvidaran el partido y se centraran en la noche que había pasado Víctor con esas dos mujeres y, cómo no, todos volvieron a avasallarle con preguntas, pero esa vez nada acusatorias, sino todo lo contrario.

—¡Y bien! Ya que nos has hecho perder el partido por esas dos tías buenas, cuéntanos cómo pasaste la noche, ¿cómo son en la cama?

—Sí, debió de ser alucinante estar con dos tías a la vez, el sueño de cualquier hombre y sobre todo con esas dos, que por lo que cuentan son de armas tomar.

—Tampoco fue para tanto. —Se hizo el importante, volviéndose a ganar otro abucheo y otro lanzamiento de objetos—. ¡Aaauuu! Bueno, bueno…, os lo contaré. ¿Sabéis lo que es estar en el paraíso? —preguntó con una sonrisa chulesca.

—¡Nooo! —gritaron todos a la vez.

—Pues, entonces, deberíais acostaros con ellas.

Todos volvieron a reírse, a abuchearlo y a lanzarle objetos, mientras él se moría de la risa.

—¡Qué cabrón! Ninguno de nosotros es capaz de llevarse a dos tías a la cama al mismo tiempo, eso solo te pasa a ti.

—Sí, nosotros no tenemos esa suerte. Tú serías capaz de llevarte a la tía más pura y virginal a la cama en un abrir y cerrar de ojos.

—No existen esas tías, hoy en día están más salidas que nosotros —se regodeó Víctor.

—Eso lo dices tú porque no hay ninguna que se te resista —apuntó el más feúcho del equipo, al que le costaba mucho llevarse a una chica a la cama porque sus compañeros se las ligaban a todas.

—No exageréis, no todas caen rendidas a mis pies.

—¡Nooo! Qué va —comentó con sarcasmo Ángel riéndose, pues conocía a su amigo—. Más bien, todas hacen cola para caer rendidas en tu cama.

Eso hizo que todos volvieran a reír hasta que uno de ellos preguntó:

—¿Y si encontrásemos a una que fueras incapaz de conquistar?

—¿De qué planeta? —se jactó Víctor, muy orgulloso de sí mismo conociendo su habilidad con las mujeres.

—Ya empezamos, ya saca esa chulería que no hay quien la aguante. ¿De verdad te crees incapaz de ser rechazado por una mujer?

—Tú y todos los demás perdisteis la apuesta anoche, y yo fui quien se llevó a las dos tías buenas a la cama. No os podéis imaginar todo lo que hice y me hicieron. Aunque, si he de ser sincero, no creo que vuestra imaginación llegue tan lejos.

Le encantaba picar a sus amigos, y a todos les encantaba apostar, sobre todo, si el sexo femenino formaba parte del juego, esas eran las más divertidas.

—¡Qué capullo! Hagamos una apuesta —propuso uno de ellos.

—Ooohh, ¡vamos! ¿No os cansáis de perder? —volvió a presumir, divertido.

—¿Por qué crees que vamos a perder?

—Porque siempre lo hacéis. Sabéis que si se trata de ligarme a una tía la apuesta la tengo ganada, así que no quiero seguir abusando de vosotros, me hace sentir mal, me dais lástima.

—Será capullo. ¿Tan seguro estás de ganar esta vez?

—Te contestaré una vez más con la misma pregunta; ¿quién se tiró ayer a las dos tías más buenas del bar?

—Entonces no tendrás miedo a apostar una vez más, ¿no?

—Estáis muy misteriosos. ¿Qué tenéis planeado esta vez?

—Víctor, no entres al trapo, no descansarán hasta que pierdas una apuesta —le advirtió Ángel —, y las tías no valen tanto.

—¿Vas a rajarte? —lo picó uno de ellos mofándose para que no rechazara.

—Está bien, ¿de qué estamos hablando esta vez? Bueno, más bien, ¿de quién?

—¡¡Uuuhh!! —gritaron todos a la vez.

—Esta vez estás perdido, esta tía no va a caer ni borracha —aseguró uno de ellos muy orgulloso por su elección.

—¿De quién se trata? —preguntó Víctor, intrigado.

—Si eres capaz de llevarte a esta tía a la cama, y que te diga las palabras mágicas, serás nuestro amo y señor todo lo que queda de curso.

—¿Queréis que enamore a una chica?

—¡Síii! —gritaron todos al unísono.

—Vamos, tíos, no os paséis. Una cosa es tirarme a una tía y otra muy distinta, enamorarla.

—¿Tienes miedo de perder la apuesta, donjuán? —seguían burlándose de él para que no se echara atrás.

—No es eso, pero una cosa es un polvo y otra muy distinta crear lazos.

—¿No quieres que seamos tus esclavos todo lo que queda de curso?, siempre has querido que apostáramos eso y siempre nos hemos negado.

—¿Y por qué ahora sí?

—Porque si eres capaz de conquistar a esa chica te mereces que seamos tus esclavos.

—¿Y qué chica es?

—No lo sabrás hasta que aceptes la apuesta.

—¿Y qué tendré que hacer si pierdo?

—Tendrás que pagar todas las rondas de cerveza de los viernes y pasarte una semana entera viniendo a la universidad vestido de tía.

Todos empezaron a reírse a carcajadas imaginándoselo, incluso a él le dio la risa.

—Sois un poco cabrones, ¿no?

—Víctor, no les sigas el juego —volvió a advertirle Ángel.

—¿Tú sabes quién es?

—No, no me lo han dicho.

—Esta vez tendrás que arriesgarte —expuso uno de ellos.

—No parece que tengas tanta confianza en ti mismo como nos quieres hacer creer. ¿Te ves incapaz de enamorar a una chica? ¿O es que solo sirves para tirártelas? —preguntó otro, picándolo más todavía.

—No vais a decirme quién es si no acepto la apuesta, ¿verdad?

—¡Nooo! —exclamaron todos a la vez.

—¿Seréis mis esclavos todo lo que queda de curso?

—¡Síii!

—¿Pagaréis mis copas? —preguntaba, divertido, porque le encantaba esa especie de juego.

—¡Síii! —gritaron más fuerte.

—¿Tendréis mis botas y mi equipaje limpio y reluciente?

—¡Síii! —contestaron todos a la vez.

—Creo que vale la pena el riesgo, ¿no crees? —le preguntó a Ángel—. Con tal de putear a estos mamones soy capaz de cualquier cosa, incluso de enamorar a una chica. Está bien, acepto la apuesta. Ahora decidme quién es, me muero de curiosidad.

—Antes debemos poner nuestras condiciones para que puedas ganar y, si las aceptas, te lo diremos.

—Está bien, ¿cuáles son? —Sonrió, cada vez más impaciente por conocer a esa misteriosa damisela que iba a caer bajo sus garras.

—Primera, tienes que conseguir que vaya al baile contigo; segunda, tienes que tirártela esa

misma noche y, tercera y la más importante, tienes que conseguir que te diga las palabras mágicas.

—Está bien, lo conseguiré —habló muy seguro de sí mismo—. ¿Quién es?

—¡Un momento! También queremos ser testigos de todo porque solo tu palabra no nos vale.

—¿Qué quieres decir?

—Tendrás que grabarlo todo, queremos ver cómo te la tiras y cómo te dice las palabras mágicas.

—¡No me jodáis!

—Sí. Queremos ver cómo mueves ese culito, ya sabes lo mucho que nos gusta.

—Iros a la mierda, ya sabéis que no me gusta hacer eso.

—No sería la primera vez.

—No, no sería la primera vez, pero no me gusta —protestó enfadado.

—Vamos, qué más te da, si luego no vas a volver a verla.

Víctor no podía dejar de mirarlos mientras le gritaban y provocaban para que aceptara la apuesta, sabía que no debía, algo dentro de él se lo gritaba a los cuatro vientos, pero la curiosidad por saber de quién se trataba, el morbo por conseguir una vez más ganar y la adrenalina del momento le hicieron aceptar el reto.

—Está bien, acepto. Ahora decidme quién es de una puta vez.

—¡¡¡Samanta!!! —gritaron todos a la vez.

—¡Samanta! ¿Qué Samanta?

—Samanta, la friqui, la cuatro ojos, la bocahierro, la tía más fea de toda la universidad.

—Estáis de broma, ¿verdad?

—¡Nooo! —gritaron todos a la vez, muertos de la risa, al ver su cara de incredulidad.

—¿Por qué crees que queremos que lo grabes? —preguntó uno de ellos sin poder contener las carcajadas.

—Porque no creemos ni que te empalmes con ese adefesio —soltó otro llorando de risa—, así que no conseguirás tirártela, y ganaremos la apuesta.

—Esta vez has caído en tu propia trampa. Va a ser difícil tener ganas de follarte a esa tía, tanto como enamorarla. Es la tía más estrecha de todo el campus y solo tienes esta semana para conquistarla, algo casi imposible, ya que no es capaz de confiar en un tío porque lo único que hacen es burlarse de ella. Así que no se creerá una palabra de lo que le cuente el chico más guapo y deseado del campus, sobre todo, si esas palabras sirven para conquistarla y llevártela a la cama.

—En dos palabras; ¡estás… jodido! Y dentro de nada tendremos el placer de verte hacer el ridículo por todo el campus vestido de tía y de beber todos los fines de semana a tu costa.

—¡Qué hijos de puta! ¿Queréis tirar mi reputación por tierra para poder ligaros a las tías? Porque después de que todos me vean en el baile con ese espantapájaros no volveré a ser popular.

—No lloriquees tanto, después de eso las tías buenas volverán a hacer cola en tu habitación para devolverte al buen camino, ya lo verás.

—De todas formas, no puedes echarte atrás, ya has aceptado la apuesta. Tienes una semana para llevarla al baile, tirártela y, sobre todo, para que te diga esas palabras que toda chica enamorada dice a su hombre.

—¡¡Te quierooo!! —gritaron todos a la vez.

—Si consigues todo eso, campeón, seremos tus esclavos.

—Vais a tener que limpiarme hasta el culo, ya que habéis sido tan cabrones, porque esto no os lo voy a perdonar. Van a verme con esa tía y haré de tripas corazón para llevármela a la cama,

pero vosotros vais a pagar con vuestra sangre este reto —les amenazó—, ya que pienso ganarlo y voy a disfrutar humillándoos a cada uno de vosotros como vosotros queréis humillarme a mí.

—¡¡¡Uuuhh!!! —gritaron todos de nuevo—. ¡¡¡Qué miedito!!!

—Así me gusta, con un par de huevos, si lo consigues podrás humillarnos todo lo que te dé la gana.

—¿Puedo echarme atrás, chicos? —bromeó, ya que sabía que estaba perdido y que jamás le dejarían escapar de esa apuesta.

—¡Nooo! —gritaron todos a la vez, riéndose y lanzándole de nuevo todo lo que tenían a su alcance.

—¡¡Aaauuu!! ¡Cabrones!

—Este es tu castigo por tirarte a dos tías a la vez y, mientras tú disfrutabas con ellas ganándonos la apuesta, nosotros planeábamos nuestra pequeña venganza.

—Sí, siempre conseguimos con nuestras apuestas que te lleves a las tías más buenas a la cama, y encima al día siguiente nos lo restriegas burlándote de nosotros. Esta vez por lo menos, si ganas, no tendrás ganas de presumir de ello. —Volvieron a reírse a su costa.

—¡Os odio… a todos!

Todos rieron una vez más, excepto Víctor, que por primera vez en su vida sentía miedo de perder al pensar en la chica en cuestión.



Capítulo 1

Esa misma semana todos seguían burlándose de él, ya que aún no había podido empezar a poner un plan en marcha para acercarse a Samanta, pues, nada más verla ese mismo lunes, se había dado la vuelta y había decidido anular esa apuesta, pero sus amigos no se lo habían permitido.

—¡No! no vas a escaparte de esta y eso te pasa por ser tan chulo.

—¡Venga, tíos, no me jodáis! No podéis tirar mi reputación por los suelos de esta manera, esa tía es un callo malayo y, aunque consiguiera llevármela a la cama, os puedo asegurar que no se me levantaría ni con una caja entera de viagra.

Todos sus amigos empezaron a reírse a carcajadas, incluso algunos se revolcaban por los sofás al ver su cara de circunstancias al imaginar el marrón que le había caído encima.

—Pues, ¡te jodes!, una apuesta es una apuesta y tú la has aceptado —espetó uno de sus amigos.

—¡Sí, sí, sí, sí! Y para que ganes tienes que conseguir que esa misma noche te diga las palabras mágicas o de lo contrario te veo toda la temporada pagando cervezas y vestido de *drag queen* —decía otro, muerto de risa.

—Tenéis razón, una apuesta es una apuesta, pero esa tía… Hay cientos de chicas en esta universidad, y justo me elegís a la virgen María disfrazada de Gollum.

Todos empezaron a reírse al oírle decir eso, y uno de ellos, desternillándose y levantando su jarra de cerveza, gritó a pleno pulmón:

—¡La virgen María disfrazada de Gollum! ¡Muy bueno! ¡Brindemos por la virgen María! —Todos levantaron sus jarras.

—La elección era nuestra; no te lo íbamos a poner fácil y nos ha costado mucho decidirnos. Todos sabemos que nada más necesitas sonreír a las tías y te las llevas a la cama, así que necesitábamos a una que te fuera imposible de conquistar con solo chasquear los dedos.

—Sí, y sor María Gollum es perfecta. Vas a pasarte toda la temporada pagando las cervezas de la victoria. Creo que vamos a arruinar a tu querido papaíto.

—Sí, esta temporada nos vamos a emborrachar a tu salud. —Volvieron a brindar.

—No cantéis victoria, hasta la noche del baile tengo tiempo; es difícil, pero no imposible.

—Míralo, ya nos sale otra vez con su chulería. ¿Quieres que hagamos otra apuesta?

—Por el momento estoy servido. Pero cuando gane esta podría volver a retaros.

—¡Será fantasma! —exclamó uno de sus amigos tirándole un cojín a la cabeza—. Me gustaría verte perder, aunque solo sea una vez, para ver si así se te bajan los humos.

—Nunca he perdido una apuesta y no creo que pierda esta. Y, aunque no me gustan las vírgenes porque solo traen problemas, podéis estar seguros de que la castidad de esa momia tiene los días contados. —Todos volvieron a lanzarle almohadones a la cabeza—. ¡Ah! Ya que os habéis lucido con la elegida; si gano, aparte de ser mis esclavos y pagar mis copas, también

tendréis que pagar las de mis conquistas.

—¡Síií, hooombre! Encima de que te tiras a una tía, y si lo haces vamos a ser tus esclavos, además quieres que os paguemos la bebida a ti y a tus ligues.

—No, listillo, no es por tirarme a una tía, es por la tía a la que me tengo que tirar, que divertido y placentero ya te puedo asegurar que no va a ser, ya que voy a tener que hacer de tripas corazón y acostarme con ese adefesio. Si hasta tendré que ponerle un saco en la cabeza para que se me levante, y todo por vuestra culpa. Encima, para colmo de males, todo el mundo me va a ver con ella del brazo en el baile.

—Bueno, en eso te doy la razón, yo preferiría pasarme toda la temporada limpiando botas que acostarme con ese engendro de la naturaleza. Creo que sí vas a necesitar una caja de viagras y un saco para la cabeza —añadió Ángel.

Todos volvieron a reír y siguieron con sus bromas volviéndolo loco.



Capítulo 2

Esa misma tarde, Víctor puso su plan en marcha después de despedirse de sus amigos, no estaba dispuesto a pasarse toda la temporada pagando cervezas a esos locos que parecían esponjas. Si perdía la apuesta, se vería en números rojos y teniéndole que pedir más dinero a su padre, algo que no era muy fácil de conseguir, ya que, aunque les sobrara el dinero, su padre le tenía una paga asignada y no podía pasarse del presupuesto. Según él, derrochar en vicios no te hacía un hombre de provecho, más bien, un golfo e irresponsable. Por ese mismo motivo su padre no le daba en exceso, debía administrarse lo que tenía y no estaba dispuesto a malgastarlo con esos cretinos, que por más que los apreciaba eran unos capullos, capaces de beberse en una noche dos barriles de cerveza.

Sin pensarlo demasiado, y decidido a ganar esa apuesta al precio que fuera, se dirigió al lado este de la universidad, donde sabía, gracias a una de sus conquistas, que la rarita salía de sus clases por la tarde para irse a su casa, ya que no se paraba a hablar con nadie, solo cogía el autobús y volvía al día siguiente, así todos los días.

Cuando la vio salir por la puerta pensó: «Tierra, trágame». Él estaba acostumbrado a salir con las chicas más guapas, coquetas y facilonas de la universidad, esas que revoloteaban a su alrededor y se disputaban sus favores, o sea, que casi no le suponía trabajo llevárselas a la cama, más bien se le colaban en ella. Pero nada más ver a esa chica sabía que no le iba a ser fácil, y ya no porque ella pudiera resistírsele, sino porque le iba a ser difícil incluso intentar besarla, pues la libido se le caía a los pies al verla acercarse hacia él a la parada del autobús donde estaba esperándola.

Llevaba una camisa blanca con cuello bordado por dentro de una falda con un estampado horroroso, fruncida por una goma ancha y por debajo de la rodilla, y esos calcetines blancos doblados hasta el tobillo eran la guinda del pastel, acompañados por unos zapatos negros sin tacón. Parecía una niña sacada de una película de los años sesenta, pero con mal gusto, por supuesto. Todo en ella le hacía parecer una chica reclutada para servir a Dios; tan recatada, modesta y reservada que daba la impresión de estar a punto de tomar los votos de un día para otro.

—Perdona, ¿eres Samanta? —le preguntó cuando llegó a su lado dejándola estupefacta.

Ella levantó la cabeza y lo miró muy sorprendida, parecía asustada y a punto de echarse a correr.

Él solo podía pensar en una cosa; en huir porque, cuanto más la miraba, más se preguntaba cómo una chica de su edad podía salir así a la calle y que no se mirara en un espejo antes. Ya no era solo su atuendo, sino esa forma tan peculiar de hacerse una trenza tan desaliñada y desgreñada que parecía no haberse peinado en días y esas gafas negras de pasta tan grandes que casi le tapaban la cara, pero, cuando abrió la boca intentando responder a su pregunta tartamudeando nerviosa, la bofetada que pareció recibir le hizo ver la pura realidad.

Se veía incapaz de besar a esa chica, por llamarla de alguna manera, pues esos *brackets* que llevaba parecían ocuparle toda la boca y casi no se le veían los dientes, en ese momento solo podía sentir terror al imaginar quedarse enganchado en ellos y tener que acudir a urgencias para que pudieran separarlos, aunque antes de que nadie supiera que había sido capaz de besar a esa chica prefería morir. Todos esos pensamientos le hicieron maldecir a sus amigos y odiarlos en ese mismo instante.

—Yo… yo…, sí…, soy Samanta, ¿por qué lo preguntas?

Solo al oír su voz fue capaz de centrarse en lo que estaba dispuesto a hacer, era lo único que no le desagradaba de ella, tenía una bonita voz.

—Necesito tu ayuda.

—Te… te estás burlando de mí, ¿verdad? —Cuando la vio agachar la cabeza, avergonzada, se quedó muy extrañado—. Vuelve a tu mundo y déjame en paz, por favor.

Sin apenas darle tiempo a reaccionar, lo esquivó y siguió caminando, pero él volvió a insistir, sentándose a su lado en el banco de la parada del autobús.

—Perdona, pero creo que no me has entendido.

—¡Sí! Te he entendido muy bien, y no sé por qué alguien de tu clase necesita burlarse de alguien como yo, ya tengo suficiente con los de la mía como para que encima los niñatos pijos también quieran divertirse a mi costa. Mira, vete y déjame en paz, por favor, porque me pidas lo que me pidas no voy a hacerlo, que otra tonta os entretenga a ti y a tus amigos.

Lo dejó bastante sorprendido con sus palabras y ese temperamento que no esperaba que tuviera, pero volvió a insistir, ya que estaba dispuesto a ganar esa apuesta.

—Me han dicho que eres un cerebrito y que se te dan muy bien las Matemáticas, y a mí se me han quedado atragantadas. Solo necesitaba tu ayuda para aprobar el examen porque, de lo contrario, no podré jugar el próximo partido y es decisivo; pero ya veo que los problemas ajenos no te importan, así que te dejaré sola. Eso sí, luego no culpes al mundo por no comprenderte, ya que tú no das pie a que nadie se te acerque. Muchas gracias y discúlpame, no volveré a molestarte.

Al ver su negativa tan rotunda, decidió hacerla sentir mal por su rechazo, para así tener la oportunidad de entablar una conversación con ella y justo obtuvo lo que quería; antes de que pudiera echarse a caminar ella se disculpó muy avergonzada.

—Lo… lo siento, discúlpame. Tienes razón, he sido muy borde. —Él volvió a sentarse a su lado—. Pero es que creí que solo querías burlarte de mí como hacen todos.

—No he venido a burlarme de ti, solo a pedirte ayuda. ¿Crees que podrías darme algunas clases de Matemáticas? Te las pagaría. Eso sí, solo tenemos cuatro días, el viernes es el examen. ¿Crees que podrás conseguir que me entren las Matemáticas sin tener que hacerme un cambio de cerebro?

Con esa broma consiguió hacerla sonreír e, inmediatamente, se arrepintió de eso y se dijo a sí mismo que lo mejor sería no ser gracioso porque si no daría esa maldita apuesta por perdida antes de empezar; esos *brackets* cada vez lo ponían más nervioso.

—Todo dependerá de tu capacidad, yo no puedo hacer milagros.

—¿Eso es un sí?

—Sí, pero solo tengo una hora, de diez a once, todos los días. Podríamos estudiar en la biblioteca.

—No, prefiero que sea fuera del campus.

—Ya, claro, no quieres que te vean conmigo.

—No, no es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—Vamos a necesitar más de una hora diaria. Recuerda que soy muy burro para las Matemáticas.

Otra vez volvió a hacerla sonreír, pero esa vez no le importaba, ya que era mejor esa improvisación que darle la razón, aunque tuviera que volver a mirar esos *brackets*, pues nadie debía verlos juntos porque eso sería su funeral social.

—Eso va a ser imposible.

—¿Por qué?

—Porque mis padres no me dejarán ir a tu casa.

—Pues entonces iremos a la tuya.

—Mis padres tampoco nos dejarán estar en la mía solos.

—¿Tus padres nunca están en casa? Yo podría ir a cualquier hora cuando ellos estuvieran.

—Mis padres se pasan el día en la panadería, cierran a las nueve y a esas horas no quieren a nadie en casa.

—¿Podríamos estudiar en la panadería?

—No lo sé, podría preguntarles a mis padres.

—Bien, pues mañana espero tu respuesta aquí a la misma hora. No me falles, por favor, te necesito.

Con esa última frase la dejó pasmada, pues nunca antes nadie necesitó nada de ella, y esa sensación le gustaba y le hacía sentirse importante por una vez en su vida.

—Está bien. —Lo miró embobada—. Lo intentaré, pero no te prometo nada, mis padres son muy estrictos.

—Confío en ti, nos vemos mañana, y recuerda que eres mi única esperanza.

Con un guiño de ojos, y esa sonrisa socarrona que encandilaba a las mujeres, consiguió que su corazón palpitase de emoción por primera vez en su vida, para después levantarse y marcharse dejándola de nuevo alelada mirándole marchar.

Mientras lo veía alejarse se preguntaba si sería capaz de enseñarle Matemáticas o acabaría por perderse en esa sonrisa tan bonita y tan sexi. Solo esperaba que, si lograba convencer a sus padres para que él fuera a la panadería a estudiar, no volviera a sonreírle nunca más así.

***

Al llegar a casa Samanta habló con su madre e intentó convencerla para que la dejara llevar a Víctor allí y así poder ayudarlo a estudiar. No entendía qué le pasaba, pero quería tener a ese chico cerca, quería ser su profesora de Matemáticas y de cualquier materia que él le pidiera. Sabía que podría pasarse el resto de su vida mirando esos ojos verdes tan bonitos y esa sonrisa socarrona que le daban un aire de chico malo.

—Mamá, por favor, déjame que ayude a ese chico a estudiar. Es importante para él y es la primera vez que alguien me pide un favor, no puedo decirle que no.

—No quiero a chicos en casa, y lo sabes, ni tu padre ni yo te vamos a dejar sola aquí con él. Te he dicho mil veces qué buscan los chicos de una chica y no pienso discutir esa cuestión contigo. Aún eres una niña y demasiado inocente para todos esos golfos sin escrúpulos, mejor mantente alejada del sexo masculino.

—Pero, mamá, si solo vamos a estudiar. Ese chico podría tener a cualquier chica del campus y jamás se fijaría en mí. Bueno, mejor dicho, ningún chico se fijaría nunca en mí —añadió muy triste.

—¿Por qué dices eso, cariño? —Su madre le acunó la cara entre sus manos—. Eres preciosa, y cualquier chico querría que fueras su novia.

—Te ciega el amor de madre, mamá. Jamás enamoraré a un hombre, soy la chica más fea del campus.

—Tonterías, eres muy bonita, tanto por dentro como por fuera. El hombre que sepa ver eso se sentirá orgulloso de ti y el que no sepa verlo se arrepentirá de no haberse fijado bien. Con el tiempo me darás la razón, ya lo verás, ahora solo has de centrarte en tus estudios y olvidarte de los chicos que tienen las neuronas en el cerebro equivocado.

—¡¡Mamá!! —le gritó riéndose al oírla decir algo así—. Eso no es propio de ti.

—¿Ves las cosas que me obligas a decir cuando hablamos de chicos? Ahora ve a ayudar a tu padre.

—Iré, pero, por favor, déjame ayudar a ese chico. Aunque sea aquí, en un rincón, no molestaremos demasiado, y podréis tenernos vigilados.

—¿Tanto necesitas ayudarlo?

—Sí.

—¿Es guapo?

—Mamá, eso no tiene nada que ver.

—Contéstame.

—Sí, es muy guapo. Pero, no te preocupes, no está interesado en mí, solo en mi capacidad por las Matemáticas.

—Está bien, tráelo. Pero os quiero ver en cada momento, ¿está claro?

—Sí, mamá, no nos moveremos de esa mesa. —Señaló la mesa del fondo de la panadería—. ¿Contenta?

—No, pero qué remedio me queda. Ahora ve a ayudar a tu padre.

—Gracias. —Se colgó de su cuello dándole un beso—. Te quiero.

—Anda, no me seas zalamera y vete ya.



Capítulo 3

Al día siguiente, Samanta salía de las clases muy nerviosa solo al imaginar un nuevo encuentro con él, aún no podía comprender cómo había sido capaz de insistirle a su madre para que la dejara llevar a un chico a su panadería, pero lo había hecho y había conseguido que sus padres le dieran permiso. Algo raro, tanto para ella, porque nunca solía insistir con nada, pues, si le decían no, ella se callaba y lo aceptaba, e igual de extraño en su madre, que nunca la dejaba salir con nadie y siempre la mantenía alejada del «sexo masculino», como decía ella cada vez que se refería a los chicos.

Cuando llegó a la parada del autobús y lo vio allí plantado, esperándola, el corazón empezó a hacerle cabriolas dentro del pecho; estaba guapísimo con esos vaqueros ceñidos y desgastados y ese polo de Ralf Laurent rojo. Con mucho pudor se acercó a él con la vista fija en el suelo, pues sabía que sería incapaz de mirarle a los ojos sin ponerse colorada como un tomate.

—¡Hola!

—¡Hola! ¿No me digas que tus padres no quieren que vaya?

—¡No! ¡Digo, sí! Al final pude convencerlos.

—¡Vaya!, te veía venir con la cabeza gacha y pensé que no podrías ser mi salvadora.

—No, no era por eso.

—Entonces, ¿por qué era?

—Yo…, yo…

Al darse cuenta del gran pudor que sentía a su lado, cogió su barbilla con suavidad y la obligó a levantar la cabeza para mirarla a los ojos.

—No muerdo ni me como a nadie, no deberías ponerte tan nerviosa a mi lado. Si no eres capaz de mirarme y relajarte conmigo, me va a ser muy difícil concentrarme y recordar todo lo que me digas y así no aprobaré el examen.

—Lo siento…

—Pues no lo sientas, solo déjame ser tu amigo. —Ella lo observó, atónita. Nunca ningún chico había querido ser su amigo y menos uno como él—. ¿Nos vamos? —le preguntó sacándola de su turbación.

—No…, hasta que llegue el autobús.

—Olvídate del autobús, estos cuatro días vas a tener chófer. Ven, tengo el coche ahí aparcado.

Cuando llegaron hasta su coche, un Peugeot 205 azul metalizado, y él, cómo todo un caballero, abrió la puerta del copiloto y esperó hasta que se sentara para cerrar la puerta; ella se quedó un poco alucinada y tímidamente le dio las gracias.

—¿Por qué me das las gracias? —preguntó acomodándose detrás del volante.

—Nunca antes nadie había abierto una puerta para que me sentara, eso solo se hace en las pelis o lo debéis de hacer la gente de tu clase, supongo.

—Cuando dices la gente de mi clase, ¿a qué te refieres exactamente?

—Pues, muy sencillo, el campus está dividido en tres partes: primero está la gente de pasta como tú, los demás y luego los frikis y los raritos como yo. Aún no entiendo muy bien la razón, es como si hubiera una cinta transparente que no se ve, pero que pone a cada uno en su lugar para que no nos mezclemos.

Ese comentario lo hizo reír, pues esa lógica que ella acababa de tener le hacía gracia y también le abría los ojos, pues tenía razón, y era la primera vez que se daba cuenta de eso. A él jamás se le hubiera ocurrido juntarse con la «plebe», como les decían él y sus amigos a los estudiantes de un nivel social más bajo que ellos, y muchísimo menos se hubiera imaginado estudiar y llevar en su coche a un rarito. Sabía que si los llegaba a ver uno de los suyos tendrían cotilleo para una buena temporada y lo que más se comentaría sería: «¿Habéis visto al capitán del equipo con una de esas raritas?». Rezaba para que eso no ocurriera y su reputación de donjuán saliera intacta de esa maldita apuesta porque estar con ella era bajar mucho su nivel, más bien, echarlo por los suelos. Aunque tampoco sabía qué excusa iba a poner la noche del baile cuando todos le vieran entrar con ella. Sus amigos se la habían jugado, y bien gorda, con esa apuesta, y él era un estúpido por haberla aceptado porque una cosa era llevársela a la cama y otra muy distinta aparecer con ella de pareja en público.

Víctor seguía las instrucciones que ella le daba para llegar hasta la panadería de sus padres y, cuando por fin aparcaron y entraron dentro, él vio cualquier cosa menos una panadería. Era grande y con muchas mesas y sillas, tanto dentro del local como en la terraza las vistas al mar eran muy bonitas para sentarte a tomar un café o cualquier otra cosa que te apeteciera, pues dentro había vitrinas enormes que ocupaban toda la pared de enfrente, llenas de pasteles, magdalenas, cruasanes, empanadillas, porciones de pizza, frivolidades…, tenían cualquier cosa que te apeteciera, tanto en dulce como en salado. Víctor había esperado encontrar una panadería diminuta donde solo despacharan pan, sin embargo, era más una pastelería, cafetería y bombonería que una panadería a secas, como ella la llamaba.

—¿Por qué dices que es una panadería? —preguntó sorprendido—. Parece de todo menos eso.

—Es que antes solo hacían pan; pero, desde que pusieron cerca esos supermercados tan grandes, la gente dejó de venir a por pan, y mis padres ampliaron el negocio.

—Bien pensado, me gusta y me gustan estas vistas al mar. ¿Podríamos sentarnos aquí fuera?

—Le preguntaré a mi madre. —Samanta entró y al momento salió—. Mi madre dice que, si nos ponemos en esta mesa, no hay problema.

La mesa daba justo al lado de la pared de cristal desde donde se veía todo el local.

—Tu madre quiere tenernos vigilados, ¿verdad? —Ella se puso colorada y asintió—. Si quieres entro y me presento formalmente para que sepan que soy un buen chico y que no voy a meterte mano por debajo de la mesa.

Al oírle decir eso empezó a carcajearse y su risa era increíblemente graciosa, ya que al hacerlo con ganas un pequeñísimo ronquido salía de su garganta provocándole reír a él.

—Si mi madre pensara eso te sacaría a escobazos —le decía soltando un último ronquidito.

—Me gusta tu risa, es muy graciosa. —La miró a los ojos consiguiendo cortársela de golpe.

—¿Te estás burlando de mí? —soltó muy seria.

—No. ¿Por qué me preguntas eso?

—Bueno, olvidémonos de todo y pongámonos a trabajar.

Prefería cambiar de tema y no pensar en si le mentía o no, aunque en el fondo sabía que no era verdad y solo se lo decía para ser amable con ella por ayudarlo a estudiar.

Se sentaron y prepararon los libros, él intentó centrarse en lo que ella le explicaba, ya que se suponía que no conseguía entenderlo, pero la cruda realidad era que no tenía, ni había tenido

nunca, problemas en los estudios porque, gracias a Dios, su memoria era increíble y no necesitaba estudiar demasiado para retener las materias. Pero, cómo no, debía hacer el paripé y fingir que le costaba retener la información para acercarse a ella e intentar conquistarla.

—¿Queréis merendar algo? —preguntó su madre acercándose a la mesa—. ¿Te apetece un pastel y un café? —Esa vez fue directa a Víctor.

—Ella es mi madre —los presentó Samanta—. Mamá, él es Víctor.

—Mucho gusto.

—El gusto es mío, señora.

—¿Te apetece algo? —insistió.

—¿Qué me aconsejas? —le preguntó a Samanta dejándola pasmada.

—¿Quieres mi consejo? —La dejó confusa, pues nunca un chico le había pedido consejo. Bueno, en realidad, nunca se habían parado a hablar con ella, más bien se burlaban.

—Sí. Tú conoces todo mejor que yo y sabrás que está más bueno, ¿no?

—A mí me gusta la horchata.

—Entonces tomaré horchata.

—Muy bien, enseguida os la sirvo.

—Perdona, pero es muy pesada y hasta que no ha conseguido conocerte no ha parado.

—Es normal, estoy en su local y con su hija, lo normal es que me la presentes.

—¿No te ha molestado?

—No.

Su madre volvió con dos horchatas y una bandejita de *fartons* caseros y las puso delante de ellos.

—Que aproveche. —Les dedicó una sonrisa.

—Gracias, tiene muy buena pinta.

—Porque están muy buenas —aseguró su madre—. Dicen que con el estómago lleno las personas rinden más, así que cuanto más rindas antes terminaréis las clases.

—¡Mamá! —exclamó, avergonzada, Samanta.

—Está bien, ya os dejo.

—Lo siento, qué vergüenza.

—Creo que tu madre, como aquel que dice, me está diciendo que me espabile y que me largue, ¿verdad?

—Lo siento… —volvió a disculparse.

—Pues no deberías, mientras no seas tú la que me eche no pienso marcharme. —Le guiñó un ojo sonriendo a la vez, consiguiendo nuevamente que el corazón de Samanta hiciera cabriolas en su interior.

—Yo…, yo jamás te echaría —confesó muy nerviosa.

—Entonces no hay ningún problema. ¿Seguimos estudiando?

—Sí.

Samanta volvió a centrarse en los libros y en sus explicaciones; él, sin embargo, la miraba absorto preguntándose cómo sería su cara sin esas gafas horrorosas que parecían ocultar a propósito sus ojos que, con ese tono azul claro como el cielo, debían de ser muy bonitos. Su risa era muy graciosa, con ese sonido que salía de su garganta cada vez que cogía aire para reírse, y estaba seguro de que sin esos *brackets* incluso podría resultar bonita. Pero lo que más curiosidad le daba era saber cómo sería su pelo, ya que esa trenza medio desecha y desaliñada daba muy poco a la imaginación, lo único que tenía claro es que era negro como el carbón y con mucho brillo.

«¿Qué coño te está pasando? ¿Crees que porque tengas que llevártela a la cama debajo de todas esas cosas habrá una chica mona? —se preguntó a sí mismo—. Pues, olvídate de eso, esto no es una película de princesas y tú no eres el príncipe encantador; más bien, el cabrón que terminará destrozándole el corazón cuando todo esto termine. Lo que ves es lo que hay y no le des más vueltas…», su voz lo sacó de sus pensamientos.

—Víctor, ¿me has escuchado?

—Sí, sí. Te he escuchado.

Esa vez era él el que estaba centrado en los libros, y ella la que no podía dejar de mirarlo. Le fascinaba su pelo, ese tono rubio ceniza con bastantes mechas más claras por el sol, esas pequeñas hondas rebeldes y ese corte moderno, pero no demasiado corto, le sentaba muy bien. Sus ojos verde oscuro eran preciosos y esa mirada intensa y penetrante con la que solía observarla la ponía muy nerviosa. Su nariz pequeña y recta le daba un aire de niño bueno, sin embargo, su sonrisa socarrona provocaba todo lo contrario, cada vez que se iluminaba parecía un chico malo, de esos de los que las madres solían advertir con la típica frase al referirse a ellos: «Aléjate de ese, ese es un sinvergüenza y solo te traerá problemas».

Samanta estaba segura de que si se lo proponía podría robarte el corazón en un abrir y cerrar de ojos, pues como todas decían en el campus gritando cada vez que lo veían pasar: «¡Dios mío, está buenísimo!». Sacudiendo la cabeza para evitar todos esos pensamientos que le cruzaban por el cerebro, se dijo a sí misma: «¿Cómo puedes ser tan tonta?, deja de mirarlo y de pensar tonterías, ese chico no es para ti, es demasiado. Sería como el cuento, pero al revés; tú serías la bestia, y él, el hermoso príncipe. Un chico como él nunca se fijaría en la chica más fea del campus, más bien, huiría de ella. Si ni siquiera quiere ir a la biblioteca para que no lo vean a tu lado, aunque no puedes culparlo por eso, ¿quién querría estar contigo?».

Cuando sintió la caricia de él en su brazo pegó un brinco y, al mismo tiempo, un escalofrío la envolvió.

—Lo siento, no quería asustarte, pero es que estabas como ida, mirándome, y no me escuchabas.

—Lo siento, solo estaba pensando.

—¿En qué?

—Mejor no me preguntes, por favor. —Se sonrojó.

—Está bien. ¿Seguimos?

—Sí.

***

Su madre no podía dejar de mirarlos y le aterraba pensar que ese chico quisiera algo más que estudiar con su hija.

—¿Por qué le has dado permiso para que ayude a ese chico si no puedes soportarlo?

—Porque necesitaba verlo.

—Y, ahora que lo has visto, ¿estás más tranquila?

—No. Ahora estoy más aterrada. Ese chico es el típico niño guapo, ese que se lleva a todas a la cama y, después, si te he visto no me acuerdo.

—Habla con la niña, adviértela, es demasiado inocente para saber qué quieren los chicos de ella. Quizás nos equivocamos y tampoco es bueno protegerla tanto, que sea así, tan inocente.

—Ella es perfecta así, además, esa clase de chicos no se divierten con nuestra hija, esos quieren chicas guapas, llamativas y facilonas. De momento, está a salvo, no podría soportar que

la historia volviera a repetirse. Mientras no quiera cambiar de aspecto todo irá bien.

—Algún día querrá ponerse guapa.

—Lo sé, pero esperemos que tarde, aún es demasiado joven.

***

A las nueve Esperanza salió de nuevo a la terraza.

—Cariño, es muy tarde, deberías despedirte de tu amigo y ayudarnos a recoger.

—¿Qué hora es? —preguntó Samanta.

—Son las nueve —respondió Víctor mirando el reloj de pulsera.

—¡Vaya! Se me ha pasado el tiempo volando. —Sonrió.

—Sí, a mí también. Contigo las Matemáticas son muy amenas. —Le devolvió la sonrisa.

A ella se le subieron los colores por esa manera de mirarla y el corazón le empezó a hacer volteretas nuevamente.

—Bueno, me alegra que la tarde haya sido provechosa, pero ahora deberías volver a tu casa, es muy tarde.

—Sí, tiene usted razón, en cuanto pague mi merienda me marcharé. ¡Ah! Y, déjeme felicitarla, los *fartons* estaban muy buenos.

—A la merienda estás invitado, y los *fartons* son cosa de mi hija y de mi marido, entre los dos hacen los dulces y salados, yo solo me encargo del pan.

—Pues creo que tendré que probar todas las cosas que haces. —Se dirigió a Samanta—. Porque, como todo esté tan bueno como los *fartons* que he probado, seré un cliente fijo. —Ella volvió a sonreírle tímidamente—. Ahora he de marcharme. Mañana te recojo en el mismo sitio y a la misma hora —afirmó guiñándole un ojo y después le dijo a su madre—: Hasta mañana, señora, y gracias por la invitación. —Mientras se iba las dos lo miraban.

—Aléjate de ese chico —le advirtió su madre muy seria—, ese es un sinvergüenza y solo te traerá problemas.

Samanta, recordando sus propios pensamientos, se echó a reír al ver que su madre también era capaz de decirle esa típica frase, estaba claro que el amor de madre la cegaba para poder creer que un chico como ese quisiera algo con ella.

—Mamá, ese chico jamás querrá nada conmigo. Todas las chicas de la universidad se lo rifan. ¿De verdad crees que él se enrollaría conmigo?

—Tú hazle caso a tu madre y aléjate de él. Termina pronto con esas clases y luego no vuelvas a mirarlo siquiera.

Samanta aceptó sin protestar todo lo que le decía sabiendo que, en cuanto esas clases terminaran, no necesitaría alejarse de él, estaba segura de que él no volvería ni siquiera a saludarla cuando la viera por el campus, ya que disimularía delante de todos que conocía a la rarita.



Capítulo 4

Los cuatro días restantes los habían pasado igual; mientras él conducía, ella iba haciéndole preguntas sobre lo que habían estudiado y, como respondía bien a todas, ella lo alababa y felicitaba eufórica, su entusiasmo le agradaba y lo hacía reír. Sentándose en la cafetería, lo primero que hacían era merendar, como todos los días; después, mientras ella abría los libros, él la observaba muy confuso, sin entender cómo podía ser que en apenas cuatro días todo hubiera cambiado tanto.

La primera vez que la vio parecía darle arcadas pensar en que debía llevársela a la cama, aún era peor cuando la veía sonreír y se imaginaba besando esa boca cubierta de hierros; pero, según pasaban los días, ya no le desagradaba mirarla y lo más increíble era que se sentía a gusto a su lado, le gustaba su timidez, su dulzura y su bondad; todo en ella era sencillo, tierno y delicado.

—¿Qué quieres que repasemos hoy? —preguntó sacándolo de sus pensamientos.

—Olvidémonos de las Matemáticas y vayamos a dar un paseo por la playa —le propuso sorprendiéndose incluso a sí mismo por lo que acababa de decir.

Se quedó pasmado porque en realidad era lo que le apetecía hacer con ella y justo en ese momento.

Estaba harto de fingir que le costaba memorizar todo lo que repasaban, era el último día, después solo se verían en ese baile, se la llevaría a la cama y todo se acabaría entre ellos, pero lo que más le molestaba era saber que le rompería el corazón, algo que antes ni siquiera se había parado a pensar. Y, con todo lo que ella se había esforzado por él, necesitaba recompensarla, quería conocerla, aunque fuera un poco, para que por lo menos estar con ella fuera algo agradable y no un mete y saca frío y sin emociones, y para eso necesitaba esforzarse un poco y conocer sus gustos por más que le costara hacerlo.

—¿Quieres pasear conmigo por la playa? —le preguntó muy sorprendida.

—Sí.

—Pe… pero… ¿y tu examen?

—Has sido una magnifica profesora. ¿No crees que esté preparado? Porque yo me siento preparado.

—Sí…, sí, por supuesto que creo que estás preparado y estoy segura de que vas a aprobar, pero…

—¿No quieres pasear conmigo? —insistió muy serio mirándola a los ojos con tanta intensidad que le quitaba el sentido.

—La pregunta más bien sería: ¿por qué tú quieres pasear conmigo?

—¿No quieres pasear conmigo? —repitió.

—Síií.

Con esa respuesta consiguió una sonrisa de él tan socarrona que podía sentir cómo le temblaban hasta las piernas y cómo el corazón se le saldría del pecho si seguía saltando de esa

manera.

—¿Crees que tu madre te dejará pasear conmigo o necesitaremos un guardaespaldas? —Esa pregunta la hizo reír a carcajadas, y él rio con ella al escuchar esos ronquiditos que salían de su garganta.

—Creo que será la primera vez que desobedezca a mi madre si me dice que no.

—Entonces vámonos. —Sonrió metiendo de nuevo los libros en su mochila—. Dejo la mochila en el coche y vuelvo a por ti.

—Vale, te espero fuera.

Aún no podía creer que fuera tan lanzada, pero por pasear con él por la playa sería capaz de vender su alma al diablo. Sin embargo, el diablo sería más fácil de convencer que su madre, pensaba preocupada mientras entraba por la puerta de la panadería.

—Mamá, ¿puedo ir a dar un paseo con Víctor por la playa?

—¡No!

—Mamá, ¡por favor! Hemos trabajado mucho estos días y necesitamos un descanso.

—Cariño, ese chico no te conviene.

—Ningún chico me conviene, según tú. ¿Qué quieres? ¿Que me meta a monja?

—No. Quiero que salgas con un buen chico y no con un golfo, porque eso es lo que es ese muchacho; un golfo y un mujeriego.

—Tú no lo conoces, ¿cómo puedes saber cómo es?

—No necesito conocerlo, solo mirarlo para saber que es un donjuán de los pies a la cabeza.

—Lo siento, mamá, pero voy a irme a pasear con él. Es lo que más deseo en el mundo y es lo que voy a hacer.

Después de esas palabras se dio media vuelta y salió de la panadería, cuando lo vio fuera, esperándola, empezó a ponerse muy nerviosa mientras se recriminaba: «¿Por qué has hecho eso? Debiste quedarte en la panadería, tú y él no tenéis nada en común, no sabréis de qué hablar».

—¿Derecha o izquierda? —preguntó él cuando llegó a su lado.

—¿Cómo?

—¿Hacia dónde vamos?

—Derecha, puerto; izquierda, rocas y pescadores. Donde tú quieras, no me importa.

—Entonces, izquierda, prefiero las rocas.

Cuando llegaron a la orilla de la playa se quitaron los zapatos, se pusieron a caminar pegados a la orilla y se desviaron hacia la izquierda.

Dejándola sin aliento, con la mano que tenía libre, cogió la suya y entrelazó sus dedos a los de ella.

—¿Cuánto te debo por las clases?

Ella se quedó pasmada y sin poder respirar por sentirlo tan cerca y por la manera en que se había apoderado de su mano, como si le perteneciera y no tuviera ni siquiera que pedir permiso.

—No… no… no me debes nada —tartamudeó nerviosa.

—Yo te contraté, recuerdas, y tú has tenido mucha paciencia conmigo…

—Para mí ha sido todo un honor y un gran placer ayudarte, y la única recompensa que quiero es un sobresaliente. ¿Crees que podrás sacar un sobresaliente para mí?

—Si me lo pides así no puedo negarme, tendrás un sobresaliente. ¿Qué más quieres?

—¡Yo! Na… nada.

—¿Te gustaría ser mi pareja en el baile?

—¡¿Yo?! No… no… no puedes ir conmigo a ese baile. —El tartamudeo se agravó al escuchar esa pregunta.

—¿Por qué no?

—Porque la gente se reiría de ti. Bueno, más bien de mí, o de los dos, ¿qué importa? —Cada vez estaba más nerviosa.

—Si se atreven a reírse de ti tendrán que vérselas conmigo.

—Víctor, no sigas, por favor, se… será mejor que vuelva a casa.

Cuando intentó alejarse, sujetó su mano con más fuerza y la atrajo hacia él. Tirando sus zapatos al suelo, agarró su cintura y la puso enfrente; a ella, de la impresión, también se le cayeron los zapatos.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué quieres irte?

—Porque no me gusta que se rían de mí —contestó muy triste con los ojos inundados en lágrimas.

—¿Por qué crees que me estoy riendo de ti?

—Porque todos los chicos lo hacen. Y te pido por favor que no finjas por hacerme sentir bien, ya te he dicho que no me debes nada, y no necesito que me invites a ese baile para agradecérmelo porque no pienso ir.

—¿No crees que me apetezca ir al baile contigo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque eres el chico más guapo y popular del campus. Porque las chicas estarán haciendo cola para que las lleves. Porque podrías elegir a cualquiera y no tener que hacer el ridículo presentándote conmigo en ese baile…

Cogiéndole la cara entre sus manos le habló muy serio callándola de golpe:

—¡Basta! No sigas insultándote a ti misma, no me gusta. Ahora quiero que me escuches bien. Tienes razón, podría escoger a cualquier chica del campus y todas me dirían que sí. Pero no quiero ir con ellas, sino contigo…

—Víctor…

—¡No! No voy a aceptar una negativa porque estés llena de complejos. Sé que quieres ir a ese baile conmigo, así que iremos juntos y no se hable más.

Ella se había quedado atónita, mirándolo, por esa seguridad y esa afirmación tan indiscutible con la que acababa de pedirle que fuera con él al baile. Y, sin poder reaccionar a todo lo que estaba pasando, sintió cómo él acarició sus mejillas con los pulgares para limpiar esas dos lágrimas que corrían por ellas, arrastrándola muy lentamente hacia él. Mientras, al mismo tiempo que él agachaba muy despacio la cabeza en busca de sus labios, ella empezó a temblar de pies a cabeza, esperando ese beso que parecía no llegar nunca, pues entre los dos la diferencia de altura era muy considerable, ya que ella le llegaba por los hombros y no porque fuera bajita, sino porque él era demasiado alto, como casi todos los jugadores de baloncesto.

Él sonreía al sentirla tan nerviosa esperando su primer beso, porque sabía que era el primero, así que rozando sus labios con ternura la sintió estremecer y un sentimiento muy extraño se apoderó de él.

Había sido un beso insignificante para él, un simple roce, sin lengua, sin placer, sin ningún sentimiento; pero, cuando volvió a mirarla y la vio con los ojos aún cerrados como saboreando ese contacto casi inexistente, le preguntó:

—¿Vendrás al baile conmigo?

—Síií —contestó con un gran suspiro por la emoción de ese primer beso.

Justo en ese momento, se dio cuenta del gravísimo error que acababa de cometer y maldecía esa apuesta que lo obligaba a seducir a esa chica tan inocente y confiada. Porque, si por ese beso

tan insignificante era capaz de sentirse en una nube, que era lo que parecía ocurrirle, cómo se sentiría cuando le robara su virginidad y después le dijera que lo de ellos no podía ser, que él no la quería y que nunca más iba a volver a tener una cita con ella. Nada más darse cuenta de lo mucho que le dolía hacerle daño, cambió y le habló muy serio:

—Será mejor que te vayas y que te olvides de mí.

—¿Por qué me dices eso? —preguntó abriendo los ojos mirando a los suyos—. ¿He hecho algo mal?

—No, no es por ti, es por mí. No soy un buen chico, Samanta, al menos no para ti.

—Víctor…

—Voy a dañarte y, aunque no quiera, acabaré haciéndolo igualmente.

—¿Tú quieres hacerme daño? —preguntó sorprendida.

—¡No, joder, no quiero! Pero acabaré haciéndotelo —repitió.

—¿Por qué? —insistió cada vez más confusa.

—Porque te llevaré a ese baile; después a mi apartamento, como hago con todas; te robaré tu virginidad, y al día siguiente no serás importante para mí y no querré volver a tener una cita contigo. Eso es lo que hago con las chicas y no creo que tú te merezcas algo así.

Acababa de confesarle todo lo que tenía pensado hacer con ella para que echara a correr, para que no volviera a acercarse a él y así no tener la tentación de concluir esa maldita apuesta, pero lo que nunca se hubiera imaginado era la respuesta de ella.

—¿Y si yo quisiera ser tuya, aunque solo fuera por una noche?

—No puedes estar hablando en serio, el sol te ha debido de achicharrar las neuronas.

Ella se rio al oírle decir eso y después le habló muy avergonzada:

—Estar contigo estos tres días ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida, y creo que, aunque viviera mil años, como los vampiros; no encontraría a nadie mejor que tú con quien de verdad quisiera pasar mi primera noche de amor. Si tú quieres ser el primero, yo estaría encantada. Dicen que la primera vez es muy bonita y que nunca se olvida, y yo no quiero olvidar estos días contigo, pero estoy segura de que tú no querrás acostarte con una rarita como yo, ¿verdad?

—¿Estás hablando en serio? —Cada vez estaba más confuso al ver que ella no se escandalizaba y echaba a correr después de confesarle sus planes, sino todo lo contrario; ella misma se le ponía en bandeja.

—Sí, siempre que tú quieras.

—Para mí será un placer llevarte a ese baile y ser el hombre que nunca puedas olvidar. Eso sí, ¿sin ataduras?

—Sin ataduras, si al día siguiente no quieres ni saludarme, lo entenderé.

—¿Puedo besarte?

—Síií, por favor. —Víctor sonrió satisfecho.

Antes de volver a coger su cara entre las manos, le subió las gafas hasta su cabeza como si fuera una diadema y por primera vez vio sus ojos, sin brillos, sin sombras y sin esas gafas tan horrorosas.

—Tienes unos ojos preciosos, tan bonitos, tan azules y transparentes al mismo tiempo como el cielo que hay detrás de ti.

—No más que los tuyos. —Le sonrió por esas palabras tan bonitas que nunca creyó escuchar algún día.

Ese comentario le provocó una sonrisa, pues a las mujeres les gustaba oír palabras bonitas cuando las cortejaban, pero nunca ninguna se preocupó en decirle a él algo así como respuesta.

Cuando volvió a ver cómo cerraba los ojos esperando, la sonrisa en sus labios se dibujó sin apenas darse cuenta y un deseo que jamás creyó que sentiría por ella empezó a inundar sus sentidos. Sin poder controlarlo, besó sus labios suavemente y notó cómo ella le devolvía el beso con timidez, así que volvió a hacerlo, pero esa vez estrechándola entre sus brazos y ese fue el detonador que encendió los motores porque, al abrazarla y percibir cómo todo su cuerpo se estremecía entre sus brazos, le fue imposible conformarse con un roce tan inocente, así que abriendo su boca, y obligándola a ella a abrir la suya, su lengua entró como una víbora en busca de carnaza acechando su boca temblorosa hasta encontrar su presa.

Samanta creía que podría morir en ese mismo instante y que, si así fuera, sería feliz porque sentir esos brazos fuertes estrechando su cuerpo y esos labios cálidos y tiernos besar los suyos era algo que no creyó que ocurriría jamás. Todas esas emociones que él despertaba en ella la hacían estremecer y, abrazándose a él, se dejó llevar por esos sentimientos y por el deseo que él sabía despertar en ella con mucha habilidad, ya que sin apenas darse cuenta estaba abriendo sus labios para él. Cuando su lengua suave y caliente se unió con la de ella todo su cuerpo empezó a acelerarse y, cuanto más bailaban sus lenguas y más se enredaban, ella más se aceleraba y más se estremecía por el deseo.

De repente, todo acabó bruscamente y ella se sintió vacía y fría cuando él se separó rápidamente maldiciendo.

—¡¡Joder!! ¡¿Qué coño me has hecho?!

Cuando le vio la boca llena de sangre, y escupir en la arena, sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas y estaba tan avergonzada que las palabras no le salían.

—Lo… lo… lo… lo siento, se me había olvidado que ayer se me rompió un enganche. Yo… yo… yo a veces también me hago daño. ¡Oh, Dios mío, perdóname! —Con las manos temblorosas, acarició su mejilla y le preguntó—: ¿Me dejas ver qué te has hecho? —Él abrió su boca, y ella vio un pequeño corte debajo de la lengua, con las lágrimas rodando por sus mejillas, le habló con mucha tristeza—: Solo es un pequeño corte y ya apenas sangras, saldrás de esta, no te preocupes. —Se limpió las lágrimas y se alejó de él—. Ahora he de marcharme. —Nada más decir eso, echó a correr.

Víctor estaba pasmado, aún no asimilaba todo lo que acababa de suceder y de pronto se sintió un miserable, salió corriendo detrás de ella y la detuvo, agarrándola del brazo, parándola en seco y volviéndola con fuerza hacia él. Ella se agarró a su camiseta, pues con el impulso había perdido el equilibrio, pero el abrazo tan fuerte con el que él la sujetó de la cintura la volvió a dejar parada frente a él.

—Samanta, yo…

—¡Suéltame, por favor, no quiero que me mires!

—Escúchame…

—¡No!, quiero irme. —Las lágrimas rodaban por sus mejillas—. ¿No te doy asco? A… a… acabo de cortarte la lengua con este estúpido aparato, ¡es asqueroso! —decía tapándose la boca para que él no pudiera ver sus *brackets*.

—Por favor, tranquilízate y escúchame. —Cogió sus manos, apartándolas de su boca y enroscándoselas en su propia cintura pegando el cuerpo contra el suyo, entonces volvió a coger su cara entre las manos, limpió sus lágrimas y le habló con una voz muy suave—. Soy un gilipollas, pero no esperaba sentir dolor cuando más a gusto estaba besándote, por eso he reaccionado así, perdóname.

—¿No… no estás enfadado?

—No, tú no tienes la culpa.

—Será mejor que no vuelvas a besarme.

—No me asustan unos *brackets* rebeldes. —Con esas palabras consiguió una sonrisa de ella—. Y soy un chico duro, puedo soportar el dolor, aunque no lo parezca.

—Víctor…

—¡Ssshhh! Necesito besarte de nuevo.

—Y si vuelves…

—Ahora sé lo que tengo que hacer.

Nada más decirle eso la sintió estremecer de nuevo entre sus brazos y esa sensación fue tan placentera que se apoderó de su boca con un beso fuerte y posesivo, pero al mismo tiempo cuidadoso para no volver a lastimarse. Mientras con la lengua acariciaba la suya, ella podía saborear la sangre que seguía emanando levemente de la herida, pero a ninguno de los dos parecía importarle ese pequeño detalle.

Ella no podía dejar de acariciar su espalda, fuerte y dura, y él no podía evitar bajar sus manos hasta su trasero; pequeño, redondo y duro, y mientras lo apretaba contra su cuerpo su respiración se aceleraba multiplicándose su deseo. Con un gran esfuerzo se separó de ella, y verla turbada por sus besos y con los labios enrojecidos por sus caricias lo complació muchísimo.

—Será mejor que recojamos los zapatos y te lleve a casa —le advirtió devolviéndola a la realidad.

—¿He vuelto a lastimarte? —preguntó preocupada.

—No, pero, si no te llevo ahora mismo a tu casa, te tumbaré en la arena y te haré el amor sin importarme quién pueda estar mirándonos.

Esas palabras y esa forma de mirarla consiguieron ruborizarla y agachando la cabeza escondió la cara en su pecho muerta de vergüenza.

—Víctor.

—¿Qué?

—¿De verdad deseas estar conmigo? —preguntó aún incrédula de que un hombre como él estuviera interesado en ella.

—Creo que acabo de demostrártelo hace unos segundos, ¿no lo has notado?

—Yo… yo no entiendo de esas cosas, y mi madre dice que los hombres sois capaces de acostaros con quien sea sin necesidad de sentir nada por nosotras. Yo… yo soy muy fea. ¿Por qué quieres estar conmigo?

Él volvió a obligarla a levantar la cara para decirle mirándola a los ojos:

—Tienes los ojos más bonitos que he visto en mi vida, y los hombres también somos capaces de profundizar en vuestro interior y me gusta todo lo que hay dentro de ti. —Esas palabras volvieron a conseguir que su corazón palpitase de emoción, besando sus labios con ternura cogió su mano—. Te acompaño a casa.

Recogieron los zapatos y caminaron callados, cogidos de la mano, hasta la panadería.

—Si mañana cambias de idea y no quieres que sea tu acompañante lo entenderé. —Quiso dejarle claro antes de despedirse.

—Samanta…

—No, de verdad, todos podrían reírse de ti y no quiero que eso ocurra.

—Nadie va a reírse de mí, y de ti tampoco, nunca lo permitiría.

—No sé si mis padres me dejarán ir.

—Tienes dieciocho años, ya va siendo hora de que tomes tus propias decisiones, ¿no crees? Como ponerte bonita para mí. Quítate esos trapos que parecen querer esconder a esa muchacha que yo sé que está ahí y no me preguntes por qué, pero estoy completamente seguro de que si te

lo propones podrías ser muy guapa, así que no me falles. Pasaré a buscarte a las ocho. Sorpréndeme con tu belleza, esa que tanto te empeñas en ocultar.

—Estaré esperándote.

—Hasta mañana.

Le dio un último beso y, cuando se dio la vuelta para marcharse, la escuchó decir:

—Suerte en el examen.

—No la necesito, he tenido una maestra estupenda. —La oyó reír con ese sonido tan peculiar y con una sonrisa se volvió y le guiñó un ojo—. Un sobresaliente, te lo prometo.

—Eso sería una buena recompensa. Hasta mañana.

***

Cuando entró por la puerta de la panadería su madre estaba esperándola muy seria.

—¿Te has divertido?

—Sí.

—No quiero que vuelvas a ver a ese chico.

—Eso es imposible, mañana voy a ir al baile con él.

—Tú no vas a ir a ese baile; ni con él ni con nadie.

—Mamá, tengo dieciocho años y ya no soy una niña. ¿De verdad crees que puedes prohibirme con quién puedo y no puedo salir?

—Samanta, hija…

—¡No! Voy a salir con él, y ni tú ni nadie va a impedírmelo. —Cuando vio la cara de su madre tan asombrada por esa manera de contestarle tan firme y rotunda se arrepintió y con mucha suavidad le habló para no enfadarla más—: Mamá, nunca te he faltado, nunca te he desobedecido y siempre he hecho lo que has querido, pero esta vez voy a hacer lo que quiero hacer, lo que necesito hacer, y quiero estar con Víctor, necesito estar con Víctor. Solo te pido que me entiendas y que no te enfades, por favor. Siempre he sido la rarita, la chica más fea del campus, esa de la que todos pueden burlarse, y estoy harta, harta de ser el hazmerreír de toda la universidad. Mañana tengo la oportunidad de que todos me vean con el chico más guapo y popular. Sé que esa relación no va a durar nada más que un día, pero necesito vivir esa noche con la que todas las chicas soñamos, aunque solo sea una vez, para poder recordarla el resto de mi vida.

—¿Por qué dices eso? Tú puedes tener muchas noches maravillosas.

—No, mamá, después todo volverá a ser como siempre, volveré a ser la rarita, esa chica fea de la que todos se burlan e ignoran. —Acercándose a su madre le dio un beso en la mejilla—. Déjame vivir este sueño, y cuando acabe volveré a ser esa hija que a ti tanto te gusta y que yo tanto odio —dijo antes de irse a ayudar a su padre con los dulces, dejando a su madre pasmada.

***

Por la noche Esperanza se tumbó al lado de su marido y abrazándose a él le preguntó muy preocupada:

—¿Crees que soy una buena madre?

—No creo que haya mejor madre que tú.

—Pues yo creo que me he equivocado.

—¿Por qué dices eso?

Esperanza le contó toda la conversación que había tenido con su hija.

—¿Crees que por querer protegerla para que no pase por lo que yo pasé he convertido a mi hija en una persona amargada, frágil e insegura?

—No, ella no es así.

—Pero es así como se siente, me di cuenta cuando tuvimos esa conversación, y yo no quiero que mi hija sea infeliz.

—Entonces habla con ella, averigua realmente si ella se siente así y, si estás en lo cierto, haz que cambie. Ayúdala a convertirse en una mujer fuerte, decidida y segura de sí misma, nadie más que tú puede conseguir eso.

Al oír las palabras de su marido se dio cuenta de la razón por la que lo decía y lo besó en los labios.

—Tienes razón. Yo la convertí en lo que es por mis miedos y yo tengo que conseguir que cambie.

—Estoy seguro de que podrás lograrlo.

—Doy gracias a Dios todos los días de mi vida por ponerte en mi camino, no sé qué habría sido de mí y de mi hija sin ti. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Hicieron el amor y se quedaron dormidos.

Samanta, sin embargo, no podía dormir, no podía dejar de pensar en Víctor, en todo lo que había pasado entre ellos y en todo lo que iba a suceder. Tenía miedo de imaginar lo que iba a pasar después del baile, él se lo había dejado muy claro: la llevaría a su apartamento, le haría el amor y al día siguiente se olvidaría de ella, y aún no podía entender cómo sabiendo lo que iba a suceder quería que pasara. Era como si de repente esa chica tímida y cobarde hubiera desaparecido y otra fuerte y lanzada se hubiera apoderado de ella. Lo único que deseaba era volver a estar con él, que volviera a abrazarla, a besarla y, por primera vez en su vida, quería descubrir con él lo que era hacer el amor y, por más miedo que le diera, necesitaba hacerlo.

Muchas veces se imaginó que moriría siendo virgen, ya que los chicos huían de ella como del aceite hirviendo, y ella sabía por qué lo hacían; por su aspecto. Pero nunca le había importado hasta ese día, hasta el mismo instante en que Víctor la había invitado a ese baile, la había besado y le había pedido que se pusiera bonita para él. Estaba dispuesta a intentarlo y, aunque tuviera que conseguir un milagro, estaría guapa para él esa noche, para que nadie pudiera reírse de él.



Capítulo 5

Al día siguiente, cuando se levantó y se sentó a desayunar, le preguntó temerosa a su madre:

—Mamá, ¿cuando me dices que soy bonita lo dices de verdad o solo para hacerme sentir bien?

—Por favor, cariño, tú eres muy bonita.

—Entonces ayúdame, ayúdame a sacar eso que tú ves en mí, y que yo no soy capaz de ver, aunque solo sea por esta noche. Necesito estar bonita, por favor.

—Cariño, ¿crees que podrías encargarte de la panadería tú solo? —le pidió a su marido.

—Creo que sí.

—Bien, porque hoy tu hija y yo necesitamos un día de chicas.

Samanta, mirando a su madre, se levantó de un brinco de la silla, le dio un beso a cada uno y salió corriendo.

—¡Voy a ducharme, en veinte minutos estaré preparada! —gritó emocionada.

***

Pasaron el día entero encargándose de que a Samanta no le faltara ni un solo detalle para estar bonita esa noche. Empezaron yendo al salón de belleza, donde le hicieron las piernas, las ingles, las axilas, el bigote y las cejas y, con ese gran cambio en ella, ya parecía mirarse en el espejo y ver a otra en su lugar.

Después fueron al centro comercial y allí eligieron un vestido muy bonito, azulón, con unos tirantes muy finos, escote en forma de pico y estrecho hasta las caderas, delineando ese cuerpo delgado, pero bien formado. La falda era con doble capa, la de arriba de gasa y la de debajo de raso, como el resto del vestido. Se movía con mucha gracia cada vez que ella se miraba en el espejo y daba vueltas emocionada por verse tan elegante. Era corto, hasta las rodillas, y le sentaba de maravilla. También compraron unos zapatos, un bolso y un aderezo de fantasía perfecto para ese vestido.

Por último, acudieron a la cita que tenían con el odontólogo para que le arreglaran el aparato.

Cuando se sentaron a comer en un restaurante, Samanta le preguntó muy entusiasmada a su madre:

—¿Crees que Víctor me verá bonita?

—Si no lo hace es que está ciego, cariño.

—Gracias, mamá, gracias por todo esto y por dejar que me salte las clases. —Su madre sonrió.

—No has faltado ni un solo día, y con las notas que estás sacando creo que te mereces una recompensa, ¿no crees?

—Sí —contestó a su madre con una sonrisa luminosa, ya que había convencido, tanto a ella como al odontólogo, para que la libraran de ese aparato, aunque fuera solo por ese fin de semana, por eso su sonrisa era radiante, pues los *brackets* estaban haciendo muy bien su trabajo.

—Ahora quiero que me prometas una cosa.

—Lo que quieras, mamá.

—Quiero que tengas mucho cuidado. Sé que los chicos en lo único que piensan es en llevarse a las chicas a la cama…

—¡Mamá…!

—Por favor, déjame continuar. No te voy a decir que no puedes tener relaciones hasta que te cases porque ya sé que hoy en día eso es imposible. —Samanta sonrió al oírla decir eso—. Pero sí te voy a exigir que en el momento en que vayas a tenerlas obligues a ese chico a que use un preservativo.

—¡Mamá! Me da mucha vergüenza hablar de esto contigo.

—Lo sé, pero soy tu madre y solo quiero lo mejor para ti, y lo mejor cuando se tienen relaciones es poner medios para no quedar embarazada y sobre todo no coger ninguna enfermedad.

—Lo sé, mamá, y no te preocupes lo tendré en cuenta. Te quiero, ¿lo sabías?

—Sí, lo sé, y yo también te quiero.



Capítulo 6

Víctor estaba con Ángel, acababa de terminar el examen y estaban en la cafetería comiendo. Cuando Ángel le preguntó cómo le había salido el examen, Víctor le contestó muy seguro:

—Pues bien, ¿cómo crees que podría salirme? Aunque no necesitara la ayuda de Samanta, me ha ido muy bien, y sabes que si no apruebo los exámenes mi padre me obliga a dejar el equipo y eso es algo que no quiero que ocurra. El baloncesto lo es todo para mí y este partido es definitivo. Mañana vendrán los ojeadores y es mi última oportunidad para poder pasar a primera división.

—Lo sé, y estoy seguro de que cuando te vean jugar van a ficharte, eres el mejor, y si no son capaces de verlo es que están locos. Ahora solo tenemos que cruzar los dedos para que hayas aprobado, y así tu padre te dejará jugar ese partido.

—Mi padre va a estallar en cólera cuando vea que no tiene más remedio que aceptar que no voy a seguir los pasos de mis hermanos y que me dedicaré a lo que realmente quiero hacer, que es jugar al baloncesto, en vez de pasarme los días encerrado en una oficina absorbiendo mi cerebro en la bolsa, como hacen ellos. Gracias a Dios, conseguí que me prometiera que, si aprobaba los exámenes y me sacaba la carrera que él quería, yo podría intentar conseguir mis sueños y, que si lo lograba, él no me lo prohibiría. Se conforma con que, si el baloncesto me falla, yo me habré sacado la carrera de Economía y Contabilidad y estaré preparado para trabajar en el banco y en las finanzas a su lado.

—Tu padre siempre ha sido muy autoritario, siempre ha querido teneros a todos bajo su yugo. Debe de ser muy decepcionante que su hijo pequeño se revele y no quiera ser banquero como sus hermanos.

—Él solo quiere lo mejor para nosotros y que tengamos un buen futuro. Según él, el baloncesto es algo que se acaba pronto, ya que has de retirarte siendo aún relativamente joven. Sin embargo, trabajar en un banco no tiene ningún límite hasta la jubilación y para él eso es seguridad.

—Bueno, en cierto modo es comprensible. Pero un jugador de baloncesto de primera puede llegar a ganar muchísimo más de lo que gana un banquero toda su vida matándose a trabajar, y gracias a eso puede retirarse relativamente joven, ¿no crees?

—Pues sí, y eso es lo que vamos a conseguir tú y yo mañana en esa cancha, ya lo verás.

—¡¡Sí!! Y, ahora, ¿por qué no me cuentas cómo vas a conseguir llevar a esa cosa al baile sin acabar siendo el hazmerreír de la fiesta?

—No te pases, si no quieres que te dé una colleja.

—¡Vaya! ¿Vas a contarme qué está ocurriendo?, parece que te moleste que hable mal de ella.

—Pues no lo sé, tío, al principio no me importaba que todo esto fuera por causa de una apuesta, ahora me da miedo que ella se entere.

—¿Por qué?

—Porque no quiero hacerle daño.

—¿Desde cuando te han importado los sentimientos de una chica?, siempre las has usado y dejado a tu antojo sin importarte qué podían sentir.

—Tienes razón, pero ninguna era como Samanta.

—¿De feas?

—No seas capullo. —Acabó dándole una colleja esa vez—. No me refiero al físico. Nunca antes me había parado a conocer a una chica y, estos cuatro días que he compartido con ella y que justamente lo que no hemos hecho ha sido tener relaciones, he podido conocerla. Si quieres que te sea sincero, todo lo que las demás tienen, y de lo que Samanta carece…

—Un cuerpo sexi, guapas y dispuestas a complacerte. ¿A eso te refieres cuando hablas de las demás?

—Sí, a eso me refiero, y puede que ella no tenga nada por lo que un hombre pudiera sentirse atraído, pero tiene un fondo muy especial.

—¡Sí, claro! Tan, tan, tan profundo que ni se le ve.

—Eres un gilipollas.

—Está bien, ¡ilumíííname! —exageró la palabra haciendo reír a su amigo—. Dime qué es eso tan profundo que ves en ella.

—Pues es dulce, muy tierna, inocente y, cuando te tiene un poco de confianza, resulta hasta divertida. ¡Ah!, y cuando se ríe le sale de la garganta una especie de ronquidito tan gracioso que me hace reír con ella.

—¡Vaya! Me has dejado flipado, nunca te había oído hablar así de ninguna chica. ¿No te habrás enamorado de la rarita?

—No seas gilipollas, solo es que me sabe mal ser el primer tío que le rompa el corazón. Porque eso pasará cuando esta noche gane la apuesta y mañana no vuelva a verla.

—Y, si tanto te gusta, ¿por qué deberías dejar de verla? ¿Quién te lo va a prohibir?

—¿De verdad crees que podría ser el novio de la rarita del campus?

—Gracias a Dios, me estabas asustando.

Los dos se echaron a reír y siguieron hablando de sus cosas.



Capítulo 7

Cuando Víctor fue a recogerla a las ocho y, la vio salir por la puerta de la terraza de la panadería tan sumamente bonita y elegante, su cuerpo reaccionó de una manera muy extraña, pues el corazón parecía habérsele quedado paralizado y la respiración se le aceleraba como a un quinceañero en su primera cita.

Había estado preparándose para encontrarse a una chica totalmente diferente, con una pinta aún más extravagante de la que solía llevar por el campus, ya que cuando una chica tan hortera intentaba arreglarse aún se ponía más ridícula de lo que normalmente era. Sin embargo, ella estaba tan bonita que parecía otra, como si la hubieran cambiado por la hermana gemela guapa. En ese instante no podía más que sentirse inmensamente feliz de poder lucir a su lado a una chica como esa y encima ganarle la apuesta a esos capullos.

Mirándola de arriba abajo, como si quisiera comérsela con la mirada, se acercó a ella cogiendo su mano.

—¿Eres tú o es un hermoso sueño? —Le dedicó su sonrisa más socarrona.

—¿Sorprendido?

—Muchísimo, me has dejado sin respiración por unos segundos.

—¿Te gusta? —Dio una vuelta delante de él para que pudiera admirar su vestido.

—No —respondió muy serio dejándola paralizada—. Me encanta. —Al oírle decir eso la sonrisa radiante que le dedicó lo dejó fulminado—. ¿Te has quitado los *brackets* y las gafas?

—Sí, pero el lunes tengo que volver a ponérmelos y también llevo lentillas. Te prometí que intentaría estar bonita para ti.

—Y lo has conseguido. ¡Vaya que si lo has conseguido! Nunca nadie me había sorprendido tanto en toda mi vida, estás impresionante.

—Gracias. —Sonrió poniéndose colorada por tantas palabras bonitas, ella no estaba acostumbrada a que un chico la mirara así y le dijera esas cosas—. ¿Nos vamos?

—Sí, tengo reserva a las nueve.

—¿Dónde?

—En uno de los mejores restaurantes de la ciudad.

—No era necesario que te tomaras tantas molestias, a mí con ir al *burger*…

—Esta noche ningún *burger* está a tu altura, ni siquiera yo.

—¡Por favor, no digas eso! Tú estás guapísimo.

Él llevaba un traje negro que le quedaba como un guante, una camisa gris marengo y una corbata fucsia le daba ese toque de color y elegancia, todo parecía estar diseñado exclusivamente para él, pues mejor no le podía sentar.

Cuando llegaron al restaurante, él le ofreció la silla y se la acomodó al sentarse como todo un caballero, después se sentó frente a ella y pidió la cena para los dos, ya que ella se lo había suplicado a gritos con la mirada al no tener ni idea de qué pedir.

—Muchas gracias —comentó cuando el camarero se marchó—, no sabía qué elegir, no estoy acostumbrada a salir a cenar a restaurantes de lujo.

—Me he dado cuenta en cuanto me has mirado. Solo espero que tengamos los mismos gustos, de lo contrario, no vas a cenar nada, ya que he pedido mis platos preferidos.

—Seguro que me encantan.

—Y, si no, pediremos otra cosa, hasta que encontremos algo que te guste. —Ella le sonrió.

Víctor se quedó absorto, contemplándola, mientras se preguntaba cómo una chica tan bonita podía haber estado tanto tiempo escondiendo toda esa belleza. Sus ojos, apenas maquillados, resaltaban ese azul celeste tan claro que parecía transparente, sus labios carnosos y provocativos incitaban al deseo y escondían una sonrisa preciosa sin esos horribles hierros. Con ese vestido su cuerpo resultaba casi perfecto, solo le faltaba para serlo un par de tallas más de sujetador y un palmo más de altura. Pero una de las cosas que más llamaban la atención de ella era su pelo, negro como el carbón, brillante, luminoso y largo hasta la cintura con unas hondas tan naturales y bonitas que podrían ser la envidia de muchas chicas.

—Víctor, ¿qué te pasa? —le preguntó al verlo tan absorto mirándola.

—¡A la mierda el protocolo!

—¿Qué?

—No quiero estar tan lejos de ti. —Se levantó de la silla, colocándola a su lado, y sentándose tan cerca de ella que los muslos de ambos se rozaban y sus brazos se tocaban.

—¿Por qué?

—Porque no puedo besarte y me muero de ganas.

Cogiéndola suavemente de la nuca la acercó hasta él y le dio un beso muy tierno en los labios y, sin poder remediarlo, abrió la boca para buscar su lengua. Su beso era suave, tranquilo, como si todo fuera a cámara lenta, quería saborear ese momento lentamente, hasta que llegó el camarero y carraspeó obligándolos a separarse bruscamente mientras les servía el vino.

—¿Qué quieres decir con eso del protocolo? —le preguntó cuándo se fue el camarero.

—Estamos en un restaurante muy fino y cuando dos personas se sientan en una mesa han de hacerlo uno frente al otro.

—¡Ahí va! Pues, deberías volver a tu sitio, a ver si nos echan del restaurante por ser tan atrevidos. —Él sonrió.

—Pues que nos echen porque ni pienso volver a mi sitio y tampoco voy a dejar de besarte —sentenció haciéndolo nuevamente.

—A ver si llaman a la policía —susurró con un hilo de voz después de otro tan intenso como el primero—. Estamos dando un espectáculo a toda esta gente pija, pero me encanta que me beses.

Él no pudo dejar de reír a carcajadas después de ese comentario, y ella lo hizo con él haciendo ese ruidito tan encantador, pero inmediatamente paró de reírse cuando él pasó el dedo pulgar por sus labios dejándola pasmada al escuchar:

—Me gusta tu sonrisa, tus ojos me fascinan y me encanta que te hayas quitado los *brackets* y las gafas para mí. ¿Y sabes qué más me gusta de ti?

—No —susurró mirándolo embobada.

—Tu pelo, es una pasada, no deberías llevar esa trenza tan desaliñada que sueles usar, no te queda nada bien.

Mientras hablaba, acariciaba un mechón de su pelo y se lo colocaba por detrás de la oreja.

—Víctor, por favor, no sigas diciéndome esas cosas.

—¿Por qué no? ¿No te gustan?

—Sí, pero me pones muy nerviosa.

—¿Por qué no pasamos de ir al baile y nos vamos directamente a mi apartamento?, me muero de ganas de hacerte el amor.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, escandalizada y colorada como un tomate, volviéndole a provocar unas nuevas carcajadas—. ¡Víctor!

—Está bien, está bien, me portaré bien y te llevaré al baile.

—Gracias.

Cuando les trajeron la cena, a ella todos los platos le encantaban, comían, hablaban, se reían y lo pasaban muy bien. Cuando terminaron el postre, el camarero les sirvió unas copas de champán.

—¿Quieres emborracharme? —bromeó ella con una sonrisa.

—No, quiero que estés muy serena.

—¿Por qué?

—Porque esta noche voy a hacerte el amor y porque quiero que lo recuerdes toda tu vida. Me dijiste que querías que yo fuera ese hombre que nunca pudieras olvidar y para eso tienes que estar muy sobria.

Cada palabra que salía de su boca la ponía más y más nerviosa al recordarle cómo terminaría esa cita, tenía la sensación de que su cuerpo ardía y estaba segura de que sus mofletes parecerían dos tomates.

—Entonces no deberías darme más de beber porque el vino y el champán se me están subiendo a la cabeza.

—Pues se acabó el alcohol para ti esta noche.

Mientras le decía eso, le quitaba la copa de la mano y sonreía dejándola sin aliento.

—Víctor.

—¿Qué?

—Si no pudiera…, si al final no me atreviera…

—No pienses en eso y no te agobies, no voy a forzarte. Si cuando llegue el momento no quieres seguir adelante te llevaré a casa y ya está.

—Y no volveré a verte, ¿verdad? Bueno, qué tonta, después de esta noche tampoco volveré a verte.

—Hagamos una cosa; disfrutemos de cada minuto y olvidémonos de lo que pueda o no pueda pasar mañana; lo que haya de pasar, pasará.

Nada más decir eso, le dio un beso tan intenso que inmediatamente sus nervios desaparecieron y fue en ese momento cuando decidió confiar en él y dejar que todo siguiera su curso, pues, como bien acababa de decir él; lo que fuera a pasar, pasaría, y lo mejor era no pensar en ello y dejarse llevar.



Capítulo 8

La fiesta se celebraba para recaudar fondos para una organización cuyo objetivo era encontrar una cura para el alzhéimer, pues uno de los profesores había fallecido en un accidente con su mujer que padecía esta enfermedad, y sus compañeros habían decidido hacerles un pequeño homenaje y también aportar una pequeña ayuda social a una buena causa. Por eso, esa noche todo tenía precio; las entradas, las bebidas, la orquesta que corría por cuenta del claustro de profesores. Parecía absurdo hacer una fiesta para homenajear a alguien que había fallecido hacía apenas dos meses, pero era el día en el que supuestamente se hubiera jubilado y querían celebrarlo como él siempre juró que lo haría cuando llegara ese día y, de paso, recaudar una buena cantidad de dinero para donarla en su nombre a esa organización.

Cómo no, los alumnos se habían olvidado de ese gran profesor que había sido, y todos se divertían y gastaban el dinero en bebidas, bailaban y disfrutaban de la fiesta, como esos locos adolescentes que eran.

Cuando llegaron al campus, y entraron por el jardín donde se celebraba la fiesta, las miradas se clavaron en ellos y todos se hacían la misma pregunta: ¿quién era esa chica?

—Te lo advertí —le habló Samanta bajito al notar cómo los observaban—, todos te miran y seguro que se están burlando de ti por andar conmigo. Aún estamos a tiempo, vámonos.

—No me miran a mí, te miran a ti. Y no veo a nadie que se esté riendo, más bien están pasmados preguntándose: ¿quién es esa chica tan hermosa que acompaña a ese tontorrón? —A ella le dio la risa.

—No seas tonto, ¿cómo van a pensar eso?

—¿Ves?, hasta tú crees que soy tonto.

—Lo siento, no quise…

—Es broma, relájate.

—¿Conocías a don Arturo?

—No, ¿y tú?

—Sí, tuve varias asignaturas con él. Me dio mucha pena cuando me enteré.

—Pues esta noche te prohíbo que estés triste, así que no puedes pensar en nada que te aflija. Esta noche eres mía y vamos a pasarlo muy bien, ¿vale?

—Sí, soy toda tuya. —Le sonrió tímidamente al oírle decir esas palabras con tanta autoridad.

—Así me gusta. —Él le devolvió la sonrisa.

***

Mientras entraban, las malas lenguas no dejaban de chismorrear y, en el grupo de animadoras del equipo de baloncesto, estaba Neus, la capitana y supuesta novia de Víctor —o al menos eso se creía ella que era para él, simplemente, por ser de las pocas chicas con las que Víctor repetía

revolcones en la cama—, se había puesto hecha un basilisco.

—¿Quién es esa y qué hace colgada del brazo de Víctor? —preguntó muy enfadada.

—Pues la que parece ser que esta noche compartirá su cama y no tú —se mofó una de ellas.

—¡Cállate! Eso está por ver. En cuanto me acerque a él olvidará a esa estúpida porque para eso me he comprado este vestido tan fabuloso; para volverlo loco.

—Pues si quieres que te diga la verdad el vestido de esa chica no tiene nada que envidiarle al tuyo —soltó con malicia otra de ellas.

—Os habéis fijado en su pelo, es precioso.

—Mataría por una melena como esa.

—Sí, es fabulosa.

Todas y cada una de ellas parecían haberse puesto de acuerdo para admirar a Samanta y sacar de quicio a Neus.

—¡Zorras! Haced el favor de cerrar la boca, esa niñata no vale nada, y Víctor, como siempre, se dará cuenta de su error y volverá conmigo.

—Y tú no seas tan ilusa, Víctor nunca vuelve a ti, solo se desahoga contigo. Tú eres una más, como todas nosotras.

—Eso me lo volverás a repetir mañana cuando me despierte en sus brazos porque te juro que esa estúpida no va a pasar la noche con él.

—Pues yo creo que la que no va a pasar la noche con él eres tú, guapita. —Todas se echaron a reír al ver la cara de Neus desencajada por la ira.

Era un grupo excelente en la cancha de baloncesto cuando salía a animar, a bailar, y a entretener al público en cada descanso, las chicas estaban compenetradas y lo hacían muy bien; pero fuera de la cancha, aunque parecían las mejores amigas, siempre querían sacarse los ojos las unas a las otras y el motivo de esas disputas casi siempre era Víctor. Todas suspiraban por él, todas habían compartido su cama y todas se morían por repetir.

***

Mientras, en el grupo de los jugadores de baloncesto, uno de ellos exclamó muy sorprendido al ver a Víctor entrar tan bien acompañado:

—¡Joder!, qué pedazo de tía trae Víctor esta noche.

—¿Qué habrá pasado? ¿Le habrá dado plantón la rarita?

—Si le ha dado plantón tenemos la apuesta ganada.

—Pues yo perdería la apuesta muy gustoso si la recompensa fuera esa chica.

—Sí, yo también hubiera pasado de la rarita con semejante pibón.

—Yo no sé cómo tiene tanta suerte el jodido, es capaz de darle una patada a una piedra y debajo de ella salirle una tía buena.

—Pues ni ha perdido la apuesta ni la rarita le ha dado plantón —anunció Ángel cansado de oírlos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó uno de ellos.

—Fijaos bien en esa chica, es la rarita.

—¡¡¿Qué?!! —gritaron todos a la vez, incrédulos ante las palabras de Ángel.

—¡Eso no puede ser! —exclamó uno de ellos.

—Nooo, no puede ser la misma chica —protestó otro.

—¡Joder con el puto Víctor, tiene suerte hasta para eso! Se ve obligado a asistir a esta fiesta con la chica más fea del campus y solo por eso ella se transforma en una princesa.

—Pues se ve que sí. —Se rio Ángel.

Todos estaban alucinados examinándola fijamente para comprobar si era o no la misma chica y se repetían a sí mismos que no podía ser, que nadie era capaz de la noche a la mañana de pasar de ser el patito feo del campus al cisne más hermoso de la fiesta, eso era imposible.

—¿Por qué no comprobamos si es o no es la misma chica? —los animó uno de ellos.

—Sí, salgamos de dudas —insistió otro.

—Tíos, no seáis gilipollas, vais a mosquear a Víctor —les advirtió Ángel muy serio—. Y ella no tiene que saber nada de la apuesta, no lo olvidéis.

—No seas capullo, ninguno vamos a decir nada de la apuesta, pero queremos comprobar si es ella.

Todos se encaminaron hacia ellos y, cuando Víctor los vio venir, empezó a ponerse nervioso esperando que cualquiera de ellos hablara de más y le estropeara la noche.

—¡Eh, tío! Ya era hora de que llegaras —saludó uno de ellos sin dejar de mirar a Samanta de arriba abajo.

—Y vienes muy bien acompañado —añadió otro también recorriéndola con la mirada, cómo no.

—¿No vas a presentárnosla? —Todos la observaban sin cortarse ni un pelo, y ella empezaba a ponerse nerviosa.

—Por supuesto —contestó Víctor muy serio a sus amigos y, sonriendo a Samanta, los presentó —: Estos son mis compañeros de baloncesto. Ella es Samanta.

—Mucho gusto —saludó ella muy avergonzada al ver a tantos chicos atentos a ella con tanta curiosidad.

Todos se abalanzaron sobre ella, dándole dos besos, presentándose ellos mismos.

—¡Vaya! ¿Tú eres la rarita? —preguntó uno de ellos.

Samanta se quedó callada sin saber qué contestar.

—¿Qué pasó anoche?, ¿te metiste en una crisálida siendo una oruga y amaneciste convertida una hermosa mariposa?

—¡Vamos, chicos! Que el maquillaje no os ciegue la vista —escupió Neus acercándose con el equipo de animadoras hacia ellos— porque, aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

—Qué graciosa —habló Víctor muy molesto, dándose cuenta de lo incómoda que estaba Samanta con sus amigos, le preguntó—: ¿Quieres una copa?

—Sí.

—Vamos, no os vayáis, la noche es muy larga —les pidió uno de ellos.

—Sí, aún queda mucha noche por delante, ¿nos dejarías bailar con tu chica? —preguntó otro ganándose una mirada asesina de Víctor, que inmediatamente la atrajo hacia él cogiendo su cintura, muy posesivo.

—Buscaos pareja, capullos, Samanta es solo mía.

—¡Guuuaaauuu! Eso son palabras mayores.

—A ver si resulta que empezamos por una a…

Ángel le dio un codazo en la boca del estómago para hacerle callar.

—Será mejor que nos disculpéis, nosotros nos vamos —anunció Víctor nervioso queriendo sacar a Samanta de allí a toda prisa.

—¿Reservarás un baile para mí? —le preguntó Neus antes de irse.

—No. Esta noche mis bailes ya están reservados y todos son para la misma chica —contestó mirando a Samanta—. Vámonos. —Se alejaron cogidos de la mano mientras sus amigos los abucheaban y, cuando llegaron a la barra, le preguntó—: ¿Qué te apetece? Eso sí, algo que no

lleve alcohol. —Con esa broma la hizo sonreír.

—Sí, no más alcohol.

Acababa de empezar el baile y Víctor la llevó hasta el centro de la pista, la cogió suavemente por la cintura y la pegó a su cuerpo, abrazándola con fuerza, ella deslizó las manos por su pecho hasta enredarlas en su cuello.

—Siento lo que ha pasado antes con mis amigos, son todos unos gilipollas.

—No importa, es normal que reaccionen así y en cierto modo tienen razón; aunque la mona se vista de seda, mona se queda. Cuando mañana me quite el maquillaje, el vestido, y vuelvan a ponerme los *brackets* volveré a ser la rarita.

—No tiene por qué ser así, tú eres preciosa y unos *brackets* no te harán ser la rarita. Solo has de cambiar tu forma de vestir, no hacerte esa trenza tan horrible, cambiar tus gafas por otras más modernas que no te tapen la cara —añadió haciéndola reír— o seguir llevando lentillas, como esta noche, y con *brackets* o sin ellos seguirás siendo preciosa.

—¿Quieres convertirte en mi estilista personal? —bromeó.

—No. No quiero que nadie más vuelva a reírse de ti —le habló muy serio—. Tienes potencial para darle a todos esos que se burlan de ti en las narices, no dejes que vuelvan a hacerlo.

Con esas palabras la había dejado pasmada y, para demostrarle lo mucho que le había gustado todo lo que le había dicho; se puso de puntillas, cogió su cara, obligándolo a bajar la cabeza, y lo besó con tanta pasión que consiguió que se descontrolase, devolviéndoselo con tanta fuerza que la dejó sin aliento. Cuando fue capaz de separar sus labios de los de ella, y la vio deseosa y con la respiración acelerada, no pudo evitar proponerle:

—¿Por qué no nos olvidamos de este estúpido baile y vamos a mi apartamento? Quiero estar contigo, te deseo y no puedo esperar más.

—Está bien, vámonos —asintió, nerviosa, pero al mismo tiempo deseosa de estar con él.

***

Al llegar a su apartamento, él se dirigió hasta un mueble, encendió el equipo de música y muy tenso puso los dedos encima de una minicámara que habían colocado sus amigos y que solían usar para este tipo de apuestas, ya que debían asegurarse de si conseguía que la chica en cuestión hiciera o dijera lo que habían propuesto. Estaba indeciso, no quería perder, pero tampoco quería grabarla y que todos sus amigotes se lo pasaran bien a su costa. Cuando la escuchó hablar cerró los ojos, encendió la cámara y respiró profundamente volviéndose hacia ella.

—Víctor, ¿te pasa algo?

—Nada, todo es perfecto. ¿Te gusta Lionel Richie? —preguntó mientras por los altavoces empezaba a sonar la canción de *Hello*.

—Sí, y esta canción es una de mis preferidas.

—A mí también me gusta mucho. —La abrazó por la cintura y la besó con mucha intensidad —. ¿Estás segura de esto? —le susurró al oído para que no pudiera oírse en la grabación.

—Sí, pero tengo miedo.

—Lo sé, pero te prometo que todo será muy bonito.

—¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo, nunca podrás olvidar esta noche. —Con otro beso la dejó sin aliento y sin voluntad.

—Te quiero, Víctor —susurró cuando la boca de él volvió a darle un pequeño margen para tomar aire.

«Gracias a Dios».

—Dame un segundo.

Cuando la soltó, ella se sintió desnuda, pero él no tardó ni siquiera unos segundos en volver a abrazarla.

—¿Qué has cogido? —le preguntó cuándo volvió a su lado, él le enseñó los preservativos.

—Hay que ser precavidos. —Sonrió.

—¡Oh, Dios mío! No debiste enseñármelos, eso me pone más nerviosa. —Víctor los dejó en la mesita de noche.

—Relájate, todo va a ser perfecto —le habló con mucha ternura.

—Bésame, por favor, y vuelve a robarme el sentido porque si no te juro que echaré a correr —confesó, inquieta.

—No voy a dejarte escapar, preciosa, eres toda mía —le susurró con una sonrisa socarrona acelerándole los latidos del corazón.

Se apoderó de su boca con voracidad, sus besos se volvieron posesivos, ardientes, desenfrenados, y tan excitantes que los miedos desaparecieron y el deseo se encendió en ella como una mecha que la consumía poco a poco, llevándola a un estado de locura. De pronto, en esa habitación solo existía él y esa canción de Lionel Richie que susurraba «*Hello*» mientras ella le daba la bienvenida al amor.

Víctor parecía estar disfrutando por primera vez del sexo; bueno, más bien del amor, pues nunca había sentido a una chica como a ella en esos momentos, era la primera vez que tenía a una virgen entre sus brazos y que se decía a sí mismo lo equivocado que había estado. Siempre había huido de las puritanas porque no quería complicaciones, pero por ella era capaz de complicarse la vida, ya que prefería morir que dejar de sentir ese cuerpo tembloroso, agitado, asustado y sobre todo vulnerable. Podía percibir su miedo y también su deseo, todo al mismo tiempo, y no estaba seguro de cuál de los dos era más fuerte o cuál de los dos le gustaba más.

Las otras siempre habían sido una aventura sin emociones, una manera de entretenerse, divertirse y pasar un buen rato. Esta, sin embargo, sabía que dejaría una huella muy profunda en él.

Cuando su mano empezó a bajar la cremallera de su vestido, y sus dedos recorrieron la piel desnuda comprobando cómo se le erizaba, su pantalón parecía hacerse pequeño justo en la entrepierna y se preguntaba si no acabaría por reventar la cremallera, así que se desnudó con mucha prisa al mismo tiempo que seguía enloqueciéndola con sus besos. Cuando terminó, bajó los tirantes de su vestido para que cayera lentamente, mientras él se regocijaba contemplando ese cuerpo pequeño, pero perfecto, casi desnudo delante de él. Sus pechos no eran excesivamente grandes, aun así, estaban muy bien redondeados y muy erectos; su cintura, estrecha, y sus caderas bien formadas, donde unas pequeñas braguitas tapaban justo lo que más deseaba ver Víctor. Era toda una provocación y no podía dejar de observarla; hasta que ella, tapándose los pechos con las manos, le susurró azorada:

—Por favor, no sigas mirándome así, me da mucha vergüenza.

—Pues a mí me encanta contemplarte y no deberías tener vergüenza, tienes un cuerpo muy bonito y me gusta mirarlo. ¿A ti no te gusta el mío?

Justo cuando él le hizo esa pregunta ella lo miró de arriba abajo, era la primera vez que veía a un hombre desnudo y, cómo no, lo encontró perfecto. Para la altura que tenía, que casi medía los dos metros —uno con noventa y cinco, exactamente—, estaba muy bien proporcionado, ya que era muy delgado, pero fibroso, por todo el deporte que hacía jugando y entrenando al baloncesto. Tenía los hombros anchos y los brazos fuertes, y esos abdominales que se marcaban en forma de

tableta de chocolate eran dignos de admirar. Sin embargo, lo que no esperaba ver al seguir bajando por esa cintura estrecha era su erección, tan firme y exagerada, justo en ese momento el corazón empezó a palpitarle muy fuerte.

—Yo… yo…, sí, pe… pero… —tartamudeó muy nerviosa, pues no era capaz de decir nada coherente.

Víctor no pudo evitar sonreír al ver sus nervios, justo en el momento en el que sus ojos se habían parado en su virilidad, así que acercándose a ella le cogió la cara entre sus manos para hablarle con mucha ternura.

—No debes tener miedo, te prometí que iba a ser bonito y no voy a romper mi promesa.

Su boca volvió a apoderarse de la de ella y sus intenciones no fueron otras que relajarla y prepararla para poder penetrarla sin demasiado dolor, así que con esas intenciones la tumbó en la cama y se puso encima, abriendo sus piernas y colándose entre ellas. Cuando ella sintió la erección contra su zona más sensible, se puso muy tensa, pero él no le dio ninguna tregua y besándola con más pasión, acariciando sus pechos con suavidad y moviéndose con lentitud teniendo de barrera aún sus braguitas consiguió que todo su cuerpo se habituara a esa intimidad entre los dos y, cuanto más la besaba, más la acariciaba y más se restregaba contra ella; más húmeda y deseosa la sentía.

Apartándose para poder quitarle las braguitas, la escuchó protestar por esa lejanía.

—No te vayas.

Cuando lo vio sonreír mientras se despojaba de la pequeña prenda interior creía que acabaría perdiendo la razón por ese hombre. Al volverse a tumbar encima de ella, ya no había barreras y sus sexos se encontraron, a ella se le cortó la respiración, y él gimió de placer; pero, cuando dirigió su erección entrando lentamente por ese estrecho canal, ella se tensó de pies a cabeza al sentir un dolor fuerte, así que le gritó asustada sabiendo que eso solo era la punta del iceberg:

—Víctor, ¡no!

—¡Ssshhh! No te asustes y confía en mí, el dolor pasará enseguida.

Oír su voz la tranquilizó y respiró profundamente intentando prepararse para lo que tenía que venir, pero no lo estaba para volver a sentirlo abriéndose paso por su interior y, cuando su erección entró hasta lo más profundo de su ser, ella se agarró con fuerza a su espalda y mordió su hombro ahogando un grito por el dolor tan grande que sentía al romperse su virginidad. Justo en ese momento, creyó que él la había engañado y que hacer el amor nunca sería placentero, sino más bien una tortura. Sus dudas desaparecieron cuando volvió a besarla, cuando lo sintió moverse con cuidado, lentamente, dentro de ella y un calor empezó a quemarle las entrañas. Entonces se dio cuenta de que no había mentido y fue justo en ese momento cuando empezó a sentir un placer muy agradable, cada vez más y más satisfactorio. De pronto, todo terminó y se sintió vacía por dentro y por fuera, porque, de repente, él salió de su interior, como si un calambrazo lo hubiera sacudido levantándose de golpe, poniéndose de rodillas en la cama, pues una alarma en su cabeza lo hizo volver a la realidad.

—¿Qué pasa? ¿Ya se ha terminado? —preguntó sorprendida y decepcionada.

Él, sonriendo, cogió un preservativo de la mesita de noche, se lo puso y tumbándose de nuevo encima de ella le habló con la voz entrecortada.

—No, preciosa…, ahora empieza lo bueno.

—¿No debiste ponértelo antes? —volvió a preguntar, preocupada.

—No. Sé controlarme, aún podría aguantar un poco más antes de correrme, pero mejor no nos arriesgamos.

—Víctor… —Las palabras se le cortaron en la garganta cuando él volvió a entrar dentro de

ella.

—¡Ssshhh! Quería sentirte… —dijo volviendo a moverse con fuerza— sin preservativos… —Otra embestida que la hacía gemir de placer—. Gozar de tu virginidad… —Una vez más volvía a empujar con intensidad—. Me vuelves loco, Samanta.

Sus acometidas empezaron a descontrolarse, cada vez eran más bruscas y, cuando pensaba que ya no podría seguir esperándola, sintió cómo todo su cuerpo se convulsionaba y temblaba debajo del suyo, justo en ese momento él terminó dando todo de sí y consiguió llevarla con él hasta lo más alto de la cima del placer.

Agotado, se dejó caer en la cama, intentando controlar su respiración acelerada y, cuando fue capaz de volver en sí, la arrastró hasta dejarla pegada a su lado besándola con ternura.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Ha sido increíble, una pasada.

—Víctor.

—¿Qué?

—¿Puedo preguntarte algo sin que te enfades?

—Sí.

—¿Podrías contagiarme alguna enfermedad? —Él, sorprendido, la miró a los ojos.

—No. Es la primera vez que lo hago a pelo y justamente por eso, porque era tu primera vez, si no tampoco lo hubiera hecho.

—¿Nunca has estado con alguien como yo?

—No.

—¿Podría quedarme embarazada?

—No, porque no me he corrido dentro.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Vale.

—¿Te ha gustado?

—Sí, aunque al principio tenía ganas de matarte. —A él le dio la risa.

—Ya lo he notado. Casi te dejas la dentadura en mi hombro.

Esa vez fue ella la que se rio y cuando él escuchó ese sonido tan encantador saliendo de su garganta la besó con mucha pasión.

—Te quiero —volvió a confesar ella después de ese beso tan apasionado.

—¿Podrás olvidar esta noche?

—Nunca, ni a ti tampoco.

—¿He cumplido mi promesa?

—Sí, ha sido muy bonito.

—Bien.

—No puedo llegar muy tarde a mi casa.

—¿Quieres que nos vayamos? Son las tres.

—Déjame disfrutar un ratito de este momento y después nos vamos. —Se acurrucó entre sus brazos.

—Está bien, media hora. —La abrazó con fuerza, la besó con ternura y se quedaron en silencio disfrutando de ese momento.

***

A las cuatro de la mañana estaban en la puerta de su casa, Samanta había estado todo el camino muy triste sabiendo que en cuanto llegaran y la despidiera nunca más volvería a verlo, y ese pensamiento le daba ganas de llorar. Aún no podía comprender que en apenas cinco días ella pudiera sentir por él un amor tan grande, en ese mismo instante, parecía la persona más importante de su vida y saber que no volvería a verlo la angustiaba, así que antes de abrir la puerta del patio se volvió y le preguntó con lágrimas en los ojos:

—¿Podrías darme un último beso?

Víctor la miró y sonrió, después pasó las manos por su cintura y la acercó hasta dejarla pegada a su cuerpo.

—¿Solo uno? —Sonrió seductor.

—Todos los que quieras —contestó con tristeza.

—Eso está mejor.

Agachó muy lentamente su cabeza para que ella deseara ese beso con unas ganas locas, y cuando la vio cerrar los ojos y acercarse a su boca sonrió complacido. Abrazándola con fuerza le dio un beso tan intenso que acabó de nuevo robándole la razón.

—Buenas noches —se despidió con pesar.

Cuando se volvió para meter las llaves en la cerradura dos lágrimas cayeron de sus ojos, pues ya no podía seguir conteniéndolas, pero, de pronto, las manos de él rodearon su cintura pegando su cuerpo a la espalda y no pudo evitar estremecerse cuando sintió sus labios en la oreja.

—¿Vendrás a verme jugar mañana? —preguntó con un susurró ronco.

—¿Qui… quieres que vaya mañana al partido?

—Sí.

—Pensé que después de esta noche no querrías volver a verme, ese fue el trato.

—A la mierda el trato. —Abrazó su cintura con más fuerza—. Quiero verte en ese partido, seguro que me traes suerte. —Mordiéndole el lóbulo de la oreja notó su piel erizarse y, volviéndola con fuerza hacia él, se apoderó de su boca una vez más—. Vendrás al partido y después te volveré a llevar a mi apartamento para hacerte el amor de nuevo.

—Síííí, iré donde tú quieras.

—¿Si querías volver a estar conmigo por qué no me lo dijiste? —Mientras le hacía esa pregunta le quitaba esas dos lágrimas de sus mejillas.

—No quería que te sintieras obligado.

—Más bien decepcionado al ver que no querías verme más.

—Lo siento, pero tú me dijiste sin ataduras, ¿recuerdas? Solo una noche.

—Sí, lo recuerdo, pero he cambiado de opinión. —Samanta le regaló una sonrisa radiante y luminosa por esas palabras.

—Te quiero, Víctor, y seré tuya hasta que te canses de mí.

—¿Y si no me canso nunca? —preguntó divertido.

—Entonces seré eternamente tuya.

Esa respuesta le hizo reír y le dieron ganas de besarla hasta la saciedad, cuando volvió a verla turbada, con los labios hinchados y enrojecidos, unas ganas locas de hacerle el amor de nuevo lo consumían y con un gran esfuerzo se apartó de ella.

—Será mejor que subas porque, de lo contrario, te meteré dentro del patio y te haré el amor una vez más.

—Está bien, mañana nos vemos en el partido. ¡Ahí va! ¿Eso quiere decir que has aprobado el examen?

—Sí.

—¿Y cómo puedes saberlo tan pronto?

—Es un pequeño privilegio que tenemos las estrellas del básquet.

—¿Y qué nota has sacado?

—¿Qué te prometí que sacaría para ti?

—Un sobresaliente.

—Exacto, y todo gracias a ti.

—Me hace muy feliz haberte servido de ayuda.

—Sé que si mañana estás en ese partido mi sueño se hará realidad.

—¿Cuál es tu sueño?

—Que me fichen los del Pamesa Valencia, mañana vienen unos ojeadores y depende de cómo me vean en la cancha me harán una propuesta y la última vez no estuve muy fino que digamos.

—Estoy segura de que te harán esa propuesta, ya lo verás. Y yo estaré ahí para felicitarte.

—Bien. Ahora he de marcharme, mañana tengo que entrenar de buena mañana. Buenas noches.

—Buenas noches. —Dándole un último beso se marchó.

Samanta se metió en la cama loca de felicidad, recordando cada detalle de esa maravillosa velada una y otra vez, pues quería que se le grabara en el cerebro para no olvidarla nunca ni aunque viviera mil años. Tampoco quería olvidarse nunca de él, por eso se durmió repitiendo en su cabeza, una y otra vez, hasta quedarse dormida:

«Víctor, Víctor, Víctor, Víctor, Víctor».



Capítulo 9

Al día siguiente, sobre las doce del mediodía, todos sus amigos entraron en su habitación, pues habían conseguido despertar a Ángel, que compartía apartamento con él, a base de aporrear la puerta. Unos empezaron a subir y a saltar encima del colchón mientras le gritaban para que se despertara, y otros estaban poniendo la televisión para ver quién había ganado la apuesta y, de paso, ver cómo Víctor se tiraba a la rarita.

—¡¡Iros a tomar por culo, cabrones, y dejadme dormir un rato!! Esta tarde es el partido y necesito estar descansado. Ayer me acosté casi a las cinco y a las ocho estaba entrenando, necesito descansar, no seáis mamones.

—¡¿Eso quiere decir que te la tiraste?! —gritó uno de ellos.

—Sí, me la tiré, ahora marchaos.

—De eso puedo dar fe —indicó Ángel riendo—, los gemidos se oían desde mi habitación.

—¡Joder, qué tío! ¿Y cómo es en la cama? —le preguntó otro.

—No seas gilipollas, no voy a contestarte a esa pregunta. —Se sentó en la cama al oírse a él mismo hablando por la tele, ya que uno de sus amigos había conseguido poner el vídeo—. Apaga eso, no seas capullo.

—Aaahh, ¡no!, tenemos que comprobar que te dijo las palabras mágicas, para asegurarnos de que has ganado la apuesta.

—Pues claro que me dijo las palabras mágicas y más de una vez. Apaga eso, no quiero que lo veáis. Habéis perdido, y ahora apaga esa puta tele.

—¡¡¡Scchsssss!!! —le gritaron todos a la vez.

Todos miraban la tele entusiasmados esperando ver cómo Víctor le hacía el amor a Samanta, pues no era la primera vez que jugaban a ese juego y en muchas otras ocasiones se habían recreado en las grabaciones, pero sí era la primera vez que Víctor no se reía ni le gustaba y mucho menos disfrutaba ganando una apuesta.

La imagen de ellos dos besándose con pasión en la televisión hacía que sus amigos silbaran y vitorearan su nombre, en el momento en que ella le dijo: «Te quiero, Víctor» por primera vez, todos gritaron al unísono:

—¡¡¡Qué cabrón, lo consiguió!!!

—Ni siquiera se la había tirado todavía y ya le estaba diciendo las palabras mágicas.

Ninguno quitaba los ojos de la pantalla, esperando ansiosos a que él la desnudara, pero, en cuanto ella pronunció esas palabras, él se acercó a la cámara y, cerrando la mano en un puño y haciéndoles una peineta con una sonrisa en los labios, la apagó.

—¡¡¡Qué hijo de puta!!! —gritaron todos a la vez tirándole almohadones a la cabeza.

—¡Nos has dejado con la miel en la boca! —gritó uno de ellos.

—¡Puto cabrón! —exclamó otro— ¿Desde cuándo te has vuelto tan condescendiente con las mujeres?

—¿Ahora cómo podemos estar seguro de que te la has tirado? —le acusó otro.

—Ya has oído a Ángel, él lo ha corroborado antes de ver el vídeo, así que la apuesta está ganada y la he ganado yo.

—Al menos cuéntanos cómo es en la cama la rarita.

—No os voy a contar nada y, si volvéis a llamarla rarita, os partiré las piernas.

—¡Uuuhhh! Parece que la rarita se lo monta muy bien en la cama, nunca te habías puesto así por una tía.

—¡Largaos y dejadme descansar!

—No hasta que no nos cuentes si necesitaste una viagra para tirártela —insistió uno de ellos bromeando haciendo reír a todos.

—¿Cómo iba a necesitar una viagra? ¿Ayer no viste a esa tía? ¿Quién necesitaría una viagra con ella? —preguntó Ángel defendiendo a su amigo.

—Sí, Ángel tiene razón, cabronazo, es que tienes suerte hasta para eso. ¿Cómo conseguiste que estuviera tan buena?

—Cuando la invité al baile le pedí que se pusiera guapa para mí y dio resultado, ¿no crees?

—Pues, lo que te digo, que tienes una suerte de mil demonios, y encima se lo montará que te cagas en la cama.

—Lo único que voy a deciros, y no quiero que volváis a sacar el tema después de esto, es que… —Los miró a todos haciéndose el interesante.

—¡¡¿Qué?!! —gritaron todos a la vez haciéndole reír.

—Que es el mejor polvo que he echado en mi vida.

—¡Joooder con la mosquita muerta!, y parecía tonta, como si nunca hubiera roto un plato.

—No te pases, además, te estás equivocando. Era virgen, y yo fui el primero, de eso puedo dar fe.

—¡Qué cabronazo!

—¡Eres un tío con suerte, macho!

—Sí, sí, sí, sí, ahora largaos que tengo que dormir un poco más. —Echándolos de su habitación les preguntó antes de cerrar la puerta—: ¿Quién será el primero en limpiarme las botas, esclavos? Las quiero relucientes que hoy vienen los ojeadores.

—¡Qué hijo puta! Encima con recochineo.

—¡Ah! Y esta noche quiero *whisky* del bueno, no de garrafón.

—¡Será mamón!

Mientras cerraba la puerta se reía y se tiraba en la cama esperando dormir un poco más para estar a pleno rendimiento para el partido, necesitaba que todo saliera perfecto y para eso necesitaba descansar hasta que empezara.



Capítulo 10

Samanta salió de casa más contenta que unas pascuas, llevaba unos vaqueros ceñidos y un top de tirantes negro que se había comprado esa misma mañana; pues, como bien le había dicho Víctor la noche anterior, no tenía por qué seguir vistiendo como una rarita; él la encontraba bonita, y ella se pondría bonita para él cada vez que salieran juntos, durara el tiempo que durara. Aún no podía creer que él la hubiera invitado al partido y que quisiera salir con ella una vez más, y ella estaba dispuesta a concederle todo el tiempo que quisiera, por más que le doliera después no verlo.

Eran las seis cuando llegó al campus y entró en la cancha de baloncesto, el partido estaba a punto de empezar y Víctor estaba con todos los demás atendiendo las órdenes del entrenador. Cuando el entrenador terminó de darles todas las explicaciones, y todos aullaron su grito de guerra, Víctor la buscó entre el público, ella aún no había empezado a subir hacia las gradas y cuando se dio cuenta de lo que él hacía su corazón palpitó con fuerza.

«Samanta, no te vuelvas loca, estará buscando a otra persona, tú no eres tan importante para él», se decía a sí misma.

De pronto, sus miradas se encontraron, la sonrisa socarrona y la mirada de arriba abajo que le dedicó le cortaron la respiración. Cuando lo vio dirigirse hacia ella se empezó a poner muy nerviosa.

«¡Oh, Dios mío! Te buscaba a ti. ¡Oh, oh!, viene hacia aquí, tranquilízate y sé natural. ¡Joder!, ¿y eso cómo se hace?».

—Hola, estás preciosa. Creí que no ibas a venir.

Al darle un beso en los labios delante de todo el mundo, ella se quedó pasmada.

—Lo… lo siento, perdí el autobús.

—No importa, ya estás aquí, te he guardado un sitio, ven.

Cogiendo su mano, enredando los dedos a los de ella, la llevó hasta las gradas y la sentó en la primera fila, en el único asiento que quedaba libre.

—Gracias.

—De nada. ¿Ves aquellos dos hombres que están allí enfrente?

—Sí.

—Pues esos son los ojeadores, deséame suerte.

—No la necesitas, vas a ser una estrella.

La sonrisa de él fue increíble al oírla decir eso y, acercándose a ella, volvió a besarla en los labios.

—Luego nos vemos.

—Aquí estaré.

El partido comenzó y, cómo no, Víctor jugaba como todo un profesional y, como el capitán del equipo que era, sus órdenes eran precisas en el momento exacto. Estaba que se salía y,

aunque Samanta no entendía las reglas del juego, sabía que lo estaba haciendo muy bien. Primero, porque iban ganando con una diferencia muy elevada de puntos y, segundo, porque no podía quitar la vista de esos dos hombres que habían ido a evaluar a Víctor y, por sus sonrisas y entusiasmo cada vez que Víctor metía una canasta, sabía que los tenía en el bolsillo, y eso la hacía feliz, aunque significara que Víctor abandonaría la universidad para entrar en el Pamesa Valencia. Si él era feliz con eso, ella no podía más que alegrarse por él.

Mientras el partido se jugaba las animadoras no dejaban de chismorrear y, por supuesto, su conversación era sobre Samanta.

—¿Cómo se atreve esa zorra a venir al partido?, nunca lo ha hecho, los raritos no pueden entrar aquí —protestó Neus muy enfadada.

—¿Por qué? ¿Hay alguna ley que prohíba entrar a los raritos? —preguntó una de ellas riéndose al ver la cara de mala leche de Neus.

—Si está aquí es porque Víctor la ha invitado —opinó otra para fastidiar aún más a Neus—. ¿No te has fijado en que tenía un sitio reservado para ella y en cómo la ha besado?

—Sí, parece que lo de esos dos va en serio —sentenció otra metiendo el dedo en la llaga.

—¡No tenéis ni puta idea! Esa rarita no va a quitarme a Víctor.

—¡Uuuy, chica! En eso tienes razón, la rarita no puede quitarte a Víctor porque él nunca fue tuyo.

Todas se echaron a reír, pero enseguida tuvieron que olvidarse de todo para salir a la pista y hacer lo que mejor se les daba; entretener al público.

Cuando el partido terminó, y Víctor la miró, ella, con una sonrisa de oreja a oreja, puso sus dos puños delante con los pulgares arriba deseándole suerte, pues el entrenador lo acompañaba para hablar con los ojeadores, todos esperaban impacientes para ver cómo terminaba esa conversación, y cuando lo hizo la cara de felicidad de Víctor y su sonrisa lo decía todo; lo había conseguido.

—¡¡¡Lo conseguí, va a ficharme el Pamesa Valencia!!! —gritó acercándose a sus amigos con un gran salto levantando los brazos como símbolo de victoria.

Todos sus amigos gritaron, lo felicitaron y entre todos lo levantaron y le hicieron volar por los aires. Samanta, muy contenta y emocionada, bajó para felicitarle, pero se quedó a muy pocos metros de distancia porque de repente Víctor estaba rodeado por todas las animadoras, todas lo abrazaban y lo besaban, pero en especial Neus, que lo felicitó con un beso en los labios.

—¿Podríamos celebrarlo tú y yo solos esta noche? —le preguntó con mucha provocación para que supiera a qué clase de celebración se refería.

—Lo siento, Neus, pero ya tengo planes para esta noche.

Mientras hablaba se limpiaba los labios con la camiseta para borrar la huella que Neus hubiera podido dejar en ellos y se acercó a Samanta con una sonrisa socarrona consiguiendo que el corazón de ella se acelerara incontrolablemente. Al llegar a su lado la abrazó y la besó sin decir nada, y ella le correspondió colgándose de su cuello.

—Enhorabuena —pudo al fin felicitarle después de ese beso—, sabía que lo conseguirías y me alegro muchísimo por ti.

—Pues bien tonta que eres —espetó Neus muy enfadada—, ¿no te das cuenta de que fichar con el Pamesa Valencia lo aleja de aquí? Parece que no le importas tanto como tú crees —escupió con mucha malicia.

—Te equivocas, cuando alguien te importa de verdad lo único que quieres es que sea feliz y, aunque su felicidad lo aleje de ti, debes dejarlo marchar.

—¡Vaya! La rarita te ha dejado por los suelos —sé burlo una de las animadoras.

—Sí, Neus, a ver si aprendes que el mundo no gira entorno a ti —le reprochó uno de los jugadores—, eres demasiado absorbente.

—Yo tengo algo para ti, y si quieres absorberlo es todo tuyo —soltó otro de los jugadores y, poniendo la mano en su entrepierna, apretó su paquete haciendo reír a todos los demás.

—¡Sois unos gilipollas! —gritó Neus muy enfadada marchándose de la cancha.

—Voy a ducharme, ¿me esperas fuera? —comentó Víctor a Samanta.

—Sí.

—¿No vienes con nosotros? —le preguntó uno de los jugadores a Víctor antes de ir al vestuario.

—¡No, tengo una cita! —exclamó con una sonrisa mirando a Samanta y guiñándole un ojo.

Mientras entraban en el vestuario seguían tirándole de la lengua.

—El que prefiere a una chica antes que a sus amigos es que es un maricón.

—¿No será al revés? —bromeó Víctor muerto de risa.

—Dejadlo tranquilo, tiene que aprovechar el tiempo que le queda ahora antes de fichar con el Pamesa —dijo Ángel.

—Exacto, y a vosotros os tengo muy vistos. Además, estoy seguro de que aún os encontraré en el bar cuando vuelva y me pagaréis todas las consumiciones que quiera, me las debéis, mamones.

***

Cuando salió del vestuario, Samanta estaba en un banco sentada esperándolo fuera, cuando llegó a su lado, y esta se levantó, él la abrazó y la besó con mucha pasión.

—Estoy tan emocionado que creo que la adrenalina se me sale por los poros de la piel.

—Es comprensible, has conseguido tu sueño.

—¡Sí! Lo he conseguido. Sabía que me traerías suerte.

—¿Dónde vamos?

—¿Te gusta la pizza?

—Sí, mucho.

—Entonces vamos a una pizzería y después a mi apartamento, me muero de ganas de hacerte el amor.

Cenaron, fueron a su apartamento y allí le hizo el amor dos veces, parecía no cansarse de tocarla, besarla y amarla. Samanta estaba como en una nube, nunca hubiera imaginado que un chico como él alguna vez se fijara en ella, pero aún menos hubiera pensado que él pudiera llegar a sentir algo por ella y, aunque él no le decía nada cuando ella le decía te quiero, por su manera de mirarla, abrazarla, besarla y hacerle el amor ella sabía que algo sentía porque nadie podía fingir de esa manera, eso sería inhumano.

Iban camino a su casa, y él seguía eufórico por todas las emociones vividas ese día y por todo lo que había conseguido.

—Ven, demos un paseo por la playa. —Cogió su mano y entrelazó los dedos con los suyos.

—Víctor, es muy tarde.

—Por favor, no quiero dejarte todavía y esta es nuestra última noche.

Esas palabras le llegaron al corazón y no pudo negarse a ir con él.

—Está bien.

Cogidos de la mano pasearon por la playa y cuando estaban bastante alejados de las luces del paseo se sentaron en la orilla.

—Hoy ha sido un día increíble.

—Sí, lo ha sido. ¿Cuándo te marcharás?

—No lo sé, mañana se pondrán en contacto conmigo.

—Voy a echarte mucho de menos.

Sus ojos empezaban a llenarse de lágrimas, pues saber que no volvería a verlo la entristecía.

—No pienses en eso ahora. —Secó sus lágrimas con los pulgares—. Volveré.

Nada más decir eso su boca cubrió la de ella con un beso voraz, tumbándola en la arena, se puso encima y mientras se la comía a besos sus manos se adentraban por debajo del top, acariciando sus pechos, pellizcando sus pezones, despertando un placer irresistible. Deslizando su mano bajó hasta sus vaqueros y abriéndolos la coló hasta su pequeño monte de rizos negros, una vez allí empezó a mover sus dedos en círculos llevándola a la locura; no contento con eso, sus dedos entraron dentro de ella moviéndolos lentamente y, cuando estuvo a punto de llevarla hasta la cumbre del placer, los sacó rápidamente y poniéndose de rodillas delante de ella cogió sus vaqueros y sus braguitas, todo a la vez, bajándoselos de golpe.

—Víctor, ¡no, por favor, aquí no! —gritó ella asustada.

—No hay nadie, nadie nos ve, está muy oscuro.

—Víctor, por favor, si alguien nos viera me moriría de vergüenza.

—Nadie va a vernos y esta podría ser nuestra última noche. Te deseo como al aire para respirar y necesito estar dentro de ti.

Con esas palabras ya la tenía ganada, así que levantó las piernas para que él terminara de desnudarla de cintura para abajo. Con una sonrisa socarrona se desabrochó los vaqueros, se los bajó junto con el calzoncillo hasta las rodillas y la penetró con fuerza, soltando un gran gemido al sentirse dentro de ella, mientras la embestía con intensidad una y otra vez, desahogando toda esa tensión sexual que habían acumulado con tantas caricias y besos.

—Te quiero, Víctor…, y creo que moriré cuando te vayas —susurró ella con la voz cortada por el deseo.

—Volveré, y no sabes cómo voy a echar de menos estos ratos.

Después de esas palabras, sus movimientos se volvieron tan rápidos que ninguno de los dos podía seguir pronunciando palabra, solo se oía en el silencio de la noche el chocar de las olas en la orilla mojándoles las piernas y los gemidos de ambos llegando al éxtasis del más puro placer.

—¡Oh, Dios, ha sido increíble! —exclamó recostándose sobre ella, cansado por el esfuerzo.

—Estoy mojada.

—Yo también, ha debido de subir la marea.

—No me he dado ni cuenta.

—Estábamos demasiado ocupados para percatarnos —bromeó haciéndola reír.

—Tenemos que vestirnos.

—Sí, será mejor que nos vistamos.

Saliendo de su interior se puso de rodillas y se subió los vaqueros, justo en ese momento se dio cuenta de lo que acababa de pasar y la seriedad se dibujó en su cara.

—¿Qué te pasa? —le preguntó vistiéndose deprisa.

—Que la he cagado.

—¿Por qué dices eso?

—¡Joder, Samanta! No…, no sé qué me ha pasado, bueno, sí sé lo que me ha pasado; me pones tan cachondo que se me olvidó que no tenía preservativos y creo que, aunque los hubiera tenido, tampoco los hubiera usado. No sé qué me ha pasado, no me he podido controlar.

—¡Mierda! ¿Qué vamos a hacer ahora?

Víctor se levantó, la ayudó a incorporarse y abrazándola intentó tranquilizarla.

—Esperar y cruzar los dedos para que no te quedes embarazada.

—¿Y si me quedara?

—Si sucediera ya veríamos qué hacer cuando llegue el momento. Ahora no pienses en eso, solo por una vez no creo que vaya a suceder.

—Está bien.

—Vámonos —ordenó cogiendo su mano.

Cuando llegaron a la puerta de su patio, Víctor la besó notando cómo ella se movía inquieta, él la miró extrañado.

—No me mires así, tengo arena hasta en el chichi y me escuece. —Frunció el cejo.

Verla así le hizo reír a carcajadas, ella acabó riéndose con él haciendo ese ruidito tan gracioso con su garganta. Sin poder evitarlo, le cogió la cara entre sus manos y la miró a los ojos con mucha intensidad robándole la razón.

—¿Sabes lo mucho que me gusta ese ruidito que haces al reírte? —le confesó con un beso.

—¿Te gusta? —preguntó incrédula, pues nunca creyó que a alguien le pudiera gustar.

—Sí, me vuelve loco.

—Tú sí que me vuelves loca a mí. —Se besaron y fue tan intenso que les costaba respirar al separarse.

—Va a ser mejor que te vayas y te laves el chichi porque si seguimos así volveré a enterrártelo en la arena. —Ella volvió a reír por sus palabras.

—Sí, será mejor que me vaya, necesito una ducha. Buenas noches.

—Buenas noches, preciosa. —Volvió a atraparla en un beso ardiente, como si no quisiera dejarla marcha.

—Te quiero —le susurró con un hilo de voz cuando la liberó de su boca.

Subía la escalera loca de contenta por la noche tan maravillosa y atrevida que habían pasado, ¿quién le iba a decir a ella una semana antes de conocer a Víctor que sería capaz de dejarse desnudar en la orilla de la playa y que haría el amor con un chico mientras las olas le mojaban el trasero? Ese pensamiento la hizo sonreír, pero de pronto la sonrisa desapareció de su cara al darse cuenta de que esa vez se habían despedido, pero no habían vuelto a quedar para volverse a ver, y él le había dicho antes de hacerle el amor en la playa que esa podría ser su última noche.

«¡Oh, Dios mío! ¿Será nuestra última noche? ¿No volveré a verlo? No, no, no, no pienses en eso, volverá, él te lo ha dicho. Sí, volverá, y tú estarás esperándolo».



Capítulo 11

Habían pasado tres días y Samanta estaba desesperada, Ángel le había dicho el lunes que Víctor se había ido a firmar el contrato con el Pamesa Valencia y que no sabía cuándo iba a volver. Esperando que pudiera tener noticias, después de las clases se dirigió hasta el apartamento que Víctor compartía con él, con la esperanza de que pudieran hablar y averiguar si sabía algo nuevo.

Cuando llamó a la puerta la que le abrió fue Neus, dejando a Samanta muy sorprendida, Neus la miró con mucho desprecio y soberbia.

—¿Qué haces aquí?

—Quería hablar con Ángel.

—Ángel no está.

—¿Y tú qué haces aquí?

—He pasado la noche aquí.

—¿Con Ángel? —Se sorprendió.

—¡Ja! Eso quisiera ese estúpido. He pasado la noche con Víctor.

—¿Víctor está aquí? —preguntó muy emocionada, pero muy molesta por lo que Neus acababa de decirle.

—No, se ha ido muy temprano. Solo vino ayer por la tarde para recoger todas sus cosas, ya que no piensa volver.

—Pe… pero eso es imposible, él me prometió que volvería.

—Él promete muchas cosas a muchas chicas y luego no las cumple. ¿De verdad creíste ser importante para él?

—Yo…

—Tú solo fuiste una más.

—Eso no es cierto, él… él…

—¡¿Te quiere?! Vamos, no seas estúpida. ¿Te lo ha dicho alguna vez?

—No era necesario.

—Claro que no, él es tan bueno en la cama que crees que solo te puede amar a ti con tanta intensidad, ¿verdad? Eso nos ha pasado a todas y si no pregúntate: ¿si tan importante eras para él por qué ha pasado su última noche aquí conmigo?

—No te creo.

—¿No? Pues, mira, voy a hacerte un favor para que te quites la venda de los ojos y dejes de suspirar por él. Acompáñame.

—¿A dónde?

—A su habitación.

—¿Para qué?

—Para abrirte los ojos, estúpida. ¿Quieres saber los verdaderos motivos por los cuales Víctor

se enrolló contigo o prefieres seguir engañándote a ti misma pensando que te quería?

Cuando la vio dirigirse a la habitación de Víctor, no pudo evitar seguirla, pues la curiosidad y el miedo de que esa mujer estuviera diciendo la verdad eran más fuertes que ella.

Al entrar vio la cama revuelta y, para colmo de males, un sujetador entre las sábanas, Neus se acercó a la cama y recogió el sujetador.

—¡Vaya! Por fin lo encuentro. —Samanta empezaba a sentir náuseas—. Siéntate y, mientras te pongo un documental, te contaré por qué Víctor se enrolló contigo.

—Estoy bien de pie.

—Como quieras. Verás, todo empezó hace casi dos semanas cuando Víctor tuvo una mala tarde en la cancha y gracias a él perdieron el partido —comenzó a explicarle—. Siempre que uno del equipo tiene una mala tarde, y les hace perder el partido a los demás, es castigado. Los demás eligen el castigo, y a Víctor lo quisieron ridiculizar delante de todo el campus obligándolo a llevar a la chica más fea al baile y, cómo no, esa chica resultaste ser tú. La tontería se les fue de las manos, como a casi todos los tíos porque el macho que llevan dentro los descontrola, y Víctor, cómo no, es muy macho. Así que empezó a vacilarles diciendo que podía conseguir llevarte al baile y hasta enamorarte, y una cosa llevó a la otra, por lo que empezaron a apostar. Al final dejaste de ser un castigo para él y terminaste siendo un juego para todos, pues todos apostaron que no conseguiría llevarte al baile, enamorarte, acostarse contigo y conseguir que en esa misma noche le dijeras las palabras mágicas.

Samanta lloraba mientras escuchaba toda esa historia.

—¿Qué… palabras mágicas? —preguntó acongojada.

—Te quiero —dijo mientras volvía a poner otro disco en el DVD—. A ver si esta vez he atinado —masculló y cuando salió Víctor en la pantalla añadió muy ilusionada—: lo conseguí, es esta.

Cuando Samanta vio en la pantalla cómo Víctor la abrazaba y la besaba no podía creer que eso estuviera pasando de verdad, creía estar en una horrible pesadilla. Víctor no podía haber hecho eso, no podía haber grabado la primera noche que estuvieron juntos, pero ahí estaban, besándose y, cuando se escuchó a sí misma decir: «Te quiero, Víctor», algo dentro de ella se rompió dejándose caer en la cama sin poder dejar de mirar la televisión. Neus paró el DVD e hincó el dedo en la llaga aún más.

—Será mejor que lo pare, tú ya sabes cómo acaba esta peli, y a mí no me apetece verte retozar con Víctor en la cama. Estoy segura de que a ellos les habrá encantado y que la habrán visto más de una vez. Todos los tíos son unos cerdos.

Al oírla decir eso las náuseas aumentaron y de repente sintió que se ahogaba en esa habitación, necesitaba irse de allí, así que sin decir nada salió corriendo hecha un mar de lágrimas.

Neus se tumbó en la cama muy satisfecha por cómo le había salido la jugada, sabía que le había hecho daño y se alegraba, pues aún le dolían los dos desplantes que Víctor le había dado por estar con esa mojigata. El primero, la noche de la fiesta cuando le dijo que todos sus bailes estaban reservados para esa y, el segundo, cuando no quiso pasar su última noche con ella, sino con Samanta.

Todo había sido muy rápido, pero en el mismo momento en que Samanta había llamado, y ella la había visto por la mirilla, el plan había surgido de pronto en su cabeza como si hubiera estado planeado décadas antes. Había pasado la noche con Ángel, este se había ido temprano dejándola dormida y como no tenía clases se le había hecho muy tarde, por eso estaba allí.

En cuanto vio quién llamaba, se había ido corriendo a la habitación de Víctor para deshacer la cama y dejar su sujetador entre las sábanas para que Samanta pudiera verlo. Había conseguido

que esa muchacha lo odiara y se sentía feliz, no le había dicho ninguna mentira, solo le había abierto los ojos confesándole lo de la apuesta y enseñándole el vídeo y, aunque ella supiera que Víctor no había grabado todo lo que pasó entre los dos, lo había parado en el momento justo y le había hecho creer a ella que sí lo había hecho. Sabía todo lo que había pasado, tanto lo de la apuesta como lo de la grabación porque se tiraba a todos los chicos del equipo y todos acababan confesándole algún que otro secreto que ella sabía utilizar muy bien, como acababa de hacer en ese mismo instante.

Y todo por celos, por rabia, por venganza, por no poder soportar que Víctor fuera capaz de sentir algo por esa mosquita muerta, pues con ella había sido capaz de parar la cámara de vídeo para que ninguno de sus amigotes se riera de ella y disfrutaran viéndola desnuda y extasiada de placer entre sus brazos, y con ella no, con ella todos ellos, incluso él, tuvieron entretenimiento muchas semanas cada vez que la veían en la cama retozando con Víctor, ya que ella también fue una de esas estúpidas apuestas que solían hacer. A ella nunca la llevó a cenar a sitios finos, lo máximo que le pagaba era una pizza, la cual llevaban a su apartamento mientras retozaban en la cama antes y después de comer, después la despedía con una sonrisa y le pedía educadamente que se fuera. Ella solo fue un entretenimiento, sin embargo, esa mosquita muerta se había colado muy profundo dentro de él, ya que antes de irse la última noche ella se había colado en su cama para despedirlo, y él la había rechazado diciéndole que estaba con Samanta y que no quería estropearlo, así que una vez más le había pedido amablemente que se fuera de su casa.

***

Cuando Samanta llegó a la calle el calor la hizo vomitar y después se dejó caer en el suelo sin poder dejar de llorar. En su mente solo podía ver a Víctor y a todos sus amigotes mirando ese vídeo una y otra vez, riéndose de ella y poniéndose cachondos a su costa. Su dolor y su pena eran tan grandes que no podía respirar, no podía caminar y no podía reaccionar.

Uno de los profesores que pasaba por allí, y la vio tirada en el suelo llorando sin consuelo, se agachó para ver qué le sucedía.

—¿Qué te pasa, niña? ¿Te has caído? ¿Estás bien? Déjame ayudarte, por favor, levántate del suelo, te llevaré hasta la enfermería.

Con un gran esfuerzo consiguió que le hiciera caso, estaba en estado de *shock* y lo único que hacía era llorar. El director llamó a sus padres, y estos fueron a recogerla. Cuando su madre la vio el corazón se le partió en dos, solo con ver el estado de su hija sabía que estaba destrozada y también sabía quién había sido el causante de la conmoción que sufría.

La llevaron a casa, y su madre le llenó la bañera con agua caliente para que se relajara, después la metió en la cama y, acostándose con ella y abrazándola con fuerza, empezó a contarle:

—No voy a echarte en cara que te lo dije porque no estás en condiciones. Yo sabía que ese chico te rompería el corazón y, aun así, te dejé salir con él porque no quería que el día de mañana me reprocharas que yo no te había dejado ser feliz —comenzó a explicarle—. Siempre tuve la esperanza de que si no llamabas la atención, si te hacía ocultar tu belleza, un buen chico vería lo que había dentro de ti y se enamoraría haciéndote la mujer más feliz del mundo, como tu padre hizo conmigo. Por eso te compraba esa ropa tan horrorosa, por eso te inculqué que no hay que ser vanidosa, por eso siempre intentaba que esas gafas grandes, esos *brackets* y ese pelo desaliñado fueran tu tapadera. —Suspiró antes de seguir hablando con un deje de tristeza en su voz—. Te preguntarás por qué hice eso, pues lo hice para protegerte. Las chicas guapas en la universidad son el objetivo de esos adolescentes descarriados que solo tienen una cosa en mente

y es llevárselas a la cama y, cuanto más guapas sean y más conquistas consigan, mejor para ellos. Yo era igual de bonita que tú y, cómo no, me gustaba ir muy bien arreglada y que los chicos me piropearan, pero cuando conocí a ese hombre; el chico guapo, irresistible y el más golfo del campus, perdí la cabeza, y él se aprovechó de eso —continuó tras hacer una pausa para tomar aire. Samanta escuchaba sorprendida un relato que jamás hubiera imaginado—. Me dejó embarazada y después no quiso saber nada de mí. ¿Sabes lo que en esa época era ser la golfa que se acostaba con todos y que por eso la habían dejado embarazada?, pues eso fue lo que las malas lenguas empezaron a decir de mí, y todos creyeron que era cierto, aunque solo me hubiera acostado con un chico los demás creyeron que fueron decenas, así que no podía salir a la calle sin que me señalaran con el dedo. Hasta que conocí a tu padre, él supo hacerme reír de nuevo y me hizo olvidar todo lo malo; me casé con él, te adoptó y fue el padre y el marido más maravilloso del mundo. ¿Y sabes cuándo lo conocí? En una etapa de mi vida en que la tristeza y la desilusión me hacían parecer un espantapájaros, pues no me arreglaba y era un desastre, pero a él no le importó mi físico, ni que estuviera embarazada, sino mi interior. Eso era exactamente lo que yo quería para ti; que encontraras a ese chico que no le importase tu físico, si no tu interior —recalcó repitiendo esas palabras—. Quería evitar que pasaras por lo que yo pasé. Pero cuando viniste y me suplicaste que te ayudara a estar bonita para ese chico supe que no tenía derecho a privarte de tu juventud y por eso acepté ayudarte. Ahora me arrepiento y me siento culpable.

—Tú… tú… tú no tienes la culpa, mamá, yo… yo… fui una estúpida por creerme todas sus mentiras.

—No, cariño, tú solo te enamoraste, y ese es el gran problema que tenemos las mujeres; que cuando nos enamoramos perdemos la razón, y ellos se aprovechan de eso.

—Siento todo lo que te pasó. ¿Por qué nunca me lo habías contado?

—Porque me daba miedo que no me entendieras y no quería que preguntaras por tu padre de verdad.

—¿Cómo no iba a entenderte, mamá? Y no me importa quién fue mi padre, yo ya tengo un padre y, como bien has dicho, es el mejor.

—Sí, mi vida, tu padre es el mejor.

—¿Estás enfadada conmigo?

—No, cariño mío, este ha sido tu primer desengaño amoroso y se te pasará, conocerás a otro chico y…

—¡No!, nunca voy a volver a confiar en otro chico, nunca más voy a volver a enamorarme y nunca más voy a dejar que un chico y sus amigotes vuelvan a reírse de mí. De eso puedes estar segura, antes muerta que volver a creer en la palabra de un hombre, todos son escoria.

Con esas últimas palabras se quedó callada y abrazada a su madre y así acabó quedándose dormida, pues el disgusto tan grande que se había llevado la había dejado exhausta.



Capítulo 12

Dos días más tarde Víctor había vuelto al campus, pues todas las negociaciones de su contrato habían terminado, se habían complicado las cosas porque su padre había querido estar presente y les había obligado a modificar dos veces el documento antes de que lo firmara, asegurándose de que su hijo seguiría estudiando y se sacaría la carrera, para así el día de mañana si el baloncesto le fallaba pudiera unirse a él como habían hecho sus dos hermanos mayores.

Tenía dos días antes de recoger todas sus cosas y dejar definitivamente la universidad, y lo primero que había hecho era ir a la parada del autobús para esperar a Samanta. Quería darle una sorpresa, pero la sorpresa acabó llevándosela él.

Samanta salió del campus, como todos los días, y se dirigió a la parada del autobús, al levantar la vista y encontrárselo ahí se quedó sin respiración, pero cuando le vio sonreír con ese gesto socarrón una furia inmensa se apoderó de ella y, sin poder controlarla, cuando este se puso delante de ella le dio una bofetada con todas sus fuerzas volviéndole la cara del revés.

—¡¿Te has vuelto loca?! ¡¿Por qué haces esto?! —le gritó alucinado por el recibimiento y con la mejilla ardiendo y dolorida.

—¡Es lo mínimo que te mereces! ¡Y no te acerques a mí ni me hables ni me toques porque soy capaz de matarte!

—Samanta…

—¡¡Cállate!! Y vuelve por donde has venido, ¡no quiero verte!

—¡No!, hasta que me expliques qué está pasando.

—¿De verdad quieres que te explique qué está pasando?

—¡Sí, joder, quiero saber por qué estás tan borde!

—Porque te odio, porque me das asco y porque preferiría estar muerta que haberte conocido. Ahora, si quieres, puedes ir y contárselo a tus amiguitos. O mejor aún, ya que tanto te divierte apostar, podríamos apostar cuántos años de cárcel te caerían si te denunciara por grabarme desnuda y sin mi consentimiento. ¿Cómo lo llamarían a eso? Ah, ¡sí! Abuso a mi intimidad.

Víctor se quedó paralizado al oírla decir todas esas cosas, ya que creyó que jamás se enteraría de lo ocurrido, sus amigos eran unos capullos, pero estaba seguro de que ninguno de ellos se lo había dicho.

—¿Quién te lo ha contado? —le preguntó casi sin voz.

—¿Qué importa quién lo haya hecho?

—¡A mí sí me importa porque voy a matarlo! —gritó furioso.

—Ella solo me abrió los ojos…

—¿Ella? Fue Neus, ¿verdad? ¿No te das cuenta de que lo que busca es alejarte de mí?

—No la culpes a ella, ella no me ha mentido, y tú sí. Tú me has alejado de ti, tú te aprovechaste de mí, tú te acercaste a mí por una maldita apuesta, tú nos grabaste haciendo el amor, tú te has reído de mí con tus amigotes mientras mirabais ese vídeo y vete a saber las

cochinadas que hacíais mientras; eres un enfermo y me das asco.

—Samanta, por favor… —le suplicó intentando acercarse a ella.

—¡¡No me toques!! —le gritó fuera de sí—. ¡No se te ocurra tocarme! Solo espero que lo que apostaste por mí te haya valido la pena. —Con lágrimas como puños cayendo por sus mejillas le preguntó—: ¿Cuánto te pagaron? ¿Cuál fue la apuesta para destrozarme la vida? ¿Cuántas veces tú y tus amigotes os habéis masturbado viendo ese vídeo?

—Samanta, déjame explicarte, ese vídeo no existe…

—¡¡No mientas, no se te ocurra decir más mentiras!! Porque yo lo vi…

—Tú no has podido verlo porque yo no lo…

—No quiero saber nada de ti ni de esa apuesta ni de ese vídeo. Solo te voy a dar un consejo; la próxima vez ve a un videoclub y alquila una película porno porque podrías acabar en la cárcel, ya que lo que has hecho es ilegal.

—¡Joder, déjame explicarte! —La furia le salía por los poros.

—¡No quiero oír más mentiras! Porque, por más que intentaras justificarte y por más que intentaras explicarme, nunca te creería. Jamás voy a creer nada de lo que digas, jamás voy a perdonarte, y si llegara a vivir mil años todos y cada uno de ellos te odiaría. —Limpiándose las lágrimas con el dorso de las manos le soltó—: Me has roto el corazón, Víctor, y espero que te sientas orgulloso por ello. Solo te pido una cosa; si volvemos a vernos algún día haz como que no me conoces porque tú para mí has muerto.

Salió corriendo y llorando desesperada, queriendo dejar atrás ese fin de semana tan maravilloso que habían compartido, rezando para que sus recuerdos se quedaran en esa parada de autobús donde todo había empezado, como se había quedado él petrificado.

Víctor aún no podía creer todo lo que acababa de pasar, se preguntaba: ¿Por qué? ¿Por qué para una vez que le importaba una chica de verdad acababa todo tan mal? La respuesta era muy simple; nunca debió jugar con los sentimientos de Samanta. El problema era muy sencillo y, sí, todo había empezado como un juego, pero él había caído en su propia trampa, el juego se había convertido en algo más, y Samanta había llegado a pasar de ser una apuesta a la única chica que le había movido el corazón. Deseaba estar con ella, pero después de todo lo que le había dicho sabía que era imposible, que ella nunca lo perdonaría ni querría volverlo a ver en toda su vida, y no podía reprochárselo porque él era el único culpable de todo lo que había pasado, ya que nunca debió aceptar esa apuesta. Odiaba esa maldita apuesta y todas sus consecuencias.

Con un cabreo de mil demonios se dirigió a la cancha de baloncesto donde sabía que estarían sus amigos y esas arpías de las animadoras.

Cuando lo vieron entrar todos se dirigieron a él, gritándole emocionados cumplidos y saludos de bienvenida, pero él no podía escucharlos, su mirada estaba centrada en Neus, a la cual deseaba estrangular con sus propias manos, y fue exactamente lo que hizo, cogerla del cuello con sus dos manos y apretárselo lo suficiente para dejarla paralizada, asustada y callada; mientras todos los demás miraban la escena y escuchaban a Víctor igual de paralizados que ella.

—¡¡Eres una zorra envidiosa!!, capaz de valerte de cualquier treta para conseguir lo que quieres, ¿verdad? Pero esta vez de nada te va a servir porque nunca más voy a volver a estar contigo, ¡¡me das asco!! ¡Conseguiste lo que querías! ¡Samanta no me quiere volver a ver ni en pintura y todo gracias a ti! Da gracias a Dios porque eres mujer, si no ahora mismo te usaría como saco de boxeo ya que ganas no me faltan.

Soltándola de golpe la hizo caer al suelo y, mientras tosía e intentaba coger aire, todos le preguntaban a Víctor qué había pasado. Él explicó por encima todo lo que Samanta le había contado.

—¡Oh, Dios mío! —gritó una de las animadoras—. Ya no se puede caer más bajo.

—Deberíamos echarla del equipo —sugirió otra.

—Lo siento mucho, Víctor —le dijo otra—. Samanta me gustaba, era una buena chica.

—¡Será zorra! —gritó Ángel muy cabreado por su amigo.

—¿Lo que no puedo entender es cómo ella sabía todo? —preguntó uno de los jugadores.

—Pues muy simple; ella se acuesta con todos vosotros, y vosotros tenéis la lengua muy larga —aclaró Víctor muy cabreado aún—. Lo que no entiendo es cómo pudo enseñarle el vídeo a Samanta.

—Yo creo que sé cómo lo hizo —confesó Ángel muy decaído—. Hace dos días pasó la noche conmigo y como tenía que salir temprano la dejé sola en casa, ahí debió de cogerlo.

—Pues id con cuidado con esa puta y no le abráis la puerta de vuestra casa, solo las piernas, y ni siquiera para eso vale la pena ya —comentó Víctor con mucho desprecio.

—Bueno, ¡ya basta! —gritó Neus muy enfadada por todas las cosas que decían de ella—. No os voy a consentir…

El primer balonazo que recibió la hizo callar y a continuación una lluvia de pelotazos la obligó a salir corriendo de la cancha antes de que la mataran lapidada, mientras todos la insultaban, la amenazaban y se reían de ella.

—Estoy seguro de que cuando vuelvas a hablar con ella te perdonará —intentó animarle Ángel pasándole el brazo por los hombros.

—No, no tengo ninguna posibilidad, me odia y tiene sus motivos. ¿Tú perdonarías algo como lo que le hemos hecho a ella? He sido un gilipollas, Ángel, y nunca debí llevar a cabo esa apuesta, ahora he de cargar con las consecuencias y joderme.

—Pues ya que no tiene solución emborrachémonos. —No soportaba ver así a su amigo y daría cualquier cosa por hacerle feliz.

—Bien pensado, necesito una copa; bueno, más de una, para ver si se me quitan las ganas de romper todo lo que esté en mi camino.

—Pues esta noche tendrás todas las que quieras, chaval —afirmó uno de ellos.

—Sí, aún te debemos muchas borracheras —añadió otro.

—No, gracias, prefiero pagarme mis copas. No quiero nada que tenga que ver con esa maldita apuesta y te juro que nunca más en mi vida volveré a aceptar otra, las apuestas se han terminado para mí.

—Como quieras —le apoyó Ángel, como siempre—, ahora vamos a hacerte olvidar.

Entre todos se lo llevaron casi en volandas y pasaron toda la noche de copas, casi tuvieron que volver a casa a cuatro patas, pero por más que bebiera no lograba quitarse a Samanta de la cabeza.

Al día siguiente, con una resaca de muerte, se despidió de todos y se marchó, tenía un día más, pero no quería pasarlo allí, donde todo le recordaba a ella, así que decidió volver a su casa y estar con su familia antes de incorporarse al equipo de baloncesto. Había logrado su sueño, pero había perdido algo muy importante y no podía estar feliz del todo. Decidido a pasarse los días entrenando y estudiando para no pensar en nada, cogió sus maletas y abandonó ese apartamento para no volver nunca más.



Capítulo 13

Veinticuatro años más tarde

Ricardo caminaba por el campus, acababa de terminar las clases y esperaba a su chica para acompañarla a casa, como todos los días, ella se entretenía más de la cuenta hablando con sus amigas, y él esperaba pacientemente a que ella saliera. De repente, le sonó el móvil y, sin mirar la pantalla, contestó:

—¿Sí?

—Hola, guapo.

—Hola, preciosa.

—¿Dónde estás?

—Esperándote.

—¿Dónde?

—Donde siempre.

—Pues no te veo. ¿Estás jugando conmigo?

—¡Uuummm! Me encanta jugar contigo y me muero de ganas de arrancar tus braguitas a bocados.

Cuando la escuchó sonreír una sensación extraña lo invadió, pero le divertía esa conversación y decidió seguir, ya que era raro que ella le siguiera el juego en esas cosas y más si estaba con sus amigas.

—¡Vaya! Estás muy atrevido hoy, ¿no?

—Tú me provocas.

—¡Uuummm! Me gusta provocarte. ¿Por qué no dejas de jugar y vienes a darme un beso?

—¿Me dejarás arrancarte las bragas?

—¿A bocados?

—Sí.

—Vale. ¿Y tú me dejarás arrancarte los calzoncillos?

—¿A bocados?

—No, a hostias, como no vengas inmediatamente.

Esa vez fue él quien se rio, y a ella le embargó la misma sensación extraña que él había sentido al oír su risa.

—Cariño, estoy en el mismo sitio donde todos los días me haces esperar una eternidad.

—Eso no puede ser porque soy yo la que está esperándote a ti.

De repente, se quedaron callados y los dos preguntaron a la vez:

—¡¿Quién eres?!

—¡Vaya! Creo que me confundí al marcar el número —confesó ella—. ¡Por Dios! ¡Qué vergüenza!

—¿Por qué? Ha sido divertido. —Ella se rio.

—Sí, sobre todo, cuando te he dicho que te iba a quitar los calzoncillos a hostias.

Los dos rompieron en carcajadas al otro lado del teléfono.

—Sí, ahí te has pasado un poco, pero ha sido lo más divertido. ¿Cómo te llamas?

—Raquel. ¿Y tú?

—Ricardo. Bonito nombre.

—Gracias, me lo puso mi madre.

—¡Ya! ¿Quieres saber un secreto?

—Sí.

—A mí también me lo puso mi madre. —Ella volvió a reír a carcajadas—. Me gusta oír tu risa.

—Sí, eso me dicen todos. ¿Quieres saber un secreto?

—Me muero de ganas.

—Tú también tienes una risa bonita.

—Gracias.

—Lo extraño es que no me diera cuenta de que tu voz no se parece en nada a la de mi novio.

—Bueno, la tuya tampoco se parece a la de mi novia. Quizás fuera por esa conversación tan entretenida que llevábamos y por eso no nos dimos cuenta.

—Puede que tengas razón….

Una voz detrás de ella les cortó, incluso Ricardo podía oír esa charla ajena al auricular de su móvil.

—Hola, cariño, ¿con quién hablas?

—Con nadie, solo era una llamada equivocada.

Piii. Eso fue lo siguiente que volvió a escuchar Ricardo. Decepcionado, colgó el móvil, y justo en ese instante su novia salía por la puerta con sus amigas.

—¡Ooohh, siento el retraso! —se disculpó con un beso—. ¿Nos vamos?

—Sí.

—¿Qué te pasa?, pareces molesto.

—No me pasa nada.

***

Cuando la dejó en su casa se fue en busca de su amigo Pedro, quedaron para tomar un café y, una vez allí, le contó:

—Hace un rato, antes de dejar a Mar en su casa, me ha pasado algo increíble.

—Cuéntamelo todo —pidió intrigado.

—Me ha llamado una chica.

—Te ha llamado una chica, ¿y qué tiene eso de interesante? —preguntó decepcionado.

—No es lo que tiene, es lo que hemos hablado.

—¿Y de que habéis hablado? —Ricardo le contó toda la conversación—. ¡Vaya!, la verdad es que tiene su puntito. ¿La conozco?

— No. Y yo tampoco.

—Ahora sí que me has dejado de piedra. ¿Si no la conoces cómo es que habéis hablado por teléfono y esa conversación tan picarona?

—Fue un malentendido. Ella debió de equivocarse al marcar y me llamó a mí. Yo creí que era Mar, y ella, que yo era su novio, de ahí la conversación tan picarona.

—¡Ah! ¿Y ahora qué? ¿Eso es todo? ¿Por una simple conversación telefónica estás así de eufórico? —Se sorprendió Pedro.

—No sé, tío. Me gustó su voz y su risa y, sobre todo, su forma de hablar.

—O sea que te gusta una tía a la que no conoces y que solo has hablado con ella unos minutos. ¿Sabes qué te digo?

—¿Qué?

—Que dejes a Mar, esa relación está estancada. ¿Cuánto lleváis saliendo?

—Casi dos años.

—¿Ves?, llevas dos años con ella y te pones así por una simple llamada. Si sigues con esa relación dentro de unos años estarás poniéndole los cuernos con la primera que pase.

—¿Por qué dices eso? —preguntó mosqueado.

—¿Cuándo estás con Mar cómo te sientes?

—¿A qué te refieres? —añadió, confuso.

—¿Estás eufórico, feliz, emocionado o simplemente es rutina?

—¡Joder, tío!, pues no lo sé, me lo paso bien con ella y en la cama todo es perfecto.

—Claro que es perfecto, tienes veinticuatro años, si con esa edad tirarte a una tía no es perfecto, apaga y vámonos.

—Entonces no sé a qué te refieres —dijo perdiendo la paciencia.

—Te lo voy a explicar a mi manera. Cada vez que tengo a Sonia entre mis brazos el corazón se me acelera, se me corta la respiración y no me importa si estoy en un bar o en una iglesia, la lujuria me domina y solo pienso en quitarle las bragas, así que la arrincono en cualquier rincón y me la como toda entera.

—Qué bruto eres, ¿te la has tirado en una iglesia?

—No, porque no voy, si no me la tiraría en una. —Se rio al ver la cara de su amigo con los ojos en blanco—. Solo te voy a dar un consejo, si no estás con una tía que te haga perder el control, búscate a otra que provoque exactamente eso o de lo contrario te arrepentirás.

—Tú cambias de pareja muy a menudo, es normal que sientas esas cosas. Estoy seguro de que si estuvieras dos años con la misma chica te lo tomarías todo con más calma.

—¿Por qué crees que me duran poco? Porque cuando dejó de sentir esa sensación de deseo lujurioso sé que tengo que cambiar.

***

Mientras caminaba hacia su casa pensaba en las palabras de su amigo y tenía razón, los fines de semana, cuando iban a la discoteca, muchos de ellos terminaban en los baños echando un polvo, y parecía imposible que no pudieran esperar a llegar a casa, ya que vivían juntos y no tenían que separarse para irse cada uno a la suya, simplemente no podían controlarse.

A él nunca le había pasado algo así, Mar era demasiado estirada para ponerse como una moto y montárselo en cualquier sitio, por eso solo lo hacían cuando sus padres no estaban en casa o su madre trabajaba hasta tarde. Por más que él le suplicara que le dejara hacerle el amor en el patio, cuando llegaban de madrugada y se ponía cachondo, ella se negaba diciéndole que eso no estaba bien. Por eso su vida sexual era bastante limitada. Pero él la quería y con eso era suficiente o al menos eso pensaba hasta ese momento.



Capítulo 14

Al día siguiente, cuando salió de clase, como siempre, se puso a esperar a Mar, entonces recordó lo ocurrido el día anterior, inmediatamente sacó su móvil y buscó en las llamadas recibidas, encontrando un número que no tenía memorizado, sin pensarlo demasiado le dio a la tecla de llamada y volvió a escuchar su voz.

—Hola.

—Hola.

—¿Quién eres?

—Ese que ayer se quedó con ganas de arrancarte las braguitas a bocados.

—¡Oh, Dios mío! ¿Co… cómo has conseguido mi número? —preguntó preocupada.

—Tú me llamaste, ¿recuerdas? Tu número se quedó grabado en mi móvil.

—¡Ah! Tienes razón. ¿Eres un acosador? —Esa pregunta hizo reír a Ricardo.

—No.

—Pues estás llamando a una desconocida y eso solo lo hacen los acosadores.

—No eres una desconocida.

—¡Ahí va! ¿Nos conocemos? ¿De qué?

—Gracias a una llamada.

—Qué tonto, creí que nos conocíamos de verdad. —Se rio.

—Eso podríamos arreglarlo, ¿no crees?

—¿Cómo?

—Dame un lugar, una hora y allí estaré, ansioso por conocerte.

—¿Quieres conocerme? —preguntó sorprendida.

—Sí, me muero de ganas.

—¡Joder!, no me digas esas cosas, que me pones nerviosa.

Oírla decir eso despertó en él unas ganas locas de verla, así que volvió a insistir.

—Antes de seguir esta conversación necesito saber una cosa.

—¿Qué cosa?

—¿Vives en Valencia?

—¿Y por qué eso es importante para que sigamos hablando?

—Porque si fueras…, no se…, de Navarra, sería muy difícil poder conocerte.

—¿Y por qué crees que vamos a conocernos?

—Porque si no te gustara conversar conmigo, y no sintieras curiosidad como yo, ya me habrías colgado.

Piiiii.

Cuando escuchó ese pitido su decepción fue tan grande que empezó a maldecir, pero algo en su interior le decía que no podía dejar esa conversación por terminada, así que volvió a darle a la tecla de llamada.

—Eres muy insistente, ¿no crees? —contestó de nuevo ella.

—Pues sí, es muy interesante hablar contigo.

—¿Y si te dijera que vivo en Alemania?

—Tu acento te delata.

Ella no pudo evitar reír a carcajadas, y él sintió un placer inmenso al escucharla.

—Sí, ¿y qué acento tengo?

—Debes de ser por lo menos de Valencia capital. —Ella se echó a reír de nuevo, y a él cada vez le gustaba más esa risa.

—Eres muy inteligente y suspicaz.

—¡Bieeen, vives en Valencia! —exclamó complacido—. ¿Vas a la universidad?

—Sí.

—¿A la Politécnica?

—Sí, mi padre quería una privada, pero yo me decidí por esta. ¿Y tú?

—Podríamos estar ahora mismo a dos metros de distancia.

—¡Oh, Dios mío, estás aquí! —Instintivamente se volvió hacia todos los lados intentando encontrarle, como si pudiera reconocerlo, entonces se dijo a sí misma—: Qué estúpida.

—¿Por qué dices eso?

—Porque cuando me has dicho que podías estar tan cerca de mí me he puesto a buscarte como si pudiera reconocerte. ¿No es de ser tonta?

—No, es un impulso, a mí también me ha pasado.

—¿Me has buscado entre la gente?

—Sí, y sigo haciéndolo, miro a todas las chicas que hablan por móvil, pero no te encuentro.

—¿Cómo puedes saber que no soy una de ellas?

—Intuición, ninguna de ellas es bonita.

—¿Por qué crees que soy bonita? —añadió divertida—. Podría ser un callo malayo.

Ricardo no pudo evitar reírse al escuchar eso y, cuando ella escuchó sus carcajadas, sin darse cuenta se rio con él de nuevo.

—No lo sé, es lo que siento al escuchar tu voz. ¿Eres bonita?

—Mis padres dicen que sí. —Nada más terminar de decir eso se echó a reír una vez más—. ¿Qué padres no encuentran a sus hijos guapos?

—Seguro que tus padres no te mienten. ¿Dónde estás ahora?

—No voy a decírtelo.

—Está bien. ¿Conoces el paseo de la playa de la Malvarrosa, donde están los chiringuitos?

—Sí.

—Podríamos vernos allí, hay una panadería con terraza...

—Ricardo, no puedo.

—¿Recuerdas mi nombre? —preguntó contento por ese detalle.

—Sí, ¿y tú el mío?

—Raquel, no podría olvidarlo. ¿Te asusta conocer a un desconocido?

—A un desconocido que quiere arrancarme las bragas a bocados va a ser que sí.

Nada más decir eso escuchó la risotada de él tras el móvil.

—Puedo acudir a la cita con un bozal, así me reconocerías y estarías a salvo —ese comentario la hizo troncharse a ella—. Te puedo asegurar que soy un buen chico —habló esa vez muy serio.

—Sí, eso suelen decir los asesinos en serie antes de cortarle el cuello a sus víctimas.

Ricardo volvió a reírse.

—¡¿Con quién hablas?! —La misma voz del día anterior volvió a interrumpirlos—. ¡Siempre

estás colgada al puto móvil!

—Solo es un pesado de esos que te ofrecen una tarifa especial. —Por su voz parecía asustada.

—Dame el móvil —le ordenó.

—David, no…

—¿Quién eres? —preguntó cabreado.

Al oír la voz de ese tío a Ricardo le dio un mal presentimiento, hablaba con mucha soberbia y chulería y parecía cabreado.

—Estamos ofertándole una tarifa que no puede dejar pasar…

—Mira, no nos interesan vuestras tarifas de mierda y no vuelvas a molestar a mi novia.

Piii.

Otra vez volvió a escuchar el mismo sonido cortando nuevamente la llamada, pero entonces estaba muy mosqueado, no le había gustado nada escuchar a ese tío hablarle así a Raquel y no entendía por qué ella se lo permitía, parecía asustada y eso le preocupaba. No sabía qué le pasaba, pero necesitaba saber que estaba bien.

Mientras acompañaba a Mar a su casa le sonó el móvil, cuando vio ese número que él había guardado en la agenda como «Raquel la desconocida», y vio que acababa de mandarle un wasap, lo abrió y leyó:

Raquel
Gracias por no delatarme.
Has sido rápido, eso me gusta.

Ricardo no pudo evitar contestarle:

Ricardo
¿Estás bien?

Raquel
Sí, estoy bien.
Chao.

Ricardo
Mañana hablamos.

Acababa de quedar en que la llamaría al día siguiente como si fuera lo más natural del mundo y no comprendía por qué estaba deseando que llegara ya el momento.

—¡Ricardo! ¿Qué te pasa? ¿Malas noticias? —le preguntó Mar.

—¿Qué?

—¿Si has recibido malas noticias con ese wasap?, te has quedado en blanco.

—No, todo está bien, no te preocupes. —Sin darse cuenta de lo que hacía le dio un beso en la mejilla—. Hasta mañana.

—Acabas de besarme como si fuera tu madre, ¿te has dado cuenta?

—Lo siento, discúlpame, estaba distraído.

Dándole otro en los labios intentó de nuevo alejarse, pero ella le rodeó el cuello con los brazos y abrió su boca dándole un beso apasionado. Por primera vez se dio cuenta de que la pasión había dejado de existir entre ellos hacía mucho tiempo y recordaba las palabras de Pedro; al final iba a tener razón, y todo entre ellos se había vuelto monótono.

—Mañana saldré un poco más tarde de lo habitual.

—Tú siempre sales tarde.

—Bueno, pues mañana aun será más tarde. Así que si no quieres esperarme no pasa nada.

—No tengo nada mejor que hacer, te esperaré.

—Vale, te lo compensaré.

Con un último beso se despidieron.

***

Después de cenar se tumbó en la cama y no pudo evitar coger el móvil para mandar un wasap.

Ricardo
Hola.

Nervioso, esperó su respuesta que parecía no llegar nunca, diez minutos más tarde la recibió.

Raquel
Hola, acosador.
¿No puedes dormir?

Ricardo
No, estaba pensando en ti.

Raquel
¿No tienes novia?

Ricardo
Sí.

Raquel
Entonces, ¿por qué piensas en mí?

Ricardo
No lo sé, no puedo evitarlo.

Raquel
Creo que tienes un problemilla y deberías mirártelo.
🤩🤩🤩

Ricardo
Bueno, si mi problema eres tú y nuestras conversaciones, prefiero no corregirlo. 😜
¿Tienes novio?

Raquel
Prefiero no hablar de eso.

Ricardo
¿Y de qué quieres hablar?

Raquel
De nada.
Buenas noches.

Ricardo
No puedes dejarme así. 😡

Raquel
🤯🤯🤯

Ricardo
Está bien.
Buenas noches. 😘❤️😍



Capítulo 15

Al día siguiente, Ricardo no podía concentrarse en las clases porque lo único que deseaba era salir a esperar a Mar, y así mientras lo hacía podría intentar comunicarse con Raquel. Todo le parecía absurdo, tenía novia y la quería, pero de la noche a la mañana unos sentimientos muy fuertes se habían apoderado de él y no llegaba a comprenderlos, pues en lo único que podía pensar era en esa desconocida, en su voz, su risa y en cómo convencerla para poder verla.

Cuando terminaron las clases regresó al mismo lugar donde cada día esperaba a su novia. Nada más llegar sacó su móvil y marcó el número de «Raquel la desconocida». Esperó un tono, dos, tres y, cuando el móvil se cortó por no encontrar una respuesta, volvió a insistir, pero ocurrió lo mismo una vez más; un tono, dos, tres, hasta que al final volvió a cortarse. Decepcionado, se guardó el aparato en el bolsillo y no pudo dejar de pensar en los motivos por los cuales ella no contestaba a su llamada.

«¿Se habrá cansado de ti? ¿No podrá contestarte? ¿Estará con ese tío? Vas a tener que olvidarte de esa chica. No seas gilipollas, tú tienes a Mar, ella es tu novia y las demás no existen… —Cuando su móvil empezó a vibrar entre sus pantalones, corriendo lo sacó y al ver el número una gran sonrisa apareció en su cara—. Es ella, me devuelve la llamada. ¿Estará tan ansiosa como yo por volver a escuchar mi voz?». Atolondrado, descolgó y dijo sin saludar:

—Suponía que no querías que volviera a molestarte y que por eso no me cogías el teléfono.

—Hola, acosador. —Él sonrió al oírla decir eso.

—Hola, lo siento, soy un maleducado, ¿verdad?

—Sí. Pareces nervioso.

—Me asusta pensar que no quieras volver a hablar conmigo.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero necesito estas conversaciones. —Cuando sintió el silencio al otro lado del móvil, preguntó temeroso—: ¿Por qué estás tan callada? Si no quieres que vuelva a llamarte solo tienes que decírmelo.

—Lo siento, tengo que colgar.

Piii.

Empezaba a odiar ese pitido y una furia lo invadía.

«¿Por qué me ha colgado? ¿De verdad no quiere volver a hablar conmigo? Parecía asustada cuando me ha dicho que debía colgar. ¿Sera por ese tío? Parece atemorizada cada vez que él aparece y, por cómo me habló, parece un chulo de mierda. ¿Por qué sale con un tío que le da miedo? ¡Dios!, tienes que olvidar todo este tema, ella te ha colgado una vez más, así que ni se te ocurra volver a llamarla. Si quiere hablar contigo, tendrá que dar ella el paso esta vez».

No sabía el tiempo que llevaba inmerso en sus divagaciones cuando apareció Mar con sus amigas.

—Hola, cariño, siento el retraso, pero esta noche te lo compensaré.

—¿Esta noche? —preguntó confuso.

—Sí, esta noche mis padres se van, y estamos solos en casa. ¿Te apetece cena romántica y un poco de sexo?

—¿Por qué nunca hacemos nada improvisado?

—¿A qué te refieres?

—Pues no sé, a algo loco y atrevido como echar un polvo en el coche porque no podamos aguantar las ganas o uno en el patio porque no podamos despedirnos sin saciarnos el uno del otro.

—¿Estás bien? ¿Te ocurre algo?

—No me pasa nada. ¿Por qué habría de pasarme algo?

—No sé, estás como enfadado y dices cosas raras. ¿Por qué tendríamos que echar un polvo por ahí, arriesgándonos a que alguien nos pille, cuando podemos estar en casa tranquilos sin necesidad de pasar un mal rato?

—Precisamente por eso, porque todo lo que hacemos parece estar programado.

—¿No quieres pasar la noche conmigo en casa?

Al ver su cara de decepción empezó a sentirse mal, pues parecía estar pagando con ella su propia frustración al sentirse rechazado por Raquel.

—Lo siento, discúlpame, hoy no he tenido un buen día.

—Está bien, no importa, ¿vendrás a casa luego?

—Sí, cómo no, tendremos que aprovechar que tus padres no están, como siempre.

***

Cuando llegó a su casa, una vez más, la velada estaba programada; cenarían, verían una peli y después se irían a su habitación para hacer el amor, luego podría marcharse antes de que sus padres llegaran que, como muchos viernes por la noche cuando tenían partida de cartas fuera de casa, solían llegar sobre las cuatro de la mañana, así que les sobraba tiempo para todo.

Al llegar, él la abrazó con fuerza y la besó con mucha pasión y, cuando llegaron a la cocina, la subió en la bancada e intentó quitarle las bragas; ella, al notar su entusiasmo, lo apartó con brusquedad.

—¿Qué haces?

—Quiero hacerte el amor ahora, Mar.

—No, ahora no podemos, la cena está en el horno.

—Olvídate de la cena —susurró comiéndole el lóbulo de la oreja.

—No, para, tengo que vigilarla, está en el horno y podría quemarse.

—¡Joder, Mar! ¿Nunca puedes hacer nada que no tengas programado?

—¿Por qué dices eso? Solo quiero que disfrutemos de una velada perfecta. ¿Qué te está pasando? Estás muy raro últimamente.

—Nada, no me pasa nada, voy abriendo el vino para que se airee.

Por una vez le hubiera gustado que ella se dejara llevar, que se hubiera soltado la melena y que le hubiera dejado hacerle el amor en la cocina y después en el sofá o donde hubieran sentido la necesidad. Sin embargo, una vez más, ella volvía a poner las cosas en su sitio, y él debía acatarlas o marcharse. Pedro tenía razón, parecían un matrimonio a punto de cumplir sus bodas de oro, donde solo podían mantener relaciones una vez a la semana como mucho, y cuando lo hacían ya casi no sentían esa chispa que debían sentir a los veinticuatro años, una edad en la que lo único que debería importarles a una pareja tan joven era disfrutar el momento y no lo que les

pasaba a ellos; que la rutina parecía haber destruido esos instantes improvisados, excitantes y ardientes que tendrían que tener todas las parejas a su edad. Como le había contado Pedro que le pasaba con Sonia, a la cual tenía ganas de empotrar contra cualquier sitio y en el momento más inoportuno.

Eso echaba de menos él en una relación y se preguntaba si por esa misma razón en lo único que podía pensar era en Raquel, esa desconocida que parecía despertar en él todos esos sentimientos que Mar había dejado de provocarle y ni siquiera podía recordar cuándo dejó de sentirlos.

—La cena está lista, ¿quieres ir poniendo la mesa?

—Sí.

—Hoy he alquilado una comedia romántica. Espero que no te importe. Es que me apetecía mucho verla.

—Me da igual, tampoco tenía en mente ninguna otra peli.

—Bien, enseguida traigo los platos, ve sirviendo el vino.

Justo en ese momento, su móvil le avisó de la entrada de un wasap y, cuando leyó en la pantalla: «Raquel la desconocida», el corazón empezó a latir muy deprisa en su pecho, lo abrió y leyó.

Raquel
Hola.
¿Estás ocupado?
¿Podemos hablar?

Al leer el wasap se preguntó: «¿Qué coño te pasa? Te ha colgado, no se ha puesto en todo el día en contacto contigo y ahora después de tanto rato tiene ganas de hablar, pues que le den… Mierda, necesito saber qué le pasa y por qué me ha colgado».

Cuando estaba a punto de contestarle, Mar apareció.

—Ya está todo listo.

Al aparecer su novia, se vio obligado por las circunstancias a apagar el móvil, ya que no era capaz de mantener una conversación con Raquel ni siquiera por wasap delante de Mar, aun así, no podía dejar de pensar en ella y en que acababa de leer su mensaje, lo cual debía de saber, ya que el doble *check* del móvil estaría en azul. Si no le contestaba podría creer que no quería hablar con ella, ese pensamiento lo estaba volviendo loco y lo único que rondaba en su cabeza era cómo marcharse de allí sin que Mar notara que estaba huyendo.

Sin poder encontrar una excusa razonable, no tuvo más remedio que quedarse con ella y pasar esa noche que tenían programada paso a paso, así que después de cenar se sentaron a ver la peli, pero él no podía concentrarse en nada, solo en su móvil esperando una nueva señal para poder poner una excusa y marcharse; por más que lo mirara no es que estuviera muerto sin batería es que no volvía a recibir ningún wasap.

Cuando esa noche hizo el amor con Mar, se dio cuenta por primera vez de que esa relación estaba muerta, ya que por más que intentaba concentrarse le era imposible sentir nada, pues su mente estaba en otra parte; en ese wasap que no dejaba de martillearle el cerebro: «Hola. ¿Estás ocupado? ¿Podemos hablar?». Derrotado, se tumbó en la cama boca arriba y muy tenso.

—Lo siento, no sé qué me pasa, pero no puedo…

—Tranquilo, estas cosas ocurren, no te agobies, otra vez será.

—¿Acabo de tener un gatillazo y me dices que no me agobie y que otra vez será?

—¿Y qué quieres que haga?

—Pues no sé, pero podrías poner algo de tu parte para ponerme a tono.

—Está bien, lo intentaré…

—Mira, ¿sabes qué te digo?, que mejor lo dejamos y me voy.

Se levantó de la cama y empezó a vestirse muy cabreado, pues no soportaba que a ella le diera igual lo que había pasado, pero lo que más le molestaba era esa manera de decirle: «Otra vez será». Eso era la gota que colmaba el vaso y prefería marcharse que quedarse allí y tener una discusión con ella que después acabaría lamentando, consciente de que todo el cabreo que llevaba no era por no ser capaz de mantener la erección, sino por saber que había sucedido porque no deseaba estar con su novia, sino con esa desconocida que lo estaba volviendo loco. Mar no se merecía su enfado, por eso era mejor marcharse antes de decir algo inapropiado y hacerle daño sin querer.

—Ricardo, no te vayas, no te enfades. Vuelve a la cama y verás como todo vuelve a funcionar, esta vez pondré de mi parte.

—Lo siento, Mar, pero no sé qué me pasa hoy, no creo que pueda. Como bien has dicho antes; otra vez será.

—Pero…

—Me marcho, no te levantes, conozco el camino.

Antes de irse se agachó para darle un beso, y ella le cogió de las solapas obligándolo a besarla con pasión, pero la lujuria en él era como si hubiera desaparecido de su cuerpo porque no podía sentir nada, solo un deseo lo embargaba y era salir de esa casa para por fin poder tener la libertad de averiguar qué le pasaba a Raquel. ¿Por qué de repente ese wasap y por qué quería hablar con él?

—Te quiero —le dijo ella después de besarlo.

—Yo también te quiero. Hasta mañana.

Cuando salió por la puerta se dio cuenta de una cosa; era la primera vez que mentía a Mar, pues acababa de percatarse de que la quería, pero no como un hombre debía querer a su novia, sino como un amigo quiere a su mejor amiga, entonces se preguntó: «¿Por qué y desde cuándo han cambiado tanto las cosas? ¿Solo has necesitado la llamada de una desconocida para saber que esta relación está muerta? ¡Joder! ¿Qué voy a hacer ahora?».

***

Cuando llegó a casa, su madre estaba sentada en el sofá examinando unos papeles, cuando lo vio aparecer lo miró y no necesitó nada más que ver su cara para saber que algo le pasaba.

—Hola, cariño, ¿has discutido con Mar?

—Hola, mamá. —Le dio un beso en la mejilla sentándose a su lado—. ¿Por qué crees que he discutido con ella?

—Pues porque es viernes, hoy sus padres no están, son las doce y media y ya estás en casa con cara de enfado, así que es evidente, ¿no crees?

—¡Mamá!

—¡¿Qué?! No soy tonta. Sé lo que hacéis en casa de Mar cuando sus padres tienen partida.

—Prefiero no hablar de eso contigo.

—¿Crees que soy una mojigata a la que le asusta hablar de sexo con su hijo?

—No me refiero a eso.

—Sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad? Que si lo haces sabré escucharte y aconsejarte.

—Sí, mamá, lo sé, siempre lo has hecho. Pero no sé si te va a gustar saber qué me pasa.

—Me estás asustando. ¿Qué ocurre?

—Sé lo mucho que te gusta Mar y no sé…

Su madre le cogió las manos hablándole con cariño:

—Me gusta Mar, tienes razón, pero solo hay una cosa en el mundo que deseo y es tu felicidad. Por eso quiero que tengas algo muy claro; hagas lo que hagas, y decidas lo que decidas, es eso, tu decisión, y no deberías cambiarla por nadie. Así cuando mires atrás nunca tendrás que arrepentirte por no hacer lo que quisiste. Es mejor arrepentirse de hacer las cosas, que de no haberlas hecho y preguntarse qué hubiera pasado si hubieras optado por lo contrario.

—¿Por qué me estás soltando todo este rollo?

—Porque te observo y sé que últimamente no estás bien con Mar.

—¿A qué te refieres?

—Es muy sencillo, al principio cuando tenías una cita con ella venías contento, te cambiabas varias veces de ropa y no quedabas satisfecho hasta verte perfecto; te despedías con una sonrisa en los labios y me decías: «No me esperes despierta, no sé cuándo volveré». Y cuando salías por la puerta se te veía muy feliz. ¿Quieres que te diga cómo has salido hoy de casa?

—Sí, por favor. —Sonrió a su madre que lo conocía mejor que él a sí mismo.

—Pues has llegado cabizbajo, como casi todos los días últimamente y ni siquiera te has cambiado de ropa, te has ido con la misma que llevabas. Cuando me has dado un beso lo has hecho como si te fueras a comprar el pan a la panadería en vez de a pasar una noche romántica con tu novia y diciéndome sin ningún entusiasmo: «No creo que venga muy tarde». Por todos esos motivos sé que no estás feliz con Mar últimamente.

—¿Puedo ser sincero contigo?

—Siempre, cariño, entre nosotros no hay secretos, ¿recuerdas?

—Creo que he dejado de sentir por Mar esa pasión del principio, como si todo entre nosotros se hubiera vuelto una rutina. ¿Crees que es normal? ¿Que después de dos años juntos esa chispa se pierde en las parejas?

—No. Creo que es muy pronto para que se apague y, si no crees que pueda volver a encenderse, es mejor que lo dejéis ahora que aún estáis a tiempo. Sois muy jóvenes y no debéis ataros a una relación que no tiene sentido…

—Pero ella me quiere, y yo creo que también… Lo único es que últimamente no sé qué me pasa.

—Querer y amar son dos sentimientos muy distintos; puedes querer mucho a una persona y sentirte bien a su lado, pero cuando amas de verdad a alguien no tiene nada que ver. Cuando amas a alguien estás deseando verlo, estar a su lado y cuando estás con él sientes que el mundo podría desaparecer y no importarte porque solo con él quieres estar.

—¿Tú has amado así alguna vez?

—Una vez, pero no quiero hablar de ello —contestó con tristeza.

—Fue con mi padre, ¿verdad? Sentiste todo eso con él.

—No quiero hablar de tu padre.

—Nunca lo has hecho. ¿Alguna vez me dirás quién es?

—Ricardo, por favor, no me obligues…

—Está bien, mamá, déjalo…, no importa.

—Lo siento.

—Me voy a dormir —comentó derrotado.

—Cariño… —lo llamó y, cuando se volvió para mirarla, le indicó—: no te sientas obligado a estar con una persona por no hacerle daño. Si crees que Mar no es la mujer con la que quieres compartir toda tu vida es mejor dejar esa relación cuanto antes, ¿no crees?

—Sí, lo creo. Buenas noches.

—Buenas noches.

***

Cuando se tumbó en su cama, después de una ducha para intentar relajarse, volvió a coger su móvil y, mientras volvía a mirar los mensajes de Raquel, se debatía entre llamarla u olvidarse de todo y darle otra oportunidad a su relación con Mar, pero justo cuando tuvo ese pensamiento las palabras de su madre le vinieron a la mente: «Si crees que Mar no es la mujer con la que quieres compartir toda tu vida es mejor dejar esa relación cuanto antes, ¿no crees?». Al recordar esas palabras se dio cuenta de una cosa; no se veía atado a Mar durante el resto de su vida, necesitaba un cambio y sabía que ese cambio era Raquel, así que cogió el móvil muy decidido y le mandó un wasap.

Ricardo
Hola.
Siento no haberte contestado antes, pero me era imposible.
¿Puedes hablar ahora?
¿Puedo llamarte?

Estaba esperando una respuesta y cada vez se ponía más nervioso, pues Raquel no leía sus mensajes, pero no podía culparla, ya que era la una y media y podía ser que estuviera durmiendo. Diez minutos más tarde su móvil volvió a avisarle de que recibía un mensaje.

Raquel
Hola.
Estoy despierta.
¿Y tú?

Como si hubiera estado esperando toda la vida ese wasap, le contestó nervioso:

Ricardo
Por fin.
Creí que hoy no podríamos comunicarnos.
¿Por qué me colgaste?
¿Estás bien?

Raquel
Sí, estoy bien.
Estaba con mi novio y por eso te colgué.
¿Y tú por qué no me has contestado antes?

Ricardo
Estaba con mi novia.

Raquel
Oye, acosador, ¿no crees que esta conversación es muy extraña?

Ricardo
Ja, ja, ja, creo que tienes razón.
¿Por qué no nos vemos y tenemos una charla civilizada como todo el mundo?
Me muero por conocerte.
Por saber cómo es tu cara.
Por ver por fin esa sonrisa tan increíble.
Y, bueno, ya que nos sinceramos también me muero por ver tu cuerpo y arrancarte las braguitas.
Ja, ja, ja, es broma, no pienses mal.
Necesito conocerte, Raquel, y eso no es broma.

Raquel
Para, por favor, no sigas escribiéndome esas cosas.

Ricardo
¿Por qué?
¿Tú no sientes curiosidad por mí?

Raquel
Sí, pero no debemos…
Tú tienes novia, y yo también.

Ricardo
Jooodeeer.
¿Te gustan las mujeres?

Raquel

No seas tonto, esto es muy serio.

Ricardo
Lo sé.
Voy a dejar a mi novia.

Estaba esperando una respuesta a la bomba que le acababa de soltar, pero no llegaba y, justo cuando estaba a punto de escribir de nuevo, le sonó el móvil, cuando descolgó lo primero que escuchó fue:

—¿Te has vuelto loco?, no puedes hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque no, no puedes dejar a tu novia por unas cuantas conversaciones telefónicas conmigo.

—Estoy decidido.

—Ricardo, por favor, no me hagas sentir culpable de eso porque si lo haces no volveré a hablar contigo.

—Raquel, escúchame, tú no eres culpable de nada…

—Sí, me sentiré culpable si dejas a tu novia por mí.

—No la dejó por ti, si no gracias a ti, tú me has abierto los ojos y gracias a ti me he dado cuenta de que esa relación está muerta.

—Pero ¿por qué?

—Porque desde la primera vez que hablé contigo no he dejado de pensar en ti, porque vivo desde ese día pendiente del móvil para poder volver a escuchar tu voz, tu risa y porque si estas conversaciones se acabaran me sentiría vacío. Y todo eso no hubiera ocurrido si aún siguiera enamorado de mi novia, de ser así, tú solo hubieras sido una llamada equivocada, y no me preguntes por qué estoy tan seguro, pero es así. Siento que eres la mujer de mi vida, y si tú no sintieras lo mismo que yo nunca me hubieras seguido el juego.

—Ricardo, por favor, no sigas…

—¿Quieres saber en qué momento me he dado cuenta de que no podía seguir con mi novia?

—Yo…, no sé…

—Esta noche he tenido mi primer gatillazo. —La escuchó exhalar por el auricular—. Y solo porque no podía dejar de pensar en ti mientras intentaba hacerle el amor a ella.

—¡Mierda! Lo siento.

Al escucharla no pudo evitar reírse.

—¿Por qué? Tú no estabas allí…, bueno, sí.

—¡Aaay, por favor, no digas eso!

Los dos se echaron a reír a carcajadas, pero a ella se le cortó la risa de golpe al oírle decir:

—Raquel, necesito verte, dime cuándo, cómo y dónde, y allí estaré.

—Ricardo, no puedo.

—¿Por qué?

—Yo no puedo dejar a mi novio.

—¿No puedes o no quieres?

—¿Qué importa eso?

—Importa y mucho. Si no quieres dejarlo es porque le quieres y si no puedes pueden ser varios motivos.

—¿Y qué motivos podrían ser esos?

—Sentirte obligada a estar con él, por lástima o por miedo. Sé sincera conmigo y contéstame, ¿no puedes o no quieres?

El silencio en el móvil se hizo interminable, apenas habían pasado unos segundos y a Ricardo le habían parecido minutos, cuando por fin ella le respondió:

—No puedo.

—¡Joder, Raquel! ¿Por qué? ¿Qué te pasa con ese tío? Cuando estamos hablando cada vez que él aparece pareces asustada, tu voz cambia de sonar contenta a temerosa.

—Ricardo, no quiero hablar de eso.

—¿Abusa de ti? ¿Te maltrata?

—Buenas noches.

—Raquel… Raquel… —Piiii—. ¡Joder!

Cuando volvió a llamarla ella le colgó y, cuando insistió una vez más, la voz que escuchó al otro lado lo enfureció, pues una desconocida decía:

—El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura, si quiere puede intentarlo más tarde y si no deje un mensaje…

—¡Mierda! —maldijo Ricardo colgando el teléfono muy cabreado.

Sin poder coger el sueño por cómo había terminado la conversación entre ellos, volvió a encender el aparato y le mandó un mensaje con la esperanza de que cuando lo leyera le contestara.

Ricardo

Lo siento, perdóname, he sido un imbécil y no volveré a decirte lo que tienes que hacer, pero, por favor, no me prives de nuestras conversaciones.

Quiero que sepas que aquí me tienes para lo que necesites, sea lo que sea, llámame, por favor.

Buenas noches. 😍



Capítulo 16

Al día siguiente nada más despertarse lo primero que hizo fue mandarle un wasap.

Ricardo
Buenos días.
Espero que se te haya pasado el cabreo.
Por favor, no me castigues más y llámame.
Juro que no volveré a hablar de tu novio.
Sabes que necesito nuestras conversaciones, ¿verdad? 😍❤️😘

Nada más desayunar se vistió y decidió terminar de una vez con esa relación tan aburrida que llevaba con Mar, así que la llamó y quedaron en la panadería de su abuela.

—Hola, yaya.

—Hola, cariño. ¿Qué haces aquí tan temprano? Y un sábado. ¿Ocurre algo? ¿Tu madre está bien?

—Sí, está bien; trabajando, como siempre. He quedado con Mar aquí —le explicó rápidamente para que dejara de hacerle tantas preguntas.

—¿Va a venir Mar? ¿Os quedáis a comer?

—No creo que quiera quedarse a comer después de que hablemos.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? Ven, siéntate y cuéntamelo todo.

Se sentaron en una mesa, y Ricardo le contó a su abuela lo que tenía pensado hacer.

—Bueno, cariño, si crees que es lo que debes hacer, hazlo; no tiene sentido estar con una chica si tus sentimientos hacia ella han cambiado.

Hablar con su abuela siempre era agradable, era igual que su madre, siempre sabía qué decirle para hacerlo sentir bien.

***

Cuando Mar apareció lo primero que hizo fue saludar a la abuela de Ricardo.

—Demos un paseo por la playa, necesito hablar contigo —le pidió nervioso.

—Estás muy misterioso y ni siquiera me has dado un beso, ¿te pasa algo? —le preguntó mientras caminaban por el paseo.

—No sé cómo decirte esto, Mar, pero no puedo seguir fingiendo que las cosas van bien entre nosotros porque no es así.

—¿Te refieres a lo que pasó ayer? Vamos, Ricardo, tampoco hay que exagerar, no eres el primer hombre que sufre un gatillazo.

—No me refiero a eso, pero precisamente eso fue la gota que colmó el vaso.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que es mejor que cada uno siga su camino.

—¿Estás rompiendo conmigo? —preguntó muy sorprendida.

—Sí, y lo siento, pero ya no estoy enamorado de ti.

—Pero ¿por qué? ¿Por lo que pasó ayer? ¿Porque no pudiste hacerme el amor rompes conmigo? —volvió a preguntar con los ojos llenos de lágrimas.

—No es por eso, no puedo explicarte por qué ni desde cuándo estar contigo se ha convertido en una rutina, pero es lo que siento y, aunque no lo creas o no te hayas dado cuenta, tú debes de sentir lo mismo que yo.

—No, yo te quiero —aseguró con las lágrimas cayendo por sus mejillas.

—Yo también te quiero.

—Entonces, ¿por qué me dejas?

—Porque de la noche a la mañana te has convertido en mi mejor amiga, porque no te deseo como un hombre debe desear a una mujer. ¿Por qué crees que ayer tuve un gatillazo? Ya no hay pasión entre nosotros, Mar, y es mejor dejarlo ahora que atarnos a una relación que no tiene sentido.

—Pero yo sí te deseo como el primer día…

—¿Cuánto hace que no te estremeces cuando te toco? ¿Cuánto hace que no hacemos el amor sin tenerlo programado? Últimamente solo nos acostamos los viernes cuando tus padres se van a echar la partida o las noches que mi madre no está en casa, que son bien pocas, por cierto. ¿No crees que somos demasiado jóvenes para llevar una relación tan sumamente aletargada?

—Pero yo soy feliz así contigo.

—No, tú estás acostumbrada, acomodada a esta relación porque tampoco has probado otra cosa…

—Y no quiero hacerlo, tú fuiste el primero y quiero que seas el último. —Esas últimas palabras las dijo para que él se sintiera obligado y no la dejara.

—Mar, por favor, no podemos seguir así, si seguimos acabaré siéndote infiel y no es lo que quiero. ¿Y tú?, ¿quieres un novio que esté contigo por compasión y que en cuanto te des la vuelta te la pegue con otra?

—No —contestó, abatida, sabiendo que prefería no tenerle a que la engañara con cualquiera.

—Entonces será mejor que lo dejemos.

—¿Me has sido infiel?

—No, nunca, pero si seguimos acabaré siéndolo. ¿Es lo que quieres?

—No —contestó hecha un mar de lágrimas.

Ricardo no pudo evitar abrazarla con fuerza para consolarla, mientras se sentía fatal por hacerle tanto daño, pero era mejor causarle ese dolor y dejarla libre para que pudiera encontrar un hombre que sí pudiera entregarle el amor que ella se merecía y no el que él sentía por ella. Nadie podía ser feliz al lado de una pareja que solo sentía cariño por ella. Ni ella ni él se merecían una vida así, por eso lo mejor era separarse y encontrar a esa persona que les llenase, que les hiciera feliz. Él estaba seguro de haberla encontrado y solo deseaba que ella también lo hiciera.

—Estoy seguro de que cuando encuentres al hombre de tu vida me agradecerás este momento.

—No…, tú eres el hombre de mi vida.

—No, tú te mereces a un hombre que te ame por encima de todo, y yo no puedo hacerlo. Lo siento, pero no puedo.

—¿Estás seguro de que las cosas no pueden volver a ser como antes? —preguntó en un último intento.

—Sí, lo estoy.

—Está bien. —Se limpió las lágrimas apartándose de él—. Será mejor que me vaya. Agradezco tu sinceridad. No hubiera podido soportar que me engañaras.

—Quiero que sepas que siempre podrás contar conmigo y que nunca voy a dejar de ser tu amigo. Si tú quieres, por supuesto.

—Eres una gran persona, pero creo que por ahora será mejor que no nos veamos, ¿vale?

—Como quieras, pero si me necesitas solo tienes que buscarme.

—Lo sé. Adiós, Ricardo.

—Adiós.

Antes de que se fuera, él le dio un beso en la mejilla, y ella salió corriendo y llorando de nuevo. Ricardo se sentó en la arena, pues se sentía fatal por ella y no soportaba ser el causante de tanto dolor. Lo único que le reconfortaba era pensar que lo que acababa de hacer era lo mejor para ambos. Ella acabaría olvidándolo y encontraría a alguien que la amara como se merecía y no que se volviera loco por una extraña que había conocido gracias a una llamada equivocada.

Cuando sintió la mano de su abuela en el hombro, sonrió, ella se sentó a su lado.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, estoy bien, yaya. Ha sido duro, pero necesario.

—¿Mañana vendrás a comer con tu madre?

—Pues, claro, como todos los domingos.

—¿Te apetece picar algo?

—Sí, ya sabes que no me puedo resistir a tus dulces.

—Vamos para dentro. Tengo una chica nueva que es muy mona, ¿quieres que te la presente?

—Vamos, yaya, acabo de cortar con Mar, déjame respirar. —Se rio a carcajadas.

Los dos entraron en la panadería riéndose, pero, cómo no, su abuela lo primero que hizo fue presentarle a la chica nueva, y él, muy caballeroso y con mucha paciencia, intentó ser lo más amable posible, tal y como le había enseñado su madre a comportarse con las chicas.



Capítulo 17

Era lunes y por fin habían terminado las clases, se había quedado casi todo el fin de semana encerrado en casa, pues la ruptura con Mar, aunque era precisa, lo había dejado hecho polvo; aun así, había tomado una decisión y no iba a parar hasta lograrlo. Ricardo salió al campus y se sentó en un banco, dispuesto a conocer por fin a Raquel, quisiera o no quisiera ella, así que marcó su número y esperó pacientemente a que contestara, necesitaba hablar con ella y hacer unas cuantas averiguaciones para poder dar con su paradero.

Pi, pi, pi, pi.

Una, dos, tres, todas las veces que marcaba su número después de esperar a que terminara de sonar esa era la única respuesta que obtenía.

—Vamos, por favor, Raquel, contéstame, esto no puede acabar así. —No se daba cuenta de que hablaba en voz alta—. Intentaré otra cosa y si esto no resulta ya no sé qué hacer.

Ricardo
Hola.
He dejado a mi novia. 😓
Llámame, por favor, necesito hablar contigo.

Los minutos parecían horas y por más que mirara el móvil no hallaba respuesta, no se oía, no vibraba, parecía estar muerto y, sin embargo, tenía un ochenta y cinco por ciento de batería. Cuando estaba a punto de tirar la toalla, el móvil empezó a sonar y, nervioso, descolgó.

—¡Joder! ¿Querías castigarme? Porque si es así lo has conseguido. Creí que no ibas a volver a hablar conmigo.

—Hola, acosador.

Con esas palabras consiguió calmarlo y que sonriera, algo que no había hecho en todo el fin de semana.

—Hola.

—Te dije que no dejaras a tu novia por mí.

—Y yo te dije que no lo hacía por ti, sino por mí.

—Ricardo, antes de ayer te dije que…

—No volveremos a hablar ni de tu novio ni de mi exnovia. No me prives de estos momentos, por favor. Charlemos de cualquier otra cosa, ¿vale?

—Está bien, ¿y de qué quieres charlar?

«¡¡Bieeeen!!», gritó para sus adentros, ya que si quería hablar con él era porque, como a él, le gustaban esas conversaciones.

—Háblame de ti.

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué estás estudiando?

—Diseño.

—¡Vaya! En plan Paris Hilton o Ágatha Ruiz de la Prada.

Cuando escuchó su carcajada al otro lado del móvil se sintió feliz.

—Yo soy más bien de Ágatha. ¿Decepcionado?

—Todo lo contrario, encantado. No me gustan las niñas pijas.

—Pues me alegro, pero no es esa clase de diseño la que estoy estudiando.

—Ah, ¿no?, ¿y cuál es?

—Estudio Diseño de Interiores, me encanta todo lo referente a la decoración.

—¡Vaya!, interesante y debe de ser muy entretenido.

—Sí, lo es. ¿Y tú qué estudias?

—Aún no he terminado con usted, señorita, mis preguntas no han concluido. —Cuando volvió a escuchar su risa no pudo evitar reírse con ella—. Cuando contestes a todas podrás preguntarme lo que quieras y seré todo tuyo.

—¡Uuummm! Interesante.

—No lo sabes tú bien. —Volvió a hacerla reír con esas palabras—. ¿Qué curso has empezado?

—Es mi primer año.

—¿Tienes dieciocho años?

—Sí.

—¡Vaya! Creí que eras mayor.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Cuántos años tienes tú?

—Veinticuatro, yo estoy terminando la carrera.

—Tampoco son tantos. ¿Qué estás estudiando?

—¿Después de todas las preguntas que acabo de hacerte no crees que es obvio?

—Aaahh, ¡ya lo sé! Acosador y cotilla.

Ricardo empezó a carcajearse, y esa vez fue ella la que hizo lo mismo.

—No, lista, estudio Periodismo.

—¡Joder!, no puede ser.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? ¿No te gustan los periodistas?

—A mí no me importan, mi padre los odia.

—¿Por qué? ¿Quién es tu padre?

—Prefiero no hablar de él, ¿vale?

—Como quieras.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa?

—He de colgar.

—¿Dónde coño estabas?

Cuando Ricardo volvió a escuchar la voz de ese tío, y por la manera de hablarle, una furia inmensa se apoderó de él.

—Raquel… Raquel… —Piii—. ¡¡Joder!!

Muy cabreado se fue en busca de su amigo Pedro.

—¡Joder! Qué careto traes —le dijo Pedro nada más verlo aparecer—. ¿Qué te ha pasado?

—Tienes que ayudarme.

—¿A qué?

—A encontrar a Raquel.

—¿Quién es Raquel?

—La chica de la que te hablé.

—¿La de la llamada misteriosa?

—La misma.

—¿Y cómo quieres encontrarla? Esto es muy grande, no sabes cómo es y no te van a dar información de ella, aunque preguntes.

—No, pero sé que está estudiando y en qué curso está.

—Entonces es pan comido, ¿para qué me necesitas?

—Cuatro ojos ven más que dos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con mucha curiosidad.

—Primero, necesito averiguar en qué clase está; segundo, tú y yo mañana nos colaremos en esa clase y, tercero, mientras yo le mando wasaps, tú tendrás que ayudarme a encontrarla.

—¿Y eso no puedes hacerlo tú solito?

—No. Las clases son enormes, hay mucha gente, y no podré abarcar a todas las tías. Por eso necesito tu ayuda.

—Está bien, lo haré, pero me deberás una.

—Sí, sí, lo que tú digas.

Los dos se dirigieron a la Secretaría para averiguar dónde se impartían las clases de Diseño de Interiores de primer curso.



Capítulo 18

Al día siguiente Ricardo y Pedro se habían saltado una clase para ir al aula donde se suponía que debía de estar Raquel y donde los dos se disponían a encontrarla cuando Ricardo se pusiera a mandarle wasaps. Ricardo rezaba para que su plan no fallara y para no meter a Raquel en ningún aprieto cuando le enviase los mensajes.

—Ya están entrando, ¿a qué estás esperando?, llámala.

—No, hasta que estén todos dentro, ¿de qué me sirve llamarla si puede ser que no haya entrado todavía?

—Mierda, hay muchas tías.

—Cómo no, si es una clase de diseño.

—Esto va a ser como buscar una aguja en un pajar.

—No me fastidies, tío, y sé positivo, si no, no la vamos a encontrar. Tú ocúpate de la parte derecha, y yo miraré en la izquierda.

Cuando llegó el profesor, y empezó a dar la clase, Ricardo comenzó con su bombardeo de wasaps. Primero envió uno y le hizo una señal a Pedro para que estuviera atento. Justo cuando vio a una chica tres filas delante de él metiendo la mano en su bolso el corazón se le paralizó y se preguntó: «¿Será ella?, jamás la hubiera imaginado con el pelo tan corto, parece un tío. Mierda, que no sea ella, no me gusta su pelo». Cuando la vio sacar de su bolso un estuche respiró tranquilo.

—¿Has tenido suerte? —le preguntó Pedro.

—No, ¿y tú?

—No. Manda otro.

Volvió a intentarlo, pero nada, no veían a ninguna chica que se inmutara lo más mínimo por su móvil, aunque era un poco difícil, ya que había tantas que les era imposible controlarlas a todas en tan corto espacio de tiempo, ya que desde que él mandaba el wasap hasta que ella lo recibía el tiempo era muy limitado para poder observar los movimientos de todas.

Volvió a intentarlo varias veces sin lograr ningún resultado, hasta tal punto que creyó que justamente ese día ella no había debido de asistir a clase, pero, cuando ya estaba a punto de darse por vencido, mandó un último mensaje y por el rabillo del ojo vio a una chica sacar su móvil del bolsillo y observarlo con mucho cuidado de no ser vista por el profesor. En ese momento sabía que era ella, todos sus sentidos se lo decían, y su corazón se aceleraba emocionado al imaginar que por fin podría ponerle un rostro a esa chica que lo estaba enloqueciendo.

Estaba en la segunda fila, bastante lejos de él, y lo único que podía ver era su hermosa melena; era larga, lisa, sedosa y con un tono rubio ceniza difuminado por mechas bastante más claras, era el pelo más bonito que había visto jamás y sentía ganas de enredarlo entre sus dedos para poder aspirar su perfume, el cual podía asegurar que debía de oler genial.

—Ricardo…, Ricardo, ¿la has encontrado? Con esa cara de lelo seguro que sí —apostilló

Pedro dándole un codazo sacándolo de su aturdimiento.

—Sí, lo he hecho. Es ella, estoy seguro. ¿No crees que es el pelo más bonito que has visto nunca?

—¿Quién es?

—Segunda fila, tercer asiento empezando por la derecha.

—Sí, su pelo es bonito —afirmó Pedro cuando la vio—, pero lo que te debería preocupar es su cara. Imagínate que se da la vuelta y es un cardo borriquero.

—No, estoy seguro de que va a ser preciosa, y además tampoco me importa mucho que sea guapa o fea; es ella y es lo único que me importa.

—Macho, lo tuyo es de psiquiatra, no conozco a nadie que se enamore de alguien solo por unas cuantas conversaciones telefónicas. Pero, ahora, asegurémonos de que es ella. Mándale otro wasap y, si vuelve a mirar el móvil, es tu chica, podría haber sido una casualidad.

—Tienes razón.

Ricardo hizo lo que le había dicho Pedro y, justo cuando ella volvió a mirar su móvil a escondidas, los dos estaban seguros de que era ella.

—Es ella, pero ¿cómo podemos hacer para que se vuelva?, necesitamos ver su cara para reconocerla después. ¿Sabes cuántas rubias hay en el campus?

—Tienes razón, ¿qué puedo ponerle?

—¡Joder, macho! Pues que estás detrás de ella, ninguna mujer podría resistir tanta tentación.

—Vuelves a tener razón.

Justo cuando estaba a punto de escribir el mensaje, el profesor dio por terminada la clase, y todos se levantaron para abandonar el aula. Cuando se decidieron a seguirla para por fin conocerla, el profesor les llamó para que acudieran a su mesa.

—¡Joder!, yo lo distraeré, tú ve tras ella —le indicó Pedro.

Se disponía a seguir las instrucciones de su amigo, pero el profesor no lo dejó moverse del sitió.

—No se le ocurra abandonar mi clase sin darme una explicación de su visita, porque estoy seguro de que están de visita, ¿verdad?

Mientras el profesor hablaba, Ricardo no dejaba de mirar hacia las escaleras por donde veía cómo Raquel desaparecía con unas amigas sin haber tenido la posibilidad de ver su cara, escuchaba su risa y sabía que era ella, pero seguía sin poder reconocerla.

—Señor, ¿podría volver luego y explicárselo? Ahora he de hacer algo muy importante.

Insistió Ricardo para que le dejara salir y así aún poder tener la oportunidad de encontrar a Raquel.

—No, quiero que se acerquen y me cuenten por qué están invadiendo mi clase cuando no son alumnos míos y no han venido a escuchar una sola palabra de lo que decía en ella, lo único que han hecho ha sido hablar entre ustedes y jugar con el móvil.

—Yo podría quedarme y explicarle todo si deja marchar a mi amigo.

—No, quiero que él me lo explique, ya que él era el que estaba pegado al teléfono.

—Lo siento, señor, nos confundimos de clase y una vez empezada no queríamos interrumpirle, así que nos quedamos. Total, nuestra clase también estaba empezada y no podíamos hacer nada.

—¿Crees que he nacido hoy?

—Esa es la única explicación que le podemos dar, señor, así que si no piensa expulsarnos será mejor que nos deje marchar.

El profesor, mirándolos muy serio y sabiendo que no conseguiría nada más de ellos, los dejó ir.

—Anda, marchaos, y no os quiero volver a ver por mi clase, ¿entendido?

Los dos salieron disparados como una flecha y, una vez fuera, intentaron buscar a Raquel, pero por más que miraron por todas partes no la encontraban, de pronto Ricardo vio a una chica rubia con el pelo a mechas hablando con unas chicas y creyó que era ella. Salió corriendo y, cuando llegó a su espalda, muy nervioso la cogió del brazo volviéndola hacia él.

—Hola, Raquel —la saludó feliz.

La chica se había quedado mirándolo de arriba abajo con una gran sonrisa mirándole a los ojos.

—Con esos ojos puedes llamarme Raquel o como a ti te dé la gana, guapo.

—Lo siento, me he equivocado.

—No importa, pero si tú quieres podemos conocernos mejor, yo estoy disponible.

—Gracias, pero no.

—Él no está disponible, pero yo sí —indicó Pedro con una gran sonrisa.

—Lo siento, chico, pero tú no tienes esos ojos.

—Anda, vámonos, que si Sofía se entera de esto te matará —le advirtió Ricardo mientras tiraba del brazo de Pedro alejándose de esas chicas.

—¡Qué aguafiestas eres!

—¡Mierda, mierda, mierda! —gritó Ricardo muy cabreado al darse cuenta de que una vez mas no podría conocer a Raquel.

—Lo siento, tío, nos ha faltado esto. —Juntó los dedos pulgar e índice a pocos milímetros de distancia—. Si no fuera por ese gilipollas de profesor, ahora estarías hablando por fin con la mujer de tus sueños.

—Sí, y acabo de perder todas las posibilidades porque a esa clase ya no podemos volver a entrar.

—Bueno, no te desesperes, nos plantaremos en la puerta del aula y a cada chica rubia que salga le preguntaremos si es Raquel.

—¿Harías eso por mí? —Sonrió.

—Tu pregunta me ofende, chaval, sabes que por un amigo soy capaz de todo.

—Sí, lo sé, y no sabes cuánto me alegra ser tu amigo. Ahora, vámonos, creo que ya te he hecho perder demasiado el tiempo.

—Entonces, ¿nos rendimos? ¿De verdad vas a rendirte por un pequeño inconveniente?

—No, no voy a rendirme, pero hoy ya no hay nada más que hacer.

—Tienes razón, cuando tengas otro plan, me avisas. Me lo he pasado muy bien.

—Descuida, serás el primero en enterarte.

***

Por la tarde intentó ponerse en contacto con ella, cómo no, siguiendo ese jueguecito que tanto le gustaba, mandándole wasaps un poco subidos de tono, pero una vez más no obtuvo respuesta, unas horas más tarde, ella le respondió.

Raquel
Por favor, no vuelvas a ponerte en contacto conmigo.
Esto tiene que terminar y, si de verdad te importo, respetarás mi decisión y no volverás a molestarme.
Adiós, Ricardo.

Cuando leyó el mensaje se quedó hecho polvo y con un gran dolor decidió respetar su decisión.

Ricardo
Está bien, adiós, Raquel.

Ha sido muy bonito hablar contigo.
Cuídate y, si cambias de opinión, solo tienes que mandarme un wasap.



Capítulo 19

Raquel estaba con su novio David en la habitación de su apartamento, cuando de repente le sonó el móvil, ella siempre lo dejaba en silencio porque conociendo a David era mejor no darle motivos de enfado, ya que se molestaba por todo y todo le producía unos celos enfermizos, así que lo mejor era no jugársela. Pero, como estaba esperando una llamada de su padre, lo había subido a tope para poder escucharlo.

—¿Por qué tu móvil nunca deja de sonar? —preguntó enfadado.

—El tuyo tampoco deja de sonar, y yo no me quejo.

—Sí, pero los míos no son importantes.

—¡Ja! ¿Y los míos qué tienen de importantes?

—Podrían ser de algún admirador.

—¡Ooohh, por favor! No empieces de nuevo, odio cuando te pones celoso.

—No sentiría celos si no fueras tan bonita.

—Entonces búscate una novia más fea. —Nada más decir eso la cogió bruscamente de la cintura y la pegó a su cuerpo; ella, asustada, le suplicó—: Por favor, David, suéltame, me haces daño.

—Sabes que nunca voy a dejarte marchar, ¿verdad? Eres mía, me perteneces y nunca vas a dejarme. ¡¿Te queda claro?!

—Sí, me queda claro —admitió derrotada—, suéltame, me haces daño.

Sin hacerle caso, y apretándola más todavía, la forzó a besarlo con mucha autoridad para dejarle bien claro quién mandaba, y justo en ese momento su móvil volvió a sonar anunciando la entrada de un nuevo wasap.

—¡¿Quién cojones te manda tantos wasaps?!

Cabreado, la soltó y empezó a registrarle el bolso, cuando ella lo vio le rogó asustada:

—¿Qué haces? Deja mi bolso. David, por favor, no tienes derecho a registrarme…

—¡¡Cállate!! Si no tuvieras nada que esconder no te preocuparía que viera quién te manda tantos mensajes.

Cuando encontró el móvil, y leyó los mensajes, la furia se reflejaba en su mirada y su mandíbula se apretaba; Raquel cada vez estaba más asustada.

Ricardo

Hola, preciosa.

No puedes imaginarte las ganas que tengo de verte, de besarte y poder arrancarte las bragas a bocados.

David no necesitaba seguir leyendo para saber que Raquel estaba con otro hombre y, sin prestar atención a los wasaps que seguían entrando, tiró el móvil en el suelo muy cabreado y, cogiéndola de los pelos, le preguntó gritando como un energúmeno:

—¡¡¿Desde cuándo estás con otro tío?!!

—Yo no estoy con nadie, te lo juro…

—¡¡¡No me mientas!!! —Con toda su fuerza le dio un golpe en la cara con la mano del revés

clavándole los nudillos en la mejilla. Tirándole más fuerte del pelo, pegó la boca a su oreja y siguió gritándole—. ¡¡Ese tío quiere arrancarte las bragas a bocados, y tú tienes la poca vergüenza de decirme que no tienes nada con él!!

—Yo… te… te juro que ni lo conozco, por favor, David, vas a arrancarme los pelos.

—¡Eres una zorra mentirosa! ¡Si no lo conoces por qué te escribe esas guarrerías! ¡Todas las mujeres sois unas putas! Quiero saber quién es porque voy a matarlo.

—Te juro por Dios que no lo conozco.

—¡No me mientas! ¡Quiero su nombre!

—¡¡No lo sé, no lo sé, no lo sé!! —gritó histérica por toda esa situación—. ¡No sé quién es y, si quieres matarme, hazlo porque no puedo decirte algo que no sé! —Él, muy cabreado, volvió a golpearla por su rebeldía, consiguiendo que perdiera el equilibrio y cayendo al suelo por el dolor, con un susurro, le pidió—: Vete, vete de mi casa y no vuelvas más.

Justo en ese momento, al escuchar sus palabras, David se dio cuenta de lo que acababa de hacer y, arrodillándose a su lado, la abrazó e intentó tranquilizarla.

—Lo siento, lo siento, cariño. Por favor, perdóname, perdóname, cariño. No volveré a hacerlo, no me di cuenta de lo que hacía, sabes que a veces no controlo mi fuerza.

—E… e… eso dijiste la última vez. Vete, por favor.

—Raquel, cariño, perdóname, te juro que nunca más volveré a pegarte.

—Vete, por favor.

—Está bien, me iré y te dejaré sola, ya que parece que ahora no eres capaz de razonar. Mañana volveré, y espero que hayas recapacitado y me digas quién es ese tío que se atreve a hablarle de esa forma a mi novia. La cosa no se puede quedar así y no pararé hasta que me lo digas para darle su merecido por atreverse a tocarte y, si no lo haces, lo averiguaré yo solo. Al menos tengo una pista y sé que se llama Ricardo.

—Por favor, David, ¿por qué no me dejas? Si tan golfa crees que soy, porque cada vez que saludo o sonrío a un chico es para llevármelo a la cama, ¿para qué quieres estar conmigo?, búscate a otra que sea mejor que yo.

—No, cariño, tú eres mi novia, te quiero, y al final conseguiré que solo seas mía y que me respetes, aunque me cueste la vida.

—Aquí solo hay un problema y es que tú únicamente ves lo que quieres ver. Yo nunca te he engañado y, aun así, tú me golpeas sin tener pruebas.

—Que un hombre quiera comerte las bragas creo que es prueba suficiente de que me estás engañando con él, así que no te quejes tanto, aún te merecías más. Acabarás siendo una buena chica, y yo voy a encargarme de eso. Te quiero —dijo forzándola a besarlo—. Mañana vendré temprano y espero que hayas recapacitado por todo lo que has hecho y también que me digas dónde puedo encontrar a ese tío o te arrepentirás. ¡Ah! Ponte hielo en la cara, así no se te hinchará —nada más decir eso volvió a besarla con mucha pasión y a amenazarla—. Recuerda que eres mía y no vuelvas a enfadarme, si no quieres que te castigue de nuevo. Hasta mañana.

Cuando se fue, Raquel rompió a llorar hasta que no le quedaron lágrimas y mientras lo hacía se preguntaba cómo habían llegado a esa situación. Cuando lo conoció era un buen chico, el capitán del equipo de baloncesto, uno de los chicos más guapos del instituto, y muy romántico y apasionado. En ese momento parecía otra persona; fría, manipuladora, lleno de rabia y adrenalina, y toda parecía concentrarla en ella y en esa obsesión que había aparecido de repente, esa obsesión por ella y por creer que todos los chicos del campus eran sus amantes. Eso les había costado muchas discusiones y cada vez iban a peor, hasta el punto de atacarla y agredirla por no poder controlar sus celos.

Había intentado dejarlo un par de veces, pero él no se lo permitía. Siempre la amenazaba con matar a su supuesto amante si lo dejaba y, como los chicos a los que acusaba eran totalmente inocentes, ella se veía obligada a seguir a su lado para que no descargara su furia sobre ellos.

Daba gracias a Dios de no conocer ni saber nada de Ricardo; así, por más que la golpeara, ella se vería incapaz de poder darle ninguna descripción suya, nadie se merecía la furia de ese loco y mucho menos una persona que ni siquiera conocía. Dispuesta a romper todos los lazos con él, para que David jamás lo encontrara, cogió el móvil para hacer que Ricardo nunca más volviera a ponerse en contacto con ella, eso sería lo mejor para ambos. Para él, porque ella no era buena compañía, ya que podría meterse en un lío con David si descubría quién era, aunque nunca hubiera pasado nada entre ellos. Y, para ella, porque se veía incapaz de romper esa relación tóxica que sabía que acabaría volviéndola loca o matándola a palos simplemente por atreverse a mirar, hablar, sonreír o incluso wasapear con alguien del sexo masculino.

Lo primero que hizo fue leer esos mensajes culpables de un nuevo enfrentamiento con David.

Ricardo
Hola, preciosa.
No puedes imaginarte las ganas que tengo de verte, de besarte y poder arrancarte las bragas a bocados.
Je, je, je, no me hagas caso, sigo bromeando.
Si hoy te contara todo lo que he hecho para conocerte ibas a flipar.
Si me llamas, igual te lo cuento para que así puedas reírte de mí.
Espero tu llamada ansioso, tu acosador. 😘
Ese que no puede dejar de pensar en ti. 😍

Con todo el dolor de su corazón, contestó a sus wasaps con un ultimátum para que desapareciera de su vida.

Raquel
Por favor, no vuelvas a ponerte en contacto conmigo.
Esto tiene que terminar y, si de verdad te importo,
respetarás mi decisión y no volverás a molestarme.
Adiós, Ricardo.

Ricardo
Está bien, adiós, Raquel.
Ha sido muy bonito hablar contigo.
Cuídate y, si cambias de opinión, solo tienes que mandarme un wasap.

Su contestación la hizo volver a llorar una vez más porque en realidad deseaba hablar con él, wasapear con él, conocerlo e incluso, como decía él bromeando, que le arrancara las braguitas a bocados y deshacerse de una vez por todas de David, pero todo era inútil y jamás podría romper esa relación destructiva, solo podría escapar de él con los pies por delante, pensaba con tristeza.

***

Cuando llegó su amiga y compañera de piso y la vio en ese estado, con la cara destrozada, la indignación fue tan grande que no pudo evitar maldecir a los cuatro vientos.

—¡¿Cómo dejas que ese hijo de puta te haga esto?! ¡¿Por qué no lo mandas a tomar por culo de una vez por todas?!

—No puedo, me amenaza y tengo miedo de que alguna vez cumpla sus advertencias.

—Pues mejor ellos que tú, un tío siempre puede encajar mejor los golpes, tú no tienes por qué recibirlos por ellos.

—Ellos no tienen la culpa de nada, nunca han cruzado más de dos palabras conmigo, y no puedo involucrarlos en esta mierda.

—¿Y esta vez qué gilipollas se ha atrevido a mirarte?

—Ricardo me mandó un wasap, y David lo interceptó.

—¿El acosador?

—Sí.

—Ven, vamos a ponerte hielo en esa cara, si no mañana vas a parecer un mapa. —Estaban en el baño, y Rocío le ponía el hielo con mucho cuidado para no hacerle daño, entonces le preguntó —: ¿Cuándo vas a dejarlo? No puedes seguir así.

—Lo sé, y voy a dejarlo, te lo juro, pero solo cuando la vida de un chico no corra peligro por mi culpa.

—Eso nunca va a suceder y lo sabes, él siempre va a amenazarte con hacer puré a cualquiera que tú conozcas porque sabe que así te tiene en sus manos.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que le deje machacar a un pobre chico que lo único que ha hecho es mantener una conversación telefónica conmigo?

—¿Hablamos de Ricardo?

—Sí, hablamos de Ricardo.

—¿Y quién te dice a ti que ese tal Ricardo no sea capaz de pararle los pies a este imbécil?, igual es él quien le pega una paliza.

—Tú me has visto la cara, yo sé lo que es capaz de hacer David, y no voy a dejar que le haga lo mismo a Ricardo. No, aunque mañana me mate a palos, no voy a decirle nada.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué va a pasar mañana?

—Me ha amenazado con que mañana tengo que decirle quién es él y ahora me alegro de no saberlo. Y, por favor, te pido que no estés aquí cuando vuelva, te conozco, y eres capaz de meterte por medio. Si algo te pasara, me moriría.

—No voy a dejarte sola con ese psicópata y, si vuelve a pegarte, lo mataré.

—No quiero que estés aquí y no debes preocuparte, nada va a pasarme.

—¿Por qué estás tan segura? Es un animal.

—Porque a todos los tíos se les pasa el cabreo cuando te abres de piernas para ellos.

—¡Joder! ¿Por qué haces eso? ¿Por qué te rebajas de esa manera? ¿Por qué no se lo cuentas a tu padre?

—¡¡No!! ¡Ni se te ocurra meter a mi padre en esto! Si él tuviera la menor sospecha de lo que está pasando sería capaz de matar a David.

—¡Pues que lo mate!, ¡es lo que se merece! —gritó, indignada, al ver cómo su amiga prefería soportar las palizas de ese energúmeno para que su padre no se enterara de nada.

—Sí, claro. Y, después, ¿cómo me sentiría yo? ¿Te has parado a pensar en eso?

—No me digas que te daría pena lo que pudiera pasarle a ese mamón.

—No, me importa bien poco lo que le pase a ese mamón, pero si mi padre lo agrediera, aunque solo fuera un escarmiento, ¿sabes lo que ocurriría con él? Los medios se cebarían, le harían la vida imposible, David podría denunciarle y hasta podría ser el final de su carrera. No, es mi problema y yo debo resolverlo, y por esa razón no quiero involucrar a mi padre en esto.

—¿Aunque mueras en el intento?

—Sí, aunque muera en el intento. Ahora me voy a dormir, me duele todo. Mañana tendrás que cogerme los apuntes, no creo que pueda aparecer por clase con el careto que se me va a poner. Menos mal que es viernes y tengo todo el fin de semana para recuperarme. Gracias a Dios que soy mujer y puedo usar maquillaje. —Intentó reírse de su propia broma—. El lunes estaré como nueva, ya lo verás.

—Sí, claro, abriéndote de piernas para ese capullo, no me lo puedo creer, estás loca. Anda, vete a descansar, pero antes tómate un ibuprofeno o no podrás dormir.

—Sí, mamá —se burló saliendo por la puerta del baño.

Dos horas más tarde, Rocío entró muy despacio en la habitación de Raquel sin hacer ruido para no despertarla, cogió su móvil y volvió a salir.



Capítulo 20

Ricardo estaba tumbado en su cama, acababa de cenar y necesitaba repasar unos trabajos que tenía que presentar al día siguiente en clase y, aunque le costaba concentrarse por esa despedida tan drástica con la que Raquel acababa de terminar esa relación, intentaba con todas sus fuerzas hacerlo para, por lo menos, dejar de pensar en ella.

Cuando su móvil empezó a sonar, lo cogió y, sin mirar quién era, descolgó y preguntó absorto en lo que tenía entre las manos:

—¿Sí?

—Hola, ¿eres Ricardo?

—Sí. ¿Y tú eres? Disculpa, es que no reconozco tu voz.

—Es normal, nunca hemos hablado.

Mosqueado por su respuesta, se quitó el aparato de la oreja y vio que esa llamada provenía del teléfono de Raquel.

—¿Por qué me estás llamando con el móvil de Raquel?

—Primero contesta a mi pregunta, y después te daré tu respuesta.

—¿Me estás poniendo nervioso? ¿Dónde está Raquel y por qué me llamas con su móvil? ¿Le ha pasado algo? ¿Está bien?

—¿Hasta dónde llega tu interés por Raquel?

—¿Qué te importa?, además, ella no quiere que vuelva a llamarla…

—No, porque no quiere meterte en problemas, le importas demasiado, y es gracioso porque ni siquiera te conoce.

—¿Quieres, por favor, ir al grano?, me estás poniendo de los nervios.

—¿Sabes que si Raquel se entera de que estoy haciendo esta llamada va a matarme? Ahora contestarás a mi pregunta.

—Dispara.

—¿Qué serías capaz de hacer por ella?

—Cualquier cosa. ¿Por qué?

—Porque necesita un hombre que sepa defenderla de ese hijo de puta. ¿Tú te ves capaz de hacerlo?

—Es su novio, ¿verdad? ¿Qué le ha hecho?

—¿Lo conoces? —preguntó confusa Rocío, ya que Raquel nunca hablaba de él con nadie.

—No, pero, por las pocas veces que he oído cómo le habla a Raquel, sé que no es trigo limpio.

—Pues sí, no es trigo limpio, y si vieras en qué condiciones está Raquel en estos momentos entenderías mi preocupación.

—¿Qué le ha hecho? —volvió a preguntar perdiendo la paciencia y bastante preocupado por lo que acababa de decirle.

—Pues creo que mañana tendrá la cara desfigurada…

—¡¡Hijo de puta!! ¿Dónde está ella ahora?

—Está en casa, conmigo…

—Dame la dirección.

—No creo que pueda hacer eso…

—Por favor, necesito verla. Quieres que la libere de ese hombre, ¿verdad? Entonces déjame verla ahora.

—Está bien, pero necesitas saber una cosa más, mañana piensa volver y obligarla a decirle quién eres. Según lo que me contó, quiere matarte porque vio tus wasaps.

—Pues ya veremos quién de los dos muere.

—¡Bieeen! Eso era exactamente lo que quería escuchar, ¿tienes papel y boli?

—No lo necesito, dame la dirección.

Cuando salió de su habitación, y vio a su madre en el sofá, se sentó a su lado. Nada más ver su cara de enfado y frustración, ella supo que algo gordo estaba pasando.

—¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo grave?

—Sí, y necesito tu ayuda.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, que siempre voy a estar a tu lado.

—Voy a traer a una chica a casa y creo que necesitará cuidados y muchos mimos.

—¿Por qué? ¿Qué le ha pasado?

—Ha sufrido malos tratos.

—¡Mierda! ¿A qué estás esperando?, ve a por ella —lo alentó.

—Gracias, mamá.

Se levantó del sofá, pero antes de irse le dio un beso saliendo de su casa más animado al sentir el amparo de su madre, que como siempre lo reconfortaba y apoyaba tomara la decisión que tomara. Lo único que le daba miedo era su reacción al ver a Raquel, ya que sabía que se pondría como un auténtico periodista y la avasallaría a preguntas para llegar hasta el fondo del asunto costara lo que costase. Pero no le importaba, lo único que quería era llevarse a Raquel a su casa para así protegerla y cuidarla, porque lo que más necesitaba era mantener a ese hijo de puta lejos de ella antes de darle su merecido.

Cuando llegó a la dirección que le había dado Rocío, pulsó el timbre con miedo porque precisamente en ese mismo instante le aterraba enfrentarse a Raquel, no sabía si podría controlarse al verla herida. Su madre lo había criado con unas bases sólidas y una de ellas era respetar y proteger a las mujeres, fueran quienes fueran. Y, sobre todo, nunca abusar de ellas. Siempre la oía decir: «Los hombres serían mejores con las mujeres si antes de hacer daño a una de ellas pensaran primero en cómo les sentaría a ellos que otro hombre tratara a su madre, a su hermana o a su hija de la misma forma. Si todos se parasen a recapacitar sobre eso no serían tan cabrones». Justo en ese momento se dio cuenta de la importancia de sus palabras porque él ahora mismo deseaba que ese hijo de puta hubiera pensado en su madre antes de golpear a Raquel.

—¿Eres Ricardo? —le preguntó Rocío al abrir la puerta y verlo.

—Sí. ¿Cómo está?

—Mal.

—¿Vas a dejarme pasar? —le preguntó nervioso al ver que ni se movía de la puerta ni terminaba de abrirla para dejarle entrar.

—Antes demuéstrame que eres de fiar, no te conozco. ¿Y si fueras peor que David?

—No tienes elección, soy yo o dejar que mañana ese hijo de puta vuelva a golpearla.

—Está bien, pasa. Segunda puerta a la derecha.

Cuando Ricardo vio a Raquel por primera vez en su vida, no estaba preparado para lo que se

encontró, tenía la mejilla hinchada y empezaba a oscurecérsele el pómulo, parecía dormir plácidamente, pero su respiración estaba agitada y, cuanto más la observaba, más bonita le parecía y su furia crecía por segundos. Su nariz pequeña y respingona; sus labios rosados, delgados y bien delineados; su cuerpo pequeño abrazando la almohada con un pijama de pantalón corto y tirantes, muy colorido. Todo en ella era encantador. Así, dormida, parecía la persona más frágil que había visto en su vida y una necesidad de protegerla llenaba todo su ser.

Cuando se sentó en la cama, y acarició su brazo, Raquel se despertó sobresaltada y, cuando lo miró con esos increíbles ojos azules asustados, Ricardo se dio cuenta en ese mismo instante de que jamás tendría escapatoria, pues acababa de quedar hechizado ante tanta belleza.

Raquel, al tener tan cerca de ella a un auténtico desconocido sentado en su cama y mirándola tan fijamente a los ojos, su primera reacción fue dar un brinco; abrazarse al almohadón, como si de un escudo se tratara, y pegarse al cabezal intentando huir de ese hombre.

—¡¿Quién eres?! ¡¿Qué haces en mi habitación?! ¡Fuera!, ¡vete o llamaré a la policía! —gritó aterrorizada.

—Raquel, no te asustes…

Cuando intentó coger su brazo, ella volvió a chillar:

—¡No me toques, no te conozco! ¡Vete, por favor, o gritaré!

Solo fue capaz de reaccionar ante el horror de despertarse y ver a un desconocido en su cama cuando escuchó a Rocío.

—Raquel, ¡no te asustes! Es Ricardo, yo lo llamé —explicó para que su amiga se tranquilizara.

Raquel lo miró a los ojos al escuchar a su amiga y de pronto todo cambió. Sus ojos verdes oscuros y su cara tan sumamente familiar le hicieron sentirse bien, habían hablado mucho por teléfono y jamás se habían visto, pero era como si lo conociera de siempre, había algo en él que le daba confianza y no entendía muy bien lo que era, pero eso era exactamente lo que sentía, sabía que podría confiar en él pasara lo que pasara y esa sensación la hizo reaccionar.

—¡¿Por qué lo has hecho?! —le chilló a Rocío levantándose de la cama de un brinco—. ¡¿Por qué le has llamado?!

—Porque alguien tenía que hacer algo.

—¡Sí, pero esa persona no eras tú, no tenías ningún derecho a meterte en mi vida y mucho menos a involucrarlo a él!

—¡¿Y qué querías que hiciera?! ¡¿Que esperara plácidamente a que te matara?! ¡Lo siento, pero no me voy a quedar cruzada de brazos mientras ese animal te destroza! Ya no te quedan amigos gracias a él y, como no quieres acudir a tu padre, yo lo hago con la única persona que creí que te ayudaría. Y está aquí, ¿no? O sea, que quiere ayudarte…

—Pero yo no quiero que me ayude, quiero que se largue. —Volviéndose hacia él suplicó—: Ricardo, por favor, vete y no vuelvas, yo sabré arreglármelas sola.

Ricardo no había dejado de observarla; sus manos temblorosas, su respiración agitada, esa manera de caminar mientras gritaba nerviosa y por sus mejillas rodaban unas lágrimas que no podía controlar. Harto de verla tan desesperada, se acercó a ella y, cogiéndola por los hombros, le habló con una voz suave y tranquila.

—No voy a marcharme sin ti, así que vas a venir conmigo.

—¡¿Qué?! No…, no voy a ir contigo a ningún sitio, y tú vas a irte y no vas a volver. Él… él no puede encontrarte, no puede saber quién eres.

—No voy a esconderme de él, más bien, le voy a enseñar a respetar a las mujeres…

—Tú no puedes hacer eso, te… te matará, es una bestia, tienes que irte.

Cogiéndole la cara entre sus manos volvió a hablarle muy despacio para hacerla entender.

—No voy a permitir que nadie más vuelva a hacerte daño, por eso vas a venir conmigo hasta que todo esté aclarado, ¿me has entendido? No te voy a dejar a merced de ese hijo de puta…

—Pero…

—Si no vienes conmigo, me quedaré aquí y esperaré a que regrese, Rocío me ha dicho que piensa volver mañana y si es así no vas a estar sola porque yo voy a estar a tu lado.

—No, no quiero que te haga daño.

—Entonces vente conmigo, no estaremos solos, mi madre está en casa y tendrás tu propia habitación. ¿Confías en mí? —Le sonrió al hacerle esa pregunta.

—Sí, confío en ti, acosador —contestó consiguiendo que la sonrisa de Ricardo se ensanchara más todavía.

—Entonces intentaré controlarme para no arrancarte las bragas a bocados. —Con esa frase consiguió hacerla reír.

—¡Uuy, uuy, uuy! Esta conversación está subiendo de tono, ¿queréis que os deje solos?

—Mejor la dejamos sola los dos y así puede vestirse —sugirió Ricardo a Rocío, y después, clavando sus increíbles ojos en ella con mucha intensidad, le dijo—: Te espero fuera, y prepara una maleta porque no vas a regresar hasta que no me asegure de que ese malnacido no va a volver a acercarse a ti.

—Ricardo…

—No voy a irme sin ti, Raquel.

—Gracias.

—De nada, princesa.

Cuando le escucho decir eso, su corazón palpitó desorbitado y no pudo evitar mirarlo embelesada, cuando lo vio agachar la cabeza y creyó que iba a besarla su respiración se aceleró, pero inmediatamente desapareció esa magia al sentir sus labios en la frente dándole un tierno y cálido beso para después soltarla y marcharse con Rocío, dejándola sola y desamparada, porque así se sentía sin él en ese mismo instante; desamparada.

***

Cuando llegaron a casa de Ricardo, su madre les estaba esperando nerviosa. No quería imaginar por qué infierno debía de haber pasado esa muchacha y pensar que su hijo pudiera estar enamorado de una chica que hubiera sufrido malos tratos y abusos la sacaba de quicio.

Aunque su hijo no le hubiera dicho lo que sentía por ella, lo había intuido y solo le había bastado ver su cara cuando le contaba que iba a traer a casa a una chica para protegerla del loco de su novio. Lo conocía y solo necesitaba observarlo para saber cómo se sentía o lo que sentía y es que para ella él era como un libro abierto.

Cuando los escuchó entrar, se levantó alterada del sofá para darle la bienvenida a esa chica misteriosa, esa chica que le había robado el corazón a su hijo y que incluso le había hecho dejar a su novia, esa chica por la cual Ricardo era capaz de esconder en casa para que nadie más volviera a maltratarla.

Cuando la vio entendió la razón por la cual quería protegerla; parecía frágil y vulnerable, y muy bonita, aun teniendo media mejilla hinchada y amoratada, pero algo en ella le resultaba familiar, aunque no podía descubrir qué era. Con una sonrisa de oreja a oreja y abriendo sus brazos se acercó a ellos para darle dos besos a su invitada forzada.

—Me alegra ver que estás de una pieza —bromeó para quitarle tensión al asunto.

—¡Mamá!

—¿Qué? No he dicho nada malo. —Puso voz inocente; después, mirando a Raquel, le sonrió para preguntarle—: ¿Verdad?

—Sí —contestó ella un poco confusa y avergonzada ante esa mujer que parecía fuerte y muy segura de sí misma.

—Hola, soy Samanta Soriano, la madre de Ricardo. —Le dio dos besos a Raquel.

—Encantada, yo soy Raquel.

—Ahora déjame ver tu cara —mientras hablaba la alzaba hacia la luz para ver hasta qué punto tenían que preocuparse—. ¿Puedes abrir la boca?

—Sí —respondió ella haciéndolo.

—¿Y masticar?

Raquel probó a hacer el gesto.

—Creo que sí, aunque me duele.

—No me extraña conforme llevas el pómulo, pero por lo menos podemos dar gracias de que no esté roto. Te he arreglado la habitación de invitados, puedes ponerte cómoda y recuerda que estás en tu casa.

—Muchas gracias, señora.

—Por Dios, no me llames señora, soy Samanta, y así me gusta que me llamen. Acompáñala a su habitación, hijo, yo voy a buscar una pomada para ese pómulo.

—Sí, mamá, gracias. —Besó a su madre y después cogió a Raquel por la cintura—. Ven, princesa, te enseñaré tu habitación.

—Este piso seguro que vale una fortuna, así que tus padres deben de tener pasta —elucubró cuando entraron en la habitación.

—No nos podemos quejar.

—¿Por qué vas a una universidad pública?

—Mi madre estudió allí, y yo quise seguir sus pasos. Y he de aclararte que no tengo padre, solo a mi madre. Bueno, y a mi abuela. ¿Y tú? Por lo poco que hemos hablado también debes de ser rica, incluso más que yo, seguro.

—Mi padre también estudió en esa universidad y, bueno, también quise seguir sus pasos.

No le gustaba mentirle, pero tampoco quería confesarle la verdad.

—¡Vaya! Parecemos almas gemelas.

—¿Por qué haces todo esto? Casi no nos conocemos, solo hemos hablado por teléfono, ni siquiera nos habíamos visto hasta ahora y, sin embargo, eres capaz de jugártela por mí.

—Si te explicara mis razones pensarías que estoy loco.

—Quiero saberlas…

Su madre los interrumpió al entrar con la pomada.

—Hola de nuevo, te traigo la pomada. No serás alérgica a ningún medicamento, ¿verdad?

—No. No te preocupes, Samanta, no padezco ninguna alergia.

—Bien, ¿necesitas que te ayude?

—No, gracias, creo que puedo ponerme la crema yo sola; además, ya os he molestado bastante y es muy tarde.

—No vuelvas a decir eso —dijo Ricardo fastidiado—, tú no eres ninguna molestia.

—Mi hijo tiene razón, estamos encantados de tenerte aquí. Ahora me voy a dormir, cualquier cosa que necesites solo tienes que pedirlo.

—Gracias de nuevo, Samanta.

—No hay de qué. Buenas noches.

—Buenas noches —dijeron los dos a la vez.

—Será mejor que yo también me vaya y te deje sola, debes de estar cansada.

—Ricardo.

—¿Sí?

—Necesito ir al baño.

—Tienes uno nada más salir, la primera puerta a la izquierda, y recuerda lo que ha dicho mi madre; cualquier cosa que necesites solo tienes que pedírmela, mi habitación está al lado de la tuya, a la derecha.

—Gracias.

Ricardo le sonrió y le dio un beso en la frente.

—Buenas noches, princesa.

—Buenas noches, acosador —al decirle eso los dos se miraron a los ojos y sonrieron.

Justo en ese momento, se dio cuenta de que los ojos de ella no eran azules exactamente, si te parabas a mirarlos con atención podías ver cómo se iban oscureciendo y justo alrededor de la pupila acababa siendo de un verde casi tan oscuro como sus propios ojos, pensaba Ricardo contemplándolos con admiración.

—Tienes los ojos más bonitos que he visto en mi vida, cambian de color, parecen azules, pero en el fondo son verdes.

—Sí, herencia de mis padres; mi madre los tiene azules, como el principio de mis ojos, y mi padre, verdes, como el final. Bueno, más bien mi padre los tiene tan verdes como tú. Es increíble, nunca había conocido a nadie con el mismo tono exacto que mi padre. ¿Sabes?, muy poca gente se da cuenta nada más verme de que mis ojos cambian de color.

—No creo que se me pueda escapar un solo detalle de ti, princesa, ya que me moría por conocerte. —Acarició su mejilla—. Eres preciosa, mucho más de lo que imaginaba.

—Ricardo, por favor.

Al verla tan nerviosa por su cercanía y su mirada tan intensa tuvo que respirar profundamente y apartarse de ella con una gran fuerza de voluntad para no asustarla porque, como siguiera observándola de esa manera, iba a parecer un acosador de verdad, y es que tenerla tan cerca lo descontrolaba.

Tuvo que carraspear para conseguir que las palabras salieran de su boca y así sonaran serenas.

—Será mejor que te deje sola, ya sabes dónde encontrarme, primera puerta a la derecha.

—Sí, gracias. Buenas noches.

—Descansa.

***

Raquel salió del baño y se quedó examinando todo a su alrededor, por lo poco que había podido ver al llegar parecía un conjunto de fincas privadas muy grande, rodeada por unas vallas metálicas, con mucho jardín, piscinas e incluso cancha de tenis y frontón. Al entrar, el conserje les había dado la bienvenida, todo estaba muy bien cuidado y parecía muy lujoso, como ese piso, pues todo a su alrededor era amplio y luminoso. El salón comedor era muy grande, moderno, y las paredes exteriores que daban a la calle eran todas acristaladas. Todo allí parecía exclusivo y de diseño, decorado con mucho gusto, y de eso ella sabía bastante porque era lo que le gustaba y a lo que tenía pensado dedicarse. Incluso los cuadros que colgaban de las paredes parecían auténticas obras de arte, modernas, coloridas y muy bonitas.

Raquel estaba observándolas cuando Ricardo salió de su habitación para dirigirse a la cocina

y, al verla, no pudo evitar mirarla de arriba abajo muy despacio, pues llevaba una camiseta de manga corta que le llegaba hasta la mitad de sus muslos, solo podía ver el resto de sus piernas desnudas y el cuerpo que se trasparentaba ligeramente, ya que estaba de cara a la luz, y por lo poco que podía apreciar parecía estar muy bien formada, todo en ella le gustaba demasiado.

—¿Te gustan? —preguntó cuando terminó de examinarla, pero, cuando comprobó que la había asustado y se volvía bruscamente, se acercó a ella disculpándose—. Lo siento, no quería asustarte.

—Tranquilo, estoy bien, solo que no te esperaba. Pensé que estabas dormido ya.

—He salido a beber agua y te he visto ahí parada mirando los cuadros.

Sin poder evitarlo, esa vez fue ella la que no podía apartar la vista de él, recorriéndolo de arriba abajo, pues solo llevaba puesto el pantalón de pijama y, por su expresión, él supo que le gustaba lo que estaba viendo, pues estaba acostumbrado a que las mujeres lo miraran con admiración cuando iba al gimnasio.

Aparte de ser guapo, era muy alto, casi medía los dos metros y su cuerpo era espectacular, ya que le gustaba hacer deporte y cuidaba su alimentación. Bueno, eso era gracias a su madre, que lo obligaba a llevar una dieta sana y equilibrada, tal como hacía ella. Así que tenía unos brazos fuertes, una espalda ancha y musculosa, un pecho fornido y un vientre plano y musculado.

Cuando Raquel se dio cuenta de que se había quedado una vez más embobada mirándole se volvió avergonzada hacia los cuadros.

—Son muy bonitos. —Disimuló su turbación.

—Son de un amigo de mi madre. Tiene una exposición en el centro, un día te llevaré, tiene unas obras increíbles.

—De eso estoy segura, estos son una pasada. —Volviéndose hacia él de nuevo le preguntó—: ¿No vas a contarme por qué crees que pensaré que estás loco al confesarme por qué haces todo esto por mí?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, me has dejado muy intrigada antes.

—Ahora y así, en frío, me da un poco de corte confesártelo.

—Entonces no lo hagas, no quiero que te sientas obligado a nada conmigo.

—¿Crees que alguien se pueda enamorar de una persona sin conocerla? ¿Que simplemente por escuchar su voz, su risa y mantener conversaciones telefónicas pueda volverse loco por ella? ¿Que sin haber visto su cara pueda sentir pánico pensando que algo malo pueda pasarle? ¿Que tenga ganas de matar a cualquiera que pueda herirla, como al gilipollas de tu novio?

Cuando Raquel le escuchó decir todas esas cosas volvió a quedarse embobada, nunca nadie le había dicho nada tan bonito ni se habían preocupado así por ella, excepto sus padres, por supuesto.

—Yo… —La emoción no la dejaba pronunciar palabra.

—Déjalo, no digas nada. Crees que estoy loco, ¿verdad? Y deberías echar a correr porque ahora sí que parezco un acosador…

Cuando la vio acercarse y pasar los brazos por su cintura abrazándose a él, el corazón empezó a bombear fuerte en su pecho y las palabras se le cortaron en la garganta.

—Creo que eres encantador y, si todas esas cosas que te pasan son una locura, entonces estamos locos. —Al oírla decir eso una gran sonrisa apareció en su cara y con fuerza le devolvió el abrazo—. No puedes imaginar las ganas que tenía de que me llamaras todos los días y me pasaba las horas mirando mi móvil por si me mandabas un wasap. Esas conversaciones me devolvían la alegría, aunque me aterraba que David se enterara. Cuando hablaba contigo me

olvidaba de él y de sus malos tratos, pero cuando él aparecía el terror se apoderaba de mí pensando que pudiera descubrirlo y te hiciera daño. Al final, mis temores se han hecho realidad y tengo miedo, mucho miedo. Si algo te pasara por mi culpa, yo…

—Nada va a pasarme, así que no pienses en eso.

—¡Sí! Podría pegarte, no serías al primer chico que pega por estar simplemente hablando conmigo, una vez le rompió la nariz a un amigo mío y lo único que hacíamos era reírnos de un chiste.

—Raquel, no me da miedo ese tío, y si me busca me encontrará.

Ella volvió a mirar sus musculosos brazos y su enorme pecho y respiró aliviada sintiéndose más tranquila, ya que si David quisiera atacarlo no le iba a ser tan fácil esa vez. Normalmente los chicos que la rodeaban eran de su edad, sin embargo, Ricardo era seis años mayor y su anatomía era bastante más grande que la de ellos, incluso más grande y alto que David, y eso que David lo era bastante y su cuerpo era atlético gracias al baloncesto. Pero, aun así, le daba miedo involucrarlo en sus problemas, por eso empezó a decir con preocupación:

—Pero él siempre está rodeado por el equipo de baloncesto y podrían… —Ricardo la hizo callar poniéndole el dedo índice en sus labios.

—No debes preocuparte, sé cuidar de mí mismo y también tengo amigos.

No podía dejar de contemplarlo embobada, ese hombre la desarmaba con su mirada y esos ojos tan verdes y penetrantes. Sin darse cuenta de lo que decía, llena de curiosidad y deseo hacia él, le pidió:

—Ricardo.

—¿Qué?

—¿Puedes besarme? —Al darse cuenta de lo que acababa de decir agachó la cabeza muerta de vergüenza—. ¡Oh, Dios mío! Lo… lo siento, no sé por qué he dicho eso.

Ricardo levantó su cara cogiéndola entre sus manos y la miró a los ojos con una sonrisa increíble.

—Es lo más bonito que una chica me ha dicho jamás, y me muero de ganas —Esas palabras consiguieron que Raquel sonriera—. Pero… ¿quieres que te bese?

—Sí, me encantar…

Sin dejarla terminar de hablar le dio un beso en los labios; suave, tierno, cálido y sumamente agradable, seguido de otro, otro, otro y otro.

Raquel no podía recordar cuánto tiempo hacía que un beso de David no le provocaba esos sentimientos. Llevaban de novios tres años, fue su primer novio, lo conoció en el instituto y todo al principio era muy bonito. Se empeñó en ir a esa universidad porque él estaba becado por el baloncesto y no podía rechazar esa oferta, ya que sus padres no podían pagar una universidad privada, pues la crisis los había dejado como a mucha gente; con una mano delante y otra detrás. Pero eso a ella nunca le importó y no pensaba dejarlo porque de la noche a la mañana sus padres perdieran todos sus negocios. Ella lo quería y nada más importaba. Por eso se enfrentó a su padre y lo volvió loco hasta que, como siempre, se salió con la suya y la dejó ir a una universidad pública.

David era un año mayor que ella y llevaba ya un curso en esa universidad, se obsesionó con ser el mejor del equipo y poco a poco empezó a cambiar. Ella no le dio demasiada importancia al principio, pues lo achacó al estrés de los exámenes y al cambio del instituto a la universidad, que debía de ser muy grande. Pero, desde que las clases habían vuelto a empezar, ella había comenzado a ir a la universidad y se veían todos los días, él había empeorado y se había vuelto más agresivo, posesivo, celoso y siempre veía fantasmas en todos lados, así que poco a poco ella

fue escondiéndose en ese mundo oscuro y solitario donde a él le gustaba tenerla y en el que se dejaba encerrar por miedo a su reacción y a que cumpliera sus amenazas de destruir a todo aquel que se atreviera a tocarla. Poco a poco fue quedándose sola, y sin amigos, como él quería.

Solo Rocío, su amiga inseparable desde que tenían uso de razón, se mantuvo a su lado, reconfortándola, apoyándola y levantándole la moral cada vez que David la hundía. La primera vez que él la golpeó, dejándole el ojo como a Rocky Balboa, ella le advirtió: «Te juro que no voy a denunciarlo porque tú me lo pides, pero si vuelve a pegarte no habrá palabras que salgan de tu boca que puedan impedirme que busque una solución. Si no estás dispuesta a denunciarle, hallaremos otra manera, aunque tenga que pagar a unos matones, le corten los huevos y lo echen al mar para que se lo coman los tiburones».

Rocío siempre conseguía animarla y hacerla reír, por muy mal que fueran las cosas y, cómo no, había cumplido con su juramento. No lo había denunciado, y tampoco había contratado a unos matones, pero había llamado a Ricardo y la había salvado. Él la había llevado a su casa para que David no la encontrara al día siguiente y volviera a insistir en descubrir quién era él, algo que nunca conseguiría averiguar, pues Raquel estaba dispuesta a dejarse matar antes de decírselo.

Cuando Ricardo abrió sus labios, para profundizar ese beso que lo estaba consumiendo de deseo, Raquel se entregó a él con una pasión arrebatadora, los dos estaban desesperados por la tensión vivida, por los sentimientos tan fuertes que estaban descubriendo y por esa necesidad de calmar el fuego que les quemaba por dentro con solo sentirse el uno al otro. Sin poder controlar sus emociones, Ricardo la empotró contra la pared de cristal, cuando sintió las manos de ella acariciando su musculosa espalda un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo.

Raquel seguía excitándolo con su contacto, pues sus manos cálidas volaban por su anatomía acariciándole el pecho, mientras se entregaba a sus besos y subía la pierna derecha por la pierna izquierda de él, como en una caricia. Cuando Ricardo sintió la pierna de ella casi enroscada a su cintura le acarició el muslo, sintiendo cómo a ella se le erizaba la piel y, sin darse cuenta, agarró el otro muslo subiéndolo hasta su cintura, obteniendo exactamente lo que quería; que las dos largas y esbeltas piernas se aferraran alrededor de su cintura, para así poder sentir su sexo contra el de ella que, con un ligero movimiento de caderas, lo friccionaba sintiendo un placer enloquecedor.

Raquel nunca se había sentido tan entregada a nadie y jamás se hubiera creído que estar con un extraño en una situación tan íntima pudiera darle tanto placer, como tampoco se hubiera imaginado entregándose a un hombre en una primera cita, si a eso se le podía llamar cita. Pero es que ese hombre no era normal. Él la hacía vibrar, temblar, enloquecer y desear cada caricia que le daba con tantas ganas que, cuando él la subió hasta su cintura aplastándola contra la pared de cristal y frotando su sexo con el de ella, lo único que podía desear era más y más. No quería que ese momento tan excitante terminara, por eso se dejaba llevar y se movía a su ritmo para obtener más placer y, cuanto más y más se movían, más podía sentir cómo su erección se endurecía y crecía contra su sexo.

De repente, todo terminó, y ella abrió los ojos, sorprendida por esa interrupción tan repentina y desagradable. Ricardo la miraba con fuego en los ojos.

—Lo siento…, pero, si no paro ahora…, ¡joder! Después no podré hacerlo —le advirtió con la voz entrecortada por la excitación.

—¿Tú… quieres parar? —preguntó ella con el mismo tono de voz y casi sin aliento.

—No, por Dios…, te haría el amor aquí y ahora.

—Entonces no pares…, hazme el amor… Lo deseo tanto como tú.

Nada más escuchar esas palabras, de nuevo su boca se apoderó de la de ella y volvieron a

enloquecerse el uno al otro con caricias y besos. Cuando supo que ya no podía seguir soportando ni un segundo más esa dulce y frenética tortura, agarró el tanga que llevaba y con un fuerte tirón le rompió esa diminuta tela que se metía por su trasero, dejándoselo colgado a la cintura. Seguidamente, se bajó la goma del pantalón del pijama junto al calzoncillo hasta liberar su gran erección; fuerte, dura y palpitante por el deseo de adentrarse en ella y con un gran empujón se coló hasta sus entrañas.

Raquel ahogó un grito de placer mordiéndole el omoplato, mientras Ricardo gruñía en silencio al percibir esa sensación tan sumamente agradable y placentera y, sin poder controlar todo ese deseo que crecía dentro de él, sus movimientos se volvieron fuertes y precisos, ya que cada uno de ellos parecían estar diseñados para enloquecerla. A cada embestida ella se deshacía entre sus brazos y se abrazaba fuerte a él para poder sentirlo mejor, más cerca, más profundo.

—¡Ooohh, Ricardo! No creo que pueda soportar mucho más, me estás matando —le susurró al oído.

—¿Vas… a morir de placer entre mis brazos? —preguntó complacido.

—Síií, síií, no pares.

—Eso me gusta… y no podría parar, princesa… Ahora ya no podría —le habló al oído, jadeando, y al mismo tiempo le erizaba la piel.

Aún no había terminado de decirle esas palabras cuando la sintió temblar de pies a cabeza, así que sus penetraciones se volvieron aún más fuertes y rápidas, consiguiendo que se perdiera con él por esa senda de placer y locura en la que se habían encontrado con el primer roce de sus labios. Cuando eyaculó dentro de ella, toda su energía había desaparecido, así que con un último esfuerzo agarró su trasero con fuerza y, despegándola de los cristales, caminó con ella encima hasta su habitación para dejarse caer en la cama. Con cuidado, eso sí, de no aplastarla, apoyó los codos en la almohada para seguir besándola con más calma, pero con la misma pasión con la que había empezado.

—¡Joder! Ha sido lo mejor que he vivido en mi vida —consiguió decir Ricardo al recuperar el aliento.

—Síií, ha sido increíble.

—¿Te duele? —preguntó acariciando con ternura su mejilla.

—Un poco, pero ahora mismo me siento muy feliz para importarme ningún dolor.

—Yo también me siento muy feliz. —Volviéndola a besar añadió—: Te amo, princesa. —Y entonces la dejó completamente pasmada.

Nunca le habían dicho esas palabras. «Te quiero» siempre se las decía David, incluso después de maltratarla lo hacía, y había llegado a un punto en el que para ella ya no significaban nada. Pero ese hombre tan maravilloso, y que acababa de hacerle el amor como nunca imaginó que se pudiera hacer, acababa de decirle «te amo». No «te quiero», «te amo» y esas eran unas palabras importantes, significativas y poderosas o por lo menos para ella lo eran y se lo decían todo. Así que no pudo evitar besarlo apasionadamente.

—¿Sabes una cosa? —preguntó con una gran sonrisa.

—No. ¿Qué?

—Que los dos estamos como cabras porque yo también te amo. —Con ese comentario le hizo reír a carcajadas, y Raquel tuvo que ponerle sus manos en la boca para mitigar el sonido de la risa, mientras le decía—: ¡Schssss! Calla o despertarás a tu madre.

Nada más decir eso, sus mejillas se pusieron color carmín y sus manos abandonaron la boca de él para tapar su propia cara. Él, al observarla, le apartó las manos para mirarla a los ojos.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué tanta vergüenza de repente? ¿No crees que es tarde para eso?

—¿Crees que tu madre nos habrá escuchado? ¡Ooohh, Dios mío! Te juro que me muero de vergüenza si tu madre…

—Tranquila, la habitación de mi madre es la última y te puedo asegurar que no nos ha escuchado porque si lo hubiera hecho habría salido para decirnos algo así como: «¿Por qué no os vais a una habitación? Los vecinos pueden veros».

—¡Ooohh, no!, en eso no había pensado —dijo otra vez muerta de vergüenza pensando en si alguien podría haberlos visto aplastados contra los cristales—. ¿Crees que alguien ha podido vernos? ¡Joder! Toda esa pared está llena de cristales.

—Estamos bastante alejados de las otras fincas, pero con unos buenos prismáticos podría ser —bromeó.

—No digas eso, me pone nerviosa y me da vergüenza.

—¿Te arrepientes de lo que ha pasado?

—No, nunca. Y quiero que sepas que es la primera vez que hago algo así, yo nunca había estado con otro chico que no fuera David, y siempre pensé que jamás podría acostarme con alguien nada más conocerlo. Pero no sé qué me has hecho, contigo es todo tan distinto, ya que tampoco hubiera mantenido una conversación tan subida de tono con un desconocido por teléfono y también lo hice contigo; más bien, a otro lo hubiera mandado a hacer puñetas. —Sonrió haciéndole reír.

—Yo he de confesarte que nunca antes de ti había mantenido una conversación tan subida de tono con una desconocida y tampoco había aplastado a nadie contra unas cristaleras enloqueciendo de placer. Así que estamos en paz.

—Cuando te imaginaba no te esperaba así.

—¿Decepcionada?

—Nooo, más bien complacida, muuuy complacida, eres mucho más guapo de lo que pensé.

—¿Y cómo me imaginabas?

—Pues mucho más bajo, y por supuesto nunca hubiera imaginado que pudieras tener este cuerpo serrano —indicó haciéndole reír mientras acariciaba su pecho—. Y con gafas.

—¡¿Con gafas?! —preguntó sorprendido—. ¿Por qué?

Ella, riéndose al ver su cara de sorpresa, siguió explicándole:

—No sé, pensé que eras un cerebrito.

—¿Un cerebrito? No creo que los cerebritos se dediquen a llamar, acosar y decirles a las desconocidas que quieren arrancarles las bragas a bocados. —Ella volvió a carcajearse.

—Lo que no hace un chico como tú, tan apuesto, atractivo y con ese cuerpo, es acosar desesperadamente por teléfono a las desconocidas, por esa misma razón pensé que eras feo y que esa era tu manera de ligar.

—Visto de ese modo puede que tengas razón, pero, si creías que era feo, ¿por qué me seguiste el juego?

—Porque me gustaba hablar contigo. Bueno, ¿y tú?

—¿Yo qué?

—¿Te he decepcionado? ¿Esperabas otra cosa?

—Tú eres perfecta, tal y como te imaginé.

—¡Ooohh, por favor! Si sigues diciéndome estas cosas me voy a quedar aquí para siempre.

—Entonces no dejaré de hacerlo. Lo que nunca me imaginé es que pudieras ser tan alta. ¿Cuánto mides?

—Un metro setenta y cinco.

—Mucho, para ser mujer.

—Mi padre mide casi dos metros…

—¡Joder!, yo también. ¿Qué es? ¿Jugador de baloncesto?

—Y mi madre fue modelo —añadió con rapidez para no seguir hablando de su padre—, y mide casi un metro ochenta.

—¡Vaya! Con razón eres tan alta. ¿Fue qué quiere decir? ¿Ya no es modelo?

—No, lo dejó hace bastante tiempo.

—¿Era conocida? ¿Salía en las revistas?

—¿Por qué no me besas y nos olvidamos de mis padres?, no quiero hablar de ellos.

Volviéndose a poner encima de ella la besó nuevamente con mucha pasión y mientras lo hacía le quitaba la camiseta, entonces no pudo evitar echarse a reír.

—Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes? ¿Y de que te ríes?

Ricardo cogió la goma de su tanga que aún le colgaba de la cintura y tiró de ella.

—Lo rompí.

A Raquel le dio la risa, pero inmediatamente se le cortó al escapársele la goma a Ricardo y sentir un pequeño latigazo en su cintura.

—¡Aaauuu!

—Lo siento, se me ha escapado.

—No importa, olvídate de ese tanga y sigue donde te has quedado.

—Está bien, ¿y dónde me he quedado?

Raquel lo atrajo hacia ella y empezó a besarlo con mucha lujuria, Ricardo terminó de quitarse la ropa para poder sentirla completamente desnuda contra su cuerpo. Sus manos acariciaban sus pechos, unos pechos perfectos, duros, redondos, firmes y bastante voluminosos, unos pechos que deseaba poder saborear, y eso fue exactamente lo que hizo, bajar muy lentamente con besos cálidos hasta ellos y, cuando se metió uno en su boca y sintió cómo su pezón se endurecía para él, un placer inmenso lo llenó y, queriéndola complacer a ella de igual forma, coló los dedos por su entrepierna atacando ese punto que ninguna mujer podía resistir, moviéndolos con mucha habilidad y consiguiendo que ella balanceara las caderas para él.

Por primera vez sentía a una mujer suya porque ella se entregaba sin reservas y sin inhibiciones, no como Mar, que todo le daba apuro y lo limitaba en la cama, pero Raquel no, a ella no le importaba que su madre estuviera dos habitaciones a la derecha. Y, al igual que él, ella no podía controlar el deseo, ya que se había entregado en esa fría pared de cristal sin importarle nada, solo ese momento tan maravilloso que habían compartido.

Incapaz de seguir deleitándose con sus pechos, porque si continuaba se derramaría sobre la sábana, decidió subir tan lentamente por su cuello como había bajado; con besos ardientes, y aún no había llegado a su boca cuando la escuchó decir casi sin aliento:

—Ooohh, por favor, Ricardo, para… Te necesito a ti… y ahora.

Mientras decía eso, le apartaba la mano de su sexo y le exigía, enredando las piernas a su cintura y empujándolo hacia ella, para que la llenara con su erección.

—Soy todo tuyo…, princesa.

Le susurró al oído, mientras entraba dentro de ella muy lentamente saboreando cada segundo de esa agradable sensación, pero una vez en su interior ya no podía ser paciente y sus embistes se volvieron fuertes, duros y veloces hasta perder la cabeza una vez más y envolverla en esa sensación de placer ilimitado.

Cuando terminaron, Ricardo se dejó caer en la cama agotado, y Raquel se recostó en su pecho.

—Ha sido maravilloso, prométeme que siempre va a ser así, que nunca vas a cambiar… Lo

siento.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó abrazándola con fuerza y besándola con ternura.

—Te estoy exigiendo algo, y tú ni siquiera te habrás planteado tener una relación seria conmigo.

—¿Por qué eres tan tonta? —le recriminó con cariño y una sonrisa—. He ido a por ti, te he traído a mi casa con mi madre, te he hecho el amor en el salón, en mi cama y aún tengo ganas de seguir haciéndotelo en cada rincón de esta casa. —Con ese comentario la hizo reír—. Te he dicho que te amo. ¿De verdad crees que te voy a dejar escapar?

—Yo también te amo. —Le dio un beso tan tierno y cálido que podría derretir el Polo Norte.

—No voy a cambiar, princesa, y te juro que mi pasión por ti jamás se desvanecerá mientras tú me hagas sentir todo lo que me has hecho sentir esta noche.

—¿Dónde tienes pensado aplastarme la próxima vez? —bromeó haciéndole reír.

—Donde te pille, no me importa. —Ella se rio.

—A mí tampoco me importa.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Todas las que quieras.

—¿Cuándo cambió tu novio? Bueno, mejor tu exnovio porque ahora tu novio soy yo. —Al escucharle decir eso no pudo evitar sonreír y volvió a besarlo.

—Poco después de entrar en el equipo de baloncesto del campus el año pasado, pero es este año cuando se ha vuelto agresivo, no hace mucho.

—¿Cuántas veces te ha pegado? —preguntó acariciando suavemente su pómulo.

—Esta ha sido la segunda. La otra me dejó el ojo, como dice Rocío, a lo Rocky Balboa. Pero lleva mucho tiempo maltratándome mentalmente y no sé qué es peor: si que te peguen o que te hagan sentir insignificante y te humillen constantemente hasta tal punto que tú misma crees ser la culpable de todo lo que anda mal en esa relación, y hasta crees ser la mala y por tanto te mereces todo lo que él te hace.

—¿Ha llegado a agredirte sexualmente?

—¡No! eso nunca. —Levantó su barbilla para mirarla mientras le preguntaba.

—No me estarás mintiendo, ¿verdad?

—No, no te miento, lo juro. David podía ser muy borde, pero nunca me forzó, nunca me obligó en la cama. Además, últimamente no sé qué le pasaba porque ya no tenía ganas de estar conmigo, simplemente estaba más agresivo.

—¿Sabes si tomaba algo?

—¿A qué te refieres?

—Muchos deportistas acaban obsesionándose y tomando anabolizantes y, si no sabes cuál de ellos te tomas, puede afectarte al sistema nervioso e incluso llegar a perder la motivación.

—¿Quieres decir que los vuelve impotentes?

—Sí. Y eso los hace más agresivos.

—¡Mierda!, por eso ha cambiado tanto.

—¿Toma anabolizantes?

—Ahora que me has contado todo eso, creo que sí porque ha estado tomando pastillas que según él eran vitaminas que le había mandado su entrenador. Al principio estaba obsesionado con ser el mejor para que no le quitaran la beca, y la verdad es que verlo en la cancha es todo un espectáculo; nunca se cansa y tiene una fuerza y una energía increíbles. Por eso no entiendo que si esas pastillas te dan tanta energía cómo pueden quitarte las ganas en la cama.

—Porque te fortalecen los músculos y te dan energía, pero te quitan el apetito sexual y te

vuelven irritable y agresivo.

—¡Vaya! Nunca lo hubiera imaginado.

—Saber que las pastillas son las culpables de lo que le está pasando no te hará cambiar de parecer sobre él, ¿verdad?

—No, nunca podré perdonarle lo que me ha hecho, aunque esas pastillas le hayan obligado a cambiar, él sabía lo que hacía y debió dejarlas si le provocaban actuar así. Sin embargo, tendré algo que agradecerle.

—¿Qué?

—Que gracias a todo lo que ha pasado nos hemos conocido porque, si a mí me hubieran seguido yendo bien las cosas con él, tú simplemente hubieras sido una llamada equivocada y ahora no estaríamos aquí, y no hubiéramos tenido esta loca y maravillosa noche, ¿no crees?

—Sí, lo creo, y yo también se lo voy a tener que agradecer. —Volvieron a besarse y después él no pudo evitar preguntarle—: ¿Por qué en todo este tiempo no has acudido a tus padres? ¿No te hablas con ellos?

—¡Ooohh, no, no es eso! Si mi padre se entera de esto, David es hombre muerto.

—Es lo más normal, yo mataría al hijo de puta que maltratara a mi hija.

—Yo no puedo meter a mis padres en esto.

—¿Por qué?

—Es complicado, mi padre es una persona pública y la prensa está esperando la más mínima equivocación por su parte para hundirlo, y yo no estoy dispuesta a meterlo en un lío como este. Cuando me dijiste que eras periodista, ¿yo qué te dije?

—Que tu padre odiaba a los periodistas. Y, ahora que lo pienso, será mejor que no juntemos a mi madre con tu padre.

—¿Por qué?

—Porque mi madre es periodista y muy peligrosa. Cuando tiene una noticia entre manos no para hasta exprimirla y sacarle hasta la última gota.

—¡Mierda!, entonces será mejor que no se conozcan porque estoy segura de que mi padre va a odiarla.

—Entonces no podremos presentarlos hasta que no sea estrictamente necesario.

—Sí.

—¿Y vas a decirme quién es tu padre?

—No. Porque si lo hiciera perderías todo el interés por mí y dejaría de ser Raquel para pasar a ser la «hija de…». Siempre me pasa lo mismo con los chicos cuando se enteran de quién es.

—Eso no te va a pasar conmigo porque, la verdad, me importa bien poco quién sea, lo único que me interesa de él es su preciosa hija. —Con ese comentario consiguió una fantástica sonrisa de ella—. Además, te voy a hacer una promesa, solo estaré interesado en conocerle cuando tenga que pedirle la mano de su hija en matrimonio.

—¡Vaya! Eres un chico muy tradicional.

—Cuando quieres algo tienes que hacer bien las cosas, ¿no crees?

—Sí.

—Ahora creo que será mejor que me vaya a mi habitación, tendremos que dormir, aunque sea un poco, son las cuatro y media.

—Solo si me das un beso que pueda saciarme hasta que nos veamos por la mañana. —Sonrió.

—Creo que, si hago eso, no podré marcharme, sino más bien me entrarán ganas de hacerte el amor una vez más.

—Tendremos que correr ese riesgo —citó devorando su boca provocando de nuevo entre los

dos las ganas de amarse.

Cuando terminaron una vez más de hacer el amor, Ricardo se despidió con un beso y se marchó a su habitación; feliz, cansado, pero sumamente enérgico, como si estar con ella fuera para él tomar doble dosis de anabolizantes, así que no podía entender cómo el estúpido de su exnovio podía cambiarla por esas porquerías.



Capítulo 21

Ricardo se despertó y se metió en la cocina para prepararle el desayuno a Raquel, enseguida encontró una nota de su madre escrita en un pósit pegada en la puerta de la nevera, ya que ella se levantaba muy temprano para irse a trabajar. Al leerla, una sonrisa se dibujó en su cara, su madre siempre conseguía hacerle sonreír, incluso con una simple nota.

Buenos días, cariño.
Espero que hayáis dormido bien,
aunque no creo que demasiado.
Después de todo lo que pasó ayer
supongo que no estaréis para ir a la universidad.
Besos, cuida de nuestra invitada.
Qué tonta, no sé cómo se me ocurre decirte eso,
¿con quién va a estar mejor que contigo?
Ahora, he de irme.
P.D.: Es muy bonita, pero tómatelo con calma.
UN BESO.

Con la bandeja del desayuno entró en la habitación de Raquel, dejándola sobre la mesita de noche. Abrió la persiana para que entrara el sol y después se tumbó a su lado despertándola con besos suaves y cálidos por los hombros, subiendo por su cuello lentamente hasta llegar a su boca, donde ella lo recibió con una sonrisa y un beso.

—Buenos días. ¡Uuummm! Huele muy bien.

—Buenos días, princesa, espero que te guste el café y las tostadas con aceite y sal, ¡ah! Y te he preparado un zumo de naranja recién exprimido.

—Me encanta, pero si sigues cuidándome así no querré volver a mi apartamento.

—Pues no lo hagas, aquí siempre tendrás un sitio.

—No sé qué pensará tu madre de eso.

—Mi madre me ha dejado escrito en un pósit que cuide de nuestra invitada, así que tenemos su bendición.

—¿Tu madre se imaginará que ayer hicimos de todo menos dormir?

—Por lo que decía la nota, sí.

—¡Hostias! Qué vergüenza.

Mientras hablaban él se sentaba a su lado colocando la bandeja entre los dos.

—No te sientas mal, mi madre es una mujer moderna y no se asusta fácilmente.

—¿Tus padres están divorciados? ¿Tienes relación con tu padre?

—No sé quién es, nunca lo conocí.

—¿Por qué?, ¿murió antes de que nacieras?

—No. Mi madre nunca habla de él, lo único que sé es que es un hombre casado y que por eso nunca pudieron estar juntos y, cuando se enteró de que estaba embarazada, él eligió a su familia.

Eso es todo lo que mi madre me ha contado de él.

—Vaya, lo siento. Tiene que ser duro no saber quién es tu padre.

—Sí, es como una espinita que tengo clavada aquí. —Puso la mano en el corazón—. Pero, por más que desee averiguarlo, no puedo.

—¿Por qué?

—Porque mi madre se pone muy triste cuando intento sacar el tema, así que he llegado a darme por vencido.

—Yo no podría vivir sin ninguno de los dos. Mis padres han intentado divorciarse varias veces, pero al final vuelven a reconciliarse gracias a mí.

—¿A ti? ¿Por qué?

—Mi padre me adora y, cuando le digo que no puedo estar sin él y que necesito que regrese a casa, acaba volviendo.

—Y, cuando lo hace, ¿él y tu madre son felices?

—Si no lo son, lo disimulan muy bien porque yo los veo encantados. Pero, bueno, dejemos de hablar de ellos y terminemos de desayunar porque todo está muy bueno, sobre todo este zumo de naranja recién exprimido. —Levantó el vaso chocándolo con el de él como en un brindis.

—Claro, lo he hecho con todo mi amor y solo para ti.

—Con razón está tan bueno —le alabó con un beso muy tierno en los labios.

Cuando terminaron de desayunar, Ricardo puso la bandeja en la mesita de noche otra vez y al mirar a Raquel sonrió, tenía en la comisura de los labios aceite de las tostadas.

—¿De qué te ríes? —preguntó al ver su gesto.

—No te muevas.

—¿Qué pasa?

Ricardo acercó la boca a la suya.

—Tienes aceite. —Pasando la lengua por la comisura de sus labios le susurró—: Déjame ser tu servilleta. —A ella le dio la risa.

—Creo que aquí también tengo aceite —le provocó con una voz muy sensual poniendo su dedo en la otra parte de su boca.

—¡Uuummm! —Mientras gemía su lengua recorría primero su labio inferior y después el superior hasta llegar a su dedo para susurrarle—: Sí, creo que sí.

Ella, sin poder soportar más esa dulce sensación, abrió la boca invitándolo a entrar, y él se apoderó de ella como si fuera el manjar más delicioso del mundo. Sus besos eran insaciables, como si nunca se hubieran besado, y esa sensación provocaba en ella un deseo descontrolado. De repente, él se levantó de la cama de golpe.

—¿Qué te pasa? ¿Dónde vas? —preguntó preocupada.

—Vuelvo enseguida, no te muevas.

Raquel estaba confusa y pensaba que había hecho algo mal para que él saliera despavorido; pero, cuando lo vio aparecer corriendo y tirarse en la cama sobre ella con una sonrisa de oreja a oreja, el temor desapareció.

—No vuelvas a dejarme así, me has asustado.

—Lo siento, pero es que ayer ya fuimos bastante irresponsables y será mejor que no nos arriesguemos más. —Le enseñó la caja de preservativos—. Creo que teniéndote cerca voy a tener que llevarlos puestos porque haces que pierda el control y se me olvida hasta usarlos, como ayer.

A Raquel le dio la risa y, cogiéndole la caja de entre las manos, sacó uno y mientras abría el envoltorio, colaba la mano por dentro de sus calzoncillos agarrando su erección, al mismo tiempo que él se terminaba de quitar la ropa y la oía decir muy provocativa:

—Entonces tendré que asegurarme de que los llevas puestos.

Ricardo creía haber muerto y estar en el paraíso cuando sintió las manos de Raquel acariciar su erección colocándole el preservativo, tumbado y disfrutando de las caricias que ella le regalaba de buena mañana. Una vez en su sitio, se sentó encima de él quitándose la camiseta y, sin soltar su erección, la introdujo dentro de ella con mucha suavidad, para después balancearse lentamente disfrutando de ese momento. Mirándolo a los ojos lo veía disfrutar de cada uno de sus movimientos. Esa sensación de poder, de llevar el control, le gustaba y sus contoneos se volvían más sensuales.

Ricardo pensaba que esa mujer quería enloquecerlo y lo estaba consiguiendo, verla moverse encima de él era increíblemente placentero y cómo sus pechos danzaban para él era una hermosa visión, así que sin control alguno sus manos llegaron hasta ellos para acariciarlos con maestría, consiguiendo que Raquel acelerara el ritmo, al mismo tiempo que posaba sus manos sobre las de él en sus propios pechos y, justo cuando creyó que ya no podía aguantar más, le habló con la voz ronca de deseo.

—¡Ooohh, princesa, me estás matando!

Raquel sintió cómo su corazón se aceleraba al oírle decir exactamente las mismas palabras que ella le había dicho la noche anterior, cuando creyó que moriría de placer aplastada contra los ventanales. Satisfecha por provocarle la misma sensación, terminó llevándolo hasta la cima junto a ella para después dejarse caer sobre su pecho, agotada.

—Me gusta saber que tú también puedes llegar a morir de placer entre mis brazos.

—Si pudiera elegir mi final sería este…

—No digas eso.

—Pero dentro de ochenta años, no me has dejado terminar la frase. —Raquel no pudo evitar reírse al oírle decir eso.

—¿Te ves dentro de ochenta años conmigo haciendo el amor como posesos? —le preguntó divertida.

—Lo que ya no me veo es sin ti, princesa. —Con esas palabras consiguió dejarla embobada una vez más, así que lo besó con mucha pasión.

—Te amo.

—Yo más.

—No, yo más. —Se incorporó quedándose sentada encima de él.

Ricardo no pudo evitar reírse a carcajadas al verla encima de él con ese tanga aún colgando de su cintura.

—¿Te lo vas a dejar para siempre ahí? —añadió divertido tirando de nuevo de él. Ella lo miró y se rio a carcajadas también.

—Ni me acordaba de él. —Ricardo volvió a soltar la goma, pero esa vez con más suavidad—. ¡Aaauuu! —gritó ella de nuevo sonriendo

—Déjatelo puesto, te queda muy bien.

—Igual invento una nueva moda.

—Creo que a todos los hombres les gustaría arrancar esa pequeña tira para que sus novias fueran a la moda como tú.

Se incorporó y volvió a besarla tumbándola en la cama y poniéndose encima de ella, pero justo en ese momento el móvil de Raquel empezó a sonar y ella, al escuchar la melodía, se puso tensa. Ricardo, al sentir la tensión en todo su cuerpo, sabía quién estaba al otro lado de la línea.

—Es él, ¿verdad?

—Sí. —Cuando lo vio levantarse de la cama bruscamente y quitarse el preservativo con cara

de pocos amigos, le pidió asustada—: Por favor, no te enfades, si no quieres que conteste no lo haré.

Ricardo, al ver el miedo en sus ojos, se sentó a su lado y le preguntó tranquilamente para que dejara de mirarlo de esa forma:

—No estoy enfadado contigo, me pone de mala leche saber que te está llamando, no tiene nada que ver contigo. ¿Tú quieres contestar? ¿Quieres hablar con él?

—Necesito hablar con él.

—¿Quieres que te deje sola?

—No. —Mientras hablaban el móvil había dejado de sonar—. Parece que ya no necesito cogerlo.

—Volverá a llamar —nada más decir esas palabras la misma música volvió a sonar—. Lo sabía. —Mirándola a los ojos le dijo muy serio—: Vamos, contesta.

—¿Qué quieres? —preguntó muy seria cuando descolgó.

—Por fin. ¿Qué coño hacías? Bueno, no importa. ¿Por qué no me abres la puerta? Estoy aquí abajo, ábreme.

—No estoy en casa.

—¡¿Y dónde coño estás?!

—David, no te quiero volver a ver, no quiero que vuelvas a buscarme, entre nosotros todo se ha terminado.

—¿Estás cortando conmigo?

—Sí, y esta vez no pienso perdonarte, así que no insistas.

—¡Tú no vas a dejarme!, ¡¿te queda claro?! Estás con ese Ricardo, ¿verdad? Pues que sepas que voy a partirle en dos.

—David, no quiero que te acerques a él y no voy a decirte quién es.

—No me importa, lo averiguaré, y te juro que se va a arrepentir de acercarse a mi novia.

—David, yo ya no soy tu novia, no después de lo que me hiciste ayer.

—¡¡Tú eres mía y eso nunca va a cambiar!!

Ricardo la observaba pacientemente intentando no meterse en esa conversación, pero verla temblando y llorando era superior a él, así que cuando escuchó a ese estúpido gritarle esas palabras, incluso con el auricular pegado a la oreja de ella, no pudo seguir soportando más esa situación que sabía que nunca tendría fin, ya que ese gilipollas no sabía reconocer cuando una mujer decía «¡NO!». Por lo que, sin poder seguir mirando cómo Raquel intentaba hacerle entrar en razón sin ningún éxito, le arrancó el móvil de las manos y le gritó muy enfadado a David:

—¡¡Si vuelves a llamar a Raquel, si vuelves a molestarla, si vuelves a acercarte a ella y, sobre todo, si vuelves a tocarla, juro por Dios que te mataré!!

—¡Vaya! Así que tú eres Ricardo, ¿verdad? ¿Esa puta está contigo? ¿Te la has tirado?

—Lo que Raquel haga de ahora en adelante no es asunto tuyo.

—¡¡Sí es asunto mío, ella es mi novia y me pertenece!!

—Raquel es libre de elegir con quién quiere estar y ya te ha dejado bien claro que no te quiere volver a ver.

—¡Aaahh, claro! Y te ha elegido a ti, ¿verdad?

—Sí, me ha elegido a mí.

—¿Y de verdad crees que voy a quedarme tan tranquilo? ¿Que os voy a dejar felices y contentos como si nada?

—No tienes elección y, si quieres desahogarte con alguien, ¿por qué no lo intentas conmigo? Esto ahora es entre tú y yo, y si tan valiente eres me darás la satisfacción de poder partirte la cara

como tú has hecho con ella. ¿O solo eres capaz de pegar a las mujeres?

—No te tengo miedo y para mí será un placer partirte las piernas, voy a hacer que te arrepientas de tocar a mi chica.

—Raquel ya no es tu chica, ahora es la mía. ¿Dime cuándo y dónde quieres que nos veamos?

—En una hora en la cancha de baloncesto. Si te atreves a venir te demostraré por qué Raquel siempre será mía.

—Allí estaré.

Cuando Ricardo colgó, Raquel seguía llorando tumbada en la cama, se había puesto la camiseta y la retorcía entre sus dedos. Él se tumbó a su lado y la abrazó con fuerza diciéndole suavemente al oído para tranquilizarla:

—Vamos, princesa, no llores.

Raquel se abrazó fuerte a él y le suplicó:

—Por favor, no vayas, no quiero que te enfrentes a él. Por eso no quería involucrarte en mi vida, él nunca me va a dejar tranquila. No me importa si tengo que volver con él, pero no quiero que te haga daño.

Ricardo levantó su barbilla para mirarla a los ojos y limpiarle las lágrimas con suavidad.

—¿Confías en mí?

—Sí, cla… claro que sí, pero… —Él, poniendo el dedo índice en su boca, la hizo callar.

—Preferiría estar muerto a que volvieras con ese degenerado, y te juro que después de que hayamos hablado no volverá a tener ganas de maltratar a otra chica en toda su vida.

—Pero ¿y si eres tú el que sale malherido?, no… no podría soportarlo. Te estará esperando y lo hará con todos sus amigos.

—No importa, yo voy a ir con los míos.

—Ricardo, eso no me tranquiliza.

—Y, si te prometo que voy a volver sin un rasguño, ¿eso te tranquilizaría?

—Sí, pero ¿cómo puedes estar tan seguro?

—Nunca rompo mis promesas, princesa, y te prometo que ese gilipollas no va a tocarme ni un pelo. Ahora voy a darme una ducha, tengo que irme. —Mientras se incorporaba llamó a Pedro—. Hola, tío. Os necesito a ti y a los chicos del gimnasio. ¿Crees que podrías conseguir que fueran al campus en una hora?

—¿Por qué? ¿Qué te pasa? —Cuando Ricardo lo puso al día de todo lo que había pasado, Pedro inmediatamente le aseguró—: No te preocupes, allí nos vemos, y estaré encantado de partirle la cara a ese hijo de puta.

—¡No! Esto es entre él y yo, a vosotros solo os quiero por si sus amigos deciden intervenir en la pelea, ¿está claro?

—Está bien, no moveremos un músculo si esos gilipollas se quedan quietecitos. Así que por fin la has conocido. ¿Y cómo es?

—Preciosa y perfecta, tal y como la imaginé.

—Eres un tío con suerte, nos vemos en el campus.

—Hasta luego.

Cuando Raquel le escuchó decir eso, el corazón empezó a acelerarse dentro de su cuerpo. Raquel no había dejado de seguirlo por toda la casa para poder escuchar lo que decía y, cuanto más hablaba él, más se enamoraba ella y se preguntaba: ¿Qué había hecho para merecer a un hombre como él? Un hombre capaz de protegerla y de amarla como nunca creyó que pudiera sentir. Ahí estaba, preparando las cosas para ducharse y hablando con su amigo para que reuniera refuerzos con la intención de ir a librar una lucha que no le correspondía. Ni siquiera se le veía

preocupado por ir a enfrentarse a ese animal, sino todo lo contrario; parecía de lo más tranquilo.

—¿Por qué me persigues? —le preguntó cuando colgó el móvil—. ¿Quieres compartir la ducha conmigo?

—¿Puedo? —añadió con una sonrisa.

—Pues claro, tonta. —Ella se quitó la camiseta y por fin ese tanga que aún colgaba de su cintura mirándolo con picardía y haciéndole reír—. ¿Ya te has cansado del modelito?

—No, pero este color ya está pasado de moda, tendrás que volverme a romper otro para que pueda lucirlo de nuevo.

—¡Uuuy! No me tientes, princesa, o te quedarás sin tangas —dijo con una sonrisa socarrona mientras le ofrecía la mano para que entrara con él y cerrar la mampara—. Eso sí, no me provoques porque tengo que irme.

—Y, si consiguiera hacerlo, ¿te quedarías conmigo y olvidarías ese enfrentamiento? —le habló volviendo a acariciar su erección.

—¡Uuummm! No me hagas esto, princesa, porque puedo ser muy rápido y podría darme tiempo a todo.

—No quiero que vayas, Ricardo. —Ella no dejaba de provocarlo, acariciándolo con mucha energía y besando su pecho—. Quédate conmigo.

—No puedo, mis amigos estarán allí y necesito partirle la cara a ese gilipollas. Pero tú te lo has buscado.

Dándole la vuelta de golpe, y pegándose a su espalda, le abrió las piernas penetrándola por detrás, volviéndola a aplastar, pero esa vez contra la mampara. Pasando el brazo por su cintura la sujetó con fuerza, moviéndose con rapidez dentro de ella, y con el otro brazo rodeaba su cuello, agarrándole la barbilla para levantarla y girar su cabeza hasta conseguir poder devorar su boca. Mientras la poseía con fuerza, ella se agarraba a su brazo para no terminar aplastada de verdad entre él y la mampara.

—Lo siento…, no quería ser tan bruto —se disculpó recuperando el aliento cuando terminó.

—¡Uuummm! Me encanta tu brutalidad —comentó ella volviéndolo a besar.

—Raquel…, para…, estate quieta. —Apartándola con cuidado le sonrió—. Me pasaría toda la vida haciéndote el amor, pero ahora he de marcharme. Cuando vuelva si quieres seguimos amándonos por cada rincón de la casa antes de que venga mi madre, ¿vale?

—Vale, si cumples tu promesa y vuelves sin un rasguño, seré toda tuya, y no me importará dónde quieras que sea. Pero, eso sí, si vuelves golpeado no volverás a tenerme.

—¡¿Nunca?! —preguntó preocupado.

—Por lo menos hasta que se me pase el enfado. —Se rio al ver su cara.

—No sé cuánto te duran los enfados, así que vendré sin un rasguño —aseguró consiguiendo una sonrisa de ella—. Disfruta del baño y no te pongas mucha ropa, volveré enseguida.

Nada más decirle eso volvió a besarla, se duchó muy deprisa y salió cerrando la mampara dejándola dentro, se arregló rápidamente y se fue, pues ya se le hacía tarde.

Raquel se quedó dentro cayéndole el agua por encima y maldiciendo no haber podido convencerlo para que no acudiera a esa cita, sin darse cuenta rezaba para que nada le pasara.



Capítulo 22

Cuando Ricardo llegó al campus, todos los del gimnasio estaban allí, no eran amigos de salir de marcha a todas horas, excepto Pedro, con los demás solo compartía las horas de entrenamiento, tras lo cual se tomaban una cerveza y cenaban juntos todos los viernes. Pero él sabía que si alguna vez los necesitaba allí estarían, como acababan de demostrarle en ese instante, pues todos estaban esperándole impacientes.

—Gracias por venir, tíos —dijo nada más verlos.

—¿A quién tenemos que machacar? —preguntó uno de ellos.

—Sí. Tú solo dinos quién es, y se llevará un bonito recuerdo de parte de todos —aseguró otro.

—Gracias, chicos, pero no quiero que os metáis en follones por mí.

—Si se meten contigo, se meten con nosotros.

—Gracias, gracias, pero no quiero que intervengáis si no es necesario. Si sus amigos intentan meterse por medio, entonces podréis hacerlo.

—Sí, ya lo sabemos, Pedro nos ha puesto al tanto, pero ganas de partirle la cabeza a ese cabrón no nos faltan y más tratándose de tu novia. ¿Cómo está?

—Está bien, y precisamente por eso ese cabrón es mío.

—Lo entendemos, y también estamos seguros de que le darás su merecido —indicó Pedro—. Ese gilipollas no sabe con quién se está metiendo, de todos nosotros eres el mejor, así que el pobre lo tiene claro.

—Será mejor que nos vayamos o si no van a creer que me he rajado.

Todos juntos se dirigieron hacia la cancha de baloncesto y cuando entraron, cómo no, estaban los doce jugadores esperándolos.

—Vaya, has venido acompañado, ¿tenías miedo a venir solo? —preguntó David con sarcasmo al verlos aparecer.

—No, solo que estaba seguro de que tú no lo harías —soltó Ricardo con mirada de hielo.

—¿Así que tú eres Ricardo? —le enfrentó David con el mismo frío en sus ojos.

—¿Y tú debes de ser el cabronazo que se divierte golpeando a chicas indefensas?

—Sabes que os ganamos en número, ¿verdad? Solo sois siete.

—Seremos menos que vosotros, pero seguro que mejores —alardeó Pedro.

—¿Y eso cómo puedes saberlo, gilipollas? —preguntó uno de los amigos de David muy gallito.

—Cuando queráis os lo demostramos —contestó uno de los de Ricardo igual de arrogante.

—No tenéis ni media hostia por más que nos ganéis en número —corroboró otro amigo de Ricardo.

Ricardo, al ver que la cosa entre todos se estaba calentando, gritó para evitar que se liaran a palos.

—¡¡Ya basta!! —Y, dirigiéndose a David, añadió—: Esto es entre tú y yo, ¡¿recuerdas?! ¿O

prefieres seguir escudándote detrás de ellos?

—Cuando estés preparado puedo empezar a desfigurarte la cara, ¡capullo!

—Antes quiero dejar clara una cosa.

—¿Ya te estás echando atrás? No sé qué puede ver Raquel en ti, eres un cobarde.

—No voy a echarme atrás, solo quiero hacer una apuesta contigo.

—¿Una apuesta?

—Sí, una apuesta. Nunca he apostado, pero contigo voy a hacer una excepción…

—¿Por qué nunca has apostado? —le preguntó David sorprendido, ya que a esa edad el que más o el que menos siempre lo hacía.

—Porque una mujer sabia me dijo que toda apuesta tiene sus consecuencias y que no vale la pena arriesgarse. —Esa mujer a la que se refería era su madre—. Pero creo que por Raquel vale la pena, ¿no crees?

—Sí, pero vas a perder, que lo sepas.

—Eso ya lo veremos. Si gano no volverás a acercarte a ella nunca más en tu vida y si pierdo seré yo el que me aleje. ¿Aceptas la apuesta?

—Si gano, ¿Raquel volverá a ser mía?

—Eso dependerá de ella, yo solo me alejaré. Y sé lo mucho que te molesta que ella esté conmigo, así que no puedes rechazar esta oferta.

—Está bien, entonces ya puedes ir despidiéndote de ella.

Ricardo se puso en guardia con los puños mientras esperaba a que David atacara. Cuando este, enfurecido, se dirigió hacia él con intención de golpearle la cara, Ricardo lo esquivó sin problemas y al mismo tiempo le metió un derechazo en las costillas, dejándolo doblado por el dolor.

Todos sus amigos empezaron a silbar y a animarlo, mientras los jugadores de baloncesto y el mismo David se habían quedado pasmados ante aquel ataque.

—¡Eso es, campeón, demuéstrale lo que vales! —exclamó uno de ellos.

—¡Haz que se trague sus palabras! —animaba otro.

—¡Demuéstrale lo que les pasa a los capullos que maltratan a sus chicas, déjale la cara como un mapa, así se lo pensará dos veces antes de volver a pegar a una mujer! —esa vez era Pedro el que gritaba.

Cuando Ricardo empezó a bailar como un boxeador a su alrededor, David se dio cuenta del error que acababa de cometer.

—¡Vamos! ¿Tan pronto te rindes?, vas a soportar menos dolor del que eres capaz de dar a tu novia cuando estás enfadado. ¿No vas a demostrarnos a todos lo macho que eres?

Ricardo no paraba de provocarlo porque tenía la necesidad de seguir castigándolo por lo que le había hecho a Raquel, pero no era capaz de golpear a un hombre que no lo atacara, por eso se burlaba de él.

David se levantó furioso por las burlas y, cuando arremetió contra él, le dio otro derechazo en la cara partiéndole el labio con tanta rapidez que ni si quiera lo había visto venir.

—¡Hijo de puta! —gritó David escupiendo sangre por la boca.

—¡Joder, es un puto boxeador! —le indicó uno de sus amigos levantándolo del suelo—. ¿Lo sabías?

—¡Cómo coño iba a saberlo! —contestó furioso.

—Ríndete o te destrozará.

—Sí, ríndete y así podré volver a casa con Raquel, que me está esperando.

Ricardo sabía qué palabras utilizar para provocar su furia y así poder seguir escarmentándolo,

ya que si se rendía no podría seguir zurrándole.

—¡¡Voy a matarte, malnacido!! —gritó enloquecido David volviendo a embestirle desenfrenado y sin control.

El siguiente puñetazo lo dejó sin aire, pues fue dirigido a la boca del estómago, pero antes de que pudiera caer al suelo le volvió a dar otro en la nariz rompiéndole el tabique nasal, casi sin sentido cayó al suelo con la respiración cortada por el golpe en el estómago y chorreando sangre por la nariz retorciéndose de dolor.

Ricardo se agachó para agarrarlo de los pelos.

—¡Basta!, ¿quieres matarlo? —le gritó uno de sus amigos.

—No, pero solo de él depende. —Agachándose le dijo bajito y al oído para que nadie lo oyera —: Con esa apuesta te he dado la oportunidad de quedar como un hombre delante de tus amigos al cumplir tu promesa de no acercarte a Raquel. Pero, si aun así no la cumples, esto que te acaba de pasar no tendrá comparación con lo que puedo hacerte si vuelves a acercarte a ella. Te aconsejo que vayas a un hospital para que te pongan el tabique en su sitio y, cuanto antes lo hagas, mejor para ti. Puedes decir que te lo has roto de un pelotazo. —Soltándolo bruscamente se levantó y les dijo a sus amigos—: Será mejor que nos vayamos, aquí ya no hay nada que hacer.

Mientras se alejaba oía a uno de los chicos.

—¡Joder!, ¿os habéis dado cuenta de cómo le ha partido la nariz como si fuera de plastilina? Que tío más bestia.

—Anda, vamos a levantarlo y a llevarlo a un hospital —propuso otro—, y por la cuenta que te trae será mejor que no vuelvas a acercarte a Raquel. Olvídala ya de una puta vez, esa tía no te conviene.

Todos los amigos de Ricardo se acercaron a él vitoreándole.

—Sabía que ese tío no te duraría un asalto —aseguraba Pedro pasando el brazo por los hombros de su amigo.

—Sí, no sé para qué hemos venido, tú solito hubieras podido con todos esos gilipollas —soltó uno de ellos.

—Bueno, bueno, tampoco seáis tan exagerados. Solo espero que le sirva de escarmiento y no vuelva a acercarse a Raquel.

—Después de la que ha recibido estaría loco o sería un suicida si se atreviera —afirmó otro de ellos mientras salían a la calle.

—Vamos a tomar algo e invitas tú que, encima que nos has hecho venir, no nos has dejado partirle la crisma a ninguno —bromeó otro consiguiendo que todos se rieran.

—Os agradezco mucho que hayáis venido y sobre todo vuestro apoyo, pero no puedo ir, tengo que volver a casa, Raquel debe de estar de los nervios. Os juro que el viernes que viene, después del gimnasio, yo pago todas las copas, ¿vale?

—Está bien, anda, vete con tu chica —lo animó Pedro—, estoy deseando conocerla.

—Lo harás, pero no este fin de semana. Primero déjame conocerla a mí, ¿vale?

Al oír eso, todos se quedaron mirándolo muy extrañados.

—¿Acabas de partirle la cara a ese capullo y ni siquiera conoces a esa chica? —preguntó uno de ellos.

—Sí la conozco, pero es un poco largo de explicar. Preguntadle a Pedro, él sabe toda la historia, yo tengo que marcharme. Hasta luego y gracias, tíos.

Todos lo despidieron con un saludo e inmediatamente empezaron a hacerle preguntas a Pedro sobre esa chica tan misteriosa por la cual Ricardo era capaz de pegarle una paliza a un desconocido.

***

Cuando Ricardo entró por la puerta, Raquel se le tiró a los brazos preguntándole nerviosa:

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño? ¡Ooohh, Dios mío! Han sido las horas más largas de toda mi vida.

—Estoy bien, tranquila, ni siquiera me ha tocado.

Raquel se apartó de él y lo examinó comprobando si le decía la verdad o era solo para que no se sintiera mal, pero por más que lo miraba no encontraba ninguna marca en él.

—¿No os habéis peleado? —preguntó extrañada—. ¡Gracias a Dios!

—No exactamente.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que sí ha habido pelea, pero yo te hice una promesa, ¿recuerdas? Y ya te dije que nunca rompo mis promesas.

Ella asintió con la cabeza, demasiado confusa para hablar, pensaba que él estaba tomándole el pelo, pero de pronto cayó en el significado de sus palabras.

—¿Y David ha recibido algún golpe?

—Sí, y te puedo asegurar que no se le ocurrirá nunca más volver a acercarse a ti.

—¿Qué le has hecho?

—Le he partido el labio, la nariz y estoy seguro de que tendrá ardor de estómago durante un par de días, ¡ah!, y dolor de costillas.

—¿Quién eres? ¿Bruce Willis? —le preguntó con una sonrisa—. No puedo creer que tú le hayas dado esa paliza y que no tengas un solo rasguño.

—Bruce Willis siempre acaba apaleado —al decir eso ella sonrió, pero lo siguiente que dijo le borró el gesto de golpe—, yo solo tengo los nudillos un poco doloridos.

—Déjame verlos —le pidió preocupada cogiendo sus manos.

—No es nada.

Cuando los vio todos colorados se los llevó a la boca y los besó uno por uno. Después, sin decir nada, lo arrastró hasta la cocina, lo obligó a sentarse en una silla y sacó hielo del congelador envolviéndolo en un trapo de cocina para sentarse encima de él y ponérselo con cuidado sobre las magulladuras.

—¿Te duele?

—No.

—¿Cómo has podido darle esa paliza y que él no te haya devuelto ni un solo golpe? Lo normal es que siempre sea él el que golpea, no el que reciba.

—¿Recuerdas que te dije que iba al gimnasio?

—Sí y tus amigos también. ¿Ellos lo han sujetado y sus amigos no han hecho nada por él? —preguntó extrañada haciéndole reír.

—No, tonta —dijo cariñosamente riendo por su comentario y por su expresión de incredulidad —. Yo nunca golpearía a un hombre indefenso por más que se lo mereciera.

—Ah, ¡ya sé!, practicas kárate o algo parecido. No, ¿eres un ninja?

Ricardo se carcajeó y no pudo evitar besarla.

—No. Solo llevo más de ocho años practicando boxeo y me encanta.

—¡Ahí va! Como Rocky Balboa.

—Más o menos.

—¿Participas en peleas?

—A veces.

—¿Podrías dejarlo por mí?

—¿Por qué? —preguntó extrañado.

—Porque no podría soportar ver cómo te usan de saco en un combate.

—Yo suelo devolver los golpes y no lo hago nada mal.

—Ya me imagino, después de todo lo que me acabas de contar, pero, aun así, no me pidas nunca que vaya a verte a una competición, ¿vale?

—Eres igual que mi madre, a ella tampoco le gusta verme boxear.

—Creo que nos vamos a llevar muy bien y, quién sabe, igual entre las dos conseguimos que cambies de deporte. Porque ya sabes que me enfadaré si te veo aparecer con un ojo morado.

Mientras hablaba se acercaba a la pila para tirar el hielo que acababa de quitarle de los nudillos. Al verla de espaldas, y simplemente con esa camiseta, no pudo evitar acercarse a ella.

—¿Ahora estás enfadada? —le preguntó con una voz muy sexi abrazándola por detrás.

—No, ¿por qué?, ¿debería estarlo?

Cuando sintió sus manos rodearle la cintura por dentro de su camiseta, recordó la conversación que habían tenido antes de irse y sonrió mientras él besaba su oreja diciéndole con voz ronca:

—Me prometiste que si volvía ileso serías mía en cada rincón de la casa donde se me antojara tenerte, no fueron exactamente esas palabras, pero algo parecido.

A ella le dio la risa, pero inmediatamente se le apagó con un gemido al sentir la mano de él contra su sexo deslizando sus dedos dentro, al mismo tiempo que con su boca le mordía el cuello con bocados húmedos y ardientes.

—Soy toda tuya, haz conmigo lo que quieras —susurró casi sin aliento.

Al oírla decir eso la volvió hacia él de un tirón y devoró su boca con posesión quitándole las bragas. Se bajó los vaqueros junto con los calzoncillos, para después subirla en la bancada de mármol, pero, justo cuando estaba a punto de penetrarla, maldijo cabreado:

—¡Joder! ¿Dónde están los preservativos?

Cuando estaba a punto de alejarse de ella para buscarlos, ella se lo impidió, aferrándose a él con las piernas y, sacando uno del bolsillo de su camiseta, se lo ofreció con una sonrisa. Mientras él se lo ponía, ella le decía acariciando su pecho por debajo de la ropa:

—Te estaba esperando y no me hubiera importado cómo hubieras llegado, igualmente sería tuya en cada rincón de este piso; golpeado o no. Aunque me encanta que le hayas dado una zurra a ese cretino y que tú estés ileso.

—Te amo, princesa —le susurró al oído entrando dentro de ella con suavidad.

—Yo a ti más —le susurró enredando los dedos en su pelo atrayéndolo hacia ella para devorar su boca.

Con movimientos firmes, pero tranquilos, le hizo el amor sobre la encimera, acababan de llegar al éxtasis cuando de repente escucharon la voz de su madre al entrar por la puerta.

—¡Hola, chicos, ya estoy en casa! —gritó Samanta para que supieran que acababa de entrar—. ¡Espero que no hayáis comido aún, traigo comida japonesa!

Los dos se pusieron de un salto en pie. Ricardo se subió la ropa con una rapidez sobrehumana, mientras Raquel se arreglaba la camiseta y recogía de encima del mármol sus bragas y el envoltorio del preservativo que Ricardo aún llevaba puesto, arrugándolo todo entre sus manos y escondiéndolo detrás de su espalda para que Samanta no viera que llevaba las bragas en sus manos en vez de en su trasero.

—Hola —saludó Raquel abochornada al ver aparecer a Samanta por la puerta de la cocina.

—No te esperábamos —citó su hijo muy agitado.

Samanta los miró y al verlos alterados, sonrojados y cortados una sonrisa se dibujó en su cara al darse cuenta de que acababa de pillarlos en una situación bastante delicada, así que, aguantando la risa, dijo con sarcasmo:

—Ya me imagino que no me esperabais tan pronto, voy a ponerme cómoda y así podréis recomponeros. Espero que te guste la comida japonesa —se dirigió a Raquel alejándose por el pasillo.

—Sí, me… me encanta. —Volviéndose hacia Ricardo apoyó la cabeza en su pecho—. ¡Ooohh, Dios mío! Nunca he pasado tanta vergüenza.

—¡Joder con mi madre! —protestó Ricardo abrazándola.

De pronto los dos se miraron y rompieron en carcajadas, Ricardo tuvo que taparle la boca a Raquel para que su madre no los oyera, y cuando dejaron de reírse se fundieron en un beso muy apasionado.

Mientras la besaba Ricardo daba gracias a Dios, pues Raquel era la mujer que él siempre había soñado; preciosa, abierta, apasionada, tanto que no le importaba ser suya donde fuera y como fuera. Ni siquiera le importaba que su madre casi acabara de pillarlos haciendo el amor en la cocina, sino todo lo contrario; se había reído con él y después lo había besado con mucha intensidad sin importarle que su madre pudiera volver a pillarlos.

Con Mar jamás hubiera podido hacer el amor sin tenerlo programado para evitar justamente lo que acababa de pasar y, si llegara a pasar algo así, no se hubiera reído con él, no, lo hubiera matado y después se habría marchado toda indignada por la situación.

—Será mejor que vaya a vestirme o si no tu madre me echará a patadas. ¿Crees que se habrá dado cuenta de lo que acabábamos de hacer?

—Sí, por eso se ha ido, para darnos tiempo y que nos recompusiéramos, como ha dicho.

—Me gusta tu madre.

—Sí, es maravillosa. Pero ahora será mejor que no la provoquemos más, ¿no te parece?

—Sí, voy a vestirme.

—Y yo a quitarme el preservativo. —Señaló con el dedo su entrepierna haciéndola reír.

—Pues entonces llévate esto. —Le puso el envoltorio del preservativo en las manos y llevándose las braguitas se marchó—. Tú sabrás mejor qué hacer con eso —comentó riendo mientras se alejaba de él.

Ricardo se fue a su habitación sonriendo y feliz por todo lo que le estaba ocurriendo desde que Raquel había aparecido en su vida.

Veinte minutos más tarde los tres estaban sentados en la mesa comiendo sushi.

—¿Pasarás el fin de semana con nosotros? —le preguntó Samanta.

—Me encantaría, pero los sábados y domingos son sagrados y tengo que ir con mis padres. Esa fue la condición que me pusieron cuando les insistí en compartir piso con mi amiga. Me dijeron que los fines de semana no había clases y que si no me veían entre semana el finde eran para ellos, y yo, como me moría de ganas de vivir con Rocío, acepté.

—Tus padres también tienen derecho a disfrutar de tu compañía —señaló Samanta mirando a su hijo—. Si Ricardo se fuera de casa, yo correría detrás de él.

Raquel no pudo evitar reírse.

—Mamá, no hagas eso. Me trata como a un niño —protestó malhumorado.

—Ay, cariño, aunque viviera mil años no dejarías de ser mi niño pequeño.

—Mamá, por favor.

—Mis padres también dicen lo mismo, sobre todo mi padre, que siempre está diciéndome que

nunca dejaré de ser su bichito. Así me llamaba cuando era pequeña y aún sigue haciéndolo.

—¿Ves?, no soy la única —apuntilló Samanta mirando a su hijo—, a ver si así dejas de quejarte. Y si no ya me lo dirás cuando tengas hijos. ¿A qué se dedican tus padres? —le preguntó a Raquel dejándola muda.

—Mamá, por favor, deja tu vena de periodista y no sigas haciéndole más preguntas.

—¡Aaay!, no seas pesado, tampoco es una pregunta muy indiscreta.

—Está bien, no importa. Mi madre dejó de trabajar hace tiempo, y mi padre tiene varios negocios.

No estaba mintiendo, pero tampoco decía toda la verdad, pues seguía sin querer que Ricardo supiera quién era su padre y mucho menos Samanta, que si lo hacía se la imaginaba sonsacándole información para poder obtener un gran reportaje.

—¡Vaya!, lo mío es de formación profesional, pero tú eres muy buena eludiendo las preguntas —bromeó Samanta haciéndoles reír.

Una vez terminaron de comer recogieron entre los tres y, cuando Samanta regresó al trabajo, Ricardo volvió a hacerle el amor en la *chaise longue* justo antes de despedirse. Raquel debía pasar el fin de semana con sus padres y aún no sabía qué inventar cuando sus padres le vieran la cara, pero algo se le ocurriría.



Capítulo 23

Habían pasado cinco semanas desde aquella noche loca cuando Rocío hizo una llamada de socorro a Ricardo para ayudar a su amiga. Todo era perfecto entre los dos hasta esa misma mañana, pues Raquel estaba metida en el pequeño cuarto de baño del apartamento que compartía con su amiga haciéndose una prueba de embarazo. Acababa de poner la muestra de orina y estaba sentada en el váter. A su lado, en el bidé, estaba Rocío. Las dos miraban el pequeño aparato sin decir nada y conteniendo el aliento. Cuando las dos rayitas color rosa aparecieron, confirmando las sospechas de Raquel, por fin soltó el aliento en un gran suspiro.

—¡Mierda! —gritó Rocío—, la has cagado, tía. ¿Cómo no obligaste a ese gilipollas a ponerse una gomita?

—No lo insultes, él no tiene la culpa.

—¡Aaahh, nooo, claro! Él no se corrió dentro de ti, fuiste tú que te hiciste una inseminación con su semen, no te jode.

—¡No seas burra, Rocío! Ahora no necesito sermones, sino que me apoyes en esto —le pidió con los ojos llenos de lágrimas.

—Está bien, está bien, lo siento. Pero me pone de mala leche que los tíos tengan tanta suerte, ellos son los que disfrutan y se lo pasan bien, y después es a nosotras a las que nos queda ese pequeño regalito que suelen dejarnos si no usan la cabeza. Aunque todas sabemos dónde tienen los tíos el cerebro, ¿verdad?

—Rocío, por favor.

—Ya, ya me callo. Y, bien, ¿qué piensas hacer?

—Voy a abortar.

—¿Estás segura? —preguntó sorprendida.

—No, pero ¿qué quieres que haga? Somos muy jóvenes, ni siquiera tenemos trabajo, y no quiero que Ricardo se sienta obligado conmigo.

—No, claro, te deja preñada, y no quieres que se sienta obligado, pues, perdona, bonita, pero que se joda, y si no que hubiera mantenido sus atributos lejos de ti.

—Tú no lo entiendes.

—Pues no, no lo entiendo, ¿puedes explicármelo?

—Pues es muy sencillo, la noche que nos vimos por primera vez fue mágica. Sin conocernos estuvimos tan atraídos el uno por el otro que ninguno de los dos pudo controlar el deseo que nos envolvía y, sí, los dos fuimos irresponsables porque no fue solo cosa suya, yo tampoco podía pensar en nada, únicamente en sentirlo mío y por eso no pusimos remedio. Pero, después de esa noche, él siempre ha sido responsable y ha usado preservativos.

—¡Ya!, pero un poco tarde, ¿no crees? —soltó de mala leche.

—Lo sé, pero ahora ya no vale la pena lamentarse, lo mejor es un aborto y ya está.

—¿Y no piensas decírselo? ¿Y si algo saliera mal? ¿Y si después del aborto nunca más puedes

volver a tener hijos como le pasó a tu madre?

—Calla, por Dios, no digas esas cosas, no tiene por qué salir nada mal, muchas mujeres abortan y no les pasa nada.

—Sí, pero tú podrías ser ese uno por ciento que siempre falla.

—¡Joder, Rocío! Eres única para dar ánimos, ¡eh!

—Yo solo quiero lo mejor para ti y lo mejor, en este caso, es que hables con Ricardo.

—¿Por qué?

—Porque es un buen tío y sabrá hacerte entrar en razón.

—Vaya, con todo lo que has dicho de él pensé que no te gustaba.

—Creo que es el mejor tío que he conocido después de mi padre, por supuesto.

—¿Cuándo vas a olvidar lo que pasó?, todos los hombres no son como ese cabrón, y si no mírame a mí, si hubiera pensado que todos los tíos son como David ahora no estaría con Ricardo. Tienes que darte una oportunidad y abrir tus puertas al amor…

—Anda, cállate, que pareces una poetisa. Y, además, no estábamos hablando de mí, sino de ti. ¿Vas a decirle a Ricardo lo del embarazo?

—No, y tú tampoco. Prométemelo.

—Te lo prometo —dijo con las manos en su espalda cruzando los dedos como hacía siempre que sabía que no podría cumplir su palabra.

—Bien, pues ahora quiero que me prometas otra cosa.

—¿Qué?

—Que me acompañarás a abortar, no creo que pueda ir sola.

—Pero qué tonta eres, ¿de verdad crees que te dejaría sola en un momento como ese?

—Gracias. —Se abrazó a ella.

—De nada. Voy a hacerte una pregunta y quiero que seas sincera conmigo.

—Sabes que siempre lo soy. ¿Qué ocurre?

—¿Tú quieres abortar? ¿Quieres deshacerte de ese bebé o lo haces solo para no forzar a Ricardo a tomar una decisión como esa?

—Si tuviese unos cuantos años más y un trabajo fijo me gustaría tener este bebé porque es de Ricardo. También me aterra abortar y arriesgar la posibilidad de volver a quedar embarazada para siempre, como le pasó a mi madre. Pero sé que ahora no es el momento, por eso prefiero no seguir hablando de este tema, por favor.

—Está bien, pues olvidémoslo, ya me avisas cuando tengamos que ir a abortar.

Raquel no pudo evitar sonreír al oírla decir eso.

—Dicho así parece que tú también vayas a hacerlo.

—Cariño, sabes que lo que te pasa a ti también me pasa a mí, como cuando éramos pequeñas que, si tú te cortabas el pelo, yo también; si te hacías coletas, yo también.

—Sí, aún recuerdo nuestro primer novio. —Las dos se echaron a reír—. Cuando Chimo te pidió de salir, tú le dijiste que si no me lo pedía a mí también no serías su novia.

—Sí, aquello fue muy bueno.

Las dos empezaron a hablar de esa época en la que todo era bonito y los problemas se solucionaban con un fuerte abrazo de papá, olvidando lo que debían hacer referente a ese embarazo.



Capítulo 24

Unos días más tarde, Ricardo estaba con sus amigos tomando unas copas, como era habitual después del entrenamiento de boxeo, y Pedro, como siempre, con su peculiar forma de ser le preguntó:

—Y, bien, ¿tenía o no tenía razón?

—¿A qué te refieres?

—Hace tiempo te dije que Mar no te convenía, y por lo feliz, dinámico y entusiasmado que te veo últimamente parece que esta sí enciende esa chispa que todo hombre necesita.

—Sí, tienes razón, Raquel es la mujer de mi vida y, no solo enciende la chispa, ella es la chispa que necesitaba.

—¿Ahora entiendes lo que te decía? ¿A que con ella tienes ganas de tirártela en cualquier sitio?

—Pues sí, con Raquel sería capaz de profanar una iglesia. —Con ese comentario hizo reír a Pedro—. Pero ese no era el problema con Mar, el problema con ella era que no era capaz de arriesgarse por más que yo deseara hacerlo. Sin embargo, Raquel es abierta y desinhibida, ella es capaz de ser mía sin importarle dónde estemos, y eso es lo que más me gusta de ella. Bueno, miento, de ella me gusta todo y por ella sería capaz de cualquier cosa.

—Ya me contarás eso dentro de unos meses cuando la chispa se apague.

—No, no creo que con Raquel se apague nunca, más bien se convertirá en una llama ardiente.

—Tú, como siempre, tan romanticón.

—¿Y Sonia? —preguntó Ricardo con sarcasmo.

—Ya me conoces, la llama se apagó.

—Eres increíble. ¿Y quién es la afortunada ahora?

—Ninguna, estoy cansado de las tías. Todas te dicen eso de: «No, no te preocupes, si yo tampoco quiero ataduras» y después, cuando menos te lo esperas, te han echado el lazo al cuello. Ahora solo quiero rollos de una noche, es lo mejor para el que no quiere compromisos, ¿no crees?

—¡Aaay! Llegará un día en que una tía te pondrá en tu sitio, y entonces serás tú mismo quien se ahorque con el lazo.

—No creo que exista esa clase de chica para mí.

—Yo creo que sí.

—¿Sí? Y, según tú, ¿cómo sería esa chica?

—Pues una que pase de ti y que, por más que intentes llevártela a la cama, ella no te haga ni caso.

—¿Y crees de verdad que esa chica existe? Ya sabes que soy irresistible —alardeó con una sonrisa socarrona.

—Lo que eres es un capullo.

Se echaron a reír y se unieron a la conversación que llevaban los demás, hasta que a Ricardo le sonó el móvil.

—Si es Raquel no contestes, tiene que acostumbrarse a que esta noche es solo de chicos —instó Pedro riéndose al ver la cara de su amigo.

—Si, tío, hazle caso a Pedro o si no se te acabarán las salidas a no ser que sean con ella, las mujeres son todas igual de absorbentes —aseguró otro del grupo.

—No seáis capullos, si me llama es porque será importante. —Salió a la calle porque allí sabía que no lo dejarían hablar y contestó muy contento—. ¡Hola, princesa! ¿Me echas de menos? Porque yo a ti sí.

—Déjate de tonterías, soy Rocío.

—¡Mierda! ¿Por qué me llamas con su móvil? ¿Le ha pasado algo a Raquel? ¿Está bien? —preguntó, muerto de preocupación.

—No te rayes, donjuán, Raquel está bien, de momento.

—¿Qué quiere decir de momento? —volvió a preguntar mosqueado esa vez.

—Mira, si se entera de que te estoy llamando me va a matar.

—Creo que esta conversación ya la hemos tenido, ¿verdad?

—Ricardo, por favor, esto es muy serio.

—Está bien, discúlpame, no sé por qué he dicho eso. ¿Qué pasa?

—Raquel va a cometer un error y sé que cuando lo haya hecho va a arrepentirse toda la vida.

—Explícate mejor porque no te entiendo. ¿Qué va a hacer? No creo que ella sea capaz de hacer algo malo.

—Estamos yendo al ginecólogo, quiere que le practiquen un aborto.

Ricardo se quedó en blanco, ya que lo que Rocío le acababa de decir le parecía imposible. ¿Desde cuándo Raquel estaba embarazada? ¿Por qué él no sabía nada de ese embarazo? ¿Y por qué quería abortar? Todas esas preguntas le golpeaban la mente en ese mismo instante y no podía comprender por qué Raquel no le había contado nada, absorto en sus pensamientos, no podía escuchar lo que Rocío le decía hasta que la oyó gritar.

—¡¡Ricardo… Ricardo… Ricaaardo!!

—Sí —contestó con un hilo de voz.

—¿Estás bien?

—Sí. —Su voz había cambiado y de pronto sonaba muy seria—. ¿Por qué Raquel quiere abortar y por qué no me lo ha contado ella misma?

—Está como aturdida desde que se ha enterado y, según dice, no quiere que te sientas obligado a nada con ella.

—¡¿Que no quiere que me sienta obligado?! Soy el padre, ¿no?, ¡alguna obligación tendré!

—Eso le dije yo, pero insiste en que no quiere que te sientas atado a ella por el embarazo.

—¡Joder, esto es el colmo! ¿Dónde estáis?

—En el coche, bueno, ella está poniendo gasolina, por eso te estoy llamando, menos mal que hay mucha cola para pagar.

—Por favor, dame la dirección de su ginecólogo.

—No estamos yendo a su ginecólogo, ella no quiere que sus padres se enteren y tú tampoco. Por eso ha elegido este día, tú estás con tus amigos y mañana se irá a pasar el fin de semana con sus padres, así que tú no te hubieras enterado de nada a no ser por esta llamada.

—Está bien, está bien, dime dónde piensa cometer esa locura. ¿Y cómo se le ocurre ir a un desconocido a que le practiquen un aborto? ¡¿Está loca?!

—Se lo ha recomendado una amiga.

—¡Ya! Dame la dirección, por favor.

—No sé dónde es, ella no ha querido decirme nada, cuando lleguemos te mando la ubicación. Ahora tengo que dejarte, Raquel ya viene, y date prisa, por favor.

—¡Joder, no la dejes cometer esa locu…! —La voz se le cortó cuando escuchó al otro lado del teléfono.

Piii.

—¡¡No me lo puedo creer!!

—¿Qué te pasa? —preguntó Pedro detrás de él, que salía para ver por qué tardaba tanto en entrar.

—¿Tienes el coche cerca?

—Sí, aquí al lado, ¿por qué?

—Necesito que me lleves, es muy importante.

—Está bien, tranquilízate, sabes que puedes contar conmigo —lo intentó calmar su amigo al verlo tan preocupado—. ¿Y dónde tengo que llevarte?

—Aun no lo sé.

—¿Te has vuelto loco o soy yo que no te entiendo? ¿Puedes contarme qué está pasando?

—Después, ahora paguemos las cervezas y despidámonos de los demás.

—Está bien, tío, no sé qué te pasa, pero por tu cara haré lo que quieras, debe de ser muy importante.

Cuando entraron, y les explicaron a los demás que tenían que irse, todos empezaron a protestar.

—Pero si son las nueve y aún no hemos cenado. ¿Ocurre algo?

—Ahora no puedo explicaros nada, tenemos que marcharnos ya.

—Está bien, tío, marchaos, ya nos contarás qué está pasando —comentó otro al ver la preocupación en la cara de Ricardo—. Y, si necesitas algo, ya sabes.

—Gracias, chicos. Ve acercando el coche mientras pago lo nuestro —le pidió a Pedro.

—Olvídate de eso, ya pagamos nosotros, ahora marchaos a lo que tengáis que hacer, ya que parece que no podéis esperar.

—Gracias, la semana que viene invito yo, hasta luego.

—¿A qué estamos esperando? —le preguntó Pedro una vez metidos en el coche.

—A que Rocío me mande un wasap para saber a dónde tenemos que ir.

—¿Quién es Rocío?

—La amiga de Raquel.

—Y mientras esperamos puedes contarme qué está pasando.

Justo en ese momento le entró un wasap.

—¡Gracias a Dios! —exclamó leyendo el mensaje—. ¿Sabes dónde está la calle Jorge Juan?

—Sí, cerca de la calle Colón.

—Pues acelera, y no te preocupes por las multas que yo las pago. Necesito estar allí antes de que puedas decir «ay».

—Vale, vale, yo acelero y me salto hasta los semáforos en rojo si quieres, pero ¿vas a contarme de una puta vez lo que está pasando?, porque me estoy poniendo de los nervios — aceleró y salió chirriando ruedas.

—A Raquel están a punto de practicarle un aborto.

—¿Qué? ¿Está embarazada? ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque acabo de enterarme.

—¡Joder!, ¿Raquel no te ha dicho nada?

—No, según Rocío no quiere que me sienta obligado a nada. ¿Tú te crees que pueda decidir algo así sin consultármelo primero? ¡Soy el padre, joder!

—Si quieres que te sea sincero, es lo mejor, sois muy jóvenes para una carga como esa.

—Eso lo hablaremos y lo decidiremos los dos juntos, si llegamos a tiempo, claro.

—No te rayes, macho, que ya estamos cerca, solo me falta volar —se quejó, ya que parecía que iba a tragarse a los coches de delante por la velocidad que llevaba y los volantazos que tenía que dar para no hacerlo. Gracias a Dios, era muy diestro al volante.

—Lo sé, sé qué haces lo que puedes, pero estoy nervioso.

—¿Qué número? —preguntó Pedro cuando llegaron a la calle.

—El ciento uno, puerta veinte, sigue un poco más adelante, este es el noventa y tres.

—Ve subiendo, voy a aparcar —dijo parando justo en el patio, dejándose media rueda en el asfalto por el frenazo tan brusco.

Ricardo subía por el ascensor, los segundos le parecían horas y en su mente solo podía pensar en que era ya demasiado tarde, que Raquel ya se habría desecho del bebé y eso lo enfurecía. Al entrar en la sala de espera, vio a Rocío.

—¿Dónde está? ¿He llegado tarde? —le preguntó muy nervioso.

—Hace un ratito que ha entrado, aún no sé nada.

Sin pensárselo demasiado, se dirigió a la chica que hacía de recepcionista y le gritó:

—¡¿Puedes decirme dónde está la consulta?!

—Es esa puerta —señaló la puerta de la izquierda, al verlo abalanzarse sobre ella le gritó—: ¡¡Hay una paciente, usted no puede entrar ahí dentro!!

—¡Me importa una mierda si puedo o no puedo entrar!



Capítulo 25

Raquel y Rocío entraron en la sala de espera de la clínica privada que estaba vacía.

—Hola, Soy Raquel y tengo cita con el doctor —le informó a la recepcionista.

—Sí, el doctor la atenderá enseguida, en cuanto acabe con la última visita. Siéntese ahí, y yo la aviso cuando pueda entrar.

—Muchas gracias.

Cuando las dos se sentaron para esperar, Rocío volvió a insistirle.

—¿Estás convencida de lo que vas a hacer?

—Por favor, Rocío, no me vuelvas a hacer esa pregunta, ya es bastante difícil para mí pasar por esto y no necesito que me hagas sentir peor.

—Está bien, solo quería que estuvieras segura.

—Lo estoy, y ahora háblame de otra cosa a ver si así se me pasa esta angustia que tengo.

Nada más decir eso, la enfermera le anunció que podía pasar, Rocío intentó alargar la situación para darle más tiempo a Ricardo.

—Un momento, antes debes ir al baño.

—¿Qué? —preguntó Raquel confusa al oírle decir eso.

—Hazme caso. —Agarrándola del brazo la obligó a entrar al baño, mientras le decía a la recepcionista—: Enseguida estará con el doctor.

—¿A qué viene este numerito? ¿Te has vuelto loca? —preguntó Raquel, furiosa.

—Cada vez que te pones nerviosa te entran ganas de mear y ahora estás muy nerviosa, así que será mejor que mees, no te lo vayas a hacer encima de la camilla.

—Tú no estás bien, ¿verdad? ¿De verdad crees que no me daría cuenta de que me estoy meando si tuviera ganas?

—Puede que los nervios no te dejen notarlo.

—Rocío…

—Inténtalo, yo lo único que quiero es evitarte que pases por un bochorno como ese. Imagínate que te da por mearte en la cara del médico cuando intente meterte lo que sea que te vaya a meter por ahí.

—Qué burra eres, hija. —Se rio al imaginar esa escena—. Ese problema lo tenía cuando era una cría y ya se me pasó, ahora ya no me meo cuando me pongo nerviosa. ¿Podemos salir ya?

—No —insistió poniéndose delante de la puerta.

—Esto es el colmo. ¿De verdad no vas a dejarme salir hasta que no mee? —Rocío le sonrió con sarcasmo—. Está bien, hija, mearé, a ver si así te quedas más tranquila. Por Dios, si parece que la que vayas a abortar seas tú, estás más nerviosa que yo. —Raquel orinó y, al terminar, le indicó—: Ahora el médico ya no corre peligro, ¿estás contenta? ¿Vas a dejarme salir de una vez o tiene que venir aquí el médico?

—¿Crees que sería capaz de venir aquí a practicarte el aborto?

—¡Mira, no sé a qué estás jugando, pero ya basta! Déjame salir de una vez.

—Está bien, chica, tampoco es para que te pongas así. ¡Aaay, espera!

—¿Qué ocurre ahora?

—Pues que ahora las ganas de mear me han entrado a mí, ¿será por los nervios?

—¡Joder, Rocío! ¿No te puedes esperar?

—No, no puedo, y no se te ocurra abrir esa puerta mientras estoy meando. —Ya no sabía qué más inventar para que Ricardo llegara a tiempo y, si tenía que mear, pues mearía, el caso era alargar los minutos.

—Pues, date prisa, me están esperando.

—Ya voy, ya voy, no me pongas nerviosa o se me cortará, además, no te preocupes, mientras le pagues no te pondrá pegas. —Cuando terminó, exclamó—: ¡Ale! Ya podemos salir.

—Ya era hora.

Mientras salía rezaba para que todo ese paripé que acababa de montar le diera a Ricardo el tiempo necesario para que llegase antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Puedes pasar conmigo? —preguntó Raquel, nerviosa.

Rocío encontró otra razón para retrasar lo inevitable.

—No, prefiero esperarte aquí.

—¿Por qué? Me dijiste que me acompañarías.

—Y estoy aquí, ¿no?

—Sabes que no me refería a eso, quiero que entres conmigo.

—Lo siento, sabes que me dan mucho *yuyu* todas estas cosas, y si entro seguro que el médico tendrá que dejarte a ti para encargarse de mí.

—Estás muy rara, tú nunca has sido una persona aprensiva.

—Eso era antes, ahora no soporto ver la sangre.

—Señorita, por favor, el doctor la está esperando. —La recepcionista estaba cansada de escuchar esa conversación.

—Síií, no se preocupe, ya entro. —Mirando a Rocío le habló muy enfadada—: No sé para qué has venido, lo único que estás consiguiendo es ponerme de los nervios. Pero, está bien, si no quieres acompañarme entraré sola, no te necesito.

Enfadada, se dio la vuelta y siguió a la recepcionista, mientras Rocío se dejó caer en la silla sintiéndose fatal, ya que una parte de ella quería acompañar y apoyar a su amiga, pero la otra parte le decía que tenía que esperar a Ricardo para hacerle entrar nada más llegar y que así pudiera parar esa locura.

Cuando Raquel entró en esa habitación blanca y gélida le dio un escalofrío, y maldijo a Rocío por no estar ahí con ella, sabía que si ella hubiera estado a su lado todo hubiera sido más fácil. Sonriendo al doctor, se presentó:

—Hola, soy Raquel, siento el retraso.

—No importa, yo aún sigo aquí. Ahora, siéntese, y podremos empezar.

—¿No quiere que me tumbe en la camilla?

—No. Antes quiero que me responda a unas preguntas.

—Está bien.

—¿Sabes cuántas semanas de embarazo llevas?

Raquel, recordando la primera noche que estuvo con Ricardo, contestó:

—Sí, hace cinco semanas.

—¿Has tenido otros embarazos o abortos?

—No, esta es la primera vez.

—¿Estás segura de que es esto lo que quieres?

—Sí.

—Entonces ve al baño y desnúdate de cintura para abajo, antes de nada, te haré una ecografía para ver cómo esta ese bebé.

—¿Es necesario hacer eso?

—No, es una costumbre.

—¿Por qué?

—Me gusta que mis clientas vean y escuchen a su hijo antes de empezar, si después de eso quieren seguir adelante, entonces las ayudo a deshacerse de él.

—¿Las pone a prueba?

—Sí.

—¿Por qué?

—Me gusta darles esa oportunidad.

—Pues yo preferiría no tener que pasar esa prueba, gracias.

—¿Tan segura estás?

—Sí.

—Está bien, entonces no tengo nada más que decir, aun así, has de desnudarte de cintura para abajo y tumbarte en la camilla.

La puerta de pronto se abrió y la voz de Ricardo inundó la sala.

—¡De eso nada!, ¡antes tú y yo tenemos que hablar! —El corazón de Raquel se paralizó al escucharlo y verlo de pronto en esa habitación.

—Lo siento, doctor, pero no he podido detenerlo —informó la recepcionista detrás de Ricardo.

—Está bien, no importa, Marta, cierra la puerta. —Cuando la recepcionista los dejó solos, el médico le preguntó—: ¿Quién es usted?

—Soy el padre y, antes de que haga nada, quisiera hablar con mi novia a solas, por favor.

—Muy bien, entonces los dejo solos.

—Gracias. —Cuando el médico salió le preguntó—: ¿Por qué no me has dicho que estás embarazada?

Raquel reaccionó al oír su pregunta y contestó con tristeza.

—No quería que te sintieras obligado…

—¡Joder, Raquel! ¿Crees que estar contigo es una obligación para mí?

—No, pero estás conmigo porque quieres, sin embargo, este embarazo te obligaría a que siguiéramos juntos, aunque no quisieras.

—No te entiendo.

—Ricardo, hace apenas cinco semanas que nos conocemos y, sí, ahora todo es perfecto, pero ¿quién nos puede asegurar que dentro de seis meses sigamos sintiendo lo mismo? Igual te cansas de mí, y por esa razón no debería haber nada que nos obligara a estar juntos, por lo menos, no tan pronto.

—¿Tú me quieres?

—Pues claro que te quiero, más que a nada en este mundo.

—Bien, porque yo también te quiero más que a nada en el mundo. ¿Crees que alguna vez dejarás de quererme?

—No, nunca. ¿Por qué me haces estas preguntas?

—Si algo me pasara, y me quedara impedido, ¿crees que seguirías queriéndome o simplemente estarías conmigo por obligación?

En cuanto le escuchó formular esa cuestión comprendió por qué estaba haciéndole todas las

demás.

—No digas eso, si algo te pasara no podría soportarlo.

—Pero ¿te sentirías obligada a estar conmigo por eso?

—No, seguiría queriéndote y querría estar contigo por encima de todo.

—Entonces, ¿por qué crees que este bebé cambiaría mis sentimientos por ti? —volvió a preguntar tocándole la barriga—. ¿Por qué crees que por el hecho de quedarte embarazada yo me sentiría obligado contigo? Que estés embarazada me hace quererte con más fuerza, y tú no eres la única responsable de lo que ha pasado, yo tengo gran parte de culpa, o toda, según se mire. Ahora voy a hacerte otra pregunta, quiero que olvides todo lo que acabamos de hablar y que me digas la verdad, también quiero que sepas que decidas lo que decidas mis sentimientos hacia ti no van a cambiar: ¿Tú quieres tener este bebé?

—No… y sí, no lo sé, estoy hecha un lío —confesó llorando—. Me gustaría tenerlo, pero somos muy jóvenes y no tenemos trabajo.

—Tú eres muy joven, yo termino este año la carrera y, en cuanto lo haga, empezaré a trabajar en la revista con mi madre, así que eso no es un problema. Antes de que nazca el bebé tendré un empleo y podré perfectamente manteneros a ti y a nuestro hijo.

—No quiero dejar mis estudios, quiero ser diseñadora.

—Cuando mi madre se quedó embarazada aún estaba en la universidad, me tuvo a mí, pudo terminar la carrera, encontró un trabajo, y creo que no lo hizo nada mal para estar sola, ¿no crees? Bueno, tenía a mis abuelos, pero tú me tienes a mí y, si ella pudo con todo, tú también podrás porque yo mismo me voy a encargar de que así sea.

—No vas a dejarme ponerte una excusa razonable y vas a tener solución para todas las que yo te ponga, ¿verdad?

—Sí.

—Tú quieres que tengamos este bebé, ¿verdad? —le preguntó sonriendo poniendo la mano en su barriga encima de la de él.

—Sí. No me preguntes por qué, pero desde que Rocío me llamó, y me contó que estabas embarazada y que querías abortar, supe que tenía que impedírtelo. Mi abuela convenció a mi madre para que me tuviera, y un día mi madre me confesó que si no le hubiera hecho caso se hubiera arrepentido todos los días de su vida, ya que yo he resultado ser lo mejor que le ha pasado jamás. Yo no quiero que tengas que arrepentirte y, como yo, quiero que nuestro hijo tenga una oportunidad. Tengamos este bebé, y te juro que nunca dejaré que te arrepientas ni tampoco dejaré de quererte.

—Te amo —susurró dándole un beso muy apasionado.

—Yo a ti más. —Le devolvió el beso y después le preguntó—: ¿Eso quiere decir que vamos a tener el bebé?

—Sí, si tú quieres, lo tendremos.

—Eso no me convence —indicó muy serio—. Quiero que lo tengas porque desees tenerlo, no porque yo lo quiera.

—Quiero tenerlo, y más si tú también lo quieres, pero tengo mucho miedo.

—¿Por qué?

—Porque no quiero acabar como mis padres, por eso quería abortar.

—¿Qué les pasa a tus padres?

—Yo no fui un bebé deseado ni buscado, mi madre se quedó embarazada, y mi padre se vio obligado a casarse con ella. Sé que me adoran, pero nunca han sido una pareja feliz y, si siguen juntos, es solo por mí.

—Eso no nos va a pasar a nosotros porque, aunque este bebé no haya sido buscado o deseado, yo ni me siento obligado a ti ni pienso estarlo nunca. Más bien, estoy deseando compartir mi vida contigo, y sé que tú deseas lo mismo que yo.

—Sí, lo que más deseo es pasar el resto de mi vida contigo.

—Entonces larguémonos de aquí, no me gusta nada este sitio.

Raquel, con una sonrisa de oreja a oreja, se colgó de su cuello, volvió a besarlo y después soltó con mucha alegría:

—Tienes razón, a mí tampoco me gusta.

Se despidieron del médico pagando, cómo no, la visita y salieron para encontrarse con Rocío y Pedro.



Capítulo 26

Al momento de entrar Ricardo en la consulta, Pedro llamó al timbre. Como la recepcionista había ido detrás de Ricardo, Rocío se levantó y abrió la puerta.

—¿Viene a ver al doctor? —dijo Rocío al verlo entrar.

—¿Tengo pinta de estar embarazado? —preguntó a su vez con esa chulería que lo distinguía.

—Quién sabe, hoy en día hay tanta cosa rara por ahí que a saber… —le replicó ella con su peculiar rechazo hacia los hombres guapos, llamativos y bastante engreídos.

—¡Vaya! Qué graciosa.

—La enfermera no está, y el doctor está ocupado, así que tendrá que esperar.

Rocío se dio la vuelta para volver a sentarse ignorándolo por completo, Pedro recordó lo que Ricardo le había contado por el camino y supuso que esa debía de ser la amiga de Raquel, al darse cuenta de eso no pudo evitar mirarla de arriba abajo.

—¿Eres Rocío?, ¿la amiga de Raquel? —preguntó mientras la inspeccionaba.

—Sí —respondió sentándose y cogiendo una revista.

—Yo soy Pedro, amigo de Ricardo.

Al decir eso, se agachó, le dio dos besos, y ella le dedicó una mueca en forma de sonrisa, para después concentrarse en la revista.

Era una chica muy bonita, con el pelo rubio como el trigo al sol, largo y liso hasta la mitad de su espalda; la cara redonda; ojos color miel; su pequeña nariz, y unos labios carnosos y rosados eran el colofón perfecto para una cara llamativa y resultona; su cuerpo era menudo y delgado, así que todo en ella era perfecto para que cualquier hombre pudiera sentirse atraído.

—¿Tengo monos en la cara? —preguntó Rocío sin levantar la vista de la revista.

—Más bien una cara bonita diría yo. —Pedro empezaba a sacar sus armas de seductor nato como era habitual en él, pero al ver que Rocío no le prestaba atención, pues seguía concentrada en la lectura sin escucharle ni mirarle, volvió a insistir—. ¿Tan interesante está la revista que no eres capaz de agradecer un cumplido?

—No tengo nada que agradecer, yo no he pedido nada —escupió Rocío sin levantar la cabeza.

—No, pero normalmente, cuando alguien te dice un piropo, lo normal es mostrar una pizca de agradecimiento por el esfuerzo, aunque sea una pequeña sonrisa.

—No creo que sea ningún esfuerzo para ti, más bien parece algo natural.

—¡Vaya! Eres muy borde, ¿no?

—No. Solo intento concentrarme en esta revista, y tú no me dejas.

—Pues, lo que yo decía, que eres muy borde.

—Mira, guapito, estoy segura de que estás acostumbrado a que las mujeres caigan a tus pies en cuanto abres la boca, pero a mí no me interesa nada lo que tengas que decirme. Así que, ¿por qué no coges una revista, te callas y me dejas leer la mía?

—¡Joder, nena! lo tuyo es muy fuerte, deberías ir a que te lo miraran.

—Primero, no soy tu nena; segundo, no quiero hablar contigo, por lo poco que me han contado de ti, eres la persona que menos me interesa conocer y tercero…

—¿Qué te han contado de mí? —preguntó sorprendido cortando sus palabras.

—Que te gusta cambiar de mujer como de chaqueta, solo te duran el tiempo necesario para entrar en calor.

—¿A qué te refieres con eso?

—Cuando uno tiene frío se pone una chaqueta, ¿no? Pero cuando el calor le agobia la deja colgada y solo se acuerda de ella cuando vuelve a tener frío, ¿verdad? Pues por lo poco que sé de ti eso es lo que tú haces con las mujeres; usarlas a tu antojo.

—¡Joder! No sé quién te ha hablado de mí, pero seguro que no me conoce bien.

—Lo suficiente, y a mí no me interesas, así que déjame en paz.

Pedro estaba tan alucinado por cómo esa chica le hablaba tan sumamente fría que por primera vez en su vida no le salían las palabras, hasta que consiguió reaccionar.

—¿Y la tercera?

Rocío, confusa por esa pregunta, lo miró por primera vez a los ojos e inmediatamente se dio cuenta del porqué ese hombre pensaba que todas las mujeres debían caer rendidas a sus pies, ya que era un morenazo guapísimo y tenía un porte impresionante, pues el boxeo, como a Ricardo, le había proporcionado un cuerpo atlético y digno de admiración y, como también era muy alto, todo en él era increíble.

Sus ojos color chocolate parecían poder derretirte con solo una mirada, muy grandes y bonitos, y cuando te observaban fijamente, como estaba haciendo con Rocío en ese momento esperando su respuesta, podían dejarte sin aliento, ya que parecían penetrarte con ellos. Su pelo negro como el azabache, corto y engominado parecía siempre recién salido de la peluquería; al igual que esa barba que llevaba perfectamente recortada, la cual le sentaba tan bien que todas las chicas se morían por acariciar y besar y además parecía estar diseñada para esconder una maravillosa sonrisa capaz de conquistar a cualquier persona que se propusiera, ya fuera mujer u hombre. Las mujeres caían rendidas a sus pies con ella, y los hombres nunca solían negarle nada, pues en cuanto sonreía se ganaba el afecto y la simpatía de todo el mundo. Excepto de esa chica que parecía un témpano de hielo, pues no se inmutaba ni con su mirada ni con su sonrisa.

—¿A… a qué te refieres? —le preguntó un poco nerviosa por esa manera tan penetrante con la que la estaba contemplando.

—No lo sé, has empezado a decir primero, después has llegado al segundo y, cuando me ibas a contar el tercer punto, yo te he interrumpido, pero me muero de curiosidad por saber ese otro motivo por el cual no quieres ni siquiera entablar una conversación conmigo.

Sin saber ya ni a qué punto iba a referirse antes de que la interrumpiera, pues no podía concentrarse demasiado con ese pedazo de hombre a su lado intentando volverla loca, y muy enfadada por esa debilidad que parecía envolverla y la cual se había jurado hacía mucho tiempo no tener nunca más ante ningún hombre, dijo:

—Si no me hubieras interrumpido, lo sabrías, ahora ya no me apetece hablar de eso. ¡Mierda! ¿Por qué están tardando tanto? —preguntó, nerviosa, para cambiar de tema y se levantó, comenzando a pasear por la sala, con la intención de no seguir a su lado y así poder reponerse de los sentimientos que parecían resurgir de sus cenizas como un ave fénix; unos que juró y perjuró no sentir jamás mientras viviera por muy guapo, interesante e irresistible que pudiera resultar un hombre.

—Estarán discutiendo y debatiendo si van o no van a tener ese bebé.

—Eso o habéis llegado demasiado tarde y ya nada tiene remedio. ¿Por qué habéis tardado

tanto? Yo ya no sabía qué inventar para entretener a Raquel y que entrara lo más tarde posible ahí dentro.

—Tranquila, nena, seguro que todo está bien.

—Te he dicho que no me llames nena, no soy una de tus conquistas.

—No, desde luego, Dios me libre.

—¿Qué quieres decir? —espetó molesta al escuchar su reproche—. ¿Crees que no soy lo suficiente buena para ti?

Pedro sonrió al ver cómo le había molestado su desplante, y con esa sonrisa consiguió justo lo que quería; dejarla sin aliento, pero inmediatamente la castigó por todos esos comentarios hirientes.

—Todas sois iguales, primero nos criticáis porque según vosotras somos unos golfos que lo único que queremos es llevaros al huerto, pero en cuanto os damos lo que queréis, que en tu caso es que te ignoren, os sentís ofendidas.

—Eres un cerdo engreído.

—¿Por qué? ¿Porque soy sincero? Desde que he entrado por esa puerta lo único que has hecho es atacarme, y eso que he intentado ser amable contigo.

—¡¿Amable?! ¡Ja! Lo único que has hecho desde que has entrado ha sido querer conquistarme, como seguro que haces con todas las tías que se te ponen a tiro.

—Desde que he entrado lo único que he hecho ha sido intentar ser amable contigo, pero parece que a ti no te gusta que los tíos te traten bien. Que te den, nena. No tengo ninguna necesidad de rebajarme ante ti. No sé quién te habrá hecho tanto daño, pero no deberías tratar a todos los tíos como a basura, lo único que conseguirás es quedarte más sola que la una. No nos gustan las mujeres frías, desagradables e insensibles, y tú eres una mezcla de todas ellas. Este consejo es un regalo que te doy, para que la próxima vez que conozcas a alguien no actúes como si solo a ti pudieran hacerte daño, los demás también tenemos sentimientos.

Nada más decir eso, cogió una revista, tal y como ella le había dicho, y la ignoró para concentrarse en la lectura, algo bastante difícil de conseguir, ya que después de esa discusión se sentía fatal, pues sabía que había sido muy borde, sin embargo, ella se merecía un escarmiento por haber sido tan grosera.

Rocío estaba aturdida, nunca se había sentido tan estúpida y avergonzada en toda su vida, y es que era probable que él tuviera razón. Se había acostumbrado a espantar a los hombres a patadas y a veces no se daba cuenta de las cosas que decía y tampoco le importaba si a ellos les dolía. Por primera vez un tío le había dicho abiertamente que sus palabras eran hirientes, y se sentía mal no por lo que él sintiera, eso no le importaba, sino porque por primera vez era consciente de que un hombre podía ponerla en su sitio, y eso la molestaba mucho.

En ese momento salieron Raquel y Ricardo cogidos de la mano y con una sonrisa de oreja a oreja, entonces Pedro le habló muy serio:

—¿Ves?, llegamos justo a tiempo y no ha pasado nada.

Rocío, ignorándolo una vez más, se acercó a Raquel preocupada.

—¿Estás bien?

—Sí —le respondió con una sonrisa abrazando a su amiga.

—Menos mal. Te juro que todo lo que he hecho y dicho solo ha sido para que a este… —comentó al mismo tiempo que le daba un puñetazo en el hombro a Ricardo— le diera tiempo a venir antes de que te deshicieras del bebé.

—Lo sé, lo supe en cuanto lo vi entrar por la puerta. Gracias, ahora sé que tenías razón, que si lo hubiera hecho me hubiera arrepentido toda la vida.

—De nada.

Ricardo se acercó a ella y la abrazó con cariño, dejándola pasmada.

—Gracias, si no hubiera sido por tu llamada ahora mismo los dos tendríamos mucho que lamentar.

—Bueno, ya basta, tampoco es para tanto. Solo lo hice porque quería ser madrina y solo si esta tonta tiene un bebé podré conseguirlo.

La recepcionista los había acompañado hasta la salida y, mientras subían al ascensor, todos se reían con esa broma, excepto Pedro, que no dejaba de mirarla y preguntarse: ¿cómo podía ser tan borde con él y tan sumamente cariñosa con ellos dos?

—Bueno, no te pongas celoso y alegra esa cara. —Ricardo le dio un codazo a Pedro sacándolo de sus pensamientos—. A ti también tenemos que agradecerte que aún vayamos a ser padres, ya que para llegar a tiempo casi haces volar el coche.

—No, yo solo he conducido hasta aquí. Aquí la heroína es Rocío, llamándote aun a riesgo a perder la amistad de su amiga. Yo no sé si sería tan valiente.

Rocío lo miró sorprendida al escuchar sus elogios, ya que después de toda esa discusión que habían tenido no hubiera imaginado que él pudiera volver a decirle algo agradable.

—¿Podrías llevar tú a Rocío? —preguntó Ricardo a Pedro cuando llegaron a la calle—. Ya sabes que en el coche de Raquel solo caben dos y me apetece volver con ella. —Mirando a Rocío le preguntó—: No te importa, ¿verdad?

—No —contestó ella muy seria, ya que no le hacía ninguna gracia estar con Pedro a solas—. Aunque no quisiera molestar a tu amigo.

—No es ninguna molestia, aunque no lo parezca, puedo ser todo un caballero y acompañarte hasta tu casa —añadió con socarronería y con una sonrisa aún más sarcástica que sus palabras.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Raquel a su amiga al verla tan seria.

—No, nada, ¿qué podría pasar? —disimuló Rocío.

—No sé, parecéis muy tirantes los dos, si no quieres ir con él…

—Te he dicho que no pasa nada.

—Mejor, porque tendréis que llevaros bien, ya que vais a ser los padrinos de nuestro bebé. —Sonrió Ricardo.

—¡Biiieeeen! —gritó Rocío con mordacidad, para después reprocharle a su amiga—: Te dije que no debías comprarte un coche tan diminuto.

—No te metas con mi coche, además, fue un regalo de mi padre y a él le gustaba el Smart Fortwo para mí. No podía decirle que no y es muy cómodo para andar por el centro, siempre puedes encontrar aparcamiento con él —bromeó.

—Dejaos de tonterías y vámonos, aún no he cenado, es muy tarde y tengo hambre —interrumpió Pedro muy serio.

—Tienes razón, con tanto lío aún no hemos cenado. Por eso estás de tan mal humor, ¿verdad? —bromeó Ricardo.

—No —contestó él mirando a Rocío.

—¿Aún tenemos las pizzas en el congelador? —preguntó Raquel a Rocío.

—Sí.

—Bien, entonces, ¿por qué no vamos a casa y cenamos todos juntos? —propuso Raquel entusiasmada al poder compartir todos juntos la velada—. Así celebramos que al final todo ha salido bien.

—Sí, me parece un buen plan. Nos vemos allí —dijo Ricardo como despedida agarrando a Raquel por la cintura para dirigirse al coche.

—¡Mierda!

Susurró Rocío al darse cuenta de que debía compartir con Pedro el camino de vuelta y, para colmo de males, también la cena.

—Tranquila, para mí tampoco es agradable tener que compartir mi espacio contigo, solo disimulemos un poco más y no les agüemos la fiesta. ¿Crees que serás capaz de hacerlo?

—Sí, si no hay más remedio.

Cuando fue a subir al coche lo hizo en los asientos traseros, y él, pasmado, se sentó detrás del volante.

—No seas chiquilla y siéntate a mi lado, no me gusta hacer de taxista.

—No te conozco y no quiero sentarme a tu lado. O me dejas estar aquí o me cojo un taxi.

—¿Crees que voy a meterte mano mientras cambio las marchas?

Rocío sintió un escalofrío al escucharle.

—¿Quieres que baje y pare un taxi? —amenazó muy enfadada.

—¡Joder! En la vida he conocido a una tía más borde que tú.

Aceleró tan deprisa y con tanta fuerza que consiguió que las ruedas chirriasen y el asfalto oliera a goma quemada y con mucha potencia salió a la carretera. El camino de vuelta fue bastante desagradable para los dos, ya que se podía cortar con un cuchillo la tensión que los envolvía.

***

Entrando al patio vieron a Raquel y a Ricardo en la puerta del ascensor comiéndose el uno al otro con besos muy fogosos, Pedro bromeó acercándose a ellos:

—Si queréis estar solos nosotros podemos cenar por ahí. —Rocío lo miró espantada imaginándose tener que estar con él en un restaurante solos un par de horas más—. Tranquila, es una broma, solo estoy disimulando. Serías la última persona con la que me iría a cenar, no te preocupes —le habló bajito al oído pasando la mano por su cintura abarcando gran parte de ella.

Era la primera vez que volvía a tener a un hombre tan cerca después de lo ocurrido y un escalofrío recorrió su cuerpo, no sabía si era por repulsión o por nerviosismo, y tampoco quería saber por qué, así que, apartándose de él como si huyera del agua hirviendo, apretó el botón del ascensor.

—Que se aguanten, yo me muero de hambre y no pienso estar buscando un restaurante a estas horas. Nos comemos las pizzas rapidito y después pueden hacer lo que quieran, y tú, irte a tu casa o donde te dé la gana.

—No seáis tan exagerados. —Rio Raquel—. Podemos esperar, tampoco estamos tan desesperados, ¿verdad, cari?

—Habla por ti, yo no estoy tan seguro de no darle una patada a Pedro nada más terminar de cenar.

—Tener amigos para esto… —protestó Pedro haciéndoles reír a todos mientras subían al ascensor.

La primera en entrar fue Rocío, seguida de Raquel; a su lado, cómo no, tenía a Ricardo pegado a su espalda, así que el único sitio libre que quedaba en ese ascensor tan pequeño lo ocupó Pedro y fue justo detrás de Rocío. Seguían riéndose cuando Rocío se giró y se quedó pegada al amplio pecho de Pedro, al levantar la cabeza y ver esa sonrisa tan divina, volvió a quedarse sin aliento. Él se dio cuenta de su estado, y su gesto se volvió socarrón dándole a entender que podía sentir cómo ella también se quedaba cautivada, como les pasaba a todas las chicas cuando él les

sonreía.

—Rocío… Rocío…

Esta, al escuchar a Raquel, reaccionó y, mientras intentaba contestar, los colores le subían hasta las mejillas, maldiciendo a ese hombre que parecía debilitarla con solo una mirada.

—¿Qué…? ¿Qué quieres?

—Pues, ¿qué voy a querer, mujer?, que le des al botón, si no, no subiremos nunca.

Rocío levantó el brazo y lo pasó por encima del hombro de Pedro para llegar a la botonera, Pedro se apartó un poco para darle espacio a su mano, pero ese movimiento le hizo pegarse un poco más a ella, preguntándole en un susurro mientras la traspasaba con la mirada:

—¿Puedes o me aparto un poquito más?

Rocío, solo imaginar que apartarse un poquito más de los botones significaba tener que pegarse un poquito más a ella, contestó muy nerviosa con voz temblorosa:

—¡No!, no es necesario…, llego, no te preocupes.

—No estoy preocupado. —Se aproximó un poquito más a su oreja para susurrarle—: Parece que no te soy tan indiferente y que, como todas, también eres capaz de suspirar por mí, nena.

Justo en ese momento, el ascensor paraba y las puertas se abrían, Ricardo, que llevaba todo el trayecto besando a Raquel, dejó de hacerlo en el instante en que Rocío intentaba fulminar a Pedro con la mirada. Los primeros en salir fueron Ricardo y Raquel y, cuando Pedro estaba a punto de darse la vuelta, Rocío le habló con toda su mala leche, pues las palabras de él la habían indignado.

—Si te atreves otra vez a acercarte a mí de esa manera te cortaré los huevos. —Él sonrió.

—Perro ladrador, poco mordedor —apuntó con sarcasmo.

Ricardo y Raquel acababan de entrar al apartamento.

—Eres un gilipollas. —Rocío seguía furiosa.

Pedro se volvió con rapidez hacia ella, ya que estaba con un pie dentro y otro fuera y, agarrándola por la cintura, le habló muy despacio:

—Puede que con otros tíos ese truquito de chica fría y sin sentimientos te funcione y estoy seguro de que consigues espantarlos a todos. Pero hace un momento he podido sentir cómo todo tu cuerpo reaccionaba con el mío y, te voy a advertir una cosa; me encantan los retos y, cuanto más intentas resultarme desagradable, más me pones y más despiertas mi interés.

—¡Suéltame! —espetó bajito con mirada asesina.

—Como tú quieras, nena —concedió con una sonrisa socarrona soltando su cintura.

Rocío, al sentirse liberada, echó a correr dentro del apartamento para alejarse lo más rápido de él, ya que no podía articular palabra después de lo que le había dicho.

***

Raquel y Rocío estaban en la cocina preparando las pizzas.

—¿Qué te parece Pedro? Está bueno, ¿verdad?

—¡Bah! Es un creído de mierda —contestó Rocío.

—¡Joder, hija! Cualquier mujer bebería los vientos por ese tío, y tú solo dices que es un creído de mierda.

—No me interesa. Y, además, tú ya me has dicho en varias ocasiones que es un mujeriego.

—No te estoy diciendo que te enamores de él, pero para pasar un buen rato tiene que ser increíble, ¿no crees? Con ese cuerpazo.

—Pues, si tan increíble te parece, ¿por qué no te enrollas tú con él?

—Porque Ricardo aun es más maravilloso que él, y estoy enamorada. —Raquel no pudo evitar reírse al ver a Rocío poner los ojos en blanco—. ¿Qué? Es la verdad.

—Sí, ya, y me alegro mucho por ti.

—Rocío…, si te digo lo de Pedro es porque me he dado cuenta de cómo os habéis mirado en el ascensor.

—Tú no podías ver nada ahí dentro, ya que estabas comiéndote a Ricardo literalmente y no me refiero con los ojos.

Raquel volvió a reír después de ese comentario.

—Puede que tengas razón, pero cuando te he dicho que pulsaras el botón estabas empanada mirándolo, y él parecía devorarte con los ojos, literalmente —comentó sarcásticamente muerta de la risa al ver la cara de su amiga.

—No quiero seguir hablando de ese gilipollas.

—Después de lo que te pasó con ese cabrón no has vuelto a estar con otro chico, y eso me preocupa.

—¿Te preocupa que no quiera que otro hombre se aproveche de mí y me parta el corazón? Pues vaya una mierda de amiga.

—No seas borde conmigo, eso guárdalo para tus admiradores. Yo ya sé que detrás de esa fachada de hielo hay una chica romántica y apasionada y que, por más que intente disimularlo, está deseando encontrar un amor que la complemente.

—¡Ya, claaaro! Como que eso es tan fácil.

—Si no dejas de comportarte así con los chicos desde luego que no va a ser nada fácil. Lo que me preocupa es que te has vuelto tan insensible que si sigues así vas a acabar más sola que la una y, te conozco, tú no sabes estar sola. Como también estoy segura de que ese sueño que tenías cuando éramos unas crías de casarte y formar una familia aún sigue vivo en ti. Además, sé lo mucho que te gustan los niños, por eso quieres ser maestra y trabajas en un comedor de monitora.

—Sí, me encantan los niños, y por eso cuando tengas el tuyo voy a ser la madrina más empalagosa del mundo mundial. Además, conociendo a Pedro, no entiendo cómo quieres que me enrolle con él, ya que es el típico machito que va dejando corazones rotos a su paso.

—Todo donjuán tiene a su doña Inés, quién sabe, igual eres tú la que está predestinada a cambiar a ese loco y desenfrenado donjuán. Y te puedo asegurar que dentro de él hay un buen hombre.

—Sí, claro, ¿y tú cómo lo sabes?

—Por las cosas que Ricardo me explica. Siempre puede contar con él y nunca le ha fallado. Eso solo lo hace un buen amigo y una buena persona.

—Sí, y es un mujeriego, no lo olvides, y yo no estoy dispuesta a hacer de doña Inés. Prefiero quedarme como estoy.

—Está bien, que conste que lo he intentado. Ahora será mejor que saquemos la cena, ya los hemos hecho esperar demasiado.

***

Ricardo estaba sirviendo dos copas de vino que Raquel le había dicho que abriera cuando los habían dejado en el pequeño comedor mientras ellas preparaban la cena.

—¿Qué te ha parecido Rocío? —le preguntó ofreciéndole una copa.

—Una tía muy borde y con muy mala leche.

—Eso es porque no la conoces, en el fondo es una buena chica.

—Síií, tan, tan, tan al fondo que, si ella misma quisiera buscar su yo amable, no podría encontrarlo.

Ricardo sonrió al escuchar a su amigo.

—¿No puedes negar que es un bombón?

—Eso no te lo puedo contradecir, está muy buena. Pero vale más la pena una tía fea y cariñosa que una tía guapa y tan gélida que lo único que puede producirte son escalofríos.

—Estoy seguro de que, si te lo propusieras, podrías conseguir que toda esa frialdad desapareciera.

—¡Buuuf! Demasiada faena para echar un polvo. —Ricardo volvió a reír—. ¿Y tú te consideras mi amigo?

—Ya sabes que yo siempre quiero lo mejor para ti.

—No creo que esa bruja sea lo mejor para mí.

—Por lo poco que sé, antes no era así.

—¿Sabes qué le pasó para cambiar?

—No demasiado, solo que un hijo de puta le hizo mucho daño. Raquel está muy preocupada por ella, dice que si sigue así se va a convertir en una vieja amargada.

—Raquel está ciega, esa chica ya es una amargada y no creo que tenga remedio.

—Pues en el ascensor no le quitabas los ojos de encima, y conozco esa mirada.

—¿Qué mirada?

—Esa que dice: «Quiero arrancarte las bragas a bocados».

—Tú ya sabes que a mí todas las bragas me gustan. —Se rio consiguiendo que Ricardo lo hiciera con él.

Justo en ese momento, entraron las chicas con las pizzas.

—¿De qué os reís? —preguntó Raquel al entrar.

—De que tenemos tanta hambre que nos comeríamos hasta vuestras bragas —bromeó Pedro mirando a Rocío, que esquivó su mirada al oírle decir eso.

—No puede ser. ¿Le has contado nuestra primera conversación telefónica?

—Nooo —contestó Pedro riéndose mintiendo para salvar a su amigo—, pero me gustaría escucharla, parece interesante.

—Anda sentémonos a cenar —propuso Ricardo para zanjar ese tema.

Mientras comían y conversaban, Pedro no podía dejar de fijarse en todos los movimientos y gestos de Rocío. Cuando se reía parecía mucho más guapa de lo que era normalmente, y eso que resultaba bastante bonita aun con esa mala leche que la rodeaba como un aro celestial.

Aunque lo que más le sorprendía era verla observar a Raquel y a Ricardo cuando se hacían arrumacos o se decían cosas bonitas y demasiado cariñosas como todos los enamorados, sobre todo los que estaban en esa primera fase de enamoramiento como les pasaba a ellos que resultaba bastante empalagosa para Pedro. Pero a Rocío parecía darle envidia verlos, como si ella anhelara que alguien fuera así con ella, como si necesitara vivir una experiencia así de empalagosa.

Al darse cuenta de eso recordó las palabras de Ricardo: «Un hijo de puta le hizo mucho daño». Justo en ese instante no podía dejar de pensar: «¿Quién la habría dañado tanto y hasta qué punto le habría roto el corazón?». Aunque viendo los resultados más bien se lo había hecho añicos, ya que solo una mujer con el corazón destrozado podía ser tan borde como ella.

Cuando terminaron de cenar, Pedro se despidió; Raquel y Ricardo, que iba a pasar la noche con ella, lo acompañaron hasta la puerta, y Rocío, cómo no, se había ofrecido a recoger la cocina para no tener ni que acompañarlo ni despedirlo, simplemente le había hecho un gesto con la

cabeza y había desaparecido por la puerta, esa había sido su forma de decirle adiós. El desplante de Rocío lo había dejado bastante machacado, ya que nunca se había sentido rechazado por una chica, y esta parecía haber nacido con ese don.

***

Después de hacer el amor desenfrenadamente, Raquel estaba recostada en el pecho de Ricardo.

—¿Crees que a Pedro le ha gustado Raquel?

—Creo que más bien le han gustado sus desplantes, aunque él no lo crea.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida.

—Sí. Nunca he visto a Pedro enfadarse tanto porque una chica no haya querido darle un beso de despedida. —Sonrió muy divertido.

—Se ha ido enfadado, ¿verdad?

—Estaba más cabreado que cuando le dan una paliza en el *ring*.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Según, no está acostumbrado a que las tías lo traten mal, y tu amiga es una especialista en eso, lo cual podría tener varios desenlaces: que pase de ella o que quiera conquistarla nada más que para demostrarse a sí mismo que puede hasta con ella y después, cuando lo haya conseguido, darle la patada, como a todas. O es probable que intente conquistarla, ella se lo ponga muy difícil y que así sea él el que termine cayendo en su propia trampa.

—La única que me gusta es la última y, si intenta algo con ella, adviértele que no le voy a permitir que le haga daño porque, si lo hace, le cortaré los huevos.

—¡Joder con la amenaza!

—Esa se me ha pegado de Rocío. —Sonrió.

—Típico de ella, no de ti. ¿Vas a contarme por qué quieres emparejar a estos dos?, ya sabes cómo es Pedro.

—Lo sé, pero también sé que solo un hombre como él, conquistador y seductor, es capaz de conseguir que Rocío vuelva a vivir. Un buen chico solo echaría a correr con sus desplantes, uno como Pedro, sin embargo, pelea por lo que quiere hasta conseguirlo.

—Puede que tengas razón. Y, ahora, vamos a hablar de cómo vamos a decirles a nuestros padres que estamos embarazados. —Raquel se rio al oírle decir eso—. ¿Lo hacemos juntos o por separado?

—Creo que será mejor que yo hable con mis padres, y tú con tu madre.

—¿Crees que tu padre querrá matarme? ¿Por eso no quieres que esté presente? —Ella volvió a reír.

—No, es que ni siquiera te conocen y prefiero hablar primero con ellos antes de presentártelos formalmente.

—Está bien, se hará como tú quieras.

—Gracias, y gracias por venir a impedirme que cometiera tal atrocidad.

—De nada. Pero, eso sí, prométeme que nunca más decidirás algo tan importante como eso sin antes consultarlo conmigo.

—Te lo prometo, nunca más volveré a decidir nada sin ti. Te amo.

—Yo a ti más —dijo dándole un beso.

—No, yo más —le replicó ella con otro beso.

—No, yo más —insistió y volvió a besarla.

—No, yo más. —Se rio ella besándolo una vez más.

—Esta conversación podría no tener fin, ¿verdad?

—Creo que sí.

Besándola con mucha pasión volvieron a amarse para después quedarse abrazados, él pegado a su espalda con las manos sobre su vientre.

—Me va a encantar ser padre —le susurró al oído—, y voy a adorar a este bebé, ya sea chico o chica.

—Vas a ser un padre maravilloso, él también va a adorarte, y yo os voy a adorar a los dos. Buenas noches, cari.

—Buenas noches, princesa.

Con un último beso se quedaron dormidos.



Capítulo 27

Samanta y César estaban reunidos en el despacho de él decidiendo las próximas publicaciones, era sábado y la planta de dirección estaba bastante inactiva, ya que mucha gente no iba a trabajar, pero ellos, siendo los jefes, no podían faltar. Mientras debatían entre un tema y otro, escucharon unas voces muy fuertes justo detrás de la puerta del despacho, los dos se miraron y decidieron salir para ver qué estaba ocurriendo.

La gran recepción que separaba los despachos de Samanta y César se dividía en dos y justo en el medio estaba la mesa de María, la chica que hacía de secretaria para ambos, de esa forma accedía a ellos con la misma facilidad. Aunque muchas veces María se preguntaba para qué tenían dos despachos si siempre estaban juntos, ya fuera en el de él o en el de ella, solo se quedaban solos si uno de los dos no estaba en el edificio.

Eran las doce del mediodía cuando, de repente, se abrió el ascensor y apareció un hombre muy grande, muy fuerte y muy cabreado, tan cabreado que el saludo a esa pobre chica fue un rugido.

—¡¡Quiero ver inmediatamente al señor Sam Moreno, y no se le ocurra decirme que está reunido como cada vez que he intentado contactar con él porque si lo hace no sé de lo que soy capaz esta vez!!

—¿A quién debo anunciar? —preguntó asustada al verlo tan alterado—. Aunque he de decirle que no sé si podrá recibirle.

Mentía, porque sabía que los sábados ninguno de los dos estaba tan ocupado como para no recibir visitas, pero a ella le habían advertido, antes de darle el trabajo, que debía confirmar las citas con cualquiera de los dos y asegurarse de que ellos quisieran ver a esa persona, en especial Samanta, que nunca recibía visitas, de eso siempre se encargaba César.

—Mira, ¡¡me importa una mierda que pueda o no recibirme y, si no consigue ahora mismo que lo vea, entraré en cada uno de los despachos hasta encontrarlo!!

—Pero…

—¿Qué está ocurriendo? ¿A qué viene tanto alboroto? —preguntó Samanta indignada al ver a ese hombre tan grande como un armario gritar como un energúmeno a su secretaria—. Si no se tranquiliza inmediatamente nos veremos obligados a llamar a la poli…

Las palabras se murieron en su garganta e incluso ella creyó que estaba muerta, ya que el corazón le había dejado de latir y las pulsaciones habían desaparecido, al darse la vuelta Víctor Delgado y clavar su mirada fría y penetrante en ella.

—¿Quieres llamar a la policía? ¡Adelante, llámala, pero no voy a irme de aquí hasta que hable con el señor Sam Moreno!

César, al ver cómo Samanta se había quedado al tener delante de ellos a Víctor Delgado, dio un paso al frente poniéndose delante de Samanta para esconderla de la mirada de ese hombre.

—Yo soy Cé…, Sam Moreno…

Nada más decir esas palabras el derechazo de Víctor en plena cara lo lanzó al suelo, al caer,

casi fue acompañado por Samanta, ya que el golpe lo había tirado hacia atrás, donde ella se mantenía oculta en la espalda de César. Al ver derribarse a su compañero al suelo Samanta reaccionó.

—¡¿Te has vuelto loco?! —gritó enfadada—. ¡¡Vete de aquí ahora mismo antes de que llame a la policía!!

Seguía gritando mientras ayudaba a César a levantarse con la boca llena de sangre.

—Aún no he terminado con esta sanguijuela.

Samanta, al oírle decir eso, se puso delante de César, esa vez protegiéndolo con su cuerpo.

—Tendrás que golpearme a mí primero porque no voy a apartarme —le advirtió muy seria mirándole a los ojos.

Mientras lo hacía, temblaba al volver a estar frente a él después de tantos años, y al mismo tiempo rezaba para que no la recordara porque eso sí que no sería capaz de soportarlo.

—¡Apártate, esto es entre él y yo! —volvió a gritar Víctor.

—Cariño, déjanos solos —le pidió César repuesto por el golpe a traición que Víctor acababa de darle.

—¡Ni se te ocurra moverte! —ordenó Samanta, pues no iba a permitir que se enfrentara a Víctor y volvió a encarar a ese hombre que ni siquiera la miraba, pues toda su atención estaba puesta en César—: Y bien, señor Delgado —dijo muy cabreada—, ¿será capaz de pegar a una mujer? —Víctor pasó su mirada de uno a otro.

—Como suponía, eres un cobarde que te escondes detrás de tus empleados —citó mirando a Samanta que le interceptaba de nuevo el paso antes de centrar la vista una vez más en César y añadió—: como lo haces detrás de tu maldita revista. Si tienes algo contra mí, ¿por qué no me lo dices de una maldita vez y a la cara, en vez de atacarme constantemente a través de esta revista? Llevas muchos años amargándome la vida con tus artículos, siempre al acecho, siempre escribiendo cualquier error mío por insignificante que sea, pero nunca eres capaz de alabar mis victorias, que son muchas. Pero ¡no! Tú solo ves lo malo. Sin embargo, eres capaz de alabar a cualquiera en el mundo del deporte por más malo que sea excepto a mí. Y ahora mismo quiero saber por qué lo haces. ¡Te exijo una explicación! Porque, ya que te tengo frente a mí, puedo estar seguro de que no nos conocemos, y ¡por eso te exijo que me expliques por qué siempre te ensañas conmigo en esta mierda de revista!

César no sabía qué decir que fuera un poco creíble, ya que los verdaderos motivos de sus publicaciones solo había una persona que pudiera explicarlos, y él sabía que Samanta nunca los diría, ni siquiera sometiéndola a tortura, aunque él se dejaría matar antes de traicionarla.

—No tengo nada contra ti —confesó muy decaído— y, como bien has dicho, no nos conocemos.

—Entonces, ¡por qué no dejas de inventar mentiras sobre mí y me dejas en paz de una puta vez! Esta vez te has pasado, y mis abogados van a cerrarte esta mierda de revista que solo dice estupideces.

—Bien, entonces nos veremos en el juicio.

—No te quepa la menor duda.

Nada más decir eso se dio la vuelta y se dirigió a los ascensores, cuando se volvió para apretar el botón, su mirada quedó clavada en Samanta, que seguía en el mismo sitio sin poder moverse. Al ver la frialdad en sus ojos, ella no pudo evitar estremecerse asustada. Cuando se cerraron las puertas del ascensor, César cogió sus hombros y la apartó con mucha suavidad para poder por fin apartarse de la pared donde Samanta lo había arrinconado para protegerlo de la furia de Víctor, diciéndole con calma para que reaccionara:

—Se ha marchado, Sam, ya no está, respira.

—¡Oh, Dios mío! ¿Crees que me ha reconocido?

—Vamos, cariño, han pasado veinticuatro años, ¿de verdad crees que lo haría? —Agarró su cintura y la entró en el despacho para sentarla en el sofá.

Dirigiéndose al mueble bar llenó un vaso de agua y se lo puso en las manos, para que pudiera recomponerse de la impresión.

—Yo lo he reconocido, él también podría reconocerme a mí.

—Tú no has dejado de perseguirlo durante todos estos años, como bien ha dicho él, para amargarle la vida a través de esta revista, por eso no tenías que reconocerlo, más bien eso te ha impedido olvidarlo. Él, sin embargo, lleva veinticuatro años sin saber nada de ti, es imposible que supiera quién eres.

—Tienes razón. —Suspiró aliviada—. Es imposible que se acuerde de mí. —Cuando vio a César limpiándose el labio, ya que aún seguía sangrando, se levantó rápidamente y le preguntó preocupada—: ¿Te duele?, mierda, lo siento. Nunca me imaginé que llegaría a ponerse así, ni siquiera creí que leería nuestra revista.

Mientras hablaba, cogía un pañuelo de encima del escritorio y le limpiaba la sangre con manos temblorosas, pues aún no se había repuesto de la impresión de volver a ver a Víctor.

—Estoy bien, no te preocupes. Solo ha sido un golpe y porque me ha pillado desprevenido.

—El muy cobarde, arrea sin avisar y a traición.

—Gracias a Dios que tuvimos la idea de fusionar nuestros nombres para firmar los artículos porque no creo que hubieras podido encajar este derechazo. El *jodío* es una mole y pega con ganas.

—Ya, siempre fue muy grande.

—¿Cuando lo conociste también era así?

—No, era un poquito más bajo y no tan corpulento. Los años y el deporte parecen haberlo perfeccionado, ¿no crees?

—Sí, después de los dieciocho los hombres aún seguimos creciendo y nuestro cuerpo aún no está del todo desarrollado, y por lo que se ve él se ha desarrollado muy bien. Para tener cuarenta y dos años está impresionante, aunque en su caso es normal, ya que nunca ha dejado de jugar al baloncesto. Cuando se jubile veremos si puede seguir conservando ese cuerpo Danone.

—Parece que no solo a mí me ha trastornado ver a Víctor.

—Mira, cariño, ese hombre es capaz de perturbar hasta a un hetero de esos que aún no saben qué acera les gusta más, así que imagínate a un gay como yo, que hace más de quince años que salí del armario. Es guapo, alto y con tantos músculos que solo te dan ganas de gritarle: ¡Aplástame con toda esa musculatura y haz conmigo lo que quieras porque soy todo tuyo!

Samanta no pudo evitar reírse a carcajadas al escuchar a César decir eso, muchas veces se olvidaba de que era gay, ya que no tenía movimientos afeminados ni nada que a simple vista pudiera hacer que la gente que no lo conociera pensara que no era hetero de pies a cabeza. Él no se avergonzaba de su sexualidad, pero ni lo gritaba a los cuatro vientos ni intentaba esconderlo, simplemente era como era. Un hombre que a simple vista podía quitarle el sentido a cualquier mujer, ya que era alto, delgado, pelo castaño y cara de niño, aun teniendo ya los cuarenta y dos años, conseguía que casi todas las mujeres que lo acabaran de conocer bebieran los vientos por él; hasta que él, muy amablemente y con mucha cortesía, les confesaba su debilidad por el sexo masculino.

—¿De verdad puede gustarte ese animal? —preguntó enfadada.

—Cariño, cualquiera con ojos en la cara reconocería al mirar a Víctor Delgado que está

buenísimo.

—Tonterías, ese hombre solo es pura fachada, su interior apesta por muy bueno que esté.

—¿Ves?, hasta tú reconoces que está bueno.

—Anda, cállate, y deja de decir tonterías.

—Sí, sí, tonterías. Daría mi brazo derecho por poder pasar una noche con él.

—Eso sí que es imposible, Víctor es el hetero más hetero que nunca hayas conocido. Si en la universidad se llegó a comentar que formó un trío con dos chicas, creo que eran primas.

—Ya, eso también llegué a oírlo. En esa época Víctor era todo un líder, todos los tíos querían ser como él; guapo, atlético, mujeriego y la estrella del baloncesto y, para colmo de males, se convirtió en la envidia de todos consiguiendo que lo fichara el Pamesa Valencia en su primer año de universidad. Desde entonces, siempre ha estado en lo más alto.

—Ya, es normal que todos los chicos quisieran ser como él.

—Menos yo, que estaba loco por él.

—¡¿De verdad?! ¿Estabas enamorado de Víctor?

—Bueno, enamorado, enamorado no, pero me gustaba, como a todas las mujeres, fue mi primer amor platónico.

—No me lo puedo creer. ¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Porque si en esa época te lo hubiera dicho no hubieras querido volver a verme ni en pintura. Y como cualquier cosa entre él y yo era imposible, porque como bien has dicho antes es el hombre más hetero que has conocido, para qué iba a hablar de ello.

—Tienes razón, es una tontería seguir hablando de esos años, será mejor que cambiemos de tema.

—Sí, podemos cambiar de tema y así podrás contarme qué artículo publicaste ayer.

—Tú no estabas y tuve que tomar una decisión.

—¡Oh, no, Samanta! Dime que no has publicado el artículo de los anabolizantes, ese que te he dicho tantas veces que destruyeras porque no tenemos suficientes pruebas para acusar a Víctor.

—La gente tiene derecho a saber la verdad.

—¡Joder, Samanta! Esta obsesión que tienes para humillar y criticar a Víctor tiene que terminar. No puedes acusar a alguien de algo tan grave sin tener pruebas.

—Tengo un presentimiento, y mi fuente es fiable. Fue la misma que me ayudó a desvelar que Víctor estafaba en la declaración de Hacienda.

—Si no recuerdo mal, fue su gestor que quiso estafarlo a él y, gracias a nuestro artículo, él pudo descubrir que lo engañaba y lo despidió.

—Sí, claro, eso fue lo que él declaró, pero yo estoy segura de que el gestor fue una víctima de Víctor. Cuando uno tiene dinero y poder puede hacer lo que quiera, como inculpar a tu gestor y así tú salirte de rositas. A saber el dinero que le pagó para que él mismo se declarara culpable.

—No seas injusta, Sam, aquella vez te pasaste y ahora te has vuelto a pasar tres pueblos.

—Ya veremos cuando empiecen a controlarlo y las pruebas que les hagan a sus jugadores den positivo en esteroides.

—No sé qué voy a hacer contigo.

—Aguantarme, no te queda otra.

—Sí, pero a la próxima recuerda que todo el mundo cree que Sam soy yo y no tú, así que los palos me los llevo yo y no tú. —Se tocó el labio que empezaba a hinchársele por segundos.

Samanta se levantó y se acercó a la pequeña nevera para sacar una bolsa de cubitos liando dentro de un trapo unos cuantos, para después ponérselos con cuidado en el labio diciéndole con cariño:

—Ese fue nuestro trato al embarcarnos en esta locura, yo no quería que nadie supiera que escribía los artículos, y tú ofreciste una solución; fusionar nuestros nombres utilizando mi diminutivo, que parece nombre de hombre, y tu apellido. Déjatelo un ratito para evitar que se te queden los morros como a Mick Jagger.

—Gracias. —Sonrió con sarcasmo—. Lo hice por una cuestión de principios, no podía consentir llevarme toda la gloria.

—A mí no me importaba, solo quería seguir pasando desapercibida.

—Ya, pero yo me quedo más tranquilo sabiendo que tu nombre, aunque solo sea el diminutivo, aparece junto con mi apellido; así, aunque la gente lo ignore, somos los dos los que aparecemos en todas las publicaciones. Somos socios, bonita, para lo bueno y para lo malo.

—Tú mismo lo has dicho; para lo bueno y para lo malo, y esta vez te tienes que tragar un marrón.

—Eres mala, ¿lo sabías?

—Sí. Siempre que se trate de Víctor puedo llegar a ser muuuy mala.

—No tienes remedio. Deja que eche un vistazo al artículo para saber hasta dónde nos puede salpicar la mierda esta vez.

—No seas tan exagerado. Te dejo solo, voy a mi despacho a hacer unas cuantas llamadas.

***

Cuando Samanta lo conoció fue justo un año después de tener a Ricardo, cuando volvió a matricularse para así poder terminar la carrera, ya que tuvo que tomarse un año sabático, pues no quería que nadie en la universidad supiera que estaba embarazada y que le fueran con el cuento a Víctor.

Ella había decidido tener a Ricardo y para eso no necesitaba a nadie, solo a sus padres, y mucho menos a un hombre que la había engañado y se había burlado de ella con sus amigos.

Gracias a ese año sabático nadie en la universidad supo nunca de su embarazo, ya que el romance entre ellos empezó un par de meses antes de terminar ese primer año de universidad y, cuando empezaron las vacaciones de verano, a ella no se le notaba la barriga, ya que solo estaba de tres meses. Como nada más terminar su romance con Víctor ella volvió a ser invisible para todo el mundo, e incluso dejó de ser el centro de las burlas —pues empezó a vestir un poco más moderna, pero con mucha sencillez—, pasó desapercibida.

Nunca quiso que nadie la recordara, ya que temía que ese vídeo que Víctor grabó de ellos haciendo el amor corriera por todo el campus como la pólvora para que todos se rieran de ella, así que si nadie sabía quién era esa chica espectacular, como todos la vieron esa noche junto a Víctor, nadie podría apuntarla con el dedo y decir: «Mira, esa es la chica que sale en el vídeo que nos pasaron, ¿os acordáis?».

Ese año sabático sirvió para que las cosas se calmaran y se olvidaran, y así ella pudiera retomar las riendas de su vida, también para poder disfrutar de Ricardo en sus primeros meses de vida, eso sí fue increíble y bonito para ella.

Conocer a César la ayudó muchísimo, ya que él apareció en su vida cuando ella más necesitaba un amigo, y desde ese día se hicieron inseparables, pues estudiaban la misma carrera, iban a las mismas clases y tenían serios problemas de autoestima. Ella, por su aberración a los hombres después de lo que Víctor le hizo, y él, por su condición sexual. Los dos se volcaron en ayudarse el uno al otro y, después de tantos años, seguían haciéndolo. Samanta fue la que lo animó y apoyó para salir del armario, y él siempre le estuvo muy agradecido por ello.

César le había dicho muchas veces que el destino le había hecho repetir un curso para poder conocerla, pues sus vidas no hubieran sido tan perfectas el uno sin el otro. Se querían, se apoyaban, se aconsejaban, parecían el matrimonio perfecto sin estar casados.

Cuando acabaron la carrera se pusieron a trabajar en el mismo periódico local y, con los años, los dos se asociaron para fundar una revista deportiva, donde pudieran criticar o adular a todas las estrellas del deporte, ya fueran buenos o malos y, sobre todo, sin escrúpulos ni pelos en la lengua.

Esa idea se le ocurrió a Samanta una tarde en su habitación mientras estudiaban para un trabajo que el profesor les había mandado y cuidaban de Ricardo mientras sus padres estaban en la panadería. Samanta le propuso a César que el trabajo fuera sobre la corrupción en el deporte, como los dopajes y los anabolizantes, y les salió tan bien que Samanta empezó a soñar con montar una revista donde pudieran publicar la cara oculta de los deportistas de élite, esa que nadie veía, y disfrutaba imaginando poder destrozar esa vida perfecta que Víctor se había montado al conseguir su gran sueño siendo la estrella del Pamesa Valencia, mientras la vida de ella se había truncado gracias a él.

Cuando César le dijo que le gustaba esa idea, y que podía contar con él, ella lo hizo y, con mucho esfuerzo, consiguieron lanzar su primera publicación que, como era de imaginar, fue atacando a Víctor y humillándolo por un pequeño error en la cancha que le costó a su equipo una gran victoria. Esa fue la primera vez que Samanta disfrutó de verdad escribiendo un artículo. Después de eso, escribir todo lo malo que Víctor hacía, tanto en la cancha como en su vida privada, se convirtió en uno de sus pasatiempos preferidos, y de eso hacía ya casi diez años.

Les iba muy bien, ya que era una de las revistas deportivas más vendidas y precisamente por eso; por desvelar los secretos, las mentiras y los fallos de las mejores estrellas, eso les había llevado muchas veces a juicio, pero, como decía Samanta: «La verdad a veces no es justa, sino dolorosa, y nosotros estamos para desvelarla cueste lo que cueste».



Capítulo 28

Víctor llegó a su casa y aún seguía muy cabreado, partirle la boca a Sam Moreno no lo había tranquilizado, y también se había quedado con las ganas de darle una tunda a esa mujer por entrometida, ya que gracias a ella no había podido terminar de darle su merecido a ese periodista que siempre andaba inventado mentiras sobre él.

Nada más verlo la sirvienta acudió a su encuentro.

—Señor, el señor Carmona está esperándole en el salón.

—Gracias, Romí. ¿Ha llegado mi mujer?

—No, señor.

—¿Y mi hija?

—Tampoco.

—Estaré en el salón.

Al entrar al salón vio a Ángel de espaldas mirando por la ventana que daba al jardín y a la piscina, estaba tan absorto que ni siquiera se había dado cuenta de que acababa de entrar, así que, acercándose a él muy despacio para sorprenderlo, le preguntó alzando la voz:

—¡¿Te apetece un baño?!

Ángel, girándose bruscamente de un brinco, le gritó a su vez:

—¡Joder, macho! Qué susto me has dado. Si querías matarme de un ataque al corazón casi lo consigues. ¿Dónde has estado? Llevo un rato esperándote.

—Pues he salido con la intención de matar a un periodista, pero la estúpida de su ayudante no me ha dejado.

—¿Y desde cuándo te preocupa lo que piense una mujer de ti?

—No ha sido por lo que pensara de mí, sino porque para matarle a él también me hubiera tocado acabar con ella.

—¿Por qué?

—Porque lo protegía con su cuerpo.

—Deben de pagarle muy bien —bromeó Ángel con una sonrisa intentando hacerse el gracioso sin conseguirlo, ya que Víctor no estaba de humor— o es una estúpida.

—A mí me ha parecido valiente porque no se intimidaba ante mí y mira que estaba cabreado. Y ya sabes que cuando estoy cabreado doy miedo.

—Uuuy, sí, mucho —volvió a bromear Ángel.

—Pues sí, pero por más que la miraba ella no se inmutaba.

—¿La misma revista de siempre?

—Sí, la misma tocapelotas. Estoy de la revista esa hasta los mismísimos, y te juro que esta vez no voy a parar hasta conseguir que la cierren, aunque sea lo último que haga en mi vida o aunque acabe con todo mi capital.

—¿Serías capaz de arruinarte por cerrar esa revista?

—No la has leído, ¿verdad?

—No, esta vez no. ¿Qué pueden haber dicho para que estés así? Recuerdo la vez que te acusaron de malversar fondos, aquello también fue muy fuerte, sin embargo, no arremetiste contra ellos.

—Gracias a ellos descubrí que mi gestor me estafaba, más bien debí agradecérselos, pero con todo lo que me han hecho preferí ignorarlos. Esta vez se han pasado.

—¿Qué han dicho?

—¿Quieres que te lo lea?

—Sí.

—Está bien. —Acercándose a la mesa cogió la última edición de la revista *Toda la verdad sobre el deporte* y leyó—: «Víctor Delgado. ¿Buen entrenador, antes el mejor jugador, o simplemente adicto a los anabolizantes?». Ese es el titular y el artículo dice así: «Si pensaban ustedes que ya nada podía sorprenderles en el mundo del deporte es porque aún no han leído este artículo. No pueden imaginar hasta dónde llega la corrupción en este mundillo cuando uno de nuestros mejores entrenadores, el más aclamado jugador de baloncesto en su época, el más grande de todos los tiempos, capitán del equipo que fue el Pamesa Valencia casi desde que entró hace ya veinticuatro años y ahora entrenador del Valencia Básquet Club acaba de dejarnos destrozados. Ya que acabamos de saber que administra a sus jugadores anabolizantes y no sabemos desde cuándo. También podríamos apostar y ganaríamos que él mismo los ha estado tomando durante toda su carrera, por eso era tan bueno y tan increíble en la cancha. ¿Desde cuándo lleva usted engañándonos, señor Delgado? ¿Siempre fue así de bueno o eran y son los anabolizantes los que lo convirtieron en ese grandísimo jugador que vimos en la cancha antes de retirarse y en el magnífico entrenador que vemos ahora? ¿Cuánto llega a consumir para que a sus cuarenta y dos años aún esté tan en forma? ¿Y cuánto obliga a tomar a sus jugadores? Ya basta de tantas mentiras, señor Delgado. ¿No cree que ya es hora de retirarse? Ahora que todos sabemos la verdad espero que cuelgue esa camiseta que no se merece y se desintoxique en una clínica. Espero que todos hayan disfrutado leyendo este artículo tanto como yo lo he hecho escribiéndolo. Nos vemos en la próxima edición. Sam Moreno —leía deprisa y casi sin respirar porque según lo hacía volvía a cabrearse.

—¡Joder, macho! Te ha puesto fino. ¿Tú estás seguro de que nunca le has hecho nada a ese Sam Moreno?

—No, y ahora estoy más seguro que nunca. Antes tenía mis dudas, pero después de tenerlo delante de mí estoy convencido de que no lo he visto en mi vida.

—Pues no entiendo por qué se ceba tanto contigo. Míralo por el lado bueno, es la primera vez que ese periodista dice algo bueno de ti, aunque sea entre tantas mentiras.

—No sé qué le ves de bueno a tanta bazofia —decía cada vez más cabreado.

—Es la primera vez que reconoce que fuiste el más aclamado y el más grande de todos los tiempos. ¡Ah! Y un magnifico entrenador ahora.

—En eso tienes razón, lleva todos estos años amargándome la existencia desde que lanzaron la primera edición, en la cual, cómo no, me puso a caldo en su primer artículo. Y después de tantos años solo ha sabido criticar mis acciones, como jugador y como entrenador, pero, eso sí, nunca habla de mis victorias y han sido muchísimas más que equivocaciones, y eso es lo que nunca entenderé. Cualquier otra revista critica como ellos mis fallos, pero también alaba mis éxitos. Incluso ellos, con otros jugadores o entrenadores o hasta árbitros, son capaces de criticar o alabar dependiendo de cómo lo hagan, pero a mí no, a mí solo me atacan, y cuando lo hago bien simplemente se callan. Cuando le pregunté por qué, ¿sabes qué me dijo?

—No. ¿Qué te dijo?

—Que no tenía nada contra mí. Esa fue su explicación y eso es lo que más me cabrea.

—¿Qué piensas hacer ahora? ¿Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea?

—Lo sé. Quiero que el lunes reúnas a los chicos y quiero una prueba de orina de todos, que no falte ninguno. ¿Entendido?

—Sí, no te preocupes.

—Vamos a empezar a limpiar nuestro nombre y cuando tengamos esos resultados le daremos con ellos en los morros a ese San Moreno. Después lo llevaré a los tribunales por tantas mentiras como ha escrito en esa porquería de revista y lo obligaré a cerrar esa mierda…

—¿Papá? —Entró gritando Raquel al salón consiguiendo que los dos se volvieran hacia ella —. ¡¿Por qué está la casa rodeada de periodistas?! —mientras preguntaba eso a su padre se acercaba a Ángel para darle un beso—. Hola, tío.

—Hola, cariño.

—Ya decía yo que tardaban mucho en llegar. Hola, bichito, ¿te han molestado? —Le dio un fuerte abrazo y un beso a su hija con mucho cariño—. Porque si lo han hecho saldré ahí afuera y les patearé el culo a todos.

—Lo de siempre, avasallarme a preguntas, pero no he dicho ni «mu». —Sonrió a su padre devolviéndole el beso—. ¿Qué has hecho esta vez? —le reprendió como a un niño pequeño, consiguiendo que su padre sonriera.

—¡¿Yooo?! Será posible que hasta mi propia hija me pregunte qué he hecho.

Raquel no pudo evitar reírse a carcajadas.

—Es broma. ¿Qué bicho les ha picado esta vez? —preguntó muy seria— ¿Y por qué casi están acampados en nuestro jardín? No sé qué me han preguntado sobre unos anabolizantes. ¿Qué está pasando, papá?

—Nada, cariño, que ese maldito periodista no sabe cómo seguir criticándome y ahora se pone a inventar tonterías, como que me dedico a repartir anabolizantes a mis jugadores y no sé cuántas cosas más. Pero no te preocupes que esta vez voy a cerrarle el chiringuito.

—¡Qué fuerte! ¿Por qué inventa tantas mentiras?, te juro que me gustaría arrancarle los dientes a puñetazos —habló Raquel muy indignada.

—¡Esa es mi niña! Igualita que su padre —bromeó Ángel.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Raquel a su padre.

—Voy a demandarlo y no voy a descansar hasta conseguir que cierren esa revista de mierda.

—¡Di que sí, acaba con ellos! La gente no sabe qué inventar para vender sus revistas.

—Sí. Pero olvidémonos de eso y cuéntame cómo has pasado la semana.

—¿Está mamá?

—No, aún no ha llegado del gimnasio, y ya sabes que los sábados queda con sus amigas para ir de tiendas, peluquería y todas esas cosas que hacéis las mujeres. No sé si se quedará a comer con ellas o lo hará con nosotros.

—Bueno, no importa, prefiero hablar contigo primero, pero a solas. —Miró a Ángel para decirle con una sonrisa—: Lo siento, tío.

—No importa, cariño, además, yo ya tengo que marcharme. —Ángel le dio un beso a Raquel y después le preguntó a Víctor—: ¿Quieres que vaya allanando el terreno ahí fuera?

—Sí, déjales bien claro nuestro punto de vista.

Ángel era el segundo entrenador junto a Víctor, pues esa fue una de las cosas que exigió cuando le ofrecieron el puesto, al intentar retirarse del baloncesto, algo que le devolvió la vida a Ángel, ya que hacía dos años que se había retirado al lesionarse la rodilla en un partido y no

pudo volver a pisar una cancha.

A los treinta y ocho años, Víctor decidió retirarse del baloncesto, pues para ese mundo ya era demasiado mayor para seguir jugando, pocos jugadores llegaban tan lejos y más sin lesionarse ni una sola vez, esa era una de las cosas que más orgullo le producía a Víctor cuando hablaba de su carrera; no haberse lesionado nunca.

Desde entonces, no habían vuelto a compartir cancha juntos, aunque nunca dejaron de estar en contacto porque habían sido amigos desde mucho antes de jugar en el Pamesa Valencia y seguían siéndolo después de tantos años, de hecho, eran como hermanos, por eso Raquel le decía «tío», a pesar de no tener ningún parentesco. Ángel sabía que le debía a Víctor volver a pisar una cancha, aunque fuera detrás de la línea, al igual que le debió veintitrés años atrás estar dentro de ella, ya que fue Víctor el que consiguió que Ángel entrara en el Pamesa. Por eso salía por la puerta de la casa dispuesto a enfrentarse a todos esos periodistas para dar la cara por su amigo.

Una vez solos, Víctor esperaba pacientemente para que su hija empezara a contarle eso tan misterioso que no podía decir delante de Ángel y empezaba a impacientarse, pues a ella nunca le había importado hablar de cualquier cosa delante de su tío, y ahora hasta parecía incomodarle tener que contárselo a él. Con la mañana que llevaba e impaciente por saber qué le pasaba a su hija le habló muy alterado:

—¡Vamos, hija!, ¡Por Dios, empieza de una vez, tampoco será tan difícil! —Al ver a su hija ponerse más nerviosa de lo que parecía en un principio, respiró profundamente para intentar tranquilizarse y esa vez le habló más calmado—: Vamos, bichito, sabes que puedes contar conmigo para cualquier cosa, que pase lo que pase voy a apoyarte al cien por cien, ¿verdad?

—Sí, papá, lo sé, pero es muy difícil para mí contarte esto, y después de escucharme no sé si serás tan comprensivo.

—No seas tonta y dime ya de una vez qué te pasa.

—¡Estoy embarazada! —Su padre se quedó muy callado mirándola—. ¿Ves?, sabía que no te iba a gustar.

—Pues no, cariño, no me hace ninguna gracia y si te dijera cualquier otra cosa te mentiría. Solo tienes dieciocho años, ¡joder! ¿Nunca nos has escuchado a tu madre o a mí cuando te decíamos que debías ser precavida al tener relaciones?

—Papá, por favor, no te enfades: lo hecho, hecho está, y por más que te cabrees nada va a cambiar eso.

—Sí, podrías abortar.

—No quiero abortar, papá.

—Raquel, cariño, eres solo una niña para una responsabilidad tan grande, deberías pensarlo bien y si te decides iremos al mejor ginecólogo…

—¡No!, no voy a abortar, no quiero que me pase como a mamá y que nunca más pueda volver a quedarme embarazada.

—Cariño, lo de tu madre fue algo muy distinto, ella sufrió un accidente y el aborto se complicó, eso no te pasaría a ti.

—Quiero tener a este bebé, papá, y no me importa lo que mamá y tú penséis porque voy a tenerlo igualmente.

—Ni tu madre ni yo te obligaríamos a abortar si no quieres hacerlo, y eso lo sabes. Pero quiero que estés totalmente segura de la decisión que vas a tomar porque un hijo es para toda la vida y la tuya, como aquel que dice, está empezando.

—Lo sé, papá, y estamos muy seguros.

—Y, bien, ¿por qué no te ha acompañado David? ¿Tenía miedo a que lo matara por dejarte

embarazada?

—David no es el padre, papá.

—¡¿Qué?! ¿Y quién se supone que te ha dejado embarazada? ¿Y por qué no me dijiste que tú y David habíais roto?

—Rompí con David hace más de un mes.

—¿Por qué?

—Porque conocí a Ricardo y me enamoré.

—¿Y por qué no nos lo contaste? —Víctor cada vez estaba más nervioso.

—Porque no quería que fueras a hablar con David.

—¿Y por qué tendría que hablar con David?

—Porque te conozco, papá, porque para ti David era el chico perfecto para mí. Seguía tus pasos y eso te encantaba, y si te hubiera dicho que habíamos cortado te hubiera dado por intentar reconciliarnos.

Mentía y le dolía, pero no podía hacer otra cosa, prefería inventar esa idea absurda a decirle la verdad, jamás se la contaría, ya que si su padre se enteraba sería capaz de matarlo.

—Eso no es cierto, yo nunca te obligaría a estar con alguien que tú no quisieras.

—Entonces no hablemos de David, ya que hace más de un mes que lo dejamos.

—¿Y de cuánto estás?

—De cinco semanas.

—¿Mas de un mes?

—Sí.

—No entiendo. Hace más de un mes dejaste a David por otro chico, y también estás embarazada hace más de un mes. Pensé que no eras de esas golfillas que se acuestan con un chico nada más conocerlo.

—¡¡Papá!!

—Está bien, discúlpame, pero es que todo lo que me estás contando me pilla por sorpresa —se defendió.

—A ver, déjame explicarte. Conocí a Ricardo tras una llamada de móvil. Ya sabes que me gusta marcar los números a mano, en lugar de buscarlos en la agenda, para que no se me acaben olvidando.

—Sí, sí, ya sé esa manía tuya, pero ve al grano, ¿te equivocaste de número y conociste a ese tal Ricardo? ¿Y qué pasó?

—Pues que en vez de marcar el número de David me equivoqué y, como si fuera cosa del destino, llamé a Ricardo. Ninguno nos conocíamos, y él creyó que yo era su novia al decirle cosas cariñosas, mientras yo creía que hablaba con David. Él me siguió el juego y cuando nos dimos cuenta entablamos una amistad a través del móvil. Me llamaba toooodos los días, quería conocerme, pero yo, por David, le decía que no. Incluso dejó a su novia porque, según él, esas llamadas conmigo le habían abierto los ojos y sabía que lo de ellos estaba muerto. Después de eso, insistió una y otra vez hasta que yo también me di cuenta de que solo esperaba sus llamadas y que cada día me apetecía menos ver a David. Me armé de valor, dejé a David y lo único que deseaba era conocer por fin a Ricardo, así que, aunque fuera una primera cita, en realidad no lo era y esa tensión de tantos días hablándonos y no poder vernos fue como una bomba, así que no pensamos en nada, solo nos dejamos llevar y…

—Bueno, vale, ya me ha quedado bastante claro. Pero todo esto aún me resulta más inapropiado.

—¿Por qué?

—Porque por lo menos a David lo conocías desde hace mucho, pero a este chico, como aquel que dice, acabas de conocerlo. ¿Quién te dice a ti que es el hombre perfecto? No se conoce a una persona en cinco semanas y atarte a un desconocido por un embarazo no me parece una buena idea.

—Le quiero, papá, y te puedo asegurar que Ricardo vale mil veces más que David. Cuando lo conozcas, te gustará, ya lo verás.

—¿Tan claro lo tienes? ¿No hay nada que pueda decirte para que te liberes de ese embarazo?

—No. Voy a casarme con Ricardo y voy a tener este bebé —dijo poniéndose las manos en la barriga—, y nada me lo va a impedir.

—¿Y qué pensáis hacer para criar un bebé? ¿Dónde vais a vivir? ¿Cómo os vais a mantener?

—Alquilaremos un piso.

—¿Y quién pagará ese piso?, ¿yo? Porque a vosotros aún os faltan varios años de carrera, ¿te das cuenta de por qué te digo que es una locura?

—Ricardo termina la carrera este año y antes de que nazca el bebé tendrá trabajo.

—¿Cuántos años tiene?

—Va a cumplir veinticuatro.

—¡Ya! ¿Y que está estudiando? ¿En qué va a trabajar para mantenerte a ti y al bebé? Y eso también dependerá de que encuentre trabajo nada más terminar la carrera, que las cosas no son tan fáciles como os pensáis.

Llegaba la parte que más miedo le daba a Raquel, así que con la cabeza baja y un hilo de voz imperceptible soltó:

—Va a ser periodista.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que va a ser periodista.

—¡¡No me lo puedo creer!! ¡Mi propia hija casada con un periodista! ¡Antes muerto!, ¿me entiendes? ¡Prefiero morirme que verte casada con uno de esos! —gritó señalando a la calle, ya que su casa estaba rodeada de ellos—. ¡En mi casa no pondrá el pie un puto periodista, de eso puedes estar segura!

No paraba de dar vueltas mientras gritaba como un energúmeno.

—¡Pues voy a casarme con él te guste o no te guste!

—Pero ¡¿por qué me haces esto?! ¡¿Qué te he hecho yo para que me castigues de esta manera?!

—Papá, ¡le amo y no me importa que lo aceptes o no, no voy a dejarle por tu fobia hacia los periodistas!

—Pero ¿no te das cuenta de que seguramente es un sucio mentiroso, como todos esos mamones que están ahí afuera como buitres esperando a que salgamos para sacarnos información y luego tergiversar lo que digamos para poder vender más revistas? ¿Con eso quieres casarte?, con un puto mentiroso, un buitre carroñero que te dejará tirada para ir a amargarle la vida a un pobre desgraciado por ser quién es y lo exprimirá hasta sacarle la noticia que él mismo escribirá a su antojo sin importarle las consecuencias que sus palabras puedan ocasionarle.

—¡¡Ya basta!! ¡Ricardo no es así, no todos los periodistas son como ese gilipollas que se pasa la vida amargándote! ¡Y no te voy a permitir que le insultes!

—¡¿Que tú no me vas a permitir que le insulte?!

—¡No, no te lo voy a permitir!

—Entonces será mejor que no lo traigas a esta casa.

—Muy bien, pues, si él no es bienvenido a esta casa, yo tampoco quiero permanecer en ella.

—Raquel se levantó del sofá con lágrimas en los ojos diciéndole a su padre—: Me has decepcionado mucho, ¿lo sabías? Nunca pensé que algún día pudieras llegar a ser tan injusto.

—¡Raquel!

—No, no quiero seguir escuchándote. Cuando entres en razón podrás llamarme y disculparte y hasta que lo hagas no pienso poner un pie en esta casa. Si no aceptas al padre de tu futuro nieto, tampoco nos aceptas a nosotros. —Se puso las manos nuevamente en la barriga llorando con mucha pena—. Adiós, papá.

—Raquel, Raquel, ¡¡no se te ocurra salir por esa puerta…!!

Pero, por más que la llamaba, su hija salía disparada llorando como una magdalena sin volver la vista atrás.

Destrozado, se dejó caer en el sofá preguntándose qué había hecho para merecer tanto castigo. Primero, ese periodista culpándolo de administrar anabolizantes a sus jugadores; segundo, el embarazo de su hija y, tercero y lo más doloroso, que su hija se enamorara de un periodista, de todas las cosas malas que podían pasarle, esa era la peor y la única que nunca podría superar. ¿Cómo iba a aceptar en su casa a un periodista si nada más tenerlo enfrente las ganas de asesinarlo nadie se las quitaría? Y, para colmo de males, si ese chico entrara en su casa Víctor no podría abrir la boca, ya que pensaría que cualquier cosa que dijera al día siguiente estaría publicada, y lo peor es que tergiversaría sus palabras, todas serían mentiras y estarían escritas para dejarlo en ridículo delante de todo el mundo, tal y como hacía Sam Moreno. Dios, ¡cómo odiaba a ese hombre! Ya que, de no ser por él, nunca hubiera tenido problemas con la prensa y entonces no odiaría al futuro padre de su nieto sin conocerlo siquiera. Pero su fobia a los periodistas no le dejaba ser racional y, aun sabiendo que todos no eran malos, él los detestaba gracias a Sam Moreno por hacerle la vida imposible.

El día no podía ir peor, bueno, sí, sabía que, cuando llegara su mujer y se enterara de todo, las cosas iban a ponerse al rojo vivo.



Capítulo 29

César estaba leyendo el artículo de Samanta y cada vez estaba más sorprendido por su osadía. ¿Cómo se le ocurría hacer esa acusación tan fuerte sin tener más pruebas que la palabra de un confidente? Samanta parecía estar perdiendo el norte, cada vez sus acusaciones contra Víctor eran más peligrosas y ese juego debía terminar. Tenía que hablar con ella y pedirle que dejara esa guerra que mantenía contra él o acabaría en la cárcel por blasfema como a Víctor se le hincharan las narices.

Nada más terminar de leer el artículo, se dirigió al despacho de Samanta para intentar, aunque fuera, hacerla desistir con esos ataques o por lo menos que se limitara a criticarlo cuando su técnica como entrenador fuera desastrosa, ya que eso no acabaría llevándolos a los tribunales.

Al entrar la vio en su mesa contestando a una llamada telefónica, cuando acabó de hablar le sonrió.

—Si vienes a echarme la bronca por ese artículo será mejor que te des la vuelta y que vuelvas a tu despacho. Quiero saborear mi victoria y no que me la amargues con toda esa labia que te gastas y me hagas ver que me he equivocado.

—¿Así que sabes que te has equivocado al escribir ese artículo?

—Yo no he dicho eso —replicó molesta.

—¿Entonces?

—Solo me refiero a que empezarás a darme la charla y acabarás haciéndome creer que me he pasado, como siempre.

—Mira, Samanta, eres la mejor periodista que conozco, pero el odio hacia Víctor por lo que te hizo… —Cuando vio la mirada de Samanta se le cortaron las palabras, entonces añadió—: Que no quiero decir que tus razones no sean válidas porque lo que te hizo fue imperdonable, pero debes pasar página, ya que por más que lo ataques él no sabe ni siquiera que eres tú la que está detrás de todo. Entonces, ¿de qué te sirve?

—Atacarlo me hace sentir bien, simplemente por eso lo hago y porque puedo —soltó muy orgullosa de sí misma.

—Y simplemente por eso vas a consentir que tu prestigio se hunda en el lodo, eres una gran periodista, no lo eches todo a perder por él una vez más.

—¿Qué quieres decir?

—Que esta vez te has pasado y que, como Víctor pueda demostrar que sus jugadores no se dopan, tú vas a quedar como una embustera y, si él quiere ser el atacante, esta vez podrá desprestigiarte y conseguir que la gente acabe por no creer nada de lo que se cuente en esta revista y así dejen de comprarla.

—¡Vaya! No me había parado a pensar en eso.

—Claro, estás obsesionada con él y no te paras a considerar las consecuencias de tus actos.

—Vale, no te cabrees, todo va a salir bien. Ya verás como Víctor no puede demostrar que sus

jugadores están limpios.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque lo estoy y no te preocupes que, si algo saliera mal, yo me haría responsable de mis actos, no permitiría que a ti te culparan por mi venganza personal.

—Sabes que eso no me importa y que si tú caes caemos los dos. Juntos en lo bueno y en lo malo, ¿recuerdas?

—Te quiero —dijo abrazándolo y besándole la mejilla—. ¿Sabes?, el único culpable de que no haya vuelto a tener pareja eres tú.

—¡¿Yooo?! ¿Por qué?

—Porque después de Víctor el único hombre al que he querido has sido tú y para mi desgracia eres gay.

Con ese comentario consiguió hacer reír a César.

—Eres mala y sabes cómo camelarme para que se me pasen todos los enfados contigo.

—Eso es porque tú también me quieres.

—Pues sí y a mí me pasa lo mismo, ya que si me gustaran las mujeres estaría profundamente enamorado de ti.

—Lo sé, porque soy irresistible.

Otra vez volvió a hacerle reír y esa vez fue él el que la besó en la frente.

—Anda, vamos a ver qué podemos hacer para arreglar este desaguisado que has montado, por si tu fuente nos falla.

Los dos se pasaron un rato hablando de las posibles consecuencias a las que tendrían que hacer frente si Víctor conseguía probar su inocencia. Al rato apareció Ricardo diciéndoles muy alterado:

—¿Estáis viendo las noticias?

—Hola, hijo. ¿Qué maneras son esas de entrar en mi despacho?

—Lo siento, mamá. —Se acercó a ella y le dio un beso, después se dirigió a César y le dio otro diciéndole—: Hola, tío.

—¿Qué te pasa? —le preguntó César.

César, como aquel que dice, había criado a Ricardo con Samanta porque cada vez que estudiaban en casa de Samanta lo hacían con él mientras le daban la merienda, y todos los días lo llevaban al parque mientras hablaban y preparaban trabajos y exámenes, incluso le había cambiado los pañales más de una vez, por eso se había ganado el título de tío a pulso, ya que nadie más que él podía bordar ese papel, puesto que Samanta no tenía hermanos.

—No habéis visto las noticias, ¿verdad?

—No. ¿Por? —preguntó su madre.

—Porque no sé lo que habéis publicado, pero los medios os están poniendo a caldo.

—¡Mierda! —gritó César cogiendo el mando de la televisión.

Al encender el aparato había un informativo adelantado y, cómo no, hablaban de su revista.

—Parece mentira que una revista deportiva tan prestigiosa y tan valorada por la gente, ya que es una de las más vendidas, sea capaz de publicar tal bazofia contra uno de nuestros mejores deportistas —decía una de las reporteras.

—Sí, creo que esta vez ese tal Sam Moreno se ha pasado un pelín —comentaba su compañero —. Parece que hay movimiento en casa de Víctor Delgado, pasamos en directo con nuestro compañero que está allí cubriendo la noticia.

—¡Mierda! La prensa está en su casa —exclamó atónita Samanta.

—¿Qué esperabas después de la bomba que habéis soltado? —le reprochó Ricardo.

—¡Callaos! —gritó César—. Quiero escuchar lo que dicen.

Todos volvieron a prestar atención a la televisión, justo cuando el periodista que estaba ubicado en la casa de Víctor decía:

—Alguien sale de la casa, sí, es Ángel Carmona. Vamos a ver qué puede decirnos sobre este dichoso artículo que está armando tanto revuelo. Señor Carmona, ¿podría ser tan amable y contestarnos a unas cuantas preguntas?

—¡Por supuesto que voy a contestar a sus preguntas! —habló Ángel muy cabreado.

—¡Dios mío! Ese hombre cabreado es increíble —soltó César.

—¿Increíble en qué sentido? —preguntó Ricardo.

—En todos los sentidos, hijo, que está muy bueno, vamos.

—¡Joder, tío! Tú siempre igual —exclamó Ricardo riéndose.

—¡Callaos!, ¡mierda! —Esa vez era Samanta la que quería escuchar lo que Ángel iba a decir.

—¿Cómo se encuentra el señor Delgado después de haber salido a la luz este artículo?

—Pues, ¿cómo queréis que esté?, indignado y no preocupado, no os confundáis, y no lo está porque no tiene nada que esconder. Nunca ha tomado anabolizantes y mucho menos los reparte a sus jugadores. Eso es una vil mentira que ese periodista ha inventado nada más y nada menos que para desprestigiarlo, como siempre, lo único que hace es criticar a Víctor y, como ya no puede hacerlo porque Víctor últimamente lo único que consigue es llevar a su equipo a la victoria, pues inventa todo esto para hacerle daño, pero no va a conseguirlo porque él mismo me acaba de mandar a que reúna a todos los jugadores para hacerles un análisis de orina a primera hora y, cuando con ellos se demuestre que ese tal Sam Moreno miente, iremos a por todas y esta vez no nos conformaremos con una multa, señor Moreno, esta vez queremos su cabeza. Si quiere seguir inventando historias, hágalo, porque ya le queda poco tiempo. No tengo más que decir, ahora, por favor, será mejor que se vayan porque Víctor no va a salir hasta que las cosas se calmen.

—Cómo me pone ese tío —confesó César embobado mirando la televisión.

—Pues ese es tan hetero como Víctor —indicó Samanta sin pensar.

—¿Por qué dices eso, mamá?, ¿lo conoces?

Samanta se quedó parada cuando su hijo le hizo esa pregunta, pero reaccionó rápidamente para que no se diera cuenta.

—¿Cómo voy a conocer a ese hombre?, solo hay que mirarlo para darse cuenta de que debe de ser como su compinche; un mujeriego de pies a cabeza.

—¿Por qué crees que Víctor Delgado es un mujeriego?

—Porque todo el mundo lo comenta y por eso ha estado a punto de divorciarse un par de veces. Eso lo han escrito miles de revistas, no nos lo hemos inventado nosotros. ¿Verdad, César?

—Verdad.

—Y, ahora, ¿por qué no nos olvidamos del tema y nos cuentas para qué has venido? —le preguntó Samanta a su hijo con mucho cariño.

—Es que con tanto lío se me había olvidado. —Mirando a César le preguntó—: ¿Puedes dejarnos solos, tío? Necesito hablar con mi madre a solas.

—Cómo no, estaré en mi despacho.

Cuando se quedaron solos, Samanta, al verlo un poco cohibido, le preguntó:

—¿Ocurre algo malo, cariño? Si es por lo de la tele no debes preocuparte, todo se acabará arreglando, ya lo verás.

—No tiene nada que ver con la tele, mamá. Raquel está embarazada.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba. ¿No te he dicho muchas veces que siempre has de usar

condones?, para eso te los compro, ¿no?

—Mamá, por favor, no me trates como a un niño, ya estoy bastante mayorcito, ¿no crees?

—Pues no, no lo creo, después de lo que me acabas de decir no lo parece. Pero está bien, ahora ya es demasiado tarde para discutir sobre eso. ¿Cómo está Raquel?

—Bien.

—¿Qué vais a hacer? ¿Vais a tener el bebé? ¿Ella quiere tenerlo? ¿Quiere abortar?

—Ahora sí.

—¿Ahora sí? ¿Qué quieres decir con ahora sí?

—Ayer intentó abortar.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Porque yo se lo impedí.

—Cariño, no puedes obligarla a tener el bebé, si ella no quiere tendrás que dejar que aborte. Un hijo es para toda la vida y una vez nace ya no puedes deshacerte de él.

—Lo sé, mamá, y yo no voy a obligarla. Ella solo lo hizo porque no quería que me sintiera obligado, cuando le dije que me encantaría tener ese bebé se olvidó del aborto.

—¿Y tú estás completamente seguro de que quieres esa responsabilidad tan grande?

—Sí. Estoy completamente seguro, por eso estoy aquí. Necesito saber si la oferta que tú y el tío me hicisteis cuando decidí ser periodista sigue en pie. Porque si no es así tendré que empezar a echar currículums por todos los periódicos. Quiero tener trabajo antes de que nazca mi hijo y, como lo hará unos meses después de conseguir mi título, debo empezar ya.

—¡Vaya! Me gusta esa actitud. Vas a ser un buen padre y un excelente marido. ¡Ah! Y yo una abuela estupenda —añadió haciendo reír a su hijo—. Anda, ven aquí y dame un abrazo y, si se te ocurre pedir trabajo en la competencia, te desheredaré. —Cuando su hijo la abrazó, ella le dio un beso—. Estoy muy orgullosa de ti, te quiero.

—Y yo a ti, mamá. Espero que los padres de Raquel sean tan comprensivos como tú.

—Seguro que sí, los padres solo queremos que seáis felices. Tendremos que invitar a Raquel este domingo a comer con la abuela para que la conozca, ¿no crees?

—Sí, ya había pensado en eso.

—Vaya, cuando sepa que va a ser bisabuela se va a morir de alegría.

—O del disgusto —bromeó Ricardo haciéndola reír, de repente sonó su móvil y cuando vio la llamada anunció—: Es Raquel.

—Entonces contesta, no la hagas esperar.

—Hola, princesa. —Cuando la escuchó llorar se quedó paralizado—. ¿Qué te pasa?, ¿por qué estás llorando?

—He… he… he discutido con mi padre, no quiere verte y me he escapado de su casa y… y… y no pienso volver.

—Raquel, cariño, tranquilízate y dime dónde estás.

—E… e… estoy en casa.

—Voy inmediatamente, no te muevas de allí, por favor. —Colgando el móvil le dijo a su madre que no había dejado de observarle mientras hablaba por teléfono—: Tengo que irme, Raquel me necesita.

—Sus padres no son tan comprensivos como esperabais, ¿verdad?

—No, nada que ver contigo. —Dándole un beso en la frente se despidió—: No me esperes a comer, no sé cuándo…

—Lo sé, ve con ella y cuídala mucho, ahora te necesita más que nunca.

—¿Por qué dices eso?

—No olvides que yo pasé por algo muy parecido.

—Sí, lo sé. ¿Sabes?, yo también estoy muy orgulloso de ti.

—Gracias, cariño, ahora vete.

Cuando lo vio marcharse por la puerta, pensó en lo afortunada que era Raquel al tener a su hijo a su lado, ella nunca tuvo a Víctor junto a ella y siempre echó de menos saber cómo se sentiría una mujer al compartir su vida con el hombre al que amaba, al llegar a casa y saber que alguien te esperaba, que no solo estaban las responsabilidades, que tenía que haber algo más. Una mano en que apoyarte, un hombro donde llorar, un confidente para tus problemas, un compañero que te haga reír, que te haga el amor y con el que puedas compartir los buenos y los malos ratos.

Nunca se arrepintió de tener a Ricardo, y se sentía feliz de haberlo tenido, pero cuando llegaba la noche, cuando todos dormían, ella se sentía sola y necesitaba a alguien al otro lado de la cama, alguien que la abrazara, alguien que la besara, alguien que la amara.

Cuando vio entrar a César por la puerta todas sus penas desaparecieron y cuando le oyó decir:

—Y, bien, ¿le pasa algo al niño?

Sabía que lo que necesitaba lo tenía delante de ella, ya que César era esa persona con la que podía hacer todas esas cosas, menos la de sentirse amada, y a veces lo odiaba por ese pequeño detalle, pero se le pasaba inmediatamente al saber que, aunque fuera hetero, nada ocurriría entre ellos, pues solo eran amigos, los mejores amigos y si querías conservar a un amigo nunca te acostabas con él, eso lo sabía todo el mundo.

—Eres un cotilla. —Le sonrió.

—Sí, lo soy, y ahora cuéntamelo todo o te mataré.

—Vas a ser tío abuelo.

—¿Eso existe? —preguntó confuso, Samanta le hizo un gesto de confirmación con la cabeza —: ¡Joder, cómo mola! ¡Voy a ser tío abuelo! —gritó entusiasmado.

—Sí, y yo abuela. —Rio ella.

—Tú vas a ser la abuela más joven y guapa del mundo.

—Anda, no seas tonto.

—No soy tonto.

—Entonces deja de decir tonterías. —César sonrió—. Además, tenemos un problema.

—¿Cuál?

—Parece que los padres de Raquel no están muy entusiasmados con este embarazo.

—Bueno, y ¿cuál es el problema?, así el nieto será solo nuestro.

Con ese comentario hizo reír a Samanta a carcajadas.

—Eres el colmo de los colmos. Ricardo no come conmigo, así que…, ¿dónde vas a invitarme?

—Yo seré el colmo de los colmos, pero tú, el de la desfachatez. —Los dos volvieron a reírse —. ¿Qué te apetece comer?

—No me importa, tú pagas, tú elijes.

—Vale, vayamos a un italiano. Voy a por mis cosas, te espero fuera.



Capítulo 30

Ricardo llegó a casa de Raquel, y Rocío le abrió la puerta muy preocupada.

—¿Cómo está? —le preguntó mientras entraba.

—Mal, no ha dejado de llorar desde que ha venido. Y ni siquiera le coge el móvil a su madre, la pobre, tan solo hace llamar.

—¿Dónde está?

—En su habitación.

—Vale, gracias, ya me encargo yo de ella.

Cuando la vio tumbada en la cama, llorando todavía con mucho dolor, la furia contra el padre de Raquel creció por segundos, deseaba tenerlo de frente para decirle hasta del mal que tenía que morir por provocarle tal disgusto a su hija y más en su estado. Tumbándose a su lado, la abrazó por detrás.

—¡Ssshhh! No quiero que llores —le susurró al oído—, eso no es bueno para nuestro hijo. Por favor, Raquel, deja de llorar, no soporto verte así.

—Yo… yo… yo no puedo. Mi padre me odia y… y… y a ti también te odia, no quiere vernos.

—Tonterías, se le pasará, solo ha sido el primer pronto, cuando recapacite te llamará, ya lo verás.

—Nooo…, dice que ni muerto un periodista pondrá los pies en su casa. Y más con el lío que hoy le ha montado ese Sam Moreno.

Al oírla decir eso, Ricardo sintió una quemazón en el pecho.

—¿Tu padre es Víctor Delgado? —preguntó nervioso.

—Sí. ¿Tú también te has enterado de las noticias?

—¡Mierda, joder, no me lo puedo creer!

Raquel se volvió al oírle blasfemar de esa manera.

—¿Qué pasa? —Quiso saber, preocupada, intentando controlar el llanto.

—Que estamos jodidos y bien jodidos.

—Pero ¿por qué dices eso?

—Júrame que pase lo que pase tus sentimientos hacia mí nunca van a cambiar.

—Ricardo, me estás asustando. ¿Por qué me dices eso? Sabes que mis sentimientos hacia ti no van a cambiar pase lo que pase, te acepte o no te acepte mi padre, eso no me importa. Te quiero y lo demás me da igual.

—Yo también te quiero, y vamos a tener que ser muy fuertes y luchar contra viento y marea si queremos estar juntos.

—¿A qué te refieres? —preguntó aún más preocupada por lo que Ricardo acababa de decir.

—Mi madre es la autora de ese artículo.

—¿Tu madre es Sam Moreno?

—No, mi madre es Sam, de Samanta, Moreno es mi tío y socio de mi madre, por eso firman

los artículos como Sam Moreno.

—¡Mierda! Estamos acabados. Mi padre odia a tu madre, bueno, más bien cree que es un hombre y lo odia.

—Y mi madre odia a tu padre. ¡Joder, qué putada!

—Tenemos que conseguir que no se vean nunca porque si lo hacen creo que mi padre es capaz de matarla.

—Eso no va a ser posible, ya que van a tener que compartir un nieto, ¿no crees?

—Tienes razón. Bueno, creo que al final no va a ser tan malo que mi padre no quiera saber nada de ti ni del bebé.

—No digas tonterías, ¿tú serías feliz sin volver a ver a tus padres?

—No, creo que me moriría de la pena —contestó muy triste.

—Entonces creo que cuanto antes los presentemos mejor. O se matan, o llegan a un acuerdo. Por nosotros y por su futuro nieto no les queda más remedio que limar asperezas porque nosotros no tenemos la culpa de sus problemas.

—Creo que tienes razón, lo mejor es coger al toro por los cuernos. ¿Sabes por qué tu madre odia a mi padre?

—No, debe de ser algo profesional porque ella en casa nunca lo ha mencionado.

—Pues es un poco borde con él.

—Ya, mi madre es muy dura cuando se trata de trabajo, pero no solo critica a tu padre, sino a todos los deportistas que la cagan, o sea que no creo que sea nada personal. Eso sí, el día que los presentemos ellos no han de saber quién es quién porque entonces nunca conseguiremos que se conozcan.

—Tienes razón. ¡Joder!, mi padre se va a morir de un ataque, primero un yerno periodista y, después, su consuegra la persona que más detesta en el mundo. Es como una maldición, no te gustan los periodistas, pues, ¡hala!, por partida doble.

—Sí, parece como si el destino nos estuviera probando, pero no vamos a dejar que nadie se interponga entre nosotros. ¿Estás de acuerdo conmigo?

—Sí, estoy de acuerdo contigo, vamos a luchar contra viento y marea y vamos a conseguir que nuestros padres se acepten, aunque sea por él. —Puso las manos de Ricardo en su barriga.

—Sí, y vamos a lograrlo. Júramelo, júrame que nada ni nadie va a separarnos.

—Te lo juro.

Ricardo la besó con mucha pasión, y ella le correspondió con la misma intensidad y, entre beso y beso, el deseo crecía entre ellos a pasos agigantados, mientras se desnudaban el uno al otro. Cuando Ricardo la penetró con fuerza y se sintió dentro de ella le habló con la voz ronca por el deseo:

—Preferiría morir que dejar de vivir estos momentos, princesa.

—Yo también preferiría estar muerta que estar sin ti. Te amo, Ricardo.

—Yo a ti más.

Después de esas palabras solo un sonido se oía en esa habitación y eran los gemidos de placer que ninguno podía apagar hasta llegar al final del camino y, como siempre que lo hacían, se sentían morir de placer.

***

Unos minutos después de llegar Ricardo, el timbre de la puerta volvía a sonar y, cuando Rocío abrió, no esperaba encontrarse con Pedro y con esa sonrisa capaz de hacer perder la cabeza a

cualquier mortal. Esa sensación la debilitaba y ese sentimiento la obligó a sacar sus armas diciéndole lo más borde que podía resultar ser:

—Ricardo y Raquel están ocupados, así que será mejor que vuelvas más tarde.

Cuando estaba a punto de cerrar la puerta, el pie de Pedro se coló por el marco evitando así que Rocío cerrara al oír su queja.

—¡Aaauuu!

—¿Tienes ganas de perder el pie? —preguntó muy fría volviendo a abrir la puerta.

—Vamos, no creo que seas tan borde. —Sonrió de nuevo, sacando de sus casillas a Rocío preguntándole—: ¿No puedo pasar?

—No. Ya te he dicho que Ricardo y Raquel están en su habitación y, cuando esos dos se meten ahí, no hay quien los saque.

—Déjame pasar, por favor, cuando he llamado a Ricardo me ha dejado muy preocupado. Lo único que me ha dicho es: «ahora no puedo hablar, Raquel está mal y me necesita». ¿Ha pasado algo?

Rocío podía ver la preocupación en su cara, así que acabó dejándole entrar.

—Está bien, pasa, pero no te puedo asegurar que vayan a salir pronto.

—Entonces disfrutaré de tu compañía.

—Qué gracioso —dijo con sarcasmo—. ¿Quién te ha dicho a ti que yo quiera estar contigo?

—No irás a dejarme solo, ¿verdad?

Su expresión al hacerle esa pregunta era tan cómica que Rocío tuvo que sacar fuerzas de donde no tenía para evitar reírse, pero Pedro había captado una sonrisa casi imperceptible, pero sonrisa, al fin y al cabo, y eso le levantó la moral. Estaba seguro de que para hacer reír a esa chica había que ser uno un payaso profesional, así que esa mueca de sonrisa debía de significar algo.

—Me lo estoy pensando, tengo muchas cosas que hacer.

—¡Bien!, puedo ayudarte.

—¿A qué?, ¿a hacer la colada?

—¿No me crees capaz de hacer la colada?

—No, no te creo capaz de hacer nada.

—Pues te lo demostraré, dime dónde están tus bragas y te las lavaré. ¡Oh, oh!, no debí decir eso, ¿verdad? Ahora es cuando me pegas una patada en el culo y me echas a la calle.

Sus gestos, sus palabras…, todo en él era tan gracioso que Rocío no pudo seguir escondiendo la risa, así que rompió en una carcajada.

—No vuelvas a hablar de mi ropa interior —le advirtió riéndose.

Pedro, al verla así, se acercó a ella y, acariciando su mejilla, le habló bajito, como si fuera un secreto:

—Me gusta tu sonrisa. —Rocío se quedó sin respiración y la sonrisa se le cortó de golpe.

—No vuelvas a tocarme y será mejor que te vayas —le exigió muy seria alejándose de él.

—¿Qué te hicieron para que tengas tanto miedo a los hombres?

—No te confundas, a mí no me dan miedo los hombres, los detesto, y sobre todo a los hombres como tú.

—No me conoces.

—Sí te conozco, eres el típico tío que se lleva a cualquier mujer a la cama y que después se olvida de ella, por eso eres el menos indicado para mí.

—¿De verdad quieres a un tío que en la primera cita ya te jure amor eterno? Pues perdóname, bonita, pero eso no lo vas a encontrar.

—Ese es mi problema y no el tuyo.

Justo en ese momento empezaron a escuchar los gemidos de placer que salían de la habitación de Raquel, ya que estaban en el comedor y la habitación estaba pegada a él. Era un apartamento muy pequeño, todo estaba muy junto y las paredes eran de papel, así que se oía todo con bastante claridad.

—Joder, ¡qué fuerte! —exclamó Pedro con una sonrisa muy maliciosa que salía de esa barba tan perfectamente recortada, con la cual conquistaba.

—¿Ves?, ¡no van a salir! Así que, vete, no te quiero aquí.

Rocío empezó a empujarle sacándolo del comedor, pues no quería mirar esa sonrisa y mucho menos estar cerca de él con ese sonido ambiental. Cuando llegaron a la puerta de la calle, Pedro se volvió de golpe, la arrinconó contra la pared y le preguntó con una voz tan sensual que la hizo estremecer:

—¿Me estás echando porque no soportas mi compañía o porque no te crees capaz de resistirte a mí con ese fondo musical?

—Eres un engreído —se quejó con un hilo de voz, pues tenerlo tan cerca la desarmaba.

—Lo sé, pero eso te gusta.

—No…, no me gusta.

—Tienes razón, no te gusta mi forma de ser, pero te gusta todo lo que ves en mí. —Acercando la boca hasta su oreja le susurró bajito rozándole el lóbulo con los labios con cada palabra—: Puedo sentirlo, nena, estás deseando que te bese.

Al oírle decir eso todo su cuerpo se estremeció, por el roce y la insinuación.

—Ni… se te ocurra —le habló con la respiración entrecortada y con un último esfuerzo por contenerse a semejante provocación.

—Tranquila, no voy a besarte hasta que no me lo pidas.

—Eso nunca va a ocurrir.

—¿Estás segura?

Su mirada era tan intensa que Rocío sentía arder sus entrañas.

—Sí.

—Vale, entonces me iré.

Cuando la soltó de golpe y abrió la puerta cerrándola tras de sí Rocío tuvo que sentarse en el suelo, ya que tenía la sensación de que sus piernas fueran de gelatina y no pudieran aguantar su propio peso. Respirando profundamente, intentó tranquilizarse y recobrar el aliento que ese sinvergüenza parecía haberle robado.

Hacía muchos años que un hombre no la tenía tan cerca y sobre todo un hombre como ese; con esa cara, ese cuerpo y esa seguridad que manaba de todo su ser y que parecía engullirla y dejarla a su merced. Pero ella estaba decidida a no dejarse llevar por él y costara lo que costase lo mantendría alejado para no volver a caer en su trampa, ya que sabía que para él solo era una más, un juego divertido con el que entretenerse y, cuando la consiguiera, la olvidaría, como hacía con todas.

—¡Joder, Rocío! ¿Qué te pasa con ese tío? Si no quieres que te partan el corazón de nuevo, sigue como hasta ahora; sola, así es como mejor estás.

Por más que se lo dijera a sí misma una y otra vez, siempre había una parte de ella que sabía que se engañaba, ya que, cuando veía a Ricardo hacerle toda clase de cariñitos a Raquel, ella se moría de envidia y deseaba tener a alguien que también le hiciera sentir todas esas cosas. Nunca había visto a Raquel más feliz en toda su vida desde que él había aparecido en ella para convertirse en ese príncipe azul que toda mujer deseaba tener a su lado.

Sin embargo, hombres como Ricardo existían muy pocos, más bien todos eran como Pedro, y ella no quería a su lado a un gigoló irresistible, ella solo se conformaría con un príncipe y esos ya estaban pillados. Aunque, después de todo lo que le pasó, ni siquiera los príncipes azules eran de fiar para ella, así que se veía sola durante el resto de su vida por ser incapaz de confiar en un hombre por muy bueno que este pareciera.

***

Habían terminado de hacer el amor, y estaban abrazados, cuando a Raquel volvió a sonarle el móvil, al ver que no hacía la menor intención de cogerlo, Ricardo le preguntó bromeando consiguiendo así que sonriera:

—¿Has muerto de placer entre mis brazos o no quieres coger el móvil?

—He muerto de placer y no estoy para nadie. —Se acurrucó más entre sus brazos y lo besó con ternura.

—¿Sabes quién es y no quieres contestar?

—Es mi madre, me ha llamado no sé cuántas veces más y, no, no quiero contestar.

—Así no se arreglan las cosas, princesa, contesta a tu madre.

—¿Para qué? Para también tener que escuchar sus reproches por enamorarme de un periodista.

—Raquel…

—Mira, ha colgado.

—¡No seas niña! —exclamó haciéndole cosquillas en los costados.

—Para, para, por favor. Ahora sí me estás matando.

—¿Vas a llamar a tu madre?

—Sí, sí, sí, la llamaré. —Cuando Ricardo dejó de hacerle cosquillas, Raquel bromeó—: Este es el inconveniente de salir con un hombre más maduro que tú, que te hace ser responsable.

—Aaah, ¿síii?

—Sí.

—Voy a hacer que te arrepientas de lo que acabas de decir, me has llamado viejo —mientras le hablaba volvía otra vez a hacerle cosquillas.

—Para, para…

Su móvil volvió a sonar, y los dos se quedaron quietos mirándose.

—Tu madre, ¿verdad?

—Seguro, es muy pesada.

—¿Quieres que te deje sola?

—No, no quiero que te vayas. —Descolgó el móvil y preguntó enfadada—: Sí, ¿qué quieres?

—Hija, por Dios, no creo que debas contestarme de esa manera, que yo recuerde, no estaba en esa discusión, ¿verdad?

—Lo siento, pero estoy muy cabreada.

—Me imagino. Tu padre me lo ha contado. ¿Por qué no vienes a casa y hablamos?

—No pienso ir a una casa donde no se acepte al padre de mi hijo.

—Raquel, por favor, sé razonable…

—¡No! Si papá cambia de opinión y quiere conocer a Ricardo llámame, mientras, no pienso volver a poner un pie en esa casa. Pero, eso sí, dile que si es para ponerle mala cara no hace falta que llame porque si es así nos marcharemos. No voy a renunciar a Ricardo por nada, así que, ya lo sabéis, o lo aceptáis, y lo hacéis bien, o no me volveréis a ver.

—Pero, hija, yo no tengo nada que ver con la decisión que ha tomado tu padre, no puedes

castigarme a mí también.

—Mamá, si tú apruebas mi relación con Ricardo, serás siempre bien recibida en mi piso, yo no te voy a prohibir que vengas simplemente porque papá no lo haga. Total, nunca estáis de acuerdo en nada, ¿por qué lo ibais a estar ahora?

—Hablaré con tu padre e intentaré hacerle entrar en razón.

—Si quieres intentarlo yo no te lo voy a impedir, pero no creo que puedas conseguir nada. Adiós, mamá.

—Adiós, cariño. Te llamo.

—Vale. —Colgó el móvil, y Ricardo la besó con mucha pasión.

—Estoy muy orgulloso de ti, me gusta cómo defiendes lo nuestro —dijo muy contento.

—Aún no me has contado qué ha dicho tu madre.

—Mi madre está encantada, pero no creo que siga estándolo después de conocer a tu padre.

—Pues que se aguanten. Ahora olvidémonos de todos y vuelve a hacerme el amor, la conversación con mi madre me ha puesto de mala leche y necesito que me mates de placer para poder relajarme.

Ricardo, con una sonrisa de oreja a oreja, se tumbó encima de ella comiéndosela a besos.

—Ya sabes lo mucho que me gusta matarte poooco a poco —murmuró entrando dentro de ella muy despacio—, lo mucho que me gusta besarte. —Devoró su boca—. No sabría estar sin ti, princesa.

—Ni yo sin ti.

Con esas últimas palabras sellaron sus labios mientras sus movimientos se aceleraban transportándolos a esa muerte dulce, placentera y agradable hasta quedar cansados, abrazados y relajados el uno en brazos del otro.



Capítulo 31

Esa misma semana Víctor volvía a aparecer en las revistas y como siempre la que más le atacaba era *Toda la verdad sobre el deporte*.

Los análisis de orina de sus jugadores y el suyo habían salido positivos y se había convertido en el punto de mira de todos los medios. Así que su casa volvía a estar rodeada de periodistas.

Esa vez fue César el que entró en el despacho de Samanta como un huracán.

—Pon la tele, Víctor está hablando con la prensa.

Samanta cogió el mando e inmediatamente salió Víctor dando una pequeña rueda de prensa a los periodistas en la puerta de su casa.

—Señor Delgado, ¿cómo puede explicar que todos sus jugadores y usted mismo hayan dado positivo en anabolizantes en los análisis de orina?

—Mira, no sé cómo ha podido pasar una cosa así y te puedo asegurar que mis chicos están limpios. Los análisis han tenido que ser manipulados y no sé por qué ni cómo lo han hecho, solo sé que esto debe de ser una encerrona de la misma revista que empezó a difundir esta noticia.

—¿Está usted acusando a la revista *Toda la verdad sobre el deporte* de confabulación contra usted?

—¿Por qué no? Ellos empezaron todo este lío, y yo voy a demostrar que mis chicos están limpios, aunque tenga que llevar las muestras en persona hasta el laboratorio e incluso les invito a todos ustedes a acompañarme para que vean que no hay trampas y que no soy un degenerado que droga a sus jugadores como quiere hacerles creer ese Sam Moreno.

—Después de estos resultados, ¿va a seguir usted con la idea de demandar al señor Moreno tal como nos dijo el señor Carmona que haría?

—Sí, eso no ha cambiado, mis abogados están empezando una demanda contra el señor Moreno, y yo no voy a descansar hasta verle echar el cierre a esa revista y cuando llegue ese momento estaré en primera fila para ver cómo se arruina esa bazofia. Ahora, si me disculpan, he de marcharme.

—¡Será capullo! —gritó Samanta enfurecida apagando la televisión—. Los resultados han acabado dándome la razón y, aun así, es capaz de decir que nosotros hemos manipulado las pruebas para inculparlo.

—Parece muy seguro de sí mismo.

—Lo que es, es un gran mentiroso, como cuando lo conocí y, si quiere demandarnos, muy bien, pues que lo haga, nosotros sabremos defendernos.

—Sam, cariño, que no te ciegue el odio, eso no trae nada bueno.

—No me importa, si él quiere hundirnos, nosotros le hundiremos a él.

—Será mejor que te deje sola, estás muy cabreada para entrar en razón.

Cuando Samanta se quedó sola no podía dejar de pensar en todas las palabras de Víctor y su furia crecía por momentos, ya que le parecía imposible que tuviera tanta cara dura y no

reconociera lo evidente, ya que las pruebas hablaban por sí solas y, aun así, él quería que la gente creyera que los culpables eran ellos. Sin apenas darse cuenta gritó en voz alta:

—Diiiooos, ¡¡cómo te odio, Víctor Delgado!!



Capítulo 32

Raquel estaba en su casa mirando las noticias y nada más terminar de verlas llamó a Ricardo.

—¿Has visto las noticias? —preguntó nerviosa.

—Sí, acabo de verlas.

—Tenemos que detener esta guerra porque si siguen así nuestro hijo no tendrá abuelos a los que abrazar. —Ricardo sonrió al oírla decir eso.

—No seas exagerada, estoy seguro de que la sangre no llegará al río.

—Pues yo tengo mis dudas.

—¿Y qué tienes planeado?

—No tengo idea porque me aterra juntarlos en la misma habitación.

—Pues tendremos que hacerlo porque, si no, no sé cómo van a conocerse y, cuanto antes, mejor porque como esto siga así nuestro hijo tendrá que ver a sus abuelos a través de un cristal. —Esa vez fue Raquel la que se rio con su comentario.

—¿Crees que una vez se conozcan cesará esta guerra?

—Creo que por respeto a nosotros intentarán dejar de tirarse los trastos a la cabeza, por lo menos mi madre. Sé que si se lo pido ella dejará de atacarle a través de la revista, por mí, por ti y por su futuro nieto.

—Dios te oiga. Lo que no sé es cómo actuará mi padre, él no es tan condescendiente.

—Si no lo intentamos nunca lo sabremos, ¿no crees?, por lo menos que no puedan decir que no lo hemos intentado.

—Tienes razón. Voy a llamarlo, cruza los dedos para que nuestro plan funcione.

—Suerte.

Nada más cortar llamó a su padre.

—Lo siento, bichito —se disculpó nada más descolgar el móvil sabiendo que era ella—, quería llamarte, pero estoy muy liado con todo lo que está pasando.

—Me imagino, acabo de ver las noticias, por eso te llamo. ¿Cómo estás?

—Yo estoy bien, cariño, no te preocupes. ¿Cómo estás tú?

—Bien.

—Sé que no debí hablarte así y te pido perdón, pero me pillaste tan de sorpresa. Y para colmo de males acababa de tener una bronca con ese periodista que me está volviendo loco y saber que mi futuro yerno va a ser uno de ellos me descontroló. No quiero que estemos peleados, no soporto saber que no puedo verte. Sabes que eres la persona más importante de mi vida, ¿verdad?

—Sí, papá, lo sé, y yo tampoco soporto estar enfadada contigo, pero estoy enamorada de Ricardo y eso no ha cambiado, no voy a dejarlo porque tú no soportes a…

—Lo sé, lo sé, lo sé, cariño, y te juro que voy a hacer un esfuerzo. Quiero conocerlo y voy a poner todo de mi parte para llevarme bien con él y que conste que lo hago por ti y por mi nieto. Solo le voy a poner dos condiciones; que nunca hablemos de trabajo y que nunca, pero nunca,

escriba algo sobre mí. Creo que soy bastante justo, ¿no crees?

—Siempre lo has sido, papá, y te puedo asegurar que Ricardo nunca escribirá sobre ti si tú se lo pides. Nunca habías sido como ese hombre que el otro día tenía frente a mí; irracional, energúmeno y muy desagradable.

—¡Hala, hala! ¿Se te ocurre algo más? —Hizo reír a su hija tras ese comentario.

—Te agradezco lo que estás haciendo por mí, sé que para ti es muy duro aceptar a Ricardo.

—Ya sabes que yo por mi bichito hago lo que sea.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti, mi vida. ¿Cuándo vas a traerlo para que lo conozca?

—¿Qué tal una cena en casa y así también conocéis a su madre?

—Me parece bien. ¿No tiene padre?

—No.

—¿Divorciados?

—No, nunca lo conoció.

—¿Madre soltera?

—Sí, ¿algún problema?

—Para nada.

—Cuando la madre de Ricardo pueda te digo el día, ¿vale?

—Vale.

—Gracias, papá, te quiero.

—Yo también te quiero, bichito.

Según terminó de hablar con su padre llamó a Ricardo, y este le preguntó nada más descolgar el móvil:

—Y, bien, ¿aún quiere matarme?

—A ti no, pero no sé qué sucederá cuando conozca a tu madre.

—Crucemos los dedos para que todo salga bien. ¿Qué día es nuestra sentencia de muerte? —Con esa broma la hizo reír.

—Cuando a tu madre le venga bien. ¿Crees que podrás conseguir que sea este fin de semana? Cuanto antes terminemos con todo esto, mejor, ¿no crees? Los nervios me están matando.

—Está bien, entonces que sea este sábado. ¿En tu casa a las diez?

—Sí, y que sea lo que Dios quiera. Tengo miedo.

—Tranquila, todo va a salir bien, ya lo verás, solo tendremos que aguantar el primer encontronazo.

—Ojalá tengas razón. Ahora tengo que dejarte, luego nos vemos. Te amo.

—Yo a ti más, princesa.

Cuando colgaron sus móviles, los dos cruzaron los dedos y rezaron para sus adentros para que ese encuentro no se convirtiera en una desastrosa velada y que sus padres pudieran, aunque solo fuera por ellos, estar en una misma habitación sin sacarse los ojos el uno al otro, ya que tanto para él porque su madre era lo único que tenía, como para ella porque sentía adoración por su padre, sería muy difícil no poder compartir fechas señaladas todos juntos por sus desavenencias.



Capítulo 33

Víctor había mandado a su chófer para que recogiera a Ricardo y a su madre y los llevara a casa. Samanta, al ver aparecer el Mercedes negro y sumamente elegante con conductor incluido, le preguntó a Ricardo muy sorprendida:

—¿Quién es el padre de Raquel? Nunca me has hablado de él y, la verdad, estoy impresionada. Mandar este coche y con chófer incluido, demasiado lujo, ¿no crees?

—Mamá, por favor, no empieces con tus interrogatorios. Me has prometido esta noche dejar tu trabajo a un lado y necesito que cumplas esa promesa te cueste lo que te cueste.

—Está bien, hijo, lo haré, pero cada vez estoy más intrigada y más después de este transporte. Pero te lo prometí y juro no hacer nada más que las preguntas rutinarias.

—Gracias, mamá.

—¡Oh, por Dios! ¿No me vas a decir quién es?

—No, se lo prometí a Raquel, y no insistas.

—Está bien, tendré que esperar hasta tenerlo frente a mí y después de eso lo avasallaré a preguntas. —Cuando vio la cara de su hijo empezó a reírse a carcajadas—. Tranquilo, respira, solo es una broma. Sé dónde está mi límite y, como Raquel es la mujer a la que amas, respetaré a sus padres sean quienes sean. ¿Estás contento?

—Sí, si cumples tu promesa.

—Muy mal, hijo, mira que no confiar en tu madre. Creo que voy a desheredarte —bromeó haciendo reír a su hijo.

Cuando llegaron, y una vez el chófer entró por el portón, esperó hasta que la reja metálica se cerrara para seguir el sendero de piedras, parando justo en la puerta de la entrada de la casa.

Samanta, al salir del coche, miró con mucho detenimiento el entorno y observó un enorme jardín muy bien cuidado y muy bonito. Toda la valla de la casa estaba rodeada de pinos tan altos como un torreón para que nadie desde fuera pudiera ver lo que pasaba dentro y la reja de la entrada también era alta y cerrada, sin un solo hueco vacío, para que ningún curioso pudiera observarlos.

Cada vez estaba más intrigada por conocer a los padres de Raquel, pues esa casa tan sumamente impenetrable y vigilada decía mucho de sus dueños, ya que podía observar varias cámaras de seguridad en cada esquina, por eso debía de ser la casa de alguien muy importante y también muy interesado en preservar su intimidad. No había un centímetro en toda la parte de fuera donde un periodista pudiera meter el foco de una cámara para poder tomar unos planos, así que eso solo significaba una cosa; no les gustaban nada los periodistas y empezaba a comprender por qué su hijo había insistido tanto en que no actuara como uno de ellos, cosa que no pensaba hacer por respeto a Raquel.

—Mamá…, mamá, nos está esperando.

Cuando Samanta se volvió hacia la entrada vio a Romí con la puerta abierta de par en par

esperando a que entraran, inmediatamente reaccionó.

—¡Ay! Discúlpame —dijo entrando en la casa—, es que estaba embobada mirando el jardín, es muy bonito, por cierto. Hola, soy Samanta.

—Mucho gusto, señora, y bienvenidos. Pueden darme los abrigos, los colgaré en el ropero. —Una vez guardados les señaló el pasillo—. Acompáñenme al salón, los señores bajarán enseguida.

—Gracias. ¿Cómo te llamas? —preguntó Ricardo.

—Mi nombre es Romí, señor, y si necesitan algo solo tienen que pedírmelo.

—Muchas gracias, Romí, pero yo soy Ricardo, solo Ricardo, lo de señor no es necesario.

—No creo que Romí te llame por tu nombre de pila nunca, así que no insistas.

Cuando los dos se volvieron hacia la voz que sonaba detrás de ellos, Ricardo sonrió, y Samanta se quedó embobada mirándola.

—¡Vaya, niña!, estás muy bonita.

Llevaba un vestido corto color turquesa entallado, con unos tirantes muy finos de pedrería, y a simple vista se apreciaba que ese vestido debía de valer lo que ella ganaba en un mes, a pesar de que no tenía ninguna queja porque ganaba muy bien. Justo en ese momento, se agradeció a sí misma su elección al abrir el armario y sacar uno de sus mejores vestidos, uno de sus preferidos, ese que usaba para las mejores ocasiones, y qué mejor ocasión que conocer a sus futuros consuegros, que al parecer eran bastante importantes y ese vestido la dejaba en muy buen lugar.

No es que tuviera demasiados vestidos de noche, ya que no le gustaba mucho ir a fiestas aburridas y de compromiso por su trabajo, pero los pocos que tenía eran exclusivos, ya que se podía permitir ese lujo y, como bien decía ella, para una vez que salía debía ir bien arreglada porque nunca más permitiría que la gente volviera a reírse de ella. Por esa misma razón toda su ropa era de marca y, aunque fuera sencilla al trabajo, siempre iba muy bien arreglada.

El vestido que había elegido tenía un gran escote de pico con los hombros caídos, la espalda al aire y manga francesa, todo de encaje azulón, con el fondo negro y estrecho por encima de las rodillas, pero caía simétricamente por detrás con mucha gracia hasta sus pantorrillas, muy pegado. Su cuerpo, para sus cuarenta y dos años, era estilizado y muy bien proporcionado, ya que después de tener a Ricardo había subido dos tallas más de sujetador y al no darle pecho, ya que lo crio con biberón, estaba muy bien puesto y en su sitio. No era muy alta, pero sus taconazos de vértigo lo disimulaban muy bien y le daban ese aire de elegancia y distinción con el que se movía. Una gargantilla de pedrería negra se ceñía a su cuello adornándolo y su maquillaje con tonos oscuros resaltaban el azul de sus ojos, un azul tan transparente como el cielo y tan bonitos que llamaban la atención.

—Gracias, Samanta, pero tú estás impresionante y ese vestido es una pasada.

—Gracias, solo me lo pongo para ocasiones especiales, y ¿qué hay más especial que conocer a mis consuegros y celebrar el futuro nacimiento de mi nieto? —Le dio un beso.

—¡Ay, por Dios! No me vas a negar que tengo un novio guapísimo —exclamó Raquel haciéndoles reír acercándose a Ricardo para darle un beso en los labios—. Hola, guapo.

Raquel no podía evitar mirarlo de arriba abajo porque con ese traje color gris marengo, camisa gris perla y la corbata rosa palo estaba guapísimo.

—Hola —respondió él devolviéndole el beso preguntándole al oído—: ¿Cómo estás?

—De los nervios, ¿cómo quieres que esté? —Los dos se volvieron al oír a Samanta decir:

—No, no puedo negártelo, para mí siempre será el chico más guapo del mundo. Ya sabes, amor de madre.

—Ya, por favor, no sigáis o acabaréis subiéndome los colores. ¿Y tus padres? —preguntó

nervioso, pues esperaba impaciente a que llegara el momento de las presentaciones.

—No tardarán en bajar, mi madre ha llegado un poco tarde de su reunión.

—No importa…

Empezó a decir Samanta, pero las palabras se le cortaron en la garganta al oír detrás de ella una voz femenina.

—Ya estamos aquí, espero que sepáis disculpar este pequeño retraso. Culpa mía, la reunión se alargó un poco más de lo que esperaba.

Cuando Samanta se volvió y miró a esa mujer el cuerpo entero se le paralizó, la conocía por las revistas, por la televisión, ya que en otra época fue una modelo muy importante y salía en todas las portadas y pases de modelo y, cómo no, era muy hermosa, muy alta, estaba muy delgada y su vestido color vino con pedrería, estrecho y largo hasta los pies, con un corte a un lado de escándalo que le llegaba casi hasta la ingle le sentaba divinamente y, al igual que el de su hija, debía de valer una fortuna. Pero su repentina parálisis no se debía a esa mujer, no, su estado casi catatónico, ya que no era capaz de moverse y mucho menos de respirar, se debía a que su mente, que como siempre iba tres pasos delante de ella, acababa de darse cuenta de que esa mujer solo podía tener un defecto y era su marido, pues estaba casada con Víctor Delgado.

Como si su cuerpo fuera un robot, ya que su mente no respondía, sus ojos se posaron sin poder evitarlo en el hombre que estaba a su lado; muy alto, muy guapo y con un cuerpo increíble debajo de ese traje negro hecho a medida, una camisa verde musgo y la corbata verde oliva. Después de tantos años parecía aún más atractivo de lo que podía recordar.

—No tiene importancia —dijo Ricardo al ver cómo su madre se había quedado al ver a Víctor, así que le dio un codazo para que reaccionara—. Mamá, ¿no vas a saludar a los padres de Raquel?

—Yo… yo…

***

Al entrar al salón Víctor clavó su mirada sobre esa mujer que de espaldas parecía más la hermana del novio de su hija que su madre, y en ese mismo instante ni siquiera podía recordar el nombre de su futuro yerno, ya que todos sus sentidos estaban en ese cuerpo espectacular que se encontraba debajo de ese vestido tan bonito que parecía diseñado para que todas las miradas masculinas se posaran en ella, en esos desnudos hombros firmes y esbeltos, esa espalda al aire recta que terminaba en un pequeño, pero increíble trasero, redondo y firme, unas caderas bien formadas y unas piernas delgadas, pero no demasiado largas, encima de esos tacones de vértigo, sin ellos Víctor sabía que no sería una mujer demasiado alta. No entendía qué le pasaba ni por qué no podía dejar de mirar ese cuerpo como un tonto mientras se acercaban y es que nunca hubiera imaginado que la madre de su yerno pareciera una adolescente. Por lo menos de espaldas, así que estaba deseando que se volviera para poder ponerle cara a ese pequeño, pero increíble cuerpo, y terminar de admirar esas vistas por la parte delantera, que sabía que no le decepcionarían después de lo que acababa de ver.

Cuando la voz de Amanda consiguió que esa mujer se volviera hacia ellos, Víctor se quedó atónito, pues, tal y como había supuesto, no lo decepcionaba, había clavado los ojos en su increíble busto, que resaltaba bastante su canalillo en ese escote de pico, hasta que el codazo de su mujer consiguió que centrara su mirada en ella.

—Querido, ¿no vas a saludar a Samanta? —preguntó Amanda a su esposo, molesta, pues como siempre era capaz de admirar a cualquier mujer menos a la suya.

Víctor sonrió a Samanta, era una mujer muy hermosa, pero parecía asustada, asustada al mirarlo a los ojos y no podía entender por qué, por ese mismo motivo no podía dejar de mirarla intensamente a los ojos intentando recordar si la conocía, ya que ella sí parecía conocerlo a él y eso la aterraba, y tampoco podía entender por qué, porque él podía causar todas las emociones habidas y por haber a las mujeres, pero nunca vio en ninguna de ellas miedo, sin embargo, ella parecía temerle. Cuando la escuchó decir asustada, después de una pregunta que su hijo le había hecho, a la cual Víctor no había prestado atención:

—Yo… yo…

Víctor se acercó a ella.

—¿Estás bien? —le preguntó tocando su brazo, pues ella parecía haberse quedado como una estatua mirándolo.

—¡No me toques! —gritó Samanta al sentir su contacto.

Todos se quedaron estupefactos al oírla gritar esas palabras, Ricardo intentó que su madre se tranquilizara.

—Mamá, por favor, me lo prometiste.

—Lo siento, cariño. —Reaccionó Samanta al escuchar a su hijo—. Sá… sácame de aquí —le pidió con voz temblorosa por la impresión.

Justo en ese instante, y al escuchar su voz, Víctor la reconoció y fue incapaz de controlarse, esa vez fue él quien gritó:

—¡¿Esto es una puta broma?! ¡¿Qué cojones hace esta mujer en mi casa?!

—¡Esta mujer es mi madre y no le voy a permitir que le falte al respeto! —gritó Ricardo al ver a su madre cada vez más vulnerable y aterrada al escuchar a Víctor con un tono tan amenazador.

—¡¡No quiero a tu madre en mi casa y a ti tampoco!! ¡¿Para eso has camelado a mi hija!?, ¡¿para conseguir otro artículo en esa mierda de revista en la que trabaja tu madre?! —vociferó mirando a Samanta al decir esas últimas palabras—. ¡¿Tan lejos llega la mano de tu jefe que te hace venir hasta mi casa para inventar más mentiras sobre mí?! ¡¿Qué pensasteis?!, ¡¿que no te reconocería por ponerte un vestido bonito, tacones y un maquillaje espectacular?!

Mientras le hacía esa pregunta la miraba a los ojos con tanto odio que Samanta no podía respirar, lo tenía tan cerca, tan furioso y parecía tan gigantesco a su lado que le temblaban las piernas al pensar que en cualquier momento la cogería de los pelos y la tiraría de una patada a la calle.

Tanto Raquel como su madre estaban estupefactas y no sabían qué hacer, Raquel nunca imaginó que su padre pudiera reaccionar tan violentamente y las lágrimas no dejaban de rodar por sus mejillas sabiendo que después de esa reacción Samanta no volvería a poner un pie en esa casa, y que Ricardo nunca perdonaría todo lo que su padre estaba diciéndole a su madre.

—Bueno, ¡¡ya basta!! —gritó Ricardo poniéndose delante de Víctor protegiendo a su madre para que dejara de gritarla—. ¡Si vuelve a alzarle la voz a mi madre de esa manera tendrá que vérselas conmigo!

—Por favor, hijo, vámonos, sácame de aquí —dijo Samanta con un hilo de voz detrás de su hijo.

—¡¡Sí, sácala de aquí antes de que lo haga yo!!

—¡¡Papá!! —Raquel, al oír cómo su padre echaba al padre de su hijo y a su madre de la casa, suplicó—: ¡Ya no sigas, por favor!

—¡Ni se te ocurra decirme que lo intente porque no pienso hacerlo, no con esa mujer!

—¡¡No puedo creer que sea usted tan necio!! —volvió a gritar Ricardo.

—¡¿Te atreves a traer a esta mujer a mi casa y ahora me insultas?!

—¡Sí, y no voy a dejar de hacerlo hasta que entre en razón! ¡Su hija y yo nos amamos, vamos a tener un hijo y no vamos a dejar de vernos porque mi madre y usted sean rivales! ¡Vamos a casarnos y eso no lo va a impedir ni usted ni nadie!

Cuando Samanta le escuchó decir eso todo su cuerpo reaccionó ante la noticia que antes de esa noche hubiera sido feliz, entonces, sin embargo, era una aberración, así que al darse cuenta de ello gritó por primera vez desde que había comenzado todo ese caos:

—¡¡No!! ¡No puedes casarte con Raquel!

—Vaya, es la primera y seguro la última vez que estaré de acuerdo contigo —comentó Víctor con sarcasmo.

—Vámonos, Ricardo, y no insistas más, no puedes casarte con esa chica.

—Pero, mamá, ¿qué... qué te pasa?, ¿te has vuelto loca?, ¿por qué dices eso? Voy a casarme con Raquel y no me importa lo que ninguno de los dos digáis.

—No puedes casarte con ella, cariño, por más que me duela decirlo, no puede ser.

—¿Por qué? —preguntó Raquel con lágrimas como puños al ver el rechazo de Samanta hacia ella tan de repente y tan drásticamente.

—Será mejor que ninguno de los dos tengáis que saberlo nunca.

—Eso es una mierda de respuesta, mamá, ¿qué te está pasando?

Víctor, al ver a su hija tan destrozada y ver el repudio tan repentino de esa mujer hacia ella, le preguntó más alterado de lo que ya estaba:

—¿Por qué ese rechazo hacia mi hija ahora? Yo soy el que te ha atacado, no lo pagues con la niña.

—No es por ella. Es porque no pueden estar juntos, nunca deberían haberse conocido y, menos aún, tener un hijo juntos.

Oír a esa mujer decir eso lo sacó de sus casillas y volvió a atacarla:

—¡¿Mi hija es poca cosa para tu hijo?! ¿Eso es lo que estás dando a entender? ¡Esto es el colmo!

—No, por Dios, no es eso.

—¡No! Entonces, ¿por qué, ahora y para ti, mi hija nunca debió estar con tu hijo?

—Por favor, Víctor, no me hagas hablar o te arrepentirás.

Esa vez Samanta no estaba asustada y lo miraba con odio, con soberbia, enfrentando su mirada tal y como hizo en la revista cuando él quería pegarle una paliza a César.

—No tengo nada de qué arrepentirme y no quieras hacerles creer a los chicos que la culpa es mía, así que ahora mismo vas a explicarnos tus motivos y por qué, según tú, no pueden estar juntos, ya que yo los míos los he dejado bastante claros, ¿no crees? No os quiero cerca de mi familia, ni a ti ni a tu hijo. Ahora te toca a ti. ¿Por qué de repente no quieres a mi hija?

—Víctor, no me obligues…

—¿Quiero saber por qué rechazas a mi hija de esa manera? —repitió con una mirada glacial.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad?

—Síií, recuerdo muy bien el día en que te conocí. —Al oírle decir eso a Samanta se le cortó la respiración—. Esa mañana tú evitaste que le diera a Sam Moreno una paliza.

—No te estoy hablando de esa vez —susurró con un hilo de voz casi para que solo él la oyera.

Cuando vio a Víctor torcer la cabeza, entrecerrar los ojos y mirarla con mucha intensidad intentando recordarla, las piernas volvieron a temblarle, hasta que le preguntó muy bajito y solo para que ella lo escuchara:

—¿Hemos tenido un rollito de solo una noche? ¿Cuántos meses hace de eso? ¿Tan malo fue que no puedo acordarme?

Al ver que él la tomaba por una de sus aventuras, la rabia la cegó y le dio un bofetón con todas sus fuerzas, dejando a todos pasmados.

—¡Hace veinticuatro años aceptaste una apuesta con tus amigotes y estas son todas las consecuencias de tu estupidez! —escupió furiosa como si le quemaran las palabras—. Ahora, ¡respóndeme! ¿Crees que pueden casarse los chicos? ¿Crees que pueden tener a ese bebé?

Víctor la miraba a los ojos como si quisiera perderse en ellos y de repente lo vio todo claro, con la voz rota por el dolor tan repentino con el que todo empezaba a cuadrar en su cabeza le preguntó incrédulo:

—¿Samanta? ¿Eres Samanta? —Cuando vio cómo por sus mejillas empezaban a rodar lágrimas sin control, sin apenas darse cuenta de lo que hacía, se las acarició quitándoselas mientras susurraba, olvidándose de todos los que estaban a su alrededor—: Nunca pensé que volvería a verte, ¿por qué no me dijiste que estabas embaraza…?

—Ahora no, Víctor… —suplicó casi sin voz—. Por favor, deja que me vaya…

—Samanta, yo…

—No quiero hablar ahora, no… no… no es el momento, deja que me vaya.

Parecía como si el mundo entero hubiera desaparecido, como si solo ellos dos existieran y, por más que ella le pidiera que la dejara marchar, él más deseaba retenerla a su lado. Sus cuerpos casi se tocaban, sus brazos habían tomado vida propia y la rodeaba con las manos apoyadas en la pared, mientras sus ojos, esos increíbles ojos verdes, volvían a desarmarla sin apenas darse cuenta, volviendo a preguntar una vez más en un susurro:

—¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada?

Samanta, cerrando los ojos para no seguir perdiéndose en los de él, le contestó mientras sus lágrimas le delataban lo mucho que le dolía volver a encontrarlo.

—Porque no te lo merecías… y porque te odiaba.

Dándole un empujón, salió corriendo hacia la puerta de la calle.

Víctor se quedó apoyado en esa pared intentando recomponerse de esa brutal realidad, pues le había destrozado completamente volver a ver a Samanta, descubrir que tenía un hijo de veinticuatro años, que ese mismo hijo era el amante de su hija y que sus dos hijos iban a hacerle abuelo de un niño que ni siquiera podía entender qué podría llegar a ser al ser engendrado por dos hermanos.

Cuando escuchó la voz de Ricardo preguntarle incrédulo:

—Víctor, ¿eres mi padre? —Víctor respiró profundamente y se volvió hacia él para contemplar el dolor en su mirada al repetirlo arrastrando las palabras—: ¿Tú… eres… mi padre?

—Sí —contestó destrozado con un hilo de voz.

—¡Eres un hijo de puta! —nada más decir eso le dio tal puñetazo que lo tumbó en el suelo partiéndole el labio mientras le gritaba—. ¡¿Te das cuenta de lo que esto significa?! —Se volvió hacia Raquel y al verla tan desolada, temblando y con unas lágrimas incontrolables, intentó acercarse a ella diciéndole—: Princesa, yo…

—¡No me toques, no te acerques a mí! ¡¡¿Por qué?!! ¡¡¿Por qué tenía que suceder esto?!! ¿So… so… somos hermanos?

—Raquel, por favor...

Ella salió corriendo para encerrarse en su habitación, y al verla marcharse de esa manera Ricardo se volvió hacia Víctor con una furia en la mirada capaz de asesinar a su padre, Víctor intentó calmarlo.

—Hijo, yo…

Las palabras se murieron en su garganta al cogerlo Ricardo por las solapas gritándole y

zarandeándole furioso:

—¡No vuelvas a llamarme así, yo no soy tu hijo! ¡Te odio por lo que le hiciste a mi madre y te odio por destrozar mi futuro con Raquel! No quiero volverte a ver nunca más, para mí seguirás siendo ese padre al que no puedo nombrar para no herir a mi madre.

Soltándolo de golpe salió corriendo de la casa intentando encontrar a su madre, pero por más que mirara de un lado a otro de la calle no la veía por ningún sitio.

***

Cuando se quedaron solos Amanda, con los ojos anegados en lágrimas, le habló con mucha frialdad:

—¿Te das cuenta de hasta dónde nos han llevado tus infidelidades?, tu hija está esperando un hijo de tu propio bastardo. ¿Crees que eso es algo natural?

—Ahora no, Amanda, no estoy de humor para aguantar tus estúpidos reproches, así que vete y déjame solo.

—Esa mujer...

—A esa mujer la conocí mucho antes que a ti, así que nada puedes reprocharme. Ahora, ¡¡déjame solo!! —rugió desesperado.

Después de ese alarido, Amanda se alejó de él y subió a consolar a su hija, Víctor se dejó caer en el sofá y cerró los ojos, las palabras de Ricardo le retumbaban en la cabeza una y otra vez.

«¡Te odio por lo que le hiciste a mi madre y te odio por destrozar mi futuro con Raquel! No quiero volverte a ver nunca más, para mí seguirás siendo ese padre al que no puedo nombrar para no herir a mi madre».

—¡Joder, Samanta! ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no volví suplicándote perdón? Ya que era lo que más deseaba conseguir, todo hubiera sido tan diferente si me hubieras perdonado. Fui tan estúpido, no puedes imaginarte la de veces que me he arrepentido de esa maldita apuesta.

***

Amanda había intentado consolar a Raquel, pero ella se había encerrado en su habitación y no quería abrir la puerta a nadie, así que Amanda se había encerrado también en la suya, ya que no quería ver a Víctor ni hablar con él porque estaba demasiado enfadada tras descubrir que tenía un hijo fuera del matrimonio.

Pero Víctor no estaba por la labor de subir a darle explicaciones a su mujer y prefería pasar la noche en el mismo sofá donde se había dejado caer que tener que soportar a su mujer en esos momentos tan difíciles para él.

***

Al llegar a casa después de que el taxi lo dejara en la puerta, ya que el chófer de Víctor había salido con su madre sin esperarlo, lo primero que hizo fue acercarse hasta la puerta de la habitación de su madre y al escuchar su llanto la abrió muy despacio, pero antes de dar un paso la escuchó decir con la voz entrecortada:

—Por favor, hijo, de… de… déjame sola, no… no quiero hablar con nadie, no… no puedo hablar contigo ahora.

—Está bien, si me necesitas estaré en mi habitación.

Ricardo se tumbó en la cama sin poder conciliar el sueño. Tantas veces deseó poder conocer a su padre, tantas veces rogó para que un día su madre por fin le confesara quién era él, que ahora que había llegado el momento no podía creer que ese sueño llegara a convertirse en su peor pesadilla. No, no podía ser que ese hombre fuera su padre, el mismo padre de la mujer que amaba, la mujer que iba a darle un hijo, era algo tan irreal que parecía estar viviendo en una de esas telenovelas que tanto le gustaban a su abuela. Llorando como un niño, pues cada vez veía más lejana una reconciliación con Raquel, acabó quedándose dormido, no sin antes mandarle un wasap diciéndole:

Ricardo
Nada de lo que acaba de pasar esta noche tiene que ver con nosotros.
Te sigo amando como el primer día y espero que tú sientas lo mismo.
Buenas noches, princesa. 😍❤️😘



Capítulo 34

Nada más despertarse, lo primero que hizo Ricardo fue encender su portátil y buscar en internet toda la información referente a su padre.

Mientras iba leyéndola se decía a sí mismo que cualquier hombre estaría orgulloso de ser el hijo de Víctor Delgado, ya que su carrera profesional desde que entrara con casi diecinueve a jugar en el Pamesa Valencia había sido impecable, pero su vida amorosa todo un desastre, en eso nadie podía envidiarle ni sentir orgullo. Sin embargo, él solo podía sentir una furia inmensa hacia él, ya que gracias a que dejara embarazada a su madre, y que después la repudiara por su familia, en ese momento él estaba locamente enamorado de su hermana, no sabía cómo iba a olvidarla, y lo peor de todo era cómo olvidar que iba a ser padre.

Si Víctor nunca se hubiera aprovechado de su madre, él no existiría y no estaría pasando por una experiencia tan dolorosa, tanto que hubiera preferido mil veces no haber nacido que vivir ese infierno.

Siguió leyendo y, cuando llegó a su vida personal, una sensación extraña lo invadió preguntándose por qué su madre lo había estado engañando toda su vida, al leer que Víctor se había casado con veinticinco años al dejar embarazada a Amanda, una de las modelos más cotizadas en esa época, pero sus deslices habían sido innumerables y por esa misma razón se habían separado en varias ocasiones, aunque siempre acababa regresando a casa con su mujer y con su hija. Según las revistas contaban, lo hacía por su hija y, gracias a ella, Amanda siempre conseguía reconquistar a su marido, hasta que Víctor de nuevo tenía la necesidad de buscarse otra amante. Su matrimonio había estado lleno de altibajos, ya que Víctor era incapaz de serle fiel a su mujer más de tres meses seguidos.

Según las revistas, Amanda había dejado su carrera como modelo al casarse con él, y todo apuntaba a que él era demasiado celoso y posesivo como para dejarla seguir en ese mundillo, por eso la había obligado a dejar su carrera.

Nada más terminar de leer toda esa basura su móvil sonó y cuando lo cogió y vio que era un wasap de Raquel, esperando una respuesta tranquilizadora al suyo de la noche anterior, lo abrió rápidamente, pero lo que ponía lo dejó sin aliento.

Raquel

Lo siento mucho, Ricardo, pero lo nuestro no tiene futuro, no después de lo que pasó ayer.

Nuestros sentimientos ya no cuentan, somos hermanos y lo nuestro ES IMPOSIBLE.

Solo espero que encuentres a una chica que sepa hacerte feliz.

Yo intentaré olvidarte, aunque me lleve toda la vida.

Espero que no te moleste que no esté presente cuando vengas a ver a papá, no creo que pudiera soportar esa situación, no estoy preparada y no creo que lo esté nunca para tener un hermano a estas alturas y más si ese hermano eres tú.

ADIÓS.

Al terminar de leerlo salió muy cabreado de su habitación encontrando a su madre en la cocina.

—¿Por qué me has estado mintiendo toda la vida? —le preguntó con la voz muy fría.

Samanta se volvió hacia él y, al ver su cara de dolor y rencor, el corazón empezó a salírsele del pecho al comprender que su hijo la culpaba por todo lo que estaba pasando.

—Cariño, sentémonos y hablemos tranquilamente.

—No quiero tranquilizarme, quiero la verdad.

—Está bien, ¿y qué quieres saber?

—Quiero saber por qué me hiciste creer que mi padre era un hombre casado y que por eso nunca pudiste estar con él porque, según tú, él eligió a su familia antes que a mí.

—Tu padre es un hombre casado…

—Mi padre se casó seis años después de que yo naciera, y según las revistas se casó porque la madre de Raquel se quedó embarazada. Ahora, dime la verdad, ¿Víctor alguna vez ha sabido de mi existencia? Porque ayer pareció muy sorprendido con la noticia.

—Por Dios, hijo, ¿cómo no iba a sorprenderle que sus dos hijos fueran a casarse?

—No me refiero a esa sorpresa, y lo sabes muy bien, no te hagas la tonta. ¿Alguna vez le dijiste que estabas embarazada?

—¡No, nunca se lo dije!

—¿Por qué? Él tenía derecho a saber…

—¡Él no tenía derecho a nada! ¡Los perdió todos al…!

Samanta se quedó callada de golpe, no podía seguir hablando y los ojos se le empezaron a llenar de lágrimas.

—¿Qué hizo, mamá? ¿Cuál fue su pecado para que tú te sintieras con derecho a esconderle algo tan grande?

—No quiero hablar de eso.

—¿Por qué?

—¡Porque no quiero!

—¡¿Te das cuenta de lo que has conseguido al esconder esa verdad?! ¡Gracias a ti estoy enamorado de mi hermana y lo peor es que vamos a tener un bebé! ¡Es mi hermana, joder! Y, eso no es lo peor, ¡lo peor es que no quiere volver a verme nunca más! ¡Gracias, mamá, gracias por destruir mi vida con todas tus mentiras!

—Ricardo, hijo, no digas eso.

—¡Me voy y no me esperes! No sé cuándo podré volverte a mirar a la cara sin que al hacerlo recuerde que lo he perdido todo.

—¡¡Ricardo!!

Él se dio la vuelta sin escucharla y cuando lo hizo Samanta se quedó destrozada en una de las sillas de la cocina sin poder dejar de llorar hasta desfallecer, tras lo cual llamó a César.

—César, te necesito —le dijo desesperada.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Has llorado? ¿Te encuentras bien?

—No…, me quiero morir y quiero matar a Víctor Delgado.

—¿Estás en casa?

—Sí.

—Está bien, no te muevas de ahí, voy enseguida y, hazme un favor, no llores más.

En menos de media hora César estaba en casa de Samanta, cuando esta abrió la puerta, y lo vio, se le echó en los brazos y volvió a llorar desconsoladamente. César, al sentirla temblando y con una congoja que casi no podía respirar, la cogió en brazos y la llevó hasta el sofá, sentándose con ella sobre sus piernas, abrazándola con fuerza y besándole la frente con mucho cariño.

—Me juraste que nunca más volverías a llorar por él —le reprochó dolido al verla tan destrozada.

—Mis… mis lágrimas no son por él, sino por… por mi hijo.

—¿Le ha pasado algo a Ricardo?

—Me… me… me odia —al decir eso volvió a llorar con mucha más potencia, César también la abrazó con más fuerza.

—Vamos, cariño, nadie que te conozca puede odiarte, y menos tu hijo, él te adora —le habló al oído—. ¿Ahora vas a contarme lo que ha pasado?

Samanta respiró con dificultad un par de veces intentando tranquilizarse y como siempre que César la consolaba y la abrazaba los problemas parecían ser menos graves, al final acabó contándole todo lo que había pasado la noche antes y la discusión con su hijo antes de que se marchara.

—Me odia, César, me odia por destrozarle la vida y en el fondo tiene razón. Si le hubiera contado la verdad, si hubiera sabido desde un principio quién era su padre, nunca se habría enamorado de su hermana.

—¡Joder, Sam! Todo esto parece una telenovela. Pero quiero dejarte bien clarito una cosa y la primera es que ni se te ocurra culparte por todo lo que está pasando —le exigió—. Que yo recuerde, y por lo que me contaste, Ricardo se enamoró de Raquel sin conocerla, solo con unas cuantas llamadas de móvil y, cuando comenzaron juntos, ella no quiso decirle quién era su padre —dijo buscando una excusa para que Samanta dejara de culparse—. Así que ese niño se engendró antes de que Ricardo supiera que ella era la hija de Víctor y, para ese entonces, ya estaba locamente enamorado de ella, por eso no puede culparte, ni de eso ni de lo del bebé y, segundo —añadió para que todo el peso de su dolor recayera sobre Víctor—, nadie puede culparte por no confesarle a ese cerdo que estabas embarazada, él no se merecía ninguna consideración por tu parte, y si no quisiste que él supiera de tu embarazo nadie puede culparte, estabas en todo tu derecho.

—César.

—¿Qué?

—Cásate conmigo.

—¡Joder, Sam, cariño! Sabes tan bien como yo que si pudiera lo haría.

—Odio que seas gay, ¿lo sabías?

—Sí, lo sé. —Sonrió besándole la frente de nuevo—. Sam.

—¿Qué?

—¿Me quieres?

—Sabes que sí —contestó ella mirándole a los ojos—, sabes que después de mi hijo y mi madre eres la persona a la que más quiero.

—¿Me quieres lo suficiente como para dejar que te diera por detrás?

—¡Ooohh, Diiiooos, nooo! —volvió a contestar riéndose acurrucándose en su pecho, ya que, aunque tuviera toda la confianza del mundo con él para hablar de cualquier cosa, ese tema siempre le daba reparo, y él lo sabía—. ¡Eres un pervertido! —añadió bromeando muerta de la risa.

—No, y lo sabes, es solo que a mí me gustan los culitos —al decir eso le dio una palmada en el suyo diciéndole—. Y el tuyo he de reconocer que es precioso.

—¡Eh! No te pases. —Sonrió de nuevo, después, recostándose una vez más sobre su pecho, volvió a ponerse triste y le preguntó melancólicamente—: ¿Sabes qué es lo peor de todo?

—No, ¿qué?

—Que tú y yo seríamos la pareja ideal.

—Lo sé, y sería capaz de volverme a encerrar en el armario si me dejaras amarte de la única

manera que podría ser capaz de hacerlo.

—Lo siento, guapo, pero mi culo es personal e impenetrable —soltó haciéndole reír.

—Ya, lo sé. ¿Recuerdas nuestro primer intento?

Samanta empezó a reírse a carcajadas, y César la siguió sin poder resistirse a esa maravillosa sonrisa y a ese ronquidito tan especial que salía de su garganta cada vez que se reía con ganas.

—Sí, fue muy raro, ¿verdad?

—Bastante, pero la experiencia más bonita que he vivido con una mujer.

—No exageres, nunca te han gustado las mujeres, ¿cómo puedes decir que fue bonito?

—¿A ti no te pareció bonita?

—A mí sí, pero la diferencia es que a mí siempre me han gustado los hombres, y también estaba enamorada de ti.

—Tú nunca has estado enamorada de mí, has creído estarlo, pero te engañabas a ti misma.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque si hubieras estado enamorada de mí, no te hubiera importado por dónde te hubiera hecho el amor aquella noche, simplemente te hubieras dejado amar, aunque fuera por detrás y lo sabes. Nadie que ama de verdad es capaz de decir que no en ese momento tan íntimo que estábamos compartiendo.

—Si no te hubiera hecho parar, ¿tú hubieras seguido?

—Sí, y no sabes cómo lo deseaba, has sido la única mujer a la que he deseado poseer como a un hombre, mejor dicho, has sido la única mujer a la que he amado.

—¿Y si me amabas por qué no querías hacerme el amor como cualquier hombre lo hace con la mujer que ama?

—Porque mi corazón sentía una cosa, pero mi sexo deseaba otra, y lo peor es que nunca pude tener ninguna de las dos.

—Eso no es cierto, siempre has tenido mi corazón.

—No mientas, yo solo fui tu paño de lágrimas, como ahora. Y, como siempre, sigues llorando por el mismo hombre y por lo que parece nada ha cambiado después de tantos años, pues yo sigo consolándote gracias a él.

—Tienes razón, nada ha cambiado; odié, odio y odiaré a Víctor Delgado hasta que me muera y, aunque viviera mil años, todos y cada uno de ellos lo odiaría.

—Odias a Víctor, eso no te lo voy a discutir, pero nunca has dejado de amarlo, lo odias y lo amas con la misma intensidad.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es, y te voy a decir el porqué. Porque en todos estos años lo has perseguido, acosado con tus artículos y le has hecho la vida imposible, pero al mismo tiempo has despreciado a los que lo han acosado como tú, a los que lo han perseguido como tú y a los que le han intentado hacer la vida imposible como tú, atacándolos y diciendo que no sabían ni hacer la o con un canuto. En todos estos años cada vez que él ha salido en la tele te he visto mirarlo con cara de cordero degollado, como el otro día, que por más que yo admirara a Ángel tú decías que sí, que estaba muy bueno, pero que no se podía comparar con Víctor.

—Bueno, es que, aunque odie a ese hombre, no se puede negar lo evidente, Víctor está muy bueno, aunque sea un hijo de su madre. ¡Y ya no quiero seguir hablando de este tema, si no te callas te echo a la calle!

—¿Quieres que me vaya?

—No, quiero que me abraces y que te calles. Necesito relajarme y sabes que tus brazos son milagrosos para mí.

—Sí, lo sé.

César volvió a besarle la frente y la apretó más entre sus brazos. Él sabía que ella creía estar enamorada de él y lo hacía porque él era un imposible, de esa manera no se veía obligada a darse cuenta de la verdad y era de ese amor que aún seguía sintiendo por Víctor, el cual guardaba tan dentro que ni siquiera sabía que estaba ahí escondido en algún lugar de su corazón.

César lo había descubierto la única noche que intentó hacerle el amor, esa noche que ella misma le confesó que lo quería y que necesitaba sentirse amada por él, aunque fuera una sola vez, le juró que si después de entonces a él seguían gustándole los hombres los dos olvidarían lo que había pasado y no volverían a hablar del tema.

Pues bien, esa noche él hubiera renunciado a su condición sexual porque, sin apenas darse cuenta, se había enamorado de ella y había decidido darle una oportunidad a ese sentimiento extraño, pero hermoso al mismo tiempo, que ella despertaba en él. Por ella era capaz de hacer el amor como un hombre lo hacía con una mujer por primera vez en su vida, aun así, necesitaba hacerlo teniéndola de espaldas contra su pecho, como hacía con sus amantes masculinos, sin embargo, cuando estaba a punto de penetrarla ella le dijo en un susurro extasiada por sus besos y sus caricias: «Te necesito, Víctor, te necesito ahora».

Al escuchar ese nombre, César supo que ese hombre siempre estaría en su corazón, así que para romper ese momento mágico y que ella nunca más volviera a pedirle migajas de amor, ya que sabía que nunca podría entregarse por completo a él, cambió la dirección de su erección e intentó penetrarla por el agujero que sabía que Samanta jamás le dejaría poseer y, tal y como él había sospechado, en cuanto ella sintió su erección cerca del trasero la reacción fue inmediata y apartándose de él, girándose para tenerlo de cara, le suplicó después de un beso muy apasionado: «César, por detrás no, por delante, necesito que me hagas el amor». Él, con un hilo de voz porque no estaba preparado para esas emociones que estaba sintiendo por ella, le dijo: «Lo siento, cariño, pero no puedo hacerlo así».

Después de esas palabras, ella se echó a llorar entre sus brazos, y él volvió una vez más a consolarla con ellos, odiándose a sí mismo por mentirla, ya que lo que más deseaba César en ese momento era hacerle el amor como a una mujer sin importarle su condición sexual, pero el miedo a enamorarse de ella sin remedio y saber que ella nunca le correspondería de ese modo le hizo renunciar a ese momento y arrepentirse durante el resto de su vida, ya que nadie podía asegurarle que con el tiempo ella pudiera olvidar a Víctor entre sus brazos.

Aunque el tiempo le había dado la razón, ya que después de Víctor ningún hombre, aparte de él esa noche, había compartido la cama con Samanta. Veinte años después de esa noche, César aún se preguntaba cómo hubieran sido sus vidas si el miedo no lo hubiera hecho reaccionar de esa manera, y veinte años después aún seguía sintiendo por ella algo tan fuerte que no podía comprender, pues después de esa noche nunca más volvió a sentir por nadie, ni hombre ni mujer, un sentimiento tan fuerte como ese, y todas sus relaciones habían sido intensas, pero muy cortas y pasajeras.



Capítulo 35

Ricardo estaba sentado en el bar de al lado del gimnasio, en ese bar donde quedaban siempre a cenar todos juntos después del entrenamiento de boxeo. Había estado caminando un buen rato para calmar esa ira que se lo comía por dentro, pero había sido inútil porque seguía igual de cabreado o más de lo que se había levantado. Lo que más le cabreaba era estar tan furioso con su madre, ya que era la primera vez en su vida que le había fallado y decepcionado, siempre había sido para él un modelo a seguir; fuerte, luchadora, cariñosa, sincera, siempre podía contar con ella, pero de repente ese modelo de madre había desaparecido para convertirse en una mujer cobarde y mentirosa. Cobarde por no atreverse a contarle la verdad sobre su padre, en ese momento en el que todo había salido a la luz, y mentirosa por hacerle creer toda su vida que su padre los abandonó para conservar a su familia, cuando él no estaba casado ni tenía hijos antes de que él naciera.

Nada más sentarse en una mesa y pedir un café sacó su móvil del bolsillo, comprobó una vez más que Raquel no le había mandado un nuevo wasap, y después de eso llamó a la única persona que de verdad necesitaba a su lado en esos momentos.

—Sí.

—Pedro, necesito hablar.

—¿Dónde estás?

—En el bar.

—Dame cinco minutos.

Nada más colgar el móvil Pedro se levantó, se vistió y salió disparado hacía allí, conocía a su amigo mejor que nadie y, por su voz, sabía que estaba muy mal. Efectivamente, cuando llegó al bar, y vio a Ricardo sentado en la mesa con los nudillos sobre su frente reposando la cabeza sobre ellos, sabía que las noticias no serían nada buenas, así que sentándose a su lado le preguntó bromeando para intentar animarlo:

—¿Ayer acabaron matándose tu madre y el padre de Raquel? —Al levantar la cara Ricardo y ver su aspecto volvió a preguntarle muy preocupado—: ¡Joder, macho!, ¡qué careto! ¿Qué pasó ayer? ¿Tan malo fue?

—Casi hubiera preferido que se hubieran matado.

—Me estás asustando, tío, ¿qué está pasando?

Cuando Ricardo le contó a su amigo todo con pelos y señales, este se quedó tan sorprendido que no fue capaz de soltar palabra.

—¿Te puedes imaginar ahora cómo me siento?

—Me has dejado de piedra. ¿Víctor Delgado es tu padre? ¿Ese Víctor Delgado? ¿Uno de los mejores jugadores de baloncesto que ha tenido este país y el mejor entrenador que tenemos desde hace décadas?

—Sí, ¡joder, ese Víctor Delgado!

—¡Joder, macho! Pues yo estaría dando brincos de alegría si Víctor Delgado fuera mi padre.

—Tengo que recordarte que también es el padre de Raquel, la mujer de la que estoy enamorado, la madre de mi futuro hijo.

—¡Mierda, es verdad! Tienes razón, eso es una putada. ¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé, de momento creo que me voy a volver loco porque me va a estallar la cabeza.

—Lo siento, tío —al decir eso pasó la mano por su hombro y le dio un apretón para demostrarle su apoyo—. ¿Has hablado con ella?

—No, no he podido, no me coge el móvil y ¡acaba de romper conmigo hace un rato con un puto wasap!

—Está bien, tío, no te cabrees e intenta comprenderla, para ella que seas su hermano tiene que ser muy traumático.

—¿Y para mí no?

—Por supuesto. Pero ya sabes que las mujeres para estas cosas son más sentidas y que donde nosotros vemos un granito ellas ven una inmensa montaña. Dale un poco de tiempo y después intenta volver a hablar con ella.

—¿Y si no quiere hablar conmigo? ¿Y si nunca más quiere volverme a ver? ¡Dios!, te juro que no voy a poder soportar esta situación, no puedo renunciar a Raquel y a mi hijo, no puedo. ¿Por qué la vida es tan cabrona? Cuando crees que todo es perfecto, que ya no puedes pedir nada más porque ya tienes todo lo que deseas. ¡Zas! Te ponen un pedrusco en medio del camino para que te partas la crisma. —Esa frase hizo sonreír a Pedro.

—Deja de decir tonterías, verás como todo acaba arreglándose.

—Nada tiene arreglo y toda la culpa es de mi madre. ¡Uuuy! En estos momentos me gustaría matarla.

—No seas injusto. ¿Por qué crees que tu madre tiene la culpa de todo? Suerte tienes de tener la madre que tienes.

—Sí, claro, ¿no ves la suerte que tengo?, gracias a ella estoy como estoy. Si se hubiera dignado a decirme quién es mi padre, yo no me habría enamorado de mi hermana.

—Vuelves a ser injusto, tú te enamoraste de Raquel sin conocerla, sin saber ni siquiera su nombre y, que yo recuerde, ella tampoco te dijo de quién era hija, así que no culpes a tu madre de eso, sino al destino que se empeñó en juntaros para ahora obligaros a seguir caminos distintos.

—El destino no existe, no creo que el destino me haya puesto a Raquel en el camino para después arrebatármela, no, no creo en eso.

—No, ¿entonces en qué crees?

—En el castigo divino, y esto es un castigo porque mi madre se dejó enamorar por ese gilipollas y después no tuvo valor de confesarle que estaba embarazada.

—No digas más tonterías, esto es cosa del destino y, como siempre, el destino tiene sus motivos para actuar así. ¿No me podrás negar que vuestro encuentro no fue algo ocasional? No creo que haya más de dos personas en este mundo que se conozcan con una llamada equivocada porque la gente normal cuando recibe una llamada equivocada cuelga el móvil y se olvida de ella. Pero vosotros no, vosotros seguisteis con el juego y mira hasta dónde os ha llevado esa llamada. Así que no vuelvas a decirme que no es el destino y contéstame a una pregunta.

—¿Qué?

—¿Qué te dice el corazón?

—¡Joder, macho! Luego dices que no eres romántico y te la das de chulito con las tías.

—No seas gilipollas y contéstame.

—¿Qué quieres que te conteste? Es una pregunta absurda, ¿qué me va a decir el corazón?, que

Raquel es y será siempre la mujer de mi vida.

—Cuando piensas que es tu hermana, ¿qué sientes?

—¡Joder, tío! —Cada vez se enfadaba más con esas preguntas—. Es que no puedo pensar en ella como en una hermana, eso es imposible.

—Entonces lucha por ella.

—El problema está en que Raquel sí parece verme como a su hermano. Ya te he dicho que no quiere hablar conmigo, que no quiere verme. ¿Qué quieres que haga?

—Que le demuestres que no sois hermanos.

—Que yo no lo crea no quiere decir que no lo seamos. Tenemos el mismo padre, ¿recuerdas?

—Sí. Pero si no haces hasta lo imposible por saber de verdad si el destino estaba equivocado con vosotros, ¿no crees que vas a estar toda la vida preguntándote: «¿y si…?»?

—¿Y qué me sugieres que haga?

—Pues algo tan simple como una prueba de ADN, si las pruebas confirman que sois hermanos entonces podrás decirte a ti mismo que lo has intentado todo e intentar olvidarla.

—Tienes razón, pero si hago eso será como decirle a mi madre a la cara que creo que es una mentirosa.

—O a la madre de Raquel. ¿Estás dispuesto a todo por ella?

—Qué pregunta, macho, pues claro que sí.

—Entonces, ¿qué te importa lo que piensen los demás? No digas nada hasta que tengas los resultados en la mano, así nadie podrá acusarte de nada. Luego depende de los resultados, o te resignas, o pides explicaciones a diestro y siniestro.

—Tienes razón, siempre tienes razón. Sabía que la única persona que podía animarme en estos momentos eras tú.

—Para eso están los amigos.

—Necesito que me hagas un favor.

—¡Uuuy! Cuando me pides las cosas con esa cara me das miedo.

Con esa broma consiguió una leve sonrisa en los labios de su amigo y, gracias a eso, la suya se ensanchó de esa manera tan increíble con la que solía embelesar a las chicas y es que para él no había nada más importante que ver feliz a su amigo.

—¿No irás a dejarme tirado ahora? La idea ha sido tuya.

—Sabes que por los amigos soy capaz de cualquier cosa. Desembucha, ¿qué quieres que haga?

—Necesito algo de Raquel que me sirva para una prueba de ADN.

—¿Y cómo coño quieres que yo consiga algo así?

—Rocío…

—Ooohhh, ¡nooo! No me pidas eso, esa chica me odia y es insufrible.

—Sí, pero al igual que tú es capaz de hacer cualquier cosa por su amiga, así que solo tienes que explicarle nuestro plan y estoy seguro de que nos ayudará.

—¿Y por qué no se lo dices tú a Raquel? Seguro que si le explicas tus motivos te entenderá y también querrá estar segura.

—Porque está embarazada y más sensible que de costumbre, porque no quiero que se ilusione como me está pasando a mí y que luego el palo sea mucho más grande si las pruebas no dan los resultados que deseamos…

—Está bien, está bien, está bien, no sigas, me has convencido y voy a ayudarte. Eso sí, me deberás una muy grande, ya que lidiar con esa mujer es peor que enfrentarse a un toro bravo. —Con esa broma hizo reír de nuevo a Ricardo.

—Estoy seguro de que sabrás camelártela, en plazas peores has toreado.

—Vaaaleee, ¿y qué se supone que debo conseguir?

—Creo que con unos cuantos pelos será suficiente, ¿no crees?

—¿Púbicos?

—No seas gilipollas —dijo Ricardo aguantando la risa.

—¿Te ha hecho gracia?

—Pedro, no estoy para bromas…

—Confiésalo, te has reído por dentro.

—Está bien, me ha hecho gracia —acabó diciendo con una gran sonrisa en los labios—. Pero la cosa no es para tomársela a broma.

—No, pero quería verte sonreír. Ahora tracemos un plan para conseguir esos pelos.

Volvieron a pedirse un café y se quedaron hablando para ver cómo lograban esos dichosos pelos sin que Raquel se enterara.



Capítulo 36

Rocío acababa de salir de la habitación de Raquel, destrozada por la situación en la que se encontraba su amiga. Raquel había discutido con sus padres, había roto por wasap con Ricardo, y no había dejado de llorar desde que había llegado, hasta que por fin se había quedado dormida gracias a una tila que Rocío acababa de obligarle a tomar y al cansancio por el embarazo y tantos disgustos.

Cuando escuchó el timbre maldijo sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

—Maldita sea, ¿quién será a estas horas? Pues anda que estamos para visitas… —Las palabras se le cortaron al ver a Pedro justo enfrente de ella al abrir la puerta y, con muy mala leche, escupió mirándolo enfadada—: Tenías que ser tú, justamente tú. Mira, será mejor que te vayas porque no está el horno para bollos. —Cuando fue a cerrar la puerta él volvió a impedírselo metiendo el pie por el marco—. Mira, guapito, no estoy para aguantar tus tonterías, así que si quieres seguir conservando tu pie será mejor que lo quites de ahí.

—Rocío, necesito hablar contigo y, si no estás dispuesta a escucharme, entonces cierra la puerta y arráncame el pie si es lo que quieres porque será de la única manera en la que podrás evitarlo. Ricardo está muy jodido, como puedo imaginar que lo está Raquel. Ahora vas a dejarme pasar y vas a escucharme.

Rocío acabó abriendo la puerta, ya que al escuchar esas palabras necesitaba saber lo que tenía que decirle. Cuando Pedro entró, Rocío le cogió de la mano y poniendo el dedo índice en sus propios labios le pidió que guardara silencio, después lo arrastró hasta su habitación cerrando la puerta detrás de él.

—No alces la voz, no quiero que Raquel nos escuche, está muy mal y no quiero darle motivos para que se ponga peor. ¿Qué es lo que quieres decirme?

—Ricardo no está dispuesto a perder a Raquel.

—¿Y qué piensa hacer?, ¿casarse con su propia hermana? Raquel está destrozada y no quiere volverlo a ver, dice que es mejor cortar por lo sano, ya que no cree que pueda verlo de nuevo, no después de saber que son hermanos.

—Si a ti te pasara eso, ¿te conformarías con lo que dicen tus padres o necesitarías unas pruebas que te demostraran que no mienten?

—¿Por qué tendrían que mentir? No tiene sentido.

—No sé, tal vez se odian tanto que cualquier posibilidad de separar a sus hijos para no tener que compartir un nieto sería válida.

—¿De verdad crees que Víctor y la madre de Ricardo serían capaces de hacer algo así?

—Aaay, nena, yo no pondría la mano en el fuego ni por mi madre.

—Qué bruto eres, pobre de tu madre.

—¿Vas a ayudarme?

—¿A qué?

—Necesito que me consigas unos cuantos pelos de Raquel.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —preguntó mosqueada—. ¿No irás a hacerle vudú? —Pedro no pudo evitar reírse al escuchar esa pregunta.

—Vudú, vudú, a ti sí que te voy a hacer vudú.

—¿Para qué? —preguntó ingenuamente consiguiendo una sonrisa tan socarrona y maravillosa de Pedro que no pudo evitar quedar extasiada contemplándola.

Pedro, al verla tan embobada mirándole, no pudo evitar acercarse más a ella, pasar las manos por su cintura y atraerla hasta dejarla pegada a su cuerpo, diciéndole con una voz muy sensual consiguiendo que a Rocío le temblaran hasta las piernas:

—¿Para qué va a ser, boba?, para colarme en tu cama, no sabes las ganas que te tengo, nena…, me muero de ganas de que seas mía.

Mientras le susurraba al oído esas palabras tan excitantes, su mano derecha subía por la espalda de ella y la izquierda bajaba por su trasero, pegándola más aún a él y sintiéndola estremecer por esa cercanía, esa sensación de sentirla tan vulnerable entre sus brazos le hicieron desearla con más fuerza, así que no pudo evitar recorrer el lóbulo de la oreja con su lengua para acabar mordiéndoselo con los labios. Al sentir cómo ella volvía a estremecerse por ese contacto, acabó aplastándola contra la pared y sus labios empezaron a recorrerle el cuello con besos ardientes, tan ardientes que Rocío creía estar quemándose en el infierno.

Cuando los labios de él se posaron en su boca provocando que la abriera para él, y cuando por fin creyó poder estar saboreando esa dulce miel que tanto deseaba probar, un empujón muy fuerte lo apartó de ella y a continuación un bofetón increíblemente doloroso lo sacó de golpe de esa hermosa sensación que estaba experimentando para llevarlo a la más cruda realidad, al escuchar a Rocío gritar enfurecida:

—¡No vuelvas a tocarme, no intentes otra vez besarme porque a la próxima te cortaré los huevos! ¡Tan grande es tu ego que no puedes soportar que una mujer te diga «no» que tienes que intentarlo una y otra vez! ¡Si quieres te pongo una denuncia y una orden de alejamiento a ver si así dejas de perseguirme!

—No será necesario —contestó Pedro con una voz tan dura como su mirada mientras se acariciaba la cara que le ardía y dolía a rabiar—, no volveré a tocarte mientras viva, ni aunque fueras la única mujer del planeta.

—¡A ver si es verdad! Voy a por esos dichosos pelos, y quiero que te largues de mi casa inmediatamente.

—Será un placer perderte de vista.

Rocío salió indignada de la habitación para meterse en el cuarto de baño y así poder arrancar del cepillo de Raquel todos pelos que estaban enganchados en él, después fue a la cocina y buscó una bolsa de esas herméticas donde se guardaban los alimentos para congelarlos pensando que como era para lo que era estaría muy higienizada, y metiéndolos dentro volvió a su habitación para dárselos a Pedro y que así desapareciera de su vista lo más rápidamente posible.

Pedro se había quedado en esa habitación tan indignado o más que ella, si es que eso era posible, no podía entender cómo esa mujer había pasado de ser puro fuego entre sus brazos a convertirse de repente en ese témpano de hielo que normalmente solía ser a todas horas, pero lo que más le extrañaba era que la había sentido suya por unos instantes y esa sensación le había gustado demasiado para renunciar a ella definitivamente.

Sabía perfectamente que entre ellos se había abierto un túnel y que por muy largo que este fuera, al final, él conseguiría cruzarlo, y estaba seguro de que lo que encontraría allí sería muy gratificante, aunque lo más difícil sería saltar todos los obstáculos que se interpusieran en su

camino para llegar al final.

Todo eso se lo iba diciendo a sí mismo mientras ojeaba una fotografía de ella y Raquel, las dos estaban muy elegantes con unos vestidos muy bonitos de fiesta y se las veía tan felices sonriendo a la cámara que Rocío no parecía la misma. Tendrían unos quince años y para ser una cría era muy, pero que muy guapa. Se la veía llena de vida y alegría y sobre todo parecía una niña muy feliz, lo cual se le notaba en la mirada. No se parecía en nada a la mujer en la que se había convertido; fría, desconfiada y muy amargada, su mirada casi siempre parecía triste y sus palabras eran duras e hirientes.

Por lo poco que Ricardo le había contado, parecía ser que ese cambio tan radical en ella era gracias a un hombre que se había aprovechado de su inocencia y eso lo ponía de mal humor. Deseaba averiguar quién era ese hijo de puta y partirle las piernas.

La brusquedad con la que Rocío abrió la puerta y le gruñó lo pusieron de muy mal humor.

—Aquí está lo que has venido a buscar, ahora lárgate. —Pedro le arrancó la bolsa de las manos muy cabreado.

—No te preocupes, estoy deseando marcharme de esta habitación —dijo muy enfadado—, está tan helada como su dueña y es una sensación muy desagradable.

—Tan desagradable como tú.

—No te equivoques, nena —rebatió volviéndose hacia ella antes de salir por la puerta—, yo soy demasiado bueno para ti y eso es lo que te da miedo.

—Tú solo eres un chulo de mierda —acabó diciéndole antes de cerrarle la puerta en las narices.

Pedro sonrió al verla reaccionar de esa manera ante sus desplantes, ya que esa mala leche al decirle todas esas palabras tan dolorosas solo significaba una cosa; le habían dolido porque las había sentido. Solo te podían hacer daño las cosas que te decía alguien que te importaba, así que la reina de hielo tenía su corazoncito, y él iba a conseguir que se lo entregara sin reservas y, lo más importante, iba a conseguir derretir todo ese hielo que la rodeaba, para convertirla en esa mujer cálida y apasionada que él había sentido entre sus brazos, aunque solo hubieran sido unos segundos, antes de quedarse con las ganas de ese beso tan prometedor.

***

Al llegar al bar y darle la bolsa con los pelos de Raquel este le dijo muy contento:

—Gracias, tío, acabo de hablar con Diego. —Diego era uno de sus amigos del gimnasio, su hermano era médico y trabajaba en un hospital—. Me ha dicho que mañana mismo se lo llevará a su hermano, el médico, y que en un par de días estarán los resultados.

—Me alegro.

—Pareces enfadado, ¿problemas con Rocío?

—¿Quién no tiene problemas con Rocío? —contestó con otra pregunta aún muy cabreado.

—Te gusta esa chica, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso?

—Porque cada vez que tienes un encontronazo con ella te pones de mala leche, y eso nunca te ha pasado con ninguna. Si alguna chica te da problemas simplemente pasas de ella.

—A mí las tías nunca me dan problemas, más bien me los quitan.

—Entonces, ¿ese es el problema?

—¿Qué problema?

—Que no estás acostumbrado a que las tías se te pongan difíciles, y Rocío es muy complicada.

—Me debes un favor.

—Lo sé, ¿ya quieres cobrártelo?

—Sí.

—Está bien, dispara.

—Necesito que averigües qué fue lo que le pasó a Rocío para convertirse en la tía fría y amargada que es ahora.

—¿Por qué crees que antes no era así?

—Tú lo dijiste la otra noche; un hijo de puta se aprovechó de ella, ¿no es cierto? ¡Ah! Y esta vez sería yo el que te debería una si averiguas quién es ese tío.

—¡Vaya! Menos mal que no te interesa esa chica. Pero, tienes razón, te debo una y voy a averiguar qué le pasó y quién se lo hizo, y no necesitarás hacer nada más por mí. Acabas de traerme algo vital para mí en estos momentos. —Sacudió la bolsa delante de su amigo—. Y por eso mismo voy a hacerlo. Solo déjame arreglar las cosas con Raquel y te juro que le haré cantar como a un pajarito —aseguró sonriéndole a su amigo.

—Está bien, esperaré, pero no demasiado.

Parecía mentira que con solo una pequeña esperanza Ricardo pudiera cambiar de humor tan rápidamente, solo por esa bolsita y su contenido que parecían abrirle de nuevo las puertas hacia el paraíso. Pedro solo rogaba para que su idea de averiguar la verdad resultara favorable para Ricardo y Raquel, aunque eso demostrara que una de las dos madres mentía, quién no era importante, lo importante era que una de las dos mintiera para que su amigo pudiera seguir al lado de la mujer a la que amaba. Su intuición pocas veces le engañaba y él supo en cuanto Ricardo le contó toda esa historia que él y Raquel no eran hermanos, no sabía cómo, pero estaba completamente seguro de eso.



Capítulo 37

Samanta se había presentado el lunes a la oficina ignorando el consejo de César de que se tomara un par de días de descanso antes de regresar, ya que ella prefería mil veces estar allí centrada en el trabajo que en casa, pues la cabeza no dejaba de darle vueltas al mismo tema y pensaba que la soledad y los pensamientos acabarían volviéndola loca, ya que Ricardo no había vuelto a casa después de esa discusión, no la había llamado y no le cogía el móvil.

—Te dije que te tomaras dos días de descanso. ¿Por qué nunca me haces caso? —le reprochó César entrando en su despacho.

—¿Quieres que acabe volviéndome loca en casa o como la niña del exorcista? Ya que la cabeza no deja de darme vueltas como una peonza siempre con el mismo tema.

César sonrió al oírla decir eso y, acercándose a ella, le pasó las manos por la cintura preguntándole con ternura:

—A ver, cariño, ¿qué es eso que te tiene tan preocupada?

—Ricardo ha pasado el fin de semana con Pedro y dice que no quiere hablar conmigo hasta que no sepa toda la verdad y ni siquiera él ha sido capaz de decírmelo, ha sido su amigo. —Suspiró muy triste apoyando las manos en el pecho de César—. Y yo me pregunto: ¿cómo va a saber la verdad si yo no se la cuento?

—¿Y piensas contársela algún día?

—No, por Dios, ¿cómo quieres que le cuente que su padre me engañó como a una estúpida, que yo solo fui para él una maldita apuesta y que para colmo de males nos grabó haciendo el amor y después se rio bien a gusto con todos sus amigotes viendo ese vídeo?

—Recuerda que ahora sabe quién es su padre, ¿y si le pregunta a él?

—Si él quiere que su hijo lo odie por lo que me hizo entonces que se lo cuente, ese no será mi problema.

—¿Después de todo lo que te hizo le proteges?

—Yo no le protejo.

—Sí lo haces, no quieres que Ricardo lo odie, por eso nunca le has contado la verdad.

—Ningún hijo debería odiar a sus padres, eso debe de ser muy doloroso, ¿no crees? Además, me da bochorno que sepa lo de ese vídeo, eso siempre me ha dado mucha vergüenza.

—Sam, cariño, ese hombre no se merece que sigas protegiéndolo. Si Ricardo lo odia por lo que te hizo se lo tendrá merecido, y tú no deberías sentirte humillada por lo que pasó, el debería sentir vergüenza por lo que te hizo, no tú.

—Lo sé, lo sé, lo sé, pero no puedo evitarlo.

César la besó en la frente para consolarla y justo en ese momento la puerta del despacho de Samanta se abrió de golpe obligándolos a separarse bruscamente, mientras la secretaria gritaba al hombre que entraba en el despacho como Pedro por su casa:

—Señor, ¡le he dicho que la Señora Soriano no recibe visitas!

—¡Pues a mí tendrá que recibirme! —gritó Víctor entrando en el despacho y mirando muy serio a Samanta y a César que al separarse de esa manera tan brusca daban la impresión de haber sido pillados en una situación un poco delicada.

—Discúlpeme, señora, pero no he podido detenerlo.

—Está bien, Marta, no te preocupes, puedes cerrar la puerta.

—¡Vaya! ¿A esto os dedicáis cuando no estáis conspirando contra mí?, ¿a hacer manitas en el despacho?

La furia que Víctor llevaba encima podía verse a través de sus ojos, que miraban a Samanta como el que mira a su peor enemigo.

—Si vienes buscando pelea será mejor que te vayas —le advirtió César.

—¿Por qué?, ¿esta vez no vas a esconderte detrás de Samanta? —preguntó Víctor con sarcasmo.

—No necesito que Sam me proteja, puedo hacerlo yo solo, más bien soy yo el que va a protegerla de ti.

—Ella no necesita protección conmigo, jamás le haría daño.

—¡Ja…, ja…, ja! Tú eres la única persona que le ha hecho daño, pero esta vez no está sola.

Samanta podía ver cómo esos dos hombres estaban como dos gallos de pelea, esperando la mejor oportunidad para lanzarse uno contra otro, así que gritó sabiendo que no podría soportar que los dos acabaran pegándose por su culpa.

—¡Ya basta, por favor! Víctor, no quiero hablar contigo, no te quiero en mi trabajo y mucho menos en mi vida, así que vete, por favor, y no vuelvas a cruzarte en mi camino.

—Ya has escuchado a la señora, no quiere verte, así que márchate.

—No voy a marcharme hasta que hablemos.

—Si no te marchas ahora mismo llamaré a los de seguridad —le amenazó César.

—Por mí como si llamas al FBI.

—Por favor, César, no quiero que discutas con él.

—Samanta, no voy a irme hasta que hablemos —insistió Víctor con mucha seriedad, demostrándole que no tenía escapatoria, que fuera como fuera iban a hacerlo.

—¿Si te escucho te marcharás y no volverás a molestarme?

—Sí.

—Está bien, pues habla.

—No quiero a ese aquí —exigió mirando a César con muy mala leche.

—César, por favor.

—Estaré en mi despacho si me necesitas. —Dándole un beso en la mejilla se fue dejándolos solos.

Una vez se quedaron solos, Samanta se sentó detrás de su mesa para que Víctor no pudiera darse cuenta de que las piernas le temblaban y, de paso, ponía como muralla entre los dos la mesa de su despacho, que era bastante grande y eso le daba seguridad.

—Suelta lo que tengas que decir y lárgate.

—Siempre me pregunté qué podía tener ese tal Sam Moreno contra mí para estar amargándome la existencia constantemente con esos artículos tan hirientes y humillantes que esta revista escribía siempre sobre mí y, mira tú por dónde, hace dos días descubrí el porqué. Todos estos años has estado ahí, acechándome, persiguiéndome, extorsionándome…

—Solo he publicado la verdad sobre ti, esa verdad que nadie se atreve a decir por miedo a que la gente te desprecie, por descubrir los defectos de una de las estrellas más aclamadas del deporte, y tampoco lo habré hecho tan mal cuando somos una de las revistas más vendidas de

este mundillo.

—Ahora que sé quién está detrás de esas publicaciones puedo llegar a entenderlo, te hice mucho daño y entiendo tu rencor hacia mí. Pero ¿no crees que han pasado muchos años para seguir con esta guerra? ¿No has tenido bastante ya?

—La noticia nunca se acaba y yo estoy aquí para contarla. Si no quieres que hable mal de ti empieza a hacer bien las cosas.

—¡Joder, Samanta! No puedes seguir inventando esas mentiras sobre mí.

—¡Yo no me he inventado nada! Las pruebas están ahí, los resultados dieron positivo en estupefacientes.

—¡Mierda, Samanta! —gritó golpeando los puños en su escritorio mirándola con mucha ira contenida consiguiendo que diera un brinco en su silla—. ¿No vas a ser capaz de reconocer ante mí que tú misma falsificaste esos resultados?

—¡¡Yooo!! —gritó escandalizada ante tal acusación.

—¡Sí, tú! No sé cómo lo lograste, pero seguro que debió de costarte una fortuna conseguir que falsificaran los resultados.

—El ladrón cree que todos son de su condición —habló con sarcasmo—. Tú eres el maestro en los engaños, tú eres capaz de todo por conseguir lo que quieres.

—¡Ya basta, Samanta! No me juzgues por lo que pasó hace veinticuatro años, en esa época yo era un irresponsable, ahora he cambiado, ¿lo sabías?

—¡Síií, claaaro! ¿Cuándo fue la última vez que te pillaron en una situación delicada? A ver, déjame pensar. Ah, ¡sí! Hace un par de años en Barcelona en el hotel donde se supone que debías entrenar a tus chicos. Sí, por el día los entrenabas muy bien, claro, para que todos vieran lo buen entrenador que eres, pero por la noche a quien entrenabas en la cama eran a esas animadoras tan monas que os siguen a todos lados.

—¿Fuiste tú? —preguntó sorprendido.

—¿Qué? —preguntó ella más sorprendida que él.

—Tú les pagaste para que se colaran en mi habitación mientras uno de tus fotógrafos nos hacía fotos por la ventana.

—¿De… de qué estás hablando?

—¿Cómo conseguiste esas fotos?

—Me las entregaron.

—¿Quién te las entrego?

—Uno de mis confidentes.

—¿Debieron costarte una fortuna?

—No, justamente ese confidente nunca me ha cobrado.

—¿Tienes un confidente que no te cobra? —preguntó más sorprendido—. Eso no me cuadra.

—¿Por qué? Seguro que no he sido la única persona a la que le has hecho daño.

—¿Qué quieres decir?

—Que no soy la única que disfruta viéndote humillado en las noticias —respondió satisfecha al verlo cada vez más indignado.

—¿Esa persona es la que te pasa información sobre mí?

—Sí.

—¿Solo sobre mí?

—Sí.

—¿Y no quiere dinero por hacerlo?

—Así es, has debido de portarte muy mal con ella —se burló.

—¿Es una mujer?

—No lo sé, su voz siempre está distorsionada, pero por cómo quiere verte, humillado, seguro que es una mujer.

—¡Joder, Samanta! Tienes un confidente que no quiere cobrar, que distorsiona su voz para que no lo reconozcas y que siempre te manda información sobre mí. ¿No te das cuenta de lo que está haciendo? Esa persona te está manipulando para que escribas lo que quiere y no le importa cómo lo hagas con tal de vengarse de mí. —Nada más escucharlo decir todas esas cosas ella se dio cuenta de una cosa; él tenía razón.

—Eso no importa, todo lo que publico es verdad, siempre acaba siendo verdad —se defendió.

—¡No, maldita sea, no son ciertas! La noche en que esas crías se metieron en mi habitación yo estaba dormido, ni siquiera sé cómo consiguieron la llave, solo sé que se colaron, se desnudaron y se metieron en mi cama.

—Sí, claro, y tú no te despertaste hasta que las tuviste dentro de la cama, pues sí que tienes el sueño pesadito, guapo.

—No, no tengo el sueño pesado, sino todo lo contrario, me cuesta mucho dormirme fuera de casa, por eso me tomo unas pastillas que me dejan KO las tres primeras horas, es de la única manera que puedo dormir en los hoteles porque no me gustan. Y gracias a eso no pude enterarme de que esas dos crías estaban montándome una trampa, cuando me desperté ya tenía a una encima y a la otra comiéndome la boca. Lo que no entiendo es por qué tu fotógrafo no siguió captando el momento en que me levanté indignado y las saqué de mi habitación en pelotas, ¿o fuiste tú la que no quiso publicar esas?

—Yo no mandé a ningún fotógrafo, las fotografías me llegaron en un sobre nada más volver tu equipo de Barcelona.

—¿Ves?, estás siendo manipulada, ¿de verdad me ves con edad de estar montándome tríos con chicas de veinte?

—No sería la primera vez.

—Con dieciocho años se hacen muchas locuras, pero con cuarenta uno ya no está para tríos con veinteañeras, ¿no crees?

Samanta lo miró de arriba abajo y al contemplarlo se dio cuenta de que si no estaba con veinteañeras era porque no quería, ya que con ese cuerpo que seguía teniendo podría seguir conquistando a quien se propusiera.

—No, no lo creo, sigues siendo todo un gigoló, las revistas no mienten.

—Trabajas en este mundo y debes saber que la gente de tu calaña solo necesita una foto besando a una chica en la mejilla para estar inventándote un romance.

—El que siembra, recoge, y tú has sembrado demasiado, es normal que la gente crea lo peor de ti.

—¿Por eso inventaste ese lío con Hacienda o también fue el mismo informante quien te pasó la información?

—No pienso seguir respondiendo a tus preguntas y ya te he escuchado bastante, ahora lárgate.

—¿Sabes?, eso hasta debería habértelo agradecido.

—¿El qué? —preguntó sorprendida al oírle decir eso.

—Gracias a ese artículo descubrí que mi gestor estaba robándome, que él era el que defraudaba a Hacienda en su propio beneficio.

—No te creo.

—Pues entonces investígame, se te da muy bien, o solo te sientas en esa silla y esperas a que los demás te presenten informes falsos sobre mí para publicar.

—Víctor, me estoy cansando —espetó muy molesta por sus últimas palabras—, vete de mi despacho.

—No, hasta que no me prometas que vas a pedirme disculpas públicamente en tu revista.

—¡¿Qué?! ¡¿Te has vuelto loco?! ¡No pienso hacer tal cosa!

—Tanto te cuesta reconocer que estás equivocada, que te han manipulado.

—Demuéstrame que me equivoco, y te pediré disculpas públicamente.

—Está bien. —Sacando su móvil hizo una llamada—. Ángel, necesito que en veinte minutos tengas a los chicos preparados.

—¿Para qué?

—Quiero una nueva muestra de orina, eso sí, que no sepan nada y tampoco hagas nada hasta que yo llegue. —Cuando colgó el móvil le preguntó—: ¿Tienes algún laboratorio de confianza?

—No entiendo qué quieres hacer, ¿y por qué iba a tener yo algún laboratorio de confianza?

—Bueno, mejor que no sea de tu confianza, las pruebas podrían ser manipuladas otra vez.

—Víctor, ¿qué estás tramando?

Rodeando la mesa se acercó a ella, la cogió del brazo y la levantó del sillón.

—Quieres saber la verdad, ¿no? ¿No presumes de eso en tu revista? Pues ahora mismo vas a venir conmigo, vas a ser testigo directo mientras mis chicos mean en un bote delante de ti, vamos a buscar un laboratorio que no conozcamos ni tú ni yo, y vamos a esperar los resultados, y cuando los tengas en tus manos esperaré impaciente tu nueva edición para leer esa disculpa que bien merecida me tengo después de tantos años de humillaciones.

—Víctor, no voy a hacer eso, no voy a ir contigo a ningún sitio.

—Aaah, ¡sí! Sí vas a hacerlo, ¿y sabes por qué?

—¿Por qué? —preguntó mirándolo a los ojos con mucha soberbia.

Estaban el uno pegado al otro, ya que Víctor la había levantado del sillón de un tirón y, con la fuerza de él y lo poco que ella pesaba, sus cuerpos habían chocado por el impulso. Ella no llevaba casi tacón y a su lado se quedaba muy pequeña, pues le llegaba por los hombros, así que él tenía que agachar la cabeza para mirarla a los ojos mientras le hablaba.

—Porque necesitas saber la verdad tanto como yo y así darte cuenta de que solo eres una pieza en manos de ese hombre o mujer que te está utilizando solo para atacarme a mí.

—¿Tan seguro estás de tus chicos?

—Sí, y además yo también voy a mear delante de ti.

—Está bien, te creo, no necesito que mees delante de mí, publicaré una disculpa… —Era capaz de cualquier cosa para no tener que ir con él a ningún sitio.

—Aaahh, ¡no! no quiero que me des la razón como a los locos, vamos a hacer las cosas bien.

—Víctor…

—Samanta, coge tu abrigo, vas a venir conmigo, aunque sea a rastras, así que tú decides.

—¡Aaay, mierda! Está bien, iré contigo, y ahora suéltame.

—No te pongas nerviosa, no voy a comerte.

Esas palabras resultaban puñales para Samanta, ya que fueron las primeras palabras que le dijo cuando lo conoció, sin querer que se diera cuenta de cuánto le afectaban se alejó de él para coger su abrigo.

Mientras cogía su bolso, Víctor no dejaba de observarla, recordando cómo una chica tan desastre, fea, insegura, ingenua y poca cosa podía llegar a convertirse en una mujer como esa, ya que se la veía fuerte, segura de sí misma, autosuficiente y muy guapa, aunque eso él lo había descubierto la misma noche que fue a recogerla para llevarla a ese baile hacía mucho tiempo, esa noche lo impactó porque estaba preciosa y esa misma noche se enamoró de ella como un

estúpido.

Después de esa primera noche juntos, él siempre supo que Samanta no era el patito feo que se escondía en ella, pero nunca imaginó que con los años ella podría llegar a ser esa mujer que tenía delante de él; tan elegante, atractiva, llamativa, con esos simples pantalones negros anchos de camal con cinturilla ancha y alta ciñendo su pequeña cintura y su trasero redondo y prieto y ese jersey color crema de cuello vuelto, de media manga, corto, justo hasta la cinturilla del pantalón, todo ese conjunto que llevaba le daba un aire juvenil sumamente encantador, al ponerse la torerita a juego con el pantalón, Víctor se quedó embobado mirándola. No era alta, no era modelo, su pelo no era largo y dorado como el de su mujer, sino negro y ondulado cayéndole por los hombros con mucha gracia, sin embargo, en ese momento, a él le parecía la mujer más hermosa que había conocido nunca, al igual que le pasó la noche que fue a recogerla a su casa para llevarla al baile, la noche que la hizo suya por primera vez.

Salió de su aturdimiento cuando la vio plantada delante de él mirándolo con el abrigo entre sus brazos.

—Y, bien, ¿nos vamos o piensas quedarte ahí plantado todo el día? —preguntó molesta.

—Vámonos.

César estaba en el recibidor hablando con su secretaria y, al verlos salir, se acercó a ella.

—¿Qué está pasando? —preguntó preocupado—. ¿Dónde vais?

—No te preocupes, volveré enseguida, aquí el señor Delgado quiere demostrarme su inocencia —informó con sarcasmo.

—No tienes por qué hacer esto y lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —contestó apoyando las manos sobre su pecho dándole un beso en los labios.

César supo en ese mismo instante por qué Samanta acababa de besarle los labios, para demostrarle a Víctor que ella había rehecho su vida, como también sabía lo equivocada que estaba al pensar eso.

—Vamos, Samanta, no tenemos todo el día —gruñó Víctor molesto al verla tan cariñosa con ese hombre.

—Llámame si necesitas algo —le dijo César antes de que las puertas del ascensor se cerraran.

—Lo haré.

—No va a necesitar nada, estará bien a mi lado —puntualizó Víctor muy molesto y, nada más cerrarse las puertas, le preguntó—: Ese hombre es…

—César, se llama César.

—Está bien, ¿César es tu pareja?

—Sí —contestó muy orgullosa, no sabía por qué le mentía, pero no quería que él supiera que estaba sola—, y no vuelvas a preguntarme nada sobre mi vida privada porque no voy a contestarte.

Cuando vio su intención de ponerse el abrigo se lo quitó de las manos y la ayudó, ella no quería seguir discutiendo y menos por algo tan simple, así que se dejó colocar el abrigo, una vez se lo puso por los hombros los apretó con sus manos y pegándose a su espalda le susurró al oído:

—Tú sabes todo sobre mí y, sin embargo, no quieres contarme nada de ti.

—Tú eres un personaje público, pero a mí me gusta mantener mi intimidad en secreto.

—¿Cuánto tiempo llevas con ese hombre?

—No te importa, y si vuelves a hacerme otra pregunta volveré a mi despacho y nos olvidaremos de todo este asunto.

—Está bien, sube al coche.

Esa vez el Mercedes que llevaba era deportivo, mucho más bonito que el que fue a recogerlos

a ella y a su hijo a casa. Nada más subir, Víctor arrancó el coche y tocó un botón, al hacerlo una pequeña pantalla de ordenador apareció delante de ellos.

—Lo dejo a tu elección, busca un laboratorio y concierta una cita para dentro de un par de horas, no creo que vayamos a tardar más de eso.

—Víctor, son muchas muestras, en un laboratorio desconocido y a corre prisas. Te van a pegar un sablazo.

—No me importa lo que cueste, solo quiero demostrarte que soy inocente de lo que me acusas, y espero que después de esto termines de una vez y para siempre con esta guerra.

—Está bien.

Mientras ella hacía las llamadas, él no dejaba de escucharla y le asombraba lo desenvuelta que era al teléfono, con esa voz y esa manera tan serena y segura con la que hablaba la veía capaz de convencer al mismísimo diablo para venderle el paraíso y que así sus víctimas estuvieran más cómodas cumpliendo su penitencia. Nada que ver con esa chica que cada vez que hablaba con él no podía dejar de tartamudear por los nervios. En apenas unos minutos tenían cita para llevar todos los análisis en un par de horas, tal y como él había dicho.

***

Al llegar al pabellón, Víctor entró por unas oficinas y preguntó a una de las secretarias:

—¿Ha llegado Ángel?

—Sí, señor. Me ha dicho que lo esperaba en los vestuarios con los jugadores.

Víctor se despojó de su abrigo y sin decir nada le quitó el de Samanta, colgándolos los dos juntos en un perchero, acto seguido cogió su mano y tiró de ella para que lo acompañara por un pasillo estrecho.

—Víctor, ¿dónde me llevas?

—Al vestuario.

—Yo… yo no puedo entrar al vestuario de tus jugadores, ¿y… y si están desnudos?

Víctor sonrió al volver a escuchar a esa chica temerosa que se enganchaba al ponerse nerviosa, la mujer fuerte y decidida parecía haber desaparecido.

—No te asustarán unos veinteañeros en calzoncillos, ¿verdad? —le preguntó con malicia parándose junto a una puerta—. Seguro que no tienen ni más ni menos que ese novio tuyo —al decir eso le hizo pasar delante de él y pegado a su espalda le susurró al oído—: Lo que ha de preocuparte es que no sepan quién eres, no creo que te dieran una bienvenida por eso. ¡Buenos días, chicos! —gritó llamando la atención de los jugadores y de Ángel.

—¡¡Buenos días, entrenador!! —contestaron todos a la vez.

Algunos estaban con ropa de entrenar y otros a medio vestir, incluso unos cuantos solo llevaban los calzoncillos puestos. Samanta no sabía dónde mirar, así que centró la vista en Ángel, pero inmediatamente se arrepintió porque él no la miraba con muy buenos ojos, se dio cuenta de que la había reconocido y, tal y como había dicho Víctor, no le daba la bienvenida.

—Viene muy bien acompañado, entrenador, ¿no nos va a presentar a su amiga?

El que hablaba era justamente uno de esos que solo llevaban el calzoncillo y se acercaba a Samanta presumiendo de bíceps y sonriéndole descaradamente como si se creyera irresistible.

—Anda, no seas payaso y ponte algo encima. Y, sí, os voy a presentar a la señora, ella es Samanta. —Al ver cómo se ponía tensa pensando que él iba a delatarla para que todos esos muchachos la abuchearan lo miró asustada, sus ojos cambiaron del terror al odio cuando terminó de decir—: Samanta Soriano, una testigo.

—¿Testigo de qué? —preguntó otro de los jugadores.

—Nos dan una nueva oportunidad para demostrar que no nos dopamos.

—¡¡Biiiieeen!! —gritaron todos a la vez entre silbidos y vítores.

—Así le daremos en la cara con los resultados a ese Sam Moreno, que le tengo unas ganas —citó otro muy cabreado.

—Pues, si tantas ganas le tienes, puedes empezar… —intervino Ángel dejando a Samanta sin respiración.

—¡¡Ángel!! —gritó Víctor para que se callara.

—¿Qué? Solo iba a decir que puede empezar a mear en ese bote. Porque para eso está ella aquí, ¿verdad?

—Sí —contestó Samanta avergonzada.

—Bien, chicos, dejad que Samanta revise el baño para que compruebe que no tenemos ninguna otra muestra de orina escondida, y podréis empezar a entrar de uno en uno para mear en los botes que ella va a entregaros muy gustosamente. ¿Verdad, Samanta? —preguntó Víctor con sarcasmo.

—Estás disfrutando, ¿verdad? —respondió muy enfadada.

—Síií, no sabes cuánto —dijo poniendo en sus manos una caja con los recipientes para que todos orinaran en ellos, después la llevó hasta el pequeño aseo para que lo examinara—. Todo tuyo.

Samanta, muy cabreada, entró dentro y echó un ojo rápidamente para comprobar que no hubiera nada sospechoso como había dicho Víctor.

—Terminemos de una vez con todo esto. —Salió furiosa del aseo.

El calor era insoportable, y por toda esa presión que estaba sintiendo sabía que si no se quitaba la chaqueta acabaría desmayándose, así que se la quitó, y todos empezaron a silbar, pues el jersey se le subía dejando ver su ombligo.

—¡Uuuh, uuuh, esto se va animando! —chilló el mismo chico que antes estaba en calzoncillos acercándose a ella, extendiendo el brazo con la mano abierta. Samanta le dio el bote—. Si quieres puedes acompañarme y así te aseguras de que es mi orina la que meto dentro, incluso podrías ayudarme.

—Si sigues hablando vas a estar tres partidos en el banquillo —acabó amenazándole Víctor, al que ya empezaban a molestarle los comentarios que le hacían a Samanta—, y eso va para todos, ¿está claro?

Samanta lo miró extrañada, ya que no esperaba ninguna clase de consideración por su parte. Cuando ese muchacho salió del aseo, se acercó para dejarle a Samanta el bote en las manos.

—Está calentito, tanto como yo —al decir eso la miró de arriba abajo con lascivia.

—¿Sabes que podría ser tu madre? —le preguntó cansada de ese niñato.

—No, las madres no están tan buenas como usted, ¡ojalá! —exclamó riéndose.

—No debes de tener mucho éxito con las chicas si encuentras atractiva a una mujer de cuarenta y dos años. —Al hacer ese comentario todos se rieron, incluso Víctor.

—Anda que tirarle los tejos a una vieja —se burló uno de los jugadores más jóvenes del equipo.

—¡Eh!, tampoco te pases, que esta vieja, como tú dices, podría darte una paliza en el gimnasio. —Otra vez volvió a hacerles reír.

—¿Sí? ¿Seguro que va usted al gimnasio?

—Pues sí, listillo, y cuando estés una hora haciendo *spinning* vienes y me cuentas si te parece un deporte para viejos. Y que me hablen de usted sí me hace sentir vieja.

—Está usted muy bien para tener cuarenta y dos años —expuso otro acercándose a recoger el bote.

—Gracias, pero no sé si tomármelo como un cumplido.

Todos volvieron a reír, mientras Víctor no dejaba de observarla hablar y bromear con sus jugadores, y le parecía increíble que unos chicos tan jóvenes pudieran sentir admiración por ella cuando casi les doblaba la edad, pero tampoco podía ser tan difícil, ya que aparentaba tener bastantes años menos de los que tenía, era muy bonita y esa ropa le sentaba de maravilla, pues le hacía un tipazo.

Todos habían terminado de dejar su muestra, incluso Ángel, que había terminado de guardarlas y de ponerles la correspondiente etiqueta identificativa.

—Ahora podéis salir a entrenar —ordenó Víctor—. Ángel, ¿quieres ocuparte de ellos? Yo aún tengo que dejar mi muestra —al decir eso miró a Samanta, y esta empezó a ponerse nerviosa solo al imaginar que debían quedarse solos en ese vestuario y encima él tenía que orinar en un bote para entregárselo.

—¡Vamos, chicos, ya habéis oído al entrenador! —gritó Ángel abriendo la puerta del vestuario.

Todos empezaron a salir y mientras le decían adiós con una sonrisa a Samanta.

—Ya estamos solos. ¿Cómo quieres que lo hagamos?

Samanta, al oírle decir eso, abrió los ojos de par en par y, nerviosa, empezó a andar hacia atrás, quedando justo debajo de una barra donde los chicos se colgaban para hacer brazos, mientras él se quitaba la americana negra quedándose con un polo de Ralf Laurent de manga corta y vaqueros. Al llegar a ella, se cogió a la barra dejando ver esos bíceps fuertes y musculosos.

—¿Ha… ha… hacer qué? —Volvió a engancharse una vez más al tener frente a ella esos brazos y ese cuerpo tan musculado.

—¿Quieres entrar conmigo y ayudarme a llenar el bote? Así te aseguras de que no hago trampas.

Samanta, al ver esa sonrisa tan socarrona y saber que una vez más estaba riéndose de ella, le dio una bofetada. Él agarró su mano con fuerza y tiró de ella rodeando su cintura con los brazos dejándola pegada a su cuerpo.

—¡Suéltame!

—No vuelvas a hacer eso —le advirtió furioso.

—Te lo mereces.

—¿Por?

—¿Crees que no sé lo que has estado haciendo?, me has estado humillando y has dejado que tus jugadores me humillen.

—Lo malo es que no ha durado demasiado, ya que has sabido metértelos en el bolsillo rápidamente. Solo espero que te sirva de lección, no solo tú puedes hacer que los demás nos sintamos mal al leer tus artículos, te he dado de beber tu propia medicina. ¿Verdad que no es agradable sentirse en el punto de mira?

—Te odio, suéltame.

—Vale. —Abrió sus brazos—. No te creas que para mí es agradable tenerte tan cerca.

—Te espero fuera.

—¿De verdad no quieres ver cómo meo en el bote? —bromeó con sarcasmo.

—Vete a la mierda.

Samanta salió muy cabreada del vestuario y se dirigió hasta las oficinas, cuando llegó allí

cogió su abrigo.

—¿Puede decirle al señor Delgado que le espero en la calle? —le pidió a su secretaria.

Necesitaba tomar aire después de ese encuentro con Víctor, pues estaba muy alterada.

—Sí, señora.

—Gracias.

Al rato lo vio aparecer por la puerta dirigiéndose hacia ella, con la caja de las muestras en la mano.

—Samanta… —Antes de que pudiera terminar de hablar ella le interrumpió.

—No quiero hablar más contigo, si quieres mi colaboración tendrá que ser en silencio porque si intentas volver a dirigirme la palabra cogeré un taxi y me largaré, y todo esto no habrá servido de nada, ¿está claro?

Víctor la miró muy serio y con un movimiento de cabeza asintió, después se fue hacia el coche, y ella tuvo que seguirlo casi corriendo pues las zancadas de él la dejaban atrás. En todo el camino ninguno abrió la boca y al llegar al laboratorio, y dar Samanta las explicaciones, los llevaron a una sala de espera. Allí cada uno se sentó a un lado y se pusieron a mirar sus móviles como si no tuvieran nada mejor que hacer, hasta que el móvil de Samanta empezó a sonar.

—Hola, cariño.

—¿Cariño? —preguntó César al otro lado de la línea—. Yo te llamo cariño, tú a mí solo César. ¿Qué está ocurriendo?, ¿sigues con él?

—Sí.

—¿Intentas ponerlo celoso?

—No digas tonterías. —Se rio exageradamente.

—¿Comemos juntos?

—Siempre comemos juntos, ¿por qué me lo preguntas?

—No sé, igual prefieres pasar de mí y marcharte con ese tío tan bueno que tienes al lado y que él sea tu comida.

Con esa broma consiguió hacerla reír a carcajadas y, cuando Víctor volvió a escuchar ese pequeño ronquidito que salía de su garganta, era como volver al pasado, como si los años no hubieran pasado, y su mente se llenó de esos momentos que había compartido con ella, pocos y breves momentos, pero los más hermosos vividos con una mujer. Como la primera vez que la escuchó en la terraza de la panadería de su madre, la primera vez que la hizo suya en esa habitación de ese pequeño apartamento que compartía con Ángel, la noche que hicieron el amor en la playa y se reía porque tenía arena hasta en el chichi, como le dijo ella haciéndole reír. De repente, y sin saber por qué, anhelaba esos momentos como la anhelaba a ella.

Al darse cuenta de eso puso toda su atención en esa conversación porque quería saber hasta dónde llegaba la relación con ese tal César.

—No, no me interesa, tú sabes que eres mi chico preferido y solo contigo quiero compartir mi comida.

—¿Y dónde vamos a comer hoy? ¿Qué te apetece?

—En mi casa —propuso con una voz muy sensual.

—¡Uuuy!, estás jugando con fuego, cariño, y podrías quemarte.

—¡Uuummm! Me encanta que cocines para mí.

—Creo que voy a colgar, ya que parece no interesarte mi conversación y vas a tu bola. Te espero en mi oficina.

—Vale —cuando escuchó el piii, pues César había colgado, dijo muy coqueta—: No tardaré en llegar, tengo mucha hambre. —Fingió reírse por algún comentario de César y acabó

añadiendo—: Eso lo podemos dejar para el postre, yo también te quiero.

Víctor estaba furioso, no entendía los motivos, pero su rabia venía por esa conversación que hubiera preferido estar muerto antes de escuchar, así que sin poder controlarse preguntó con muy mala leche:

—¿Te tiras a tu amante en casa con tu hijo?

—Primero, yo no me tiro a nadie, solo hago el amor con mi novio y, segundo, mi hijo no está en casa y eso te lo debo a ti. Además, mi vida íntima y personal no es asunto tuyo, así que ni se te ocurra meterte en ella porque yo por lo menos tengo una relación monógama, no como tú, ¡que seguro que no recuerdas el nombre de la última mujer a la que te tiraste! —dijo con mucho énfasis esa última palabra.

—Ya te dije antes que ese muchacho irresponsable desapareció hace mucho, y yo sí tengo una relación monógama con mi mujer, a la que ayer le hice el amor y, por cierto, se llama Amanda. ¿Contenta?

—¿Ahora me pretendes hacer creer que nunca le has puesto los cuernos a tu mujer?, pues que yo sepa las revistas dicen todo lo contrario, y no la mía, sino la prensa rosa.

—No, no te voy a hacer creer que en todos los años que llevo casado no haya engañado a mi mujer porque mentiría. Pero llevamos una buena racha y he dejado de tirarme a todas esas chicas que se me ponen por delante, como dice la prensa rosa que, al igual que tú, mienten.

—Yo no…

—¡Perdón!, tú no, tu confidente —corrigió con sarcasmo.

—Eres un gilipollas y, mira, ya estoy cansada de aguantarte así que me voy. —Antes de llegar a la puerta, él la detuvo, acorralándola contra la pared y su cuerpo.

—No puedes marcharte todavía, aún no nos han dado los resultados —le ordenó mirándola a los ojos.

—A la mierda los resultados, déjame marchar.

—Ni lo sueñes, vas a quedarte aquí, aunque tengamos que estar así todo el rato, así luego no podrás decir que los resultados están amañados.

—Está bien, me quedaré, pero aléjate de mí —claudicó al ver que él no se daría por vencido.

—¿Nunca le has sido infiel a tu novio? —al preguntarle eso, pasó las manos por su cuello enredando los dedos entre su pelo obligándola a mirarle—. Es muy divertido —le habló con una voz muy sexi y una sonrisa provocativa, estremeciéndola de pies a cabeza.

—¡No! —le gritó intentando quitarle las manos agarrándolo de las muñecas, pues se sentía cada vez más vulnerable—. No se te ocurra besarme.

—¿Por qué? —preguntó sintiendo todas y cada una de sus emociones.

—Porque estoy enamorada de César y a ti te odio.

La mirada de Víctor se volvió más fría que un glacial, soltándola de golpe para sentarse de nuevo en una silla. Samanta se sentó en otra, pero lo más alejada de él posible y así se quedaron en silencio sin ni siquiera mirarse, hasta que llegó la enfermera con los resultados.

—Ya tenemos los resultados.

—¿Y? —preguntó Víctor enfadado, pues odiaba que ella le dijera esas cosas aun sabiendo que mentía.

—Todos están limpios, no hay ninguno con una mínima huella de estupefacientes. Pueden estar tranquilos.

—Gracias —le dijo Samanta a la enfermera.

—Espero una disculpa tuya públicamente —exigió Víctor irritado cuando la analista le entregó los papeles y los dejó solos.

—La tendrás. Ahora cogeré un taxi.

—Aún no he terminado.

—¿Qué más quieres? —preguntó con la poca paciencia que le quedaba.

—¿Que qué más quiero? Pues lo que haría cualquier persona en tu lugar, que te disculpes ahora mismo, es lo mínimo que me merezco, ¿no crees?

—Después del día que me estás dando va a ser que no, ya leerás mis disculpas en mi revista. ¿Ahora puedo marcharme?

—No. Si quieres que anule la denuncia contra ti y tu revista tendrás que prometerme una cosa.

—¿Qué cosa?

—Que no volverás a escribir nada sobre mí nunca más.

—Está bien, no lo haré.

—Aún tenemos un asunto pendiente —continuó cuando vio su intención de marcharse.

—Esto es una pesadilla. ¿Qué quieres ahora? Yo creo que no tenemos nada más pendiente.

—Tenemos un hijo en común, ¿no es cierto?

—No vuelvas a decir eso, Ricardo no es tu hijo, es solo mío —le habló más fría que un témpano.

—No digas tonterías.

—No tienes ningún derecho sobre él.

—Vamos, Samanta, no crees que ya es bastante mayorcito para esta discusión, ni que tuviera cinco años.

—¿Qué quieres de él? —preguntó resignada esa vez al darse cuenta de que Víctor tenía razón.

—Quiero conocerlo.

—Como bien has dicho antes, ya es demasiado mayorcito para eso. Todo dependerá de lo que él quiera hacer.

—¿Qué sabe exactamente de mí?

—Nada, nunca le he hablado de ti. Solo le mentí para que no preguntara por ti.

—¿Y qué le dijiste?

—Que cuando me quedé embarazada tú elegiste a tu familia.

—¿Le contaste que era un hombre casado cuando me conociste?

—Sí.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho, no quería hablarle de ti, y creí que esa sería la mejor manera para que no preguntara. ¿O hubieras preferido que le dijera la verdad? Que me mentiste haciéndome creer que te importaba, que solo fui una apuesta para ti, que me grabaste para después reírte con tus amigos de mí. ¿Hubieras preferido que le contara todas esas cosas para que te odiara?

—No.

—Entonces me debes una.

—¿Qué vamos a hacer con tu hijo y mi hija?

—Eso no nos incumbe a nosotros, es cosa de ellos, y lo que decidan tendremos que aceptarlo.

—¿Y si deciden estar juntos igualmente?

—No lo creo, ahora que saben la verdad no creo que puedan, el problema es ese bebé. Pero, como ya te he dicho, no es asunto nuestro. Ahora, me voy, me están esperando para comer.

—¿Quieres que te acerque?

—No, gracias, cogeré un taxi.

Antes de que cerrara la puerta volvió a llamarla obligándola a quedarse entre el marco y la puerta.

—Samanta.

—¿Qué?

—Al principio sí me acerqué a ti por esa dichosa apuesta, después mis sentimientos hacia ti fueron cambiando, y cuando te hice el amor no fingía, todo fue sincero. Además, nunca llegué a grabarte, en eso tampoco te mentí.

—Te dije una vez que por más que lo intentaras nunca te creería y sigo sin hacerlo, yo vi ese vídeo, así que no sigas mintiendo.

—Está bien, entonces no tengo nada más que decirte.

—Mejor. Adiós, Víctor.

Víctor se quedó en esa sala fría, solo y sin saber qué le estaba pasando ni por qué tenía la necesidad de sincerarse, de decirle que por más que ella no lo creyera él acabo enamorándose, pero, al igual que la otra vez, ella no lo creía y nunca lo haría. Resignado, se marchó de allí con muy mal sabor de boca.



Capítulo 38

Ricardo estaba en casa de Pedro cuando le llamó Rocío al móvil, este al ver su móvil le dijo a Pedro:

—Es Rocío, ¿quieres hablar con ella?

—No creo que ella quiera hablar conmigo. Y recuerda que me debes un favor.

—Síií, lo sé, lo sé. —Descolgó el móvil y saludó—: Hola, Rocío, ¿está bien Raquel? ¿Quiere hablar conmigo?

—No, no quiere hablar contigo y espero que tengas ya esos resultados. ¿Adivina dónde acaba de traerme?

—No tengo idea, ¿Dónde estáis?

—En el mismo ginecólogo que la otra vez. ¿Adivinas ahora qué pretende hacer?

—¡Mierda! ¿Por qué no me has avisado antes?

—Porque no lo sabía, simplemente me ha dicho acompáñame y me ha traído aquí. ¡Ah! Y me ha amenazado con matarme si te aviso. Así que, date prisa, está en el baño y solo tiene a dos personas delante. Tengo que dejarte.

—¡¡Joder!! Esta mujer va a acabar volviéndome loco.

—¿Qué pasa ahora?

—Raquel está de nuevo en el ginecólogo.

—¿Y qué pasa? Tendrá una de esas revisiones que tienen todas las preñadas.

—¡No, joder!, ¡quiere abortar de nuevo!

—¡Coooño! ¿Esta novia tuya no tiene otra cosa mejor que hacer?

—Vamos, mueve el culo, tenemos que llegar a tiempo.

—Está bien.

Cuando Ricardo llegó a la consulta, Rocío le dijo una vez más:

—¡Joder, pensé que no llegabas a tiempo! ¡Date prisa, hace un rato que está ahí dentro!

—¡Hostias! —Ricardo volvió a entrar en la consulta sin avisar y esta vez gritó al verla subida al potro con las piernas en los apoyaderos y con la cabeza del ginecólogo que parecía estar dentro de su vagina—: ¡Alto, deténgase! Raquel, ¡no te voy a permitir que mates a nuestro hijo!

—¿Otra vez usted? —protestó el ginecólogo—. Que conste que antes de nada le insistí en que se lo dijera, y ella me dijo que usted lo sabía.

—¿Es demasiado tarde? —preguntó nervioso Ricardo.

—No, aún no había empezado.

—Ricardo, vete, por favor —le pidió Raquel con lágrimas en los ojos.

—¿Puede dejarnos solos, por favor? —si dirigió Ricardo al ginecólogo muy enfadado. Cuando el ginecólogo se fue le preguntó a Raquel—: ¿Por qué? Me prometiste que antes de tomar una decisión como esta lo hablaríamos.

—No podía hablarlo contigo. —Empezó a llorar como una Magdalena e incorporándose para

sentarse se tapó con la sábana, ya que estaba desnuda de cintura para abajo—, sabía que si te enterabas me lo impedirías, como acabas de hacer. Ricardo, no podemos tener este bebé.

—¿Por qué no?

—Porque no podemos estar juntos, porque esto es una aberración. —Se tocó la barriga sin dejar de llorar.

—No vuelvas a decir eso, nuestro hijo no es una aberración.

—¿Por qué insistes con eso?, no te das cuenta de que no podemos estar juntos, que somos her…

—¡No vuelvas a decir eso!

—¿Por qué no?, si es la verdad.

Ricardo se acercó a ella y cogiéndole la cara entre sus manos le limpió las lágrimas, después la miró a los ojos con mucha intensidad.

—Mírame a los ojos y dime de verdad si crees que somos hermanos.

—Ricardo, por favor, no me hagas esto.

—Porque yo no puedo creerlo. Te amo, Raquel, y eso es lo único que siente mi corazón por ti —nada más decir eso se apoderó de su boca y con un beso apasionado volvió a preguntarle—: ¿Crees de verdad que podamos ser hermanos? —Con otro beso la dejó sin aliento—. ¿Crees que si fuéramos hermanos podríamos sentir esto tan grande que sentimos?

—Pero lo somos…

—¡No! Eso no puede ser cierto. ¿Me amas?

—Pues claro que te amo.

—Entonces nada más importa.

Esa vez su beso se volvió tan ardiente que podía sentir cómo Raquel se deshacía entre sus brazos y, sin poder controlar el deseo que crecía a pasos agigantados por esos besos y esa separación tan dramática que habían sufrido, le abrió las piernas con un rápido movimiento para colarse entre ellas liberando su erección para penetrarla con fuerza. Al sentir esa estocada tan brusca, pero tan placentera a la vez, Raquel soltó un gemido tan grande que Ricardo volvió otra vez a penetrarla con más fuerza.

—Ricardo ¡Ooohh, Dios! No deberíamos… —Las palabras murieron en su garganta al darle Ricardo otra nueva sacudida.

—¡Ssshhh! Lo deseas tanto como yo, princesa, puedo sentirlo, ¿quieres que pare? —le preguntó deteniéndose de golpe.

—No, no lo hagas, por favor…, sigue.

—¿Quieres que siga?

—Síií —gimió agarrando su trasero para atraerlo hacia ella.

—¿Quieres morir de placer?

—Síií, mátame, por favor, hazlo ahora.

Ricardo, agarrándola de las caderas, empezó a golpearla con fuerza, una y otra vez, mientras le susurraba:

—No vas a volver a dejarme ni vas a matar a nuestro hijo. ¿De acuerdo?

—Síií, haré lo que tú quieras... ¡Ooohh, joder, me estás matando!

—Lo sé, princesa…, lo sé, y no sabes lo mucho que me gusta… matarte y morir de placer entre tus brazos.

Con todas sus fuerzas acabó dándole exactamente lo que ella necesitaba, una muerte rápida y placentera, ya que al terminar no podía ni respirar.

—Te amo —confesó ella besándolo y volviendo a llorar de nuevo.

—¿Por qué lloras? No quiero que llores, princesa.

—Esto es inevitable, Ricardo, no quiero tener este bebé.

—Pero ¿por qué?

—Porque me recordaría todo el tiempo a ti.

—Pero me has prometido…

—Lo siento, sabes que cuando me haces el amor no soy capaz de negarte nada, ni siquiera sé lo que digo, y te juro que esta vez me hubiera gustado morir de verdad entre tus brazos para no volver a esta mierda de realidad. Somos hermanos y lo vamos a ser siempre. Esto no está bien y este embarazo tampoco puede ser.

Llorando de nuevo, pero con mucha más fuerza, acabó derrumbándose en sus brazos, Ricardo la abrazó.

—Dame una semana, solo te pido eso —le susurró al oído—, después de una semana, si no te he demostrado que podemos estar juntos, entonces podrás abortar y no volverás a verme nunca más.

—Dentro de una semana todo seguirá igual.

Ricardo levantó su cara para mirarla a los ojos.

—¿Confías en mí?

—Sí.

—Entonces dame una semana, creo que tanto yo como nuestro hijo nos merecemos ese tiempo.

—Está bien, te daré una semana. Pero ¿qué puede cambiar en una semana? ¿Qué puedes hacer tú para que las cosas cambien?

—No quería decirte nada para que no te hicieras ilusiones, pero ya no me importa. Pedro me dio una pequeña esperanza, hacernos una prueba de ADN.

—Pero eso es absurdo, no creo que tu madre pueda inventar una cosa así simplemente porque no soporte a mi padre.

—Lo sé.

—Entonces, ¿crees que no soy hija de mis padres?, ¿que soy adoptada? Nooo, mis padres me lo hubieran dicho.

—Mira, yo no sé qué cojones pueda haber pasado; si mi madre miente o tus padres o uno de nosotros fue cambiado al nacer. Lo que tengo claro es que no somos hermanos.

—Te engañas porque no quieres aceptar la realidad.

—Podría ser, pero antes de renunciar a ti y a nuestro hijo tengo que estar seguro y eso solo será cuando nos den los resultados. ¿Tú no quieres estar completamente segura antes de mandarlo todo a la mierda?

—Sí, si hay una posibilidad, por muy pequeña que sea, quiero saberla. ¿Cuándo hacemos esas pruebas?

Al oírla decir eso no pudo evitar besarla con mucha pasión para decirle después:

—Gracias a Dios, pensé que ya no te importaba lo nuestro.

—Te amo, por encima de mis padres y de tu madre, y si alguno nos ha engañado voy a matarlo.

—¡Esa es mi princesa! —Sonrió—. Ahora, ¿podemos irnos a casa, por favor?

—Sí.

—¿Me dejas estar a tu lado hasta que nos den los resultados?

—Sí.

—Pero ¿con sexo incluido? —le preguntó con una sonrisa tan picarona y una voz tan sexi que

Raquel no pudo evitar reírse y decirle con el mismo tono:

—Estoy deseando morir por lo menos dos veces al día, así que aún te falta una.

—¡Uuummm!, no me provoques porque soy capaz de volverte a matar aquí mismo, ¡otra vez!

Nada más decir eso volvió a mover sus caderas, ya que estaban tan concentrados en esa conversación que sus cuerpos no se habían separado en todo el tiempo, su erección seguía dentro de ella.

En ese mismo instante abrió la puerta el ginecólogo, y Ricardo rápidamente se separó de ella y se subió la ropa mientras Raquel bajaba esa pequeña sábana que la cubría de cintura para abajo.

—Discúlpenos, doctor —se excusó Ricardo de espaldas al médico mirando a Raquel y aguantando la risa—. ¿Puede darnos unos segundos más, por favor?

El ginecólogo, al darse cuenta de la situación, cerró la puerta.

—Estaré fuera —replicó molesto.

Raquel empezó a reírse abrazándose a él, y Ricardo tampoco pudo aguantar más la risa. Cuando consiguieron controlarse terminó de abrocharse los pantalones.

—Creo que vas a tener que cambiar de ginecólogo, en cuanto nos vayamos nos pone en la lista negra. —Ese comentario volvió a hacer reír a Raquel—. Anda, cámbiate mientras yo hablo con el médico y le pago.

—Vale, y asegúrate de que no nos pone en la lista negra, me gusta este ginecólogo, y no creo que otro nos aguante —bromeó antes de meterse en el baño haciéndole reír.

***

Nada más aparcar, Pedro subió a la consulta, esa vez le abrió la recepcionista y, al entrar y ver a Rocío en la sala de espera, la saludó muy serio.

—Hola.

—Hola —respondió Rocío.

Pedro se sentó a su lado, y Rocío aguantó la respiración pensando que otra vez volverían a discutir como siempre ocurría cuando se encontraban.

—Parecemos los chóferes de estos dos, ¿verdad? Espero que este embarazo no sea muy largo porque no sé cuántas veces más podré soportar este estrés.

Con ese comentario consiguió una leve sonrisa de Rocío y para sorpresa de ella Pedro cogió una revista y se quedó en silencio leyéndola o haciendo ver que la leía, de eso no podía estar segura. Pero lo que le parecía imposible era verle tan tranquilo y tan callado, no intentaba nada con ella y eso era muy extraño, así que su cabeza se llenó de preguntas.

«Qué extraño, ¿por qué estará tan callado? ¿Seguirá enfadado por lo de la última vez? ¿O ya se ha cansado de perseguirte y de que lo mandes a paseo? ¿Estará con otra? Oh, sí, seguro que es eso, aunque por lo que te ha contado Raquel este es capaz de mantener relaciones con dos o incluso tres a la vez, y no me extraña con lo guapo que es. ¿Qué te pasa?, ¿estás tonta?, es un tío y como todos los tíos lo único que busca es llevarte a la cama, y después de eso ya no los esperes porque se olvidan de ti tan rápido como el AVE».

No sabía cuánto tiempo llevaba sumergida en sus pensamientos cuando salieron Ricardo y Raquel, aunque lo que más le sorprendía era Pedro y ese repentino desinterés en ella, le sorprendía y le molestaba al mismo tiempo.

—Gracias, una vez más —le dijo Ricardo a Pedro—, hemos vuelto a llegar a tiempo.

—De nada y me alegro. —Sonrió Pedro a su amigo, después reprendió a Raquel—: Solo espero que esta sea la última vez que nos hagas venir de esta manera, no creo que mi amigo

pueda soportar otro golpe como este, es muy sensible.

—¡Eh! Tampoco te pases, por mi princesa soy capaz de soportar cualquier cosa.

—¡Ale, ale! No seas tan empalagoso, chico, que vas a acabar empachando a tu princesa —se burló Pedro haciendo reír a todos.

—Yo nunca me cansaría de ti, cariño —confesó Raquel subiendo al ascensor y comiéndoselo a besos, después le habló a Rocío—: Tía, ¿qué te pasa? No has abierto la boca, ¿te encuentras mal?

—No me pasa nada, estoy bien.

—Gracias una vez más por llamar a Ricardo, si no lo hubieras hecho…

—Ya no importa, sabía que en el fondo no querías hacerlo, y me alegro de que todo haya salido bien.

—¿Dónde está tu coche? —preguntó Ricardo a Raquel una vez llegaron a la calle.

—Esta vez hemos venido en taxi. No sabía si después del aborto podría conducir, y Rocío no tiene carnet.

—¿Tan mala conductora eres que te lo han quitado? —bromeó Pedro.

—No, nunca me lo he sacado.

—¡Vamos, eso no puede ser! ¿Por qué?

—Porque la ciudad está llena de autobuses y de metros, no necesito un coche para moverme por ella.

—Pero no lo entiendo…

—¿Por qué no cambiamos de tema, Pedro? —le pidió Raquel mirándolo con reproche.

Pedro observó a Rocío y vio en sus ojos un brillo húmedo e inmediatamente se dio cuenta de que estaba aguantando la respiración para que no se convirtiera en lágrimas. Cuando llegaron al coche, Raquel y Ricardo se disponían a sentarse detrás para estar juntos, pero antes de que su amigo empezara a subir al coche Pedro lo detuvo y le susurró para que las chicas que ya estaban dentro no los oyeran:

—Macho, necesito que me hagas ese favor ya. ¿Te has fijado en ella? ¿Cómo se ha puesto por esa conversación?

—Sí, me he dado cuenta. No te preocupes, esta noche intentaré averiguar qué le sucedió, ¿vale?

—Vale, no me falles.

—No pienso hacerlo, tú nunca lo haces.

—Gracias.

Una vez en el coche, Raquel y Ricardo se dedicaron todo el camino a besarse el uno al otro, era como si no pudieran parar, Pedro quiso animar a Rocío porque aún se la veía triste.

—Vaya con estos dos, ¿crees que llegarán vivos a casa o se ahogarán el uno al otro por el camino? —bromeó.

—Lo único que sé es que esto les va a durar muy poco, esos resultados acabarán por separarlos de nuevo.

—¡Schssss! Que no te oiga Raquel.

—¿Por qué?, solo digo la verdad.

—Puede que tengas razón, pero déjales disfrutar de este momento, no seas aguafiestas.

—Tienes razón, será mejor que no me meta, es cosa de ellos.

—Si quieres, yo puedo darte unas cuantas clases.

—¿Qué? —preguntó extrañada Rocío al no saber a qué se refería.

—Con mi coche, podría enseñarte a conducir.

—Vete a la mierda, no te necesito ni a ti ni a tus clases.

Nada más decir eso se volvió hacia la ventanilla dándole la espalda y apoyando la frente en el cristal del coche se quedó callada. Pedro estaba tan pasmado por esa contestación tan fría y radical que se juró a sí mismo: «Eso te pasa por gilipollas, esa tía es una borde, así que pasa de ella, y no se te ocurra dirigirle la palabra porque está loca».

Cuando llegaron, todos bajaron del coche excepto Pedro, Ricardo se asomó por la ventanilla.

—¿Quieres subir y tomamos una copa? —le preguntó al ver que no hacía intención de abandonar el coche.

—No, gracias, prefiero irme a casa.

—En cuanto averigüe algo te lo cuento, ¿vale?

—Déjalo, ya no me interesa, esa tía es una borde y no vale la pena. Hay muchos peces en el mar y ahora mismo me voy de pesca.

—¿Ha pasado algo?

—Te he dicho que no vale la pena, olvídalo.

—Está bien, como quieras. ¿Nos vemos mañana en el gimnasio?

—Allí estaré, a no ser que la tía que pille esta noche acabe con mis energías.

—Pues guarda unas pocas, mañana te espero en el *ring*.

—Buenas noches.

—Hasta mañana.

Pedro salió chirriando ruedas y con una sola cosa en la cabeza; buscar a una tía y llevársela a la cama para olvidar a la borde de Rocío.



Capítulo 39

Al día siguiente, después del entrenamiento y de la cena con sus compañeros de gimnasio, Pedro le preguntó dentro del coche:

—¿Dónde te llevo? ¿A tu casa, a casa de Raquel o te vienes a la mía?

—Mejor me quedo en la tuya, es muy tarde y Raquel estará dormida.

—¿Aún no has hablado con tu madre?

—No.

—¡Joder, macho! Ya ha pasado casi una semana y no has vuelto a casa ni habéis hablado. Tu madre no se merece esto.

—Lo sé, pero hasta que no tenga esos resultados no quiero hablar con ella. Me enfrentaré a este tema cuando sepa a qué atenerme. A mi madre le he dicho que necesito tiempo y que cuando esté preparado hablaremos.

—Bueno, tú verás. Oye, tío, ¿cuándo vas a comprarte un coche?

—Cuando esté seguro de que el mío no va a aparecer.

—Macho, si hace tres meses que te lo robaron, aún tienes esperanzas de que aparezca.

—Me encantaba ese coche.

—Pues cómprate otro igual.

—Lo sé, sé que tengo que comprarme otro, pero es que me gusta tenerte de chófer, si me comprara un coche ya no compartiríamos estos momentos.

—Me halagan tus palabras, pero me cortas el rollo. Hace un rato una tía me ha tirado los tejos en el bar y, como sabía que tenía que traerte, he tenido que ignorarla y que conste que estaba muy buena, así que fíjate lo que soy capaz de hacer por ti.

—Lo siento.

—Que tú te hayas cortado la coleta por Raquel no quiere decir que los demás no podamos salir a torear.

—Está bien, me compraré un coche, no me des la brasa. Y, hablando de tías, ayer Raquel me conto qué le pasa a Rocío con los tíos. Alucina lo que le hizo ese hijo de puta.

—No quiero saberlo, te dije que lo dejaras correr. Esa tía es demasiado borde, y no quiero complicarme la vida por ella.

—Bueno, como quieras.

Cuando llegaron a casa de Pedro, se dieron las buenas noches, y Ricardo se metió en la habitación de invitados, como hacía siempre que se quedaba allí a dormir. Pedro entró en la suya e intentó dormir, pero la cabeza no le dejaba de dar vueltas al mismo tema. Cansado de intentar ignorarlo, se levantó cabreado y se dirigió a la habitación de Ricardo, entrando sin llamar, encendió la luz.

—Está bien, cuéntame qué le pasó a esa tía porque, si no, no voy a ser capaz de dormir en toda la noche. —Estaba muy cabreado.

—¡Joder, macho!, ¡qué susto me has dado! ¿Justamente ahora quieres que te lo cuente?, son las dos de la mañana, tengo sueño y antes no te ha interesado saberlo.

—Te jodes, la culpa es tuya, te dije que lo olvidaras, pero tú no, tú has tenido que averiguarlo, y encima me lo dices para que mi mente no deje de preguntarse qué cojones le ha pasado a esa tía. Pues, ahora, a joderse y a contármelo, si yo no puedo dormir, tú tampoco.

—Eres un capullo. ¿Quieres saberlo todo o te evito los detalles más desagradables?

—¿Tan malo fue?

—Raquel se echó a llorar mientras me lo contaba, así que fíjate, aunque a ella todo le afecta demasiado desde que está embarazada. Pero sí, fue muy malo, ninguna mujer debería vivir algo así.

—Tío, no te enrolles y cuéntamelo ya, necesito saberlo todo, hasta lo más desagradable.

—Bien, pues prepárate porque ya te digo yo que no es agradable. Nada más cumplir Rocío los diecisiete, Raquel y ella se apuntaron a una autoescuela para sacarse el carnet. Bueno, el teórico, ya sabes que hasta los dieciocho no puedes sacarte el práctico, pero hay autoescuelas que con diecisiete te permiten examinarte del teórico y así eso tienes adelantado. Bien, pues a ellas les hacía mucha ilusión y se apuntaron el año pasado, se llevan ocho meses, así que a Raquel ya no le quedaba mucho para cumplir los dieciocho por eso lo hicieron.

—Sí, sí, sí, vale, ¿y qué pasó? —preguntó impaciente— Ve al grano, eso no me interesa.

—Pues que el dueño de la autoescuela era un hijo de puta y su pasatiempo preferido se había convertido en follarse a chicas jóvenes e inocentes, sobre todo, puras. Vamos, que le gustaban las vírgenes, ya me entiendes. Así que a todas las chicas que pasaban por la academia con diecisiete años y que no tenían novio, que de eso se libró Raquel porque en esa época salía con David, se las camelaba. Según Raquel, es un tío muy bien plantado y tiene una labia que enamora, por eso no le costaba trabajo llevarse a la cama a jovencitas enamorándolas con cuatro palabras bonitas. El problema fue que Rocío no se dejó camelar, y ese tío se encaprichó con ella. Por más que intentó conquistarla, ella no le hizo el menor caso y, una tarde que Raquel no fue, ese malnacido se aprovechó. Sabía que todos los días ellas se tomaban un capuchino de la máquina antes de empezar las clases, así que sacó dos; uno para él y otro para ella, pero en el de ella metió esa droga que te anula la voluntad. Ahora mismo no recuerdo cómo se llama.

—Burundanga.

—Eso.

—¡Qué hijo de puta!

—Sí. Cuando empezó a hacerle efecto, dejó la clase a cargo de otro y se la llevó poniendo como excusa que Rocío no se encontraba bien y que él mismo la llevaba a casa. Como esa droga lo único que hace es dejarte llevar, nadie se dio cuenta de que lo hacía en contra de su voluntad. Lo que ocurrió a partir de ahí no lo recuerda porque esa droga también te borra la memoria de lo que te ocurre cuando estás bajo sus efectos.

—Sí, lo sé, es una droga muy cabrona.

—Pues en el caso de Rocío, vale la pena no recordarlo.

—Si no se acuerda, ¿cómo puede ella saber lo que le ocurrió?

—¿De verdad quieres seguir escuchando? Porque es muy fuerte.

—¡Sí, joder, quiero saberlo! —exclamó nervioso.

—Está bien. Cuando el efecto de las drogas se acabó, Rocío se encontraba en un descampado, con la falda subida, la camisa desabrochada y sin ropa interior, las bragas y el sujetador estaban a su lado, tirados en el suelo. Desconcertada, porque aún sentía los efectos de la droga y sin saber dónde estaba, se puso la ropa interior y se arregló lo demás, después empezó a caminar hasta

llegar a un barrio. Una vez allí, pidió socorro, y unas mujeres acudieron en su ayuda y la llevaron al cuartel de la Guardia Civil. Cuando llegaron sus padres, los agentes les aconsejaron que presentaran una denuncia, ya que todas las pruebas apuntaban a que había sido violada. Rocío se sentía dolorida por todos los sitios. Me entiendes, ¿verdad?

—¡Hiiijo de puta! —gritó furioso.

—Ya te dije que lo mejor que le pudo pasar es que esa droga le borrara la memoria, aun así, ella sabe qué fue lo que ese malnacido le hizo y, aunque no lo recuerde, debe de sentirse igual de mal que si lo hiciera o peor, ya que saber que han hecho de ti lo que les ha dado la gana y no haber sido capaz ni siquiera de negarte tiene que ser muy traumático.

—Sigue contándome, necesito saberlo todo porque el día que lo pille voy a acordarme de todo lo que me estás contando y voy a matarlo.

—Cuando sus padres pusieron la denuncia, la Guardia Civil la llevó al hospital, y los médicos confirmaron sus sospechas; que había sido drogada y violada vaginal y analmente. Sus padres fueron a por todas, pero nadie tenía ninguna prueba de que ese hombre fuera el culpable, sí, la vieron salir de la autoescuela con él, pero él alegó que cuando llegaron a su casa ella le dijo que se encontraba mejor y que podía subir sola, que le dio las gracias, salió del coche y después no volvió a verla. Su coartada fue que se marchó a casa a corregir unos exámenes que tenía pendientes en el ordenador y, cómo no, en su ordenador encontraron fecha y hora de la corrección de los exámenes y cuadran con su coartada.

—Joder, es un ordenador, cualquiera puede modificar la fecha y la hora.

—Sí, pero no se puede culpar a una persona solo con esas pruebas. Es la palabra de él contra la de ella y el problema es que ella no recuerda nada.

—¿Los médicos no encontraron nada más? ¿Ni una muestra de semen que lo inculpara?

—No, fue muy cuidadoso en eso, solo hallaron restos de gel de preservativo, nada más.

—¿Y ya está? ¿Nadie hizo nada? ¿Ese tío no pagó por lo que hizo?

—No exactamente, el padre de Rocío le hizo la vida imposible, consiguió que le cerraran la autoescuela porque ya sabes que cuando algo así explota la gente acaba contando también sus experiencias, y salieron todas esas niñas que ese cabrón se había llevado a la cama, el problema fue que con ellas todo fue consentido, a esas alturas ya habían cumplido la mayoría de edad, y él juraba y perjuraba que nunca las tocó, y que todo era un complot del padre de Rocío por todo lo que su hija había inventado.

—¡Qué cabronazo!

—Después de ese escándalo, se quedó sin clientes y tuvo que cerrar. El padre de Rocío no dejó de perseguirlo y consiguió que nadie lo contratara ni para barrer las aceras, y también que su mujer supiera con qué clase de hombre estaba casado, así que eso le hizo perder a su familia también, a fin de cuentas, lo dejó sin nada.

—Que se joda, aunque yo lo hubiera matado.

—¿Y hacer que tu hija se sienta también culpable de que te encierren en la cárcel?, no, creo que eso fue lo mejor. Ese hombre estaba acostumbrado a vivir muy bien y ahora está recogiendo cartón para llevarse un mendrugo de pan a la boca. Ese es un buen castigo, morir es demasiado rápido y poco doloroso.

—Puede que tengas razón.

—Cuando su padre consiguió que le cerraran la autoescuela, él empezó a perseguirla, no le hacía nada, ni siquiera le hablaba, solo la seguía, consiguiendo que a Rocío le diera pánico hasta salir a la calle.

—¡Encima! ¿Después de todo lo que le hizo se atrevía a acosarla?

—Sí, así que Rocío tuvo que volver a denunciarlo y esa vez le mandaron una orden de alejamiento. Desde entonces, Rocío no puede pasar cerca de un coche de autoescuela y mucho menos volver a apuntarse a una. Tampoco le gusta sentarse en el asiento del copiloto si el que conduce es un hombre, ya que lo único que recuerda de verdad de ese hombre y que no se le ha borrado, pues sucedió antes de la agresión, fue la tarde antes de que la llevara a ese descampado. Ese cabrón la convenció para que dieran una vuelta en el coche de la autoescuela, con la excusa de darle una clase de prácticas adelantada para saber si iba a ser capaz de ponerse detrás de un volante porque, según él, lo hacía con todas. Mientras le explicaba cómo cambiar de marchas, y le hacía poner las manos en el volante, se colaba por debajo de su falda y le metía mano descaradamente. Ese fue el detonante, ya que Rocío le dio una bofetada y le dijo que si volvía a tocarla lo denunciaría, por lo cual, al día siguiente fue con el capuchino para disculparse, y todo lo demás ya te lo he contado.

—Ahora entiendo muchas cosas, por qué no quería sentarse a mi lado la primera vez que fuimos a detener el aborto de Raquel, por qué me dijo con muy mala leche que si seguía molestándola me mandaría una orden de alejamiento y por qué cada vez que intento acercarme a ella se pone tan borde. Joder, después de todo lo que le ha pasado, tiene todo el derecho a ser como es, y a odiar y no confiar en un tío por muy increíble que este sea.

—¿Eso va por ti?

—Pues, claro, no hay nadie más increíble que yo, ¿no crees? —Ricardo se rio a carcajadas.

—Sí, estoy seguro y también estoy seguro de que si Rocío pudiera darte una oportunidad conseguirías que esa chica volviera a sonreír.

—No lo dudes, esa chica volverá a sonreír, aunque me cueste la vida.

—Pedro.

—¿Qué?

—Sabes que eres mi amigo y que te quiero, ¿verdad?

—¡Uuuy!, esto me suena a rollito gay. —Ricardo volvió a reírse.

—No seas capullo.

—Está bien, ¿qué pasa?

—Te conozco y sé que, como bien has dicho millones de veces, a ti las tías te duran lo que dura esa chispa que te hace perder la razón, o sea, muy poco. Así que será mejor que te olvides de Rocío. Esa chica ya ha sufrido bastante, ¿no crees? Ella necesita a un tío que esa chispa le dure más de un telediario.

—¿Te refieres a alguien como tú?

—Sí. Alguien que sea capaz de enamorarse.

—¿Crees que yo no puedo enamorarme? —preguntó ofendido.

—No me refiero a eso. Sé que puedes enamorarte y que cuando lo hagas será para siempre porque te conozco, y eres la persona más cariñosa; romántica, aunque quieras hacer creer a los demás lo contrario; bonachona, y entregada que conozco. Pero hasta que tú mismo no te convenzas de que puedes sentar la cabeza de una vez no vas a hacerlo. Si enamoras a esa chica, porque los dos sabemos que si te empeñas lo harás, y después la dejas por otra, le romperás el corazón y creo que su corazón ya está hecho añicos para que pueda soportar otra decepción. Así que déjala tranquila y sigue saltando de flor en flor, es lo mejor para ti. Porque te aseguro que, si sales con Rocío y le partes el corazón, Raquel te sacará los ojos.

—Macho, qué exagerado eres.

—No soy exagerado, solo intento que nadie salga herido.

—Bueno, bueno, vale, me voy a dormir. Dejemos que sea el destino quien decida qué va a

pasar. Buenas noches.

—Buenas noches.

Cuando Pedro se metió en la cama su cabeza era un torbellino de emociones y todas contradictorias. Pensar en todo lo que Rocío tuvo que pasar y todo lo que ese tío le hizo lo cabreaba muchísimo y solo tenía ganas de hacer una cosa; encontrarlo y darle su merecido. Sentía ganas de hablar con ella, de decirle que a él no le importaba lo que ese tío le había hecho, pero sabía que si lo hacía Rocío lo mandaría a la mierda y nunca más volvería a verla. Quería acercarse a ella, abrazarla y reconfortarla con sus caricias, ya que sabía que eso era lo que necesitaba; un hombre a su lado que le diera confianza y seguridad, y toda esa ira en ella acabaría desapareciendo. Pero no sabía si era capaz de semejante responsabilidad, pues, como bien había dicho Ricardo, él no era hombre de una sola mujer y eso era exactamente lo que necesitaba Rocío.

Cansado de darle vueltas al mismo asunto, acabó quedándose dormido y tuvo una extraña pesadilla, despertándose empapado en sudor y con una furia inmensa diciéndose a sí mismo:

—No voy a dejar que nadie más vuelva a hacerte daño, lo juro, nena.

Esa pesadilla le había revelado algo que nunca creyó que pudiera ocurrirle.



Capítulo 40

Samanta estaba que los demonios se la llevaban sentada en ese Mercedes, con el chófer de Víctor al volante llevándola de nuevo a la casa de ese hombre al que detestaba y no sabía si sería capaz de mirarlo nuevamente a la cara sin arrancarle los ojos.

Su hijo la había llamado y le había ordenado hablar con ella y con los padres de Raquel, y que la reunión sería en casa de Víctor. Por la manera tan cortante y breve con la que le había dado esa orden, Samanta sabía que por fin su hijo estaba dispuesto a hablar del tema de su padre, de su relación con Raquel y del hijo que estaban esperando y, por su frialdad en la voz, estaba completamente segura de que esa reunión iba a ser muy desagradable, ya que nunca había escuchado a su hijo tan enfadado en toda la vida al llamarla y decirle:

—Mamá…

—¡Ay, hijo!, por fin te dignas a llamarme, esto no te lo voy a perdonar. ¿Por qué no me cogías el móvil? Te he llamado miles de veces.

—Te dije que necesitaba tiempo.

—Lo sé, hijo, pero te echo mucho de menos. Tú y yo nunca nos hemos enfadado y tampoco hemos estado más de dos días sin vernos, por favor, vuelve a casa, te necesito.

—Mamá, ¡cállate!

—Ricardo…, ¿por qué me gritas?

—Lo siento, pero no me dejas hablar. Necesito que mañana estés en casa de Víctor a las diez.

—No pienso volver a esa casa, no me pidas eso.

—Raquel y yo necesitamos hablar con los tres y, si mañana no estás allí, no volveré a hablarte en la vida.

—Pero, hijo…

—A las diez en casa de Víctor, no me falles.

Cuando Ricardo colgó, Samanta se quedó hecha polvo y sin poder evitarlo se puso a llorar, ya que no soportaba que su hijo la tratara así. Desde que la matrona se lo puso en los brazos al nacer, él lo fue todo para ella, y todo entre ellos siempre fue perfecto, hasta el día en que ese malnacido volvió a aparecer en su vida, el mismo día en que puso los pies en casa de Víctor Delgado.

—¡Aaaayyyy, te odio! ¡Maldito seas, Víctor!

—¡Vaya! ¿Qué ha hecho esta vez para que estés tan cabreada?

La voz de César la sorprendió y volviéndose hacia él lo vio entrar en su oficina y cerrar la puerta.

—¡Hacerme la vida imposible! ¡Eso es lo que ha hecho durante toda su vida!

—No te cabrees y cuéntame qué ha pasado. —Al acercarse a ella y ver sus lágrimas dijo preocupado—: Sí que tiene que ser serio para que estés llorando. Anda, ven aquí. —Abrió sus brazos, y Samanta se acercó a él dejándose abrazar y consolar, como siempre, por esos brazos

fuertes y amorosos de César.

—Mi hijo me odia —sollozó.

—No digas tonterías, Ricardo te adora.

—No, está enfadado, me ha gritado y me ha ordenado que mañana tengo que estar en casa de Víctor a las diez, y que si no voy no volveré a verlo.

—Tú misma lo has dicho, está enfadado y cuando uno está enfadado no sabe lo que dice. ¿Por qué quiere que vayas a casa de Víctor?

—No lo sé, él y Raquel quieren hablar con nosotros.

—Entonces tendrás que ir.

—Tengo miedo, no quiero volver a esa casa.

—¿De qué tienes miedo?

—De lo que mi hijo vaya a decirme delante de ese hombre. ¿Y si quiere que le cuente la verdad delante de esos dos? Yo… yo no podría.

—Ricardo no va a hacerte eso.

—Entonces, ¿por qué quiere que estemos todos?, Víctor, yo y, para colmo de males, también su mujer.

—Él y Raquel habrán tomado una decisión y por eso os quieren allí a todos. Recuerda que ella es la madre de Raquel.

—Sí, tienes razón, debe de ser eso, pero estaba tan enfadado que me ha asustado.

—Bueno, para él no tiene que ser fácil tomar la decisión de renunciar a Raquel por ser su hermana. Debe de estar enfadado, muy enfadado, así que tendrás que apoyarlo y ayudarle a superar esta situación.

—Tienes razón, no sé qué haría sin ti. Gracias, eres un amor y te quiero —al decir eso le dio un beso en la mejilla.

—Yo también te quiero —le susurró al oído devolviéndole el beso—. Y te prohíbo que mañana entres en casa de Víctor Delgado asustada y temerosa. Eres una mujer fuerte y decidida, y así te tiene que ver él, no le des el placer de mostrarte vulnerable porque no lo eres. Demuéstrale que en todos estos años no lo has necesitado y que la vida te ha ido muy bien sin él.

—Sí, tienes razón, eso voy a hacer, él no me va a ver hundida, por más miedo que me dé lo que mi hijo tenga que decirnos, que no va a ser nada bueno, sabiendo cómo está y lo mucho que quiere a Raquel. Nos va a decir hasta del mal que tenemos que morir. Pero, bueno, habrá que aguantar el tipo.

—No te queda otra, cariño.

—¿Por qué no vienes conmigo?

—Te acompañaría gustoso, y lo sabes, pero Ricardo no me ha invitado a esa fiesta y no creo que me quiera allí, esto es entre tú y los Delgado.

—Sí, lo sé.

César, como siempre, le había levantado la moral y le había dado una razón para estar tranquila, pero esa calma había desaparecido cuando a las nueve de la mañana del día siguiente, el día de la reunión, la secretaria de Víctor la había llamado y le había dicho que en media hora el señor Delgado mandaba un coche a su oficina para llevarla hasta su casa. Eso la había cabreado y puesto de muy mal humor, y así seguía en ese coche que la acercaba hasta la casa de su peor enemigo.

***

Víctor estaba mirando por la ventana que daba a la entada de su casa esperando con impaciencia la llegada de Samanta, había mandado a su chófer a buscarla porque no quería que viniera en su coche, necesitaba que llegara más pronto que sus hijos para poder hablar con ella sobre la reunión que se iba a celebrar. Estaba nervioso y necesitaba saber qué decisión habían tomado los chicos antes de hablar con ellos. También se moría de ganas de verla de nuevo, ya que desde que se despidieran de la forma en que lo hicieron en esa clínica no se habían vuelto a ver.

Cuando vio aparecer el coche, y bajar de él a Samanta, una extraña sensación invadió todo su cuerpo, los años le habían sentado tan bien. Se la veía una mujer elegante, distinguida, moderna y autosuficiente, todo lo que no era cuando la conoció y, aun así, acabó loco por ella. Así que temía esos nuevos encuentros y volver a perder la cabeza, ya que él estaba casado. Aunque su matrimonio era más una relación aburrida y atada por los lazos que los unían y que a veces parecían asfixiarlo. Cada vez que intentaba dejar a su mujer, su hija se echaba a morir de pena, así que acababa volviendo para que ella no sufriera las consecuencias de ese matrimonio que nunca debió celebrarse.

También estaba todo ese lío que había pasado entre sus hijos, que ni siquiera podía saber cómo acabaría después de esa reunión; mal, suponía, ya que la situación era bastante delicada y una locura. Gracias a su estupidez, y a esa maldita apuesta que nunca debió aceptar, tenía un hijo que nunca supo que existía y que, para colmo de males, el destino lo había unido a su hija para hacerle sentir más miserable de lo que se sintió todos aquellos años cada vez que recordaba a esa chica frágil y vulnerable que le entregó su corazón para que él lo hiciera añicos con un estúpido juego.

La voz de Romí lo sacó de sus pensamientos.

—Señor, la señora Soriano acaba de llegar.

Cuando se volvió y vio a Samanta entrar con Romí no pudo evitar mirarla embobado de arriba abajo. No podía estar más bonita con ese abrigo corto y negro y esos tacones de vértigo mientras caminaba hacia él con paso decisivo. Al quitarse el abrigo para dárselo a Romí y ver ese menudo, pero precioso, cuerpo enfundado en una falda negra entallada de talle alto y corta por encima de las rodillas, con esa blusa ajustada color granate metida por dentro de la falda, de manga larga y con los primeros botones sin abrochar dejando entrever su precioso canalillo, a Víctor se le secó la garganta. Samanta se había convertido en una mujer muy hermosa y su manera de vestir, de maquillarse y ese pelo tan bonito, ondulado, cayendo hasta sus hombros podían conseguir que cualquier hombre enmudeciera al verla, como le acababa de pasar a él.

—Señor, señor, ¿está bien?

—Sí, sí, estoy bien, lo siento, Romí, no te había oído. Hola, Samanta —saludó acercándose a ella sin dejar de observarla.

Sus miradas se unieron y, como siempre, Samanta se ponía nerviosa cada vez que esos ojos verdes la miraban con tanta intensidad.

—Hola, Víctor —acabó diciendo un poco alterada, esquivado su mirada para que él no lo notara y respirando profundamente, se llenó de fuerza para mantener la confianza en sí misma y comportarse como le había dicho César que lo hiciera; con dignidad y seguridad.

—Menos mal que has llegado antes que los chicos.

—¿Y tu esposa?

—Bajará enseguida, por eso mandé al chófer a buscarte para que llegaras pronto y poder hablar contigo antes de que lleguen los demás.

—¿Qué es lo que quieres? Si es por el artículo, aún no he podido escribirlo.

—A la mierda el artículo, eso no me importa.

—¿No quieres que me disculpe ante ti y todo el mundo publicando un artículo? —preguntó sorprendida.

—Samanta, ya no me importa nada de lo que haya pasado entre nosotros, si quieres disculparte hazlo o si no simplemente publica toda la verdad, con eso me conformo. Solo quiero que la gente sepa que mis chicos no se dopan, como lo quieras escribir es cosa tuya.

—No me puedo creer que no quieras verme humillada y pidiéndote perdón en todos los medios.

—Querría ver humillado y arrodillado ante mí a Sam Moreno, no a ti.

—Pero los dos somos la misma persona —citó muy sorprendida—. Porque, aunque los artículos estén firmados con mi nombre y su apellido, César nunca ha publicado nada sobre ti, eso siempre ha sido cosa mía.

—Ahora lo sé, antes solo creí que era un hombre que disfrutaba humillándome y amargándome la vida sin ningún motivo. Ahora sé que Samanta tenía sus motivos para perseguirme y acosarme todos estos años, por eso solo te pido que la guerra termine, con eso me sentiré más que satisfecho. El artículo de los anabolizantes es tuyo, tú tienes la exclusiva, publícalo como tú quieras.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Para esto me has hecho venir más pronto?

—No. Quiero que me digas qué está pasando con los chicos, desde que se marcharon el otro día no he vuelto a ver a mi hija y me asusta la decisión que hayan tomado.

—Pues, lo siento, pero yo tampoco he visto a mi hijo desde que me fui de esta casa y también estoy de los nervios.

—¿Quieres que nos sentemos mientras los esperamos?

—No, estoy bien así.

No quería ni imaginar tener que sentarse a su lado y de pie, aunque fuera frente a él, se sentía más segura.

—Está bien, como quieras. Solo quería que me hablaras de mi hijo.

—Ya te dije el otro día que no es tu hijo.

—Vamos, Samanta, no seas niña, eso es algo que a estas alturas ya no puedes eludir.

—Sí puedo hacerlo, desde hace veinticuatro años yo he sido su madre y su padre, nunca te ha necesitado, y yo tampoco.

—Que tú no me hayas necesitado es evidente, solo hay que mirarte para darse cuenta de que no necesitas a nadie porque tú sola eres muy capaz. Pero un hijo siempre necesita a su padre. ¿O vas a decirme que en todos estos años Ricardo nunca ha preguntado por mí?

—No, no puedo decirte eso, pero tampoco quiero hablar de él contigo. Tú tomaste tus propias decisiones y en ellas nunca estuvimos mi hijo y yo, así que, ¿qué esperas ahora?, te fuiste y nunca te importó nada.

—Eso no es cierto, yo volví a buscarte, y tú no quisiste escucharme.

—¿Escuchar qué? ¿Más mentiras? ¿Más apuestas?

Víctor, acercándose a ella, empezó a decirle:

—Samanta, yo…

Justo en ese momento, apareció Amanda enfundada en un vestido tan bonito y ceñido que parecía preparada para un pase de modelo, mientras se acercaba a ellos enlazaba sus brazos al de Víctor, como una serpiente se enrolla a su víctima para asfixiarla antes de comérsela, y mientras

lo hacía parecía retar a Samanta con la mirada diciéndole: «Yo soy Amanda Saura, una de las modelos más guapas y glamurosas que ha tenido este país, y tú no eres nadie, él es mi hombre, y tú, muy insignificante para él».

—Siento el retraso, pero ya sabes lo mucho que me gusta estar guapa para ti, mi amor —al decir eso besó a Víctor en los labios, pero este se apartó de ella limpiándose la boca con la palma de la mano.

—Sabes que no soporto que hagas eso cuando llevas pintalabios.

—No seas bobo, este no mancha.

—No me importa, estate quieta, tenemos una invitada.

—Invitada ¡Ja! Tu bastardo es el que ha organizado esta recepción, ella no es nuestra invitada.

—Amanda, te he dicho que si vuelves a llamarlo así tendremos serios problemas.

—¡Está bien, está bien, está bien! Me comportaré como una dama delante de tu hijo —pronunció remarcando esas palabras— y esta mujer, pero que conste que si estoy aquí es solo por nuestra hija.

Romí anunció la llegada de Ricardo y Raquel, justo en el mismo instante en el que Samanta estaba a punto de decirle a esa mujer tan desagradable hasta del mal que tenía que morir por llamar a su hijo bastardo, pero tuvo que morderse la lengua al aparecer los chicos tan de repente.

—Señores, la señorita y su novio están aquí.

—¡Por fin, hija! —gritó Amanda corriendo hacia Raquel para abrazarla—. Dichosos los ojos que te ven, ¿cómo se te ocurre tenernos a tu padre y a mí así, tan angustiados, sin saber nada de ti?

—Mamá, ahora no, por favor —contestó Raquel muy fría evitando el contacto con ella.

—Pero, hija…

—¿A mí tampoco vas a darme un beso? —preguntó Víctor acercándose a su hija, pero al verla tan impasible y sin soltar la mano de Ricardo le preguntó—: ¿Qué está ocurriendo, bichito? ¿Por qué apareces después de tantos días con tan mala leche?

—Será mejor que nos sentemos —propuso Raquel muy triste mirando a Samanta.

—Ricardo, ¿estás bien…? —preguntó Samanta intentando acercarse a su hijo.

—Ahora no, mamá.

—Pero, hijo…

—¡No! ¡No quiero que me toques ni que me abraces ni que me beses!

Samanta, al ver el desplante de su hijo delante de todos, no pudo evitar que sus ojos se llenasen de lágrimas.

—¿Por qué me hablas así? ¿Qué te he hecho yo?

—¡¿Que qué me has hecho?! ¡Siempre creí que eras una mujer buena, sincera y que por mí serías capaz de cualquier cosa con tal de verme feliz!

—Y es cierto, yo… yo solo deseo que seas feliz.

Víctor volvía a ver en Samanta a esa chica frágil y vulnerable que conoció al sentirse intimidada y rechazada por su hijo.

—¡No mientas, mamá, eres capaz de inventar que soy hijo de Víctor para separarme de Raquel y todo porque no soportas a ese hombre! —Señaló a Víctor—. ¡Eres capaz de arruinar nuestras vidas para no tenerte que ver emparentada con él y ni siquiera te ha importado que vayamos a darte un nieto! ¡Nunca creí que pudieras llegar a decepcionarme tanto!

—Pero, hijo, ¡yo no te he mentido!, ¡jamás lo haría!

—¡¿Cómo puedes ser tan mentirosa?! —volvió a insistir.

—¡Bueno, ya basta! ¡No te voy a permitir que sigas hablándole así a tu madre! —gritó Víctor,

angustiado, al ver a Samanta tan abatida.

—¡Tú no te metas! ¡No tienes ningún derecho…!

—¡Tengo todo el derecho porque soy tu padre, estás en mi casa y por ese mismo motivo vas a tratar a tu madre con el respeto que se merece o de lo contrario te daré tu primera paliza! ¡¿Te ha quedado claro?!

—¿Tú y cuántos más?

—No necesito a nadie para ponerte en tu sitio, muchacho, y ahora mismo nos vas a explicar por qué estás tan enfadado y por qué acusas a tu madre de mentirosa.

—Porque lo es, Raquel y yo no somos hermanos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de eso? —preguntó Víctor sorprendido por la noticia.

—Porque los resultados no mienten.

—¿Resultados? —intervino Samanta aturdida por el comportamiento de su hijo y por esa defensa de Víctor hacia ella a capa y espada tan inesperada.

—¡Sí, mamá! ¡Resultados! —Puso sobre las rodillas de su madre unos papeles, Samanta se había dejado caer en el sofá ante el ataque tan imprevisto de su hijo, pues las piernas le temblaban y no podía seguir de pie—. ¡¿De verdad pensaste que inventando esa mentira conseguirías separarme de Raquel sin que yo peleara por ella?! Recuerda que voy a ser periodista, como tú, y que al igual que tú no me gusta dejar cabos sueltos. Por eso antes de renunciar a mi felicidad nos hicimos una prueba de ADN y los resultados dicen que mientes. ¿Con quién más te acostaste mientras salías con Víctor? ¿Quién es mi verdadero padre?

Samanta, al oír a su hijo hacerle esas preguntas, se levantó del sofá y con todas sus fuerzas le dio una bofetada diciéndole con lágrimas como puños rodando por sus mejillas:

—Nunca te he mentido…

—¡¿No?! ¡¿Y cuando me dijiste que mi padre era un hombre casado y que eligió a su familia en vez de a mí no mentías?! —preguntó enfurecido tocando su cara que le dolía por el bofetón tan fuerte que le acababa de dar su madre, que para ser la primera vez que le pegaba lo había hecho con todas sus fuerzas.

—Esa es la única vez que te he mentido y lo hice porque no quería que supieras la verdad. Tu padre fue el único hombre con el que yo tuve relaciones en aquella época. ¡Lo juro!

—Pues, ¡no te creo!, ¡los resultados dicen que mientes!

Víctor le había quitado a Samanta los papeles y los estaba mirando con mucho detenimiento.

—Puede que los resultados no mientan, pero tu madre tampoco.

—¿Qué? —Ricardo estaba muy sorprendido por lo que su padre acababa de decir.

—Que tu madre no te ha mentido, yo fui el único hombre con el que ella tuvo relaciones en esa época.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Ningún hombre puede estar tan seguro de algo así.

—¿No? ¿Tú no pondrías la mano en el fuego por mi hija?

—Sí, pero es distinto.

—¿En qué es distinto? Yo te puedo asegurar que en aquella época hubiera puesto la mano en el fuego por tu madre, y también te puedo asegurar que no me hubiera quemado.

—Pero los resultados no mienten, Raquel y yo no somos hermanos.

—No, pero puede que te estés equivocando de culpable. ¿Verdad, querida? —preguntó Víctor a Amanda con una voz amenazante y tan fría que daba miedo.

—¿Qué… qué quieres decir? —Amanda parecía asustada.

—Es muy sencillo, ¿puedes explicarnos por qué las pruebas dicen que los chicos no son hermanos?

—¿Me estás acusando a mí?, ¿a tu mujer? Esa zorra suelta unas lagrimitas, y tú crees que yo te he engañado toda la vida, esto es muy fuerte.

—Sé que Samanta no miente porque vi el terror en su cara al descubrir que yo era el padre de Raquel. Sin embargo, siempre me pregunté cómo pude dejarte embarazada si siempre usábamos preservativos y la respuesta es obvia, ¿no crees? Fui un estúpido y me creí esa explicación tan inocente de: «Nada es seguro al cien por cien y todo puede fallar».

—¡No te voy a consentir que me acuses…!

—¡¿Que no me vas a consentir qué?! ¡¿Vas a obligarnos a hacernos las pruebas de ADN también a nosotros o vas a confesar?!

—Víctor, no puedes hacernos esto.

—Puedo y voy a hacerlo, voy a hacerme la prueba, tú también e incluso Samanta se la hará, y así podremos descubrir quién miente.

—¡No! Yo… yo… yo siempre creí que tú eras su padre.

—¿Quién fue? ¿Con quién me engañaste?

—Solo fue una vez, lo juro.

—Pues con una vez fue más que suficiente.

—Víctor…

—Ahora no, Amanda, ahora no quiero escucharte porque no sé de lo que soy capaz.

Amanda echó a correr hacia las escaleras, llorando. Cuando Víctor se dio la vuelta y vio a su hija sollozando abrazada a Ricardo se le hizo un nudo en la garganta, pero inmediatamente se dio cuenta de que Samanta no estaba.

—¿Dónde está tu madre? —le preguntó a su hijo.

—Se ha marchado, he intentado hablar con ella, pero no ha querido escucharme.

—¿Y te extraña después de todo lo que le dijiste?

—¿Y qué esperabas? ¿Cómo podía imaginar que justamente tu hija no fuera tu hija y que fuera tu mujer la que te había mentido? ¿No crees que lo más lógico sea pensar que yo no era tu hijo y que era mi madre la que mentía?

—Pues la has cagado y bien.

—Lo sé.

Víctor miró a su hija que seguía abrazada a Ricardo llorando como una Magdalena y agarrándola por la cintura la volvió hacia él.

—Bichito, no debes llorar —le habló con una voz muy tierna—, eso no es bueno para mi nieto.

—¡Papá! —Llorando cambió de los brazos de Ricardo a los suyos—. Yo… yo… ya no sé si te puedo llamar así.

—Ni se te ocurra decir eso —le pidió abrazándola con fuerza y besándole la frente—. Tú siempre serás mi hija, pase lo que pase, nada va a cambiar eso, ¿me entiendes?

—Te quiero, papá, y… y… no quiero a otro padre que no seas tú.

—No tienes elección, bichito, tú siempre serás mi niña y la persona que más quiero en este mundo. —Mirando a Ricardo añadió—: Y tú vas a cuidar muy bien de ella porque, aunque seas mi hijo, si le haces daño te mataré.

—No necesitas hacerme esa advertencia, yo nunca le haría daño. No puedo decir lo mismo de mi madre y de ti, tú le hiciste mucho daño y, gracias a ti, yo acabo de destrozarla. —Alargando la mano hacia Raquel añadió—: Ahora será mejor que nos vayamos y que todos intentemos tranquilizarnos un poco y pensar en todo lo que ha pasado.

—Sí. —Raquel volvió a los brazos de Ricardo, después le preguntó a su padre—: ¿Qué

piensas hacer con mamá?

—Ahora mismo no puedo contestarte a esa pregunta. Tomaré una decisión cuando me tranquilice y hable con ella.

—Adiós, papá —se despidió Raquel abrazándolo de nuevo y besando su mejilla.

—Adiós, bichito, y recuerda que esta es y será siempre tu casa, pase lo que pase conmigo y con tu madre. —Víctor volvió a abrazar a su hija con fuerza devolviéndole el beso. Antes de que pudieran dar un paso, alargó la mano hacia Ricardo diciéndole—: Adiós, hijo, espero que puedas darme una oportunidad para conocernos.

—Adiós, Víctor —le respondió Ricardo aceptando su mano—. Dame tiempo para hacerme a la idea, es lo único que puedo decirte.

—Puedes tomarte todo el tiempo que quieras, aunque siendo el novio de mi hija y el padre de mi nieto no te va a quedar más remedio que acostumbrarte a mí. —Sonrió consiguiendo una mueca por sonrisa en los labios de su hijo.

Cuando se quedó solo un pensamiento ocupó toda su mente; el dolor en la cara de Samanta al ser atacada por su hijo de esa manera tan despiadada. Sacando su móvil hizo una llamada.

***

Samanta no podía soportar más esa situación y, viendo la discusión que Víctor tenía con su esposa, decidió marcharse, pues no pintaba nada allí, en ese momento en el que ella había dejado de ser el blanco, ya no soportaba estar ni un segundo más en esa casa. Cuando le pidió el abrigo a Romí, Ricardo se acercó a ella muy decaído.

—Lo siento, mamá, siento todo lo que te he dicho, siento haberte gritado…

—Tenías tus razones, era más lógico pensar que yo en mi juventud fui una cabra descarriada, a suponer que Amanda haya engañado a su marido toda la vida, ¿verdad?

—¡Joder, mamá, lo siento! La furia me nubló el sentido y la razón, perdóname.

—Te perdono, pero ahora necesito marcharme, no soporto un segundo más estar en esta casa.

—¿Quieres que te lleve?

—No, quédate con Raquel, ella te necesita más que yo.

Cuando salió de la casa, el chófer de Víctor estaba fuera e inmediatamente se puso la gorra abriendo la puerta trasera.

—¿Dónde quiere que la lleve, señora?

—¿Tu jefe querrá que me lleves a casa?

—Me dio la orden de estar a su disposición.

—Bien, entonces llévame a casa, por favor.

Aún no llevaban ni cinco minutos de camino cuando Samanta se echó a llorar como una Magdalena. Una de las razones por las que no quería que su hijo la llevara era para que no la viera derrumbarse así, pues el estrés que había sufrido en esa casa viéndose acusada por todos la había destrozado. Excepto por Víctor, justo la única persona que nunca imaginó que daría la cara por ella era la única que la había defendido, y la que nunca creyó que se pondría en contra de ella pasara lo que pasara era la que la estaba acusando. Sentir la furia de su hijo contra ella había sido demasiado doloroso y por eso no podía dejar de llorar al recordarlo.

El teléfono del coche empezó a sonar y el chófer contestó a la llamada.

—Sí, señor… Mal, está muy mal… Está bien, en cinco minutos estaré allí.

Sin darse cuenta de lo que pasaba a su alrededor por el berrinche que llevaba, el coche había dado la vuelta y volvían a casa de los Delgado. De repente, se detuvo y la puerta se abrió

entrando Víctor, el cual sentándose a su lado, mirándola fijamente a los ojos y viendo el berrinche que llevaba la abrazó con fuerza para consolarla.

—¡Ssshhh! No llores, Samanta, ya todo pasó —le susurró al oído.

—Todo esto es… es por tu culpa. Te odio —decía en medio de tantas lágrimas golpeando su pecho con los puños.

—Lo sé y no sabes lo mucho que lo siento. —La abrazó con más fuerza aplastándola contra su pecho para que no siguiera golpeándole.

—Hace veinticuatro años me… me destrozaste la vida y… y… y ahora, después de tanto tiempo, vuelves a aparecer para volver a destrozármela.

—Esa nunca fue mi intención, nunca quise hacerte daño ni hace veinticuatro años ni ahora. Tienes que creerme, Samanta, esta vez tienes que creerme.

—Pues no te creo y no te creeré nunca.

Seguía llorando, estaba enfadada, no quería estar cerca de él, pero al mismo tiempo no quería dejar de sentir esos brazos fuertes y cálidos abrazándola, consolándola. Se sentía débil y vulnerable, todo lo que se había jurado no volver a sentir estando al lado de Víctor, pero en ese mismo instante no le importaba, lo único que necesitaba era sentirse amparada, y sus brazos le daban lo que necesitaba.

No sabía cuánto tiempo llevaban así, hasta que Víctor, agarrando su barbilla y obligándola a mirarlo, le habló muy serio limpiándole las mejillas con sus manos.

—Sé que me va a costar mucho conseguir tu perdón, pero te juro que no voy a parar hasta lograrlo.

—Nunca voy a perdonarte, Víctor, y no importa lo que hagas porque nunca vas a conseguirlo.

—Nunca digas nunca, preciosa. Te perdí una vez por resignarme y creer que por más que te dijera y te explicara no me creerías, pero esta vez no voy a rendirme…

—Víctor, yo… yo… yo estoy con César y nunca volvería a confiar en ti.

—Sé que estás con ese hombre y no me refiero a tener una relación, sino a poder compartir ese nieto que nos van a dar los chicos sin sentir ganas de matarnos.

—Eso tampoco puedo prometértelo, yo… yo siempre tengo ganas de matarte —al decir eso Víctor no pudo evitar sonreír, mirándola con esos ojos verdes capaces de conquistar a cualquier mujer.

Después de tantos años seguía teniendo ese poder, pues seguía siendo un hombre muy guapo, los años le habían oscurecido ese pelo castaño claro que tenía cuando Samanta lo conoció y también lo habían difuminado con canas, haciéndolo más interesante y atractivo de lo que ya era, y seguía teniendo un cuerpo perfecto, ya que nunca había dejado de jugar al baloncesto.

—Firmemos una tregua por los chicos.

—No puedo prometerte nada.

Justo en ese momento, el chófer paró el coche y abrió la puerta de Samanta.

—Hemos llegado a su casa, señora.

—¿Puedo subir y hablamos?

—No tenemos nada de qué hablar, Víctor, y César me está esperando. Adiós.

Samanta bajó del coche dejando a Víctor solo y muy cabreado al verla marcharse sin ninguna esperanza, sabiendo que ese hombre estaba arriba esperándola, que sería él el que la consolaría, el que la abrazaría, el que la besaría y el que le haría el amor. Todas esas cosas que él le hacía cuando estaban juntos y que en ese mismo instante deseaba volver a compartir con ella, desde que había vuelto a abrazarla, desde que sabía que su vida iba a tener un cambio de ciento ochenta grados, pues una cosa tenía muy clara y era que esa farsa de matrimonio que había compartido

con su mujer llegaba a su fin y una de las razones más poderosas era Samanta.

***

Cuando el coche volvió a parar delante de la entrada de su casa, Víctor se bajó con una sola idea en la cabeza; recomponer su vida y lo primero que necesitaba para eso era recuperar su libertad.

—¿Y mi mujer? —preguntó nada más entrar en su casa a Romí.

—En su habitación.

—Gracias.

Al entrar en su cuarto vio a Amanda tumbada en la cama hablando por teléfono, nada más verlo, le dijo a la persona que tenía al otro lado de la línea:

—Lo siento, he de dejarte. Luego te llamo, chao. —Al colgar le recriminó a Víctor resentida —: Espero que hayas venido a disculparte después de cómo me has tratado delante de todos.

—Tienes quince días para abandonar esta casa, mi abogado se pondrá en contacto contigo.

—¡¿Qué?! ¡¿Te has vuelto loco?! ¡¿Me estás echando de mi casa?!

—¡Esta casa es mía, la compré antes de que nos casáramos!

—Pero ¡yo soy tu mujer y no puedes echarme de mi casa!

—Firmamos un acuerdo prematrimonial, ¿recuerdas? Separación de bienes para ser más exacto, así que lo tuyo es tuyo y lo mío es mío.

—No puedes hacerme esto, Víctor, yo lo dejé todo por ti; mi trabajo, las pasarelas…

—Dejaste las pasarelas porque después del embarazo no conseguías volver a tu peso ideal, no me eches a mí la culpa de eso.

—¡Sí, perdí mi silueta por tener a tu hija!

Víctor dio dos zancadas y agarrando su mentón con fuerza le habló muy serio matándola con la mirada.

—Mejor no toques ese tema porque si no te echaré a la calle con una mano delante y otra detrás, ya que solo tendría que demostrar que Raquel no es hija mía para que pierdas todos los derechos, y sabes que puedo hacerlo. Ahora te voy a decir lo que tienes que hacer para conseguir que me sienta generoso y te conceda una pensión digna para que puedas vivir holgadamente. Primero, vas a buscarte un piso y vas a dejar esta casa en menos de dos semanas. Segundo, vas a firmar el divorcio sin poner una sola condición. Tercero, no te quiero volver a ver más en toda mi vida…

—Pero no puedes hacer eso, sabes que la niña no soporta que estemos separados...

—Y, cuarto, si vuelves a utilizar a Raquel para que volvamos a estar juntos como has hecho todas las veces que he intentado dejarte no verás un solo céntimo. La niña ahora es mayor de edad, vive sola y no nos necesita para nada, así que no vuelvas a usarla porque no te va a servir.

—Ahora que sabes que Raquel no es tu hija, te da igual que se muera de pena al dejarme.

—Raquel siempre va a ser mi hija y ella no se moría de pena, tú la coaccionabas para que me hiciera volver a casa.

—¿Y si no te dejara que la vieras? Como bien has dicho, no es tu hija.

—¿No crees que Raquel está bastante mayorcita para que nadie decida por ella? Y sé que a ella no le importa porque yo siempre voy a ser su padre y siempre va a quererme como yo a ella.

—Sí, ese siempre fue el problema; ella siempre te quiso más a ti que a mí.

—Entonces pregúntate dónde fallaste con ella.

—Víctor, no puedes dejarme, por favor, ¿qué voy a hacer sin ti?

Víctor acababa de sacar una maleta del armario y metía su ropa en ella.

—Francamente, me importa una mierda lo que hagas, eso ya no es asunto mío.

—¡Joder! Yo solo te engañé una vez, tú me has puesto los cuernos cientos de veces…

—Puede que tengas razón, pero yo no te he hecho creer todos estos años que tu hija era tuya sin serlo. Muchas veces he querido dejarte después de esos engaños, y tú te has empeñado en seguir a mi lado sabiendo que volvería a hacerlo. No puedes culparme por lo que tú misma te has buscado reteniéndome junto a ti sabiendo que no te amaba.

—Vas a correr detrás de esa mujer, ¿verdad? Ella también te ha engañado todos estos años al no decirte que tenía un hijo tuyo.

—La diferencia entre ella y tú es que ella no intentó atraparme gracias a un embarazo, como hiciste tú.

—Yo nunca te obligué a que te casaras conmigo.

—No, claro, fuiste muy inteligente al hacerte la digna diciéndome que no querías que me sintiera obligado, que tú podrías salir adelante sola con el bebé y que no te pidiera que abortaras porque no podías hacerlo. Sabes perfectamente que todas esas cosas que me dijiste son las que me hicieron estar a tu lado y casarme contigo, con todas esas razones me pusiste la soga al cuello, y yo ni siquiera me di cuenta. Aunque lo que más me ató a ti fue ese embarazo, y ahora sé que lo hiciste adrede porque, si tan sincera fuiste, ¿por qué no decirme, de paso, que no estabas segura de que yo fuera el padre y que ese bebé podría ser de otro? ¿Quién es? ¿Con quién me engañaste?

—Víctor…

—¡Te exijo una respuesta!

—Fue con mi representante, la tarde que discutimos porque no querías que te acompañara a ese partido en Barcelona. Yo sabía que lo hacías para tener la libertad de acostarte con todas esas zorras de animadoras que babeaban por ti. Por eso me acosté con él, para vengarme de ti.

—Yo no me acosté con ninguna animadora, estaba contigo, estábamos empezando, eras la chica más guapa que había visto nunca, me sentía orgulloso de que quisieras estar conmigo. ¡Joder!, eras Amanda Saura, la modelo mejor pagada en ese momento, ¿por qué habría de engañarte? ¿Qué estúpido haría eso?

—Entonces, ¿por qué no querías que te acompañara?

—Porque eras una distracción para mí y ese partido era decisivo, nos jugábamos la copa y no podías estar cerca de mí o, si no, no habría dado pie con bola.

—¿Tan importante era para ti?

—Eras, tú misma lo has dicho. Después empezaste a cambiar y veías fantasmas por todos los sitios, me acusabas de acostarme con todas las mujeres que se me arrimaban y gracias a eso perdimos a nuestro hijo…

—No hables de eso, por favor.

—¿Por qué no?, ¿te asusta pensar que, si no hubieras corrido como una loca al descubrir que no tenía a ninguna amante escondida en el armario de mi habitación la tarde que intentaste sorprenderme en ese hotel, nuestro hijo ahora estaría vivo?

—Ella me mintió, fue una trampa.

—Solo una loca desconfía de su marido y coge un avión esperando pillarlo con una amante simplemente porque una mujer anónima la llama y le cuenta semejante tontería. Y, para colmo de males, cuando te diste cuenta de que estaba solo en la habitación, en vez de quedarte conmigo e intentar arreglar las cosas, sales corriendo y cruzas la calle sin mirar para que te atropellen y tengas un aborto con un embarazo de seis meses y, gracias a eso, no pudiste volver a quedarte

embarazada.

—¡Basta! Cállate, por favor, no me hagas recordar todo eso.

—Entonces no me tires de la lengua. Estaré en un hotel hasta que encuentres un piso y por tu bien hazlo pronto o te echaré sin importarme dónde vayas. Esta es mi casa y la quiero vacía cuanto antes.

—Víctor…

—Adiós, Amanda, tú y yo ya no tenemos nada más que decirnos. Cualquier cosa ponte en contacto con mi abogado.

—Víctor, por favor, ¡perdóname una vez más y te juro que no te arrepentirás!

—Solo me arrepiento de una cosa en mi vida y es de haberme casado contigo. Nunca voy a poder perdonarte este engaño, lo único bueno de él ha sido ser el padre de Raquel durante todos estos años.

Sin decirle nada más se fue de la habitación dejando a Amanda llorando desconsolada en la cama.



Capítulo 41

Al llegar a casa, Samanta se dejó caer en el sofá muy decaída y su mente se puso a recordar todo lo que acababa de pasar en casa de Víctor, aún no podía entender cómo su hijo había actuado así. Él nunca había desconfiado de ella, nunca la había acusado de nada, nunca se había enfadado con ella y, sobre todo, nunca la había gritado e insultado. Todo lo que había pasado en esa casa había sido muy doloroso para ella, ya que el único que la había apoyado y defendido había sido justamente la única persona que ella no quería que lo hiciera, al que no quería deberle nada, y precisamente por ese motivo se sentía en deuda con él.

Levantándose del sofá cogió su portátil y volvió a sentarse decidida a escribir ese artículo que le había prometido, en el que contase toda la verdad y lo exculpara de esas acusaciones que había hecho por ese odio tan fuerte que sentía hacia él, ese odio que la cegaba y no le dejaba ser racional, ya que si se hubiera tratado de otra persona, antes de publicar nada, primero hubiera contrastado la verdad para asegurarse de que era cierto. Pero una acusación como esa y contra Víctor Delgado era demasiado jugosa para ella como para no publicarla, y más cuando su fuente le había asegurado que las pruebas darían positivo en estupefacientes. Después de todo lo que había pasado con Víctor se daba cuenta de lo estúpida que había sido, ya que él tenía razón, y su rencor no le había dejado darse cuenta de que estaba siendo manipulada por una persona que aun debía de odiar a Víctor más que ella, ya que era capaz de inventar algo tan descabellado y poder tener la oportunidad de falsificar las pruebas para inculparlo.

—Bien, vamos allá —se decía Samanta a sí misma con los dedos en el ordenador—. No sé si te mereces esto, Víctor, y la suerte que tienes es que sé reconocer mis errores.

Nada más decir eso empezó a escribir en el ordenador.

> Hola, soy Samanta Soriano, alias Sam Moreno:
>
> Este artículo va dirigido a todos mis lectores y en él quiero aclarar que el publicado el pasado día veintiocho de noviembre de dos mil dieciséis contra el señor Víctor Delgado, en el cual lo acusaba de tomar y administrar a sus jugadores estupefacientes, es mentira. Con esto no quiero decir que yo supiera que el señor Delgado fuera inocente y, aun así, lo publicara, sino que me dejé embaucar por una de mis fuentes, la cual siempre me informaba de él y hasta ahora nunca me había fallado o al menos eso creía yo.
>
> El caso es que después de publicar esa mentira, el señor Delgado y yo tuvimos un enfrentamiento, y él quiso demostrar su inocencia, algo a lo que yo no me pude negar, por eso yo misma lo acompañé y bajo mi supervisión se volvieron a repetir los análisis de orina a sus jugadores e incluso al mismo señor Delgado, y los dos juntos los llevamos a otro laboratorio, uno al azar, uno que ninguno de los dos conocíamos y en el cual los resultados resultaron negativos, eso demostró que el señor Delgado nunca mintió cuando juró y perjuró ante los medios que él y sus chicos no se drogaban.

Ahora es a mí a la que le toca dar una explicación y pedir perdón a todos ustedes por escribir algo sin antes constatar su fiabilidad, así que les prometo que nunca más volveré a escribir un artículo sin antes estar completamente segura de que es cierto. Esta revista se llama *Toda la verdad sobre el deporte* y no quisiera que nuestro lema cambiara, por eso estoy abriéndome a ustedes y contándoles lo ocurrido esperando que puedan perdonar esta falta y sigan siéndonos fieles, al igual que nosotros lo seremos con ustedes. Por nuestra parte, seguiremos contándoles siempre toda la verdad, como acabo de demostrarles en este artículo.

Aprovecho para dirigirme a esa persona, que se comunicaba conmigo para poder acusar al señor Delgado a través de mí, para decirle que se acabó, que no quiero volver a recibir ninguna llamada suya y que, si quiere seguir contando mentiras y manipulando pruebas, se busque otra revista porque en esta nunca más se volverá a publicar nada de lo que tenga que decir, ya sea cierto o no.

Muchas gracias por su comprensión, y un saludo de Sam Moreno.

Nada más terminar de escribirlo llamó a César.

—Hola.

—Hola, cariño. ¿Ya se ha terminado la reunión? ¿Todo bien?

—Ya te contaré, ahora no quiero hablar de eso. Te estoy mandando por *email* el artículo que acabo de escribir, cuando lo leas me das tu opinión.

—¡Uuuy!, te noto muy decaída, ¿quieres que vaya?

—No, estoy bien y necesito estar sola.

—Como quieras. ¿De qué va el artículo?

—Es algo que debía hacer por más que me haya costado.

—¿Te has disculpado con Víctor? Porque no me lo puedo creer.

—Bueno, con el exactamente no, con nuestros lectores. He contado la verdad, creo que se merecen saberla, ¿no crees? En eso se basa nuestra revista.

—Sabes que hagas lo que hagas siempre vas a tener mi apoyo.

—Gracias. Te quiero.

—Lo sé.

—Ahora voy a dejarte, necesito tumbarme un rato.

—Está bien, descansa, nos vemos mañana.

Samanta se dio una ducha y se puso un camisón con la intención de tomarse una pastilla para el dolor de cabeza y tumbarse para poder dejar de pensar en todo lo que había pasado, pero justo cuando estaba a punto de meterse en la cama su hijo apareció por el salón.

—Hola, mamá, ¿podemos hablar?

—Sí, por supuesto. Estaba a punto de acostarme, pero puedo esperar un poco más.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó preocupado acercándose a ella, ya que se sentía fatal por todo lo que había pasado.

—No, tranquilo, solo es un pequeño dolor de cabeza, cuando descanse un poco se me pasará.

—No debe de ser tan pequeño cuando eres capaz de meterte en la cama a plena luz del día.

Samanta sonrió al ver cómo su hijo la conocía, ya que tenía razón, ella nunca se echaba una siesta y desde que se levantaba hasta que se acostaba no paraba ni un segundo. Siempre había sido así, ya que desde que Ricardo naciera ella no había tenido tiempo para nada, solo para él, sus estudios, su trabajo y, desde que fundaran la revista, para esta. Así que no se podía permitir el lujo de echarse una siesta, por eso cuando llegaba la noche caía rendida y no necesitaba nada más que dormir sus ocho horas, si no, no era persona al día siguiente.

—Solo son los nervios, estaré bien en cuanto descanse un poco.

—¡Ooohh, mamá, lo siento! —Ricardo envolvió a su madre en un fuerte abrazo—. Perdóname, nunca debí decir todas esas cosas, nunca debí desconfiar de ti, nunca debí gritarte, he sido un imbécil.

—¡Ya, ya, tranquilo! Todo pasó, olvidémoslo y ya está.

—¿Podrás perdonarme?

—No tengo nada que perdonarte, cariño, si yo hubiera estado en tu lugar habría reaccionado igual.

—Mamá…

—Ya, cariño, olvidémoslo todo. Lo único importante en todo este asunto es que tú y Raquel podéis estar juntos, que no sois hermanos y que ese nieto que me vais a dar es fruto del amor y no de una relación incestuosa. Eso es lo único que me importa, lo demás es irrelevante. Yo solo quiero tu felicidad, cariño, y si Raquel es la mujer de tu vida yo haré un esfuerzo y conseguiré hacerme a la idea de que tengo que compartir ese nieto con Víctor Delgado.

—Mamá, Víctor es mi padre, y vamos a tener que hablar de ello, ¿no te parece?

—Ricardo, por favor, no quiero hablar de él, no quiero hablar contigo de lo que pasó, no quiero, no me obligues.

—Está bien, si tú no quieres hablar de Víctor no puedo obligarte, pero tú no puedes obligarme a seguir ignorando la verdad. Necesito saber qué sucedió y si tú no me lo cuentas lo hará él.

—Pero ¿por qué necesitas saberlo?

—¿Y por qué no puedo saber los verdaderos motivos por los cuales mi padre no quiso saber de mí?

—Él nunca supo de tu existencia, esos son los verdaderos motivos.

—Ya, eso lo oí en casa de Víctor. Pero lo que necesito saber es qué te hizo para que tú decidieras que no merecía saber que iba a ser padre. Eso también lo oí cuando se lo dijiste, por muy bajito que lo hicieras te escuché.

—Ricardo, por favor…

—¿Vas a contármelo, mamá?

—Lo siento, pero no puedo —le contestó con los ojos llenos de lágrimas—, y si de verdad me quieres dejarás este asunto correr, no es bueno remover el pasado.

—Dame una razón para dejarlo correr.

—Para mí todo lo que ocurrió fue muy vergonzoso, y no quiero que tú, precisamente, lo sepas.

—Pues, lo siento, pero voy a obligar a Víctor a contarme la verdad y, si de verdad lo que te hizo fue tan vergonzoso, lo mataré.

Separándose de ella fue hacia la puerta de la entrada mientras Samanta corría detrás de él suplicándole:

—Por favor, hijo, no te enfrentes a tu padre, eso no es lo que yo quiero. El pasado, pasado está y hay que dejarlo donde está.

—Mamá, si ese hombre te hizo daño, aunque hayan pasado veinticuatro años, tendrá que pagar por ello. —Cogiendo la cara de su madre entre sus manos le dio un beso y le dijo—: Te quiero, y no puedo dejar que las cosas se queden como están por mucho tiempo que haya pasado.

Cuando su hijo se fue, Samanta no pudo evitar echarse a llorar, imaginándose que entre Ricardo y Víctor fuera a producirse un fuerte enfrentamiento, desesperada, intentó tranquilizarse y después de lograrlo llamó a Raquel.



Capítulo 42

Víctor estaba en la habitación del hotel donde se había mudado hasta que Amanda abandonara su casa, ya que no quería verla ni cruzarse con ella todos los días y tener que fingir que entre ellos algo podía tener arreglo, eso ya nunca más podría suceder.

Cada vez que Víctor intentaba divorciarse de ella, Amanda se las apañaba para que su hija lo llamara y le pidiera entre sollozos que volviera a casa porque no podía estar sin su «papaíto», como le decía cuando era pequeña. La primera vez que lo hizo, Raquel apenas tenía cuatro años y sus lloros y esa vocecita tan infantil diciéndole: «Papaíto, por favor, vuelve a casa, te echo muchísimo, pero muchísimo de menos. Si no vuelves, voy a morir de tristeza».

Esas palabras hicieron que Víctor corriera a su casa y olvidara por primera vez el asunto del divorcio, después de eso, ya nunca tuvo escapatoria, pues Amanda volvía a utilizar a su hija para conseguir que regresara a casa y, aunque los primeros días él dormía en la habitación de invitados, ella acababa seduciéndolo y consiguiendo que volviera de nuevo a su dormitorio.

Entonces todo había cambiado y Víctor había decidido que nunca más volvería con esa mentirosa, ni aunque su hija lo llamara y le dijera que se moría de pena, aunque también sabía que después de todo lo que había ocurrido en su casa Raquel nunca más lo llamaría pidiendo clemencia por su madre, ya que ella parecía igual o más disgustada que él al saber la verdad.

Como siempre, Ángel estaba a su lado en los momentos más difíciles, por eso cuando Víctor le había llamado y le había dicho que si necesitaba algo tendría que localizarlo en el hotel, Ángel había acudido enseguida para apoyarlo en cualquier cosa que necesitara.

—Tío, no me puedo imaginar la que se ha debido de montar en tu casa con todo lo que me acabas de contar. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Lo que debí hacer hace mucho tiempo, divorciarme de esa puta mentirosa.

—Pues sí, eso sería lo primero que haría yo.

—No digas tonterías, tú llevas más de veinte años casado con una mujer a la que no quieres y, sin embargo, nunca te has planteado el divorcio.

—Lo mío es distinto, nunca me ha surgido nada mejor y no me gusta estar solo.

—¡Aaahh! Entonces estás casado con Berta porque no tienes nada mejor que hacer.

—Más o menos, pero no quiero hablar de mí. Cuéntame qué vas a hacer con Samanta.

—¿A qué te refieres?

—No disimules conmigo, sé que esa chica siempre ha sido como una espina clavada en tu corazón, y pude observar cómo te la comías con la mirada el otro día en los vestuarios.

—No te lo voy a negar, Samanta fue la única chica que de verdad dejó huella en mí, pero me odia y no hay nada que hacer, y para colmo de males está con César Moreno, su socio.

—Pero ya conoces el refrán ese que dice: «Del odio al amor solo hay un paso», y los dos sabemos que si tú quieres esa chica volvería a beber los vientos por ti, ¿qué mujer no lo haría?

—No seas exagerado.

—No soy exagerado, los dos sabemos que nunca has tenido problemas para ligarte a una tía e incluso podrías ligarte a los tíos si quisieras.

—No me jodas, tío.

—Está bien, lo siento, no debí decir eso.

—No, no debiste decirlo. ¿Sabes de algún tío que esté enamorado de mí?

—¡No, joder!

—Vaya, menos mal, me quitas un peso de encima.

—¿A estas alturas de tu vida eres un homófobo?

—No, no soy homófobo, pero no me sentiría cómodo sabiendo que un tío está enamorado de mí. ¿Y por qué estamos hablando de este tema?

—Pues no lo sé, tú lo has sacado.

—¡¿Yo?! Serás capullo, tú has sacado el tema.

—¿Yooo? ¡No! —Los dos se echaron a reír.

Justo en ese momento el móvil de Víctor empezó a sonar, al mirar la pantalla vio un número desconocido, pero igualmente lo cogió.

—¿Quién es?

—Soy Ricardo. —Víctor se quedó mudo al escuchar a su hijo—, Víctor… Víctor, ¿estás ahí?

—Sí…, sí, estoy aquí —consiguió decir al recuperarse de la impresión—. ¿Le pasa algo a mi hija? —Al ver que Ángel iba a hablar le mandó callar con una seña.

—No, tu hija está bien.

—¿Le ha pasado algo a tu madre?

—No, mi madre también está bien, solo te llamo porque necesito hablar contigo. ¿Estás en tu casa? ¿Podría pasar y hablamos?

—No, no estoy en casa, pero podríamos hablar igualmente. ¿Cuándo te viene bien?

—Si me dices dónde estás, voy para allá.

—Estoy en el hotel Meliá Plaza, está en la plaza del ayuntamiento, no tiene pérdida, cuando llegues pregunta por mí y bajaré.

—Está bien, no tardaré demasiado.

—¿Era tu hijo? —preguntó Ángel nada más colgar.

—Sí.

—¿Y qué quiere?

—Hablar conmigo.

—¿Ves?, yo tenía razón, cualquier muchacho estaría orgulloso de tenerte como padre.

—Pues él parecía estar más enfadado que orgulloso, no creo que se me tire en los brazos gritando papá.

—¿Por qué dices eso?

—Porque…

Una vez más el móvil volvió a interrumpirlos y una vez más el número era desconocido, sin estar muy seguro de que fuera el número de su hijo volvió a preguntar:

—¿Quién es?

—¿Víctor?

—¿Samanta?

—Sí, soy yo.

—¿Cómo has conseguido mi móvil? —mientras hablaba con ella le hacía señas a Ángel para que una vez más estuviera callado.

—Tu hija me lo ha dado.

—Ya. ¿Te pasa algo? Te noto la voz rara.

—Eso no importa ahora.

—¿Estás llorando?

—Te he dicho que no importa…

—Samanta…

—Víctor, déjame hablar, por favor —pidió desesperada.

—Está bien, ¿qué quieres?

—Mi hijo quiere hablar contigo.

—Lo sé, me acaba de llamar, está viniendo…

—No, no, no, no puedes recibirlo en tu casa, no debes hablar con él.

—Primero, no estoy en mi casa; segundo, si mi hijo quiere hablar conmigo voy a escucharle y, tercero, vas a decirme por qué estás llorando.

—Víctor, no quiero que hables con él… No… no quiero que os peleéis, no quiero que lleguéis a las manos.

—Samanta, por favor, tranquilízate, nunca me pelearía con mi hijo y mucho menos llegaría a las manos con él. ¿Qué está sucediendo?

—Ricardo quiere saber la verdad, quiere saber todo lo que ocurrió entre nosotros.

—¿Y por qué no se lo has contado?

—Por muchas razones, y quiero que me prometas que tú tampoco vas a hacerlo.

—No puedo prometerte eso, Samanta, además, creo que está en su derecho…

—¡No! Si se lo cuentas te odiará.

—Entonces será porque me lo merezco y, si lo hace, ¿qué te importa? Tú me odias, no creo que te duela que tu hijo también lo haga.

—Víctor, no quiero que mi hijo sepa que su madre fue una estúpida que se dejó engañar por un sinvergüenza, no quiero que sepa que fue concebido por una vulgar apuesta y mucho menos quiero que sepa que la primera vez que su madre se acostó con un hombre fue grabada para ser la burla, la distracción y el entretenimiento de unos enfermos que vete tú a saber cuántas veces visteis ese vídeo y la de cochinadas que hicisteis mientras lo mirabais…

—¡Joder, Samanta! Ese vídeo nunca existió, te lo dije…

—¿Y de verdad piensas que puedo creerte después de todo lo que me hiciste?

—Está bien, entiendo que no me creyeras, pero ahora somos personas adultas y te juro por mi hija que nunca llegué a grabar lo que ocurrió entre nosotros.

—Yo vi ese vídeo, Víctor. ¿Por qué sigues negándome que existe?

—¡Porque no existe!, ¿cómo quieres que te lo diga? Esa zorra solo te puso lo que quiso que vieras para separarte de mí.

—¿Sabes la de veces que, cuando me han mandado un *email* o un wasap preguntándome: «¿Has visto cómo sales en este vídeo?», he sentido terror de que fuera el mismo? Todos estos años me he atormentado creyendo que ese vídeo pudiera colgarse en internet y que todo el mundo pudiera verlo…

—Samanta…

—¡No! No quiero seguir hablando de eso, solo te voy a hacer una advertencia; si le cuentas a mi hijo lo que pasó jamás, escúchame bien, ¡jamás!, te lo perdonaré.

—¡Samanta… Samanta… Samanta!

Por más que gritara no hallaba respuesta, solo un piii al otro lado de la línea.

—Esa mujer siempre ha sabido ponerte de mala leche, ¿verdad?

—Ya no sé cómo hacerle entender que ese vídeo nunca existió.

—Entonces no lo hagas, nunca va a creerte.

—¡Joder!, es que necesito que me crea.

—¿Por qué?

—Porque lo necesito y punto.

—Después de tantos años vuelves a tener esperanzas con ella.

—Como bien has dicho antes, es una espinita que tengo clavada en el corazón y, después de tantos años, necesito arrancármela y curar esa herida.

—Pues te deseo suerte, ya que no te va a ser nada fácil.

—Lo sé.

De pronto le entró un wasap y los dos abandonaron la habitación, Ángel para volver a su casa, y Víctor para enfrentarse a su hijo y aclarar con él de una vez por todas ese asunto, con la esperanza de que pudiera perdonarlo al saber la verdad y que también pudiera hacer que su madre entrara en razón.

—Hola, hijo.

—Hola, Víctor.

Parecía que la cosa no empezaba mal, ya que no le había vuelto a decir que no le llamara hijo, como había hecho la primera vez al enterarse de que era su padre.

—¿Nos sentamos en una mesa? —preguntó Víctor.

—Sí.

—¿Quieres tomar algo?

—Una cerveza.

Los dos pidieron una cerveza y se acomodaron en la mesa.

—Y, bien, ¿de qué quieres hablar?

—Quiero saber qué pasó entre mi madre y tú, por más que se lo pregunto a ella no hay manera de que me lo cuente.

—Ricardo, tu madre me ha llamado y me ha suplicado, después me ha amenazado y, por último, me ha asegurado que si te lo cuento nunca me perdonará.

—Pero ¿por qué? No lo entiendo. ¿Tan grave fue lo que ocurrió? ¿Abusaste de ella? Porque si fue así…

—¡No, joder!, yo nunca haría algo así.

—Pues, no lo entiendo, nada puede ser tan grave como para mantenerlo en secreto de esa manera, a no ser que sea una violación.

—Hijo, yo no abusé de tu madre, ya te he dicho que jamás haría eso.

—Entonces cuéntame qué sucedió.

—Está bien, voy a hacerlo, solo te pido que seas un poco tolerante y que intentes comprendernos, tanto a mí como a tu madre. A tu madre porque cuando la conocí era una chica muy inocente e ingenua y todo lo que pasó debió de marcarla, por eso no quiere que lo sepas, porque después de tantos años aún sigue sintiendo vergüenza. Y a mí porque yo en esa época era un irresponsable y no sabía hasta dónde pueden llegar las consecuencias de una maldita apuesta.

—Está bien, lo intentaré, intentaré ser lo más comprensivo que pueda.

—Y te pido que no me interrumpas por más que te moleste todo lo que te esté contando, si no, no podré terminar de hacerlo.

—Está bien, estaré calladito, pero empieza de una maldita vez —pidió enfadado a punto de perder los nervios con tanto misterio.

Mientras Víctor le explicaba todo lo que había ocurrido, lo de la apuesta con sus amigos, cómo cameló a su madre, cómo la sedujo, cómo después Neus consiguió separarlos destrozando las

ilusiones de su madre y esa dulce inocencia, logrando que creyera que Víctor la había grabado mientras hacían el amor para luego burlarse de ella con sus amigos y, por último, la bronca que tuvieron la última vez que se vieron.

Mientras le contaba todo podía ver cómo su hijo se ponía tenso al imaginar por todo lo que su madre tuvo que pasar con toda esa historia y, sabía que después de contarle todo lo que había ocurrido, nunca más querría volver a saber nada de él, así que después de esa conversación podía olvidarse de que tenía un hijo. Lo había perdido hacía veinticuatro años sin saber que existía y volvía a perderlo entonces al contarle toda la verdad.

Cuando terminó de hablar, Ricardo seguía callado asimilando todo lo que su padre acababa de decir. Víctor, sin poder soportar más ese silencio, le habló con temor al no saber cómo reaccionaría:

—Dime algo, por favor, no te quedes tan callado, puedes preguntarme lo que quieras, contestaré cualquier duda que tengas y juro decirte solo la verdad, aunque después de todo lo que acabo de contarte sería absurdo mentirte, ¿no crees?

—¿Ese vídeo existe?

—No, nunca lo grabé. Cuando tu madre me dijo que me quería, detuve la grabación, lo que pasó esa noche en esa habitación fue lo más hermoso que he vivido con una mujer en toda mi vida y fue solo mío y de tu madre.

—¿Si no te hubiera dicho que te quería hubieras detenido esa grabación?

—Sí, al entrar en esa habitación y descubrir que lo que iba a suceder entre tu madre y yo no era un mete y saca, como hacía con todas, sabía que tenía la apuesta perdida.

—Entonces, ¿por qué pusiste la cámara en marcha si no tenías intención de grabarlo?

—Porque tenía que intentarlo, tenía que intentar que tu madre me dijera las palabras mágicas antes de desnudarla, ya que con eso tenía la apuesta ganada, y ella no sentiría ninguna humillación, ya que nunca nadie la vería desnuda, excepto yo. ¿Tú no lo intentarías para no tener que ir a la universidad toda una semana vestido de mujer? ¿Sabes lo que eso hubiera supuesto para mí?

—Yo jamás habría aceptado una apuesta tan descabellada. Ahora entiendo por qué mi madre siempre me ha insistido en no hacer apuestas y en respetar a las mujeres por encima de todo.

—Tu madre es una mujer muy inteligente.

—¿Llegaste a sentir algo por mi madre o simplemente fue un juego para ti?

—Tu madre ha sido la única mujer que se me ha colado tan profundo en el corazón que cuando la perdí supe que nunca más volvería a querer así.

—Entonces, ¿te enamoraste de ella?

—Sí.

—¿Y por qué no le pediste perdón?

—Lo intenté, pero no pude hacer nada, sabía que por más que le suplicara o intentara hacerla entrar en razón, con ese vídeo, era inútil. Ella nunca más volvería a confiar en mí, y jamás creería nada de lo que le dijera, eso me lo dejó bien claro cuando fui a verla después de firmar el contrato con el Pamesa Valencia.

—¿Te has arrepentido alguna vez de todo lo que hiciste?

—Me he arrepentido todos los días de mi vida, y no puedes imaginarte lo mucho que eché de menos a tu madre en aquella época. A veces pensaba que me iba a volver loco si no conseguía quitármela de la cabeza.

—No creo que te durara mucho la pena con todas esas animadoras que siempre rodean a los deportistas.

—Pues, aunque no te lo creas, estuve casi seis meses sin volver a interesarme por otra mujer, esperando una respuesta, una señal de ella. Cuando Ángel me dijo que tu madre no había vuelto el siguiente curso a la universidad me di por vencido y decidí olvidarla. Olvidar a tu madre ha sido lo más difícil que he hecho en toda mi vida.

—¿Por qué?

—Todo el mundo lo sabe, hijo, el primer amor cuesta mucho de olvidar y a veces nunca se logra. Y, por más chicas que pasaran por mi cama antes y después de tu madre, ella siempre ha sido y será mi primer amor. Eso sí, si alguien me pregunta si alguna vez he confesado esto a alguien lo negaré.

Ricardo sonrió al oír a su padre decir eso y después le fue imposible no hacerle las preguntas que lo atormentaron toda la vida:

—¿Sabías de mi existencia?

—No, hasta el otro día en mi casa.

—¿Qué hubieras hecho si hubieras sabido que ibas a tener un hijo?

—Luchar hasta desfallecer, arrastrarme, suplicarle, arrodillarme…, todo, lo hubiera intentado todo para que me perdonara y, si no lo hubiera logrado, habría exigido mis derechos como padre. Me hubiera encantado estar a tu lado, verte crecer y compartir todos esos momentos que un padre comparte con su hijo. Solo espero que no sea tarde y que me dejes recuperar el tiempo perdido, eso me haría muy feliz.

—Vayamos con calma, ¿vale? Nunca creí que tendría alguna vez la oportunidad de conocer a mi padre y ahora no sé cómo afrontarlo, y más después de toda esta historia.

—Tú marcas el ritmo, hijo, ¿puedo llamarte hijo? —Ricardo asintió con la cabeza—. Tú decides cuándo y dónde te apetece que quedemos y allí estaré.

—Gracias.

—Gracias a ti. ¿Crees que tu madre algún día podrá perdonarme?

—Puede ser, ha pasado mucho tiempo y teniéndome como aliado podríamos intentarlo.

—Me va a encantar ser tu aliado. —Sonrió Víctor levantando su copa y brindando con su hijo —. ¿Te gustaría estar a mi lado en el próximo partido?

—¿Quieres decir en el banquillo con los jugadores?

—Sí.

—¡Joder!, me encantaría.

—Bien, pues entonces tenemos nuestra primera cita padre e hijo.

—¡Guay! ¿Cuándo?

—La semana que viene, aquí, en casa.

—Perfecto. Y, ahora que lo pienso, ¿qué haces aquí?

—Le he pedido el divorcio a mi mujer y, como no quiero compartir nada con ella, me he instalado aquí hasta que se vaya de mi casa.

—Ya, lo siento.

—Pues yo no, hace muchos años que debí abandonar a esa arpía, y gracias a ti y a tu madre por fin lo he hecho.

—Pues me alegro por ti.

Los dos pasaron la tarde hablando y conociéndose un poco mejor, hasta que Ricardo decidió volver a casa y ver cómo estaba su madre, ya que no la había dejado nada bien al marcharse tan enfadado.

***

Cuando Ricardo llegó a su casa encontró a su madre en la cama, ya que después de la discusión que habían tenido antes de reunirse con Víctor, Samanta había vuelto a llorar y después se había tomado un calmante para poder dormir y olvidar, aunque solo fuera por un par de horas, todo lo que estaba sucediendo ese día tan desastroso y tan largo, lleno de disgustos y peleas.

Ricardo, al verla dormida, se tumbó a su lado y la abrazó; ella, al sentir su abrazo, se despertó y se acurrucó aún más en sus brazos.

—¿Cómo estás?

—Mal, no soporto que te enfades conmigo.

—No estoy enfadado, mamá.

—¿Has hablado con Víctor? —preguntó preocupada.

—Sí.

—¿Qué te ha contado?

—Todo.

—¡¿Todo?! Voy a matar a ese hombre, ¡lo odio! Y te juro que voy a matarlo.

—¿Por qué?

—Porque sí, porque no tenía ningún derecho a contártelo. Se lo pedí, se lo supliqué y, aun así, te lo ha contado.

—No le di otra opción. Y no entiendo por qué no querías que supiera la verdad.

—Porque me avergüenza que sepas lo que ocurrió, cómo ese hombre y sus amigos se burlaron de mí. Por esa misma razón él no debió contártelo.

—Ya te he dicho que no le di opción.

—Siempre hay una opción.

—No cuando le he acusado de violarte, después de eso me lo ha contado todo.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó espantada.

—¿Qué querías que creyera con tanto secretismo?, fue lo único que se me pasó por la cabeza. Y no entiendo por qué te avergonzaba que yo supiera la verdad.

—No es agradable confesarle a tu hijo que su madre fue tan tonta que se dejó embaucar, manipular y engañar por un sinvergüenza que lo único que buscaba era ganar una apuesta.

—Primero, tú no fuiste tonta, solo te enamoraste; segundo, él no te embaucó, se acercó a ti por un juego, sí, el cual se volvió en su contra, ya que acabó enamorándose de ti y después te perdió gracias a lo que había hecho; tercero, él no te manipuló porque todo lo que sintió por ti fue sincero y, cuarto, nunca te mintió, ese vídeo nunca se grabó.

—Así que ahora te pones a su favor, y le crees y le defiendes.

—No me pongo a favor de ninguno y, sí, creo todo lo que me ha contado porque sé que ha sido sincero. Cometió un gran error al aceptar esa apuesta, ya que nunca pudo imaginar que acabaría enamorándose de ti, perdiéndote y sintiéndose un miserable todos estos años por ser el causante de romperte el corazón y, de paso, perder a la única chica que de verdad ha significado algo para él.

—Después de tantos años sigue siendo un mentiroso y un embaucador, si es capaz con su palabrería de convencerte de que algún día estuvo enamorado de mí y de que ese vídeo no existió. Yo lo vi y lo hice con estos dos ojitos que Dios me ha dado —dijo señalándose los ojos —. Así que nunca voy a creer que ese hombre llegara a enamorarse de mí y que no grabara ese vídeo para complacer a sus amigos.

—Está bien, eres más terca que una mula y ya no quiero discutir contigo.

—Yo tampoco, olvidémonos de ese hombre y no volvamos a hablar de él.

—Mamá, quiero conocerlo, quiero mantener una relación con él, y te pido por favor que no me hagas elegir entre ninguno de los dos.

—¡Por Dios, hijo! Yo jamás te haría eso y entiendo que quieras mantener una relación con él, es tu padre y siempre quisiste conocerlo. Eso sí, no me pidas que yo tenga que entablar una amistad con él, ya que lo único que me apetece hacer cuando lo veo es asesinarlo.

—Qué bruta eres, mamá. —Se rio por las palabras de su madre—. Pues es una lástima.

—¿El qué?

—Después de hablar con él, y de ver cómo habla de ti, creo que él estaría muy dispuesto a intentar una segunda oportunidad contigo.

—No digas tonterías, entre ese hombre y yo nada puede volver a pasar. Por Dios, Ricardo, está casado. ¿Cómo puedes pensar algo así?

—Porque cuando habla de ti lo hace con melancolía, como si te extrañara.

—No digas tonterías.

—¡Ah!, y va a divorciarse.

—Sí, claro, no sé cuántas veces he leído ese titular en las revistas.

—Esta vez creo que va muy en serio, y no me extraña después de lo que esa mujer le ha hecho con Raquel.

—Esa mujer siempre consigue que él vuelva a su lado, y esta vez no será distinto.

—Ahí estás equivocada, Raquel no volverá a apoyar a su madre, y él siempre regresaba por Raquel, no por su esposa.

—Bueno, no me importa lo que hagan esos dos. ¿Vas a quedarte a cenar?

—Sí, esta noche soy todo tuyo.

—Bien, te he echado mucho de menos, cuando no estás me siento tan sola.

—Deberías buscarte una pareja, mamá, así no te sentirías sola cuando no estoy.

—No necesito a ningún hombre, los hombres solo te traen dolor de cabeza y te hacen daño. Me conformo con tenerte a mi lado cuando no estás con Raquel.

—Mamá, voy a pedirle a Raquel que se case conmigo.

—¡Biiieeen! —exclamó muy emocionada dándole un beso—. Es lo que debes hacer, tienes un hijo en camino y has de estar con ella.

—Lo sé, por eso te digo que debes buscarte una pareja. Cuando me vaya a vivir con Raquel, tú te vas a quedar muy sola.

—Más vale sola que mal acompañada —bromeó—. Cariño, no necesito un hombre a mi lado, nunca lo he necesitado y, aunque te cases y me quede sola, seguiré sin necesitarlo, estoy bien conmigo misma.

—¿Por qué nunca has tenido una relación? Eres preciosa, y cualquier hombre querría ligar contigo. ¿Por qué nunca has tenido un novio?

—Cuando decidí tenerte tú fuiste lo único importante en mi vida, y es difícil criar un hijo, sacarte una carrera, llevar una revista y encima tener tiempo para conquistas. Tuve que elegir y te elegí a ti y seguir estudiando, los chicos tampoco eran importantes para mí en esa época después de tu padre. Luego me volqué en mi trabajo y en ti, y nunca he tenido tiempo para complicarme la vida con una relación. No me arrepiento de las decisiones que he tomado en mi vida porque para mí lo más importante sois tú y mi trabajo, lo demás es irrelevante. Y ahora vamos a preparar la cena, ¿después te apetece cine y palomitas?

—Sabes que siempre me ha gustado acurrucarme contigo en el sofá para ver una peli y comer palomitas.

—Sí, el problema es que ahora soy yo la que se acurruca en ti, hace mucho tiempo que dejaste

de caber entre mis brazos.

Con esas palabras hizo reír a su hijo mientras se levantaban de la cama y se dirigían a la cocina para preparar la cena y pasar una noche juntos como siempre hacían cada vez que podían estar solos y disfrutar cada uno de la compañía del otro.



Capítulo 43

Dos días después Víctor la llamó a las nueve de la mañana nada más leer el artículo.

—Gracias, Samanta.

—¿Cómo has conseguido mi número?

—Tú me llamaste hace dos días para hablar de Ricardo, ¿recuerdas? Así que yo memoricé tu número.

—Sí, lo recuerdo, y también recuerdo pedirte que no le contaras nada y, sin embargo, lo hiciste.

—No tuve elección, no podía dejar que mi hijo pensara que había abusado de su madre. ¿Tú hubieras preferido eso?

—No. —Se asombró al estar de acuerdo con él—. Pero no necesitas darme las gracias, ya que si lo has leído atentamente te habrás dado cuenta de que en ningún momento te pido disculpas a ti, si no a mis lectores. Ellos son los que se merecían la disculpa, no tú, así que esta llamada no era necesaria.

—Samanta, quiero verte.

—¡¿Qué?! ¿Pa… pa… para qué?

Víctor sonrió al escucharla otra vez tartamudear por el mero hecho de decirle esas palabras.

—Necesitamos hablar de los chicos, van a tener un bebé y creo que lo más normal es que vivan juntos, ¿no te parece?

—Sí, pero no adelantes acontecimientos, mi hijo tiene pensado pedirle que se casen. Y ni se te ocurra abrir la boca, ¿te queda claro?

—Soy una tumba, aunque sé que a ti te gustaría que estuviera bajo ella. —Samanta no pudo evitar sonreír tras esa broma—. Quiero regalarles un piso y me gustaría que me aconsejaras.

—¿Vas a regalarles un piso? —preguntó incrédula.

—Sí. En algún sitio tendrán que vivir, ¿no?

—Víctor, eso… eso es demasiado.

—Puedo permitírmelo y quiero hacerlo. Nunca le he regalado nada a mi hijo y me gustaría hacerlo. Sería un buen regalo de bodas, ¿no crees?

—Sí, pero un poco exagerado.

—¿Qué me dices? ¿Me acompañas a buscar un piso para los chicos?

Después de una pausa bastante larga, por fin le contestó:

—No. Es tu regalo, hazlo tú solo o que te acompañe tu mujer.

—Acabo de pedirle el divorcio a Amanda, así que no creo que quiera acompañarme, más bien, esa sí me querrá ver bajo tierra.

—No digas tonterías, acabarás volviendo con ella, como siempre.

—No, esta vez es definitivo.

—¡Ja! Seguro que siempre era definitivo, ¿y cuánto os duraba?, menos de un mes. Adiós,

Víctor, estoy muy ocupada para tus tonterías.

Samanta colgó el móvil sin darle oportunidad de réplica y se sintió muy satisfecha por ello, pero inmediatamente el móvil volvió a sonar, al ver que se trataba del mismo número de antes rechazó la llamada e inmediatamente lo memorizó en la agenda para no volver a cogerlo, ya que sabía que viendo en la pantalla del móvil el nombre de Víctor no debía contestar. Aún no había terminado de grabar el número cuando le entró un wasap, al ver el nombre de Víctor no pudo evitar abrirlo y leerlo, pues la curiosidad era más grande que su razón, la cual le decía: «No leas ese mensaje, no entres en su juego».

Víctor
Te propongo un trato:
Si dentro de dos meses no he vuelto con mi esposa me acompañarás a ver pisos para los chicos.
¿OK?

Samanta
No.
¿De verdad crees que yo aceptaría cualquier apuesta contigo?
¿Estás loco?

Víctor
No es una apuesta, es un trato, preciosa.
Y, si tan segura estás de que voy a volver con Amanda, ¿por qué no te arriesgas?

Samanta
Porque no.

Víctor
¿Quieres que te confiese una cosa?

Samanta
No, necesariamente.

Víctor
Después de todo lo que sucedió nunca más he vuelto a apostar.

Samanta
Entonces algo bueno sacaste de esa estupidez.

Víctor
Te equivocas, saqué otras dos cosas buenas.

Samanta
¿Cuáles?

Víctor
La noche más mágica y bonita compartida con una mujer y un hijo maravilloso.

Samanta
Adiós, Víctor
Y no me molestes más, tengo mucho trabajo.

Víctor
Te dejo trabajar si aceptas mi trato.
Yo no entiendo de esas cosas necesito tu consejo.
Y como madre del novio no puedes negarte.

Samanta
Está bien, dentro de dos meses hablaremos de nuevo.
Ahora déjame trabajar.

Víctor
OK.
Que pases un buen día.

Sonrió al ver ese emoticono y al darse cuenta de eso volvió a maldecirlo, no soportaba que él le hiciera sentir bien, quería seguir sintiendo solamente odio hacia él.



Capítulo 44

Ese mismo lunes Pedro estaba en la universidad cuando le llamó su hermana, estaba a punto de salir para su casa, ya que hacía un buen rato que las clases habían terminado, pero él, como siempre, se había entretenido con unas chicas hablando. Al ver el número se alejó de ellas para contestar a la llamada.

—¡Hola, hermanita! ¿Qué quieres?

—Pedro, necesito que me hagas un favor y es muy urgente.

—Está bien, tranquilízate y dime qué necesitas.

—Tengo que terminar un encargo de última hora que me ha mandado mi jefe y no puedo acercarme al colegio a pinchar a tu sobrina. Podrías ir a casa, coger uno de los bolis de insulina, una aguja y llevarlos al colegio, y tiene que ser ya, hace diez minutos que debía haberla pinchado.

—Está bien, no te preocupes, salgo inmediatamente. ¿Cuánta cantidad de insulina tengo que ponerle?

—Veinte, ¿sabes cómo hacerlo?

—No, pero tampoco será tan difícil. ¿En el culo?

—No, en la barriga. De todas formas, dile a alguna chica del comedor que te ayude, ellas saben cómo hacerlo.

—Está bien, yo me encargo, tú no te preocupes, la niña estará en buenas manos.

—Sí, con su tío, en las mejores, de eso estoy segura.

—Hasta luego.

—Llámame si necesitas cualquier cosa.

—Lo haré.

Su hermana vivía en casa de su madre, era madre soltera, y él el único hombre de la casa, ya que su padre murió cuando era muy pequeño. Su madre tenía un bufete de abogados y, cómo no, Pedro estudiaba Derecho para unirse a ella cuando terminara la carrera, y así llevar el bufete que sus padres levantaron juntos. Pero, como a su hermana no le gustaba nada ese mundo, trabajaba en una pequeña tienda de trajes de novia, le gustaba mucho coser y disfrutaba haciendo trajes de novia para las demás, sabiendo que ella jamás se pondría uno.

Pedro puso el motor a toda velocidad, ya que sabía que una subida de azúcar era muy peligrosa para su sobrina, y por lo que su hermana le había contado ya debían haberla pinchado, así que necesitaba estar en el colegio en un tiempo récord. En menos de veinte minutos había llegado a casa, había cogido la insulina y se había presentado en el colegio de su sobrina.

Cuando le abrieron la puerta, y preguntó por ella, lo acompañaron hasta el comedor, una de las monitoras estaba con su sobrina, pues la niña empezaba a encontrarse mal y esta la tenía en brazos intentando que la pequeña se sintiera mejor.

—¡Ya está aquí la insulina de Vanesa! —exclamó la monitora al entrar con Pedro.

—¡Gracias a Dios! ¿Por qué han tardado tanto? —preguntó la otra monitora dándose la vuelta —. No se dan cuenta de que…

Las palabras se le cortaron en la garganta al terminar de volverse y ver a Pedro detrás de ella.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Pedro al verla acunar a su sobrina entre los brazos.

—Yo… yo trabajo aquí. ¿Y tú qué haces aquí?

—Es mi sobrina —contestó mirando a Vanesa—. ¿Cómo está?

—Pues mal, le está subiendo el azúcar. ¿Por qué has tardado tanto?

—He venido en cuanto mi hermana me ha llamado, ella ha tenido problemas en el trabajo.

—Está bien, no importa, tienes que pincharla, ¡ya!

—Está bien, pero no me pongas nervioso, nunca lo he hecho. De eso siempre se encargan mi hermana o mi madre. ¿Qué tengo que hacer? Mi hermana me ha dicho que vosotras me lo explicaríais.

—¿Quieres que lo haga yo? —le preguntó Rocío al verle tan nervioso.

—Pues me harías un gran favor.

—Trae, anda, coge tú a la niña.

—Hola, tío —le saludó su sobrina al cambiar de brazos.

—Hola, trasto. —Le dio un beso en la frente—. ¿Cómo está mi sobrina preferida?

—Mal, estoy muy cansada y mareada.

—Lo sé, cariño, pero verás que en cuanto Rocío te pinche te pondrás bien.

—Pero ella nunca me ha pinchado, siempre me pincha mamá o la abuela, ellas no me hacen daño.

—¡Ssshhh! Estoy seguro de que Rocío no va a hacerte daño, ya lo verás. Ni mamá ni la abuela han podido venir, así que solo nos queda Rocío, y tú quieres ponerte bien, ¿verdad?

—Sí.

—Perfecto, porque yo no quiero verte mal. —La besó de nuevo—. Así que debemos confiar en Rocío.

Mientras Rocío preparaba la inyección no podía dejar de observar a Pedro, no parecía la misma persona, ese donjuán pretencioso y vividor había desaparecido y en su lugar había un hombre tierno y cariñoso, preocupado por esa niña tan vulnerable que parecía adorar a su tío, y es que con esa manera tan increíblemente tierna con la que la trataba cualquiera acabaría adorándolo.

—Ya está todo preparado, ¿me vas a dejar que te pinche, tesoro?

—Sí, pero no me hagas daño, ¿vale?

—Te prometo que no te va a doler, confía en mí. —Rocío le levantó la camiseta y le puso el algodón con el alcohol y, antes de pincharla, le preguntó—: ¿Recuerdas la canción que cantamos ayer en el patio?

—Sí.

—¿Quieres cantarla conmigo?

—Vale.

Rocío empezó a cantarla, y la niña la siguió enseguida.

—«Debajo un botón, ton, ton, del señor Martín, tin, tin, había un ratón, ton, ton, hay que chiquitín, tin, tin. Hay que chiquitín, tin, tin, era aquel ratón, ton, ton, que encontró Martín, tin, tin, debajo un botón, ton, ton…».

Pedro no podía dejar de mirar a Rocío mientras cantaba con su sobrina para entretenerla y que no se diera cuenta de que estaba pinchándola, por más que la mirara no podía ver a esa chica dura, fría e insensible que siempre veía en ella, no. Esa vez esa chica era muy dulce y cariñosa y

cuando cantaba hacía caritas para hacer reír a su sobrina e incluso él no podía más que sonreír al ver esos gestos tan graciosos que le ponía a la niña.

—¡Bieeeen! —gritó Rocío al terminar la canción—. Te he pinchado y ni te has enterado, ¿has visto qué buena que soy?

—No me has hecho daño.

—Pues claro que no, te lo prometí.

—Gracias.

—De nada, tesoro. —Le dio un beso en la frente—. Ahora quédate quietecita y verás cómo enseguida te pones bien.

Rocío se levantó para guardar la insulina en la nevera y mientras recogía todo Pedro no podía dejar de mirarla, llevaba un delantal ancho, tanto por delante como por detrás, color naranja, anudado a los lados con una lazada amarillo chillón, con unos muñecos grabados en la tela, era muy alegre y divertido y, aunque las demás monitoras llevaran el mismo, a ninguna le quedaba tan bien como a ella. Debajo llevaba unos vaqueros ceñidos y unas zapatillas naranjas, como el delantal, el pelo lo llevaba sujeto con una coleta de caballo y parecía una cría.

A Pedro cada vez le gustaba más esa chica y no sabía si iba a tener la suficiente paciencia para intentar conquistarla o iría a por ella como hacía siempre con todas, sin andarse por las ramas. El problema era que sabía que con Rocío eso de aquí te pillo aquí te mato no iba a poder ser, así que tenía que escoger la primera opción y armarse de paciencia, ya que no estaba dispuesto a perderla antes de haberla conseguido.

Cuando Rocío regresó de dejar la insulina en la nevera, se puso en cuclillas delante de él y de Vanesa, la cual dormía plácidamente en los brazos de su tío.

—Dile a tu hermana que me quedo con este boli, por si volviera a ocurrir, tener uno de reserva aquí. Ya sé que ella nunca ha faltado un solo día, pero es mejor ser precavido, no quiero ni imaginarme qué hubiera pasado si hubieras llegado un poco más tarde. Estaba a punto de llevármela al ambulatorio cuando me ha dicho que empezaba a marearse.

—Bueno, ya todo ha pasado, y creo que lo mejor es que tengáis un boli aquí. No sé cómo a mi hermana no se le ha ocurrido dejar uno antes de que pasara esto.

—Tu sobrina no quiere que la pinche nada más que su madre, y hasta ahora nunca había faltado.

—Lo sé, en casa tampoco la puede pinchar nadie más, y cuando mi hermana no está aún se deja pinchar por mi madre, por eso yo nunca lo había hecho. Has tenido una idea genial al cantarle para que no se enterara del pinchazo.

—Estaba aterrada —confesó—, nunca en mi vida había pinchado a nadie y me daba miedo hacerle daño, pero, bueno, todos los días veo a tu hermana hacerlo y parecía fácil.

—Lo has hecho muy bien.

—Gracias.

—Gracias a ti por cuidarla tan bien.

—Es mi trabajo, me encanta, y a tu sobrina le tengo un cariño muy especial. Nunca podré entender por qué hay niños tan pequeños y tan inocentes, que no han hecho daño a nadie, cargando con una enfermedad de por vida, es injusto. Sobre todo, cuando hay tanto hijo de puta suelto por ahí que se merecería vivir de por vida con cualquier enfermedad que los dejara imposibilitados. Estas cosas me ponen de muy mala leche.

Pedro la miraba muy fijamente a los ojos sabiendo a qué hijo de puta se refería, y todo lo que Ricardo le había contado había vuelto a su mente en cuestión de segundos enfadándose mucho también.

—Tienes razón, si a mí me dejaran a uno de ellos en concreto le daría una muerte lenta y muy dolorosa.

Rocío lo miró muy extrañada, pues podía ver la furia en él.

—¿De quién hablas? —preguntó confusa.

—De nadie, dejemos ese tema, me pone de mal humor. Será mejor que me la lleve a casa, ¿verdad?

—Sí, creo que es mejor que te la lleves.

—¿Cuándo terminas de trabajar?

—Ya he terminado, los demás niños acaban de volver a sus clases.

—¿Podrías acompañarme? Sé que no me soportas y que lo que te estoy pidiendo es demasiado para ti, y más fuera de tu horario laboral, pero no quiero despertarla y no sé si podré llegar solo a casa sin tener que hacerlo.

—Me cambio y nos vamos, pero que conste que esto lo hago por tu sobrina.

—Lo sé, y te lo agradezco.

Cuando llegaron al coche Rocío se sentó detrás, y Pedro le pasó a la niña. Mientras conducía no podía evitar mirarla por el retrovisor y observar las muestras de cariño que le hacía a Vanesa, parecían salirle sin apenas darse cuenta. Sus dedos acariciaban con suavidad las cejas de la niña y seguían bajando hasta sus mejillas, pasando por su barbilla, para volver a empezar otra vez. Todo en ella era suave y delicado cuando acariciaba a su sobrina, y Pedro no podía más que desear esas caricias sobre su cuerpo, deseaba poder compartir con ella momentos íntimos y apasionados, era lo que más ansiaba. La voz de Rocío lo sacó de sus pensamientos.

—No pienses mal, si toco así a tu sobrina es para relajarla, una vez leí en una revista que a los bebés les relaja mucho que les toquen la cara.

—Pues en estos momentos me gustaría ser un bebé, ya que debe de ser muy agradable que a uno lo toquen así. —Rocío no pudo evitar sonreír al oírle decir eso.

—No creo que tú te conformaras con unas caricias tan simples.

—Después de cómo hemos empezado nuestra relación, con ese simple roce me sentiría el hombre más afortunado del mundo, nena.

—Estás muy tonto. —Se rio—. Y no necesitas mentirme, lo que he hecho por tu sobrina lo haría por todos mis niños.

—¿Trabajas por necesidad o porque te gustan los niños?

—Me encantan los niños y, bueno, este es el trabajo perfecto para ir preparándome cuando me saque la carrera, por eso lo hago.

—¿Qué estás estudiando?

—Quiero ser profesora de infantil.

—Creo que es el trabajo perfecto para ti, el problema es que con tanto niño igual cuando llegue la hora se te quitarán las ganas de tener tus propios hijos.

—No creo que eso llegara a pasar algún día, si por mí fuera los tendría ya, creo que cuanto más joven eres más ganas de criar tienes.

—¿Cuantos hijos te gustaría tener? —De repente vio cómo su semblante se puso muy triste.

—No creo que pueda tener nunca —contestó con tristeza.

—¿Por qué?

—Porque nunca voy a casarme.

—Eso no puedes saberlo…

—No quiero seguir hablando de esto, podríamos cambiar de tema, por favor.

—Sí, no hay ningún problema.

Pero de pronto era como si la conversación entre los dos se hubiera terminado, pues ella se había vuelto hacia la ventana con la mirada perdida, y él solo podía pensar en una cosa; en matar a ese hijo de puta, ya que sabía la razón por la que ella había dicho que nunca podría tener hijos, por la misma que ponía una barrera contra los hombres y se hacía la fría y desagradable, porque sabía que nunca podría confiar en otro hombre y mucho menos mantener una relación con ninguno después de lo que le había pasado.

Cuando llegaron a casa de Pedro acostaron a Vanesa en la cama.

—Ahora será mejor que me vaya —susurró Rocío nada más salir de la habitación.

—¿No vas a dejar que te invite a un café?, te debo uno después de cómo te has portado con mi sobrina.

—Ya te he dicho antes que esto forma parte de mi trabajo, nosotras estamos allí para cuidar de los niños.

—¿También acompañas a los otros padres a casa cuando tienen problemas con sus hijos?

—Pedro…

—Está bien, lo siento, pero me molestaría mucho que esto que acabas de hacer por mí lo hicieras con otros padres.

—¿Por qué?

—Es evidente, nena, me gustas y mucho. —Se acercó a ella acariciando su cara.

—Será mejor que me vaya.

—Quédate conmigo, tomemos un café y hablemos.

Su cuerpo se pegaba más al suyo, su pulgar no dejaba de acariciar su mejilla suavemente y sus ojos la penetraban sin piedad como si quisiera fundirse en ellos.

—No…, yo te… tengo que irme.

—Sabes que estás equivocada, ¿verdad?

—¿Qué? —preguntó extrañada por esas palabras.

—No necesitas a ningún hombre para tener hijos, no renuncies a tus sueños. Solo necesitarías un donante y, si quieres tener unos niños guapos y bien formados, yo estaría encantado de ser tu donante. —Con esas palabras la hizo sonreír.

—Estás muy orgulloso de ti mismo, ¿verdad?

—Sí. Aunque te puedo asegurar que si me dejaras hacerte el amor sería una experiencia muy agradable y apasionada, en una clínica todo es frío y desagradable.

Su voz, sus palabras, esa manera en que la miraba, cómo la acariciaba, cómo su cuerpo se pegaba poco a poco al suyo, todo en él estaba diseñado para provocar, y a ella parecía que le iba a provocar un ataque al corazón, pues el suyo latía con tanta fuerza que le costaba hasta respirar.

Pedro podía sentir cómo ella se desarmaba ante él y esa sensación le causaba una gran excitación y, como no podía seguir controlando tanto deseo, agachó la cabeza muy despacio, aun sabiendo que era demasiado pronto para intentar nada con ella, ya que si quería una relación primero debía ganarse su confianza o de lo contrario todo estaría perdido. El problema era que su cabeza podía razonar e intentar tener la paciencia suficiente hasta que llegara el momento perfecto, pero su cuerpo no, su cuerpo la deseaba y ¡la deseaba ya!

Cuando sus labios se encontraron una sensación muy agradable los envolvió y, sin poder evitarlo, él pasó las manos por su nuca agarrando su cabeza con fuerza y acercándola más a él se apoderó de su boca, su lengua buscó la suya y cuando la encontró sus caricias eran suaves, cálidas y expertas, tanto que la hicieron perder el control y, cuanto más se perdía ella, más exigente se volvía él, así que sin darse cuenta la aplastó contra la pared y sus besos se volvieron más firmes, al mismo tiempo que su cuerpo se pegaba más al suyo exigiéndole una respuesta con

unos movimientos de caderas muy excitantes.

Cuando Rocío sintió su boca apresada por la de él, la sorprendió esa sensación tan agradable, ya que nunca imaginó que un hombre pudiera darle ninguna clase de placer después de todo lo vivido, así que se dejó llevar por esa sensación porque le gustaba, le gustaba su pasión, sus caricias suaves y cálidas, pero cuando sintió cómo poco a poco esas caricias se volvían fuertes y exigentes, cómo su cuerpo quedaba aplastado entre él y la pared y cómo su erección chocaba contra su pelvis, el miedo empezó a apoderarse de ella y en lo único que podía pensar era en salir corriendo antes de que ese hombre le hiciera daño, así que puso las manos en su pecho, lo empujó con fuerza, y cuando consiguió separarse de él le dio una bofetada con todas sus ganas.

—¡Todos los tíos sois iguales!, ¡unos asquerosos que solo pensáis en una cosa! ¡No vuelvas a tocarme!, ¿te queda claro?, ¡porque si vuelves a hacerlo te denunciaré!

—Rocío, yo no…

Al oírla decir esas palabras sabía que cualquier contacto con un hombre para ella era motivo de denuncia, y cuando intentó acercarse a ella para poder darle una explicación fue inútil, ya que salió llorando de su casa.

—¡Eres un cerdo y te odio! —le gritó huyendo despavorida.

Cuando la vio marcharse de esa manera sabía que la había cagado, y una furia lo invadió maldiciéndose a sí mismo: «¡Eres un gilipollas!, sabías que tenías que ir despacio con ella, pero tú nada, ¡hala!, a por todas, como siempre. Esta vez la has cagado y no creo que puedas volver a acercarte a ella nunca más en tu vida o de lo contrario te denunciará, ¡capullo!».

Cuando escuchó a su sobrina llamándolo respiró profundamente un par de veces para calmarse y volvió con ella intentando olvidarse de Rocío, algo sumamente imposible, pues podía sentir por todo su cuerpo la sensación de seguir aún pegado a ella, y era muy agradable.



Capítulo 45

Ese viernes era el cumpleaños de Raquel y, además, se celebraba una competición muy importante de boxeo, se enfrentaban varios clubs y se jugaban el prestigio y la copa de campeones de sección. Dependiendo de cómo quedaran, el club conseguiría más o menos prestigio y categoría, y ningún gimnasio quería perder ese título. La competición se celebraba en el estadio del Pamesa Valencia, Víctor había movido unos cuantos hilos por petición de su hijo para montar un *ring*, y todos los clubs de boxeo, con sus mejores boxeadores y sus entrenadores, estaban allí.

La competición se jugaba entre los cuatro gimnasios más importantes de la ciudad, entre ellos el de Ricardo, y cada uno presentaba a su mejor boxeador de cada categoría, una de las dos era la suya, la de peso pesado, y no porque estuviera gordo, sino porque por su altura y su musculatura era uno de los mejores boxeadores y el más fuerte. En la categoría de peso medio estaba Pedro, aunque su cuerpo no tenía nada que envidiarle al de su amigo, ya que él era también todo músculo, por su altura se ponía un puesto más abajo y no es que fuera bajito, sino que Ricardo había sacado la misma altura que su padre, pero esa diferencia les venía muy bien, así nunca tenían que enfrentarse el uno al otro, a no ser que fuera porque les apeteciera entrenar juntos sin tener que golpearse demasiado fuerte, algo que sabían que no podrían hacer nunca en una competición.

Con la excusa de ese evento tan importante, y al ser el cumpleaños de Raquel, por primera vez desde que boxeaba Ricardo había convencido, tanto a ella como a su madre, para que fueran a verlo y así después poder celebrar el cumpleaños, también había invitado a César y a su padre, pues, después de que él los invitara a él y a Pedro en el último partido de baloncesto que habían jugado en casa, se sentía obligado a devolverle una invitación, aunque en el fondo le apetecía que lo viera boxear y, por supuesto, quería agradecerle que todo ese tinglado se celebrara allí. Lo que no tenía muy claro era cómo terminaría esa celebración con su padre y su madre juntos, igual una vez llegada a su fin su padre y su madre subirían al *ring* y acababan arreglando tanta indiferencia. Ángel se les había unido, y Rocío se había sentido obligada a ir por ser el cumpleaños de su amiga, el cual no se quería perder.

Todos tenían un sitio reservado en segunda fila y según iban apareciendo se iban saludando, los primeros en llegar habían sido Víctor y Ángel, después habían aparecido Raquel y Rocío, que nada más verse se habían saludado con mucho cariño. Víctor, cómo no, dando un gran abrazo a su hija.

—¡Hola, bichito, felicidades!

—Hola, papá, gracias. Estás muy guapo —lo piropeó con un beso y un abrazo.

Víctor llevaba un traje gris, camisa color vino, corbata negra y un abrigo negro que le sentaba de maravilla, pues se le veía muy elegante.

—Tú también estás muy guapa, bichito, este embarazo cada vez te sienta mejor. —Acarició su

barriga.

Raquel llevaba un vestido de lana rojo muy cortito, un abrigo gris tres cuartos, y estaba preciosa. Rocío también se había puesto muy elegante para el cumpleaños de su amiga, pues llevaba un vestido muy corto color chocolate, con unos dibujos muy bonitos en color caramelo, botas marrones y un tres cuartos de piel marrón.

—Hola, tío —saludó Raquel a Ángel—, tú también estás guapísimo.

Ángel iba más de *sport*, con unos vaqueros oscuros, un jersey azul y una cazadora de piel negra, pero también resultaba un hombre muy atractivo y elegante, era alto, moreno, bien formado y tenía unos ojos azules increíbles.

—Hola, preciosa, felicidades —le saludó con un beso.

Los dos saludaron a Rocío con mucho cariño también, ya que la conocían de toda la vida. Los cuatro se acomodaron en los asientos.

—Papá, espero que sepas comportarte y seas amable con la madre de Ricardo —le advirtió Raquel.

—¿Samanta va a venir? —preguntó sorprendido y complacido a la vez con esa noticia—. Pensé que no le gustaba el boxeo.

—Y no le gusta, pero, como yo, hoy ha hecho una excepción y ha venido a ver a su hijo, esto es importante para Ricardo, por eso estamos aquí. También por eso espero que hoy intentéis llevaros bien.

—No tengo ninguna intención de llevarme mal con ella, ella es la que no me aguanta.

—Pues entonces sé paciente porque por allí viene.

Cuando Víctor escuchó a su hija decir eso, se volvió para ver cómo Samanta se acercaba a ellos y estaba tan increíblemente bonita que incluso le costaba respirar, podía advertir cómo los hombres que dejaba a su paso se volvían para mirarla y eso le molestaba. Un fular colgaba de su cuello, azul, como el vestido con cuello de barca por debajo de las rodillas, bastante ceñido dibujando esa increíble silueta, y el abrigo que llevaba era de color negro, largo, hasta las pantorrillas, lo llevaba desabrochado, así que, cuando caminaba con paso firme y seguro, con esos tacones de vértigo de sus botas de piel también negras tan altas que casi terminaban donde empezaba el vestido, se movía con tanta gracia que llamaba la atención, por eso casi todas las miradas masculinas se posaban en ella en ese mismo momento mientras se dirigía hacia Víctor provocándole palpitaciones.

Sin embargo, en el mismo instante en que vio a César pasar su mano por la cintura de ella, las palpitaciones se convirtieron en taquicardias, pues solo deseaba una cosa; matar a ese gilipollas que, muy a su pesar, hacía una excelente pareja al lado de Samanta. César también estaba muy elegante con su traje chaqueta azul marino, la camisa rosa palo, corbata rosa chicle y ese abrigo negro que le daba un porte elegante y casi perfecto.

Nada más entrar Samanta empezó a maldecir.

—¡Mierda, mierda, mierda!

—Esa boca, cariño, no te queda nada bien decir esos tacos —bromeó César.

—¿Podrías llevarme a casa?

—Aaahh, ¡no!, quiero ver a los chicos boxear.

—César, por favor…

—¿Qué te ocurre? Para una vez que vienes, no vas a echarte atrás. Sé que es difícil para ti ver cómo golpean a tu hijo, pero se lo has prometido, y a Ricardo le hace mucha ilusión, además, no olvides que es el cumpleaños de Raquel y hay que celebrarlo. Que para eso nos hemos puesto tan elegantes, y Ricardo nos quiere a todos juntos esta noche.

—Pero no quiero estar cerca de él —explicó mirando a Víctor mientras se acercaban.

—¡Joder, Sam! Vas a tener que superar eso, vais a tener un nieto y, aunque no te guste, Víctor va a ser y será siempre su abuelo, así que levanta la cabeza, salúdalo con simpatía y demuéstrale que él ya no te importa, que has superado todo lo que ocurrió entre vosotros, que has pasado página y no le des el gusto de verte indecisa o vulnerable a su lado.

—Tienes razón, pero, eso sí, no te apartes de mi lado.

—Eso nunca, cariño —le aseguró pasando la mano por su cintura—. ¡Joder con el segundo entrenador!, está para comérselo.

—Tú nunca cambias. —Rio a carcajadas.

—Tengo buen gusto, me gustan los hombres guapos, y ese está como un queso. Aunque Víctor esta noche se sale, ese abrigo le hace parecer más grande de lo que ya es, y está tan *buenorro* que impone.

—Ya, ya basta, estás muy salido esta noche —le reprochó Samanta muerta de risa.

—Pues sí, hace tres semanas que no mojo, y esos dos hombres son irresistibles para mí, cariño.

—Eres incorregible —volvió a decirle Samanta riéndose a carcajadas justo llegando al lado de Víctor, escapándosele ese pequeño ronquidito tan especial en ella cada vez que se reía, así que Víctor, al escucharla, no pudo evitar esa sonrisa socarrona consiguiendo que Samanta dejara de reír y clavara su mirada en él.

Acercándose a ella, le dio dos besos dejándola pasmada.

—Hola, estás preciosa. —Ese piropo consiguió que Samanta se pusiera nerviosa.

—Hola…, conoces a César, ¿verdad? —Se arrimó a su amigo para no estar tan cerca de Víctor.

—Sí —contestó Víctor muy serio mirándolo con cara de pocos amigos.

—Hola, Víctor —le saludó César ofreciéndole la mano—. Creo que debemos olvidar nuestras diferencias, aunque sea por los chicos, ¿no crees?

—Creo que sí —cedió Víctor, aceptando su mano y su propuesta.

—¿No vas a presentarme a tu amigo? —preguntó César mirando a Ángel con mucho descaro de arriba abajo.

—Sabes perfectamente quién es, habéis escrito muchas veces sobre nosotros en vuestra revista.

—Sí, pero nunca hemos sido presentados formalmente.

—Está bien. —Mirando a su amigo los presentó—: Ángel, este es César, socio y pareja de Samanta.

—Samanta y yo no somos… —Las palabras se le cortaron en la garganta al sentir el tacón de Samanta clavándose en su dedo gordo del pie y gritó—: ¡Joder, Sam!

—Lo siento, no quería pisarte, ha sido sin querer. Ven, vamos a ver a las chicas.

Con esa excusa pasó por el lado de Víctor saludando a Ángel y, mientras saludaba a Raquel y a Rocío, las empujaba hasta los otros dos asientos que había reservado Ricardo para sentarse lo más alejada posible de Víctor.

—Te has pasado tres pueblos, casi me rompes el dedo —se quejó César.

—Y a ti cómo se te ocurre decir que no somos pareja, si no llego a hacerlo la hubieras cagado.

—Sam, ¿te das cuenta de que me estás arruinando una increíble oportunidad con ese tío tan bueno?

—¿Con Ángel?

—Sí, con Ángel, ya que Víctor es un imposible y ¿has visto cómo me miraba? Estás

poniéndome en peligro, ya que ese hombre parece querer matarme simplemente por ser tu pareja.

—No digas tonterías.

—No digo tonterías. Sabes que no se me escapa una.

—¡Ja! Pues estás perdiendo ese don; primero, porque Víctor no siente nada por mí, bueno, sí, debe de odiarme tanto como yo a él y, segundo, porque ya te dije una vez que Ángel es tan hetero como Víctor.

—Eso es lo que tú te crees, bonita, reconozco una mirada de deseo en un hombre, y ese de ahí me ha mirado con ganas de arrancarme la ropa a bocados, igual que yo a él. Y, por cierto, Víctor te miraba igual a ti, aunque no quieras darte cuenta.

—Estás loco y deberías buscar pareja inmediatamente, ya que las ganas te hacen ver fantasmas, Ángel no es gay.

—Eso ya lo veremos. Y el problema de que no encuentre pareja eres tú, ya que tengo que fingir ser tu novio.

—Qué exagerado, para una vez que te pido algo así. Ahora voy a ser yo quien te impida ligar.

—Anda, calla, que ya empieza.

—¡Oh, Dios mío!, no sé si voy a poder ver cómo golpean a mi hijo, igual me entran ganas de bajar y liarme a hostias con el que se atreva a tocarlo.

—Anda, cállate, esta noche debiste dejar a esa madre súper protectora en casa.

—No puedo, lo que no debí hacer fue venir.

***

El árbitro empezó a presentar la celebración, y todas las mujeres empezaron a ponerse nerviosas, Raquel y Samanta sufrían al pensar en Ricardo y no saber si podrían soportar ver cómo lo golpeaban. Rocío, sin embargo, estaba enfadada, alterada y muy nerviosa. Enfadada consigo misma por haber ido a ver esa competición, ya que no le apetecía nada volver a ver a Pedro, aunque no pudiera olvidar lo que había pasado entre ellos, pero lo que más la indignaba era que desde que él le diera ese beso ella no había podido dejar de pensar en él en toda la semana. Alterada porque no sabía cómo iba a poder reaccionar al estar cerca de él de nuevo, pues no estaba segura de saber si tendría ganas de abofetearlo otra vez o se moriría de ganas de que él volviera a tomarla entre sus brazos y la besara. Y muy nerviosa porque solo una cosa tenía clara, no podría soportar ver cómo otro hombre lo golpeaba, ella podía abofetearlo si él se pasaba, pero que lo machacaran en el *ring* no le hacía ni pizca de gracia, eso sí que lo tenía claro, por eso se repetía una y otra vez que no debió ir.

La competición había empezado y las primeras en pelear eran las categorías más bajas, como el peso pluma, según terminaba iban subiendo, hasta llegar a la de Pedro. Cuando el árbitro presentó a los dos boxeadores que iban a luchar, Rocío respiró tranquila, pues el nombre de Pedro no había sido pronunciado. Cuando terminó esa pelea, y empezó la otra, sí le tocaba el turno a él y a otro competidor y, justo en ese momento, a Rocío se le hizo un nudo en el estómago.

Cuando los dos boxeadores empezaron a bailar en el *ring*, los nervios de ella aumentaban por momentos; primero por miedo y luego por admiración, ya que no podía dejar de observar a Pedro, maravillada. Llevaba un pantalón corto negro y su cuerpo era increíble, era todo fibra y músculo, y ella parecía hechizada persiguiéndolo con la mirada por ese *ring*.

Dio un brinco, asustada, cuando el otro boxeador lanzó su primer derechazo contra él, pero este lo esquivó sin complicaciones e inmediatamente soltó uno contra su contrincante dándole en

la mandíbula y dejándolo un poco atontado. Seguidamente, volvió a atacarlo con otro derechazo en las costillas dejándolo sin aliento, y cuando sonó la campana cada uno volvió a su rincón. El entrenador le daba agua y le aconsejaba cómo tenía que atacar a su contrincante.

—Vamos, tío, lo estás haciendo muy bien, ese es pan comido —le animaba al mismo tiempo Ricardo—. Así que acaba con él y reserva fuerzas, el otro es un poco más complicado.

—¿Ha venido Rocío?

—Olvídate de Rocío ahora y céntrate.

—¿Ha venido? —volvió a insistir.

—Sí, ha venido, reservé asientos en la segunda fila a la derecha, ¿los ves?

Pedro miró hacia las gradas y vio a Rocío más bonita que nunca, pero parecía preocupada, pues lo miraba como asustada, así que decidió en ese mismo instante probar hasta dónde llegaban sus sentimientos hacia él.

Cuando la campana volvió a sonar, Pedro volvió a salir al *ring* y su contrincante no le duró ni medio asalto. Después de un pequeño descanso, volvió a salir, pero esa vez era con el otro contrincante que había ganado el primer combate. Puesto que la competición se debatía entre cuatro gimnasios, había tres combates por categoría, en los dos primeros se eliminaban a los participantes que perdían y, en el último, los dos participantes que ganaban luchaban por la victoria final.

Cuando la campana sonó, dando comienzo al último combate, el boxeador que se enfrentaba contra Pedro salió a por todas y con el primer derechazo lo lanzó al suelo con un fuerte puñetazo en la boca. Rocío se quedó sin respiración viéndolo caer y no pudo evitar gritar asustada y taparse los ojos.

—Vamos, tranquila, se ha levantado, no ha sido nada —la tranquilizó Raquel.

—¡Que no ha sido nada! ¡Oh, Dios mío! ¡Eso le ha tenido que doler y mucho!

—Seguro que sí, pero ha vuelto otra vez a levantarse.

Rocío volvió a mirar al *ring* y, cuando vio cómo de nuevo golpeaba a Pedro en el costado y este se dobló por el dolor, el nudo en la garganta no la dejaba respirar, pero justo en ese momento la campana sonó otra vez, y Pedro regresó a su rincón.

—No creo que pueda seguir viendo esto —sentenció Rocío muy angustiada.

—Pensé que no lo soportabas, ¿qué más te da que le zurren? —preguntó Raquel divertida.

—Yo también creí que no lo soportaba, pero si alguien tiene que zurrarle prefiero ser yo. —Al oírla, Raquel no pudo evitar reírse a carcajadas.

—¿Por qué no te olvidas de tus miedos y le das una oportunidad a ese chico?, le conozco y es un buen tío. Seguro que te haría feliz.

—Sí, hasta que encontrara a otra que le interesara más que yo.

—Todo donjuán tiene su doña Inés, ya te lo dije el otro día, y cuando la encuentra se corta la coleta para siempre. Tú podrías ser esa doña Inés y, si no fuera así, pues que te quiten lo *bailao*.

—Sabes que yo no podría…

—Tienes que olvidar todo lo que pasó y empezar a vivir, tienes toda una vida por delante, aprovéchala. Eres muy joven para enterrarte en vida, no sé cuántas veces más quieres que te lo diga. Además, te conozco, Pedro te gusta y mucho. Sé que si dejas pasar esta oportunidad te vas arrepentir el resto de tu vida. Podría ser que mañana apareciera otra doña Inés, que no tuviera miedo a comprometerse, y tú volverías a ser invisible para él. Piénsalo, no va a estar esperándote toda la vida, y fíjate en la cantidad de chicas que le están tirando los trastos. Espabila, amiga.

Rocío miró a su alrededor y se dio cuenta de cómo muchas de las chicas no dejaban de vitorearlo y piropearlo cuando Pedro se levantó al sonar de nuevo la campana anunciando la

vuelta al *ring*. Rocío volvió a ponerse nerviosa, por el combate y por todas esas mujeres que parecían querer comérselo con la mirada.

***

Mientras, en el rincón del *ring*, Ricardo le preguntaba a Pedro:

—¿Qué coño te pasa? Te está dando por todos los sitios.

—Solo estoy probándolo.

—¿Probándolo? —preguntó Ricardo sorprendido.

—Sí, ahora conozco el punto flaco de ese gilipollas y acabo de darme cuenta de que no le soy tan indiferente a Rocío como quiere hacerme creer.

—¿Acabas de dejarte pegar por esa bestia para saber qué siente Rocío?

—Sí.

—Eres un capullo. Anda, sal ahí y termina con ese gilipollas, no perdamos la copa.

—Sabes tan bien como yo que esa copa es nuestra, y ahora mismo voy a demostrártelo, pero antes necesito un favor.

—¿Qué quieres?

Justo cuando terminó de pedirle el favor a Ricardo, la campana volvió a sonar.

—Voy a acabar con ese capullo —aseguró con una sonrisa colocándose bien el protector en la boca.

Esa vez Pedro salía a por todas y después de tres derechazos en las costillas y esquivar los ataques de su contrincante, justo en el último segundo, le dio un derechazo en la mandíbula dejando KO a su rival. Todos empezaron a aplaudir, incluso Rocío se levantó de su asiento y aplaudió emocionada al ver que Pedro salía vivo de allí, cosa que creyó bastante imposible por cómo había comenzado el combate.

Nada más bajar del *ring*, Pedro se fue a los vestuarios, mientras hacían un pequeño descanso.

—Ha estado increíble, ¿verdad? —decía Rocío a Raquel aún emocionada.

—Pensé que no te gustaba.

—Al principio no, pero después en el otro asalto cuando Pedro ha salido como un miura y ha machacado a ese tío me he emocionado, la verdad. ¿Crees que estará bien? —preguntó preocupada.

—No lo sé, ¿quieres que lo comprobemos?

—¿Cómo?

—Podríamos preguntarle a Ricardo.

—¡Aaay, no!, me da mucha vergüenza.

—¿De verdad no sientes curiosidad por saber cómo está? Al pobrecito se lo han llevado bastante machacado, ¿no crees? —Raquel exageró, picándola para ponerla más nerviosa y que así tuviera ganas de correr a su lado.

—No sé.

—Mira, Ricardo se acerca y no trae buena cara, igual Pedro está mal. —Volvió a pincharla.

—No fastidies.

—Hola, chicas —saludó Ricardo al llegar a su lado.

—Hola, guapo —le devolvió el saludo dándole un beso, después le preguntó—: ¿Cómo esta Pedro?

—Muy dolorido.

—¿Está muy mal? —se interesó Rocío, nerviosa.

—¿Quieres verlo?

—¿Puedo?

—Conmigo tienes pase vip, guapa, y estoy seguro de que cuando Pedro te vea sus dolores desaparecerán.

—Vamos, ve a verlo —la animó Raquel.

—Ven, acompáñame.

Se moría de ganas de saber cómo estaba y más después de que Ricardo le dijera que estaba dolorido, así que respiró profundamente y se levantó del asiento dejando su chaqueta allí, sabiendo que esa decisión era definitiva, ya que cuando Pedro la viera se daría cuenta de que estaba loca por él, pero ella haría un esfuerzo para disimular sus sentimientos, por supuesto, se decía a sí misma andando hacia los vestuarios.

Cuando Ricardo abrió la puerta del vestuario, Rocío dio una gran exhalación, pues ver a Pedro con unas gasas en la boca llenas de sangre la dejaron muy sorprendida, quedándose paralizada, lo miró sin poder dar un paso más. Cuando él levantó la cabeza y la vio, no pudo evitar mirarla de arriba abajo, pues estaba muy bonita con ese vestido que llevaba.

—Te traigo una visita —anunció Ricardo cortando el silencio.

—¿Podéis dejarnos solos? —les pidió Pedro a su amigo y al médico que lo atendía y que le estaba colocando una bolsa de hielo en el costado.

—¿Sigues sangrando? —preguntó el médico antes de marcharse.

—No. —Pedro escupió el último enjuague que acababa de hacerse en la boca en una palancana—. Ya no sangra.

—Vale, no olvides apretar la bolsa de hielo para bajar esa inflamación.

—Sí, tranquilo.

—Voy a ver cómo va la cosa. —Ricardo, saliendo por la puerta, los dejó solos.

Pedro seguía sentado en la camilla, y Rocío no se había movido del sitio, solo lo observaba como si quisiera curarlo con la mirada, pues sus ojos iban del labio todo hinchado y amoratado a las costillas donde Pedro sujetaba la bolsa de hielo.

—¿Vas a quedarte ahí todo el rato o vas a acercarte y así evitar que sea yo el que se levante?

—Yo… yo…

—Vamos, nena, acércate.

Rocío, al oírle, se acercó a él muy despacio y cuando llegó a su lado le preguntó con un hilo de voz:

—¿Cómo estás? ¿Te duele? —Le acarició el labio con la yema de los dedos.

—Un poco, pero ahora que estás aquí ya casi ni lo siento. —Pedro la cogió por la cintura y la acercó hacia él, pegándola a la camilla colándola entre sus piernas—. Han valido la pena estos golpes si con ellos eres capaz de acercarte a mí sin tener que perseguirte.

—No te confundas, yo no…

Mientras hablaba intentaba alejarse de él, pero él, apretándola con más fuerza, consiguió retenerla a su lado, el esfuerzo le hizo gemir de dolor por el golpe en las costillas, consiguiendo enmudecerla al oír su quejido.

—¡Aaauuu!

—¡Mierda!, te he hecho daño.

—No importa, no es nada.

—Déjame ver…

—No te preocupes, no es…

—Déjame verlo, por favor.

Pedro la soltó y se quitó la bolsa de hielo del costado, cuando Rocío vio el rodal que tenía en las costillas todo colorado, y cómo empezaba a oscurecerse, los ojos empezaron a llenársele de lágrimas.

—No es nada, casi no duele —le habló intentando tranquilizarla, pero encantado al mismo tiempo al observar su reacción.

—No, claro, por eso te has quejado, ¿verdad? Porque no duele. Estás loco. Si necesitas que alguien te pegue, yo podría hacerlo gustosamente, y no tendrías que subir ahí arriba a que te partan la crisma.

Pedro la miraba sonriendo al verla tan enfadada por ese golpe en sus costillas y se moría de ganas de besarla por ese cambio en ella tan radical.

—¿Crees que podría besarte sin correr el riesgo de que me pegaras? Hoy no estoy para más palos y me muero de ganas de hacerlo, nena, creo que si no te beso ahora mismo podría morir. —Rocío, al oírle decir esas palabras y ver esa maravillosa sonrisa, se quedó muda. Él, al comprobar lo descolocada que se había quedado, no pudo evitar decirle—: Voy a acercarte muy lentamente hacia mí —mientras decía eso volvía a pasar la mano por su cintura para atraerla lentamente hacia él, tal y como le había dicho, al mismo tiempo que seguía hablando—: Si no quieres que te bese, aléjate de mí, pero no me pegues, ¿vale? Eso sí, si lo haces, nunca más volveré a molestarte, te lo juro.

Rocío, al oírle decir esas últimas palabras, recordó las de Raquel: «Tienes que olvidar todo lo que pasó y empezar a vivir, tienes toda una vida por delante, aprovéchala. Eres muy joven para enterrarte en vida». Y, justamente en ese momento, se dio cuenta de que no quería que él no volviera a molestarla, que quería sentir sus besos, sus abrazos y que si perdía esa oportunidad sería ella la que moriría de pena y se arrepentiría toda la vida, tal y como le había dicho Raquel, así que se dejó arrastrar. Cuando sintió los labios de él sobre los suyos su cuerpo se estremeció, y sin darse cuenta sus manos se posaron sobre su pecho sintiendo una agradable sensación, pues percibir su cuerpo cálido y musculoso abrazándola con fuerza era tan excitante que le costaba respirar. Esa boca cálida y húmeda, esos labios ardientes y suaves y esa lengua que se apoderaba de la suya como un torbellino la volvían loca.

Pedro aún no podía creer que por fin ella se hubiera rendido y ese beso le sabía a miel, aunque le escocieran como nuevos puñetazos, ya que sus labios estaban doloridos, nunca le había costado tanto enamorar a una chica y por eso estaba disfrutando de ese beso como nunca antes lo había hecho. La deseaba tanto que era capaz de tumbarla en esa camilla y hacerle el amor como un loco, aun teniendo las costillas machacadas, pero sabía que no podía hacer eso, ya que no quería cagarla de nuevo, y por esa misma razón iba a hacer un esfuerzo muy grande y se iba a tomar las cosas con calma con ella, aunque no sabía cuánto podría esperar.

Cuando Pedro dejó de besarla, y la vio embriagada por sus besos, una sensación extraña lo envolvió y sabía que estaba perdido, ya que esa chica cada vez se le colaba más y más en el corazón.

Cuando Rocío abrió los ojos y lo miró inmediatamente volvió a acariciar su labio.

—Tiene que dolerte mucho, ¿verdad? —volvió a preguntarle preocupada.

—Puedo soportarlo, además, prefiero el dolor a tener que dejar de besarte. —Con otro beso la dejó extasiada.

—Pedro, yo… yo…, sé que te va a parecer ridículo lo que te voy a decir, pero necesito que vayamos despacio —le pidió avergonzada—, y si crees que no puedes hacerlo será mejor que lo dejemos ahora mismo.

Él sabía exactamente por qué le pedía eso y que era la única manera de seguir con ella, como

también que haría hasta lo imposible para ganarse su confianza, y que conseguiría que ella olvidara entre sus brazos todo lo que había sufrido, así que le habló con mucha ternura:

—Tú marcarás el ritmo, nena. Yo, por ahora, solo necesito que me dejes besarte y te puedo asegurar que, si me lo permites, serás tú la que necesite cada vez un poco más y más revoluciones —bromeó haciéndola reír.

—Puede que tengas razón.

Esa vez fue ella la que lo besó y mientras se besaban la puerta del vestuario se abrió y uno de los compañeros de Pedro apareció consiguiendo que se separaran bruscamente.

—¡Joder, macho! Tú eres capaz de tirarte a una tía aun estando lisiado.

—No te pases, Santi, que esta no es un lío, es mi novia. —Le guiñó un ojo a Rocío con una sonrisa de esas irresistibles que se gastaba, consiguiendo que le palpitara el corazón, por la sonrisa y las palabras.

—No sabía que tuvieras novia.

—Y no la tenía hasta ahora. —Volvió a mirar a Rocío dejándola pasmada por sus palabras.

—Pues me alegro por ti, es preciosa —citó admirándola y regalándole una sonrisa.

—Sí, lo sé, por eso no quiero que la mires así —le advirtió, sorprendiendo a Rocío.

—Ricardo me manda a avisarte, su combate está a punto de empezar.

—Sí, ya salimos. Me ayudas a ponerme el chándal —le preguntó a Rocío.

—Sí, claro.

Rocío le ayudó y cuando terminaron salieron para ver el combate de Ricardo.

***

El combate acababa de empezar y eran Raquel y Samanta las que estaban de los nervios, la pelea estaba bastante reñida, pues los dos finalistas eran muy buenos y como se jugaban la copa estaban dejando lo mejor de sí en ese *ring*. Cuando su adversario soltó con todas sus fuerzas un derechazo a Ricardo en la mandíbula tirándolo al suelo, Samanta gritó y se agarró con fuerza al brazo de César. Víctor, al oírla, no pudo evitar mirarla y le enfurecía verla tan aferrada a ese hombre, pero al mismo tiempo debía consolar a su hija que, al igual que Samanta, se aferraba al brazo de su padre escondiendo la cabeza en su hombro, pues no soportaba ver cómo pegaban a Ricardo.

—¡Ay, papá! Dime que está bien, que no me lo ha matado ese animal.

—No seas tonta, bichito, el boxeo es un deporte muy seguro y ningún boxeador muere en el *ring*. ¿Ves?, ya se ha levantado, además, es muy bueno y no creo que puedan derrotarlo. ¿No te has dado cuenta la maestría que tiene esquivando y sacudiendo con golpes muy precisos?

—No lo hará tan bien cuando casi le parten la cara.

—Bichito, por muy bueno que sea uno en este deporte, siempre ha de llevarse algún golpe, si no, no sería normal.

Cuando Ricardo volvió a atacar, Víctor no pudo dejar de mirar hacia el *ring* y en ese mismo instante sintió mucho orgullo por su hijo, ya que se movía y atacaba con mucha profesionalidad, daba gusto verlo bailar allí dentro. Cuando la campana sonó Ricardo fue a su rincón.

—Tío, será mejor que acabes con ese cuanto antes, Raquel no lo lleva muy bien —le advirtió Pedro en el rincón.

—¿Por qué dices eso? —Se preocupó mirando hacia las gradas a Raquel que seguía abrazada a su padre.

—Porque cuando ese capullo te ha tumbado casi le arranca a Víctor el brazo y en su estado no

está para sustos.

—Tienes razón, voy a terminar cuanto antes con él. Por cierto, ¿todo bien con Rocío?

—Parece que sí, ya te dije que verme apaleado la ablandaría. Ahora se ha ido a consolar a tu chica.

—Pues me alegro.

—Vamos, campeón, acaba con él —le animó Pedro al sonar de nuevo la campana.

—Eso está hecho.

—Mira, como esto no acabe ya y ese hombre vuelva a golpear así a mi hijo, te juro que bajaré y de una patada en el culo lo sacaré fuera del *ring* —dijo Samanta enfadada haciendo reír a César.

—Tranquilízate, cariño, ya sé que es duro ver cómo le pegan, pero yo estoy harto de ver a tu hijo boxear y ese no le dura un segundo asalto.

—¿Tú has visto a mi hijo boxear antes?

—Siempre que puedo y me encanta. Ya sabes lo mucho que me ponen los tíos en ropa interior. Y no me mires así, no hablo por mi sobrino ni por Pedro que, como aquel que dice, los he criado, pero los otros están muy buenos, con tanto músculo y esa juventud son admirables, ¿no crees?

—¡Ay, Dios mío! Si no te conociera diría que eres un pervertido. —Se rio Samanta.

—¿Por qué? No es ningún delito mirar. Aunque solo hago eso, recrearme la vista, hace mucho que dejé de ligarme a jovencitos, esos solo te traen problemas.

—Menos mal, ya me estabas asustando.

—¡Qué tonta eres! —Se rio.

—¡Ay, Dios mío! Ya empieza otra vez —exclamó Samanta al oír la campana de nuevo.

Cuando Ricardo volvió a salir al *ring* estaba decidido a terminar cuanto antes para que Raquel no tuviera que seguir padeciendo, así que abalanzándose contra su contrincante lo golpeó lanzándolo contra las cuerdas y una vez lo tuvo arrinconado empezó a golpearle con ganas; derecha, izquierda, derecha, izquierda, y cuando vio que al otro le faltaba el aire le dio un derechazo con todas sus fuerzas en el pómulo dejándolo KO.

Todo el polideportivo se levantó del asiento y gritaron su nombre, Raquel, muy emocionada, se abrazó a su padre.

—¿Ves?, te dije que era bueno. —Víctor le devolvió el abrazo.

—Puedes sentirte orgulloso de él, ha sido una de las mejores peleas que he visto —indicó Ángel muy alterado aún por la tensión del momento.

—Pues sí, me siento muy orgulloso.

—Yo también —comentó Raquel emocionada.

Cuando terminaron de repartir las copas y medallas, todos bajaron para felicitarles e inmediatamente se armó un revuelo cuando uno de los amigos de Ricardo reconoció a Víctor.

—Enhorabuena, campeón. —Víctor abrazó a su hijo.

—Gracias, papá.

De repente, todos se quedaron en silencio mirándose unos a otros por lo que Ricardo acababa de decir, ya que era la primera vez que lo llamaba así, hasta que Pedro, con esa gracia que lo caracterizaba, soltó:

—Bueno, ¿qué pasa?, es su padre, ¿no?, tiene todo el derecho a llamarlo así.

—¡¿Tu padre es Víctor Delgado?! —gritó uno de sus compañeros de gimnasio llamando la atención de los demás—. Eh, tíos, ¡venid! ¡El padre de Ricardo es Víctor Delgado! ¿Por qué no nos lo habías dicho nunca?

Todos empezaron a acudir y de repente Víctor ya no pudo seguir pasando desapercibido como

había hecho hasta entonces, así que, acostumbrado a que la gente lo avasallara y le pidiera autógrafos, se llenó de paciencia y se puso a saludar y a firmar a todos aquellos que querían uno, incluso a los de los gimnasios rivales.

Samanta, cómo no, ya estaba pensando en el artículo de su siguiente edición, pero esa vez no iba a ser atacante, sino más bien todo lo contrario, al ver a Víctor tan amable y paciente con todos los que le pedían fotos y autógrafos, en especial con los niños.

Cuando por fin todo se tranquilizó y, mientras Ricardo y Pedro se duchaban y cambiaban para irse todos a cenar, Víctor aprovechó para acercarse a Samanta, ya que César hablaba con el entrenador y en todo el tiempo no se había separado de ella, así que esa era su única oportunidad.

—¿Te molesta que Ricardo me llame papá? —le preguntó pillándola desprevenida.

—A estas alturas, ¿por qué habría de molestarme? Ya nada se puede hacer y eres su padre, y si él quiere llamarte papá yo no se lo voy a impedir.

—Gracias, y enhorabuena a ti también.

—A mí, ¿por qué? —Se sorprendió por esa felicitación.

—Por haber conseguido tú sola criar a un hijo tan increíble, puedes estar orgullosa de él.

—Lo estoy y ahora, si me disculpas, he de volver con César.

—César está ocupado y no te echa de menos.

—Pero yo a él sí.

—Samanta…

—Que te hayas ganado a tu hijo no quiere decir que tú y yo tengamos que llevarnos bien.

—Pero…

—No, no hay peros, esta noche voy a compartir mesa contigo por los chicos, sin embargo, esto no cambia nada, no quiero tratos contigo. Adiós, Víctor.

Sin darle opción a quejas, se fue con César y se abrazó a su cintura. César, impulsivamente, le devolvió el abrazo y le dio un beso en la frente como hacía siempre.

—¿Qué? ¿Cómo va eso con Samanta? —preguntó Ángel.

—Mal, como siempre.

—Deberías olvidarte de ella, ni siquiera sé por qué has vuelto a sentir algo por esa mujer.

—No lo sé, no lo puedo evitar. Solo sé que me muero de ganas de volver a estar con ella y que odio a ese hombre precisamente por eso, por estar con ella.

—Pues lo tienes claro, porque parece que entre ellos hay una relación muy buena.

Samanta no podía evitar mirar a Víctor, pero cada vez que intentaba hacerlo él estaba observándola, hiciera lo que hiciera y hablara con quien hablara, él no dejaba de hacerlo, así que al sentirse descubierta cada vez que se volvía hacia él esquivaba sus ojos con rapidez y se ponía cada vez más nerviosa al sentir su mirada persiguiéndola allá donde fuera.

Por fin salieron Ricardo y Pedro y, cómo no, ellos también estaban vestidos para la ocasión. Ricardo llevaba unos pantalones de pinzas negros, una camisa morada y una americana gris marengo, estaba muy guapo y elegante. Pedro, sin embargo, iba más de *sport*, pero nada tenía que envidiarle a los demás, pues estaba también muy guapo y elegante con unos vaqueros grises, un jersey de Pedro del Hierro verde botella y una cazadora de piel negra muy corta que resaltaba su increíble anatomía.

Nada más acercarse a Rocío, la cogió por la cintura y le dio un beso allí mismo con el que todos los observaron sorprendidos.

—No nos miréis así, acabamos de hacer público lo nuestro. Las entrevistas para más tarde, Samanta, por favor —bromeó Pedro haciéndolos reír.

—No seas tonto —protestó Rocío muerta de vergüenza al ser el blanco de todas las miradas.

Raquel, a su vez, se acercó a Ricardo para acariciar su barbilla.

—¿Estás bien? ¿Te duele mucho? —preguntó preocupada.

—Estoy bien, no te preocupes.

—Vale, pero nunca más, escúchame, nunca más, vuelvas a pedirme que venga a ver otro combate porque no creo que pueda hacerlo. Casi me da algo cuando ese animal te ha dado ese puñetazo y te ha tirado al suelo como a un saco de patatas.

—En eso te doy la razón —dijo Samanta—, no vuelvas a insistirnos para venir porque a la próxima acabaré en el cuartelillo, ya que solo tenía ganas de una cosa y era de bajar al *ring* y darle una paliza a ese chico por pegarle de esa manera a mi niño.

Todos se echaron a reír al escuchar a Samanta, hasta que Ángel soltó:

—Mujeres, siempre tan exageradas.

—¿Tienes hijos? —preguntó Samanta.

—No, no tengo hijos.

—Pues por eso mismo, si los tuvieras no dirías eso.

—Yo estoy con ellas. —Se unió Rocío—. No me esperes en otro combate porque no creo que soportara otra vez ver cómo te machacan.

—¿Por qué será que recordáis cómo nos han machacado y no cómo hemos dejado nosotros a nuestro rival? —bromeó Pedro una vez más haciéndolos reír.

—Eso seguro que lo recuerdan las madres y novias de esos pobres chicos que han quedado bastante peores que vosotros —bromeó Víctor esa vez, provocando otra ola de risas.

—Ahora será mejor que vayamos al restaurante, la mesa está reservada para las diez y media y solo faltan veinte minutos —les informó Ricardo consiguiendo que todos empezaran a caminar hacia la salida.

Antes de salir, Víctor lo llamó, y este se detuvo.

—Cuando me has llamado papá, ¿ha sido un impulso o porque así lo sientes?

—Lo siento, no quise…

—Hijo, no te disculpes, es lo mejor que me podía ocurrir últimamente, me encanta ser tu padre y me siento muy orgulloso de ti. Nunca creí que tú me aceptaras como tal, eso es lo que me ha sorprendido.

—¡Joder, papá!, eres Víctor Delgado y cualquiera estaría orgulloso de tener un padre como tú. —Con esas palabras le hizo reír—. Aunque quiero que sepas que no es por eso por lo que me gusta ser tu hijo, nos conocemos hace poco, pero me gusta estar contigo, hablar contigo. Y, sí, siempre necesité tener un padre y en el fondo he de dar gracias a esa apuesta porque creo que no podría tener uno mejor que tú. Eso sí, ni se te ocurra decirle esto a mamá porque me matará.

—Sí, creo que tu madre te mataría si te oyera. —Víctor se rio a carcajadas.

Se dieron un abrazo y se reunieron con los demás para ir al restaurante.

***

En el restaurante todo eran risas, bromas y mucha conversación unos con otros. Samanta se había sentado junto a César y lo más alejada posible de Víctor, así que habían acabado el uno frente al otro y se decía a sí misma que no sabía qué era peor; si tenerlo junto a ella y simplemente centrarse en la persona del otro lado y no hacerle caso o justo enfrente que no dejaba de mirarla y, cada vez que ella se reía haciendo ese pequeño ronquidito, él le sonreía consiguiendo casi que ella perdiera el hilo de la conversación, pues aún después de tantos años ella podía recordar las veces que él le había dicho que le encantaba ese ruidito que hacía al reírse

y parecía seguir siendo así, por cómo reaccionaba al escucharla hacerlo.

—¿Sabes que te estás poniendo en ridículo? —le advirtió Ángel a Víctor muy cabreado.

—¿Por qué?

—Porque, cuanto más la miras, ella más pasa de ti y más carantoñas le hace a ese gilipollas.

—No es cierto, conozco esa mirada y ella está nerviosa y precisamente por eso, porque me la estoy comiendo con los ojos.

—Haz lo que quieras, es inútil hacerte entrar en razón cuando se trata de esa mujer.

Ángel, queriendo que su amigo dejara de hacer el tonto comiéndose con los ojos a la mujer de otro, intentó sacarle información a Pedro, que estaba sentado a su lado, para después demostrarle a su amigo que no tenía nada que hacer con ella.

—¿Cuánto tiempo llevan César y Samanta juntos? ¿Alguna vez han pensado en casarse?, se les ve muy felices.

—¿César y Samanta?

—Sí.

—¿Crees que César y Samanta son pareja? —preguntó sorprendido Pedro.

—Es evidente, ¿no?

—La verdad es que tienes razón, podrían pasar por pareja. Pero ¿los has visto besarse?

—¿No son pareja? —Esa vez el sorprendido fue Ángel.

—Las parejas no se llevan tan bien, y yo no he visto nunca en mi vida una pareja que se lleve mejor que César y Samanta.

—Entonces, si no son pareja, ¿qué son? —preguntó Ángel mosqueado.

—Socios y los mejores amigos que te puedas encontrar, para que fueran pareja ella debería ser hombre, ¿me entiendes?

—¿César es gay?

—Sí, pero no se te ocurra decir que te lo he dicho yo. Aunque él no lo esconde porque no le importa que la gente lo sepa, pero tampoco lo va pregonando a los cuatro vientos.

—Ya, lo entiendo.

Ángel se había quedado pasmado al enterarse de que César no era heterosexual, por más que lo mirara, no podía ver en él nada que le dijera que era gay, ya que parecía muy varonil, aparte de ser guapo y sumamente atractivo, pues con esa planta que tenía era el típico hombre capaz de engatusar a las mujeres sin apenas proponérselo, cuando se volvió para contárselo a Víctor este le soltó:

—Ya lo sé, tío, sé que estoy haciendo el gilipollas, pero no puedo evitar mirarla. Es tan bonita, ¿no crees?

—Samanta y César no son pareja.

—¿Qué?

—Que Samanta y César no son pareja, César es gay.

—Me estás tomando el pelo. Ese tío no puede ser gay. —Estaba sumamente sorprendido por la noticia.

—Eso mismo pensaba yo cuando me lo ha dicho Pedro.

—¿Estás hablando en serio? —Seguía tan alucinado que no se lo podía creer.

—Te voy a hacer la misma pregunta que me ha hecho Pedro. ¿Los has visto besarse?

—No, pero creí que lo hacían por respeto a mi hijo.

—¿De verdad crees que a Ricardo le importaría eso?

—Joder, entonces, ¿por qué me ha mentido?

—Para mantenerte alejado.

—Eso solo tiene una explicación, tiene miedo a caer de nuevo en mis brazos. —Sonrió Víctor entusiasmado—. Voy a asegurarme de una cosa. —Volviéndose al otro lado le preguntó a Ricardo—: Hijo, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Pues claro.

—¿Cuantas parejas ha tenido tu madre?

—Ninguna.

—¿Nunca ha tenido novio?

—No.

—¿A lo mejor lo ha tenido y no te lo ha dicho?

—Entre mi madre y yo no hay secretos. Ella vive solo para su trabajo y para mí, por supuesto, eso es lo que siempre dice, que no tiene tiempo para hombres. ¿Por qué?

—Por nada, olvídalo.

—¿Estás interesado en mi madre? —preguntó con una sonrisa pícara.

—No.

—Sí lo estás —insistió.

—Y, si así fuera, ¿te molestaría?

—No, pero lo tienes chungo, mi madre te odia.

—Ya, pero torres más altas han caído. —Con esas palabras hizo reír a su hijo.

—¿Sabes?, si llegaras a conquistarla tendrías mi bendición, se ha pasado la vida cuidando de mí y no soporto pensar en que cuando me vaya a vivir con tu hija se va a quedar tan sola.

—Entonces cruza los dedos porque voy a hacer hasta lo imposible por reconquistar a tu madre.

—¿Sabes cuál sería un buen primer paso?, demostrarle que ese vídeo nunca existió. Con eso tendrías una pequeña posibilidad.

—Eso me va a ser imposible, ese vídeo desapareció hace muchos años, yo mismo lo destruí después de que tu madre cortara conmigo y, aunque se lo enseñara, ella siempre podría creer que corté la grabación donde quise e hice una copia. Eso es algo que nunca podré probar.

—Pues es una de las razones por las cuales nunca te perdonará.

—Eso está por ver.

Nada más terminar de cenar, los camareros sacaron la tarta, que era enorme, y mientras caminaban hacia Raquel iba sonando la música de la canción que Ricardo les había pedido. Era un restaurante caro y estaban especializados en despedidas, cumpleaños, aniversarios, cualquier evento que la gente quisiera celebrar, y esa era una de las cosas que hacían para los homenajeados. Todos los camareros cantaban muy bien y las canciones que interpretaban les quedaban muy bonitas. Como la que Ricardo había elegido para Raquel, la de David Bisbal, *Mi princesa*, ya que ella era la suya.

Cuando llegaron a la mesa con la tarta encima de un pódium, y empezaron a cantar el estribillo, Ricardo se levantó y le ofreció la mano a Raquel para bailar. Raquel, muy apurada por todas las miradas clavadas en ella, se la dio, y los dos se pusieron a bailar muy acaramelados en medio del restaurante. Todos los miraban mientras la canción decía así:

Y sabes que eres la princesa de mis sueños encantados,
cuántas guerras he librado por tenerte aquí a mi lado
No me canso de buscarte, no me importa arriesgarme,
si al final de esta aventura yo lograra conquistarte.

Ricardo la besó con mucha ternura derritiéndola por tantas emociones, aunque en su estado no era muy difícil conseguirlo.

Tanto tiempo he naufragado y yo sé que no fue en vano
no he dejado de intentarlo porque creo en los milagros,
como esa llamada perdiiidaaa que te puso en mi camino.

Esa última frase era cosa de Ricardo que la había introducido para que los camareros la cantaran al final, ya que gracias a una llamada perdida se habían encontrado y había sido como un milagro, pues de no ser así nunca se hubieran conocido, y desde ese momento sus vidas cambiaron para siempre. Cuando Raquel escuchó esa última frase, le sonrió y besó con mucha pasión.

—Estás loco, pero me ha encantado y ¡te amo! —exclamó muy emocionada.

—Yo a ti más —nada más decir eso la cogió en brazos y la acercó a la tarta diciéndole—: Tu regalo está encima de la tarta.

Ella, sonriendo, levantó el brazo y cogió una cajita que reposaba en el último escalón de la tarta, cuando Ricardo la dejó en el suelo, ella la abrió y se quedó pasmada al ver un anillo precioso, hecho con una trenza muy fina de oro, oro blanco y oro viejo, la trenza subía un poco juntándose los dos extremos encastrando un diamante en el centro.

—¡Oooh, por Dios! Es precioso.

Ricardo lo sacó de la caja y postrándose sobre una rodilla en el suelo, le preguntó mientras le ponía el anillo:

—¿Quieres casarte conmigo, princesa?

—¡Sí, sí, sí! —gritó emocionada—, ¡pues claro que quiero casarme contigo! Anda, no seas bobo, levántate del suelo y dame un beso antes de que me eche a llorar.

Ricardo, con una sonrisa de oreja a oreja, se levantó y la abrazó para darle un beso y dejarla sin aliento, mientras todos los vitoreaban y gritaban tan emocionados como la novia.

—¡¡Que vivan los novios!!

—¡Sí! ¡Que vivan! ¡Que lo suyo les ha costado llegar hasta aquí! —gritó Pedro haciendo reír a todos y levantando su copa para brindar por ellos.

Víctor, cansado de observar a Samanta desde lejos sin poder hablar con ella y aprovechando que todos estaban de pie, se acercó.

—¿Quieres brindar conmigo por los chicos? —le preguntó pegado a su espalda.

—Todos hemos brindado ya por ellos —le contestó volviéndose para mirarlo a los ojos.

—Sí, pero tendrían que brindar por nosotros, ¿no crees?

—¿Por nosotros? —Lo miró confusa.

—Sí, porque si no hubiera sido por nosotros ellos no estarían aquí. Igual todo lo que pasó estaba predestinado para hoy poder celebrar este día. Porque si tú y yo hubiéramos acabado juntos, Raquel no existiría, y Ricardo no estaría tan feliz.

—Tonterías, lo que ocurrió fue por tu culpa, y si no hubiera sido tu hija sería otra la que estaría haciendo feliz a mi hijo ahora.

—¿Estás segura? ¿Tú has sido feliz con otro hombre después de mí?, porque yo no he sido feliz con ninguna otra mujer después de ti. —Al oírle decir esas palabras la respiración se le cortó, pero se recuperó rápidamente para que él no se diera cuenta.

—Eres un mentiroso. Yo sí he sido feliz con otros hombres y ahora soy inmensamente feliz con César.

—¿Estás segura? —preguntó con una sonrisa muy picarona.

Samanta no podía seguir ni un momento más a su lado porque estar cerca de él diciéndole esas cosas la ponía de los nervios, así que, muy enfadada por esas reacciones que no podía controlar, le aclaró, alejándose de él para volver con César:

—Completamente.

Víctor sabía que por muy dura que fuera la batalla la tenía ganada, ya que Samanta no podía disimular sus nervios cuando estaban cerca y cómo se empeñaba en hacerle creer que César era su pareja para mantenerlo alejado y no caer en la tentación. En ese momento, que ya sabía la verdad, estaba convencido de que si ella intentaba mantenerlo alejado usando a César era porque sabía tan bien como él que si insistía ella volvería a caer en sus brazos, así que solo tenía que esperar el momento perfecto, y Samanta volvería a ser suya.



Capítulo 46

Dos semanas más tarde César entró en el despacho de Samanta con un sobre en la mano y, mientras lo agitaba entre sus dedos, le decía entusiasmado:

—Estamos invitados a una ceremonia.

—¿Qué ceremonia?

—La que hacen todos los años, a la que todas las revistas están invitadas, esa en la que premian los mejores artículos del año.

—Ah, ¡esa! Bien, pues, como todos los años, acudirás tú. No me necesitas, tú te mueves muy bien en ese ambiente, y sabes que a mí no me gustan esas fiestas.

—Lo sé, pero este año no puedes faltar.

—¿Por qué no?

—Porque tu artículo es uno de los premiados.

—Como otros años, y tú siempre has ido en representación de los dos. ¿Qué problema hay?

—Pues que esta vez esperan a Samanta Soriano, no a Sam Moreno.

—¿Qué quieres decir?

—Han premiado tu artículo, ese en el que confesaste a tus lectores quién eras y que les pedías disculpas por publicar una noticia falsa, ¿recuerdas? Y justamente te han premiado por eso, por tu sinceridad ante los medios.

—¡Mierda! Nunca debí publicar ese artículo. ¿No puedes ir tú en mi lugar y disculparme ante todos?

—No, esta vez no, esta vez tienes que ir tú.

—Está bien.

—Después de comer iremos de compras, necesitas un vestido espectacular para esa recepción.

—No exageres.

—No exagero, tú no sabes cómo van las mujeres a esa celebración, van a ver quién está más elegante y bella. Pero no sufras, cariño, porque tú con cualquier trapo que te pongas serás la más hermosa de la noche.

—Qué tonto eres. —Sonrió dándole un beso—. Tú serás mi pareja, ¿verdad?

—Por supuesto, y me sentiré muy orgulloso de tenerte a mi lado.

—Entonces iremos de compras.

Cuando César se marchó no pudo evitar recordar la conversación entre ella y Víctor el día que su artículo salió a la luz

Acordándose de esa conversación hizo cálculos y se dio cuenta de que ya habían pasado dos meses desde la separación de Víctor y Amanda, y de repente empezó a pensar en si él se acordaría de ese trato o lo habría olvidado. Rezaba para que no lo recordara, ya que de no ser así ella tendría que cumplir su parte, pues ellos no habían vuelto juntos y por esa misma razón tendría que acompañarlo a ver pisos. También se preguntaba si Víctor habría mirado casa para

los chicos o se lo habría pensado mejor.

Justo en ese momento le sonó el móvil y como una premonición ella supo que era él, así que lo cogió y como si fuera un potro desbocado su corazón empezó a latir con fuerza al ver en la pantalla de su móvil: «Víctor». Respiró profundamente para que él no notara lo mucho que la trastornaba recibir una llamada suya y contestó con una voz muy fría.

—¿Qué quieres, Víctor? Estoy muy ocupada.

—Hicimos un trato, ¿recuerdas? Han pasado dos meses y sigo estando soltero, así que tenemos una cita.

—¿Qué? Yo… yo no voy a tener ninguna cita contigo, eso que te quede bien clarito.

—Vamos, preciosa, me prometiste que si no volvía con mi mujer en dos meses me acompañarías a buscarle un piso a los chicos.

—Yo no te prometí nada.

—¡Ah, ah! Tengo pruebas en mi móvil, no tienes escapatoria. —Con esa broma consiguió arrancarle una sonrisa.

—Mira, Víctor, aunque quisiera no podría acompañarte. Primero, estoy muy liada en el trabajo para poder andar por ahí contigo viendo pisos; segundo, este fin de semana tengo que volar a Madrid y, tercero, no me apetece nada estar contigo.

—¿A qué vas a Madrid?

—Me han concedido un premio y, mira por dónde, por el artículo que escribí sobre ti aclarando todo ese lío de los anabolizantes.

—¡Vaya! ¿Han premiado tu artículo?

—Sí, y todo por tu culpa.

—¿Por mi culpa? —preguntó sorprendido.

—Sí, a mí no me gusta ir a esos eventos y normalmente es César el que representa a nuestra revista. Pero como gracias a ti firmé el artículo con mi nombre no me queda más remedio que ir. ¿Ves en qué jaleos me metes siempre? —Al oírla decir eso Víctor sonrió.

—Pues lo siento y también te felicito, aunque parte de ese premio es mío también, ya que lo has ganado escribiendo sobre mí, así que deberíamos recogerlo juntos, ¿no crees? Así, en plan pareja de Hollywood.

—Eres un payaso. —Se rio.

—¿Por qué no comemos juntos?

—No… no puedo.

—Samanta…

—No puedo, de verdad, me voy con César de compras. Según él tengo que estar espectacular para esa recepción.

—¿Tu novio también te acompaña a comprar vestidos?

—Pues sí, estamos muy unidos y lo hacemos todo juntos. Por eso me hace tan feliz. Adiós, Víctor.

Samanta le colgó y respiró con fuerza un par de veces, ese hombre parecía engullirla, por más que no quisiera contestar a sus preguntas y no darle información sobre ella, él conseguía que siempre lo hiciera, parecía más periodista que ella. Por eso era mejor cortar por lo sano como acababa de hacer porque si seguía conversando con él era capaz de averiguar que César y ella no eran pareja. De pronto le sonó el móvil avisándola de una entrada de wasap. Sin necesidad de mirar la pantalla sabía que era él y otra vez más sin poder remediarlo leyó ese mensaje.

Víctor

Está bien, entiendo que estés tan ocupada que no tengas tiempo para ver pisos conmigo hasta que no vuelvas de esa recepción.

Pero te propongo una cosa, mientras tú estás en Madrid, yo iré buscando un piso para los chicos y, cuando encuentre

varios que crea que les va a gustar, me acompañas a verlos.
¿OK?

Samanta
Víctor, te dije que mi hijo estaba buscando piso, pero ahora, con los exámenes, lo han dejado parado.

Víctor
Lo sé, me lo dijo mi hija, por eso quiero darles una sorpresa.

Samanta
¡Está bieeeen!, si cuando vuelva de Madrid has encontrado algo te acompañaré.
¿Contento?

Víctor
No, porque no comes conmigo.

Samanta
Adióóóós, Víctor.

Víctor
Adiós, preciosa. 😘

Samanta, sin darse cuenta, sonrió al leer ese piropo y no entendía muy bien por qué le gustaba que él la encontrara preciosa y le mandara emoticonos con besitos.



Capítulo 47

Al entrar al salón donde se celebraba la ceremonia de la entrega de premios al mejor artículo anual, Samanta se quedó muy sorprendida, pues todo estaba adornado con mucha clase y lo que más le sorprendió fue ver una foto suya colgada en un panel detrás del pedestal donde suponía que darían los premios, ya que había un atril alto con un micrófono incorporado. Justo en ese instante los nervios empezaban a apoderarse de ella, nunca le había gustado tener que hablar en público y mucho menos ser el centro de atención.

Aunque para eso no necesitaba que le dieran ningún premio, nada más entrar todas las miradas estaban pendientes de ella, sobre todo las masculinas, pues, tal y como le había dicho César, estaba espectacular con ese vestido de Christian Dior color púrpura, recto, sin mangas y palabra de honor, todo de gasa, excepto el busto. Desde la cintura subía un encaje del mismo color con unos diminutos cristales cosidos a mano, los cuales brillaban según les diera la luz proporcionándole un toque muy llamativo y ciñendo su increíble figura. Ese mismo encaje cubría uno de sus hombros en un tirante muy ancho mientras el otro quedaba desnudo. La falda toda de gasa se cruzaba y subía justo a un lado de su cintura con un broche muy bonito de cristal a juego con los del pecho, formando con la misma tela unas ondas espectaculares, ya que a cada paso que daba se abría y dejaba al descubierto más de la mitad de su pierna al caminar. Era largo hasta los pies, aunque por detrás parecía llevar una pequeña cola de novia, pues caía un poco más hasta el suelo.

Le había costado una fortuna, y César la había obligado a comprárselo poniéndole de escusa que como iba en representación de la revista pagaba la empresa, que eran ellos dos, por supuesto, y que precisamente por eso debía estar perfecta y así era porque el vestido era una pasada y le quedaba espectacular. Su maquillaje en tonos púrpura y negro hacía resaltar el azul de sus ojos y el recogido que llevaba era una preciosidad, como los pendientes que César le había regalado, también de cristal, al igual que el broche del vestido, que eran la guinda del pastel para ser la mujer más admirada del salón.

Mientras caminaba hacia la mesa donde debían sentarse, pues a la entrada había un plano que les indicaban el asiento que les correspondía, Samanta le iba diciendo a César:

—¡Oh, Dios mío! No sé si voy a ser capaz de hablar en público, sabes que me da mucha vergüenza.

—Lo harás bien, tranquila.

—¡Joder, mierda! —maldijo en voz alta nada más acercarse a su mesa.

—Vamos, cariño, esas palabras no te quedan nada bien esta noche, estás demasiado elegante para decir esos tacos —bromeó.

—¿Por qué no me dijiste que él estaría aquí?

César se giró hacia donde ella tenía clavada su mirada, en la mesa que les habían asignado, inmediatamente comprendió su mal humor.

—No sabía que iba a venir.

—Mierda, mierda, mierda, y ¿por qué está en nuestra mesa?

Víctor no le había quitado el ojo de encima, ya que en el mismo instante en el que ella había hecho su entrada al salón, él se había quedado deslumbrado y, a cada paso que ella daba, él se deleitaba contemplando cada movimiento, cada centímetro de su cuerpo, pues ese vestido parecía moverse con ella. Estaba exquisita, elegante y toda ella era una provocación para Víctor.

Cuando la vio acercarse a la mesa salió de su nube para levantarse y darle la bienvenida sin poder dejar de observarla de arriba abajo provocando en ella pequeñas taquicardias, ya que su mirada era tan descarada y atrevida que a Samanta le daban ganas de echar a correr, pues estaba segura de que no podría soportar toda la velada esos increíbles ojos verdes acechándola.

Justo en el momento en que Víctor se puso en pie, fue ella la que no pudo dejar de contemplarlo y, al igual que él, se había quedado deslumbrada, ya que ese hombre vestido con un esmoquin negro estaba impresionante, pues parecía hecho a medida y con una única intención; dejar a todos los demás fuera de juego. Todos los hombres del salón llevaban esmoquin, como él, incluso César, al que le sentaba muy bien, por cierto, porque tenía una planta increíble y era muy guapo, pero Víctor era el que más destacaba, pues su altura, su cuerpo y su fisonomía eran lo que le hacía destacar del resto, todo en él era perfecto.

—¡Joder! —exclamo César al verlo de pie caminando hacía ellos—. ¡Cómo le sienta el esmoquin!, daría mi brazo derecho por pasar con ese *pedazo* de hombre una sola noche.

—¡César!

—¿Qué? No me puedes negar que esta noche está que se sale.

—Él siempre está que se sale, pero sí, esta noche no te puedo negar que está impresionante.

—Pues igual que tú, bonita, y si yo fuera tú esta noche lo ataría en corto porque todas estas lagartas no le quitan ojo.

—No digas tonterías, ese hombre no me interesa.

—Te mientes a ti misma y lo sabes, y si no quieres volver a perderlo agárrate a él y no lo sueltes porque esta noche está para comérselo. Olvida el pasado de una puta vez, ahora tienes otra oportunidad, no la dejes escapar. Ese bomboncito está loco por ti, solo hay que fijarse en la cara de bobo que pone al mirarte.

—César, no…

Las palabras se le cortaron al tener frente a ella a Víctor cogiéndola por la cintura para darle dos besos.

—Estás tan hermosa que pareces una diosa —le habló con una voz muy sensual, para después saludar a César—. Hola, César.

—Hola, Víctor.

—¿Qué… qué haces aquí, Víctor? —Él sonrió al verla tartamudear por la sorpresa de encontrarlo allí.

—Te han premiado por el artículo que escribiste disculpándote conmigo, así que no podía faltar, ¿no crees?

—¿Te han invitado?

—Más bien me he colado.

—¿Te has colado aquí? ¿Te has vuelto loco? —Parecía sorprendida y preocupada a la vez.

—Tú me estás volviendo loco con ese vestido. —Le sonrió sin poder dejar de admirar su cuerpo.

—Será mejor que os deje solos y que salude a algún conocido —citó César.

—Ni se te ocurra dejarme sola… —le susurró Samanta para que no se fuera.

—César, en la barra esta Ángel —informó Víctor para que se fuera.

—¡Ahí va!, pues iré a saludarlo.

—César, no…

—¿Tanto miedo te da quedarte a solas conmigo?

—Tú no me das ningún miedo, y deberías irte antes de que se den cuenta de que te has colado y te echen a patadas.

—No me he colado, solo he pedido un favor.

—¿Un favor? ¿A quién?

—A la persona que ha organizado todo esto.

—¿Conoces a la persona que ha organizado esto?

—Sí, es mi amigo. Cuando me dijiste que iban a premiarte lo llamé, le pedí dos invitaciones y me aseguré de que mi nombre estuviera pegado al tuyo en la mesa.

—¿Vas a sentarte a mi lado?

—Sí, ya que no aceptas ninguna invitación mía, pues he decidido que esta noche cenábamos juntos.

—¿Por qué haces esto, Víctor?

—Porque necesito tiempo para estar a tu lado, para demostrarte que ya no soy ese muchacho estúpido e irresponsable, tiempo para reconquistarte y para que me perdones, tiempo para poder demostrarte todo lo que me haces sentir.

Samanta no podía seguir escuchándole y esas últimas palabras la tenían de los nervios, así que intentó huir de su lado.

—No quiero seguir escuchándote… —Antes de que pudiera alejarse de él, la cogió por la cintura pegándola a su cuerpo.

—No sigas huyendo de mí, Samanta, porque no te va a servir de nada y déjame demostrarte de una vez lo mucho que significas para mí.

—¿Yo…yo… qué puedo significar para ti?

—Tú lo eres todo para mí, Samanta, y sé que nunca vas a creerme, pero es la verdad. Te quiero.

—Eres… eres un mentiroso.

—Te juro por los dos hijos que tengo, que son lo más importante para mí, que no te estoy mintiendo. Que cuando te volví a ver, el pasado volvió a mí de golpe y parecía como si el tiempo nunca hubiera transcurrido, como si fuera ese último día que nos vimos cuando lo único que quería hacer era besarte y decirte que te quería.

—Para, para, para, Víctor, y suéltame, no quiero escucharte, no lo entiendes. Entre tú y yo nada puede volver a ocurrir.

—Eso no puedo aceptarlo.

Cuando Samanta estaba a punto de contestarle, por los altavoces anunciaron la cena y todos tuvieron que sentarse en sus asientos, así que justo en ese momento aparecieron César y Ángel, el cual se acercó a ella y le dio dos besos saludándola.

—Estás preciosa, Samanta.

—Gracias, Ángel, tú también estás muy elegante. Bueno, aunque todos estáis muy elegantes esta noche, de esmoquin —dijo nerviosa intentando recomponerse de ese momento tan intenso vivido con Víctor.

—Sí, aunque a algunos les sienta mejor que a otros. —César examinó a Víctor y a Ángel con una mirada un poco sugerente.

—¿Por qué has hecho eso? —interrogó Samanta a César enfadada—. Se supone que eres mi

novio y no deberías insinuarte con esos dos.

—Cariño, lo siento, pero es que esos dos están irresistibles esta noche. Como sigamos así nunca más voy a poder echar un polvo, y todo por tu culpa.

A Samanta le dio la risa al oírle decir eso y una vez más esos ronquiditos salieron de su garganta.

—¿Me lo ha parecido a mí o César se estaba insinuando con nosotros? —preguntó Víctor a Ángel nada más sentarse.

—Es gay, ¿no? Y si se insinuaba con nosotros es porque tiene buen gusto, el condenado.

Esas palabras hicieron reír a Víctor, pero inmediatamente se le cortó la risa al escuchar el sonido de Samanta al reírse y ese pequeño ronquidito, sin poder evitarlo y teniéndola tan cerca, se volvió hacia ella y posó sus labios en el hombro desnudo de Samanta dándole un tierno y casto beso. Ella se giró rápidamente al sentirlo y, como no estaba preparada para ver tan cerca de ella esos dos preciosos ojos verdes, se quedó muda y hechizada bajo su mirada, el volvió a besar su hombro.

—No sabes cómo me gusta y cómo me pone escuchar de nuevo tu risa y ese pequeño ronquidito que haces al reírte —le susurró.

—No vuelvas a…

—¿Besarte? No creo que pueda evitarlo, preciosa —nada más decir eso pasó el brazo por el respaldo de su silla y acarició con el dedo su hombro desnudo—. Me gusta que me haya tocado este lado, me gusta tu piel desnuda.

—Víctor, estate quieto, no creo que a César le guste verte hacer eso y mucho menos que te creas con derecho a besarme.

—¡César!

—¿Qué haces? —preguntó nerviosa al oír cómo llamaba a César, que hablaba con el hombre que tenía al lado.

—Preguntarle si le importa que te bese.

—¿Estás loco…?

—¡César!

—¿Sí?

—¿Te importa que le tire los tejos a Samanta?

—¡Oh, Dios mío! —gritó ella sorprendida por su atrevimiento.

—No, no me importa —respondió César tan tranquilo.

—¡¡César!! —volvió a gritar dándole un pisotón por debajo de la mesa.

—¡Aaauuu, joder!, lo siento, cariño, pero es que se me olvida.

—Esto es increíble. —Víctor no pudo evitar reírse a carcajadas, así que Samanta se volvió hacia él enfadada—. ¿Y tú de qué te ríes?

César le guiñó un ojo a Víctor dándole a entender que lo había hecho adrede, y Víctor cerró su puño y levantó el dedo pulgar en señal de agradecimiento con la mano que aún tenía en el respaldo de ella sin que ella la viera.

—Samanta, nunca me he tragado que César fuera tu novio.

—¿Por qué?

—Porque todas las veces que os he visto juntos nunca os habéis besado.

—¿Quieres que bese a César…?

—¡No, joder!, no quiero que beses a César, aunque sea gay no quiero que le beses.

—¿Sabes que César es gay?

—Pues claro.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—No quería hacerte sentir mal.

—¿Y por qué ahora sí? Mira, ni te molestes en contestarme y déjame cenar tranquila o de lo contrario me veré obligada a abandonar el salón.

—Está bien, como tú quieras.

Los dos se volvieron furiosos hacia el otro lado ignorándose mutuamente.

—Creo que acabaré matando a esta mujer, me saca de mis casillas, ¿por qué será tan cabezona? —le habló muy molesto a Ángel.

—Anda, no te desesperes más y cena de una vez, se te está enfriando todo.

—Este hombre es insoportable y me dan ganas de matarlo —decía ella a su vez a César—. Y toda la culpa es tuya.

—Lo siento, cariño, se me escapó. ¿Por qué no cenas de una vez?, acabarán quitándote el plato y ni siquiera lo has tocado.

—Tienes razón.

Samanta intentaba comer, pero no le entraba casi nada por el cabreo tan grande que llevaba, y Víctor más o menos estaba igual, lo único que hacían era beber vino.

***

Samanta y Víctor se habían ignorado el resto de la cena, él por qué no quería discutir con ella, y ella porque no quería creer sus mentiras, así que el resto de la velada se la pasaron hablando con César y con Ángel por separado. Al terminar los postres dio comienzo la ceremonia.

Según iban siendo nombrados cada periodista subía a recoger su estatuilla y leían el pequeño discurso que tenían preparado, unos tras otros. Cuando Samanta pensaba que todo había sido una broma, y que ella no había ganado ningún premio porque no la nombraban, escuchó su nombre y un nudo en el estómago no la dejaba respirar solo al pensar que debía levantarse y hablar delante de toda esa gente.

—Ahora le toca el premio a una gran periodista a la que no le importó revelar delante de todos sus lectores que había sido engañada y manipulada, y que gracias a eso había publicado un artículo falso contra un gran deportista al que todos tenemos el placer de conocer, Víctor Delgado, al que también tenemos el honor de tener entre nosotros esta noche. Buenas noches, Víctor. —Todos le miraron, y él hizo un gesto con la cabeza en forma de saludo sin decir nada, pues no quería acaparar la atención de la gente, ya que esa noche era de ella—. Como iba diciendo, esta mujer fue capaz incluso de acompañar al señor Delgado y entre los dos aclararon y consiguieron las pruebas necesarias para demostrar la inocencia de los jugadores y del propio señor Delgado, así que después de eso ella escribió un magnifico artículo disculpándose y pidiendo perdón, y eso es lo que premiamos esta noche; la sinceridad y el arrepentimiento de esta gran periodista, Samanta Soriano, ya que muy poca gente es capaz de pedir perdón y reconocer sus errores públicamente. Recibámosla con un fuerte aplauso.

Cuando la gente empezó a aplaudir, Samanta se levantó de su silla y se dirigió hasta esa plataforma para recoger su premio con paso firme y decisivo. Al llegar allí el presentador le dio dos besos y la estatuilla.

—Muchas gracias —dijo nerviosa.

—Ahí tienes el micrófono, puedes decir lo que quieras.

—Buenas noches y muchas gracias a todos —habló acercándose al micrófono—. Bueno, como verán, no tenía ningún discurso preparado, ya que es la primera vez que me dan un premio,

así que no sabía qué debía hacer —bromeó haciendo reír a todos—. Solo quiero dar las gracias y aclarar que escribí ese artículo porque, como bien saben todos, nuestra revista, *Toda la verdad sobre el deporte*, trata precisamente de eso; de contar toda la verdad, y cuando una persona comete un fallo ha de saber rectificar y eso fue lo que hice. Acusé injustamente a unas personas y cuando descubrí el engaño me vi en la obligación de retractarme, por eso lo escribí. Solo espero no tener que volver a escribir un artículo así nunca más, ya que espero no volver a dejarme llevar por mis sentimientos en lo que a trabajo se refiere —al decir esas palabras miró a Víctor que no le quitaba ojo—. Eso es todo, buenas noches y muchas gracias en mi nombre y en el de mi socio, César Moreno.

—Con esta última y preciosa premiada, doy por terminada esta ceremonia —añadió el presentador cerrando el micrófono poniendo punto y final a la entrega de premios e inmediatamente pasó su mano por la cintura de Samanta mientras bajaban la plataforma—. ¿Cómo es que nunca hemos tenido el placer de tenerla entre nosotros en otras galas anteriores?

—Bueno, a mí no me van estos eventos, y siempre ha sido mi socio el que ha representado a nuestra revista.

—Pues desde ahora me aseguraré de que dirijan la invitación especialmente a ti porque a todos nos gusta contemplar a una mujer tan hermosa.

—Creo que seguirá siendo mi socio el que acuda, como le acabo de decir, no me gustan estos eventos, y si he venido ha sido por el premio y porque tenía que recogerlo en persona, si no hubiera sido mi socio el que lo hubiera hecho.

—Vaya, pues entonces tendré que asegurarme de que seas premiada todos los años.

Samanta empezaba a ponerse nerviosa al darse cuenta de que ese hombre estaba flirteando con ella, así que con disimulo intentó apartarse de él.

—Será mejor que vuelva con mi pareja.

—Me dejas invitarte a una copa.

—No, yo…

—Hola, Salvador, te veo muy bien acompañado, ¿vas a presentarnos a esta monada o te la piensas guardar para ti solo?

Cuando Samanta se volvió vio a tres hombres detrás de ellos y, cómo no, Salvador se los presentó, dos de ellos habían ganado también un premio y al tercero ni siquiera lo había visto en toda la noche. El caso es que no sabía cómo salir de esa situación y no tuvo más remedio que aguantarlos, ya que no paraban de hacerle preguntas, así que no podía marcharse, y todas eran más o menos como las que le había hecho Salvador; insinuantes y halagadoras, intentando con ellas ser el elegido para disfrutar de su compañía sin imaginarse que ella antes preferiría estar muerta que tener cualquier clase de relación con ninguno de ellos.

Cuando estaba decidida a dejarlos plantados sin importarle ser o no ser desagradable porque ya no los soportaba más, la voz de Víctor sonó detrás de ella dejándola sin respiración mientras les decía a esos hombres:

—Creo que la señorita Soriano necesita cambiar de aires, así que si me disculpan voy a llevármela a tomar una copa. —Pasándole el brazo por la cintura la acercó a él y le preguntó—: ¿Te apetece una copa, preciosa?

—Sí, sí, me muero por una copa.

—Tienes suerte, Víctor. Como siempre, te llevas a las más guapas —le reprochó Salvador.

Víctor ni se molestó en contestarle.

—Gracias por rescatarme, estaba a punto de mandarlos a hacer puñetas. ¡Qué pesados! —habló enfadada haciendo reír a Víctor.

—No puedes culparlos, cualquier hombre estaría deseando ser tu pareja esta noche. No debiste ponerte tan hermosa si no querías llamar la atención.

—César me dijo que debía venir así.

—Entonces César debería estar contigo para que todos estos buitres no salten sobre ti.

—¿Dónde está? Voy a matarlo.

—Creo que se ha ido a la otra sala con Ángel.

—Voy a ver si lo encuentro.

—Te acompaño.

—Víctor…

—¿Quieres volver a verte rodeada por esos buitres o prefieres que yo te acompañe?

—Está bien, acompáñame, necesito una copa.

—Yo también.

En el otro salón del hotel había una orquesta, una barra grande y muchas mesas con sillas o sillones alrededor. Samanta se puso a buscar entre la gente y vio a César en una mesa tomando una copa con Ángel, muy cabreada se acercó a ellos.

—¡¿Por qué te has largado y me has dejado sola con esos pesados?!

—No pensé que me necesitaras, cariño.

—¡Tienes razón! ¡No te necesito! Y ahora, si me disculpáis, voy a tomarme una copa.

Muy enfadada se fue a la barra y pidió una copa, sin saber muy bien lo que le ponían se la tomó casi de golpe y volvió a pedir otra.

—¿Por qué está tan enfadada? —preguntó César a Víctor.

—Creo que se ha sentido acosada y acorralada por esos cuatro gilipollas que se disputaban sus atenciones.

—Vaya, entonces sí que estará cabreada. Voy a hablar con ella.

—Déjalo, iré yo.

—Es que no creo que tú puedas calmarla, más bien la cabrearás más.

—Por favor, César, déjame a mí. Déjame estar con ella sin que tú le sirvas de escudo.

—¿Por qué dices eso?

—Ella se escuda en ti para mantenernos alejados a todos los demás, así se siente a salvo, como cuando me hizo creer que tú eras su novio. Pero sabes tan bien como yo que eso no es bueno para ella.

—¿Quieres que me aleje de ella para que tú puedas tener una oportunidad?

—Sí.

—¿Vas a volver a hacerle daño?

—No tengo ninguna intención de hacer eso.

—Entonces ve con ella, y suerte, porque aun sin tenerme a mí a su lado no sé si podrás conseguir su perdón.

—Al menos he de intentarlo.

—Pues yo creo que César tiene razón, no sé si conseguirás que esa mujer te perdone —dijo Ángel—. Es bastante cabezona.

—Voy a probar suerte.

—¿Crees que Samanta conseguirá perdonar a Víctor algún día?

—Todo dependerá de lo insistente que sea él.

—¿Qué quieres decir?

—Que, si Víctor insiste mucho, ella acabará abriendo los ojos y se dará cuenta de que nunca ha dejado de estar enamorada de él.

—¿Samanta sigue enamorada de Víctor? —preguntó incrédulo.

—Sam siempre ha estado enamorada de Víctor, aunque ni ella misma lo sepa.

—Qué fuerte, no me puedo creer que una persona pueda llegar a querer a otra sin ni siquiera haberla vuelto a ver en un montón de años, y más después de cómo terminó todo entre ellos. Creo que estás equivocado.

—Que Víctor no haya visto a Sam en veinticuatro años no quiere decir que Sam no lo haya perseguido en todo este tiempo, recuerda que ella es Sam Moreno.

—Tienes razón, no había pensado en eso.

—¿Por qué no dejamos de hablar de los demás y me cuentas algo de ti?

—¡Buuuf! Yo soy una persona muy aburrida.

—Pues a mí me pareces muy interesante. —Sonrió con picardía—. ¿Cuántos años llevas casado?

—Muchos.

—¿Quieres a tu mujer?

—Más bien le tengo cariño.

—¿Tienes hijos?

—No.

—¿Desde cuándo sabes que te gustan los tíos?

—¡¿Qué?! ¡¿Estás loco?! A mí no me gustan los tíos —se defendió furioso—. ¡¿Por… por qué crees que me gustan los tíos?! —volvió a gritar nervioso.

—Porque sé captar cuando un tío me mira con deseo.

—¿Quieres que te parta la cara?

—No, solo quiero que seas sincero contigo mismo, eso te hará feliz.

—¿Y por qué crees que no soy feliz?

—Porque se te nota en la cara, y estoy seguro de que llevas muchos años viviendo una mentira con una mujer a la que no quieres. ¿Alguna vez te has enrollado con un tío? —preguntó con todo el descaro del mundo.

—¡Vete a la mierda!, ¡eres un gilipollas! —le gritó Ángel muy cabreado—. Y que conste que no te doy una hostia porque no quiero montar un escándalo porque, si no, no te iba a reconocer ni tu madre —le advirtió con voz de hielo antes de marcharse.

—Joder, qué tío, qué carácter, cómo me pone. Lástima que sea tan cerrado —se decía César a sí mismo en voz alta sin darse cuenta bebiéndose el último cubata de la noche, ya que después de que Ángel se fuera tan cabreado solo tenía ganas de una cosa; de subir a su habitación y meterse en la cama puesto que nada le interesaba.

Cuando se metió en el ascensor y apretó el botón para subir, antes de que las puertas se cerraran, una mano se coló entre ellas para que volvieran a abrirse, cuando esa persona entró su corazón dio un vuelco al ver a Ángel de nuevo. Era la primera vez en su vida que el corazón de César reaccionaba así al ver a otro hombre y eso lo confundió bastante. Cuando Ángel entró en el ascensor se quedó paralizado al ver a César.

—Si tienes pensado pegarme te diré una cosa, no creas que porque sea gay no soy capaz de devolverte los golpes como cualquier hombre. Una cosa es que me gusten los hombres y otra muy distinta que no lo sea, lo soy tanto como lo puedas ser tú, no te confundas —le explicó enfadado.

César se quedó muy sorprendido al ver cómo Ángel lo observaba y por primera vez en su vida no sabía descifrar la mirada de un hombre, pues no lo hacía con repulsión, como hacían muchos al descubrir su sexualidad, pero tampoco con deseo, como lo había mirado otras veces, más bien

parecía enfadado y a punto de golpearlo, pero lo que más sorprendido dejó a César fue su reacción, algo que nunca se hubiera imaginado después de cómo lo había dejado en el salón y había echado a correr tras decirle todo lo que pensaba de él.

Ángel no podía dejar de mirar a César, y por primera vez en su vida sintió unos deseos locos y al mismo tiempo un miedo atroz a lo que su cuerpo le estaba pidiendo en esos momentos. Por más que intentara ignorar esos sentimientos su cerebro no conseguía bloquear ese deseo que parecía ahogarlo, así que sin poder controlarse se abalanzó sobre César agarrando su cara con fuerza, besándolo con desespero, esperando que él lo rechazara y lo salvara de esa locura que parecía estar poseyéndolo sin compasión.

Al sentirse acorralado y dominado por ese hombre, un deseo incontrolable se apoderó de César y le devolvió el beso con la misma pasión y dureza con la que Ángel lo hacía, agarrando su cintura y atrayéndolo hacia él. Sus lenguas parecían dos titanes intentando dominar a su adversario, se movían y se enredaban la una con la otra en una lucha sinfín y según danzaban el deseo crecía entre los dos con una velocidad ilimitada. Cuando César bajó sus manos hasta el trasero de Ángel, y lo apretó contra él, este sintió cómo todo su cuerpo se estremecía de placer al notar la erección de César contra la suya. Con un movimiento de caderas, César lo provocó descaradamente y su cuerpo estaba a punto de llegar al éxtasis con un simple roce de pelvis de ese hombre tan sumamente atractivo e interesante. Aterrado por todo lo que César era capaz de hacerle sentir con ese pequeño encontronazo, se alejó de él de golpe maldiciendo.

—¡Me *cagüen* la puta!, esto no puede estar pasando.

—Ángel, tranquilízate.

—¡No!, no me pidas que me tranquilice porque no puedo y no vuelvas a acercarte a mí porque a la próxima te mataré…

Ángel se calló de golpe porque el ascensor acababa de llegar a su destino, César mirándolo con tristeza se despidió saliendo del ascensor.

—Buenas noches.

—No pensarás contarle esto a nadie, ¿verdad? —le preguntó Ángel nervioso saliendo detrás de él.

—No suelo airear mi vida privada por ahí y no suelo hablar de mis romances con nadie. Ha sido muy placentero este momento que acabamos de compartir, pero sé cuándo no debo seguir adelante con una relación…

—No digas tonterías, no sé qué coño me ha pasado, pero de placentero no ha tenido nada.

—¿Estás seguro? —le preguntó mirando su entrepierna.

Ángel instintivamente bajó la mano hasta la zona y en ese mismo instante se dio cuenta de que ni siquiera el mal humor que llevaba había sido suficiente para rebajar esa erección que aún estaba palpitante dentro de sus pantalones después de ese increíble intercambio de caricias entre los dos.

—¡Esto no significa nada! —exclamó avergonzado.

—¡No, claro! Vete a tu habitación, duérmete, olvídalo todo y mañana sigue con tu vida, con esa mentira que has construido sobre ti e intenta ser feliz. Pero antes de eso pregúntate una cosa: ¿Alguna vez una mujer te ha hecho sentir lo mismo que en ese ascensor conmigo?

Cuando César se giró para marcharse, Ángel volvió a llamarlo:

—César.

—¿Qué? —respondió sin volverse a mirarlo.

—¿Contarás algo a alguien de lo que ha pasado?

—Tranquilo, tu secreto está a salvo conmigo —le aseguró sin dejar de caminar hacia su

habitación—. No me gusta obligar a la gente a salir del armario, eso es decisión de cada uno. Pero si alguna vez te atreves a hacerlo búscame, lo que acaba de pasar en ese ascensor no es ni la mitad de placentero de lo que podríamos vivir si dejaras atrás tus prejuicios.

***

Al tumbarse en la cama Ángel no podía dejar de pensar en César y en ese breve, pero intenso, momento que habían compartido, y lo que más le sorprendía y cabreaba al mismo tiempo era cómo su cuerpo reaccionaba solo al recordar ese beso y esos roces, pues su erección volvía a aparecer. Estaba tan duro que hasta le dolía y sin poder evitarlo se acarició masajeándose en contra de su voluntad porque no quería pensar en César y mucho menos en esas circunstancias, pero su cuerpo y su mano no lo obedecían. Sin poder evitarlo agarró con fuerza su erección y empezó a masturbarse visualizando esa sonrisa, esos ojos color chocolate que parecían ahogarlo cuando lo miraba con tanto descaro, esa boca que con un simple beso lo había puesto a cien y era el causante de lo que en esa cama estaba sucediendo. Con unas fuertes sacudidas terminó derramándose en su propia mano y la imagen de César desapareció. Muy cabreado consigo mismo y con ese hombre que parecía haberlo poseído se levantó de la cama y se dirigió a la ducha para deshacerse de cualquier rastro de ese acto, y de ese hombre, que pudiera quedar en él y más cabreado de lo que había salido de ese ascensor al darse cuenta de que César tenía razón, ya que ni siquiera cuando era un adolescente ninguna chica, y mucho menos su mujer en todos los años que llevaban casados, había conseguido nunca ponerlo tan cachondo con un simple beso y un empujón de caderas. Se preguntaba desconsolado y en voz alta sin darse cuenta:

—¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? ¿Qué mierda de vida has llevado? ¿En serio te gustan los tíos? ¡Joder! Los tíos no lo sé, pero este en especial sí. ¡Mierda! ¿Qué coño vas a hacer ahora?

Con todas esas preguntas rondando su mente, y ese pequeño desahogo que se había infringido a sí mismo, acabó quedándose dormido.

César solo había pensado en una cosa antes de irse a dormir; en que creía haber encontrado al hombre de su vida, sin embargo, era mejor no pensar en ello y mucho menos hacerse ilusiones, ya que estaba completamente seguro de que Ángel jamás saldría del armario, pues era demasiado orgulloso para gritar a los cuatro vientos que era gay.



Capítulo 48

Cuando Víctor llegó a la barra donde Samanta estaba con dos copas ya entre pecho y espalda se sentó a su lado.

—Ponme lo mismo que está tomando la señorita —le pidió al camarero.

Samanta al oír su voz se volvió hacia él.

—También quieres emborracharte.

—Sí, si tú te emborrachas, yo te acompaño.

—Entonces tendrás que tomarte dos seguidas porque yo ya llevo dos.

—Entonces que sean dos —volvió a dirigirse al camarero—. ¿Ahora vas a decirme por qué estás tan enfadada?

—Porque no soporto que me mientan.

—¿Quién te ha mentido? —preguntó tomándose las dos copas de golpe, al sentirlas por su garganta grito—: ¡Joder, Samanta! ¿Cómo puedes tomarte esto? Está muy fuerte, ¿qué es?

—No lo sé, solo sé que es el ponche de la casa, no me preguntes qué lleva.

—¡Hostias con el ponche!

Samanta no pudo evitar reírse a carcajadas al oírle decir eso y al ver cómo él la miraba sonriendo al oír su pequeño ronquidito se puso muy seria.

—No se te ocurra volver a intentar piropearme de nuevo porque me marcharé.

—¿Nada de piropos?

—Nada de piropos.

—Entonces cuéntame por qué estás tan enfadada, ¿quién te ha mentido esta vez?

—Te lo cuento si te tomas otra conmigo.

—¿Quieres emborracharme?

Samanta volvió a reírse a carcajadas consiguiendo que Víctor sonriera con ella una vez más.

—Sí.

—Camarero, ¡dos más! —exclamó haciendo reír a Samanta de nuevo.

—¡Sí!, ¡dos más! Creo que después de esta estaré un poquitito borracha, pero solo un poquitito, ¡eh!

—No me extraña, a mí ya me está haciendo efecto.

—No seas mentiroso, tú eres hombre y los hombres no os emborracháis tan fácilmente.

—No olvides que vivo del deporte y no suelo beber nunca, así que no aguanto demasiado bien el alcohol.

—Sabes que si vine fue porque César me prometió que no me dejaría sola ni un minuto, y resulta que en cuanto ve a tu amigo se olvida de mí y me deja a merced de esos buitres.

—¿Por eso estás enfadada?

—Sí —confesó tomándose de nuevo el cóctel de golpe, y Víctor, cómo no, la acompañó bebiéndose el suyo.

—Samanta, no puedes pretender que César esté contigo las veinticuatro horas del día, no seas injusta.

—Sí, ahora sé que él no va a estar a mi lado eternamente, que llegará un día en el que encontrará a su hombre ideal, y yo dejaré de ser importante para él.

—No digas tonterías, tú siempre serás importante para él.

—Puede que sí, pero ya no estará a mi lado como no lo está mi hijo, que casi no lo veo últimamente porque se pasa los días con tu hija.

Nada más escuchar esas palabras, Víctor se dio cuenta de que todo el problema de Samanta era que se sentía sola, su hijo iba abandonando el nido poco a poco y el abandono de César esa noche solamente era un pequeño empujón a la triste realidad.

—Samanta, ¿quieres bailar conmigo?

—¡Uuuy! Para eso necesitaría otro cóctel.

—Camarero, ¡dos más! —gritó Víctor haciendo reír a Samanta.

Cuando el camarero puso las dos copas delante de ellos en la barra, Víctor le ofreció una a Samanta con una sonrisa socarrona consiguiendo que el corazón de ella galopara con fuerza en su pecho, después cogió la suya y chocándolas se la bebieron de golpe. Acto seguido la cogió de la mano y la obligó a levantarse del taburete para llevarla hasta la pista de baile y una vez allí la cogió por la cintura, la pegó a su cuerpo en un fuerte abrazo y empezaron a bailar.

—Víctor, estoy mareada —le advirtió en un susurró.

—Yo también, eso más que un cóctel era una bomba. —Consiguió hacerla reír una vez más.

—Sí, una bomba que mientras estaba sentada no la notaba, pero que al levantarme está causando estragos.

—¿Samanta?

—¿Qué?

—Estoy un poco borracho y me muero de ganas de besarte, si supieras lo mucho que te deseo.

—Entonces, ¿a qué estás esperando?, yo también te deseo, Víctor, llevo veinticuatro malditos años deseándote. ¡Uuuy! Debo de estar muy borracha para decir estas cosas, ¿verdad?

—Sí, pero ya sabes lo que dicen; que los niños y los borrachos siempre dicen la verdad.

Nada más decir eso agachó su cabeza muy despacio y besó sus labios con mucha ternura, temiendo que ella reaccionara y lo abofeteara, pero para su sorpresa ella le devolvió el beso y agarrando las solapas de su esmoquin lo apretó contra ella exigiéndole otro más, algo irresistible para él, ya que lo había deseado desde el primer instante en el que volvió a encontrarla. Sus labios se apoderaron de los de ella con besos suaves y cálidos, despertando en Samanta unas ganas locas de sentirlo más y más, así que sin poder controlarse abrió sus labios para él y se dejó llevar por esa sensación tan agradable y que tanto había añorado perdiendo el control entre sus brazos.

Víctor creía estar soñando, ya que nunca pensó que Samanta se deshiciera tan rápido entre sus brazos, esa pasión que ella le entregaba lo estaba enloqueciendo. Sus besos se volvían posesivos, ardientes y muy apasionados, tanto que podía sentir cómo se entregaba cada vez más y más a él con la misma pasión.

Cuando se apartó de ella para recuperar el aliento, y la vio agitada por todas esas emociones, no pudo evitar preguntarle:

—¿Quieres que subamos a tu habitación?

—Víctor…, yo…

—Por favor, lo estás deseando tanto como yo.

—¡Uummm! Para eso necesitaría dos copazos más. —Sonrió.

Víctor, sin pensárselo dos veces, la llevó hasta la barra y le pidió cuatro copas más al camarero y, una vez estuvieron en la barra, le preguntó retándola con la mirada:

—¿Te atreves?

Ella, sin poder resistirse más a esos ojos verdes y penetrantes, agarró la copa entre sus dedos y se la bebió de golpe, al igual que él, después se sonrieron mutuamente y se bebieron la otra.

—¿Crees que seremos capaces de llegar hasta mi habitación? —preguntó Samanta nada más terminársela.

—Sí, de eso me encargo yo.

Samanta empezó a reírse a carcajadas mientras él tiraba de ella llevándola hasta los ascensores. Esperando a que llegara uno, Víctor volvió a besarla, y ella se dejó llevar.

—Víctor…, no sé si deberíamos.

—¡Ssshhh! Olvídate de todo esta noche y disfrutemos de este momento tan mágico.

—¿Solo esta noche?

—Si es lo que tú quieres, solo esta noche, si fuera por mí me pasaría la vida entera amándote.

Después de esas palabras volvió a enloquecerla con sus besos y cuando el ascensor llegó Víctor volvió a coger su mano y tiró de ella para meterla dentro. Entre las copas y el tirón, Samanta perdió el equilibrio y cuando estuvo a punto de caer al suelo Víctor volvió a sujetarla de la cintura pegándola a él de nuevo.

—Casi me caigo —confesó muerta de risa—. Estoy borracha, ¿de verdad quieres hacer el amor con una borracha?

—Quiero hacer el amor contigo y no me importa en qué condiciones estés. Además, yo también estoy borracho.

—Sabes que mañana volveré a odiarte, ¿verdad?

Su cara era tan graciosa al hablar con esa embriaguez que llevaba que Víctor no pudo evitar sonreír.

—Sí, lo sé, y sabes que yo mañana seguiré suplicando tu perdón, ¿verdad?

—¡Biiieeen! Porque si no lo haces te mataréééé.

Víctor quería saber si de verdad los borrachos eran capaces de decir la verdad así que volvió a preguntar:

—¿Cuántos amantes has tenido después de mí?

—Uuunooo.

—¿César?

—Nooo, a César solo le gustan los culitos, y el mío no se toca —dijo haciendo reír a Víctor, el ascensor acaba de parar y al salir Samanta le dio la tarjeta del bolso—. Toma, no creo que yo pueda abriiir.

Víctor miró la tarjeta y cuando vio el número volvió a cogerla de la mano y la llevó hasta la habitación, una vez dentro la besó de nuevo y cogiéndola en brazos se dirigió hasta el dormitorio. Víctor había bebido lo mismo que ella, estaba un poco mareado, pero controlaba la situación y sabía muy bien lo que hacía. No deseaba nada más en el mundo que a esa mujer que llevaba en brazos y que parecía estar a su merced gracias a esas copas de más y, aun sabiendo que no debía seguir adelante por el mero hecho de que ella estaba ebria, no podía dejar pasar esa oportunidad de volver a tenerla, aunque eso le causara muchos problemas al día siguiente.

Seguía besándola cuando la dejó en el suelo y también cuando ella se quitó los zapatos de repente, perdiendo de golpe un palmo de altura, escapándosele a él bruscamente de entre los brazos, pues no esperaba que de pronto ella fuera a quedarle a la altura del pecho.

—¡Ups! Desaparecí —volvió a reírse a carcajadas haciéndole reír.

—No puedes desaparecer, preciosa, porque yo te necesito. —De pronto, un mal presentimiento lo envolvió y se vio obligado a preguntarle—: Antes has dicho que tuviste un amante, ¿sigues con él o se ha terminado?

—Nooo, lo mío con Vic no puede terminar hasta que yo no quiera.

—¿Vic?

—Sí, Vic.

—¿Tienes un amante que se llama como yo?

—Sí, aunque no es como tú, él nunca me decepcionaría ni me mentiría y tampoco me dejaría, solo me falla cuando se le acaban las pilas.

—¿Las pilas? ¡Joder, Samanta!, ¿estás hablando de un consolador?

—Síií, él es mi amante ideal y nunca me falla. —Rio a carcajadas al ver su cara.

—¡Estás loca! —Esa vez fue él el que se carcajeó.

—Nooo, más bien borracha.

—¿Le pusiste el diminutivo de mi nombre a un consolador?

—Yo no…, fue César.

—¡Hostias! Prefiero no saber por qué, olvidémonos de César, esta noche es nuestra.

Después de esas palabras volvió a apoderarse de su boca y con besos ardientes empezaba a enloquecerla de pasión mientras le deshacía el recogido que llevaba para poder enredar los dedos en sus cabellos apretándola fuerte contra su cuerpo. Saciado de su boca, sus labios descendieron muy lentamente por su cuello mientras acariciaba sus hombros descendiendo por su espalda hasta llegar a la cremallera del vestido, que bajó lentamente, para después subir las manos por su espalda desnuda en una suave caricia sintiendo cómo su piel se erizaba. Cogiendo el único tirante de su vestido lo quitó muy despacio al mismo tiempo que sus labios recorrían su hombro desnudo para dejarlo caer al suelo y así poder contemplar por fin ese cuerpo precioso y perfecto que tanto había anhelado desde que volvieron a encontrarse.

Allí, frente a él, con un sujetador sin tirantes y unas minúsculas tangas, tenía a la mujer más hermosa del mundo, a la única mujer que siempre había deseado por encima de todas las demás, incluso de su esposa en sus mejores tiempos, ya que Samanta fue la primera chica que se coló en su corazón, la primera y la única, en ese mismo instante supo que antes y después de ella no había vuelto a enamorarse.

Cuando Samanta vio la mirada de Víctor recorriendo todo su cuerpo con esos ojos tan verdes y tan penetrantes, se dio cuenta de una cosa; de lo mucho que lo había echado de menos, y de pronto fue como si todo el alcohol de su cuerpo se hubiera disipado al darse cuenta de lo que estaba a punto de pasar en ese momento y tuvo miedo, miedo de volver a estar entre sus brazos después de tantos años, miedo de volver a enamorarse, miedo de que él volviera a decepcionarla, pero al mismo tiempo sentía un deseo incontrolable de volverse a sentir amada por él, de volver vibrar entre sus brazos y de que él volviera a hacerla sentirse viva. Cuando vio a Víctor quitarse la chaqueta del esmoquin, la pajarita y la camisa, y contempló ese pecho fuerte y musculoso, el deseo creció en ella a pasos agigantados y sin pensárselo demasiado se le echó en los brazos deseando que él le hiciera olvidar esa pequeña vocecita en su cerebro que le gritaba: «¡Huye! O te volverá a partir el corazón».

Víctor estaba aterrado al ver la cara de Samanta, cómo lo miraba semidesnudo, pues parecía que fuera a echar a correr en cuestión de segundos y eso fue lo que hizo, pero, para sorpresa suya, corrió en su dirección echándosele en los brazos. Víctor la abrazó y la besó con fuerza demoledora, deseando y queriendo que los miedos de ella desaparecieran, pues él había visto en su cara el terror al desnudarse frente a ella.

Sin darle tiempo a pensar, y enloqueciéndola de nuevo con sus besos, acabó desnudándose por completo y le quitó el sujetador, tumbándola en la cama y acostándose a su lado sus besos empezaron a ser un dulce y placentero reguero por su cuerpo, despertando en ella un deseo incontrolable, acariciaba sus pechos y los besaba con una pasión infinita mientras su mano bajaba lentamente en una suave caricia erizándole la piel por donde pasaba, hasta llegar a su tanga para enredarlo entre sus dedos y bajarlo lentamente sin dejar de acariciar su sedosa piel, una vez quitado sus dedos subieron en dirección contraria hasta esa zona tan sensible, satisfecho al encontrarla cálida, húmeda y deseosa por sus caricias. Sin poder esperar un minuto más, sintiéndola tan entregada a él, abrió sus piernas colándose entre ellas, la penetró muy despacio mirándola a los ojos, pues en el mismo instante en el que él había empezado a deslizarse en su interior, ella había abierto sus ojos y lo miraba turbada de placer. Víctor, necesitando que ella supiera lo que ese momento significaba para él, le susurró:

—Te amo, Sam.

Después de esas tres palabras tan significativas sus labios atraparon los de ella con un beso muy tierno y sus caderas empezaron a marcar un ritmo muy preciso, destinado a provocar en ella un placer intenso y enloquecedor, el cual aumentaba según iba él acelerando su propio ritmo de caderas, para llegar juntos hasta la cumbre del placer. Recuperando el aliento, y sin poder dejar de besarla, Víctor se apoyaba con sus antebrazos para no aplastarla sin apartar la vista de sus ojos.

—Será mejor que te vayas, Víctor —le habló muy seria dejándolo pasmado.

—¿Por qué?

—Porque esto no debió pasar nunca.

—Pero ha pasado y no me arrepiento.

—Víctor…

—No, no voy a marcharme, y por más que intentes echarme sé que no quieres que me vaya. Te amo, Sam.

—No vuelvas a decir eso, no vuelvas a mentirme.

—No te estoy mintiendo, Sam, te amo, y quiero que sepas que nunca he dicho estas palabras a nadie porque ninguna mujer ha ocupado ese rincón que ocupas tú en mi corazón.

—¡Ya, claro! Seguro que nunca le has dicho a tu mujer que la quieres.

—Sí, le he dicho que la quiero miles de veces.

—¿Ves?, ¡eres un mentiroso! Vete, no quiero…

—Pero nunca le dije que la amaba, ni a ella ni a nadie, siempre has sido tú, Samanta, la primera chica que me enamoró, la primera y la única.

—No te creo y quiero que te vayas.

—Te amo, Sam —le repitió dándole un beso en los labios—, te amo —volvió a decir besándole y mordiéndole la mandíbula—, te amo —agregó besando su cuello—, te amo. —Esta vez eran sus pechos los que llenaban su boca—. Te amo, te amo, te amo —decía recorriendo su abdomen y pelvis con besos cálidos y húmedos, pues al mismo tiempo la acariciaba con su lengua erizándole la piel—, te amo —añadió por última vez hundiendo la boca en su centro de placer castigándola sin piedad hasta sentir esas pequeñas convulsiones que le revelaban que había llegado hasta el límite.

Sin dejarla recuperarse volvió a colarse entre sus piernas y esa vez sus movimientos no eran suaves ni delicados, sino todo lo contrario; eran fuertes y duros, volviéndola a llevar hasta la cumbre del placer dejándose arrastrar con ella.

—¡Oh, Dios mío! —gritó ella muerta de cansancio arropada por Víctor, pues él, agotado, se

había dejado caer en la cama arrastrándola, abrazándola y apretándola entre sus brazos fuertes y musculosos.

—Síií, ha sido increíble.

—Te odio, Víctor Delgado, y quiero que te vayas de mi habitación.

—No voy a marcharme, Sam, así que no vuelvas a insistir.

—Tienes suerte de que esté tan cansada, si no te echaría a patadas.

—Es bueno saber eso.

—¿Por qué?

—Porque cada vez que intentes echarme de tu lado solo tendré que cansarte a polvos para dejarte así; agotada y rendida entre mis brazos.

—Nunca más va a haber una próxima vez.

—Nunca digas nunca, preciosa. Ahora, duérmete, es muy tarde. Buenas noches, y no olvides una cosa.

—¿El qué? —le preguntó curiosa al ver que él no seguía hablando.

—Que te amo —contestó con una sonrisa muy socarrona haciéndole palpitar de nuevo el corazón.

Con un último beso apasionado se quedaron abrazados y se durmieron cansados, pero sumamente satisfechos el uno en brazos del otro, por más que a ella le costara reconocerlo.



Capítulo 49

Víctor se despertó y cuando encontró a Samanta entre sus brazos una sensación muy placentera lo llenó de gozo e inmediatamente se dio cuenta de que quería despertarse así todos los días de su vida. Sin poder evitarlo, empezó a besarla suavemente en la mejilla. Samanta, al sentir sus besos, se despertó de golpe y dio un brinco asustada.

—Joder, ¡qué susto! —gritó agitada.

—Tranquila, soy yo, no te asustes…

—¿Que no me asuste? ¿Cómo no voy a asustarme? No estoy acostumbrada a despertarme y encontrarme a alguien en mi cama.

—Lo sé y eso me gusta. —La besó de nuevo apretándola fuerte entre sus brazos.

—Víctor…, para… —le pidió con los labios pegados a los suyos, ya que él no dejaba de besarla.

—No quiero…, quiero despertarme así… todos los días de mi vida… —seguía diciéndole entre beso y beso.

—No, Víctor…, para…

—¡Ssshhh! Te sigo deseando tanto como ayer —le confesó besándola con mucha pasión colándose entre sus piernas.

Samanta no podía resistirse a sus besos ni a sus caricias y al fin se dejó llevar, pero cuando Víctor se puso encima de ella, abrió sus piernas y colándose entre ellas empezó a penetrarla lentamente una voz de alarma saltó en su cabeza y le gritó liberando su boca de aquellos besos.

—Víctor, ¡para, para!

—Sam, te amo, déjame hacerte el amor.

—¡¡No, basta!!

Víctor, al escuchar su grito desesperado, dejó de moverse inmediatamente y la miró asustado.

—¿Te he hecho daño?

—Júrame, por favor, que ayer no me hiciste el amor sin preservativos.

Víctor percibiendo lo que iba a suceder se dejó caer en la cama derrotado.

—No puedo —confesó muy serio.

Samanta, levantándose de la cama y tirando de la sábana para poder enrollársela en el cuerpo, empezó a gritar mientras caminaba por la habitación nerviosa.

—¡Mierda, mierda, mierda! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué fuiste tan irresponsable?! ¡No sé cómo he podido volver a caer una vez más en tu juego! ¡No sé cómo he podido ser tan estúpida!

—Sam, por favor, tranquilízate y hablemos.

—¡¡No quiero tranquilizarme y no quiero hablar contigo!! ¡¡Solo tengo ganas de matarte!! ¡Solo me faltaba ahora que me pegaras algo!

—¡Joder, Samanta!, no tengo nada que pegarte, estoy muy sano.

—No me importa, aun así, debiste poner medios y ¿si volviera a quedarme embarazada?

—Pues si eso ocurriera espero que esta vez sea el primero en enterarme, y en cuanto tú lo sepas, por favor, no veinticuatro años después.

Samanta, con toda la mala leche que llevaba y después de esas palabras, se acercó a él y le dio una bofetada gritándole furiosa:

—¡Uuuyyy! Te odio y quiero que te largues de mi habitación ahora mismo.

—¿Estás segura de que es lo que quieres? —preguntó acariciando su cara que le ardía por el bofetón.

—¡Sí, estoy segura!

Víctor se levantó de la cama muy cabreado y se vistió rápido y en silencio, Samanta no podía dejar de mirarlo y aun con el cabreo que llevaba no podía dejar de admirar su increíble fisonomía. Cuando terminó de vestirse se acercó a ella y sin decirle nada abrazó su cintura acercándola a él dejándola sin palabras.

—Ayer no fui el único que no pensó en ponerse un puto preservativo, estaba demasiado cachondo, medio borracho, como tú, y te deseaba tanto que sí, que en lo único en lo que no pensé en ese momento fue en ponerme una goma. Pero tú también pudiste haber pensado en eso y, sin embargo, no lo hiciste, y no lo hiciste porque estabas tan cachonda como yo, tan borracha como yo y tan deseosa como yo. Así que no quieras culparme a mí de todo, ya que los dos fuimos unos irresponsables. Ahora voy a dejarte para que te tranquilices y espero que no eches por la borda todo lo que podría pasar entre nosotros por un estúpido orgullo. No creo que Vic pueda volver a saciarte después de lo que pasó ayer.

—¿Vic? —le preguntó ruborizándose al pensar que él pudiera saber de su existencia— ¿Tú… tú… tú cómo sabes…?

—No sabes todo lo que un borracho puede llegar a confesar.

—Me estuviste sonsacando porque estaba borracha. ¡Eres un cerdo! —le gritó mucho más furiosa y levantando la mano de nuevo para volver a golpearle.

Víctor esa vez estaba más alerta, así que al verla levantar la mano con intención de golpearlo de nuevo, agarró su muñeca y le retorció el brazo por la espalda apretándola contra su cuerpo.

—No vuelvas a hacer eso, Sam.

—¡Te odio!

—Sí, eso ya me lo dijiste ayer, pero ¿sabes una cosa?, no te creo.

Con esas últimas palabras atrapó su boca con la suya y la besó con un deseo incontrolable, ella intentaba alejarse de él, pero él no la dejaba, y cuanto más intentaba alejarse más la apretaba él para retenerla, cansada de luchar contra él porque no tenía la fuerza suficiente, acabó rindiéndose a ese beso. Cuando por fin él dejó de besarla, ella le habló con un hilo de voz:

—Vete y déjame sola.

—Está bien, ya me voy.

—Y no te confundas, no hay segundas oportunidades entre nosotros, esto no se va a volver a repetir —le advirtió antes de que saliera por la puerta.

—Si tú lo dices —dijo con sarcasmo.

Cabreado, por la cabezonería de Samanta y por esa discusión de buena mañana, Víctor llegó a la puerta y cuando estaba a punto de abrirla notó que pisaba algo, al mirar hacia abajo vio una carta que debían haber colado por debajo de la puerta. Se agachó y al ver que no estaba cerrada, que solo tenía la solapa por dentro del sobre, la abrió. Cuando la leyó el corazón empezó a latirle con fuerza y una sensación de impotencia lo envolvió y lo aterró al mismo tiempo. Furioso, regresó a la habitación con la carta entre sus manos.

—Tienes una carta —le anunció al entrar de nuevo en la habitación.

—¿Qué haces aquí todavía?, ya tenías que haberte largado.

—Sí, tenía, pero creo que después de esta carta no voy a ir a ningún sitio.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loco? ¿Y de qué carta hablas?

—De esta —respondió dándosela muy serio.

—¿Cómo te atreves a abrir mis car…?

Las palabras se le cortaron en la garganta al ver esas letras recortadas y pegadas de revistas formando un grupo de palabras que decían.

Maldita zorra,
esta vez te has pasado y vas a pagar por ello.
No te conformas con ridiculizarme en público y defenderlo,
sino que ahora te acuestas con él.
Vas a morir, y yo por fin me sentiré bien.
Y, recuerda una cosa, si no es mío no es de nadie.

—¿Estás bien? —Quiso saber Víctor al darse cuenta de que ella había terminado de leerla, pero seguía en el mismo sitio sin moverse.

—Pues claro. —Reaccionó rápidamente—. ¿Por qué no tendría que estar bien? ¿Crees que voy a asustarme por las amenazas de una loca despechada por ti? Vete tú a saber a cuántas has dejado por el camino.

—Sam, esto no es una broma, es una amenaza y es de muerte.

—¡Bah!, tonterías, si alguien quiere matarte no va escribiendo cartas allá donde vas, simplemente te mata y ya está.

—¿Qué quieres decir?, ¿has recibido más amenazas?

—Desde el día que me disculpé y dije en público que ya no publicaría nada malo sobre ti, al final resultó que mi informador era una mujer, y debiste de hacerle mucho más daño que a mí, ya que parece muy cabreada al no poder atacarte a través de mi revista.

—¡Ya basta, Samanta! No puedo creer que estés tan tranquila, que todo este asunto no te asuste porque a mí me tiene acojonado.

—¿A ti? ¿Y por qué precisamente a ti debería acojonarte este asunto?

—Es evidente, ¿no?

—No.

—¡Joder, Samanta! —le gritó acercándose a ella agarrándole la cara entre sus manos para dejarle claro de una vez por todas sus sentimientos—. Si algo te pasara…, ¡mierda!, si algo te pasara yo no podría seguir adelante. Te amo, Sam, y no voy a perderte ahora que te he encontrado de nuevo, el que quiera hacerte daño a ti, primero tendrá que matarme a mí.

—Muy bonito, pero déjate de tonterías, nada me va a pasar y ahora vete —le dijo apartándose de él, pues no quería caer de nuevo rendida a sus pies si volvía a besarla—. Tengo que ducharme, hacer el equipaje y desayunar antes de coger un avión.

—Sam, no…

—Mira, Víctor, no necesito a ningún héroe. He pasado todos estos años sin ti y sin ti sigo queriendo estar. Sé cuidarme solita y no me dan miedo las cartas de una cobarde que no es capaz de dar la cara.

Mientras hablaba iba empujándolo hacia la puerta y al llegar a ella la abrió.

—Está bien, me marcho, pero prométeme una cosa —le pidió antes de abandonar la habitación.

—¿Qué cosa?

—Si alguna vez ves algo raro o piensas que puedes estar en peligro, llámame, y acudiré a ti

antes de que puedas pestañear.

—No exageremos las cosas, ¿vale?

—No sé por qué tú no lo haces, yo no puedo evitarlo.

—Adiós, Víctor.

—Prométemelo, Sam —insistió antes de que cerrara la puerta.

—Está bien, te lo prometo, si alguna loca intenta matarme, tú serás el primero en saberlo, ¿estás contento?

—No, pero bueno. Nos vemos luego.

Cuando por fin se quedó sola y se metió en la ducha no podía dejar de pensar en todas las cosas que Víctor le había dicho, parecía realmente asustado por lo que pudiera pasarle y también parecía sincero al decirle que la amaba, pero era mejor no creer en sus palabras, ya que jamás podría estar segura de saber si le mentía o no. Recordando esa noche tan increíble se decía a sí misma que tampoco podía ser tan injusta y culparlo a él de todo, ya que estando entre sus brazos en lo que menos podía pensar ella era en detenerle y obligarlo a ponerse un condón. No pudo hacerlo aquella noche en la orilla del mar y tampoco pudo hacerlo la noche anterior mientras se retorcía de placer entre sus brazos, así que se maldecía a sí misma y se decía una y otra vez que debía alejarse de Víctor Delgado.



Capítulo 50

Víctor y Ángel bajaban en el ascensor y, mientras Víctor le contaba todo lo referente sobre la carta y las amenazas a Samanta, Ángel no dejaba de mirarlo.

—¿Qué te pasa, macho? —le preguntó al ver que no decía nada—. Parece que estás en el limbo hoy.

—No me pasa nada, solo te pido que no nos sentemos en la misma mesa que César y Samanta.

—¿Por qué? Creí que César te caía bien, ¿ha ocurrido algo?

—No.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Nada, es igual, no importa.

Cuando llegaron al comedor, Víctor echó un vistazo y en cuanto los vio fue directo hacia su mesa. Cuando Samanta lo vio aparecer el corazón empezó a hacerle cabriolas en el pecho, pues Víctor no podía estar más atractivo con esos vaqueros desgastados, ese polo de Pedro del Hierro granate y esa cazadora de piel marrón chocolate. Al llegar a su mesa, antes de sentarse, se sacó una cosa del bolsillo trasero del pantalón y lo puso encima de la superficie.

—¿Tú sabías algo de esto? —le preguntó a César muy serio.

César cogió la carta y la leyó atentamente quedándose tan sorprendido como él.

—¡Mierda, Víctor! —exclamó Samanta enfadada—. ¿Por qué haces esto?

—¿Que por qué hago esto? Porque estoy preocupado, por eso lo hago.

—¿Dónde habéis encontrado esto? —los interrumpió César.

—Lo encontré esta mañana cuando iba a salir de la habitación de Sam, alguien debió colarlo por debajo de la puerta mientras dormíamos porque ayer no estaba.

—Víctor… —siseó Samanta para que se callara, pero César no la dejó hablar.

—¡Vaya!, ¿así que habéis pasado la noche juntos?

—Sí —contestó Víctor.

—¡Mierda! —exclamó Samanta de nuevo.

—Pues me alegro, ya era hora de que dejaras que alguien aparte de Vic se colase entre tus piernas…

—Joder, César, ¡calla la boca! —gritó Samanta avergonzada.

—No quiero. Aunque lo que no entiendo es cómo has tardado tanto. —Mirando a Víctor y a Ángel añadió—: No creo que haya mujer que se te resista, ¿verdad? —preguntó a Víctor—. Con esa planta es imposible.

Ángel no dejaba de mirarlo muy serio mientras César halagaba a Víctor descaradamente, como si él fuera invisible.

—Tampoco hay que exagerar —comentó Víctor incómodo.

—¡Ahí va! Y encima modesto, me encantan los hombres modestos.

—César, basta —le advirtió Samanta viendo la incomodidad de Víctor al sentirse piropeado

por César.

—¿Por qué no nos centramos en la carta? —sugirió Víctor intentando cambiar de tema—. ¿Tú sabías algo de las cartas? —Volvió su atención a César.

—¿Las cartas? ¿Es que hay más aparte de esta? —César estaba sorprendido.

—Por lo visto tu socia ha recibido varias amenazas de muerte y no le ha dado importancia.

—¡¿Qué?! ¡¿Desde cuándo estás recibiendo esta mierda?! ¡¿Y por qué no me habías dicho nada?!

—Porque no pensé que fuera importante —contestó tan tranquila.

—Pues debiste decírmelo porque que a uno lo amenacen de muerte no es moco de pavo. ¿Qué vamos a hacer, Víctor?

—¿Por qué le preguntas a él?

—Porque a ti no parece importarte y, sin embargo, a él sí.

—Yo creo que deberíamos ir a la policía.

—Por Dios, Víctor, ¡no seas exagerado! —volvió a exclamar Samanta.

—Yo estoy con Víctor —opinó Ángel—. Si es una loca inofensiva pues ya está, pero si se trata de algo más peligroso la poli debería estar informada.

—Ángel tiene razón. —César miró a Ángel a los ojos con una sonrisa socarrona muy provocativa poniéndolo nervioso e incómodo.

—Sí, y es lo que debemos hacer nada más llegar a Valencia —sentenció Víctor.

—¿Y lo que yo opine no importa? —Samanta seguía molesta.

—¡¡¡Nooo!!! —gritaron Víctor y César al unísono.

Mientras terminaban de desayunar los dos hablaban de lo que iban a hacer. Samanta estaba en medio de los dos y no podía dejar de mirar a Víctor, hasta ella llegaba el aroma de su perfume, pues Víctor estaba recién duchado y perfumado y todo en él era una provocación. Sentía unas ganas locas de apoyar la cabeza en su hombro, aspirar ese maravilloso perfume y besarle con ternura el cuello. Molesta, por no poder controlar sus pensamientos, interrumpió la conversación.

—Tenemos que coger un avión, así que será mejor que espabilemos.

—¿Te apetece venir conmigo hasta el aeropuerto? —preguntó Víctor sorprendiéndola.

—¡No! ¿Tenemos el mismo vuelo?

—Sí, por eso podríamos ir juntos…

—No, prefiero ir con César.

—A mí no me importa que vayas con él. —César le guiñó un ojo a Víctor.

—Pero a mí sí —citó Samanta tirando de él—. Vamos a por las maletas.

—Vale, entonces tendrás que contarme cómo lo pasaste ayer —exigió andando detrás de Samanta.

—No pienso contarte nada.

—Serás *zorrona* —bromeó César haciéndola reír.

***

Nada más sentarse en el asiento del avión, y ver a Víctor entrar, una sensación muy extraña recorrió todo su cuerpo, necesitaba mantenerse lo más alejada de él posible.

—Si Víctor pregunta por mí dile que me he ido en taxi, ¡ah!, y vigila mi equipaje —le pidió a César levantándose del asiento.

—Pero ¿te has vuelto loca? ¿Qué vas a hacer?

—Cambiarle mi sitio a un pasajero de turista y, no te preocupes, intentaré que sea hombre y

que esté bueno.

—No seas niña, Sam...

—Cuida mi equipaje.

Samanta se coló en la clase turista, donde aún estaba la gente intentando acomodarse y convenció a un chico que viajaba solo para que le cambiara el asiento, aunque no necesitó decírselo dos veces, ya que, solo con explicarle que podía beber lo que quisiera, el chico le dio su billete y se dirigió rápido a primera clase.

Cuando Víctor vio a César se acercó rápidamente hacia él.

—¿Podrías hacerme un favor? ¿Podrías cambiarme el sitio antes de que venga Samanta? Necesito hablar con ella.

—Vaya, parece ser que Samanta sí sabía lo que ibas a hacer.

—¿Qué quieres decir?

—Discúlpeme, creo que este es mi asiento.

Cuando Víctor se giró y vio a un chico joven reclamar el asiento de Samanta miró a César esperando una explicación.

—A mí no me mires, esto es cosa de Sam.

—¿Qué haces aquí? —interrogó Víctor a ese chico que se acomodaba en el asiento de Samanta—. Es evidente que este sitio no es tuyo.

—Hasta hace apenas unos minutos no. —Sonrió el muchacho.

—Explícate.

—Hace un momento vino una mujer muy bonita y me ofreció cambiar mi asiento de turista por el suyo de primera. Primero pensé que estaba loca, pero cuando volvió a insistir no me pude negar. ¿Quién rechazaría una oportunidad como esta? Puede que sea la primera y última vez que viaje en primera.

—¡Esta mujer es el colmo de los colmos! —gritó Víctor enfurecido caminando hacia la clase turista.

—Señor, no puede… —empezó a decirle una azafata antes de cruzar la puerta que separaba ambas categorías. El muchacho se sentó al lado de César, con el que empezó una conversación muy amigable, y Ángel no dejaba de mirarlos muy cabreado.

—Solo será un momento. —Víctor atravesó la puerta buscando a Samanta con la mirada, una vez la localizó se acercó y le preguntó a la mujer que estaba a su lado—. ¿Viaja sola?

—¿Y a usted qué le importa? —respondió la mujer.

—No tenemos mucho tiempo antes de que las azafatas nos obliguen a sentarnos. ¿Le gustaría cambiar mi billete de primera por el suyo de turista? No hay nada más cómodo que viajar en primera, se lo puedo asegurar.

—Entonces, ¿por qué quiere usted cambiarme el billete? —preguntó confusa.

—Porque es la única manera de compartir sitio con esta señorita tan cabezona —contestó mirando a Samanta, que estaba alucinada y pasmada por lo que estaba haciendo Víctor, no podía articular palabra—, ya que una vez el avión se ponga en marcha no tendrá más remedio que aguantarme.

Con una sonrisa y un guiño de ojos conquistó a esa mujer que levantándose del asiento le dio su billete a Víctor diciéndole a Samanta antes de marcharse:

—Señorita, debería usted cuidar bien de este caballero, ya no hay hombres capaces de hacer estas cosas por amor y encima es muy guapo. Tiene usted suerte.

—Gracias, señora, es usted muy amable. —Víctor por fin se sentó a su lado—. ¿De verdad pensabas que podías escapar de mí tan fácilmente?

—Si me tirara del avión, ¿saltarías conmigo?

—Por supuesto, preciosa.

—Víctor, yo no quiero…

Samanta se vio interrumpida por un hombre que tenía sentado a su lado en la otra parte del pasillo preguntándole a Víctor:

—Discúlpeme, ¿es usted Víctor Delgado?

—Sí, soy yo.

—¿Podría firmarme un autógrafo?

—Sí, cómo no. Voy a matarte —amenazó en voz baja y al oído a Samanta—, no sabes lo que acabas de desatar.

—¿Yo? ¿El qué?

Aún no había terminado de hacer esa pregunta cuando de repente la mitad de los hombres de ese vuelo se levantaban para conseguir un autógrafo de Víctor Delgado, justo en ese momento se dio cuenta Samanta de por qué Víctor le había dicho eso. Todos le avasallaban y preguntaban cosas mientras Víctor les firmaba en cualquier sitio donde ellos le ponían delante un bolígrafo, ya fuera una libreta, una hoja en blanco, una servilleta de papel, cualquier cosa que sirviera, no les importaba el qué, solo ver su firma con una pequeña dedicatoria. Incluso una chica de unos treinta y pocos años se acercó poniendo su agenda entre los muslos de Víctor y mientras él le firmaba ella coqueteaba descaradamente con él, dándole una tarjeta de visita diciéndole insinuante:

—Si estás aburrido, llámame, podríamos pasarlo muy bien.

Víctor la despidió con una sonrisa sacando de quicio a Samanta, pero nada más irse la chica él rompió la tarjeta y la tiró al suelo, ese gesto agradó demasiado a Samanta, aunque no quisiera reconocérselo a sí misma.

Cuatro azafatas tuvieron que acudir para obligar a toda esa gente a volver a sus asientos y calmar ese gran revuelo que se acababa de formar en un momento, cuando por fin todos estaban en su sitio el avión empezó a despegar.

—¿Ves?, estas cosas no me pasan en primera —se quejó Víctor.

—Lo siento, pero no debiste seguirme.

—Y tú no debiste cambiar tu billete.

—Yo puedo hacer lo que me dé la gana.

—Y yo también. ¿Quieres que sigamos discutiendo como dos críos a vamos a hablar como adultos?

—¿Mejor por qué no vas a hablar con esa muchacha tan bonita que bebía los vientos por ti y me dejas tranquila?

—¿Estás celosa?

—¿Yo? Para nada, por mí puedes hacer lo que te dé la gana.

—Sam, por más mujeres que pasaran delante de mí ofreciéndome sus números de teléfono, incluso sus cuerpos y por más hermosas que fueran, ninguna podría llamar mi atención. ¿Y sabes por qué?

—No, y no me importa.

—Pues, aunque no te importe, te lo diré igualmente. Toda mi atención está en ti, preciosa, tú eres la única mujer que me interesa y con la única que quiero pasar el resto de mis días. Lo que pasó ayer fue increíble…

—No se te ocurra hablar de lo que pasó ayer porque me dan ganas de matarte y quiero que sepas que en cuanto plante un pie en Valencia lo primero que voy a hacer es buscar una farmacia

de guardia y tomarme la píldora del día después.

—Está bien, si es lo que quieres, yo mismo te acompañaré a buscar una farmacia.

—¿Tú me acompañarías? —Se sorprendió.

—Sí.

—¿Tú quieres que me tome esa pastilla? —preguntó esa vez, decepcionada al pensar que él no quisiera que ella se quedara embarazada.

—Cariño, yo quiero lo que tú quieras y si no quieres tener más hijos soy capaz de hacerme una vasectomía. —Con esas palabras la hizo sonreír—. ¿Cuándo vas a darte cuenta de que te amo y vas a olvidar de una vez por todas el pasado?

—Yo… no sé si podré algún día…, no sé si podría volver a confiar en ti.

—Si me dejaras estar a tu lado yo te haría olvidar y te puedo asegurar que nunca más necesitarías a Vic, ¡ah!, y a mí no se me acaban las pilas.

—Qué tonto eres. —Muerta de risa soltó ese pequeño ronquidito dejando a Víctor embelesado mirando sus labios.

—¿Sabes lo mucho que me gusta tu sonrisa?

Su mirada penetrante, su voz ronca y seductora, su mano cálida y aterciopelada acariciando su mejilla, para después pasarla por su nuca enredando los dedos entre su cabello mientras la atraía hacia él. Todo en él era irresistible, así que se dejó llevar por ese momento y cuando sintió sus labios en los suyos se entregó a ese beso olvidándose de todo.

—¿Vas a contarme por qué César te regaló un consolador y por qué le puso mi nombre? —interrogó después de ese beso tan placentero.

—No me hagas hablar de eso, me da vergüenza, incluso me avergüenza que sepas que tengo uno. No sé por qué tuve que contarte todas esas cosas ayer. Recuérdame que no vuelva a beber nunca más. ¿Cuántas cosas te conté y cómo de íntimas eran?

Cada vez que se ponía nerviosa hablaba muy deprisa y estaba muy graciosa, así que Víctor no pudo evitar sonreír y besarla de nuevo.

—Primero, no debería avergonzarte tener un consolador, hoy en día casi todas las mujeres tienen uno; segundo, no debes sentir vergüenza porque yo lo sepa porque cuando ayer me contaste que solo habías tenido un amante, y que este era un consolador, me sentí muy feliz y sé que pensarás que soy un machista y un egoísta, pero me gusta pensar que solo yo he tenido el placer de disfrutar de tu cuerpo.

—Cállate, Víctor, por favor, si alguien te escucha… —Se puso nerviosa mirando a todos lados.

—¡Ssshhh! Nadie nos escucha —susurró acariciando su cara y besándola de nuevo—, esta conversación es privada. Tercero —volvió a decirle con una sonrisa consiguiendo que ella se olvidara de todo y centrara su atención en él, ya que le hablaba muy bajito—, ayer estabas muy habladora con esas copas de más, y eso nos lleva al cuarto punto, no voy a ser yo el que te prohíba beber, ya que gracias a eso pasamos una de las mejores noches de mi vida y que conste que las otras también fueron a tu lado.

—¡Ooohh, por Dios, Víctor! No sigas diciéndome esas cosas.

—¿Por qué?

—Porque no quiero creerlas.

—Pues deberías porque ya te perdí una vez por culpa de unas mentiras y jamás volveré a arriesgarme. No voy a perderte, otra vez no. ¿Ahora quieres que conteste a tu pregunta? ¿Quieres saber todas las cosas que me contaste ayer?

—Sí.

—Entonces tendrás que contarme tú primero por qué César te regaló un consolador, porque me está matando la curiosidad. —Con esas palabras volvió a hacerla reír.

—Está bien, te lo contaré, y que conste que cuando me lo regaló quise matarlo. —Víctor sonrió—. Estábamos enfadados y no nos hablábamos, fue una bronca muy gorda y estuvimos varios días sin dirigirnos la palabra, así que una tarde se presentó en mi oficina y me dijo: «Toma, este es Vic, a ver si usándolo te quitas ese estrés que llevas tantos años almacenando ahí abajo y dejas de ser tan borde». Con esa broma nos dio la risa y todo se arregló entre nosotros. Según él, las mujeres nos estresamos más si no disfrutamos de uno o dos orgasmos por lo menos una vez a la semana y decía que yo llevaba muchos años de estrés acumulados. He de confesar que después de probar a Vic me di cuenta de que tenía razón, la mala leche se me pasó la primera vez que lo probé y desde entonces es mi amante fiel. ¡Mierda! ¿¡Por qué te cuento estas cosas!? —exclamo haciéndole reír.

—Solo espero que después de lo que ocurrió ayer dejes que sea yo tu amante fiel.

—Tú, fiel, ¡ja! No me hagas reír.

—¿Sabes cuándo un hombre es fiel a una mujer? Cuando está enamorado. ¿Y sabes precisamente por qué lo es? Por miedo a perderla. Así que puedes estar tranquila, primero, porque te amo y, segundo, porque no quiero perderte. —Con todas esas palabras la dejó pasmada una vez más y viendo el miedo en su cara por tanta sinceridad añadió bromeando—: Aunque podría compartirte con Vic y de vez en cuando montarnos un trío.

A Samanta le dio la risa y le tapó la boca con sus manos para que dejara de hablar diciéndole muerta de risa y de vergüenza al mismo tiempo por esa sugerencia:

—Eres un sinvergüenza.

—No, ya no, hace mucho que dejé de serlo y es lo que tengo que demostrarte para que vuelvas a confiar en mí.

—¿Por qué no dejamos de hablar de nosotros y me cuentas cómo vas con la búsqueda de pisos para los chicos?

Samanta quería dejar ese tema porque si Víctor seguía diciéndole esas cosas ella misma se le subiría a horcajadas y le pediría a gritos que le hiciera el amor como si todo el mundo hubiera desaparecido y solo estuvieran ellos dos en ese avión. Víctor al darse cuenta de su estado le siguió el rollo.

—Tengo tres candidatos y, como bien me dijiste, estoy esperando a que me acompañes para ir a verlos. ¿Qué tal mañana?

—¿Mañana?

—Cuanto antes, mejor, los chicos necesitan su propio espacio.

—Bueno, ya veremos.

El resto del viaje se lo pasaron hablando de los chicos, de la futura boda y de cualquier cosa menos de ellos dos, para así evitar acabar discutiendo.

***

Nada más llegar a Valencia los tres se dirigieron a la oficina de Samanta y tanto Víctor como César la obligaron a entregarles las cartas e ir a la comisaria a poner una denuncia. Ninguno de los dos atendía a razones por más que ella les dijera que todo era una tontería y que no había de qué preocuparse, así que, aun siendo domingo, los tres se presentaron en la comisaria y exigieron ver al comisario para que él mismo llevara el caso y, por ser quienes eran, el comisario acudió, a pesar de que era su día libre, y estudió las cartas prometiéndoles que él mismo iba a llevar el

caso.

Víctor le pidió el favor al comisario de que pusiera una patrulla vigilando a Samanta, pero ella se negó en rotundo y les prohibió hacer tal cosa, al final acabó consiguiendo un poco de margen y aceptaron de muy mala gana, tanto Víctor como César, no ponerle vigilancia.

Cuando salieron de la comisaria Víctor se ofreció a llevarla a casa, pero Samanta decidió irse con César, pues sabía que cuantas más horas pasara con Víctor más difícil sería quitárselo de encima.

Por la noche, cuando se tumbó en la cama, Samanta recibió un wasap, cuando vio que era de Víctor no pudo resistir la tentación de leerlo.

Víctor
Hola, preciosa. 😘
¿Cómo has pasado el día?

Samanta
Hola, pesado.
Tranquila y descansando que me hacía falta.

Víctor
No me extraña, después de la noche que pasamos ayer. 😜

Samanta al leer eso no pudo evitar reírse y recordar la noche tan maravillosa que los dos habían compartido.

Víctor
Yo también he necesitado un poco de descanso.
El problema es que no he dejado de pensar en ti y te he echado mucho de menos.

Samanta
Víctor, tengo que dejarte, mañana tengo mucho que hacer.

Víctor
¿A qué hora terminas mañana?

Samanta
Tarde, sobre las ocho. ¿Por?

Víctor
A las ocho estaré en tu oficina.

Samanta
¿Para qué?

Víctor
Me dijiste que me acompañarías a ver un piso para los chicos y tengo el piso perfecto, necesito tu opinión.

Samanta
Entonces mejor que te acompañen los chicos, ¿no crees?
Al fin y al cabo, es para ellos.

Víctor
No.
Quiero que sea una sorpresa, por eso necesito tu opinión.
Sam, por favor.

Samanta
Está bien, mañana a las ocho.

Víctor
Gracias. ❤️
Hasta mañana. 😘

Samanta
Buenas noches.



Capítulo 51

Al día siguiente Víctor acudió a las oficinas de Samanta y al preguntar por ella la secretaria le dijo que estaba en el despacho de César, cuando la secretaria anunció su llegada Samanta se puso muy nerviosa.

—¡Mierda!, al final ha venido.

—¿Dudabas de que lo hiciera? —Se rio César al verla nerviosa como una colegiala.

—Más bien deseaba que no lo hiciera.

—Ay, cariño, a ese hombre ya no te lo quitas de encima ni con aceite hirviendo. Bueno, ¿le digo que pase o lo recibes en tu oficina?

—No, no, no, mejor aquí.

—¿Te da miedo estar con él a solas? —le preguntó con una sonrisa, después le dijo a su secretaria que aún seguía al teléfono—: Hazle pasar a mi despacho.

—No digas tonterías, es solo que me parece una estupidez salir de aquí para recibirlo en mi despacho.

—Sí, sí. —Volvió a reír al ver la cara de mal humor de su amiga e inmediatamente se giró hacia la puerta para darle la bienvenida a Víctor—. Hola, Víctor —mientras le saludaba le ofrecía su mano.

—Hola, César —le devolvió el saludo y después, acercándose a Samanta, con un beso muy tierno en los labios, le dijo—: Hola, preciosa.

—Hola —lo saludó pasmada al darle ese beso como si entre ellos fuera la cosa más natural del mundo.

—¿Has recibido noticias de la policía? —Quiso saber Víctor.

—No.

—¿Y otra carta por la que debiéramos preocuparnos?

—No…, no he recibido nada. —Samanta cada vez estaba más sorprendida, ya que parecía realmente preocupado.

—¿Nos vamos?

—Sí, voy a mi despacho a por el abrigo, y nos vamos. —Antes de marcharse añadió—: ¡Ah!, César nos acompañará. ¿Verdad, cariño? —aseguró sin darle oportunidad a negarse.

Cuando Samanta se fue dejándolos solos, César miró a Víctor.

—Yo no sabía nada, acabo de enterarme ahora mismo. ¿Dónde se supone que tengo que acompañaros?

—No vas a acompañarnos, invéntate cualquier cosa y déjanos solos, por favor.

—Está bien, me inventaré algo.

—Gracias.

—¿Y dónde vas a llevarla?

—Vamos a ver un piso que quiero regalar a los chicos.

—Ah, sí, es verdad. Sam me habló de eso. Un regalo un poco exagerado, ¿no crees?

—Raquel es mi hija, y Ricardo también, nunca le he hecho un regalo y creo que este le compensará por todos los que no le hice cuando era niño.

—No sabías de su existencia, era normal que no le hicieras ninguno. Y no debes sentirte mal, Ricardo ha sido un niño muy feliz y nunca le ha faltado nada.

—Lo sé.

—Sé que lo que te voy a decir ahora no te va a gustar, pero yo he representado el papel de padre muy bien durante toda su vida y siempre he estado ahí. Aunque también he de reconocer que él siempre quiso saber quién eras.

—Te equivocas, no me molesta que mi hijo te tuviera a su lado, todo lo contrario, he de agradecerte que cuidaras de ellos y lo hiciste muy bien, por cierto.

—Gracias.

—A ti.

—Bueno, ya estoy lista, ¿nos vamos? —Los dos se volvieron al oír a Samanta.

—Lo siento, tendréis que disculparme, pero no puedo acompañaros —soltó César rápidamente.

—¿Por qué? —Samanta estaba aterrada solo al pensar en estar a solas con Víctor—. No digas tonterías y acompáñanos.

—No puedo, cariño, tengo una cita muy importante. Si me lo hubieras dicho antes podría haberla anulado, pero ahora ya me es imposible. De todas formas, no creo que me necesitéis, esa es una decisión que vosotros dos debéis tomar, ya que ni voy a pagar el piso ni voy a disfrutarlo. Eso sí, mi regalo para los novios será todo el mobiliario.

—De eso nada, eso pensaba regalárselo yo. ¡Traidor! —gritó enfadada, pero bromeando al mismo tiempo por no acompañarla y dejarla a solas con Víctor, consiguiendo que los dos se rieran.

—Entonces tendremos que compartir el regalo y amueblarlo de arriba abajo entre los dos, ¿no crees?

—Está bien, pero antes tendremos que ver ese piso. Adiós, recuérdame que mañana te mate —le susurró a César en el oído haciéndole reír mientras se dirigía a la puerta escoltada por Víctor.

Al no tener escapatoria intentó disimular que le aterraba volver a estar a solas con él, pues estaba segura de que si él se ponía cariñoso a ella le sería muy difícil decirle que no, pero estaba decidida a no dejarle acercarse a menos de un metro por lo menos.

Una vez subieron al coche, al ver que volvía a llevar el Mercedes deportivo y que lo conducía él, le preguntó:

—¿Y tu chófer?

—Ya no es mi chófer, bueno, en realidad nunca fue mi chófer, sino el de mi ex, a Amanda nunca le ha gustado conducir, por eso Miguel hacía de chófer para ella y, como ya no está, ha vuelto a sus quehaceres.

—¿Y a qué se dedica ahora? ¿O lo has despedido?

—No, ahora vuelve a ser el jardinero, el que se ocupa de las piscinas, más o menos es el hombre de mantenimiento, el que se encarga de que todo en la casa funcione a la perfección.

—¿Cuántas piscinas tienes?

—Una exterior para el verano y una interior para el invierno, me gusta hacer deporte y después lanzarme de cabeza a la piscina, es muy gratificante.

—Ya, cuando termino de hacer *spinning* lo único que necesito es una buena ducha, así que lanzarse a una piscina de cabeza tiene que ser una pasada.

—Cuando quieras te dejo mi gimnasio y mi piscina y así podrás comprobar lo gratificante que es.

—¿Vuelves a vivir en tu casa? —preguntó sorprendida y con un dolor en el pecho que no podía comprender al imaginar que hubiera vuelto una vez más con su mujer.

—Sí, ¿dónde pensabas que vivía?

—Pues no sé, donde fuera, creí que seguías en el hotel y también creí que esta vez no ibas a volver con tu ex —añadió enfadada. Víctor al darse cuenta de su mal humor, pues ella era como un libro abierto para él, paró el coche en el arcén. Ella, asustada, le gritó—: ¡¿Qué haces? ¿Por qué paras el coche aquí?!

—¿Estás celosa?

—¡¿Qué?!, ¿por… por qué tendría que estar celosa?

—Porque crees que he vuelto con mi esposa.

—No me importa lo que hagas con tu vida, por mí como si te la machacas —espetó furiosa—. Pero no vuelvas nunca más a acercarte a mí, eres un cerdo y un mentiroso. Me juras que me amas y resulta que has vuelto con tu mujer, y lo peor es que lo habías hecho antes de acostarte conmigo. Me has mentido otra vez, así que, ¿sabes qué te digo?, que te acompañe ella a ver los malditos pisos.

—Sam…

—¡Te odio, te odio, te odio! —Cuando intentó salir del coche él puso el seguro—. ¡Abre inmediatamente el coche porque soy capaz de matarte!

—No voy a abrir el coche hasta que no me escuches.

—¡No quiero escucharte!

Furiosa, intentó apretar el botón del cierre centralizado, pero él, con rapidez, cogió su muñeca, así que ella lo intentó con la otra mano, y él volvió a atraparle la otra muñeca con la mano que le quedaba libre.

—¿Vas a escucharme, por favor?

—¡No!, no quiero escuchar más mentiras.

—¡Joder, Samanta!, no me juzgues sin saber la verdad.

—¿Y cuál es la verdad? ¿Quién te ha obligado esta vez a volver con tu mujer? No, no me contestes, nunca nadie te obligó a volver con ella, siempre lo hacías porque la querías, ¿verdad?

—¡Amanda no está viviendo en mi casa! Y creo habértelo dicho antes de empezar esta discusión. Me fui a un hotel porque no soportaba tener que volver a verla, le di quince días para abandonar mi casa y, cuando se fue, ¡regresé! Porque es mi casa y no pensaba dejársela a esa zorra. Ahora, ¿vas a tranquilizarte? —Samanta se quedó paralizada al oírle decir todas estas cosas, y él, al verla tan angustiada, soltó sus muñecas y atrapó su cara entre las manos mirándola a los ojos—: Sé que no quieres volver a confiar en mí por todo lo que te hice, pero juré que nunca más iba a mentirte y, aunque no puedas confiar en mí, antes de juzgarme déjame darte una explicación, por favor, es lo único que te pido.

—Yo…, lo siento. ¿Ves por qué siempre te digo que no podemos volver a intentarlo? Hagas lo que hagas, yo siempre voy a pensar lo peor de ti.

—Y lo entiendo, pero, si me das la oportunidad de explicarte cada vez que desconfíes, estoy seguro de que con el tiempo dejarás de hacerlo.

—No creo que pueda tener paciencia para eso.

—Entonces yo tendré paciencia por los dos. —Sonrió.

—Víctor…

—Vamos a ver ese piso.

Sin decir nada más se apartó de ella y volvió a la carretera, lo que quedó de camino ninguno volvió a decir una sola palabra.

Ella porque estaba avergonzada por cómo había actuado al sentir esos celos estúpidos imaginándolo otra vez con su ex, cuando él le había dicho antes de eso que Miguel ya no era su chófer porque Amanda ya no estaba en su casa, en ese mismo instante se dio cuenta de que pasara lo que pasara entre ellos nunca podría poner la mano en el fuego por él, ¿y qué relación podría funcionar sin confianza?, ninguna, así que era inútil intentarlo.

Él estaba callado casi por la misma razón, porque veía muy difícil que Samanta volviera a confiar en él algún día. Sin embargo, una cosa le alegraba y era ver cómo la descontrolaban los celos imaginándolo con otra, tanto que era incapaz de ser racional y reflexionar antes de cabrearse con él por el mero hecho de imaginarlo con su ex. Había sentido tantas ganas de besarla al verla tan celosa, pero con un gran esfuerzo se había tenido que controlar para no empeorar las cosas.

Al bajar del coche, después de aparcar dentro de un garaje en el interior de una finca muy lujosa y moderna, Víctor le cogió la mano, entrelazando sus dedos con los de ella, llevándola hasta el ascensor.

Samanta estaba muy sorprendida, pues él parecía ser el dueño de esa finca, ya que había abierto la puerta del garaje con un mando a distancia, sabía dónde estaba el ascensor y no parecía estar nadie esperándolos para enseñarles el piso. Al verle sacar unas llaves del bolsillo y abrir la puerta de uno de los pisos, le preguntó:

—Víctor, ¿por qué tienes las llaves?

—El dueño de la inmobiliaria es mi amigo, así que cuando le dije que tenías una agenda muy apretada, me mandó a uno de sus empleados y me dejó las llaves para que lo viéramos cuando pudiéramos.

—¡Vaya! Qué amable. ¿Es el último?

—Sí, es un ático. Ven, espero que te guste, a mí es el que más me gusta de todos.

Nada más entrar había un recibidor bastante grande con tres puertas, dos a los lados normales y una doble en el centro. Víctor abrió la del centro, que daba al salón comedor, era muy grande, todo cuadrado y con un ventanal gigantesco enfrente. Cuando intentó salir para enseñarle el resto, ella preguntó:

—Espera, quiero ver la terraza. —Señaló el gran ventanal.

—No seas impaciente, ya la verás.

Tirando de ella accedieron a la izquierda del recibidor, por un pasillo no muy largo, en él había tres puertas, entraron en la primera y era una habitación bastante grande con un ventanal y una puerta corredera, por la que entraron sin soltarse de la mano, que daba a un gran cuarto de baño.

—¿Por qué hay otra puerta? —señaló muerta de curiosidad al ver frente a ella otra más.

—El baño comunica con las dos habitaciones. —Abriéndola le explicó—: es igual, pero al revés.

—¡Vaya! Qué curioso, me gusta.

Saliendo por esa habitación volvieron al pasillo y entraron en la última, que era la habitación de matrimonio, era enorme, había un gran armario empotrado de pared a pared, era tan grande que tenía seis puertas dobles correderas de madera de roble como todas las del piso. El dormitorio era también cuadrado y muy amplio, enfrente del armario, un gran ventanal que daba a la terraza y, a un lado, un acceso que daba a otro cuarto de baño, con una cabina de hidromasaje, un váter, un bidé y una pila muy grande empotrada en la pared, sujeta por dos pilares de azulejo cara vista.

—¿Quieres ver ahora la terraza? —preguntó saliendo del cuarto de baño con una sonrisa.

—Sí —contestó ella devolviéndole la sonrisa.

Víctor la llevó hasta los ventanales abriéndolos para poder salir, cuando Samanta la vio se quedó atónita, era más grande que el piso y eso que era muy amplio, con unas vistas preciosas hacia el cauce del río Turia, a la altura de la Ciudad de las Artes y las Ciencias, desde allí se veía el Hemisféric, el Museo de las Ciencias Príncipe Felipe y el Oceanográfic, así que las vistas eran impresionantes.

—¿Te gusta? —la interrogó Víctor al verla asomada contemplando el paisaje.

—Es una pasada, me encanta.

—He pensado que en esta esquina podrían construir una barbacoa, ¿qué te parece?

—Es una buena idea, además, con esta terraza tan gigantesca pueden hacer lo que quieran, incluso una piscina para nuestro nieto.

—¡Vaya! Me gusta oírte decir eso; nuestro nieto. Parece que al final podemos llegar a compartir algo.

—Aunque no lo queramos tendremos que compartir dos cosas; un nieto y un hijo, eso es inevitable.

—Tienes razón y si agrandan la familia tendremos más cosas que compartir.

—¿Por qué no terminamos de ver el piso y nos vamos?, es muy tarde ya —empezó a decir nerviosa por la manera en la que Víctor la miraba.

—Está bien.

Mirando la terraza una vez más Samanta vio otra puerta, en total había tres y varios ventanales que daban a las habitaciones.

—Esa de ahí da a la cocina, ¿verdad? —Señaló la última—. Es lo único que nos falta por ver.

—Sí.

Entrando por ella Samanta volvió a quedarse atónita, pues era impresionante, con mucha luz, ya que había un gran ventanal que también daba a la terraza y debajo dos pilas muy grandes. La cocina se dividía en dos y justo en el centro una isla con la campana colgada del techo, enfrente de esta una pequeña habitación para comer, separada con una barra americana en forma de ventana y un gran arco al lado haciendo de puerta.

—Es enorme y preciosa.

—Aún falta ver una cosa.

—¡Dios mío! ¿Aún hay más? —gritó emocionada.

—Sí, el cuarto de baño de los invitados, ¿quieres verlo?

—Pues claro.

Saliendo de la cocina fueron a parar al pasillo que daba a la otra parte del recibidor, así que habían dado toda la vuelta al piso. El cuarto de baño era muy grande, como todo en ese piso, la puerta estaba en el centro y al lado derecho había una gran bancada que parecía salir de la misma pared, ya que estaba chapada con el mismo azulejo y encastradas en ella dos pilas muy grandes, como no había mueble debajo parecían estar levitando en el aire, y justo encima un gran espejo también encastrado en la pared que daba la sensación de ampliar ese cuarto de baño tan bonito, pues a través de él se podía ver todo el espacio. Enfrente de la puerta colgaban de la pared el váter y el bidé, que también parecían levitar en el aire como las pilas, y en la otra parte una gran bañera con hidromasaje.

—¿Te gusta?

—Es precioso, nunca había visto las pilas colgando de esta manera —dijo Samanta apoyada en la bancada cara a las pilas mirando los grifos—. Si este es el cuarto de baño de los invitados,

¿podremos usar la bañera cuando vengamos? —bromeó haciéndole reír—. Nada más mirarla dan ganas de meterse en ella.

—Puedo poner una cláusula antes de que los chicos firmen la escritura para poder usar la bañera siempre que queramos —expuso detrás de ella haciéndola reír también con esa broma.

—¿Serías capaz de eso? —preguntó mirando sus ojos a través del espejo.

—Por ti sería capaz de todo. —Le devolvió la mirada en el espejo acercándose más a ella, pegándose a su espalda—. Y si quieres podemos probarla ahora mismo.

—No… no digas tonterías, con el frío que hace nos quedaríamos congelados. —Agachó la cabeza, pues esa manera en que él la miraba tan penetrante, incluso a través del espejo, la ponía de los nervios.

—Yo podría hacerte entrar en calor incluso con este frío y con el agua helada —mientras le hablaba pasaba las manos por su cintura apretándola contra su cuerpo, provocándola con esa voz sensual en el oído al decirle muy despacio—: Mírame, Sam, necesito ver tus ojos. —Ella sin poder evitarlo levantó la cabeza hasta encontrarse con sus ojos a través del espejo.

—¿Para qué? —murmuró con un hilo de voz.

—Para ver hasta dónde puedo llegar —nada más decir eso le mordió el lóbulo de la oreja y la sintió estremecer entre sus brazos.

—Víctor…, para…, por favor, no hagas eso.

—¿Ves?, tu voz me dice una cosa y tus ojos otra.

Sujetando su barbilla con una mano empezó besar su cuello. Sus besos eran cálidos, ardientes y muy provocativos, así que Samanta no pudo evitar soltar un gemido. Víctor, al escucharla, se descontroló y con la mano aún en su barbilla la obligó a girar la cabeza para besarla con mucha pasión. Mientras lo hacía se deshacía de su abrigo tirándolo al suelo y después del de ella. Sin dejar de besarla volvió a acariciar su cintura por debajo del jersey, hasta llegar a sus pechos para rozarlos con mucha delicadeza, provocando en ella un gran placer. Al mismo tiempo, una de sus manos bajaba lentamente hasta la cintura nuevamente para desabrocharle los pantalones y así poder colar los dedos por sus braguitas hasta llegar a esos rizos suaves y sedosos e incluso más abajo, hasta ese pequeño bultito hecho para enloquecerla con esos movimientos circulares que él no podía dejar de darle, pues, cuanto más los movía, más sentía cómo ella se derretía entre sus brazos.

Cuando coló dos de sus dedos dentro de ella y la sintió tan caliente y tan húmeda que no pudo esperar más, así que apartándose de ella de golpe terminó de bajarle los pantalones y las bragas, todo a la vez. Después liberó su erección poniéndose un preservativo sin dejar de mirarla a través del espejo, abriendo sus piernas la penetró por detrás muy despacio diciéndole con la voz ronca de deseo:

—Te amo, Sam, y te deseo tanto que me falta el aire.

Samanta abrió los ojos buscándolo en el espejo justo en ese instante y se dio cuenta de que sus sentimientos hacia él eran idénticos, lo amaba, siempre lo había amado y nunca dejaría de hacerlo y su deseo por él era tan fuerte que también le costaba respirar. Asustada, al ser consciente de esa realidad, le habló con un hilo de voz y con la respiración entrecortada:

—Víctor, para…, no… no puedo seguir… ¡Dios! Esto… no… no puede volver a ocurrir.

Pero Víctor no podía dejar de moverse porque su cuerpo parecía tener vida propia y su mente se negaba a escucharla, así que abrazándola con fuerza sus embistes empezaron a ser más fuertes y precisos y tan profundos que acabó robándole la razón mientras le susurraba al oído:

—No puedo parar, Sam…, pídeme lo que quieras, pero… ¡joder!, no me pidas que pare.

—Víctor…

Al volver a escuchar su nombre él se detuvo de golpe.

—Mírame, Sam, abre los ojos. —Ella le hizo caso y enfrentó su mirada nuevamente a través del espejo—. ¿De verdad quieres que pare? —le preguntó moviendo sus caderas con un golpe fuerte provocándole un gemido de placer—. ¿De verdad quieres dejar de sentir esto? —volvió a preguntarle con otro golpe de caderas provocando de nuevo en ella un placer extremo—. Porque si es lo que quieres nos iremos y jamás volveré a tocarte. —En cuanto lo escuchó decir esas palabras supo que antes preferiría morir que dejar de sentir lo que él le estaba provocando, así que derrotada le confesó con la voz rota:

—No…, no quiero irme.

Samanta sintió un vacío y una congoja al ver que, aun después de confesarle que quería estar con él, Víctor abandonaba su cuerpo y sacaba su erección, dejándola vacía por dentro, a punto estuvo de llorar, pero todas esas emociones desaparecieron al sentir sus manos en la cintura girándola hacia él, sentándola en la bancada, para quitarle los pantalones y las bragas que todavía tenía colgando en los tobillos, para así poder levantar sus piernas y obligarla a enroscarlas en su cintura mientras le preguntaba con deseo:

—¿Estás segura de que deseas esto tanto como yo? —Samanta sonrió, después del susto que se había dado al pensar que de pronto no quisiera seguir con ella.

—Síií —contestó emocionada.

—Quiero que entiendas que después de esto no habrá marcha atrás, que serás mía siempre, todos los días.

—Víctor, por favor.

Samanta estaba tan deseosa al verlo tan posesivo que lo único que quería era sentirlo de nuevo dentro de ella, así que mientras le suplicaba lo agarraba del trasero y lo empujaba hacia ella buscando su boca, pero Víctor, apretando su erección contra ella sin penetrarla y rozando sus labios sin terminar de besarla, volvió a insistir:

—¿Mía para siempre?

—¡Sí, Joder!, seré tuya, pero…

Víctor no la dejó seguir hablando y devorando su boca con pasión terminó de penetrarla para después perderse en esa pasión que lo volvía loco, enloqueciéndola a ella también con cada movimiento, dándole exactamente lo que deseaba y perdiéndola con él en ese camino que los llevaba hasta el paraíso, un paraíso lleno de placer, un paraíso solo para ellos. Con un último aliento terminaron cansados, pero sumamente complacidos. Él no podía dejar de besarla, y ella no podía dejar de acariciar su espalda, esa espalda fuerte y musculosa que tanto le gustaba.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

—Bien, llamaré a Romí para que nos prepare algo de cena…

—Víctor, no voy a ir a tu casa…

—Me lo has prometido, mía para siempre y quiero pasar la noche contigo.

—Víctor… —Él la calló con un beso tan apasionado que la dejó sin aliento, después de eso le habló muy serio sin dejar espacio a ninguna protesta.

—Vístete, nos vamos, voy cerrando las puertas.

Mientras hablaba se quitaba el preservativo enrollándolo en papel de váter y se terminaba de vestir. Cuando se fue y se quedó sola estaba estupefacta, pues nada más verle quitarse el preservativo había caído en la cuenta de que el domingo no había podido ir a ninguna farmacia de guardia para tomarse la píldora del día después, pues con tanto jaleo con las dichosas cartas e ir a la comisaria a poner la denuncia se le había olvidado por completo, pensando en eso no se

dio cuenta de que hablaba en voz alta.

—¡Ay, mierda! ¿Qué he hecho?

—¿Qué pasa? —preguntó Víctor entrando de nuevo en el cuarto de baño.

—Nada, no pasa nada, vámonos.

Samanta disimuló rápidamente delante de él, pues no estaba dispuesta a confesarle su estupidez.

Víctor la llevó a su casa, cenaron juntos y volvieron a hacer el amor en el sofá y, cuando ella insistió en quererse ir a su casa, él volvió a convencerla para que pasara la noche allí con esa absurda promesa que le había hecho desesperada por sentirlo de nuevo dentro de ella. Una vez más, volvieron a amarse, pero esa vez en la cama y derrotados acabaron quedándose dormidos abrazados uno al otro.



Capítulo 52

Ese mismo viernes era Nochebuena e iban a pasarla todos juntos: Samanta, Víctor, Ricardo, Raquel, César, Esperanza (la madre de Samanta) y también Ángel y su mujer, todos cenaban en casa de Víctor, así que él había contratado un cáterin, pues no quería que sus empleados trabajaran, ya que era una noche para pasarla en familia, tal y como iba a hacer él con los suyos. Era la primera vez que compartía esa noche con su hijo y con Samanta y se sentía muy feliz, aunque le preocupaba tener que decirle a Samanta que sus padres querían conocerla y que los esperaban al día siguiente para comer juntos en Navidad, ya que no estaba muy seguro de que ella quisiera dar ese paso. Pero esa noche había una cosa que lo incomodaba más todavía y era reencontrarse con Esperanza.

Habían pasado muchos años desde la última vez que la vio y recordaba a una mujer estricta, desconfiada y con una manera de pensar muy anticuada, por cómo obligaba a vestir a su hija y cómo la había criado y sabía que después de todo lo ocurrido no lo recibiría con los brazos abiertos, así que estaba preparado para el desprecio de esa mujer. Daba gracias a Dios de que su padre muriera hacía cinco años, así no tendría que enfrentarse a él, ya que, si hubiera estado vivo, seguro que tendría ganas de matarlo, pues él querría acabar con cualquiera que le hiciera daño a su bichito y más con algo como lo que él le hizo a Samanta.

Todos los días daba gracias a Dios de que Samanta lo hubiera perdonado y estuviera con él haciéndolo el hombre más feliz del planeta, aunque ella se hiciera la difícil queriéndole demostrar que no lo necesitaba y que estar con él solo era una aventura sin compromiso.

Víctor estaba nervioso esperando a que llegaran y muy elegante con su traje de chaqueta negro hecho a medida, la camisa en un tono mostaza y la corbata negra. Cuando vio aparecer el primer coche se acercó a la puerta a recibir a los primeros invitados en llegar, que eran Ángel y Berta, su mujer.

—Hola, pasad, hace un frío de mil demonios.

Víctor ayudó a Berta a quitarse el abrigo, y después cogió el de Ángel para colgarlos en el armario de la entrada.

Ellos también estaban muy elegantes, Ángel llevaba un traje negro también y una camisa malva con corbata morada. Berta llevaba un vestido muy bonito estrecho y largo de color marfil, no muy ceñido, para disimular esos kilitos de más que se le acumulaban en las caderas y en la tripa, no muy exagerados, pero lo suficiente para no poder permitirse un vestido ajustado. Era una mujer preciosa, con su pelo dorado, sus ojos marrones y unas facciones dulces y serenas, tanto que al mirarla solo podías ver en ella a una mujer bondadosa y entregada a los suyos, aunque los suyos solo fueran una persona; Ángel, pues no tenía familia, ni padres ni hermanos ni hijos, la única persona que tenía a su lado era a su marido.

Su matrimonio no era perfecto, ya que el amor se había evaporado poco a poco entre ellos como el alcohol lo hace de una botella del mejor coñac si se deja abierto mucho tiempo, pero se

tenían mucho cariño y con eso era suficiente para seguir manteniendo vivo ese matrimonio, pues ella no tenía a nadie, y Ángel no se llevaba demasiado bien con sus padres. Por eso siempre pasaban la Nochebuena en casa de Víctor, pues Ángel siempre se sintió más en familia en la casa de él que en la suya propia.

—¿Ha llegado alguien? —preguntó Ángel nervioso.

Sus nervios se multiplicaban al imaginar tener que volver a ver a César después de lo que había pasado entre ellos en ese hotel en Madrid dentro del ascensor, y al que no había vuelto a ver en todos esos días desde la mañana siguiente a ese beso y el avión, y cómo lo había ignorado en las dos ocasiones para no enfrentarse a la realidad y al hecho de que él mismo se había lanzado contra César y lo había besado con desespero, con ansias y con mucha pasión. Un beso que no podía olvidar, pero que no estaba dispuesto a reconocer delante de nadie y menos de él mismo.

—No, sois los primeros. Me asustaste cuando me dijiste que no pensabais venir este año. Hubiera sido la primera Nochebuena separados después de más de veinte años celebrándola juntos y eso hubiera sido muy triste. Menos mal que al final te convencí. ¿Qué hubierais hecho los dos solos esta noche?

—Pues aburrirnos como ostras, ¿qué íbamos a hacer? —indicó Berta con una sonrisa—. Gracias a Dios que al final lo convenciste.

—¿Quién puede negarse si los dos os ponéis tan pesados?

—Lo que no entiendo es por qué no querías venir —añadió Víctor extrañado.

—Ni creo que te lo diga, yo aún no sé el motivo —explicó Berta sin comprenderlo todavía—. Y creo que por esa misma razón, por no dar una explicación, decidió venir al final.

—Bueno, ya basta, estoy aquí, ¿no? Entonces se acabó la discusión —gruñó Ángel enfadado dando por zanjado el tema.

—Sí, será mejor dejar ese tema, total, ya estamos aquí y hemos venido a divertirnos, ¿verdad? —preguntó Berta a su marido con una dulce sonrisa.

—No sé yo cómo va a terminar esta velada, igual con un muerto —bromeó Víctor.

—¿Por qué dices eso? —interrogó Berta muy sorprendida.

—Porque hoy viene la madre de Samanta y ganas de matarme no le van a faltar. —Los tres se echaron a reír tras ese comentario e inmediatamente sonó el timbre.

—Acaba de llamar mi verdugo, así que deseadme suerte —bromeó haciéndoles reír de nuevo.

—No la necesitas, sé tú mismo y acabarás conquistándola —le animó Berta.

—Gracias. —Le guiñó Víctor un ojo mientras iba a abrir la puerta.

—¿Estás bien? —Quiso saber Berta al ver a su marido tomar una copa coñac de golpe—. Si quieres que nos vayamos, nos vamos y ya está.

—Demasiado tarde, acaban de llegar los invitados de Víctor y no podemos hacerles un feo.

—Entonces no bebas de esa manera, no estás acostumbrado y te va a sentar mal.

—Está bien, me controlaré.

—¿Vas a decirme qué te pasa? Me tienes preocupada.

—Prefiero no hablar de eso, por favor, ahora saludemos a los invitados.

—Como quieras.

Cuando Víctor abrió la puerta, a la primera que saludó fue a su hija con un gran abrazo.

—Hola, bichito, tenía tantas ganas de verte.

—No seas exagerado, que no hace ni tres días comimos juntos.

—Lo sé, aun así, te echo de menos.

—Hola, papá —saludó Ricardo.

—Hola, hijo, a ti también te he echado de menos.

—Si comimos los tres juntos. —Se rio Ricardo.

—Lo sé, pero se ve que me vuelvo melancólico con la edad. —Con esa broma hizo reír a todos—. Estás muy bonita, bichito —le dijo a su hija acariciándole la barriga y ayudándole a quitarse el abrigo.

Raquel llevaba un vestido rojo minifalda bastante ceñido y la barriga empezaba a marcársele en su pequeña y delgada cintura.

—Gracias, papá, tú también estás muy guapo y elegante. Cuando te vea mi suegra va a perder el sentido.

—No digas tonterías. Y, por cierto, ¿dónde está tu madre? —le preguntó a su hijo.

—Venían detrás de nosotros, pero a César le ha pillado un semáforo, estarán al caer.

—Bien, pasad y servíos una copa, bueno, tú un refresco —le ordenó a su hija con cariño.

Ricardo y Raquel saludaron a Ángel y a Berta, y todos juntos se sirvieron una copa.

—Anda que tú debes de estar muy orgulloso porque, si tu hija siempre ha sido guapa, este hijo que te acaba de salir de la manga no tiene nada que envidiarle, es tu viva imagen —señaló Berta —. Tiene tus ojos, tu altura, tu porte y es tan guapo y elegante como tú.

—Pues sí, tengo el novio más guapo y elegante del mundo. —Sonrió Raquel mirando a Ricardo embelesada.

Ricardo llevaba esa noche un traje chaqueta gris marengo haciendo juego con la corbata y camisa rosa palo, y la verdad es que le sentaba muy bien.

—Pues tienes toda la razón, me siento muy orgulloso de mis hijos. —Víctor pasó el brazo por los hombros de Raquel y de Ricardo con mucho cariño—. No hay mayor felicidad para un padre que casar a sus hijos con una buena persona y, en este caso, mis hijos han encontrado lo mejor —bromeó haciéndoles reír a todos.

—Tienes razón, eres un hombre con suerte —corroboró Berta.

Diez minutos más tarde el timbre volvió a sonar y Víctor se levantó impaciente por ver a Samanta y nervioso por reencontrarse con Esperanza. Cuando abrió la puerta dio la bienvenida a César con un apretón de manos.

—Buenas noches, estás en tu casa.

—Gracias.

Después puso su mirada en Samanta, que llevaba un maquillaje espectacular en tonos azules resaltando el color de sus ojos, sonriéndole le dio un beso en los labios.

—Si el maquillaje de tus ojos me está cautivado, no quiero ni imaginarme cómo será el vestido que llevas debajo de ese abrigo.

—Adulador. —Sonrió Samanta—. ¿Te acuerdas de mi madre? —Se rio al ver el cambio en su cara, pues, de una mirada provocadora y penetrante, cambió a otra de incertidumbre al no saber cómo iba a recibirlo esa mujer.

—Buenas noches, señora —la saludó muy serio—, sea usted bienvenida a mi casa.

—Gracias, aunque he de confesarte que no estoy aquí por gusto.

—¡Mamá! Ya hemos hablado de esto, ¿vale?

—Está bien, tienes razón, intentaré comportarme —le dijo muy seria a su hija, después matándolo con la mirada volvió a dirigirse a Víctor—. Pero si vuelves a reírte de mi hija o le partes nuevamente el corazón serás hombre muerto.

—¡Mamáá́á! —gritó Samanta avergonzada.

—Está bien, no importa, déjala, está en todo su derecho a reprocharme lo que hice. Solo espero que, al igual que su hija, sepa perdonarme y olvidar el pasado.

—Eso solo dependerá de ti y de cómo trates a mi hija ahora. Hazla feliz y tendrás mi perdón.

—Entonces estoy seguro de que me ganaré su perdón muy pronto porque no tengo otra intención que hacer a su hija muy feliz.

—Eso espero, eso espero.

Víctor la ayudó a quitarse el abrigo y cogió también el de César y, mientras los colgaba, le decía a este:

—El salón es esa puerta de enfrente, todos están dentro.

César imaginó que quería quedarse solo con Samanta por esas palabras, así que agarró a Esperanza del brazo llevándola hacía donde le indicaba.

—Ven, Esperanza, vamos a saludar a los chicos.

—Sí, me muero de ganas de ver a mi nieto y a Raquel, hace más de una semana que no vienen a verme.

Cuando se quedaron solos, Samanta se disculpó mientras se quitaba el abrigo dejándolo embobado.

—Te pido disculpas, mi madre es demasiado protectora.

—Como todas las madres. ¡Por Dios, Samanta!, quieres volverme loco, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso? —Sonrió al ver cómo la miraba de arriba abajo.

—Estás tan…, tan espectacular que me dan ganas de echar a todos a la calle y hacerte el amor en cada rincón de esta casa.

Samanta no pudo evitar reír mientras daba una vuelta delante de él muy despacio con mucha picardía, para que Víctor pudiera contemplar ese vestido tan espectacular que se había comprado solo para él y para lucirlo en su casa.

Era azulón, con unos diminutos cristalitos que empezaban desde abajo hasta arriba subiendo por su cuerpo en forma de gotas de lluvia muy tupidas a la parte de abajo del vestido como si allí empezara la tormenta y fuera escampando hasta desvanecerse al llegar al escote, con unos tirantes muy finos y escote en forma de v, estrecho y largo hasta los pies, con un corte en la pierna izquierda muy llamativo. Por detrás, el escote también hacía una v, pero casi hasta la cintura, luciendo esa espalda recta y desnuda que provocaba en Víctor unas ganas locas de besar centímetro a centímetro todo ese escote tan descarado. Su pelo lucía un hermoso recogido y sus pendientes hacían juego con esa gargantilla que llevaba de fantasía azul y negra muy bonita. Y como siempre unos zapatos negros con unos tacones de vértigo consiguiendo esa elegancia que la distinguía.

—¿De verdad echarías a todos?

—Solo dime que lo haga y lo haré.

—Mejor será que no te ponga a prueba, anda, vamos con los demás.

Cuando estaba a punto de echar a andar, Víctor cogió su muñeca y tiró de ella abrazándola con fuerza.

—Que esperen, ahora necesito un beso. Esta noche estás tan hermosa —musitó con una voz muy sensual—. ¿Si te beso estropearé esos labios que no dejan de provocarme?

—Prueba.

Víctor, sin poder contenerse, atrapó su boca con la suya y la besó con mucha pasión, después miró sus labios y los vio perfectos tal y como estaban antes de ese contacto tan íntimo y maravilloso.

—Me gusta ese pintalabios. —Volvió a besarla una vez más—. Ahora será mejor que vayamos con los demás.

***

Cuando César entró al salón con Esperanza saludaron a todos con mucho cariño y, cómo no, también estaban muy elegantes. Esperanza con un vestido negro recto, con media manga y hasta debajo de las rodillas. César, como todos los hombres, llevaba un traje negro como los demás, ya que parecían haberse puesto todos de acuerdo esa noche con la vestimenta, excepto Ricardo. Pero César destacaba por su camisa gris perla, pues la tela era muy brillante y parecía más plateada que gris, sin embargo, le quedaba genial y la corbata resaltaba al ser azul eléctrico. Parecía estar vestido para provocar la atención de todos y fue lo que hizo nada más entrar en el salón, ya que estaba tan elegante, moderno y sumamente atractivo que era digno de admiración.

Después de saludar a casi todos, César clavó su mirada en Ángel y, al ver la de él tan fría y seria, decidió ignorarlo para no ponerse en ridículo y no ponerlo a él en un compromiso, ya que con esa mirada se lo decía todo, así que al llegar a su lado le saludó con un simple hola y ni siquiera le ofreció la mano, sin embargo, muy galante y con esa personalidad con la que solía conquistar a todo el mundo saludó a Berta cogiendo su mano dándole dos besos en las mejillas.

—Hola, soy César. Tú debes de ser la mujer de Ángel, ¿verdad?

—Sí, soy Berta. Mucho gusto.

—El gusto es mío, no lo dudes —le habló muy alegre con una sonrisa socarrona y sin mirar a Ángel añadió—: Tienes suerte, tu mujer es muy bonita y encantadora.

—Gracias —dijo ella muy risueña y divertida, ya que hacía muchísimo tiempo que nadie la piropeaba.

—Tío. —Ricardo llamó su atención.

César, con un guiño de ojos, se despidió de Berta bromeando al decirle con una mueca divertida consiguiendo que ella se riera a carcajadas:

—Me reclaman, pero luego nos vemos.

—Hasta luego.

—¿Por qué estás coqueteando con él? —preguntó Ángel acercándose a ella.

—Yo… yo no estoy coqueteando, cariño, solo es simpático y muy gracioso, me cae bien. Es muy guapo, ¿verdad?

—Bertaaa.

—No seas tonto, no es más guapo que tú. Tú eres el único hombre de mi vida, y lo sabes, así que no te me pongas celoso.

—No estoy celoso.

—¿No?

—No.

—Entonces dame un beso. —Ángel le dio un beso frío y soso en los labios como siempre, desde hacía muchísimo tiempo sus besos se habían vuelto así, así que Berta, mirándolo con tristeza, le recriminó—: Qué soso eres, hijo.

—No empecemos, por favor, y unámonos a los demás que para eso hemos venido.

—Está bien, como quieras.

Ángel, pasando su mano por la cintura de su mujer, se dirigió hasta los sofás donde estaban todos para tomarse otra copa e intentar unirse a la conversación, aunque su cabeza no estaba para mucha cháchara, ya que le aterraba que alguien pudiera darse cuenta de lo que había pasado entre César y él y por esa misma razón mantenía las distancias con él.

***

Cuando se sentaron en la mesa dio la casualidad de que les tocó sentarse juntos a César y a Berta, al otro lado de Berta estaba Ángel, al que no le hacía mucha gracia que estuvieran juntos, ya que en toda la noche su mujer casi no le había hecho caso y, sin embargo, no dejaba de hablar y de reírse con César. Como casi todos los invitados, ya que todos hablaban, se reían y disfrutaban de una buena cena y una mejor compañía. Todos menos Ángel, que se veía forzado a sonreír a los que le hablaban y también a seguir una conversación que no le interesaba, pues, aunque su cuerpo estuviera allí, su mente no.

Su cabeza no dejaba de darle vueltas al mismo asunto una y otra vez y se decía a sí mismo: «No debe importarte lo que haga, no debe molestarte que esté riéndose, hablando y bromeando con otros, y sobre todo no debe importarte que esté tonteando con tu mujer para ponerte de mala leche porque si sigues pensando en eso vas a acabar sacándolo a patadas a la calle y le vas a dar una paliza. ¡Joder, ese hombre va a acabar volviéndome loco!».

—¡Aaay! Qué gracioso que es César, de verdad que me muero de risa con él —le dijo Berta volviéndose hacia él.

—Pues deberías dejar de hacer el ridículo —le habló muy bajito para que nadie los oyera—. ¿Sabes que es gay? Así que deja de tontear con él de una puta vez.

—Yo no estoy tonteando con él. ¿De verdad es gay? —preguntó sorprendida.

—Sí, ¿decepcionada?

—¿Por qué tendría que estar decepcionada? ¿Sabes?, esta noche estás muy raro, ¿eres homófobo?

—No digas estupideces.

—Entonces, ¿por qué estás tan enfadado y por qué parece ser que tu furia es con César?, si ni siquiera habéis cruzado dos palabras en toda la noche.

—No sabes lo que dices, así que déjame en paz.

Con esas últimas palabras le dio la espalda y se puso a hablar con Víctor, que estaba a su lado presidiendo la mesa.

Cuando César vio la cara de tristeza de Berta se puso muy serio.

—Ningún hombre merece tanta tristeza, te lo digo por experiencia. Los hombres solo valen la pena los veinte minutos que la tienen dura, después lo mejor es pasar de ellos y mandarlos al carajo.

Con esas palabras consiguió que Berta volviera a reír a carcajadas.

—¡Dios mío, César! Eres tremendo. ¿Sabes?, hasta este momento no creí que fueras gay.

—¿Y eso te molesta?

—No, el problema es que si no me lo hubieras dicho hasta podría haberme sentido atraída por ti.

—Tranquila, no eres la primera que me dice eso y, como habrás comprobado, sé cuándo tengo que sacar a relucir mi condición sexual.

—¿Tanto se me ha notado?

—Te contestaré con otra pregunta. ¿Tan soso es tu marido, cariño? —Ella volvió a reírse.

—¿Por qué crees que Ángel es soso?

—Por lo mucho que te ignora. Eres preciosa, alegre y divertida, y él no se ha parado a mirarte en toda la noche.

—Él es así.

—Pues es un necio —espetó con un guiño de ojos y una sonrisa encantadora—. Pero no te hagas ilusiones, sigo siendo gay.

—Pues es una lástima porque eres muuuy guapo, alegre, encantador, divertido… y creo que podría estar alabándote toda la noche.

—Eso también me lo dicen todas. —Volvió a hacerla reír de nuevo.

Esperanza se había pasado toda la noche vigilando a Víctor y no podía más que ver gestos de amor en él hacia su hija, Víctor no podía dejar de mirarla con admiración, cuando hablaba con alguien buscaba su mano en la mesa y al encontrarla jugueteaba con sus dedos, era como si no pudiera estar un segundo sin sentir su contacto y más de diez minutos sin besarla en los labios, pues cada vez que tenía ocasión la besaba suavemente en la boca, le sonreía y la miraba con mucho orgullo, como si ella fuera el centro de su universo.

Esperanza estaba muy reacia a esa relación desde que su hija se lo había contado todo y había discutido mucho con ella para que entrara en razón y dejara de ver a ese hombre porque le aterraba que volviera a lastimarla de nuevo. Pero esa noche después de ver a Víctor tan enamorado de su hija, ya que parecía ser incapaz de esconder sus sentimientos, por fin pudo respirar tranquila.

Al terminar de cenar se sentaron en el salón para tomarse los cafés y las copas y así poder seguir con la conversación, pero como en casi todas las reuniones los hombres hicieron un grupo y las mujeres otro. A las mujeres les había dado por hablar de la futura boda de Ricardo y Raquel, y a los hombres, cómo no, de baloncesto y de boxeo.

César, de vez en cuando, desviaba la vista hacia Ángel y casi siempre lo descubría mirándolo y, en cuanto sus ojos se encontraban, Ángel giraba la cabeza, avergonzado. Cuando lo vio salir al patio disimuladamente para que nadie lo viera, al momento decidió ir tras él, pues necesitaba que hablaran.

Ángel se había metido entre los arbustos que rodeaban la piscina apoyado en la pared fumando un cigarro bastante alejado y escondido de cualquier mirada. Al llegar a su lado, le tiró la chaqueta que había recogido del respaldo de su silla al salir.

—Póntela o cogerás una pulmonía, hace un frío de cojones.

—¿Y qué te importa lo que coja?

—Más de lo que crees y más de lo que me gustaría, y por esa misma razón te voy a dar un consejo. —César se apoyó a su lado en la pared quedando también oculto entre los arbustos—. Tú nunca serás capaz de salir del armario, así que no seas imbécil y no dejes escapar a tu mujer, es muy bonita y tiene que ser muy cariñosa, ¿verdad? Y, si sigues ignorándola como lo has hecho toda la noche y como creo que haces todos los santos días, acabará abandonándote.

—No vuelvas a acercarte a mi mujer —le amenazó mientras se ponía la chaqueta.

—¿Por qué? ¿Estás celoso? ¿Crees que ella podría fijarse en mí teniendo un marido tan soso como tú? —se mofó, resaltando lo evidente que había sido su comportamiento en toda la noche.

—¡Joder, César! —le gritó abalanzándose furioso, golpeando con los puños la pared con fuerza dejándolos pegados a ella y a dos milímetros uno del otro, enfrentando su mirada por primera vez en toda la noche—. Me estás volviendo loco.

—¿Quieres golpearme? Pues hazlo, si eso te hace sentir mejor y te libera de esa furia contenida que tienes y que te sale hasta por los poros o, si no, puedes besarme —lo provocó con descaró—, eso también te calmará.

Nada más decir esas palabras, Ángel se abalanzó sobre él y volvió a besarlo con la misma furia con la que lo besó en el hotel, con el mismo desespero y con la misma necesidad. César podía sentir cómo él se debatía entre esos sentimientos opuestos que lo embargaban, sentía cómo lo deseaba y cómo lo odiaba al mismo tiempo, por ese deseo tan fuerte y tan incontrolable que lo impulsaba. César no podía dejar de devolverle el beso con la misma fuerza para hacerle entender

que él no se dejaría dominar en esa relación y que si algo quería de él debía ser por igual.

Cuando por fin Ángel dejó de luchar contra sus sentimientos, y su beso se volvió un poco más tranquilo, César aflojó también el suyo y fue justo en ese momento cuando los dos descubrieron por primera vez la importancia de un beso entre ambos, sus lenguas se relajaron, se enredaron en suaves caricias y empezaron a bailar un son muy agradable, sensual y placentero. Sus respiraciones se aceleraron y se entrecortaron por esa sensación tan excitante y tan deseada.

César necesitaba tocarlo, así que tirando de su camisa consiguió colar las manos por su espalda desnuda, acariciando esos músculos fuertes y tensos que, cuanto más acariciaba, más sentía cómo Ángel se tensaba. Sin poderse controlar se volvió y esa vez fue él el que lo arrinconó contra la pared, abriendo la bragueta de su pantalón y colando su mano por dentro de sus calzoncillos, encontrándose con una erección tan firme y palpitante que incluso él se sorprendió. Impaciente por darle exactamente lo que quería y necesitaba, empezó a balancear su mano con unos movimientos exactos, fuertes, apretados y muy precisos, una y otra vez, una y otra vez, complacido al escuchar a Ángel gemir de placer por sus caricias e inmediatamente sintió cómo se deshacía, cómo toda esa pasión se desbordaba entre sus dedos.

Cuando toda esa excitación desapareció, Ángel dejó de besarlo, su respiración acelerada y su mirada le dejaron muy claro lo mucho que había disfrutado con sus atenciones.

—¡Joder!, ¿por qué me haces esto? —preguntó enfadado, resistiéndose una vez más a sus emociones.

—Porque lo necesitabas y no te quejes porque lo has disfrutado tanto como yo.

—César…

—¡Ssshhh! Nadie lo va a saber si tú no quieres que se sepa.

Mientras hablaba sacaba un pañuelo de su chaqueta y se limpiaba la mano.

—Mierda, se me va a notar, tengo toda la entrepierna húmeda.

—Los pantalones son negros y no se te va a notar, y si se te nota siempre puedes decir que se te ha caído la copa encima. Tranquilízate, si tú no quieres no tiene por qué darse cuenta nadie.

De pronto los dos se quedaron paralizados al oír la voz de Víctor y Ricardo en el patio.

—¿Están ahí? —preguntó Ricardo.

—No, aquí no hay nadie.

—Entonces entremos, hace un frío que pela.

—Sí, ya aparecerán cuando les dé la gana.

—¡Mierda! —exclamó Ángel asustado—, ¿ahora qué vamos a hacer?, van a pensar que tú y yo… Joder, esto no puede estar pasando.

—Tranquilo, tú entra y di que estabas fumando y que no querías molestar a nadie, yo entraré más tarde y me inventaré algo.

—¿El qué?

—Eso déjamelo a mí.

—Gracias.

Antes de marcharse César agarró con fuerza su brazo.

—¿Te ha gustado?

—Más de lo que yo quisiera —reconoció abatido.

César, con una sonrisa de oreja a oreja, volvió a besarlo con mucha pasión, dejándolo otra vez atrapado entre la pared y su cuerpo.

—Será mejor que te vayas —le advirtió apartándose de él con la respiración entrecortada—, porque de lo contrario te daré la vuelta y te demostraré lo mucho que te puede llegar a gustar esta relación.

—Ni lo sueñes, eso nunca va a pasar —replicó Ángel muy seguro de sí mismo.

—Nunca digas nunca, y recuerda la canción del Titi: «El que lo prueba, repite, yo no sé por qué será. ¡Eh!».

Con esa broma hizo reír a Ángel por primera vez en toda la noche y eso casi lo complació más que ninguna otra cosa, ya que verlo toda la noche enfadado y de mal humor no le había gustado nada.

—He de irme.

—Sí. Y recuerda una cosa.

—¿Qué?

—Me debes una corrida.

—Qué gilipollas eres. —Se rio alejándose de allí mientras se arreglaba la camisa por dentro del pantalón.

Al entrar por la puerta de la terraza todos le preguntaron dónde se había metido, y él siguió el consejo de César.

—Me apetecía fumar y no quería molestar a nadie.

—Podías haber fumado aquí, ¿sabes el frío que hace fuera? —le dijo Víctor.

—Sí, lo he comprobado, pero, no te preocupes, no voy a coger una pulmonía. Además, ya sabes que ahora los que fumamos parecemos apestados y nadie nos quiere a su lado, por eso salí fuera.

—Qué tonto eres, cariño, no digas esas cosas. A mí no me molesta que fumes y siempre lo has hecho en casa —citó su mujer dándole un beso—. Gracias a Dios fumas muy poco, solo cuando estás muy nervioso, así que no importa.

—Sí, pero esta noche hay señoras y también una embarazada, por eso salí fuera. Bueno, cambiemos de tema, ya estoy aquí, ¿no? ¿Me he perdido algo importante?

—¿Has visto a César? —le preguntó Víctor—. También ha desaparecido, así que creíamos que estabais juntos.

—No, no lo he visto, conmigo no estaba.

—Estoy aquí —anunció accediendo por la puerta que daba a la entrada—, me perdí buscando el cuarto de baño. Tu casa es enorme, Víctor. Después me encontré con un camarero y me puse a hablar con él. Ya sabes lo mucho que me gusta enrollarme —le indicó esa vez a Samanta—. Y, bien, ¿para qué me buscabais?

—Ricardo y Raquel quieren jugar a un juego y no queríamos empezar sin ti —le explicó Samanta—, bueno, sin vosotros, ya que Ángel también estaba perdido fumando fuera.

—Fumar mata, ¿lo sabías? —regañó César a Ángel con una sonrisa—. Y si no lo hace el tabaco lo hará el frío de ahí fuera que esta noche está imposible. Deberías dejarlo.

—Lo sé, voy a intentarlo.

Berta estaba observando y escuchando la conversación de César y de Ángel y estaba bastante sorprendida, parecía como si su marido hubiera cambiado de golpe. Su mal humor había desaparecido e incluso parecía divertido hablando con César, cuando se había pasado toda la noche enojado y su enfado parecía ser precisamente con él. Pero lo que más la sorprendía era esa mirada de complicidad que había entre los dos y cómo a su marido le había cambiado la expresión al mirarlo, pues ya no había odio, sino todo lo contrario, parecía hacerlo con admiración o algo parecido que ella no podía descifrar.

—Y, bien, ¿a qué vamos a jugar? —preguntó César divertido.

—A ¿Quién soy?

—Vale, me gusta.

—¿De qué va ese juego? —Esa vez fue Ángel el que preguntó.

—¿Nunca has jugado a quién soy? —Se sorprendió César.

—No.

—Pues no sabes lo que te pierdes —soltó cogiendo una cinta del juego abrochándosela en la cabeza como una corona mientras hablaba—. Siempre fue mi juego preferido con Ricardo. —Cuando le colocó la carta empezó a reírse a carcajadas y, al ver la cara de Ángel mirando hacia arriba intentando descubrir qué podía ser, exclamó—: ¡Hala, guapo! Adivina qué tienes en la frente y solo puedes hacer una pregunta por turno.

Nada más decir eso, César se puso él mismo una de las cintas y al colocarse la carta Ángel no pudo dejar de reírse.

—Eso es exactamente lo que tú eres.

—¡Joder!, ¿qué me ha tocado? Ah, ¡ya sé! Soy un modelo guapo, sexi e irresistible, ¿verdad? —le preguntó a Ángel consiguiendo que todos se rieran.

—No, eres un payaso —contestó Ángel muerto de risa al ver la cara de César.

—Eso no vale, tío —protestó Raquel—. No tienes que decirle lo que es hasta que lo adivine.

—¡Uuuy!, lo siento, no lo sabía.

—Bueno, no importa, sigamos jugando —pidió Víctor—. Cómo se nota que no habéis tenido hijos, no tienes ni idea de juegos, macho —bromeó con su amigo.

Todos empezaron a jugar y todo eran risas y bromas los unos con los otros, sobre todo, cuando a César le pusieron la carta del mono. Ángel nunca se había divertido tanto, y es que César era muy gracioso, no le importaba hacer el payaso y siempre estaba bromeando con todos y aún más con Ricardo y con Samanta, que le seguían el juego y se lo pasaban bomba.

Sobre las cuatro de la mañana, cuando por fin decidieron dejar de jugar y relajarse un poco, se sentaron en los sofás y se sirvieron unas copas, gracias a eso volvió la tranquilidad.

—Bueno, chicos, como ya no sois unos bebés y ya no hay que esperar a que venga Papá Noel, voy a daros vuestro regalo de Navidad —anunció Víctor levantándose del sofá. Se dirigió a un mueble y sacó una caja roja, pequeña y con un gran lazo dorado—. Es para los dos.

—¡Gracias, papá! —dijeron los dos al mismo tiempo levantándose del sofá dándole un beso.

—Ábrela tú. —Ricardo le ofreció la caja a Raquel.

—¿Qué abre esta llave, papá? —preguntó al abrir la caja y sacarlas de ella.

—Un ático precioso justo en frente de la Ciudad de las Artes y las Ciencias.

—¡Joder, papá!, ¿no te has pasado cuatro pueblos? Esa zona es carísima —comentó Ricardo asombrado por el regalo.

—Sí, pero nunca te he podido regalar nada y, bueno, vas a casarte con mi hija, así que creo que es el regalo perfecto. Además, el dinero está para gastarlo en la gente a la que quieres, y vosotros dos sois las personas que más quiero. Sin contar a tu madre, por supuesto —añadió mirando a Samanta guiñándole un ojo, y ella le sonrió.

—Gracias, papá. —Ricardo le dio un gran abrazo—. Estoy alucinado.

—Sí, gracias, papi, te quiero. Pero Ricardo tiene razón, te has pasado.

—Yo también te quiero y sabes que siempre quiero lo mejor para mi bichito.

—Vale, me encanta tu regalo. ¿Cuándo podemos verlo? —Se colgó de su cuello dándole un beso muy gordo.

—Cuando queráis, es vuestro.

—Entonces mañana antes de ir a comer a casa de los abuelos. Podemos ir todos juntos, ¿verdad, Sam?

—Si tú quieres os acompaño, después me iré a casa.

—¿Aún no le has dicho a Sam que los abuelos quieren conocerla mañana?

Samanta miró a Víctor esperando una explicación.

—Quería decírtelo más tarde, pero se me han adelantado —explicó mirando a su hija.

—Lo siento, pensé que lo sabía.

—¿Y por qué tanto misterio? —preguntó Samanta.

—No sabía si ibas a querer venir. Mis padres tienen la costumbre de comer con todos sus hijos y sus respectivas familias el día de Navidad y quieren que este año vengas. Ya conocen a Ricardo y quieren conocer a su madre.

—Pero yo no puedo dejar a mi madre sola el día de Navidad, eso también es una costumbre en mi casa.

—No te preocupes por mí, cariño, yo puedo comer sola mañana, tú ve a conocer a los padres de Víctor.

—¿Y por qué no se viene con nosotros? Estoy seguro de que a mis padres también les gustará conocer a la abuela de Ricardo.

—Creo que ese es un buen plan. —Sonrió Esperanza.

Cómo no, Víctor empezaba a conquistarla, ya que según pasaba la velada se daba cuenta de que era un buen hombre para su hija y también era el padre de su nieto, al que cada vez veía más encariñado y orgulloso de su padre, y por esa misma razón no podía seguir despreciándolo y debía olvidar el pasado como había hecho su hija.

—Pues ya que Víctor ha empezado a repartir los regalos creo que tu madre y yo podemos deciros cuál será el nuestro. ¿Verdad, cariño? —le preguntó César a Samanta.

—Sí, pero como veo que te hace mucha ilusión te concedo la palabra.

—Gracias, señoría —bromeó haciéndole una pequeña reverencia, consiguiendo que todos se rieran—. Tu madre y un servidor queremos regalaros todos los muebles del piso, incluyendo los electrodomésticos.

—¡Guau! Muchas gracias. —Raquel los besó a los dos.

—Muchas gracias, tío. —Ricardo le dio un fuerte abrazo, después abrazó y besó a su madre también—. Gracias, mamá.

—De nada, mi amor.

—Ya que estamos espléndidos esta noche, quiero deciros cuál será nuestro regalo —esa vez fue Ángel el que habló—, pero, aunque sea de Navidad, no lo podréis disfrutar hasta que pase la boda.

—Sí, ese es el único inconveniente —añadió Berta.

—Y, bien, ¿qué es, tío? —preguntó Raquel emocionada.

—Tu tía y yo queremos regalaros el viaje de novios.

—¡Biiieeen! ¿Dónde? —volvió a preguntar entusiasmada.

—Donde vosotros queráis, eso es cosa vuestra.

—¡Dios, estas son las mejores Navidades de mi vida! —gritó Raquel a Ricardo con un beso muy apasionado.

—No me extraña, ese bebé no viene con un pan debajo del brazo, más bien con una panadería industrial —bromeó César volviendo a conseguir que todos se rieran.

—Pues creo que a mí me queda regalaros el convite, ¿no os parece?

—Abuela, no tienes que…

—Cariño, quiero hacerlo, recuerda que esa es mi especialidad, no me quites esa ilusión.

—Está bien —aceptó Ricardo con un beso y un achuchón, después bromeó—: No entiendo por qué la gente dice que casarse es tan complicado.

Todos se rieron al oírle decir eso e inmediatamente empezaron a gastarle bromas.

A las seis de la mañana, César, terminándose el último cubata, dijo:

—Creo que ya es hora de irme. ¿Alguien quiere venirse conmigo? —preguntó mirando a Ángel, que le devolvió la mirada frunciendo el ceño haciéndole reír.

—Nosotros también nos vamos —expuso Samanta—. Mi madre tiene que estar agotada.

—¡Oye! Habla por ti, yo estoy estupendamente —bromeó Esperanza haciéndoles reír—. Ha sido una noche muy divertida.

—Sam, no te vayas, quédate conmigo —le pidió Víctor cogiendo su mano.

—Es que mi madre…

—Eh, ¡a mí no me metas por medio! César puede llevarme a casa, ¿verdad, cariño?

—Por supuesto, así me marcharé con la mujer más guapa y elegante de la fiesta —bromeó César haciéndoles reír una vez más.

—Pero, mamá…

—Quédate con Víctor, mañana os espero para conocer a sus padres y ver ese estupendo apartamento.

Todos se pusieron en pie para abandonar la casa, Víctor ayudó a Esperanza a ponerse el abrigo.

—Gracias —le habló bajito.

—¿Por qué?

—Por su perdón, por dejar que su hija se quede conmigo esta noche y también porque venga mañana a conocer a mis padres.

—Tú sigue tratando así a mi hija, y nos llevaremos muy bien.

Víctor le sonrió y le dio un beso en la mejilla.

—Entonces nos llevaremos estupendamente.

—Eso espero.

Cuando todos se fueron Víctor fue hasta la cadena de música y puso una canción, después se acercó a ella abrazando su cintura.

—¿Quieres bailar conmigo?

—Sí.

Estrechándola entre sus brazos se pusieron a bailar, y ella le acarició el pecho por encima de la camisa subiendo lentamente hasta enroscar las manos en su cuello.

—¿Recuerdas esta canción?

—*Hello*, de Lionel Richie. Sí, la recuerdo.

—¿Sabes que en todos estos años cada vez que la escuchaba recordaba la primera vez que fuiste mía?

—Pues yo cada vez que la escuchaba recordaba lo mucho que te odiaba y apagaba la radio.

—Vaya, menos mal que lo has dicho en pasado.

Samanta no pudo evitar reírse y soltar ese pequeño ronquidito, consiguiendo que Víctor se riera con ella.

—Qué tonto eres.

—¿Sigues odiándome, Sam?

—¡No seas tonto! ¿Cómo voy a seguir odiándote? ¿Crees que si te odiara me acostaría contigo?

—Podrías estar acostándote conmigo simplemente porque disfrutas entre mis brazos o porque estés cansada de tener que trabajar tú sola con Vic. —Samanta se echó a reír de nuevo.

—¿Por qué estás sacando esta conversación? ¿Qué te preocupa?

—¿Por qué nunca más me has vuelto a decir que me quieres?

Samanta lo miró a los ojos fijamente y se dio cuenta de que Víctor estaba nervioso.

—Me juré a mí misma que nunca más volvería a decir esas palabras a un hombre y no creo que pueda volver a hacerlo. Por favor, Víctor, no me obligues…

—Jamás te obligaría a nada, es solo que me asusta pensar que no puedas volver a enamorarte de mí y que puedas guardarme alguna clase de rencor.

—Víctor, no pienses en esas cosas, olvídate de eso y simplemente disfrutemos del momento, ¿vale?

—Cásate conmigo.

—¡¿Qué?!

—Cásate conmigo, Sam.

—Víctor, no quiero casarme.

—¿Por qué?

—Porque no, porque estoy bien así.

—Sam…

—Víctor, no quiero hablar de esto, por favor. Hazme el amor y déjame dormir entre tus brazos, eso es lo único que quiero.

Samanta lo besó con mucha pasión, y Víctor cayó rendido a sus pies y una vez más, cuando más a gusto estaba besándola, Samanta volvió a desaparecer al quitarse los zapatos y quedar de repente un palmo más bajita. Él protestó:

—Cada vez que haces eso me asustas, es como si de repente te esfumaras.

—Pues no, es solo que los tacones me están matando. Y yo no tengo la culpa de que tú seas tan gigante porque yo no soy bajita, que conste, tú eres demasiado alto.

—Eso tiene solución. —Se agachó y la levantó en brazos—. Ahora estás a mi altura.

Besándola con mucho deseo la llevó hasta el dormitorio, una vez allí la tumbó en la cama y mientras se desnudaba no dejaba de mirarla. Samanta se había quedado sentada con las piernas estiradas y, al comprobar cómo se desnudaba, apoyó los brazos en la cama detrás de su espalda para poder verlo mejor. Cuando Víctor la vio mirarlo embobada, se arrodilló en la cama con los brazos y las piernas a los lados de ella quedando encima y le preguntó en un susurro mirándola a los ojos:

—¿Eres mía, Sam?

—Sí, soy toda tuya.

—¿Quieres casarte conmigo? —Besó sus labios con ternura.

—Víctor…

—¡Ssshhh! Esa respuesta no es válida. —Recorría su cuello con los labios mientras le desabrochaba el vestido—. Solo puedes decir sí o no. —Mordiendo su hombro con fuerza le susurró—: Todas las noches te haré la misma pregunta. —Con un empujón la tumbó en la cama y bajó su vestido dejando sus pechos al aire para poder saborearlos con calma y sin prisa—. Hasta que consiga la respuesta que quiero. —Sus manos seguían descendiendo por su cuerpo llevándose detrás el vestido y su ropa interior con un reguero de besos erizándole la piel—. Y sabes que acabarás aceptando mi proposición, ¿verdad? —mientras le decía esas palabras se ponía el preservativo mirándola a los ojos—. Que esto es solo un juego. —Tumbándose encima de ella la penetró muy lentamente preguntándole de nuevo—: ¿Quieres casarte conmigo, Sam?

—Nooo —contestó ella con un gran gemido de placer al sentirlo dentro.

Víctor le hizo el amor con mucha pasión y cuando terminaron, relajados, se quedaron dormidos abrazados el uno al otro.



Capítulo 53

Era Nochevieja y todos habían quedado en un hotel para disfrutar esa velada juntos, Víctor y Samanta acababan de pasar una semana fuera, ya que él le había regalado a Samanta un viaje a París, la ciudad del amor, como le había dicho al poner los pasajes en sus manos la mañana de Navidad despertándola con muchos besos. Bueno, era más bien para los dos, se lo había regalado con la excusa de que hasta que terminaran las Navidades estaría libre porque después empezaba la liga y tendría que viajar bastante y por esa misma razón quería pasar una semana a solas con ella en esa maravillosa ciudad.

A Samanta le había costado decidirse, ya que no le gustaba dejar su trabajo tantos días, pero César, como aquel que dice, le había puesto las maletas en la mano y la había obligado a marcharse, otra de las razones era porque no quería pasar con él tanto tiempo, pues cada vez se le hacía más difícil separarse de Víctor para volver a su casa vacía y sola.

Pero el miedo a depender de él la obligaba a mantener las distancias y a decirle todas las noches «¡Nooo!» cada vez que él le preguntaba: «¿Quieres casarte conmigo, Sam?». Ya que después de Nochebuena todas las noches le preguntaba lo mismo, ya fuera antes, durante o después de hacerle el amor o incluso por wasap cuando no dormían juntos, como la noche que regresaron del viaje y Samanta se empeñó en dormir en su casa para volver a la rutina después de esa maravillosa semana que habían pasado en París viendo esa preciosa ciudad y amándose por todos los rincones como dos locos adolescentes.

—Y, bien, ¿por fin has dicho que sí? —Quiso saber César, pues era al único que le había contado que Víctor todas las noches le hacía la misma pregunta.

—No.

—¡No me lo puedo creer! ¿De verdad has pasado una semana con ese pedazo de hombre en la ciudad del amor y has tenido la fuerza suficiente de decirle que no todas las santas noches? ¿Tú de qué estás hecha?

—¡Calla! No quiero que te oigan. Y, no, no quiero casarme con él, estoy muy bien así. ¡Dios!, es guapísimo, ¿verdad? —comentó sin darse cuenta, ya que no podía quitar la vista de Víctor, que hablaba con Ángel enfrente de ellos.

Todos los hombres esa noche llevaban chaqué, pues el hotel era de lujo y era uno de sus requisitos para esa fiesta, y las mujeres debían ir con vestido de noche largo. Así que todos iban iguales; levita negra, pantalón negro con finas rayas grises verticales, camisa blanca, el chaleco y la corbata debían ir del mismo color y a elección de cada uno, y eso era en lo único que se distinguían los hombres, pues cada uno llevaba el que más le apetecía. Víctor los llevaba granate, Ángel azul y César rosa fuerte, así que todos estaban muy guapos y elegantes.

—Sí, está guapísimo esta noche —decía César mirando a Ángel comiéndoselo con los ojos.

Samanta miró a César al oírle decir eso y se dio cuenta de que no miraba a Víctor, sino a Ángel, y por su manera de hacerlo Samanta le preguntó sorprendida:

—No estás hablando de Víctor, ¿verdad?

—Yo…, pues, claro, ¿de quién iba a hablar si no?

—Pues del hombre que está al lado de Víctor y que, cómo no, también está guapísimo esta noche, igual que tú. ¿Por eso será que él a ti tampoco te quita la vista de encima? ¿Qué me he perdido en esta semana?

—Nada, porque me he pasado la semana entera trabajando gracias a la cacho perra de mi socia, que le dio por irse con su amante a pasar una semana de picos pardos, así que no he tenido tiempo para relacionarme con nadie.

—Qué tonto eres —dijo muerta de risa al oírle decir eso—. Pero no disimules, quiero saberlo todo. ¿Qué pasa con Ángel? ¿No estarás perdiendo la cabeza por él? Mira que nos conocemos y luego lo pasas fatal. Ese hombre es hetero y por más que lo intentaras no pasaría nada, más bien se burlaría de ti. Y sabes que no soporto que te hagan daño, así que al final me tocaría matarlo y eso me causaría problemas con Víctor. Por eso te pido que te olvides de ese tío, ¿vale?

—Tú sí que estás tonta. —Se rio por el comentario de Samanta—. Y no quiero que te preocupes, todo va estupendamente.

—¡Mierda!, ¿ha pasado algo entre vosotros? Y no me mientas que te conozco muy bien.

—Sí, pero solo han sido un par de besos, así que no te pongas histérica.

—¡Joooder! No me lo puedo creer. ¿Ángel es gay?

—¡Cállate, Sam! Él no quiere que se sepa, así que cierra la boca y, sí, es gay, aunque él mismo piense lo contrario.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que no termina de decidirse y aún no sabe en qué bando está. Pero te puedo asegurar que es gay porque un hombre no se entregaría a un beso de esa manera si no lo fuera.

—¿Tan increíble fue? —Quiso saber Samanta al verlo hablar con tanta melancolía.

—¡Buuuf! Nunca en toda mi vida un beso me ha puesto tan cachondo y nunca en toda mi vida un tío se ha puesto tan caliente con un simple beso.

—¡Bueno! Vale, vale, vale, no sigas, puedo imaginármelo, mejor no entremos en detalles. ¡Vaya! Nunca me hubiera imaginado que Ángel fuera gay, parece tan varonil.

—¡Oye, guapa! ¿Estás insinuando que a mí se me ven las plumas?

—No, tonto. —Volvió a morirse de risa—. A ti el que no te conozca jamás podría imaginar que lo fueras, pero es que yo siempre creí que Ángel era como Víctor, un mujeriego.

—Vale, cállate, que están viniendo hacia aquí.

***

Víctor se había quedado hablando con Ángel en la recepción del hotel, pues habían entrado los cuatro juntos, Víctor acompañado por Samanta, y Ángel por Berta, pero Berta se había disculpado y se había separado de ellos para saludar a unas amigas que acababa de ver, y Samanta había hecho lo mismo al ver a César en la barra de la recepción, así que Ángel había aprovechado, ya que se habían quedado solos, para preguntarle:

—Y, bien, ¿cuándo vamos de boda?

—De momento no hay boda.

—¿No me digas que aún sigue diciéndote que no? ¡¿Esa mujer está loca?! ¿Cómo puede seguir diciéndote que no?

Al igual que César con Samanta, Ángel era al único que Víctor le había contado lo de su petición de matrimonio.

—Tiene miedo.

—¿A qué?

—A volver a confiar en mí y a entregarse por completo a esta relación, por eso me da largas. Pero, no te preocupes, el que la sigue la consigue, y yo voy a seguir a esa mujer hasta que acabe rendida a mis pies y acepte mi propuesta de matrimonio, de eso que no te quepa la menor duda. —Mirando a Samanta mientras hablaba con Ángel no pudo evitar preguntarle—: Es preciosa, ¿verdad? Y esta noche está increíble, bueno, aunque siempre está increíble, y con ese vestido me vuelve loco.

Samanta repetía vestido, ya que nadie —excepto Víctor, Ángel y César— la había visto con él, y como le gustaba demasiado había decidido descolgarlo del armario y repetir el modelito de Christian Dior que lució en la ceremonia donde la premiaron por su artículo de disculpa, pues le había costado una fortuna y no quería dejarlo olvidado en el ropero.

—Parece que esa visita a la ciudad del amor aún te ha dejado más enganchado a esa mujer.

—Ha sido una semana increíble, te juro que no me apetecía nada volver y, sí, tienes razón, aún estoy más enamorado de esa mujer que hace una semana, si la perdiera ya no me importaría nada.

—Entonces tendrás que conservarla, no quiero verte tan jodido como la última vez.

—Sí, es lo que pienso hacer. Ahora, ¿por qué no nos reunimos con ellos? ¿O prefieres buscar a tu mujer?

—No, deja a mi mujer que se divierta, prefiero estar con César y Samanta.

Ángel tenía ganas de volver a estar con él y saber si este había estado pensando en él tanto como él había pensado en César y en ese momento tan íntimo que habían compartido que no podía quitarse de la cabeza. Nunca se había sentido así y necesitaba saber cómo su cuerpo reaccionaría al volver a estar cerca de ese hombre, ya que desde la Nochebuena no se habían vuelto a ver, aunque por cómo empezaba a reaccionar su corazón, acelerándose a cada paso que daba, sabía que en cuanto estuviera a su lado volvería a sentir ganas de aplastarlo contra la pared.

—Hola —lo saludó nada más llegar a su lado ofreciéndole la mano.

César, con una gran sonrisa, apretó su mano con fuerza.

—Hola. ¿Cómo estás?

—Bien.

—Aún no han llegado los chicos, ¿podrías mandarles un wasap a ver si están bien? —le pidió Samanta a Víctor.

—Tranquila, estarán bien.

Víctor le pasó el brazo por los hombros atrayéndola hacia él y la besó en los labios.

—Están entrando por la puerta —les anunció César.

—Gracias a Dios, estaba empezando a preocuparme.

Ricardo, Raquel, Pedro y Rocío accedían y, mientras los hombres dejaban los abrigos suyos y los de las chicas en el ropero, ellas acudían a saludarlos. Raquel llevaba un vestido azul muy bonito, largo y estrecho hasta los pies, marcando esa pequeña barriga que le sentaba muy bien, y Rocío llevaba un vestido negro con una pedrería muy fina y le quedaba genial. Las dos estaban muy elegantes, como ellos, que iban con chaqué como todos los hombres. Ricardo llevaba el chaleco y la corbata verde, haciendo juego con sus increíbles ojos, y Pedro los llevaba en un tono mostaza oscuros, los dos estaban muy guapos y atractivos también.

Mientras esperaban para dejar los abrigos, Pedro le decía a Ricardo:

—¡Joder, macho! Qué sitio más refinado, tu padre se ha pasado tres pueblos. Seguro que la bromita de invitarnos esta noche le ha salido bien cara.

—Por esa misma razón hay que disfrutarla a tope.

—Sí, tenemos que beber mucho, comer más y pasárnoslo bomba. ¿Crees que podríamos pagar una habitación aquí? Es que esta noche me gustaría probar suerte con Rocío.

—¿Ya no puedes esperar más?

—Sé que le dije que iríamos despacio, pero no creo que pueda esperar más, llevamos más de un mes, casi dos y ella sigue sin decidirse. ¿Tú sabes cómo me pongo cada vez que estamos solos? Como una moto, a veces pienso que se me va a quemar el motor de tanto recalentamiento.

Ricardo se echó a reír al oírle decir eso, incrédulo de que su amigo aguantara esa situación con una chica.

—¿No has estado con otras chicas desde que sales con Rocío?

—Pues claro que no, ¿por quién me tomas?

—¿Tú eres mi amigo o un clon de él? —bromeó Ricardo haciendo reír a Pedro—. No sería la primera vez que sales con dos tías a la vez.

—Tienes razón, pero no quiero cagarla y perder a Rocío, así que no, no estoy con ninguna otra. Rocío me gusta muchísimo y estoy completamente seguro de que cuando consiga romper sus barreras será alucinante, por eso sigo con ella.

—¿Y por qué no eres sincero y me dices la verdad?

—¿Qué verdad?

—Que te has enamorado, un hombre como tú no aguanta una situación como esa si no está enamorado.

—Puede que tengas razón, pero no estaré totalmente seguro hasta que no me la lleve a la cama. Cuando le haga el amor sabré exactamente si esto que siento por ella es amor o simplemente un capricho por ser la única mujer que me pone el freno cada vez que intento propasarme.

—Será mejor que nos reunamos con los demás —propuso Ricardo al entregar los abrigos.

Todos juntos se acercaron a su mesa y cada uno tomó asiento, esa vez César se adelantó y se puso al lado de Ángel, su mujer se sentó al otro lado, Samanta junto a ella y Víctor; luego, Raquel y Ricardo y, por último, Pedro y Rocío se sentaron juntos, quedando con Ricardo pegado a ella.

Todos hablaban y se reían y cuando empezó la cena disfrutaron de cada plato que los camareros les servían, pues estaban todos buenísimos, todo en ese hotel era selecto, carísimo y exquisito.

—Quiero hacer un brindis. —Pedro levantó su copa y todos lo imitaron—. Quiero brindar por Víctor, que gracias a él estamos todos aquí disfrutando de esta cena y de estos vinos que son una delicia.

—Me alegro de que os guste, pero no necesito que me deis las gracias. Me hicieron una buena oferta y no pude decir que no porque conozco al dueño. ¡Ah!, y que conste que en la oferta entraba la habitación por parejas, no quiero que conduzcáis con una copa de más, así que mejor dormimos la mona aquí y mañana Dios dirá.

—¡Bien! —gritó Pedro mirando a Rocío con esa sonrisa tan picaresca en él consiguiendo que le subieran los colores—. Ahora sí que creo que ha valido la pena alquilar el chaqué. —Consiguió hacer reír a todos.

—¿Y qué pasa? ¿Los solteros podemos matarnos por el camino? —preguntó César simulando estar indignado.

—En tu caso hemos hecho una excepción, tienes la cama para ti solo. —Se rio Víctor.

—¡Lástima! —César miró a Ángel con disimulo.

Cuando Ángel sintió una mano en su entrepierna dio un brinco en su asiento e inmediatamente miró a César, el cual le sonrió moviendo su mano y apretando con fuerza su erección que crecía desmesuradamente en su mano. Ángel, acercándose a él, le habló muy bajito para que nadie los oyera:

—¡Joder, para!, Me estás poniendo como una moto.

—¿Y si te reúnes conmigo en el baño?

—¿Estás loco?

—No, desesperado.

Al oírle decir eso Ángel no pudo evitar mirarlo a los ojos y justo lo que vio en ellos fue deseo, provocando que la misma sensación también creciera en su interior sin apenas poder controlarlo.

—Está bien, pero estate quieto, no quiero volver a mancharme los pantalones.

César dejó inmediatamente de tocarle y empezó a hablar con Rocío, como si de repente se hubiera olvidado de él y eso molestó bastante a Ángel.

Samanta no podía evitar observarlos alucinada, esas sonrisas y esas miradas furtivas eran tan evidentes, si sabías algo, por supuesto, ya que el resto de la mesa no parecía darse cuenta. Cuando Samanta vio a César deslizar la mano por debajo de la mesa e inmediatamente a Ángel brincar en el asiento sabía lo que estaba haciendo y lo más alucinante era que Ángel ni siquiera se movía y dejaba que lo tocara delante de todo el mundo intentando disimular lo mucho que le ponía esa situación, mientras se decían cosas casi al oído y se miraban con deseo como dos amantes secretos.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Víctor sacándola de sus pensamientos.

—No, todo está bien.

—¿Crees que si te emborracho esta noche obtendré la respuesta que quiero?

—¡Nooo! —contestó Samanta muerta de risa.

—¿Cómo estás tan segura?

—Lo estoy.

—Si no recuerdo mal también juraste no volverte a acostar conmigo y, sin embargo, lo hiciste al beber más de la cuenta, ¡ah!, y también me confesaste que tu amante era Vic.

—Aaahh, ¡sí!, esa noche no debí beber, ¿y sabes qué? Que hoy no voy a hacerlo, no vaya a ser que mañana nos despertemos y estemos casados. —A Víctor le dio la risa.

—Camarero, ¡una botella de champán! —bromeó, y esa vez fue Samanta la que se rio y su risa aumentó al oír a Pedro y Ricardo gritar.

—Eso, ¡que empiece la fiesta!

—Entonces que traigan más botellas porque una es para tu madre —explicó Víctor.

—¿Quieres emborrachar a mi madre? —preguntó Ricardo divertido.

—Sí, eso quiero —contestó con una gran sonrisa.

—¡Víctor! No vas a emborracharme.

—Vamos, déjame emborracharte, así podrás decirme que síííí y no seguirás evitando lo inevitable.

—¿Por qué crees que borracha te diría que sí?

—Por lo mismo por lo que me contaste lo de Vic, porque los borrachos y los niños son los únicos que dicen la verdad. Y yo sé que por más que quieras hacerme creer que no quieres casarte conmigo mientes, y lo haces porque tienes miedo, porque crees que podría volver a decepcionarte y te juro por Dios que eso nunca más va a volver a pasar.

—Víctor, por favor.

—Está bien, me callaré. Pero que conste que tengo razón.

—Eres un pesado.

Habían terminado de cenar y estaban con los postres, César se levantó de la mesa.

—Si me disculpáis, voy al servicio.

Al pasar por detrás de Ángel tocó su cuello con la mano y lo apretó ligeramente, a Ángel se le cortó la respiración, ya que sabía que aquello era una señal de lo que él quería; un encuentro en los lavabos. El problema era que Ángel no estaba seguro de si iba a poder acudir; primero, porque no sabía qué excusa poner para levantarse de la mesa, ya que hacerlo detrás de César y decir que iba al baño iba a ser muy sospechoso y, segundo, le aterraba que en los servicios hubiera gente y los pillaran, eso era algo que no podría soportar. De pronto le sonó el móvil y cuando contestó y escuchó la voz de César fue incapaz de no acudir a esa cita por llamarlo de alguna manera.

—Disimula y haz como que no oyes bien y que tienes que salir fuera, te espero en el baño, está vacío.

—Sí —disimuló Ángel tal y como le había dicho César—. Perdona, pero es que no te oigo, un momento. —Tapando el móvil en su pecho le dijo a Berta levantándose de la mesa—: Tengo que salir fuera, no oigo nada.

—¿Quién es?

—Un amigo que quiere felicitarme el año nuevo. Ahora vengo. Aprovecharé y me fumaré un cigarro, así que no te pongas nerviosa si tardo.

—Está bien.

Ángel volvió a ponerse el móvil en el oído.

—César…

—Estoy en la última puerta, está abierta, así que pasa sin llamar.

—Vale.

Cuando Ángel entró en el baño, el corazón le iba a cien por hora por si alguien los descubría, pero también porque estaba nervioso, excitado y muy ansioso por volver a besar a César. Al entrar en el último baño, él lo estaba esperando y al verlo sonrió y se puso el dedo índice en los labios para que callara. Ángel no dijo nada y echó el cerrojo, César, cogiéndolo por las solapas del chaqué, lo acercó hacia él muy despacio mirándole a los ojos.

—No estamos solos, así que no hables —le susurró.

—¡Joder! —maldijo Ángel también en un susurro.

Pero cuando sintió los labios de César en los suyos no pudo evitar devolverle el beso y darle otro y otro y otro. Sus bocas se abrieron al mismo tiempo y sus lenguas se encontraron y se enredaron la una a la otra, la sensación era increíblemente deliciosa y ninguno de los dos podía frenar esa pasión que crecía a pasos agigantados, la excitación era tan grande que el deseo se volvía insoportable.

César dejó de besarlo de golpe, y Ángel se quedó mirándolo sorprendido, pero, volviéndole a pedir que se mantuviera en silencio con un gesto, lo cogió por los hombros y lo sentó en el váter, inmediatamente se colocó encima de él a horcajadas y se movió friccionando su erección contra la de él, cuando Ángel estaba a punto de gemir al sentirlo, César volvió a atrapar su boca devorándole con mucha pasión y mientras lo besaba no dejaba de moverse. Los dos podían sentir cómo sus erecciones crecían, cómo se endurecían y cómo perdían el control el uno contra el otro.

César, agarrando la cabeza de Ángel, la echó hacia atrás y empezó a besarle el cuello lentamente subiendo muy despacio hasta llegar a su oreja para decirle en un susurro:

—Te espero esta noche en mi habitación, no me importa a la hora que sea, cuando se duerma tu mujer te escapas.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Una cosa es esto y otra muy distinta es que tú me…, joder, no sé cómo decirlo.

—¿No quieres que te penetre?

—No, no estoy preparado para eso y no sé si algún día podré estarlo.

—No voy a pedirte eso en nuestra primera cita. —Sonrió—. Ya sé que al principio cuesta.

—¿Entonces?

—Por ser tu primera vez yo seré el sumiso, y tú el que domine la situación. —Ángel lo miró a los ojos.

—Júrame que todo lo que pase entre nosotros será eso, entre nosotros.

—Te lo juro.

—Bien, entonces en cuanto se duerma Berta estaré contigo.

—No gastes tus energías con ella, ¿vale?

—No, las guardaré todas para ti, ella no me interesa.

—Síií, eso me gusta. —Sonrió con malicia.

Esta vez fue Ángel el que agarró su cabeza y lo besó efusivamente dejándolo y quedándose sin respiración, hasta que escucharon golpes en la puerta y Ángel se quedó paralizado cuando oyó a otro hombre decir desde fuera:

—Eeeh, ¡tío! ¿Sales ya de ahí o qué?

Ángel cerró los ojos sabiendo que todo estaba perdido y que los habían descubierto, pero escuchó a César gritar:

—¡Estoy cagando, joder! ¿Tienes algún problema?, y si yo fuera tú no entraría aquí después de mí.

—¡Joder, qué asco! —protestó el hombre.

Ángel tuvo que taparse la boca para que no lo escucharan reírse y cuando César lo miró la risa los dominó a los dos, así que también tuvo que taparse la boca, al momento escucharon cómo los baños se abrieron y se cerraba la puerta principal, y César volvió a hacerle esa señal para que guardara silencio. Abrió la puerta y al ver el cuarto de baño vacío le señaló a Ángel para que saliera. Los dos salieron del baño, se lavaron las manos y se dispusieron a volver con los demás, antes de hacerlo le recordó César a Ángel:

—Recuerda que te estaré esperando, no me falles.

—No lo haré.

Justo cuando salieron del baño se quedaron paralizados y los dos preguntaron al mismo tiempo al ver el jaleo:

—¡¿Qué coño está pasando?

***

Rocío y Raquel habían ido al cuarto de baño y al salir Rocío se tropezó con uno de los camareros, cuando se volvió para disculparse y le vio la cara, su cuerpo se quedó paralizado y empezó a faltarle el aire, no podía respirar, no podía moverse y sin poder evitarlo empezó a llorar. Raquel cuando la vio, sin reparar en el hombre que estaba frente a ellas, le preguntó asustada:

—Rocío, por Dios, ¿qué te pasa? ¿Por qué te has quedado tan blanca? ¿Por qué estás llorando?

Rocío no podía hablar, solo miraba a ese hombre aterrada. Raquel, al darse cuenta de que miraba a alguien detrás de ella, se giró y al verlo la impresión la dejó tan paralizada como a su

amiga, pero ella, al contrario que Rocío, reaccionó con rapidez.

—¡¿Qué haces tú aquí?! ¡¿Cómo te atreves a seguirla de nuevo?! ¡Si no te largas ahora mismo llamaré a la policía! —gritaba indignada y furiosa por su amiga.

Ricardo, Pedro, Víctor y Samanta habían acudido inmediatamente al oír los gritos de Raquel.

—Yo no la estoy siguiendo —se defendió el camarero nervioso.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Víctor a su hija.

—Sí, ¿por qué estás gritando? —Ricardo la abrazó al verla tan nerviosa.

Pedro, al ver el estado de Rocío, se acercó a ella y mirándola a los ojos y ver sus lágrimas la abrazó con fuerza, al sentirla rígida como un palo y sin poder respirar le preguntó alarmado:

—¿Qué te pasa, nena? ¿Por qué estás tan asustada? ¿Quieres que llame a un médi…? —A Pedro se le cortaron las palabras al escuchar a Raquel decir alterada:

—¡Él no debería estar aquí! No puede estar cerca de ella, hay que llamar a la policía.

—¡Mierda!, yo no la estoy siguiendo, ¿cómo quieres que te lo diga?, solo estoy trabajando. Y hace un mes que la orden de alejamiento cesó, así que puedo estar aquí y donde me dé la gana, estoy harto de que me amarguen la vida ella y su familia, no tienen ningún derecho a…

Pedro estaba escuchando todo lo que ese hombre decía y cuando nombró lo de la orden de alejamiento en su mente todo empezó a cuadrar, sabía por qué Rocío estaba en ese estado, sabía que ese hombre era el causante de ese *shock*, y daba gracias a Dios de que sus plegarias hubieran sido escuchadas, ya que cada vez que intentaba profundizar con ella, y ella le paraba los pies asustada, deseaba matar al hijo de puta que la había hecho ser así. Cuando le escuchó decir:

—No tienen ningún derecho a…

Antes de que terminara la frase, Pedro le había dado un puñetazo lanzándolo por los aires y, mientras se acercaba a él para volver a golpearlo, le gritaba:

—¡Tú sí que no tienes ningún derecho, hijo de puta!

Justo al oír sus gritos, Rocío reaccionó y vio a Pedro agarrando a ese hombre levantándolo por las solapas de la camisa.

—¡Oh, Dios mío! —susurró Rocío al ver la reacción de Pedro.

—Tenía ganas de conocerte, cabrón, ahora vamos a ver lo macho que eres con alguien que está a tu altura —le amenazó Pedro dándole otro puñetazo y cuando cayó al suelo nuevamente se quitó la levita y se la dio a Ricardo para moverse mejor.

—Yo… yo… yo solo estoy trabajando, no quiero jaleos, por favor —le suplicaba muerto de miedo al saber la que le esperaba después de esos dos puñetazos que Pedro le acababa de dar sabiendo que no tenía ninguna posibilidad contra él.

—¿Tienes miedo? ¿Solo eres valiente con muchachas inocentes? ¿Con ellas sí sacas tu hombría?

—Rocío, por favor, lo he perdido todo, ¿de verdad crees que me merezco más castigo? —le preguntó levantándose y escupiendo la sangre de su boca.

—Eres un cobarde y sí te lo mereces, te mereces morir —espetó Rocío con desprecio.

Pedro, al escuchar las palabras de Rocío, volvió a darle otro puñetazo volviéndolo a lanzar al suelo y después, al verlo allí tirado sin presentar batalla, le gritó furioso:

—¡Levántate, cobarde, y defiéndete o de lo contrario te mataré!

Justo en ese momento César y Ángel salían del baño y al ver el jaleo se acercaron a Víctor y preguntaron a la vez:

—¡¿Qué coño está pasando?!

—No lo sé.

—Joder, ¡¿y por qué no haces algo?! —preguntó Ángel—. Están pegando a Pedro y estáis

todos tan tranquilos.

—Es Pedro el que está zurrando y creo que es mejor no meterse, está muy cabreado.

Cuando ese hombre intentó levantarse, Pedro lo cogió por las solapas y sin soltarlo empezó a darle puñetazos en la cara mientras le gritaba fuera de sí:

—¡Si vuelves a acercarte a mi novia juro por Dios que te mataré! Ella ya no necesita órdenes de alejamiento porque me tiene a mí y si te veo cerca de ella, aunque sea a cinco metros de distancia, ¡te machacaré! ¡¡¿Te ha quedado claro?!! —preguntó furioso dejando de golpearle.

En su cara no quedaba un centímetro de piel sin haber sido golpeado, sangraba por la nariz, por la boca y parecía un boxeador en uno de sus peores combates, ya que Pedro se había desahogado dejándolo hecho un guiñapo. Cuando por fin Pedro lo dejó caer en el suelo, el gerente del hotel se acercó.

—Señor, ¿puede explicarme qué está pasando aquí?

—Acabo de librarle de una alimaña y espero que cuando vuelva a contratar a alguien sea usted capaz primero de mirar sus antecedentes.

—¿Qué quiere decir?

Acercándose a él para que Rocío no lo escuchara le habló al oído.

—A ese hombre le gusta drogar a muchachas inocentes para después robarles su virginidad. ¿Cree que es una buena elección para un hotel tan lujoso como este? Imagínese lo que podría ocurrir si sus clientes se enteraran o, peor aún, si volviera a hacerlo con una muchacha de su hotel.

—¡No, por Dios!, ¡no tenía ni idea! No se preocupe, no volverá a poner un pie en este hotel.

—Eso espero.

—Si hay algo que pueda hacer por usted, lo que sea, solo tiene que decírmelo.

—Lo tendré en cuenta.

Nada más terminar de hablar con él, se acercó a Rocío y mirándola con la cabeza ladeada le preguntó con mucha suavidad en la voz, ya que no sabía cómo iba a reaccionar ella después del lío que acababa de montar.

—¿Estás bien? —Rocío mirándole a los ojos se echó en sus brazos.

—Gracias, gracias por lo que acabas de hacer. Yo misma tenía ganas de darle a ese miserable su merecido y has tenido que ser tú, siempre creí que después de lo que me hizo nunca recibiría un castigo y eso me mataba. —No podía dejar de llorar.

—No ha recibido lo que se merece porque querría verlo muerto, pero por lo menos me he quedado a gusto y después de esto espero que nunca más se cruce en tu camino porque entonces me lo cargo.

—¿Estáis bien? —preguntó Ricardo. Los dos asintieron con la cabeza.

—Qué susto me he llevado al salir del baño y ver todo el follón —confesó César.

—¿Qué es lo que ha pasado? —Ángel seguía estupefacto.

—Sí, anda, explicadnos porque yo aún estoy alucinada con todo esto —pidió Samanta.

—Digamos que ese tío se merecía un escarmiento y por fin Pedro le ha dado su merecido —explicó Ricardo sin profundizar más en él tema.

—Entonces, ¿por qué no volvemos a la fiesta y disfrutamos de lo que queda de velada? —propuso Víctor agarrando a Samanta por la cintura para entrar de nuevo al salón.

—¿Quieres volver a entrar o prefieres irte a casa? —le preguntó Pedro a Rocío.

—No. Quiero pasármelo bien y disfrutar contigo lo que queda de noche.

—Entonces vamos a divertirnos. —Le dedicó su mejor sonrisa provocándole palpitaciones en el corazón.

Todos volvieron a la mesa y empezaron a hablar y a bromear intentando olvidar ese momento tan desagradable.

Los demás asistentes que habían salido al escuchar el escándalo, ya estaban de nuevo en el salón, pues el gerente se había encargado de que todo volviera a la normalidad y de sacar a patadas de su hotel al maldito profesor de autoescuela de Rocío.

Unos minutos más tarde empezaron a anunciar la llegada de las campanadas y todos cogieron sus uvas esperando impacientes a que llegara la primera, cuando sonó todos se comieron la primera uva y así sucesivamente hasta la doceava. Al terminar todos se besaron y se felicitaron el año unos a otros, se besaban en los labios, unos con más efusividad que otros, y César no pudo evitar mirarlos a todos, pues él no tenía a quién besar hasta que todos dejaran de felicitar a su pareja, el primero en terminar fue Ángel, pues su beso fue tan soso e indiferente que no tardó ni un segundo.

—Feliz año nuevo —le dijo a su mujer con una sonrisa fingida.

—Igualmente, cariño —le respondió con tristeza al ver la frialdad en su marido.

César no se movía, solo los miraba y esperaba con paciencia, pues no sabía cómo felicitar a Ángel delante de la gente sin que este se molestara, así que lo mejor era esperar a que lo hiciera él, pero Berta, alejándose de su marido, se acercó y le dio dos besos.

—Feliz año nuevo, César.

—Muchas gracias, Berta, igualmente. —Le devolvió los besos y un abrazo muy apretado.

Cuando ella se alejó de él, Ángel se acercó y lo abrazo con fuerza.

—Feliz año.

—Feliz año, estoy deseando que todos se vayan a dormir —le susurró al oído mientras lo abrazaba.

Ángel se apartó de él y lo miró con una sonrisa que demostraba lo mucho que le avergonzaba que alguien pudiera darse cuenta. Inmediatamente, todos se aproximaron y empezaron a felicitarse unos a otros para después brindar con champán.

La orquesta empezó a tocar música lenta para animar el ambiente y, cómo no, las parejas se pusieron a bailar. Todos lo hicieron, excepto Ángel, César y Berta. Berta aburrida de ver que su marido no le hacía ni caso, pues no dejaba de charlar con César, le habló con tristeza:

—Ángel.

—¿Sí?

—¿Te molestaría que me fuera con mis amigas?

—Pues claro que no, ve y diviértete.

Cuando Berta abandonó la mesa, César le comentó:

—Creo que tu mujer está muy triste.

—¿Por qué dices eso?

—Porque se le ve en la cara y es comprensible, llevas toda la noche ignorándola.

—¿Y qué quieres? ¿Que me vaya con ella?

—No, no quiero eso.

—¿Entonces?

—¿Cuánto tiempo hace que no te acuestas con ella?

—¡Joder, César! ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque a mí no me gustaría pasar por lo que está pasando ella. Si no la quieres, deberías dejarla.

—¿Por qué crees que no quiero a mi mujer?

—Porque si la quisieras no hubieras estado conmigo en el cuarto de baño haciendo lo que

hemos hecho, y ella no tendría esa cara de amargada.

—César, no me toques los huevos. ¿Qué quieres? ¿Que deje a mi mujer para estar contigo?

—No.

—Bien, porque eso no lo voy a hacer. No estoy enamorado de mi mujer, pero la quiero y no voy a abandonarla, ella solo me tiene a mí. Así que, si quieres que pase algo entre nosotros, tendrás que aceptar que estoy casado y que no tengo ninguna intención de dejar de estarlo.

—Mejor pregúntate quién de los dos desea más que esto continúe, yo no tengo ningún problema en buscar a otro hombre; tú, sin embargo, tienes miedo de hacerlo. Ahora, discúlpame, voy a tomarme una copa. Y no te confundas, no estoy interesado en que dejes a tu mujer, pero si le prestaras un poquito más de atención ella no empezaría a darse cuenta de que algo no funciona en vuestro matrimonio y de ahí esa tristeza. Me cae bien y no se merece sufrir por un hombre que no la ama y que no le aporta nada.

Nada más decir esas palabras se levantó de la mesa y se fue dirigiéndose a la barra, en cuanto llegó allí un hombre lo saludó, y César le devolvió el saludo como si se conocieran. Ángel no podía dejar de mirarlos y cada vez se ponía más nervioso, más cabreado y los celos parecían invadirle, algo absurdo, pensaba él, ya que nunca le había pasado algo así y mucho menos por un hombre, pero no podía dejar de sentirlo. Solo tenía ganas de una cosa; de ir y partirle la crisma a César por hacerle sentir todas esas cosas y de matar a ese gilipollas que parecía conocer muy bien a César por la manera en que lo tocaba al hablar, como dos viejos conocidos o amantes, más bien.

***

Pedro y Rocío estaban bailando en medio de la pista.

—¿Sabías antes de que todo esto pasara quién era ese hombre? —le preguntó avergonzada.

—No, hasta que no he escuchado a Raquel decirle lo de la orden de alejamiento, justo en ese momento me he dado cuenta de quién era y he sentido ganas de matarlo.

—¿Quién te contó lo que me sucedió con él?

—Ricardo, pero, por favor, no te enfades con él, yo le obligué. Me debía un favor y le insistí para que averiguara qué te había pasado para ser tan borde. —Rocío sonrió al oírle decir eso—. Porque ninguna mujer es tan borde como lo eras tú, a no ser que tenga un trauma, y por la forma en la que actuabas conmigo todo me decía que un tío te había hecho algo muy malo.

—¿Aún sigues pensando que soy una borde?

—No, ahora te conozco y sé que todo era pura fachada. Ahora sé que eres dulce, tierna, cariñosa y, lo más importante de todo, ahora sé que mataría por ti, nena. Porque cuando te he visto tan paralizada y tan tensa, con ese *shock* que no te dejaba reaccionar, me he dado cuenta de una cosa.

—¿De qué?

—De que te quiero —confesó dándole un beso en los labios muy tierno.

—Cuando te he oído decir eso de… «Si vuelves a acercarte a mi novia juro por Dios que te mataré, ella ya no necesita órdenes de alejamiento porque me tiene a mí y si te veo cerca de ella, aunque sea a cinco metros de distancia, te machacaré», me he dado cuenta de una cosa. —Acarició su barba.

—¿De qué? —preguntó él sabiendo la respuesta con esa sonrisa tan encantadora haciendo suspirar a Rocío.

—De que te quiero. —Los dos se fundieron en un beso tan apasionado que se les cortó la

respiración.

—Cuando quieras irte solo tienes que decírmelo —le dijo después de ese beso recuperando el aire—, aunque los demás se queden, tú y yo volveremos a casa con una limusina del hotel. Voy a aprovechar la oferta del gerente y le voy a pedir que ponga una a nuestra disposición. ¿Qué te parece?

—¿No quieres quedarte? Víctor ha dicho que teníamos habitación.

—Vamos, nena, no puedes pedirme que compartamos la cama sin tener sexo porque no me veo capaz de hacerlo. Te deseo demasiado para poder controlarme, así que será mejor que cada uno duerma en su cama.

—Te quiero. —Volvió a besar sus labios—. Y quiero estar contigo.

—Rocío, no…

—Estoy preparada y ya no quiero esperar. Mira, no sé si es por lo que has dicho o por lo que has hecho esta noche. Lo único que sé es que has hecho exactamente lo que llevo esperando desde que toda esta pesadilla empezó, me has dado justicia. Y no puedo explicarte por qué, pero desde que he visto a ese desgraciado hecho puré me he sentido liberada y ya no tengo miedo. Ahora sé que él no es nadie y que nunca más volverá a hacerme daño.

—De eso puedes estar totalmente segura porque yo no se lo voy a permitir.

—Y lo estoy, igual de segura de querer pasar la noche contigo. ¿Vas a seguir haciéndote de rogar?

Pedro no contestó a esa pregunta, sin embargo, el beso que le dio a Rocío se lo decía todo, era un beso tan apasionado, tan ardiente y con tanto deseo que ella creía haber muerto y estar en el paraíso. Cuando consiguió dejar de besarla dejó también de abrazarla para coger su mano y decir tirando de ella hacía Víctor:

—Ya hemos esperado suficiente.

Rocío no pudo evitar reírse y apresurarse detrás de él, ya que parecía tan impaciente que en vez de andar corría en busca de Víctor, que bailaba con Samanta la misma canción lenta que ellos apenas unos segundos antes, al igual que Ricardo y Raquel. Al llegar a su lado le preguntó:

—Siento molestaros, pero querría saber dónde puedo pedir la llave de nuestra habitación.

Rocío bajó la cabeza avergonzada delante de Samanta y de Víctor al pensar que ellos supieran lo que estaba a punto de suceder; Samanta, al verla tan avergonzada, la animó:

—Rocío. —Ella levantó la cabeza para mirarla—. La vida es muy corta y nunca sabes qué puede pasar mañana, así que intenta disfrutarla y deja el pasado a un lado. No vale la pena amargarse por algo que ya no tiene remedio, ¿no crees?

—Sí, tienes toda la razón. —Las dos se sonrieron.

—Ve a la recepción, da mi nombre y te darán una habitación.

—Gracias, pasadlo bien y hasta mañana —se despidió.

—Vosotros también. —Sonrió Víctor.

—No lo dudes —aseguró Pedro devolviéndole la sonrisa tirando nuevamente de Rocío hacia la recepción.

—Qué graciosos. —Rio Samanta—. ¿Te has dado cuenta? Él lleva una sonrisa de oreja a oreja y, sin embargo, ella parece que vaya a cometer un delito. ¿Por qué somos tan tontas las mujeres y todo nos da vergüenza?

—Porque es vuestra naturaleza, porque estáis acostumbradas a que nosotros somos los salidos y vosotras las que os hacéis de rogar. —Samanta volvió a reír—. ¿Lo que le has dicho a Rocío es lo que sientes?, ¿tú también vas a dejar el pasado a un lado?

—Yo ya he dejado el pasado a un lado.

—¿De verdad?

—Sí.

—Entonces demuéstramelo y cásate conmigo.

—Nooo, aún prefiero conservar mi libertad.

—Eres una mentirosa.

—Puede, pero eso nunca lo sabrás.

—Eres mala, aun así, te amo. —Con un beso apasionado siguieron bailando hasta que Víctor le susurró en el oído—: ¿Por qué no seguimos los pasos de los chicos y nos retiramos ya? Tengo ganas de estar contigo a solas.

—Vale, yo también tengo ganas de estar contigo.

Cogidos de la mano se fueron hacia la recepción, pero antes de eso se acercaron a Raquel y a Ricardo para despedirse de ellos, pero ellos también decidieron retirarse, eran las dos de la madrugada, y Raquel estaba ya cansada.

***

Cuando entraron en la habitación y Pedro la atrapó entre sus brazos para besarla, ella le detuvo poniéndole los dedos en la boca.

—¿Qué ocurre? ¿Te lo has pensado mejor? ¿Quieres irte a casa? —preguntó preocupado.

—No, pero quiero saber una cosa, mejor dicho, necesito saber una cosa.

—¿Qué necesitas saber? Puedes preguntarme lo que sea, no voy a mentirte.

—¿Qué fue lo que te contó Ricardo?

—¡Joder, nena! No quiero hablar de eso, no quiero ponerme de mala hostia.

—¿Hablar de lo que me pasó te pone de mala hostia?

—¿Crees que pensar que ese tío te drogó, te llevó a un descampado, hizo contigo todo lo que le dio la gana, te dejó desnuda y tirada como a un perro y que, para colmo de males, lo hizo tan bien que nunca se ha podido demostrar su culpabilidad y que por esa misma razón no ha sufrido castigo alguno no puede ponerme de mala hostia?, pues sí, me pone de mala hostia y mucho.

—Y, sabiendo todo eso, ¿aún quieres estar conmigo? ¿No te da asco todo lo que ese hombre me hizo? Y, lo peor de todo, nunca sabré qué fue exactamente lo que ocurrió y si me hizo algo más de lo que los médicos dicen, ya que no puedo recordarlo.

—¡Ssshhh! No me importa lo que ese hombre te hizo, bueno, sí me importa, pero no de la manera que tú crees y a ti no debería avergonzarte, ya que tú no tuviste la culpa de lo que pasó. Ahora quiero que olvides de una vez y para siempre todo, y que no le des el gusto de seguir atormentándote por eso. Ese hombre no se merece que vuelvas a pensar en él y mucho menos en lo que ocurrió, al fin y al cabo, no puedes recordarlo y no te sirve de nada. Te mereces ser feliz, algo que yo estoy dispuesto a lograr si me dejas, y ya sabes lo que te ha dicho Samanta, que es una mujer muy inteligente. La vida es muy corta y debemos disfrutar de ella, así que si estás dispuesta a disfrutarla a mi lado déjame amarte, nena, porque es lo único que quiero hacer.

—Sí, quiero amarte, más bien necesito que me ames.

Pedro, con una de esas sonrisas con las que solía volver locas a las chicas, la desarmó y con un gran abrazo la tranquilizó, para después volverla loca de placer con sus besos.

Rocío temblaba en sus brazos asustada porque, aunque no fuera virgen, ella no sabía lo que iba a suceder y le asustaba sentir dolor y que el dolor le recordara a ese hombre y que por culpa de eso quisiera salir corriendo y dejar a Pedro una vez más con las ganas, y esa era una de las cosas que más le asustaban porque estaba segura de que Pedro no podría seguir aguantando esa

situación mucho más tiempo.

Pedro se desnudó rápidamente sin dejar de besarla, ya que estaba seguro de que si dejaba de hacerlo ella volvería a salir corriendo, así que después de desnudarse empezó a bajar la cremallera de su vestido con besos muy suaves y ardientes, pero, cuando bajó los tirantes del vestido y este cayó al suelo, Rocío le pidió dejándolo muy sorprendido:

—Pedro, para…

—Rocío, por favor, no me hagas esto. Te deseo, nena, te deseo tanto que no creo que pueda esperar más…, nena, por favor.

—Yo… yo también te deseo.

—Entonces, ¿qué te pasa? ¿De qué tienes miedo?

—Tú… tú estás acostumbrado a estar con muchas mujeres, y yo… yo, sin embargo, no sé… Mi cuerpo no es virgen, pero mi cerebro sí…, o sea, yo sí lo soy, no sé si sé explicarme.

Pedro le sonrió con ternura y le dio un beso muy suave para tranquilizarla.

—Tranquila, no pensaba hacerte el amor como si lleváramos diez años casados —bromeó consiguiendo una sonrisa—. Sé que no eres virgen, como también sé que no recuerdas no serlo, así que voy a ser paciente y voy a amarte como si fuera tu primera vez. Mejor dicho, esta es tu primera vez, y yo soy el primer hombre en tocarte, así que quiero que este sea tu único recuerdo. Esta noche será nuestra noche y después de ella no volverás a sentirte mal porque no podrás recordar nada ocurrido antes de mí, ¿está claro?

—Sí, tú eres el único hombre al que quiero recordar, así que hazme olvidar todo lo demás.

Con esas últimas palabras se fundieron en un beso muy apasionado y, según iba Pedro avivando ese beso, Rocío iba deshaciéndose entre sus brazos, con mucha maestría le desabrochó el sujetador y lo dejó caer al suelo con su vestido. Cuando volvió a abrazarla y, ella sintió sus pechos desnudos contra su fuerte musculatura, un escalofrío recorrió todo su cuerpo, pero al mismo tiempo un deseo incontrolable se apoderó de ella, y sin poder evitarlo acarició sus abdominales sintiéndolos duros y tensos. Con manos temblorosas siguió hacia su cintura y subió muy lentamente por su espalda, una espalda ancha, grande, fuerte, todo en él era increíble, su cuerpo era increíble y se sentía segura a su lado, pues sabía que junto a él nunca nada le podría pasar, esa sensación fue tan agradable que su mente solo podía pensar en una cosa y era en lo mucho que lo deseaba.

—Te deseo —le susurró por todo lo que él le hacía sentir.

—Y yo a ti, nena, no sabes cuánto.

Nada más decir esas palabras la cogió en brazos y la llevó hasta la cama, la dejó encima de ella y se tumbó a su lado, sus besos se volvieron posesivos, ardientes y tan sumamente agradables que cuanto más la besaba más deseaba ella ser besada. Cuando Pedro abandonó su boca para descender por su cuello lentamente, ella estuvo a punto de protestar, pero inmediatamente sintió un cosquilleo por toda su piel tan sumamente agradable con esa barba corta y tan perfectamente diseñada para torturarla con un placer infinito, pues hasta la respiración se le cortaba por esa maravillosa sensación.

Las manos de él también bajaban lentamente acariciando sus pechos y estimulando cada uno de ellos con mucho tacto, tanto que sus pezones se endurecían al contacto y sentirlos en su boca tan sensibles era demasiado agradable para dejar de saborearlos, y mientras lo hacía ella enredaba los dedos en su pelo acariciándole la cabeza.

Cuando Pedro decidió abandonar esas dos dunas para seguir enloqueciéndola de placer, su lengua descendía muy despacio por su abdomen consiguiendo que la piel se erizara por donde pasaba, así que cuando consiguió llegar a su zona más sensible, y su lengua acarició ese pequeño

bultito hecho para sentir placer, ella dio un brinco y un gran gemido al mismo tiempo, pero él sin ningún miramiento hundió su boca en ella y empezó a castigarla sin piedad.

Rocío no podía controlar tantas emociones y su cuerpo parecía estar poseído, pues, cuanto más sentía cómo la boca de Pedro la castigaba con esa lengua voraz y viperina, más deseaba ella ser castigada y sus caderas se movían para que esa sensación no cesara nunca. De repente, todo su cuerpo temblaba sin control y una sensación muy extraña se apoderó de ella derritiéndose como mantequilla, experimentando un placer tan inmenso que no fue capaz de acallar sus propios gemidos mientras le gritaba:

—¡Ooohhh, Dios mío! ¡Para…, para, por favor!

Pedro deteniéndose de golpe, pues sabía que estaba a punto de caramelo, la miró a los ojos.

—Puedes pedirme lo que quieras, nena, pero no me pidas que pare porque ahora viene lo mejor.

—No creo que haya nada mejor que esto… —confesó ella sin aliento.

Pero, justo en ese momento, él la penetró muy lentamente, saboreando ese dulce momento y, cuando ella lo sintió por primera vez dentro de su cuerpo, su gemido le reveló lo complacida que estaba, ya que las palabras se le habían perdido en la garganta.

—¿Sigues queriendo que pare, nena? —le preguntó con un susurro al oído, mientras se balanceaba dentro de ella muy lentamente y con unos movimientos muy precisos, enloqueciéndola de placer.

—Nooo…, si lo haces eres hombre muerto.

—Tendrían que matarme para que dejara de moverme, nena.

Su boca atrapó la de ella y sin dejar de mecerse empezó a besarla con la misma pasión con la que estaba haciéndole el amor, con fuerza y sin reparos, y no dejó de hacerlo hasta que llegaron juntos al éxtasis, cansados, pero sumamente embriagados por el placer que acababan de disfrutar, se quedaron abrazados y en silencio.

Cuando Rocío recuperó el aire no podía dejar de besar su pecho y su cuello, ni dejar de acariciar su increíble musculatura.

—Parece que te ha gustado bastante, ¿no? —preguntó con una gran sonrisa.

—No, bastante no, me ha gustado mucho. —Sonrió— ¿Crees que podríamos repetir?

—¡Pues claro, nena!, por supuesto que podemos repetir, pero necesito unos minutos. A los hombres, por desgracia, nos cuesta un poco más recuperarnos para el siguiente asalto que a vosotras.

—Puedo esperar, ya que no voy a ir a ningún sitio.

—Bien, entonces, si sigues besándome y acariciándome de esa manera, seguro que mi recuperación será mucho más rápida.

—Si eso es lo que necesitas, eso es lo que tendrás —le aseguró con una gran sonrisa haciéndole reír.

Aún seguían riéndose cuando Rocío se apoderó de su boca y empezó a acariciar todo su cuerpo, era como si de repente todo en ella hubiera cambiado y quisiera recuperar el tiempo perdido en esa misma noche, y Pedro no podía estar más contento al verla tan sumamente entregada a él, justo en ese momento se alegraba de no haber tirado la toalla cada vez que ella lo rechazaba y él se preguntaba para qué seguía pudiendo tener a cualquier mujer que se propusiera. La respuesta era evidente, ninguna se podía comparar con ella, ella era única, y desde esa noche sabía que no podría dejarla marchar nunca.

Al terminar el segundo asalto Pedro le habló cansado al oído:

—La noche que Ricardo me contó todo lo que te había pasado tuve una pesadilla contigo, soñé

que ese hombre te violaba delante de mí y que yo no podía moverme para detenerlo, como si estuviera clavado en el suelo. Me sentía tan mal, tan impotente y tan furioso que cuando desperté supe que estaba loco por ti y que tú eras mi media naranja, y por esa misma razón he aguantado todos tus desplantes, porque sabía que este sería el resultado final y no me equivoqué, estar contigo esta noche ha sido lo mejor que me ha pasado. —Al oírle decir eso Rocío no pudo evitar besarlo con mucha ternura.

—Gracias por aguantar mis desplantes, que han sido muchos, tú también eres lo mejor que me ha pasado.

Después de un tercer asalto acabaron quedándose rendidos y dormidos, pues todas las fuerzas les habían abandonado.



Capítulo 54

César no se había vuelto a acercar a Ángel después de esa discusión y, cómo no, Ángel estaba muy cabreado, pero lo que más le enfadaba era verlo hablar y reírse con varios hombres. Todos parecían haber sido amantes suyos, por la confianza que veía entre ellos y por la manera en que se hablaban y se tocaban. Cansado de toda esa situación, decidió buscar a Berta para marcharse, ya que prefería irse a dormir antes que seguir viendo cómo César flirteaba con todos esos gilipollas que parecían beber los vientos por él.

Cuando consiguió encontrarla, estaba con sus amigas pasadita de copas y sin poder controlar las cosas que decía.

—Vamos, Berta, no bebas más, estás muy borracha —le decía una de sus amigas.

—Prefiero estar borracha que ver cómo mi marido se come con los ojos a otro.

—Fíjate si estás borracha que se te enreda la lengua —le decía otra—, querrás decir a otra.

—¿Ángel te engaña con otra mujer? —preguntó la misma de antes.

—Nooo, con otra mujer nooo, con un…

—Por fin te encuentro —comentó Ángel detrás de ella cortando sus palabras. Berta se volvió para mirarlo.

—¡Ooohh! Por fin te has dado cuenta de que existo —habló con sarcasmo—. ¿Qué ocurre? ¿Te han dejado solito?

—¡Mierda! ¿Estás borracha? —Se molestó Ángel.

—Síií, estoy borraaacha y… y… y ¿a ti qué más te da?, vuelve con César y déjame tranquila.

—Anda que a vosotras ya os vale dejarla beber así.

—¡Eeehh! No nos eches la culpa que aquí el único culpable pareces ser tú.

—¿Qué quieres decir?

—Berta cree que tienes una amante y por eso está así. ¿Tienes una amante, Ángel?

—No digas tonterías, yo no tengo ninguna amante.

—Entonces deberías demostrarle a Berta que se equivoca, está muy mal pensando que tienes una querida.

—Voy a llevarla a dormir la borrachera, que es lo que necesita.

Cogiéndola en brazos se dirigió con ella hasta los ascensores y mientras caminaba se daba cuenta de una cosa, de que César tenía razón. A él le resultaba cada vez más difícil fingir que la amaba, aún más hacerle el amor, y por esa misma razón Berta debía pensar que él tenía una amante, ya que si no le hacía el amor era de suponer que se lo hacía a otra mujer. Así que César tenía razón, ella estaba sufriendo, y él ni siquiera se había dado cuenta hasta ese mismo instante en que las amigas de Berta le habían abierto los ojos.

César seguía hablando con los amigos de su último amante cuando vio a Ángel pasar con Berta desplomada en sus brazos, disculpándose con todos ellos, se acercó hasta el ascensor, pues Ángel estaba allí esperando a que llegara uno. Cuando se abrieron las puertas, Ángel entró y

César también.

—¿Qué le pasa? —preguntó César una vez dentro y solos.

—Que está borracha.

—Y mucho, por lo que se ve, parece que está inconsciente.

—No, solo está dormida.

—¿Necesitas que te ayude?

—La tarjeta está en el bolsillo de la levita, si me abrieras la puerta te lo agradecería —pidió saliendo del ascensor.

—Está bien.

Cuando llegaron a la puerta, César metió su mano en el bolsillo y sin poder evitarlo lo miró fijamente a los ojos.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras abría la puerta.

—Mejor será que no te conteste a esa pregunta —respondió Ángel muy cabreado entrando con Berta a la habitación dejándola en la cama—. ¿Puedes ayudarme a quitarle el vestido?, no creo que pueda tirar de él mientras la incorporo, está como muerta.

—¿Crees que tu mujer querrá que la vea desnuda?

—Ella no se va a dar cuenta, y no creo que ella sea la única mujer a la que habrás visto desnuda, ¿no? Además, lleva ropa interior, imagina que es un biquini. ¿O te repugna demasiado ver a una mujer desnuda?

Estaba tan cabreado que no pensaba en lo que decía.

—Que sea gay no significa que me repugne ver a una mujer desnuda, las encuentro bonitas. Aunque no me exciten, he de reconocer que una mujer desnuda es hermosa.

Acababan de quitarle el vestido a Berta, y Ángel le habló furioso al oírle decir eso.

—Eres un degenerado, ¿a ti te da igual carne que pescado? ¿Qué pasa? ¿Que te tiras a todo lo que se menea?

—Veo que esta noche estás imposible, así que me voy. Buenas noches —se despidió saliendo de la habitación.

—¿A cuál de ellos vas a tirarte ahora? —Lo seguía enfadado—. O, mejor aún, vas a montarte una orgía con todos ellos, ya que todos parecían babear por ti.

—Pues no pensaba tirarme a ninguno de ellos porque tenía la esperanza de que tú vinieras a mi habitación. Pero después de todo lo que está pasando creo que voy a bajar abajo y le pediré a cualquiera que me acompañe esta noche para poder olvidarme de ti de una puta vez. Y, sí, tienes razón en una cosa, no necesito esforzarme demasiado para tener pareja, así que pronto solo serás un vago recuerdo para mí.

—¡Eres un gilipo…!

Aún no había terminado la frase cuando César se había lanzado contra él atrapándole la boca con la suya en un beso salvaje lleno de pasión y de furia al mismo tiempo, aplastándolo contra la pared del pequeño recibidor. Ángel le dio un empujón y lo empotró contra la otra pared mirándolo con mucha ira y con la respiración acelerada.

—Si salgo por esa puerta no volverás a verme… —Esa vez fue César el que no pudo terminar la frase porque Ángel se lanzó contra él devolviéndole el beso con la misma pasión y furia con la que César lo había besado.

Parecían dos titanes intentando dominarse el uno al otro y, cuanto más lo intentaban, más subía entre ellos la adrenalina y más se deseaban, el problema era que ninguno de los dos se quería dejar dominar por el otro y eso les hacía daño. César, al darse cuenta de eso, lo empujó con fuerza para quitárselo de encima.

—No podemos seguir así, Ángel, será mejor que me vaya —habló con tristeza.

—¡No! —gritó golpeando sus puños en la pared atrapándolo entre sus brazos—. No quiero que te vayas. Es la primera vez que me siento vivo, que un beso me hace sentir esta… ¡Dios! no sé ni cómo explicarlo.

—¿Te sientes poderoso?

—Sí, exactamente.

—Yo también, y por esa misma razón no podemos estar juntos.

—Pero ¿por qué?

—Porque en una pareja homosexual no puede haber dos machos alfas al mismo tiempo, y entre tú y yo es inevitable.

—Pero tú me dijiste en el baño que de momento te dejarías dominar.

—Eso fue antes de darme cuenta de que tú nunca dejarás que yo te posea.

—César…

—No, sé que voy a arrepentirme de esto porque nunca he sentido esto con ningún otro hombre y he de decirte que he tenido muchos amantes, pero es mejor dejarlo ahora que continuar y acabar destrozándonos el uno al otro.

—No me hagas esto, César, tú me has metido en esto y te necesito, necesito saber qué se siente al estar con un hombre y tú eres mi única opción porque no podría estar con otro que no fueras tú. —Con un beso muy suave en los labios le confesó—: Te deseo, César, y nunca creí que esto pudiera llegarme a pasar, así que me lo debes, tú abriste la caja de Pandora, ahora no puedes volver a encerrarme en ella.

Nada más decir esas palabras volvió a besarle y sus besos esa vez eran suaves y cortos, uno tras otro, con cada uno le suplicaba una oportunidad, y César, incapaz de negarle nada, abrió su boca dándole la bienvenida. Los dos parecían haberse tranquilizado, así que ese contacto se volvió muy placentero y muy agradable, sus lenguas danzaban una con otra como terciopelo, sus respiraciones se aceleraban con la misma intensidad. Las manos de César se colaban por dentro de la ropa acariciando su pecho, un pecho fuerte y musculoso, pero tenso por el placer de esas caricias, suavemente acarició su espalda y ¡Dios!, esa espalda tan grande lo ponía como una moto. No es que él fuera pequeño y su cuerpo también estaba muy bien proporcionado, pero Ángel era bastante más alto y el baloncesto siempre lo mantenía en forma, aunque ya no se dedicara a jugar exactamente.

Enloquecido de placer al imaginar ese cuerpo tan perfecto solo para él, apartándose para coger aire, le dijo:

—Está bien, tú… tú serás el macho alfa por el momento, pero solo hasta que te acostumbres a lo que yo ya sé que eres.

—¿Y qué crees que soy?

—Eres gay, cariño, pero eso sí, solo mío.

—Está bien, pero tú tendrás que dejar de flirtear con otros tíos porque si no te mataré. No quiero volver a pasar por el infierno por el que me has hecho pasar esta noche.

—¿Estabas celoso? —preguntó César dándole otro beso en los labios.

—Sí, mucho.

—Eso pretendía, quería que te dieras cuenta de lo que sentías por mí, ya que eres un cabezón y no te gusta dar tu brazo a torcer.

—Pues ahora que lo sabes, no vuelvas a ponerme a prueba porque no sé de lo que soy capaz.

—Tú serás el único hombre para mí mientras estemos juntos, de eso puedes estar seguro.

—Eso me gusta.

Ángel volvió a besarle con la misma pasión, y César le devolvió ese beso tan ardiente y sin poder controlarse le desabrochó los pantalones y coló su mano por dentro de sus calzoncillos acariciando su gran erección, después se desabrochó los suyos y agarrando la mano de Ángel lo obligó a acariciarlo. Ángel al principio se tensó, ya que era la primera vez que tocaba un miembro viril que no fuera el suyo, pero, cuando César lo obligó a cerrar la mano contra su erección y la movió para sentir un deleite muy intenso, Ángel se dio cuenta del placer que podía hacerle sentir, el mismo que César le daba sin reparos a él, así que él mismo, y sin su ayuda, siguió moviendo su mano tal y como César hacía con él.

—Síií. ¡Jodeeer! Me encanta, no pares, por favor.

—No pienso hacerlo, pero no puedo más, César, te necesito y te necesito ahora.

—Está bien, ¿tienes preservativos?

—No, aquí no, ¿y tú?

—No.

—¡Mierda!

—No tendrás ninguna enfermedad, ¿verdad? —le preguntó César.

—No, ¿y tú?

—No, nunca lo he hecho sin protección y tienes suerte de que no pueda quedarme embarazado —bromeó haciendo reír a Ángel—. Ve despacio, ¿vale?, si no, me dolerá, los hombres no tenemos flujos como las mujeres que suavicen la penetración.

—Está bien.

Con un último beso César se dio la vuelta y se apoyó contra la pared, Ángel no era experto en esas relaciones, pero sabía que para que no doliera debía estar un poco lubricado, por eso César le había pedido que fuera despacio, así que como él estaba más salido que una moto antes de penetrarlo esparció su presemen para lubricarlo y también salivó en su mano para esparcírselo por su propio miembro. Cuando empezó a penetrarlo lo hizo muy despacio y sintió cómo César se tensaba, inmediatamente se paró.

—¿Estás bien? —le preguntó al oído.

—Sí, no pares.

Ángel seguía introduciéndose dentro de él poco a poco, y cuanto más lo hacía más grande era el placer que sentía, nunca había experimentado nada parecido a eso y nunca había disfrutado tanto en una penetración como en esa, ni siquiera cuando desvirgó a Berta sintió tanta presión y tanto placer, todo al mismo tiempo, era una sensación increíble y no quería que terminara jamás, así que debía concentrarse porque no quería irse antes de empezar y era bastante difícil mantener la calma con tanta presión como sentía. Una vez se había introducido por completo dentro de él, un gran gemido se le escapó en el oído de César y, sin poder esperar, empezó a balancearse lentamente al principio, y según perdía la concentración y sentía cómo César se relajaba moviéndose con él, sus acometidas se aceleraban y se endurecían.

—Esto es… increíble, me encanta esto, César.

—A mí también…, no pares.

—El problema es que… no sé cuánto más podré aguantar, estoy muy salido.

—Entonces acaríciame…, yo también estoy a punto.

Ángel estaba tan caliente que no le importaba nada, solo poder terminar y que César llegara con el hasta el final, así que sin pensarlo acarició su erección y consiguió llevarlo con él mientras él se deshacía dentro de César. Cuando consiguieron recuperarse de tanta excitación, y César se incorporó, Ángel lo abrazó por detrás besándole el cuello.

—Es la mejor experiencia que he vivido en toda mi vida —le susurró al oído.

—Lo sé, lo he notado. Y si quieres que te sea sincero para mí también ha sido la mejor. ¿Estás seguro de que nunca habías hecho esto antes?

—No. —Ángel salió de su interior y lo giró hacia él para preguntarle—. ¿Te ha dolido?

—No. Bueno, solo un poco, al principio, tenía que acostumbrarme a ti, nunca he estado con un hombre más grande que yo.

—¿Y te ha gustado?

—Mucho, a ti también te gustará.

César vio cómo su cara cambió al escuchar eso y sin contestarle Ángel lo besó con mucha pasión.

—Ahora será mejor que te vayas —le pidió después de besarle.

—Sí, necesito una ducha —indicó subiéndose la ropa para vestirse—. Nos vemos mañana.

César le dio un último beso y abandonó esa habitación pensando que Ángel no volvería a querer saber nada de él, pues se lo había visto en la cara cuando le había dicho que a él también le gustaría. Ángel por fin sabía lo que era estar con un hombre y para alguien como él podría ser suficiente y preferir no volver a probarlo antes de que nadie llegara a saber nunca su debilidad por el sexo masculino. No era la primera vez que le pasaba que un tío lo buscara solo para saciar la curiosidad y que después si lo veía ni se acordara de él, y nunca le había importado, pues para él era una aventura más y una manera de pasar un buen rato. Él también se acostaba con chicos nada más que una noche y después no quería volver a verlos, el problema era que Ángel no era uno más, Ángel se le había metido en el corazón y sabía que le iba a costar mucho sacárselo de ahí.

Sin querer seguir pensando en él, se metió en la ducha para intentar relajarse un poco y así conseguir dormir, ya que eran las tres y media y estaba cansado. Nada más salir de la ducha escuchó cómo golpeaban la puerta, así que enrollándose una toalla en la cintura salió a abrir imaginándose que algún borracho se había equivocado de habitación. Al abrir la puerta y ver a Ángel con una botella de champán en la mano y una sonrisa se le paralizó el corazón, tanto que fue incapaz de escuchar nada, ni si quiera cuando Ángel le preguntó:

—¿Tienes copas? —Al ver que no decía nada, que solo lo miraba, volvió a insistir—: ¿No vas a dejarme entrar?

—Lo… lo siento, no te esperaba…, me has pillado por sorpresa.

—Espero que sea una sorpresa agradable, ¿o prefieres que me vaya?

—¡No! No, no, no, lo siento, pasa.

Esa vez parecía él el principiante y Ángel el experto, ya que saber que Ángel quería algo más con él lo había pillado tan de sorpresa que no sabía cómo actuar.

—¿Qué te pasa? ¿Estás con alguien? ¿Tienes a alguien en la ducha? —preguntó mirando hacia el cuarto de baño.

—No, joder, estoy solo, es que no te esperaba, pensé que no te volvería a ver después de tu despedida nada más terminar.

—Lo sé, sé que he estado muy frío antes de que te fueras, por eso estoy aquí. Es que de repente pensé que Berta estaba en la habitación de al lado y necesitaba que te fueras.

—Berta estuvo todo el tiempo en la habitación de al lado mientras me tenías cara a la pared y no podías controlar tus propios gemidos.

—Lo sé, pero ¿de verdad crees que podía pensar en ella mientras te hacía el amor?, no, en ese momento solo podía pensar en ti y en todo lo que me estabas dando, después fue cuando fui consciente de la situación, no durante. He venido para estar contigo sin que nadie nos moleste. Ahora, si tú no quieres estar conmigo, dímelo y me iré, pero antes he de decirte que lo que te he

dicho durante y después no ha sido por quedar bien, sino porque lo sentía.

—Iré a por las copas.

Mientras sacaba las copas Ángel no podía dejar de mirarlo y cuanto más lo hacía más le gustaba lo que veía. César no era tan alto como él, pero tenía un cuerpo atlético y se notaba que le gustaba cuidarse y que también hacía ejercicio, por eso estaba tan bien proporcionado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó con las copas en la mano al ver cómo Ángel lo contemplaba con deseo.

—¿Podrías hacerme un favor?

—Pues, claro, ¿qué quieres?

—Quiero que te quites la toalla.

—¡Joder, macho! —exclamó alterado al ver su mirada tan penetrante—. Tú sí que sabes poner de los nervios.

—¿Estás nervioso? —Sonrió al hacerle esa pregunta.

—Más bien excitado.

—Bien, y ¿vas a quitarte la toalla o vas a esperar a que te la quite yo?

—¿Y por qué mejor no te desnudas tú y así estaremos a la par? —propuso esa vez César con mucho descaro.

—Está bien. —Ángel se desnudó muy deprisa, pero se dejó puestos los calzoncillos diciéndole —: Ahora estamos a la par.

—¿Y qué propones? —César le mostró su mejor sonrisa, ya que ese jueguecito lo estaba poniendo a cien, y Ángel se perdió en ella, pues ese hombre era descaradamente atractivo.

—¿Contar hasta tres?

—Uno, dos, ¡y tres!

Los dos a la vez se despojaron de sus prendas y se miraban el uno al otro. Ángel le preguntó con voz melosa, pues empezaba a ponerse de los nervios él también con ese jueguecito:

—Ahora, ¿quién va a dar el primer paso?

Seguían intentando dominarse el uno al otro y de ahí ese jueguecito tan increíblemente excitante que llevaban.

—¿Por qué no nos acercamos los dos al mismo tiempo?

—Buena idea. —Ángel se aproximó un poco.

César también empezó a caminar hacia él y cuando estuvieron uno frente al otro se miraron a los ojos.

—¿No querías champán? —preguntó César con un hilo de voz.

—Que le den al champán, ahora lo único que quiero es volverte a poseer —susurró besándole el cuello.

—Aprendes rápido —murmuró César también al sentir sus besos.

—Me gusta todo lo que aprendo contigo, todo lo que me haces sentir.

—¡Diiiooos! No sigas haciéndome eso, no quiero acabar otra vez contra la pared. ¿Vamos a la cama?

—Como quieras.

César cogió su mano y lo llevó hasta el dormitorio, una vez allí se tumbó en la cama y con una mirada lo invitó a tumbarse a su lado.

—No has venido para ser dominado, ¿verdad? —le preguntó César entre beso y beso.

—No, dame un poco más de tiempo, por favor.

—Está bien, pero esta vez quiero que uses…

—No me hagas ponerme una goma, por favor, quiero que sea como antes, que ha sido bestial

—decía besando sus labios suavemente.

—No me refería a eso, eso ya no importa, entre tú y yo está superado, ¿no crees?

—Bien, porque me gusta sentirte.

—Eso sí, no mantengas relaciones con nadie a pelo, prométemelo.

—No necesito prometértelo porque no voy a estar con nadie más que contigo. Ahora prométeme tú…

—No estaré con nadie más que tú, lo juro. —Selló su promesa con un beso tan apasionado que lo dejó sin respiración—. Antes me refería al lubricante, está en la mesita y con él es mucho más agradable.

—Entonces con lubricante, tú mandas.

Esta vez fue Ángel el que le dio un beso tan intenso que acabó robándole la razón y perdiéndose él mismo en ese beso, todo era tan intenso entre los dos, tan placentero, tan novedoso, tan ardiente que Ángel sabía que estaba perdido y enganchado a esa relación, como un drogadicto a la mejor de las drogas.

Cuando César le dio la espalda, y Ángel volvió a penetrarlo lentamente, el placer fue tan grande que de su garganta salió un grito gutural, estaban solos y no necesitaban reprimirse, así que se dejaban llevar por la pasión.

—¡Ooohhh, César…! ¡Me vuelves loco! Me encanta estar contigo.

Sin poderse controlar aceleró el ritmo y lo acarició consiguiendo una vez más que César perdiera la cabeza con él, y después de una intensa y agotadora sesión de sexo acabaron tumbados en la cama recuperando el aliento.

—¿Vas a marcharte ya? —preguntó César.

—¿Quieres que me vaya? —contestó Ángel con otra pregunta.

—No, no quiero que te vayas y ese va a ser el problema; querría tenerte todos los días a mi lado.

—Entonces te prometo que me tendrás siempre que pueda escaparme, ¿vale?

—Qué remedio me queda.

—¡Joder, César! No te pongas así, no te prometí que nos casaríamos.

—Lo sé, lo sé, perdóname. Puedes irte si quieres.

—No quiero, pero tengo que hacerlo, eso sí, mañana podría escaparme sobre las cinco, ¿crees que podríamos vernos?

—A esa hora estaré en mi casa.

—¿Solo?

—Esperándote.

—Eso me gusta.

Después de un beso intenso y apasionado se levantó de la cama y se vistió, una vez vestido volvió a tumbarse, besándolo una vez más, y le dedicó una gran sonrisa.

—No soy adivino, así que mándame un wasap con tu dirección y mañana a las cinco en punto nos beberemos esa botella de champán que no hemos abierto antes.

—Está bien. Anda, ve con tu esposa y descansa un poco, son casi las seis de la mañana.

—Hasta mañana.

—Hasta dentro de un rato, más bien.

—Tienes razón. —Ángel sonrió abandonando la habitación.

César se quedó dormido pensando en que todo lo que había pasado esa noche había sido maravilloso, pero muy arriesgado, porque sabía que Ángel acabaría rompiéndole el corazón, pues esa misma noche César había entregado su corazón a un hombre y, por primera vez en su

vida, tenía el presentimiento de que esa relación tenía los días contados y que él no podía dominar la situación.



Capítulo 55

Habían pasado dos semanas y Víctor tenía que irse fuera, pues su equipo jugaba en Barcelona, él le había pedido a Samanta que lo acompañara, pero ella se había negado, tenían un artículo muy importante entre manos y no podía marcharse.

Después del partido, de cenar con los chicos y de hablar con Samanta; Víctor subió a su habitación y se duchó para meterse en la cama, como siempre que salía de casa se desveló, pues no podía dormir si no era en su cama o abrazando a Samanta, con ella no le importaba dónde estaba, simplemente se quedaba dormido entre sus brazos, pues últimamente compartían la cama casi todos los días, daba igual que fuera en su casa o en la de ella, el caso era estar juntos.

Al no tenerla a ella y tampoco estar en su cama sabía que no pegaría ojo si no se tomaba algo, así que se tomó dos pastillas para dormir y al rato se quedó completamente dormido o inconsciente, más bien, ya que las pastillas lo dejaban KO.

***

Al día siguiente Samanta recibió un correo electrónico sin asunto de un desconocido, al abrirlo, vio un archivo con fotos en las que aparecía Víctor desnudo en la cama boca arriba con una chica muy joven encima de él a ahorcajadas haciendo el amor. Según pasaba las fotos casi podía ver cómo se movían, pues parecían unas viñetas paso a paso, hasta que vio una en la que Víctor estaba con las manos en sus pechos, mientras ella parecía morir de placer por la cara de gustazo con la que salía. Muy cabreada, pulsó en el icono correspondiente para reenviárselas a él con una nota que decía:

> Ya veo que te lo has pasado muy bien en Barcelona. Pues, ¿sabes qué te digo, Víctor?, ¡que te den! Y no te molestes en venir a darme explicaciones porque no las necesito y no pienso creerme tus mentiras nunca más. Eres un cerdo, siempre lo has sido y siempre lo serás. ADIÓS, Víctor. ¡¡¡TE ODIO!!!

Cuando Víctor recibió el *email* muy cabreado se fue a su oficina y allí le dijeron que no estaba. Él, sin hacer caso, entró por encima de su secretaria para comprobar por su cuenta que no le mentía porque en efecto Samanta no estaba.

—¿Sabe dónde ha ido? —preguntó muy serio.

—No, señor, solo sé que se ha marchado con el señor Moreno, pero no me ha dicho dónde.

—Gracias.

Al salir de las oficinas llamó a César, pero él no se lo cogía, así que llamó a su hijo.

***

César iba conduciendo cuando le preguntó a Samanta:

—¿Vas a decirme por qué estamos yendo a tu ginecólogo y por qué con tanta urgencia?

—Le he llamado de buena mañana y me ha hecho un hueco en su agenda, así que tiene que ser a esta hora.

—Vuelvo a preguntarte. ¿Por qué tanta urgencia? ¿Te pasa algo? ¿Te encuentras mal? ¿Le pasa algo al bebé?

—No, simplemente, voy a hacer algo que debí hacer hace mucho tiempo.

—¿Cuánto?

—¿Mes y medio?

—Sam, me estás asustando. ¿Qué está pasando?

—Víctor me ha engañado con otra y no quiero otro hijo suyo en mi vientre, ya no. He estado este mes y medio pensando en si podía llegar a confiar en él otra vez, si podía llegar a casarme con él y formar una familia con este bebé que llevo en mi vientre, ¡y algo dentro de mí me obligaba a decirle todas las noches que no y a ocultarle lo de mi embarazo! Ahora lo entiendo porque algo me decía que él volvería a defraudarme. Y gracias a Dios me he enterado antes de decirle nada del embarazo, así puedo abortar sin tener que estar escuchándole intentar convencerme con más mentiras para que no lo haga.

—Sam, ¿por qué crees que Víctor te ha engañado?

—Porque me han llegado unas fotos a mi ordenador.

—Vamos, Sam, y ¿por eso crees que te ha engañado? Podría ser un montaje.

—No lo creo.

—No seas chiquilla y habla con él y, antes de cometer un gravísimo error, cuéntale lo del embarazo. No se te ocurra abortar porque si después él puede demostrar que son falsas te vas a arrepentir toda tu vida. No sería la primera vez que alguien te manipula para que te enfrentes a él, ¿recuerdas? Igual esa misma persona te las ha mandado.

—¡Ya basta! No quiero escucharte, o me llevas al ginecólogo o me cojo un taxi, pero que voy a abortar voy a hacerlo y no vas a lograr convencerme de lo contrario.

—Está bien, voy a llevarte, no te pongas histérica, pero que conste que no estoy de acuerdo con esta decisión, como tampoco lo estaba en que le ocultaras tu embarazo a Víctor.

—Pero eso es algo que a ti no te incumbe.

—Sí, porque después soy yo el que tiene que estar recogiéndote por los rincones llorosa y sin ganas de seguir adelante.

—No tendrás que hacerlo porque esta vez no voy a llorar por él, ya no soy una chiquilla débil y llorona, ahora no lo necesito y la verdad es que no me veía a estas alturas cambiando pañales. ¿Ves?, al final ese anónimo me ha hecho un favor, me ha dado el valor que me faltaba para poner orden en mi vida.

—Tu vida está en orden.

—No. Mi vida estaba en orden antes de que volviera a aparecer ese malnacido por ella, pero nunca más, óyeme bien, nunca más voy a volver a confiar en un hombre, fui una estúpida al volver a confiar en él. —César salió de la carretera y paró en una gasolinera—. ¿Qué haces?

—Poner gasolina. Es pronto, no te pongas nerviosa. —Al salir del coche lo primero que hizo fue llamar a Víctor.

Víctor se había reunido con su hijo averiguando si él sabía algo de su madre, cuando vio la llamada de César respondió al móvil.

—¡Joder, César! Te he estado llamando y no me lo cogías. ¿Estás con Sam?

—Tenía el móvil en silencio. Víctor, no digas nada y escúchame porque si Sam se entera de

que te estoy llamando me matará. Estoy acompañándola al ginecólogo porque después de ver esas fotos le ha dado la locura de querer abortar y, si no te das prisa y acudes allí, cometerá un gran error y después se arrepentirá.

—¡¿Abortar?! ¿Qué coño estás diciendo? —preguntó muy confuso.

—Sam está embarazada de mes y medio y quiere abortar, ¿ahora quieres seguir discutiendo o vas a venir a parar esta locura?

Víctor se quedó un momento callado y pensando en la fecha que César le había dado e inmediatamente se dio cuenta de que hacía mes y medio tuvo lugar la ceremonia donde Samanta fue premiada y la primera vez que hicieron el amor después de veinticuatro años.

—¿Dónde estáis? —preguntó muy serio.

—En una gasolinera, pero casi a punto de llegar al ginecólogo.

—¿Sabes dónde es el ginecólogo de tu madre? —le preguntó a su hijo.

—Sí.

—César, por tu padre, haz lo que sea, pero no la dejes abortar, estamos saliendo para allá. Y gracias por llamar.

—De nada.

Cuando salió César se puso a echar gasolina como si fuera a cámara lenta; Samanta, desesperada, salió del coche.

—¡¿Qué te pasa?! ¿Por qué vas tan despacio? Si hasta un oso perezoso sería más rápido que tú.

—Sam, no me agobies, me acaba de dar un tirón en la espalda ahí dentro.

—¿Estás bien? —Se acercó a César preocupada.

—Pues no demasiado, me duele mucho.

—¡Joder, César! ¿Justamente ahora te tiene que dar un tirón en la espalda?

—Lo siento, cariño, pero yo no controlo mi cuerpo tan bien como tú el tuyo.

—Déjate de tonterías y sube al coche, yo conduzco —indicó Samanta quitándole de las manos la manguera de gasolina y colgándola en su sitio, para después sentarse detrás del volante.

Mientras, César fingía que no podía andar bien, y Samanta se desesperaba al verlo ir a cámara lenta, pero se mordía la lengua, pues no quería hacerle sentir mal, ya que un tirón de lumbago no se podía elegir, simplemente se sufría.

Cuando llegaron al ginecólogo, y César vio que no estaba Víctor, empezó a ponerse nervioso, sabía que Samanta lo mataría cuando supiera que lo había llamado, pero aún le daba más miedo la reacción de Víctor si no era capaz de detener ese aborto, si no lo conseguía estaba seguro de que acabaría con él y casi prefería morir a manos de su amiga que de Víctor, ese hombre cabreado daba mucho miedo. Aún recordaba cuando fue a su oficina y montó aquel escándalo cuando Sam publicó ese artículo del dopaje, incluso recordaba el puñetazo que le dio, así que decidió seguir fingiendo para darle más tiempo a Víctor. Cuando Samanta estaba a punto de entrar en la consulta, César tuvo que seguir improvisando.

—¡Aaay, aaay, aaay! —empezó a gritar desesperado.

—¿Qué te pasa, César? ¿Por qué gritas? —Corrió a su lado muy preocupada.

—No puedo, Sam, es la espalda, parece que se me va a partir en dos.

—César, por Dios, no seas exagerado.

—No exagero, de verdad, es… como si no me sintiera las piernas.

—¡Aaay, mierda! Voy a llamar a una ambulancia.

—¡No!, no quiero que llames a una ambulancia.

—¿Y qué quieres que haga?

—Ayúdame a sentarme.

—Está bien, vamos.

Samanta lo cogió por la cintura y lo llevó hasta los sofás, César daba pasos de tortuga intentando que el recorrido del pasillo a la sala fuera como un túnel de esos que nunca tiene fin, para ver si de una vez llegaba Víctor porque no sabía qué más inventar. Samanta, con mucho cuidado, lo sentó en el sofá.

—¡Mierda! —exclamó César.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras peor? —Samanta cada vez estaba más angustiada.

—No, me estoy meando.

—¡Joder, César!, tengo que entrar. Bueno, ya debería estar dentro.

—Sam, cariño, no me puedo mover y no sé el tiempo que vas a tardar. ¿De verdad piensas dejarme así? ¿Quieres que me mee encima? Porque si eso ocurre no te lo voy a perdonar.

—¡Miiieeeerda! Está bien, vamos al baño. ¿Puede, por favor, disculparme con el doctor y decirle que enseguida paso? —le pidió Samanta a la enfermera que esperaba pacientemente a que se decidieran.

Samanta, con todo el temple del mundo, acompañó a Víctor hasta el cuarto de baño, y allí, en la puerta, esperó y esperó hasta que César volvió a salir después de un buen rato.

César en el baño le mandaba wasaps a Víctor para que se diera prisa y, gracias a Dios, este le contestó que ya estaban llegando.

***

Cuando Víctor colgó el móvil, le preguntó a su hijo nervioso:

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Poco. ¿Sabes dónde está la calle Manuel Candela?

—Sí.

—Pues allí hay que ir.

—Vale. —Víctor salió chirriando ruedas y maldiciendo—. ¡Me *cagüen* la puta! ¡No sé si vamos a llegar a tiempo!

—Llegaremos, confía en César, él no la dejará abortar.

—Eso espero porque si no lo mataré. ¿Sabías que tu madre estaba embarazada?

—No. Ahora vas a explicarme por qué mi madre quiere abortar y por qué no quiere hablar contigo.

Víctor puso el ordenador del coche y le enseñó las fotos que Samanta le había mandado.

—Algún hijo de puta le ha mandado estas fotos a tu madre.

—¡Joder, papá! ¿Cómo se te ocurre? —replicó enfadado cuando vio las fotos.

—Yo no he hecho nada, ni siquiera sé quién es esa chica.

—¿Me estás diciendo que es un montaje?, porque está muy bien hecho.

—No, no es un montaje, soy yo, y están hechas en la habitación del hotel de Barcelona donde estuve este fin de semana.

—Entonces, ¿me estás diciendo que has engañado a mi madre?

—No, yo no la he engañado, ese de las fotos soy yo, pero al mismo tiempo no lo soy.

—No te entiendo, quieres explicarte mejor.

Víctor le contó el problema que tenía para dormir y cómo le afectaban las pastillas cuando se las tomaba.

—Debieron entrar y montar todo ese numerito mientras dormía.

—¿Quieres decir que cuando te tomas las pastillas pueden hacer algo así y tú ni enterarte?

—Si son en las tres primeras horas sí y más si me he tomado dos, como esa noche. Estaba muy cansado y necesitaba descansar.

—¡Hostias, papá! Deberías dejar de tomarlas porque si alguien es capaz de hacerte eso y tú no enterarte es un poco peligroso, ¿no crees?

—Me crees, ¿verdad?

—Yo sí, pero mi madre no creo que lo haga.

—Tu madre sabe que esta no es la primera vez que me pasa algo así.

—Mira, con estas fotos a mi madre le va a pasar lo mismo que con ese vídeo, siempre va a creerte culpable y no te va a perdonar.

—No me digas eso, joder, que me pongo malo.

—Pues prepárate para lo peor porque la conozco bien y va a estar de muy mala leche.

—Lo sé.

—Aparca aquí, es este patio.

Mientras aparcaba el móvil empezó a sonarle.

—Es un wasap, quieres mirar si es de César mientras termino de aparcar.

Ricardo cogió el móvil y leyó el mensaje en voz alta.

—Sí, es de César, y dice que mi madre está a punto de entrar.

—Dile que estamos llegando.

—Tiene gracia —citó Ricardo dentro del ascensor.

—¿Qué tiene gracia?

—Que nos pasen las mismas cosas.

—¿Qué quieres decir?

—Que a mí tu hija me hizo lo mismo dos veces, y las dos veces tuve que salir corriendo para evitar que abortara.

—Vaya, no sabía nada.

—No me extraña, no creo que tu hija estuviera con ánimo de contarte algo así.

—¿Y por qué quiso abortar dos veces?

—La primera fue porque no quería que me sintiera obligado a estar con ella.

—Típico de mi hija. ¿Y la segunda?

—Cuando creíamos que éramos hermanos.

—Ese era un motivo bastante razonable. Gracias a Dios que se lo impediste.

—Sí.

—Yo solo espero que tu madre no me haga esto más veces porque si no me va a dar algo. —Ricardo le sonrió y su padre le devolvió la sonrisa preguntándole mientras salían del ascensor—: ¿Qué te parece tener un hermano a estas alturas?

—Un bebé siempre es bienvenido, ¿no?

—Bien, pues espero que podamos convencer a tu madre entre los dos —soltó tocando el timbre de la puerta.

—Al menos habrá que intentarlo.

—Bien dicho.

Cuando la puerta se abrió y Víctor entró lo primero que hizo fue preguntar por Samanta.

—¿Dónde está Samanta Soriano?

—La señora Soriano está en la sala —contestó la recepcionista.

—¿Dónde está esa sala?

—Primera puerta a la derecha.

—Gracias.

Víctor entró en la sala, Samanta estaba de espaldas a él hablando con César.

—Bueno, a ver si te estás ya tranquilito y me dejas hacer lo que he venido a hacer…

—No te voy a dejar que abortes, Sam.

Samanta se quedó pasmada al oír a Víctor detrás de ella, pero aún se quedó más pasmada al ver a César levantarse de golpe sin ninguna clase de dolor.

—¡Por fin! Pensé que no llegabais nunca, un poco más y Samanta llama a una ambulancia, solo me faltaba fingir un ataque al corazón.

—Gracias por todo, César —le dijo Víctor.

Samanta se volvió al oír de nuevo la voz de Víctor y cuando vio también a su hijo se puso histérica al darse cuenta del engaño de César.

—Pero ¡esto qué es! ¿Una especie de complot? —Volviéndose de nuevo a César le amenazó —. Y a ti voy a matarte, ¿por qué los has avisado? Esto no te lo voy a perdonar nunca.

—Cariño, no te enfades. Si hubiera sido al revés, ¿te gustaría que Víctor te ocultara algo tan importante como la existencia de tu hijo y, peor aún, que quisiera matarlo sin tú saber nada? Analiza bien mi pregunta y después si quieres te enfadas conmigo.

—¡Eres un traidor!

—Puede, pero creo que he hecho lo correcto y con eso me basta.

—Está bien, no voy a discutir contigo. —Girándose le preguntó a su hijo—: ¿Y tú qué haces aquí?

—Apoyar a mi padre e impedir que cometas una tontería.

—¡Esto es increíble!

—Discúlpenme, pero el doctor la está esperando, ¿va usted a pasar? —preguntó la recepcionista entrando en la sala.

—Sí —contestó Samanta.

—¡No! —exclamó Víctor al mismo tiempo.

—Víctor, no tienes ningún derecho…

—Soy el padre, así que tengo todo el derecho del mundo a opinar, ¿no crees?

—Pero yo no quiero volver a saber nada de ti y tampoco quiero un hijo con un hombre que en cuanto me doy la vuelta se acuesta con jovencitas…

—¡Yo no me he acostado con nadie!, ¿¡te enteras!? Mira, yo no sé quién te abra mandado esas fotos, pero el que lo haya hecho buscaba solamente una cosa, ¡esta!, o sea, separarnos.

—¡Claaaro! ¿Ahora me vas a decir que ese de las fotos no eras tú?

—Sí, soy yo…

—¡Ahí va! ¿No me digas que te estaban apuntando con una pistola para que te tiraras a esa zorra?

—No…

—Ya me extrañaba a mí. ¿Qué hombre podría resistirse a un bombón como ese?

—Sam, ¡ya basta! A mí no me interesan las veinteañeras y sabes que estoy loco por ti.

—Yo ya no sé nada y no puedo volver a confiar en ti. Contigo siempre es lo mismo, cuando no es un vídeo son unas fotos, el caso es que siempre hay algo que lo estropea todo, y ya estoy harta.

—Sam, por favor…

—¡No!, no quiero que digas nada, voy a abortar y digas lo que digas no voy a volver contigo, además, ya no tengo edad para tener un bebé.

—No seas tonta, estás estupenda y vas a ser una madre increíble, y si no quieres escucharme

no lo hagas, pero ten ese bebé.

—No quiero volver a tener un bebé y tener que luchar sola nuevamente, es muy duro, y yo ya no tengo edad para eso.

—Que no quieras estar conmigo no quiere decir que vayas a estar sola, yo voy a estar ahí en todo momento. Esta vez quiero compartir este bebé contigo.

—Además, yo también voy a estar ahí —apuntilló César—. Como estuve con Ricardo.

—¡Tú! Tú últimamente no tienes tiempo nada más que para Á… —Las palabras se le cortaron en la boca al darse cuenta de lo que estaba a punto de decir—. Lo siento.

Samanta se disculpó al casi contar el secreto de César, ya que ella le había prometido no decir nada. César le sonrió y no dijo nada más, pues no quería que Víctor o Ricardo empezaran a preguntar.

—Mamá, no puedes negarle a ese bebé la oportunidad que me diste a mí. —Ricardo se acercó a ella cogiendo sus manos—. ¿Alguna vez te has arrepentido de tenerme?

—¡No, por Dios!, eres lo mejor que me ha pasado en la vida —aseguró su madre acariciando su mejilla.

—Entonces no le niegues a él el derecho de vivir y convertirse en alguien tan importante para ti como yo.

—No me vais a dejar hacerlo, ¿verdad?

—¡¡Nooo!! —contestaron los tres a la vez.

—Está bien, no voy a hacerlo, pero no pienso volver contigo —le advirtió a Víctor.

—¿No me vas a dar la oportunidad de demostrarte que no te he engañado? ¿Tan injusta vas a ser?

—No sé si voy a ser capaz de creer nada de lo que me digas.

—Déjame intentarlo, y si después no quieres que sigamos viéndonos respetaré tu decisión.

—Está bien, inténtalo —aceptó derrotada, ya que por más que le doliera se veía incapaz de dejar de ver a ese hombre.

—Aquí no, vamos a mi casa o a la tuya y hablemos tranquilamente.

—Iremos a la mía, y si después de escucharte te pido que te vayas lo harás.

—Está bien.

Samanta se disculpó con el doctor, y todos abandonaron la consulta, César llevó a Ricardo en su coche.

—Suerte —murmuró Ricardo a su padre con un abrazo antes de irse.

—Gracias.

—Ya te vale no decirme que iba a tener un hermano —bromeó con su madre.

—Si no te dije nada era porque no estaba segura de que fuera a tenerlo.

—Intenta ser un poquito más comprensiva con papá, ¿vale? —le pidió al darle un abrazo y un beso de despedida.

—No te prometo nada, adiós, cariño. —Le devolvió el beso.

***

Samanta se fue con Víctor en su coche, y en todo el camino ninguno de los dos pronunció palabra, pues preferían hablarlo con calma y cara a cara. Cuando llegaron a casa de Samanta, Víctor se quitó el abrigo y lo dejó en el sofá. Samanta hizo lo mismo y después lo miró esperando una respuesta.

—¿Puedes sacar tu ordenador? —le pidió Víctor sorprendiéndola.

—¿Para qué?

—Quiero que veas algo.

—Está bien.

Samanta sacó el portátil y mientras lo hacía Víctor se sentó en el sofá, así que Samanta no tuvo más remedio que sentarse a su lado.

—Pon las fotos, por favor —le pidió con toda la paciencia del mundo.

—No tengo ganas de ver otra vez esas fotos, me repugnan.

—Por favor, Sam.

—Está bien —soltó muy enfadada.

Cuando se metió en su correo y abrió el archivo Víctor volvió a pedirle:

—Ahora quiero que te fijes bien en las fotos y me digas si no ves algo raro.

Víctor fue pasando las fotos una por una sin parar.

—Estoy harta, ¿qué quieres que vea? —le preguntó cansada de mirarlas.

—Te has fijado en que la chica cambia muy a menudo de posición, incluso su cara cambia de gestos, ¿verdad?

—Sí, en casi todas las fotos parece pasárselo muy bien —escupió con sarcasmo.

—Y, si eres capaz de fijarte en eso, ¿por qué no te has fijado en mí?

—¿Qué quieres decir?

—Que los celos te ciegan, Sam…

—Yo no estoy celosa. —Víctor cogiendo su mentón la obligó a mirarlo.

—¿Estás segura? —preguntó muy serio.

—Víctor…

—¿Puedes hacerme el favor de fijarte en mí y en cómo salgo en todas las fotos?, simplemente estoy tumbado, con los ojos cerrados y no hago otra cosa en todas y cada una de ellas. Nadie mejor que tú me conoce en la cama, ¿de verdad crees que cuando hago el amor parezco un palo tieso y que mi cara no cambia de expresión?

—Pero en esa estás tocándole las tetas.

—No, cariño, en esa ella está sujetando mis manos en sus pechos, ¿no te das cuenta de que sigo teniendo la misma cara?

—Pero…

—Te han cegado los celos, Sam, y no puedes negarlo. No sé cuántas veces quieres que te demuestre lo mucho que te amo. ¿De verdad crees que arriesgaría lo nuestro por una veinteañera? Sabes que no puedo dormir cuando salgo de casa y que necesito pastillas para poder conciliar el sueño, y esa noche doblé la dosis porque estaba agotado y necesitaba descansar. Nada más tomarme las pastillas caigo en coma unas tres horas seguidas y no me entero de nada. Podría quemarse el hotel y yo me achicharraría dentro porque no oiría las alarmas.

—Pues no deberías tomarte dos, ¿y si de verdad se incendiara un día el hotel?

—¿Te dolería que algo me pasara?

—Pues claro.

—Entonces, ¿podemos olvidar este incidente? —La miró a los ojos acariciando su mejilla.

—Sí, lo siento, he sido muy tonta.

Víctor bajó la mano hasta su nuca para atraerla hacia él y así poder besarla.

—No voy a descansar hasta que no sepa quién está haciéndonos todo esto. —Volvió a besarla otra vez—. ¿Has vuelto a recibir otro anónimo? Porque estoy seguro de que se trata de la misma persona.

—Sí.

—¡Joder, Sam! —gritó furioso— ¿Y por qué no me lo has dicho? ¿Los has llevado a la policía?

—No. —Besándolo en los labios le dijo—: Olvídate de eso y hazme el amor.

—Sam, tenemos que hablar…

—Después.

Con un beso sumamente apasionado Samanta le hizo callar, y mientras lo besaba le sacaba el jersey por la cabeza para después acariciar sus abdominales, besar su cuello y luego su musculoso pecho y mientras le desabrochaba los pantalones liberando su gran erección para acariciarla. Sus labios descendían poco a poco por su abdomen, y Víctor tiraba la cabeza hacia atrás intentando relajarse y controlarse, pues sabía perfectamente hacia dónde se dirigía la boca de Samanta y tan solo imaginarlo se ponía a cien y se descontrolaba.

Cuando sintió la boca húmeda y cálida de Samanta en su erección un gruñido inundó el salón y, cuando su lengua empezó a juguetear con ella, el placer se hizo tan intenso que no pudo evitar decirle:

—Me vuelves loco, Sam…, no pares.

Samanta lo besaba, lamía, succionaba y acariciaba de tal manera que conseguía llevar a Víctor al borde de la locura. Cuando estaba a punto de explotar se apartó de él, se deshizo de las bragas y de las medias, y subiéndose el vestido se sentó encima de él dejándose penetrar lentamente, después empezó a moverse muy despacio, al mismo tiempo que Víctor terminaba de desnudarla, para así poder devorar esos pechos que lo volvían loco.

Parecían estar desesperados el uno por el otro, así que sus movimientos y sus besos se volvían más y más salvajes según iban llegando a la cima del placer. Cuando Víctor estaba a punto de perder el control le susurró con la voz cortada por el deseo:

—Sam…, voy a correrme y…, joder, no tengo preservativos.

—Ya no creo que necesitemos eso…, no pares…, estoy a punto.

—Es verdad —dijo Víctor con una gran sonrisa recordando el embarazo de Samanta.

Desesperado por llegar al final, cogió sus caderas y la ayudó a terminar lo que había empezado, y cuando los dos lo consiguieron Samanta se dejó caer en su pecho, agotada. Mientras recuperaban el aliento, él no dejaba de rozar su espalda para relajar esa tensión de haber estado todo el rato moviéndose y esforzándose para disfrutar ambos de ese maravilloso momento.

—¿Qué dicen las amenazas que has recibido? —preguntó sin dejar de acariciarla una vez se recuperó de esa agradable sensación.

—Víctor, ahora no, por favor.

—Sam, necesito saber qué dicen.

—Lo mismo de siempre. Que soy una zorra, que va a matarme, y que tú, tarde o temprano, serás suyo, cuando consiga eliminarme.

—¡Mierda! ¿Qué clase de loca será esa tía?

—¿Por qué piensas que es una mujer? ¿Y si es un hombre que está enamorado de ti?

—No me jodas, Sam, eso no puede ser. —Samanta se rio al ver su reacción.

—No serás un homófobo, ¿verdad? Recuerda que mi mejor amigo es gay.

—No digas tonterías, yo no odio a los gais, y César también es mi amigo. Es solo que no me gustaría que un hombre estuviera enamorado de mí. Y no me cambies de tema, mañana mismo vamos a llevarle a la poli las nuevas amenazas.

—¿Para qué? No tiene sentido. Si alguien de verdad está dispuesto a hacerte daño no espera tanto tiempo, lo hace y ya está. Está loca, solo quiere asustarme y te puedo asegurar que no va a lograrlo.

—¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada?

—Porque no estaba segura de querer tenerlo.

—¿Por qué?

—¡Joder, Víctor! ¿No te das cuenta de que vamos a ser abuelos?, ¿cómo vamos a tener un hijo más pequeño que nuestro propio nieto? Es de locos, ¿no crees?

—Pues bendita locura. Nunca creí que volvería a tener otro hijo y desde que me he enterado me siento muy feliz. Tengo ganas de compartir contigo algo tan grande como eso, tengo ganas de cambiar pañales, tengo ganas de dar biberones…

—¿Y también tienes ganas de pasarte las noches en vela porque no deje de llorar?

—Sí.

—¿Cuántos pañales le cambiaste a Raquel?

—Ninguno, era demasiado joven y estúpido y creí que eso era cosa de chicas. Ahora me apetece mucho hacer todo eso contigo.

—Entonces le daré biberón, y tú te levantarás por las noches.

—Vale.

—Y no pienso dejar mi trabajo, así que te tocará a ti quedarte con él.

—Entonces ha llegado el momento de jubilarme.

—¿Serías capaz de dejar tu trabajo? —interrogó muy sorprendida.

—Sí, por ti y por él soy capaz de todo —contestó tocando la barriga de Samanta.

—No estoy hablando en serio, Víctor, yo podré apañármelas, podré trabajar y cuidar de nuestro hijo como hice antes.

—Antes no me tenías a mí, ahora estamos juntos y esto… —dijo tocando de nuevo su barriga — ha de ser al cincuenta por ciento, ¿vale?

—Vale —contestó Samanta con una sonrisa. Víctor besó sus labios con ternura, y ella le devolvió el beso.

—¿Cuándo vas a dejar de hacer el tonto y vas a aceptar por fin mi propuesta de matrimonio? —La besó otra vez—. Vamos a ser padres y lo normal sería casarnos, ¿no crees?

—Yo no hago el tonto, tener un bebé no tiene por qué ser una excusa para casarnos, ¿y para qué quieres que nos casemos si así estamos bien?

—No, Sam, no estamos bien o por lo menos yo no estoy bien.

—¿No estás bien conmigo?

—Sí estoy bien contigo cuando estamos juntos y esa es la cuestión. Necesito que estemos juntos como cualquier pareja, necesito compartir contigo todos los días y no los días que tú quieres que estemos juntos. Me estoy volviendo loco, Sam, pensar que no voy a tenerte y que puedo perderte me mata. Cásate conmigo.

—No, Víctor, ya lo hemos hablado muchas veces y no quiero casarme, ni contigo ni con nadie.

—Sam, no puedo seguir así.

—¿Qué quieres decir?

—Que si no eres capaz de confiar en mí como cualquier pareja y formalizar esta situación será mejor que lo dejemos.

—¿Quieres cortar conmigo?

—Yo no quiero cortar contigo, joder, pero necesito saber que estás conmigo, que me quieres y que esto es para siempre.

—O sea, ¿que quieres obligarme a estar contigo?

—¡Por Dios, Sam! ¿Por qué eres tan cabezona?

—Está bien. —Se levantó del sofá—. Si no quieres que sigamos así, es mejor dejarlo.

—Sam, por favor…

—¡No, Víctor!, vete de mi casa, no me voy a casar contigo y punto.

—Sam…

—Vete, por favor, no quiero seguir discutiendo contigo.

—¡Está bien, joder! ¡Me voy! —gritó cabreado al ver su testarudez—. Pero esto no se ha terminado, tenemos que hablar y tienes que entrar en razón.

—Vete, Víctor.

—No vuelvas a echarme, Sam, porque si lo haces no volveré.

—Vete, Víctor —volvió a repetir muy seria.

—¡A la mierda! ¡Si es lo que quieres, pues ya está, se acabó! ¡Estoy harto!, ¿lo sabes?, creo que como castigo por lo que te hice es más que suficiente, ¿no crees?

Víctor terminó de vestirse y se marchó dando un portazo. Muy cabreado se subió al coche y mientras conducía no podía dejar de pensar en esa discusión. Le cabreaba discutir con ella y mucho más haberse marchado de esa manera, pero sabía que si se quedaba la discusión iría subiendo de tono y podría decirle algo que en realidad no sentía y perderla para siempre, y no estaba dispuesto a eso. Aunque con todo lo que acababa de gritarle no estaba seguro de haber llegado ya a ese punto.

Estaba cansado de esa situación, de que ella lo juzgara por lo que hizo hace veinticuatro años, y que por esa misma razón no se atreviera a formalizar su relación, cuando él le había jurado y perjurado que la amaba y que nunca más iba a defraudarla, pero ella no le daba otra oportunidad y estaba seguro de que nunca lo haría. No sabía cómo hacerle entender que debían estar juntos por ese bebé que venía en camino, pero de lo que estaba seguro era de que haría lo que fuera, cualquier cosa, para ver crecer a ese bebé todos los días de su vida.

Cuando nació Raquel él casi siempre estaba de viaje por su trabajo, así que no disfrutó de ella tanto como le hubiera gustado, y a Ricardo ni siquiera lo vio crecer, algo que le hubiera gustado mucho al ser un hijo varón, pues hubiera disfrutado mucho llevándoselo al trabajo, ya que a Raquel no le hacía gracia el baloncesto. Pero con este todo iba a ser muy distinto, iba a estar ahí para él a todas horas y no pensaba dejar que nadie le impidiera disfrutar de cada minuto en la vida de su hijo, ni siquiera su madre.

***

Samanta se dejó caer en el sofá y se echó a llorar, no le gustaba discutir con él y tampoco comprendía esa manía que tenía por apartar a Víctor de su lado, pero al hacerlo se obligaba a sí misma a no tener lazos afectivos con él, algo absurdo cuando sabía perfectamente que estaba atada a él con un lazo no, más bien con una maroma de barco y de las más gordas, pues estaba enamorada de él como cuando tenía dieciocho años. Pero ese miedo a vivir con él, a formalizar esa relación, a casarse con él le hacía rechazar cualquier clase de lazo, pues cuando pensaba en compartir la vida con él presentía que algo malo podría pasar.

Se sentía mal porque sabía que Víctor no se merecía ese trato, el pasado, pasado estaba, y él tenía razón. Ya no era ese muchacho loco e irresponsable al que se le fue de las manos una apuesta con sus amigos, era un hombre maduro y responsable y le había demostrado miles de veces que la quería y que podía confiar en él. Así que, ¿por qué seguía aterrándole formalizar esa relación si sabía que perderlo por no hacerlo sería mil veces más doloroso para ella?

Cansada de pensar en eso, y de seguir llorando por su estupidez, llamó a César para que fuera

a consolarla, ya que cada vez que se encontraba mal él era su paño de lágrimas y la única persona que le hacía entrar en razón.



Capítulo 56

César acababa de dejar a Ricardo en casa de Raquel y nada más ponerse a conducir de nuevo le sonó el móvil, al activar el manos libres escuchó la voz de Ángel por los altavoces.

—Hola, tengo un par de horas libres, ¿podemos vernos?

—Estaba yendo a la oficina, necesito terminar un artículo.

—Que le den al artículo, yo te necesito a ti y no sé cuándo volveré a tener un rato, esta semana la tengo muy liada. Además, eres el jefe, ¿no?, así que el artículo puede esperar.

—Está bien, llegaré a mi casa en quince minutos.

—Perfecto, yo más o menos tardaré veinte. Ahora nos vemos.

—Hasta ahora.

Mientras conducía hacia su casa no dejaba de preguntarse por qué nunca podía decirle que no, llevaban casi tres semanas juntos y, por más que él quisiera cambiar esa rutina que Ángel había impuesto sin apenas darse cuenta, nunca podía. Ángel seguía siendo el macho alfa, y César acababa dejándose llevar por él, nunca un hombre lo había dominado en la cama y, sin embargo, con este era incapaz de imponerse y acababa haciendo siempre lo que Ángel quería. Estaba cansado de esa situación y quería cambiarla, pero le aterraba hacerlo y perderlo, ya que sabía que Ángel nunca se entregaría de lleno a esa relación ni dejaría de ser lo que representaba; un hombre heterosexual y felizmente casado. Odiaba esa situación, pero estaba enamorado hasta las trancas de él, era la primera vez que se enamoraba y no quería que todo terminara.

Cuando Ángel llegó a su casa nada más entrar, dándole un beso, le ordenó:

—Hola, vamos, ve desnudándote, no tenemos mucho tiempo.

—¿A qué vienen esas prisas? —preguntó César molesto por esa exigencia.

—Mi mujer ha quedado con unos amigos para cenar y tengo que estar dentro de dos horas en casa.

César empezó a sentirse fatal al oírle decir eso y de repente tuvo la sensación de estar prostituyéndose, y lo peor de esa situación es que sabía que nunca iba a cambiar, así que con todo el dolor de su corazón le pidió:

—Quiero que te vayas.

—Vamos, César, no te pongas tonto. —Se quitó la camisa y lo agarró por la cintura para poder besarlo—. Quiero estar contigo y no tengo tiempo para juegos, te deseo ahora.

—No estoy jugando, Ángel. —Se apartó de él antes de que lo besara—. Quiero que te vayas de mi casa.

—Pero ¿por qué? ¿Qué mosca te ha picado?

—Ya no quiero seguir siendo tu puta —contestó con mucha tristeza.

—¡Joder, César!, ¿por qué dices eso?

—Porque es lo que siento cada vez que vienes, me echas un polvo y sales corriendo a casa con tu mujer.

—César, no pienses cosas raras, mi mujer no me importa.

—Sé que no te importa, como también sé que nunca vas a dejarla.

—¡Mierda, César! Yo nunca te dije que dejaría a mi mujer por ti.

—Lo sé, y yo nunca te pediría que lo hicieras.

—Entonces, ¿a qué viene esta discusión?

—A que me he dado cuenta de que nunca renunciarás a lo que crees ser.

—¿Qué quieres decir?

—Que siempre vas a querer ser el macho alfa, siempre vas a querer que yo claudique y siempre vas a querer esconder lo que eres y lo que compartimos.

—Creí que estábamos bien así, que estabas a gusto conmigo.

—Y lo estoy, pero recuerda que antes de que empezáramos esta relación te dije que me gusta dominar y que me dominen.

—Creí que en una pareja gay siempre hay uno que hace de macho y el otro se deja…

—Yo no sé lo que harán las demás parejas, pero en mis relaciones me gusta dar y recibir a partes iguales, y si no estás dispuesto a recibir es mejor que lo dejemos.

—¿Me estás diciendo que si no te dejo darme por culo cortas conmigo?

—No seas vulgar. Cuando estamos juntos, ¿es eso lo que haces conmigo? ¿Me das por culo? ¿Así es como ves lo nuestro?

—¡No, joder!, no quería decir eso.

—¿Qué sientes cuando estás conmigo?

—Me siento bien, me gusta estar contigo, ¡me gusta hacerte el amor! —esa frase se la dijo con énfasis para que César olvidara su metedura de pata al hablar.

—Exacto, pues eso es lo que yo necesito sentir contigo. Te quiero, Ángel, y esta es la primera vez que digo estas palabras a un hombre, es la primera vez que me enamoro, y por esa misma razón no puedo seguir así porque si siguiera siendo quien no soy acabaría odiándote y no es lo que quiero. Por esa misma razón voy a preguntártelo una sola vez: ¿Estás dispuesto a compartir conmigo todo? ¿A salir del armario? ¿A dar y recibir por partes iguales?

—¿No crees que pides mucho?

—Pido lo que estoy dispuesto a ofrecer, ni más ni menos. Me costó mucho salir del armario para dejar ahora que tú me encierres de nuevo, no pienso seguir escondiéndome en mi casa mientras tú sigues con tu vida como si nada.

—César, te pedí tiempo.

—Y te lo he dado, pero sé que por más tiempo que te dé, tú seguirás sin querer ser dominado y sin querer que nadie sepa lo nuestro. Así que será mejor que vuelvas con tu esposa a esa farsa de vida que tanto te gusta, y así yo podré volver a la mía y olvidarme de ti.

Ángel se abalanzó sobre él besándolo con mucha pasión, intentando que César olvidara toda esa tontería, pero su sorpresa fue brutal al darse cuenta de que él estaba inmóvil, que no le afectaba ese beso, pues no se lo devolvía y parecía resultarle indiferente.

—¿De verdad quieres que esto se acabe? —preguntó muy serio apartándose de él mirándolo a los ojos—. ¿De verdad vas a olvidarte de mí así tan fácilmente?

—Yo no he dicho que vaya a ser fácil y tampoco quiero que se acabe, pero, si no eres capaz de dejarlo todo por mí, no me pidas a mí que lo haga.

—Yo no te estoy pidiendo que dejes nada.

—No, pero quieres que renuncie a mis principios y eso es exactamente lo mismo. Vete, porque esta discusión no nos lleva a ningún sitio y lo único que podemos conseguir es hacernos daño.

—Está bien, si es lo que quieres, me iré, pero te puedo asegurar que vas a arrepentirte de esto.

—Lo sé, pero es lo que debo hacer.

—Entonces será mejor que me vaya —habló muy cabreado.

Ángel volvió a vestirse y se dirigió a la puerta, antes de abrirla César le hizo una pregunta que lo dejó pasmado:

—¿Puedo darte un último beso?

Ángel lo miro muy serio, estaba muy enfadado, aun así, fue incapaz de negárselo, así que con un movimiento de cabeza le dijo que sí. César le cogió la cara entre sus manos y le dio un beso muy tierno en los labios, seguido de otro y de otro. Ángel abrió su boca, y César lo besó con mucha dulzura. Ese beso de despedida fue un beso suave, delicado, cálido y sumamente revelador, un beso que le confesaba a Ángel todos y cada uno de sus sentimientos, y cuando fue capaz de dejar de besarlo le susurró con mucha tristeza:

—Te quiero. Si alguna vez estás dispuesto a ser quien eres, búscame, te estaré esperando.

—César…

—Vete, por favor —le pidió con los ojos brillantes reteniendo las lágrimas que se agolpaban en ellos.

César abrió la puerta y le invitó a salir con un gesto de cabeza, pues no era capaz de volver a pronunciar una sola palabra. Cuando cerró la puerta, la casa se le cayó encima, ya que era la primera vez que una ruptura le dolía tanto y deseaba salir corriendo tras él y suplicarle que volviera, que olvidara todo lo que le había dicho, que estaba dispuesto a dejarse dominar por él el resto de sus días y que se pasaría la vida esperándolo y aceptando las migajas de amor que él quisiera darle. Pero nada más pasar esos pensamientos por su cabeza se dio cuenta de que si hiciera eso acabaría odiando su propia vida y nada tendría sentido, tirándose en el sofá, destrozado, agarró uno de los almohadones y se tapó la cara con él ahogando un grito de dolor, rabia y frustración, y las lágrimas que amenazaban por salir de sus ojos sin poder controlarlas terminaron derramándose.

Dos horas después, cuando por fin era capaz de respirar tranquilamente sin volver a llorar, su móvil empezó a sonar, al ver el nombre de Samanta en la pantalla lo cogió y contestó muy abatido:

—Hola.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella al sentirlo tan decaído.

—¿Y a ti? —preguntó él al mismo tiempo, ya que a ella también se le notaba triste.

—Acabo de romper con Víctor.

—Vaya, qué casualidad.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué es una casualidad?

—Ángel y yo acabamos de finiquitar lo nuestro.

—Lo siento.

—Yo también siento lo tuyo con Víctor. ¿Por eso me llamabas?

—No. Quería que vinieras, necesito un abrazo.

—Yo también necesito un abrazo.

—Entonces, ¿vas a venir?

—Sí. Las penas si son compartidas son más llevaderas. Me pego una ducha y voy.

—Vale, te espero.

***

Cuando César llegó a casa de Samanta y esta le abrió la puerta, en cuanto lo vio se le echó en

los brazos y se puso a llorar, César la abrazó con fuerza y se sentaron en el sofá.

—¿Qué ha pasado? —la interrogó. Cuando Samanta consiguió dejar de llorar y contarle todo lo sucedido, este le dijo apenado—: No me puedo creer que Víctor te haya dejado y más sabiendo que estás embarazada.

—Me puso un ultimátum; o me casaba con él o lo nuestro se terminaba.

—¿Y volviste a rechazarlo? ¡Por Dios, Sam! ¿Estás loca?

—¿Por qué dices eso?

—Ese pedazo de hombre está loco por ti, quiere casarse contigo, quiere formar una familia contigo, y tú le dices que no.

—No me puedo fiar de él.

—¡Mierda, Sam! Olvida ya esa tontería, cuando pasó erais unos críos, la gente cambia, y Víctor ya no es ese niñato sinvergüenza que se tiraba a todas las tías de la universidad. Víctor ahora es un hombre responsable, un buen padre, como ya has podido comprobar, te ha demostrado una y otra vez que te quiere. ¿Qué más esperas de él? —Samanta se quedó callada y pensativa, y por primera vez desde que volvió a encontrarse con Víctor se dio cuenta de que César tenía razón—. Sabes que tengo razón, por eso estás tan callada.

—Puede que sí, pero ya es tarde. Víctor se ha ido muy cabreado y no creo que quiera verme de nuevo.

—No seas tonta, Víctor estará encantado de volver contigo y con este bebé. —Tocó su barriga —. Llámale, pídele perdón, dile que te arrepientes de todas las cosas que le has dicho y confiésale de una vez por todas que sigues enamorada de él como el primer día. Verás que en diez minutos lo tienes aquí echándome a patadas y llevándote a la habitación para echarte un polvo de muerte. —Samanta se rio a carcajadas.

—Eres un tonto y un bruto, y no pienso llamarle.

—Saaam, deja tu orgullo a un lado y no pierdas a Víctor porque si lo haces te arrepentirás toda la vida.

—Me lo pensaré y mañana tomaré una decisión. Y ahora cuéntame qué ha pasado con Ángel.

—Pues lo que tenía que pasar, que se ha terminado.

—Pues él se lo pierde, es un estúpido y dentro de nada se arrepentirá de haberte dejado, ya lo verás.

—Él no me ha dejado, lo he dejado yo.

—¡Túúú! Creí que esta vez iba en serio, que te habías enamorado.

—Y así ha sido, y te juro que no pienso volver a enamorarme nunca más en mi vida.

—Y si le quieres, ¿por qué lo has dejado?

—¿No crees que viniendo de ti esa pregunta es absurda? —Los dos se quedaron mirando a los ojos y de pronto rompieron en carcajadas.

—Tienes razón, no soy la persona más indicada para dar consejos en lo que a relaciones se refiere.

—No, aun así, te diré que por más que me duela dejarle, y por más que lo quiera, es inevitable. No puedo estar con alguien que me anule, y Ángel lo hacía, cuando estaba con él tenía la sensación de ser una puta. Venía, me echaba un polvo y después salía corriendo al lado de su esposa.

—Entonces que le den.

—Sí, que le den, no pienso volver a estar encerrado en un armario por ningún tío, por muy bueno que esté y por más que lo quiera.

—Y que yo me entere porque si lo haces te daré la paliza de tu vida. Yo pasé por tu salida del

armario y no quiero volver a verte así de mal, te costó mucho decidirte, y si dejaras que un tío volviera a encerrarte sería *pa* matarte.

—¿Por qué no dejamos de hablar de esto y vemos una peli para olvidarnos de todo?

—Buena idea. Voy a hacer palomitas, tú ve preparando una peli.

—¿Te apetece alguna en especial?

—Me da igual la que pongas mientras no sea de amor o de guerra.

—Entonces una comedia.

—Perfecto, creo que nos vendrá bien reírnos.

Se sentaron en el sofá uno pegado al otro, y se pusieron morados a palomitas y Coca-Cola, se rieron con la peli, y cuando terminó ya era tan tarde que Samanta le preguntó:

—¿Quieres quedarte a dormir?

—Pues la verdad es que no me apetece coger el coche e irme para casa.

—No se hable más, te quedas. Las sábanas de la cama de Ricardo están limpias y ya conoces el camino, ¿verdad?

—Sí. Gracias y buenas noches. —Le dio un beso y un abrazo.

—Buenas noches. —Le devolvió ella el beso y el abrazo, muy apretadito, unos segundos más de lo necesario, pues necesitaba sentir su calor, su cariño, como cuando eran unos adolescentes, y él la consolaba cada vez que se ponía triste recordando a Víctor.

César se tumbó en la cama y no podía coger el sueño, se sentía tan mal. Mientras estaba con Samanta no le había dado tiempo a pensar, pues su compañía siempre lo animaba y reconfortaba, pero, en esa habitación, se daba cuenta de una cosa y era de lo sola y vacía que era su vida. Siempre había tenido amantes de paso, nada serio, pero con Ángel había sido muy distinto, con él había sido la primera vez que sentía ganas de compartir su vida con alguien, de envejecer con alguien al lado y así no sentirse solo todas las noches cada vez que se tumbaba en su cama fría y vacía.

Con todos esos pensamientos rondando por su cabeza y con lo mal que se sentía ni siquiera se había dado cuenta de que se había echado a llorar.

Samanta salía del baño después de quitarse el maquillaje y de haberse puesto el camisón y cuando estaba a punto de meterse en la cama le pareció oír un ruido, para asegurarse de qué era ese sonido salió al pasillo y entonces se dio cuenta de que era un sollozo y que venía de la habitación donde César estaba, sin pensarlo dos veces entró en ella y se acercó a la cama, al oírlo llorar se tumbó a su lado y lo abrazó con fuerza.

—¡Ssshhh! —le susurró al oído para tranquilizarlo como tantas otras veces había hecho él con ella e intentó consolarlo—. No llores César, por favor, ese hombre no se merece tu llanto. Si no es capaz de darse cuenta de que tenerte a su lado es lo mejor que le puede pasar en la vida es que es un estúpido y no te merece, ni a ti ni tus lágrimas.

—Sam…, a veces me siento tan… solo —confesó sin poder dejar de llorar.

Samanta, obligándolo a mirarla, le habló con ternura quitando sus lágrimas con los dedos como hacía él cada vez que ella lloraba por Víctor.

—Tú no estás solo, ¿me oyes?, me tienes a mí. Yo siempre voy a estar a tu lado, ¿y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque te quiero.

—Yo también te quiero, Sam. Si alguna vez te perdiera me moriría, ¿y sabes por qué? —Sonrió en medio de tanta lágrima.

—¿Por qué? —Le devolvió la sonrisa.

—Porque sin ti mi vida no tendría sentido.

Al oírle decir esas palabras Samanta no pudo evitar darle un beso corto y tierno en los labios, algo muy natural en ellos, ya que no era la primera vez que lo hacían, pero César, sin poder controlarse, se lo devolvió y esa vez no fue corto y mucho menos tierno. Su boca se apoderó de la de ella con mucha pasión, Samanta no fue capaz de resistírsele y le devolvió el beso, entre ambos empezó una danza salvaje y muy peligrosa que los conducía por un camino de lujuria y desesperación sin límites.

Samanta necesitaba sentir ese cuerpo cálido y fuerte junto al suyo, ya que César solo llevaba puestos los calzoncillos, y sus besos eran tan agradables que no quería que ese momento terminara, pues se sentía muy bien entre sus brazos. Y César necesitaba tenerla a su lado para olvidar esa ruptura que lo estaba destrozando, necesitaba consuelo, y Samanta siempre había sido ese amor platónico que sabía que nunca iba a tener, pero que era tan fuerte que no podía olvidar.

Cuando Samanta sintió las manos de César en sus pechos, un gemido salió de su boca y sin darse cuenta su mano se coló por dentro de los calzoncillos de César hasta su erección que para sorpresa de ella estaba grande, dura y palpitante. Al escuchar a César gemir sintiendo sus caricias, el deseo en ella se avivó y su mano se deslizó y subió por su erección con más entusiasmo, al igual que las caricias de César se volvían más intensas y sus besos más voraces. César necesitaba darle lo mismo que ella le ofrecía, así que su mano abandonó sus pechos y muy despacio recorrió su abdomen colándose por dentro de sus braguitas para llegar a esa selva de rizos negros, allí se encontró con esa diminuta montañita deseosa de sus caricias y en cuanto la acarició y empezó a dibujar pequeños círculos en ella sintió cómo Samanta se deshacía entre sus brazos y, por primera vez en su vida, experimentó el deseo de adentrarse en una mujer, así que sin querer pensar demasiado en lo que hacían se quitó los calzoncillos, le quitó a Samanta las bragas y le subió el camisón hasta la cintura.

—Sam…, necesito estar dentro de ti… ¿Quieres sentirme? —le preguntó antes de seguir con la voz entrecortada por el deseo.

—¿Cómo? —Quiso saber concentrada en sus ojos con la mirada turbada por la pasión.

—Como un hombre ama a una mujer —contestó, sabiendo que por más que ella lo deseara no podría ser de otra manera, y para él era ya demasiado tarde, estaba desesperado y deseaba poseerla de la forma que fuera, eso ya no le importaba, prefería renunciar a sus instintos que dejar pasar ese momento.

—Síií…, siempre he querido sentirte.

—Y yo a ti, cariño.

César, al escuchar esas palabras, cogió su erección y la llevó hasta su sexo entrando muy despacio, con mucho cuidado y para su sorpresa sintió un placer muy grande, uno que nunca creyó sentir, pues nada más imaginarlo le daba *yuyu* y repulsión. Nunca hubiera imaginado que estar con una mujer podría resultarle tan agradable como le estaba resultando estar con Samanta, aunque de una cosa estaba seguro; solo una mujer podía conseguir llevárselo al huerto y esa solo podía ser ella.

Samanta estaba muy excitada y por esa misma razón se movía y buscaba su propio placer, siempre se había preguntado cómo sería estar entre los brazos de César y entonces, que por fin estaba disfrutando de ese momento, no quería que terminara y quería disfrutarlo hasta el final, ya que sabía que sería la primera y la última vez que estarían juntos, por eso su cuerpo parecía estar poseído, sus besos eran ardientes y sus manos acariciaban y apretaban el trasero de César contra ella para sentirlo tan adentro que su recuerdo fuera agradable, pero profundo, tan profundo que nunca más después de esa noche volverían a hablar de lo sucedido.

Cuando César sintió cómo Samanta empezaba a convulsionar de placer todo su control se esfumó.

—Sam, voy a correrme… ¡Oh, Dios! Y no sé si hacerlo dentro o fuera —le explicó desesperado.

—César, por favor…, no se te ocurra parar ahora…, ¡no pares! —gritó con un gemido llegando al orgasmo.

César al sentirla tan excitada y con ese grito de placer empezó a bombear con fuerza hasta que terminó eyaculando dentro de ella, con la respiración agitada y derrotado se dejó caer encima de ella y le susurró al oído con la voz entrecortada:

—¡Joder…, Sam! ¿Qué… qué hemos hecho? Sabes que… que Víctor va a matarme si se entera de esto.

—Síií…, y Ángel querrá matarme a mí.

César, saliendo de ella, se tumbó a su lado abrazándola con fuerza.

—Entonces tendrá que ser nuestro pequeño secreto. —Acarició su pelo.

—Está bien, pero no sé por qué tenemos que sentirnos mal por ellos. Primero, Víctor ha roto conmigo y no tengo por qué guardarle luto, no se lo merece y, segundo, tú has roto con Ángel, así que somos libres y podemos estar con quien queramos, ¿no crees?

—Visto así, tienes razón, en estos momentos no estamos atados a nadie y somos libres de compartir con quien queramos la cama. —Mirándola a los ojos le preguntó con tristeza—: ¿Sabes que esto no se va a volver a repetir? Que sigo siendo gay y que, aunque haya sido una pasada, sigo prefiriendo un buen trasero, ¿verdad? —Sonrió haciéndola reír.

—Lo sé, como también sé que esto es algo que entre tú y yo debía ocurrir tarde o temprano.

—Sí, yo también lo he sabido siempre, pero hemos tardado mucho, ¿no crees?

—Sí. —Pensando en lo que acababa de decirle le preguntó—: ¿Para ti ha sido una pasada?

—Sí, ¿y tú qué has sentido?

—Ha sido muy agradable, y más excitante de lo que siempre me imaginé.

—Pero nada que ver con Víctor, ¿verdad?

—Bueno, tú no tienes experiencia con mujeres, y él es todo un maestro.

—No quieras justificarme, Sam, estoy seguro de que si Víctor me hiciera el amor, aunque fuera su primera relación gay, sería una pasada. Ese hombre rebosa virilidad hasta por los poros.

—Sí, la verdad es que Víctor es increíble en la cama.

—No seas mala, y no me digas eso porque si no me haces sentir mal.

—¿Por qué? ¿Sientes celos?

—No, más bien envidia. —La hizo reír—. Aunque he de decirte que Ángel en la cama es increíble e insaciable, el único problema es que él se sacia de mí, y yo no puedo saciarme de él.

—¿Sabes una cosa?

—No, ¿qué?

—Que Ángel volverá a ti y que cuando lo haga tú pondrás tus normas. Y te puedo asegurar que cuando le hagas el amor quedará tan complacido que querrá más y más, y ya no podrás quitártelo de encima. —Con esas palabras le hizo reír.

—Dios te oiga, porque la verdad es que cuando pienso en un futuro sin él lo veo todo muy negro. Yo he puesto fin a esa relación, pero me está costando mucho no llamarlo y suplicarle que me perdone y que todo siga como hasta ahora.

—Ni se te ocurra, tú tienes que hacerte valer, y él es el que tiene que saber que ha perdido lo mejor que le ha podido pasar nunca.

—Tienes razón, no voy a llamarle.

—Bien, así se habla.

—Pero tú sí deberías llamar a Víctor.

—Y puede que lo haga.

—Eres incorregible. —Se rio—. ¿Sabes?, si fueras hombre serías mi hombre ideal, y ni si quiera Ángel podría hacerte sombra. —Samanta volvió a reírse.

—Y, si tú no fueras gay, serías el hombre perfecto para mí. —Acarició su mejilla.

—Lo sé. —Sonrió—. Creo que será mejor que durmamos un poco.

—Sí, estoy cansada. ¿Puedo dormir contigo? Me gusta esta sensación de paz que siento cuando me abrazas.

—A mí me gusta abrazarte, así que puedes quedarte y encima estás en tu casa, así que no soy quién para echarte de la cama. —Volvió a hacerla reír de nuevo—. Pero mejor nos ponemos algo encima, ¿no?

—Sí.

César se puso los calzoncillos y Samanta las bragas, después se colocó el camisón bien, pues desde que habían empezado a amarse lo llevaba de cinturón. Una vez puesta esa ropa tan insignificante, pero que al mismo tiempo parecía una barrera entre ellos, volvieron a tumbarse, y César le dio un beso en la frente, como siempre hacía.

—Buenas noches, Sam.

—Buenas noches, César.

Relajados, y sintiéndose muy a gusto el uno con el otro, acabaron durmiéndose y sabiendo desde ese mismo instante que ese pequeño romance que habían tenido había sido muy revelador porque tanto para ella como para él siempre había habido un: «¿Qué pasaría si…?». En ese momento sabían que entre ellos todo debía estar como siempre y que solo podían ser los mejores amigos, los mejores confidentes y los mejores compañeros y socios en el trabajo.

Pues él sabía que por más que la quisiera, y por más que hubiera disfrutado de ese momento, seguía prefiriendo a un hombre en su cama, y ella por fin había descubierto que ese amor que siempre sintió por él solo era una tapadera para ocultarse a sí misma que nunca dejó de amar a Víctor, ya que por más que hubiera disfrutado en los brazos de César, nunca podría compararse a lo que Víctor la hacía sentir cada vez que la amaba.



Capítulo 57

Dos días después Víctor apareció por las oficinas de Samanta y nada más entrar sin esperar ser anunciado y sin hacer caso a las advertencias de la secretaria, como siempre, invadió el despacho de Samanta.

—¡¿Tan poco te importa nuestro futuro que corto contigo y tú te quedas tan tranquila?! —preguntó muy enfadado nada más verla. Samanta le hizo una señal a su secretaria para que los dejara solos—. ¡¿Ni siquiera eres capaz de llamarme y hacerme entrar en razón?!

Samanta no podía dejar de mirarlo, estaba tan guapo así, tan enfadado, con esos vaqueros, ese jersey de pico y esa cazadora de piel que de repente sintió unas ganas locas de echársele encima y besarlo hasta perder el sentido, y fue lo que hizo, se acercó a él con paso firme sin pronunciar palabra y, colgándose de su cuello, lo besó con mucha pasión.

Víctor, al sentirla tan entregada, no pudo evitar devolverle el beso y de pronto todo su enfado había desaparecido. Con un deseo incontrolable y sin dejar de besarla la llevó hasta el escritorio, arrastró todo lo que había encima tirándolo al suelo y tumbándola encima de la mesa le subió el vestido hasta la cintura, dejó de besarla y se incorporó para quitarle las medias y las bragas, todo a la vez.

—Vas a acabar volviéndome loco, Sam. —La miró a los ojos mientras se bajaba los pantalones.

Nada más terminar esas palabras la penetró con fuerza y volviéndola a besar con pasión sus caderas empezaron a castigarla sin piedad. En ese mismo instante Samanta sabía que nunca podría haber un hombre en su vida más que él, ni César ni ningún otro podría jamás hacerle sentir lo mismo que Víctor en la cama y fuera de ella, así que queriéndole demostrar lo mucho que lo amaba se dejó llevar y se entregó a él con una gran pasión. Cuando terminaron Samanta lo dejó pasmado al confesar por primera vez después de veinticuatro años:

—Te amo. —Víctor la miró a los ojos y se incorporó, Samanta hizo lo mismo sentándose en la mesa y besándolo con mucha ternura volvió a decirle—: Te amo, Víctor.

—¿Estás hablando en serio o es una especie de broma?

—Estoy hablando muy en serio. Me he cansado de seguir negándome a mí misma que siempre te he querido y que moriré enamorada de ti.

—Sam… —Víctor no pudo evitar besarla con mucha ternura—. Yo también te amo, Sam, y ya no me importa nada, si no quieres que nos casemos, pues no lo haremos. Solo necesito saber que me amas para estar tranquilo, ahora sé que nada podrá interponerse entre nosotros.

Cuando Samanta le escuchó decir eso, unos remordimientos la envolvieron y de pronto sintió que si no era sincera con él todo podría acabar mal y prefería saber si esa relación podía funcionar contra viento y marea o terminar antes de empezar y que la ruptura fuera menos dolorosa, aunque eso sería inevitable, pues Samanta sabía que si Víctor no era capaz de perdonarla el dolor iba a ser insoportable. Tenía que confesarle la verdad y saber hasta dónde

podían llegar y no había mejor prueba que esa.

—Víctor, tengo que confesarte una cosa —le habló muerta de miedo.

—¡Uuuy!, qué cara, ¿tan malo es lo que me tienes que contar?

—Primero quiero que sepas que te quiero.

—Eso me gusta.

—Después quiero que recuerdes que tú me hiciste algo mucho peor.

—Sam, me estás poniendo nervioso. ¿Qué pasa?

—Prométeme que no vas a enfadarte.

—¡Joder, Sam, suelta ya lo que me tengas que decir!

—Antes de ayer me acosté con César.

—Qué susto, déjate de chorradas y no bromees con esas cosas.

—Víctor, no estoy bromeando.

—Sam, César es gay.

—Sí, y yo estoy enamorada de ti y, aun así, pasó. —Al ver que Víctor no decía nada, que solo la miraba y se colocaba bien la ropa, empezó a decirle nerviosa—: Lo siento, Víctor, por favor, perdóname, pero me encontraba muy mal, pensé que todo había terminado entre nosotros, y César también estaba mal, así que una cosa llevó a la otra y cuando nos dimos cuenta estábamos…, ya sabes.

—¡Me has puesto los cuernos con un marica!

—Víctor, no digas eso, no te voy a permitir que…

—¡¿Qué?! ¿Que lo insulte?, ¡lo que voy a hacer es matarlo!

—Víctor, por favor, intenta comprender…

—¡¿Qué?! ¡¿Qué quieres que comprenda?! ¡Que en cuanto discutamos vas a salir corriendo y te vas a tirar al marica de tu amigo!

Samanta le dio una bofetada al oírle decir eso, y después le gritó furiosa y con lágrimas en los ojos:

—¡Tú eres el menos indicado para echarme nada en cara, ya que gracias a ti me he pasado veinticuatro años pensando si algún día ese vídeo podía salir a la luz!

—¡Siempre estás con el mismo cuento, y ya estoy harto de decirte que ese vídeo no existe ni ha existido nunca! Sabes la diferencia entre tú y yo, que cuando yo te hice daño era un adolescente inmaduro e irresponsable, pero tú ya estás mayorcita, y lo que has hecho lo has hecho con dos dedos de frente.

—Tú habías roto conmigo, así que lo que he hecho tampoco es tan grave, y si te lo he confesado ha sido para no tener problemas en un futuro si te enterabas.

—¡No!, si me lo has confesado ha sido porque tenías remordimientos, y si los tenías era porque sabías que lo que has hecho está mal y, no te preocupes por nuestro futuro, porque no hay un futuro entre tú y yo.

—Víctor…

Las palabras se le cortaron en la garganta al ver cómo la miraba y por sus mejillas las lágrimas manaban, pues no podía controlarlas al darse cuenta de que todo estaba roto y esa vez ella era la culpable.

—Adiós, Samanta, avísame cuando nazca mi hijo porque querré verlo, nuestros abogados pactaran un horario de visita. Esta vez quiero estar presente en la vida de mi hijo y nada ni nadie me lo va a impedir, ¿te queda claro?

Samanta asintió con la cabeza, ya que el llanto no la dejaba hablar.

Cuando Víctor salió de la oficina se cruzó con César.

—Hola, Víctor.

Sin una contestación a ese saludo, Víctor le dio tal puñetazo que lo lanzó tres metros hacia atrás, después cogiéndolo por las solapas le amenazó levantándolo del suelo:

—Si no te mato es porque no vale la pena ir a la cárcel por esa zorra —volvió a darle un puñetazo y se fue diciéndole—: Creí que éramos amigos. Sois tal para cual, hacéis buena pareja, un marica traicionero y una zorra periodista, no sé cuál de los dos me da más asco.

Víctor se fue, y César echó a correr hacia el despacho de Samanta muerto de miedo imaginándola tirada en el suelo por una brutal paliza y cuando la vio llorando sin consuelo se quedó destrozado, pero aliviado, al verla intacta. Otra vez volvía a tener ante él a esa chica de dieciocho años con el corazón roto, y otra vez por el mismo hombre.

—¿No habíamos quedado en que eso sería nuestro pequeño secreto? —citó con los brazos abiertos. Samanta echó a correr a sus brazos e intentó hablar con la voz cortada por el llanto.

—Yo… yo… lo siento, ¿te… te duele? ¿Te… ha… ha pegado mucho?

—No, no me ha pegado mucho para el cabreo que llevaba y no me duele, lo que me duele es verte así.

—Yo…

—No debiste decirle nada.

Samanta respiró varias veces para poder mantener una conversación coherente con él.

—Es que por fin había decidido hacerte caso, iba… iba a decirle que quería casarme con él, y él ha empezado a decirme unas cosas tan bonitas que en mi mente solo podía ver una imagen de nosotros felizmente casados y cuando todo era perfecto él se enteraba de lo sucedido y todo volvía a empezar. Así que he preferido contárselo y saber si podía perdonarme ahora o de lo contrario para qué empezar algo que tarde o temprano podía terminar.

—Sam, Víctor nunca se hubiera enterado porque a mí tendrían que matarme y, aun así, no lo contaría, y tú tampoco ibas a contarlo, entonces, ¿para qué arriesgar un futuro prometedor?

—Las mentiras tienen las patas muy cortas, y es mejor ser sincera y cargar con las consecuencias de mis actos que esconder algo que en un futuro pueda explotarme en la cara y destrozarnos la vida. Es mejor así, César, mira lo que ocurrió con su mujer, ella también pensaría que su secreto nunca vería la luz y ¿quién le iba a decir que todo se descubriría y en qué circunstancias? No, prefiero que todo acabe así a dentro de diez años destrozando un hogar y una familia.

—Entonces no te lamentes más, lo que pasó, pasado está.

—Eso es fácil de decir, pero justo ahora que estaba dispuesta a arriesgarme de nuevo por él pasa esto. Nuestras vidas han de seguir caminos separados y eso es todo, desde este momento solo será el padre de mis hijos y ya está, nada más va a suceder entre los dos.

Samanta volvió a echarse a llorar como una Magdalena, y César la consoló una vez más con toda la ternura y el amor incondicional que sentía por esa mujer a la que adoraba.

***

Cuando Víctor llegó al vestuario tenía un cabreo de mil demonios y con toda su mala leche empezó a dar golpes a todo lo que pillaba por delante, Ángel, al verlo así, inmediatamente les ordenó a los jugadores que fueran a entrenar a la cancha, y cuando se quedaron solos Ángel no dejaba de observarlo mientras Víctor seguía golpeando un pilar que tenían recubierto de goma para que los jugadores no se lesionaran con él, ya que estaba en muy mal sitio y siempre se tropezaban, por eso Víctor había mandado que lo forraran con esa espuma gorda que se utiliza en

los parques de bolas de los niños, y ahí estaba él, soltando toda su rabia contra ese pilar, destrozándose los nudillos.

Cuando dejó de golpearlo, porque ya no le quedaban fuerzas y porque ya no sentía las manos, Ángel se dirigió a la nevera y sacó del congelador unas bolsas de hielo que usaban para los jugadores cuando se lesionaban en la cancha.

—¿Ya te has tranquilizado? ¿Vas a contarme ahora qué te pasa? —le preguntó poniéndole en los nudillos las bolsas de hielo.

—¡Que tengo ganas de matar a alguien! Bueno, a alguien no, a César Moreno, más concretamente.

Cuando Ángel le escuchó decir eso se le cortó la respiración.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho? —le preguntó asustado y muerto de curiosidad al mismo tiempo.

—Se ha tirado a Samanta. ¿Tú… tú te crees que puede haber algo más descabellado que eso? No puedo entender cómo Sam ha caído tan bajo, acostarse con ese marica de mierda.

—No te pases, tío, seguro que Samanta habrá hecho algo, ¿no? No toda la culpa va a ser de César. Aunque pensándolo bien es un cabrón —dijo muy enfadado al darse cuenta de que César había mantenido relaciones con Samanta, aun así, preguntó sin querer creérselo—: ¿Estás seguro de que se han acostado?

—¡Sí, joder! Ella misma me lo ha confesado.

—¿Y te ha dado alguna explicación?

—Sí, me ha dicho que se sentía muy mal porque yo había roto con ella, y que César también estaba jodido por no sé qué, eso no me lo ha dicho. Que una cosa llevó a la otra y que sin darse cuenta estaban follando en la cama.

—¿Eso te ha dicho?

—Con esas palabras no, ella es un poco más fina, pero qué más da follar que hacer el amor, al fin y al cabo, es lo mismo.

—No me refería a eso, me refería a lo de César.

—¿Y a quién le importa lo que le pase a César? Que le jodan. Pensé que era mi amigo y mira.

—Samanta tiene razón, habías cortado con ella, así que era libre de hacer lo que quisiera con otro, pero con César…, será cabrón.

—¿Tú también quieres joderme? —le preguntó Víctor muy cabreado.

—No.

—Pues entonces no se te ocurra defenderla. ¿Cómo te sentaría a ti que dejaras a Berta y que ese mismo día en vez de llorar su pérdida se tire a un amigo tuyo?

—Visto así, pues sí, tienes razón, me jodería.

«Y me jode, me jode mucho que César corte conmigo y al rato se tire a una tía. ¡Joder, a una tía!», pensaba Ángel muy cabreado.

—Ahora que le he dado su merecido a ese gilipollas.

—¡Mierda, Víctor! ¿Qué le has hecho? —preguntó muy preocupado.

Se lo imaginaba en urgencias con la cara desfigurada, pues con el cabreo que llevaba Víctor no era para menos, y por más que le doliera la traición de César no soportaba imaginarlo herido de gravedad y menos con la cara destrozada, con lo guapo que era.

—Le he dado dos hostias con todas mis fuerzas, así que mañana va a parecer Rocky Balboa después de pelearse con Apollo Creed.

—Es lo mínimo que se merece —comentó Ángel aliviado por el resultado y contento por el castigo bien merecido—. Voy a ver qué hacen los chicos. ¿Crees que puedo dejarte solo o cuando vuelva habrás destrozado el vestuario?

—Tranquilo, ya se me ha pasado.

—Vale, cuando estés preparado te esperamos en la cancha.

Nada más salir Ángel salió a la calle y sacó su móvil marcando el teléfono de César, cuando este le contestó, Ángel le habló muy cabreado:

—¡Eres un capullo de mierda y un cabrón! ¿De verdad cortas conmigo para enrollarte con esa guarra?

—No… vuelvas… a insultar… a Sam. —Las palabras salían muy despacio de su boca para darle a entender que no estaba dispuesto a dejar que nadie la insultara—. Si pasó lo que pasó una gran parte de la culpa es tuya.

—¡¡¿Mía?!! —gritó Ángel más cabreado todavía.

—¡Sí!, ¡tuya! Porque si lo hice fue para poder sacarte de mi cabeza, aunque solo fuera ese rato, ya que, desde que te dije todo aquello y te fuiste, el mundo se volvió gris y frío, y Sam me dio ese calor que necesitaba para poder seguir adelante, igual que ella encontró consuelo en mí —le aclaró disgustado—. Pero eso es todo, solo fue un desliz y ni siquiera fue lo suficientemente bueno para replantearme mi sexualidad y seguir un romance con ella, y a ella le pasó lo mismo, una vez más Víctor la hirió y necesitaba un poco de cariño —escupió enfadado—. Pero hubo algo bueno en todo esto porque gracias a eso ahora los dos sabemos dónde están nuestros límites y también sabemos que de amigos no podremos pasar nunca, y esa es nuestra desgracia, ya que si pudiéramos estoy seguro de que seríamos la pareja ideal porque ella sería el hombre de mi vida y yo el suyo. —Cada vez estaba más indignado, así que acabó diciéndole—. El gran problema en todo esto es que ella es mujer, y yo no soy Víctor Delgado porque, si fuera posible una relación entre nosotros, vosotros dos os podríais ir a tomar por culo. ¿Te ha quedado bastante claro o quieres que te lo vuelva a explicar?

—¡Joder, César! Si tan mal estás, ¿por qué rompiste conmigo?

—Sabes muy bien por qué lo hice y eso no ha cambiado. Pero, no te preocupes, lo que busqué en Sam empezaré a buscarlo en otros tíos y al final acabaré olvidándome de ti.

—César…, César…, César.

Piii.

Esa fue la única respuesta que obtuvo y más cabreado que Víctor estampó su móvil contra el suelo. La rabia lo cegaba y los celos le hacían perder la razón, pues imaginarlo haciéndole el amor a Samanta para dejar de pensar en él lo cabreaba mucho, pero, pensar en que iba a buscar a otros hombres para olvidarlo, lo sacaba de sus casillas. Subiéndose a su coche salió chirriando ruedas deseando poder estamparse contra cualquier cosa y así no tener que seguir llevando esa vida de mierda, al lado de una mujer que no amaba y fingiendo ser feliz con esa vida perfecta para todos menos para él por miedo a lo que los demás pudieran pensar de él si desvelaba en público su amor por otro hombre.



Capítulo 58

Dos días después de esa pelea con Víctor, Samanta estaba hecha polvo y no levantaba cabeza, era muy tarde cuando volvía del trabajo. Era la última en abandonar las oficinas con César, pues estaba mejor en el trabajo que sola en casa, ya que se había acostumbrado a estar con Víctor y lo echaba muchísimo de menos. César le había propuesto cenar juntos, pero a ella solo le apetecía llegar a casa, ducharse, picar algo y meterse en la cama.

Cuando aparcó el coche en el garaje y salió, se dirigió al ascensor y mientras esperaba a que llegara buscaba las llaves en su bolso. De repente sintió a alguien a su espalda y un brazo muy fuerte agarrándola por la cintura, cuando estaba a punto de gritar una mano tapó su boca con un paño y, al exhalar por el susto, un olor fuerte y desagradable se coló por su garganta, inmediatamente empezó a sentirse mareada y sin fuerzas, sus piernas empezaron a fallarle y sin darse cuenta perdió el sentido.

***

Al día siguiente era viernes, y César, cómo no, nada más entrar y dejar las cosas en su despacho se dirigió al de Samanta, al no verla allí le preguntó a su secretaria:

—¿Y Sam?

—Aún no ha llegado.

—Qué extraño. ¿Ha llamado?

—No.

César sacó su móvil para ver si Samanta lo había llamado y no se había dado cuenta, ya que ella siempre era la primera en llegar y si iba a retrasarse por cualquier cosa siempre avisaba antes. Al no encontrar ningún mensaje la llamó, pero el contestador de Samanta saltó inmediatamente dándole a entender que tenía el móvil apagado, eso lo mosqueó mucho más, ya que Samanta nunca apagaba su móvil y tampoco se quedaba sin batería, pues era demasiado dependiente del teléfono como para descuidarse con eso. Como bien decía ella: «No puedo quedarme sin móvil, ya que si lo hago es como quedarme aislada del mundo».

César, muy intranquilo y pensando que algo le hubiera pasado, le informó a su secretaria:

—Voy a acercarme a casa de Sam, si llegara a aparecer le dices que encienda el móvil y que me llame.

—Sí, señor.

César tenía un mal presentimiento y necesitaba encontrarla lo antes posible, así que subió a su coche y salió a toda velocidad. Al llegar a casa de Samanta llamó al timbre y esperó un par de minutos, al no hallar respuesta volvió a llamar y el resultado fue el mismo. Nervioso, llamó a Ricardo.

—Hola, tío…

—¿Sabes algo de tu madre?

—No, hace dos días que no hablo con ella. He intentado llamarla porque Raquel me ha contado que ha hablado con su padre y le ha dicho que todo se ha terminado entre ellos y quería saber por qué, ya que Víctor no le ha dado ninguna explicación a Raquel, pero la he llamado un par de veces y me sale el buzón de voz.

—Lo sé, a mí también y he venido a su casa al ver que no se ha presentado en la oficina, pero no me abre. Ricardo, estoy preocupado, tu madre nunca falta al trabajo y si lo hace avisa, tampoco se queda sin batería ni apaga el móvil, ¿y si le ha pasado algo?

—Tranquilízate, salgo ahora mismo para allá, ¿quieres mientras bajar al garaje y comprobar si está su coche?, si está el coche tiene que estar en casa y, si no, habrá que empezar a buscarla.

—Vale, no tardes.

César consiguió que el portero lo acompañara hasta el garaje y, cuando bajaron y vieron el coche de Samanta aparcado en su plaza, a César empezó a palpitarle con fuerza el corazón, ya que se la imaginaba en el cuarto de baño con la cabeza abierta y desangrada al estar allí tirada toda la noche sin que nadie la atendiera. Él siempre había escuchado que muchas de las muertes en casa eran por un resbalón en el baño y un mal golpe en la cabeza. Desesperado, le preguntó al portero:

—¿Tiene las llaves del piso de la señora Soriano?

—Sí, pero solo puedo usarlas si es una emergencia.

—Esto es una emergencia y yo me hago responsable de cualquier problema que esto pueda ocasionarle.

—Está bien, voy a por las llaves.

Cuando César abrió la puerta gritó esperando una respuesta.

—Sam, ¡¿estás aquí?! —Al entrar en su habitación y verla vacía con la cama sin deshacer inmediatamente miró la puerta del baño que había dentro de la habitación, antes de entrar volvió a gritar—: Sam, ¡voy a entrar y no me importa cómo estés!

Su decepción al ver el baño vacío fue tan grande que un suspiro salió de él, esperaba encontrarla en la cama con cualquier malestar, no importaba cuál fuera, pero que fuera leve, eso sí. Pero al no verla allí esperaba encontrarla en el baño, sana y salva, claro, pero la frustración de no hallarla en su casa y no saber dónde estaba lo estaba volviendo loco de angustia. Con mucha furia golpeó la puerta con el puño destrozándose los nudillos y maldiciendo.

—No se angustie, señor —le dijo el portero para tranquilizarlo—, puede que haya pasado la noche en casa de su novio, muchas veces él la ha traído con su coche a casa.

—¡Víctor! Puede que tengas razón, a lo mejor él se la ha llevado a su casa.

Con esa esperanza sacó su móvil y llamó a Víctor, lo intentó dos veces y acabó cortándose sin que él lo cogiera; a la tercera, Víctor rechazó la llamada, y César volvió a intentarlo en dos ocasiones más. Al ver que Víctor volvió a colgarle le mandó un wasap diciéndole:

César

Coge el puto móvil, cacho cabrón, es muy importante.

Cuando César insistió, Víctor le preguntó muy cabreado:

—¿Por qué coño eres tan obstinado? ¿No te das cuenta de que no quiero hablar contigo?

—¿Está Sam contigo?

—¿Por qué tendría que estar esa mujer conmigo?, yo no quiero estar con ella…

—Víctor, Sam ha desaparecido.

—¿Habéis discutido? Porque si es así mira a ver si ha pasado la noche con algún amiguito tuyo…

—¡Víctor, joder! ¿Qué no entiendes cuando te digo que Sam ha desaparecido?

—Ya te he dicho que no está conmigo… —Víctor se quedó callado al escuchar a César decir:

—Gracias a Dios que ya estás aquí.

—¿Está mi madre?

—No, no está, y su coche está en el garaje.

—César, ¿ese es mi hijo? —preguntó Víctor.

—Sí, Ricardo acaba de llegar.

—¿Has intentado llamarla al móvil? —preguntó Ricardo.

—No, pero las otras veces que lo he intentado no me daba señal.

—A mí tampoco me lo coge. ¡Mierda! ¿Dónde coño se ha metido?

—César… César… —Víctor seguía con el móvil en la oreja escuchando la conversación, pero como César ya no tenía el móvil en la oreja no podía escucharle, Víctor nervioso le gritó—: ¡¡¡César!!!

—Tienes a alguien gritando en el móvil —le avisó Ricardo.

—¡Mierda, es tu padre! —Poniéndose el móvil en la oreja añadió—: Lo siento, no me di cuenta.

—Pásame a mi hijo, por favor.

César le pasó el móvil a Ricardo.

—Hola, papá.

—¿Qué está pasando? ¿Dónde está tu madre?

—No lo sabemos, César me ha llamado diciéndome que mamá no había acudido a la oficina y que tampoco le cogía el móvil. A mí tampoco me lo coge, estamos en su casa, su coche está en el garaje, pero no hay rastro de ella. Estoy preocupado, papá, ¿y si le ha pasado algo?

—No digas tonterías, a tu madre no le ha pasado nada. ¿Puedes pasarme a César, por favor?

—Tío, mi padre quiere hablar contigo.

César salió de la cocina, pues había entrado intentando ver si había rastro de su presencia por haber pasado la noche allí, pero no había encontrado nada.

—¿Qué quieres? —preguntó muy serio al coger de nuevo el móvil.

—Quiero saber si ha vuelto a recibir otro anónimo, estoy seguro de que si le ha pasado algo el autor tiene que ser esa persona.

—Sí, yo también he pensado en eso, pero no sé si ha recibido algún otro, ya sabes que ella no hablaba de eso para no preocuparnos.

—Los solía guardar en su oficina, nos vemos allí en media hora.

—Vale. Víctor, Samanta no ha pasado la noche aquí y si no ha estado contigo o conmigo lleva desaparecida desde ayer sobre las diez, que sería más o menos cuando llegaría a casa, ya que su coche está en el garaje.

—Espero que estés equivocado, que esto solo sea un susto, y recemos para que esté de compras.

César, con una sonrisa en los labios, le habló con tristeza:

—Ojalá me equivoque, pero a Sam no le gusta ir de compras y menos aún deja su trabajo para algo así.

Cuando llegaron a la oficina, Víctor ya estaba en el despacho de Samanta con los anónimos en las manos, César y Ricardo se acercaron, y Víctor les enseñó el último que Samanta había recibido y escondido dentro de un cajón con los otros.

—¡¡Esta mujer está loca!!, ¿có… có… cómo se le ocurre ocultarnos una amenaza como esa? —gritó como un energúmeno—. Tenemos que ir a la policía, ¡Diiiooos! Si algo le pasa a ella o al bebé te juro que mataré al culpable con mis propias manos.

César estaba leyendo el anónimo y comprendía por qué Víctor decía eso, los recortes de periódico decían:

> Eres una maldita zorra y juro por Dios que no vas a tener ese bebé. Te has quedado preñada para atraparlo, pero Víctor es mío y, cuando tú y ese bastardo no estéis, volverá a ser mío.

—¡Mierda! ¿Quién puede ser esta loca?

—No tengo ni idea.

—¿Desde cuándo mi madre lleva recibiendo estos anónimos? —Ricardo se había quedado muy sorprendido mirándolos sin poder creer que fueran reales—. ¿Y por qué yo no sabía nada?

—Tu madre no quería que lo supieras para no preocuparte, ni siquiera nos lo dijo a nosotros. Yo me enteré porque encontré uno debajo de la puerta de su habitación en el hotel.

—¡Joder, papá! No teníais derecho a ocultarme algo así.

—Lo siento, pero fue decisión de tu madre.

—Si encendiera el puto móvil podríamos localizarla —indicó César llamándola de nuevo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque cuando le regalé el IPhone como el mío le puse una señal de rastreo, venía en una aplicación y la instalé bromeando que así siempre sabría dónde estaba. Los primeros días la probábamos y siempre me daba su posición exacta, el problema es que no enciende el teléfono.

—¿De verdad crees que si está secuestrada el que la tenga retenida le va a dejar usar el móvil para que juegue al solitario? —preguntó sarcásticamente Víctor.

—No, pero yo por lo menos me estoy exprimiendo el cerebro intentando encontrar una manera de localizarla.

—¿Qué estás dando a entender? ¿Que a mí no me importa encontrarla?

—No lo sé, ¿te importa? —Lo desafió con la mirada.

—Mira, César, si vuelves a insinuar que a mí no me preocupa este asunto te voy a partir la cara.

—¿Tú y cuántos más?

—Yo solo, no necesito a nadie…

—¡¡Ya basta!! ¿Por qué no dejáis de discutir?, así no vamos a solucionar nada. Mi madre ha desaparecido y os necesito juntos para poder encontrarla, ¿podéis dejar vuestras diferencias a un lado?

—Por mí no hay problema —contestó César—, lo único que me importa es encontrar a Sam.

—Tienes razón, ahora lo único que importa es encontrarla, así que será mejor que vayamos a la policía y les entreguemos esto —indicó Víctor con el último anónimo en las manos.

—Papá, ¿por qué rompiste con mamá? ¿Y por qué tengo el presentimiento de que César tuvo algo que ver en esa ruptura?

—¿Por qué dices eso? —le interrogó César.

—Porque antes os llevabais muy bien y ahora estáis todo el rato discutiendo.

—No te preocupes, hijo, solo es un pequeño malentendido que acabaremos solucionando. ¿Verdad, César?

—Sí. Ahora vamos a la policía de una puta vez, no soporto esta angustia.

***

Los tres se dirigieron a la comisaría y, cuando la policía les dijo que hasta que no pasaran cuarenta y ocho horas no se consideraba una desaparición, Víctor rompió en un estallido y hecho

un energúmeno.

—¡¡¡Quiero ver inmediatamente a su superior!!! —ordenó gritando sin control—. ¡¡¡Y quiero que se pongan inmediatamente a buscar a mi mujer porque si no lo hacen rodaran cabezas y la suya será la primera porque yo mismo me encargaré de que así sea!!! ¡¡¿Le ha quedado claro?!!

El policía, al ver la furia de Víctor, se acobardó e inmediatamente llamó al comisario. Cuando este llegó intentó tranquilizar a Víctor.

—No se preocupe, señor Delgado, voy a poner a trabajar a todos mis hombres en este caso y verá cómo su mujer aparece enseguida.

—Eso espero.

—Le mantendré informado de todo lo que vayamos descubriendo, eso sí, no comenten esto con nadie, mientras menos se sepa, más confiado estará el secuestrador y más fácil será atraparlo.

—Mi mujer está embarazada, así que espero que la encuentren pronto, no me gustaría que le pasara nada, ni a ella ni a mi hijo.

—Vamos a poner todo de nuestra parte, ya verá que pronto estará en casa con usted.

—Muchas gracias.

—Si ustedes reciben una llamada avísennos, no se hagan los héroes y dejen esto a los profesionales, ¿de acuerdo?

—Será mejor que vayamos a mi casa y esperemos allí noticias —propuso Víctor saliendo de la comisaria.

—Sí, esa loca tiene retenida a Sam por ti, así que si quiere algo lo normal es que se ponga en contacto contigo.

—Yo voy a ir a casa a ver a Raquel y después me reuniré con vosotros.

—Ya sabes lo que ha dicho el comisario, no hay que difundir la noticia.

—Sí, papá, no te preocupes, seré muy discreto.

—Está bien, ve con cuidado.

Se dieron un fuerte abrazo y cada uno salió hacia una dirección, Víctor se fue con César.

***

Estaban en casa de Víctor, Romí estaba preparando café, en lo que esperaban a que Samanta diera señales de vida, ella o su secuestrador.

—¿Serás capaz de perdonar a Sam después de esto? —preguntó César muy serio.

—No lo sé, cuando vuelva a tenerla delante de mí lo sabré. Ahora en lo único que puedo pensar es en que aparezca sana y salva.

—¿Estás enamorado de Sam?

—¿Y tú? —respondió Víctor con otra pregunta.

—Yo siempre he estado enamorado de Sam.

—¿Cómo puedes decir eso siendo gay?

—Que sea gay no quiere decir que no pueda amar a una mujer, aunque no es esa clase de amor que tú puedas sentir por ella o yo por un hombre. Es algo muy especial, es como un amor platónico, amas a esa persona por encima de todo aun sabiendo que nunca será tuya, y a ella le pasa lo mismo que a mí, también siente un amor muy grande por mí sabiendo que nunca podrá existir una relación entre nosotros.

—Os habéis acostado, entonces sí podría existir una relación entre vosotros.

—No, lo que pasó el otro día no volverá a ocurrir.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque ella es mujer, y yo no soy tú.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Víctor confuso.

—Que lo que ocurrió no fue algo premeditado ni que quisiéramos que ocurriera, los dos estábamos muy jodidos, ella por tu ruptura, y yo porque acababa de terminar con el hombre de mi vida. Los dos intentábamos conseguir que el otro dejara de llorar y todo comenzó sin darnos cuenta, un beso inocente llevo a otro y a otro y después de eso…

—Ya basta, cállate, no quiero saber cómo ocurrió, ¿vale?

—Está bien, pero quiero que sepas que después de eso los dos supimos que nunca podríamos ser pareja. ¿Nunca has cometido un error? Uno que, aunque supieras que estaba mal mientras lo hacías, no podías parar.

Cuando Víctor escuchó esa pregunta recordó la primera noche que hizo el amor con Samanta, sabía que no debía, que antes debía contarle la verdad y, aun así, no pudo evitar hacerla suya por miedo a que cuando ella supiera la verdad no quisiera volver a verlo, por esa misma razón la hizo suya sabiendo que cometía un gran error, pero antes hubiera preferido morir que dejar pasar la oportunidad de compartir esa noche con Samanta. Recordando eso contestó abatido:

—Sí.

—Pues eso fue lo que nos pasó a nosotros, ahora voy a hacerte de nuevo la misma pregunta. ¿Estás enamorado de Samanta?

—Sí, siempre lo he estado.

—Entonces perdónala y no dejes escapar la oportunidad de ser feliz a su lado. Ella te ama, siempre lo ha hecho y estaba dispuesta a olvidar el pasado y empezar de nuevo. ¿No puedes hacer tú lo mismo por ella?

—Sí, podría, pero sé que en cuanto os viera juntos mi mente recordaría esa traición. Y no soportaría discutir con ella y saber que tú estarías ahí para consolarla siempre.

—Y, si dejara de verla, ¿la perdonarías?

—¿Harías eso? ¿Serías capaz de dejar de ver a Sam?

—Sí. Por su felicidad sería capaz de cualquier cosa.

—Puede, pero es algo imposible.

—¿Por qué?

—Porque sois socios y lleváis una revista juntos, incluso pasas más tiempo con ella que yo.

—Lo sé. Siempre hemos hablado de montar otra revista en Madrid, podría con esa excusa trasladarme allí y así me quitaría del medio.

—¿Te mudarías a Madrid simplemente para que yo le diera otra oportunidad a Sam?

—No, me mudaría a Madrid con la condición de que hicieras feliz a Sam porque si no lo consiguieras volvería para patearte el culo. —Con esa broma consiguió que Víctor sonriera—. Necesito cambiar de aires e irme lejos para empezar de nuevo.

—Si tan jodido estás, ¿por qué dejaste a ese hombre que según tú es el hombre de tu vida? Porque te vas por él, ¿verdad?

—¿No crees que sea capaz de marcharme para que Sam sea feliz?

—Sí, lo creo, pero también sé que una de las razones más importantes es ese tío y debe de ser muy cercano a ti para que necesites irte lejos para no tener que verlo.

—Eres muy listo.

—Lo sé, ¿ahora vas a decirme quién es y por qué no podéis estar juntos?

—Y muy cotilla.

—Tienes toda la razón. —Se rio consiguiendo que César se riera con él.

—No te voy a decir quién es, pero sí por qué me voy, si me prometes que harás feliz a Sam.

—Lo intentaré, ya sabes cómo es.

Con esa broma consiguió una vez más que César sonriera e incluso él sonrió. Esa conversación había conseguido limar las asperezas entre ellos y otra vez volvían a ser amigos, como antes de que César y Samanta cometieran el terrible error de acostarse juntos.

—Todas mis relaciones han sido con hombres que tenían muy claro quiénes eran, mi error ha sido enamorarme de uno que no tiene claro aún de qué bando está y si alguna vez podrá salir del armario. Por esa misma razón lo he dejado, porque no me gusta que juegue conmigo y que después de hacerlo vuelva a su vida perfecta con su esposa de pega.

—¿Está casado?

—Te he dicho que no iba a decirte quién es.

—Está bien, no preguntaré más. Ahora voy a ver si el móvil de Sam da señal. Cruza los dedos.

Víctor volvió una vez más a llamar a Sam y su móvil seguía apagado, justo en ese momento, Romí anunció la llegada de Ángel, y César sintió cómo el corazón se le aceleraba en el pecho al saber que él estaba allí. Cuando apareció por el salón entró diciéndole a Víctor:

—¿Qué coño te pasa que no te has presentado en…? —Las palabras se le cortaron al ver allí a César.

—Lo siento, con tanto lío se me ha olvidado llamarte. Pero, vamos, pasa, ¿qué haces ahí? —Al ver cómo César y Ángel se miraban dijo—: Aaahh, ¡no!, las diferencias entre César y yo están olvidadas, así que no te cortes, por mí puedes saludarlo, sé que siempre os habéis llevado bien, así que quiero que eso siga como hasta ahora. ¡Vamos! Saluda a César, que dentro de poco ya no podrás hacerlo.

—¿A qué te refieres? —Miró a César muy serio.

—César va a mudarse, quiere irse a vivir a Madrid y montar allí otra revista.

—¿Por qué? —Siguió con la mirada clavada en César, la pregunta era para él, pero fue Víctor quien la contestó:

—Necesita cambiar de aires, conocer gente nueva. Mal de amores, ya sabes, necesita un cambio radical.

—¡Joder, Víctor! —gritó César esquivando la mirada de Ángel—. Te dije que era un secreto.

—No, me dijiste que era un secreto quién era él, no por qué te ibas. Además, Ángel es de confianza y no va a decir nada.

—¿Y te ha dicho quién es? —preguntó Ángel a Víctor preocupado.

—No, eso es secreto de sumario.

—¿Cuándo piensas marcharte? —esa vez su pregunta la hizo directa a César.

—Pronto —respondió mirándolo a los ojos—, en cuanto se arregle todo lo de Sam.

—¿Qué le pasa ahora a Samanta?

—La han secuestrado —contestó Víctor.

—¡¡¿Qué?!! —gritó alucinado.

Mientras Víctor le contaba a su amigo todo lo que había sucedido con Samanta, entre César y Ángel no paraban de cruzarse miradas muy significativas; las de Ángel, de reproche por su abandono y por querer marcharse lejos, y las de César estaban llenas de tristeza y añoranza, al saber que con la decisión que acababa de tomar nunca más volvería a verlo, aunque por esa misma razón se marchaba, ya que estar cerca de él era una tortura.

Pero también lo hacía por Samanta, ya que si Víctor no soportaba verlos juntos lo mejor era alejarse y dejar que cada cual viviera su vida lejos de él, Samanta con Víctor, y Ángel con su esposa. Todos estarían bien, excepto él, que se sentiría morir lejos de toda la gente a la que amaba, pero todo el mundo sabía que por amor uno era capaz de sacrificarse, y él estaba

dispuesto a hacerlo por sus seres queridos desterrándose él mismo a otra ciudad.



Capítulo 59

Cuando Samanta se despertó, y se vio tumbada en una cama que no era la suya, el pánico la invadió al recordar lo ocurrido la noche antes, inmediatamente empezó a controlarse y a decirse a sí misma que no debía ponerse histérica porque así no iba a conseguir nada.

Respirando profundamente, y más tranquila**,** empezó a valorar lo ocurrido y se dio cuenta de que su situación era muy delicada, pues estaba atada de pies y manos, amordazada y tirada en una cama, en una pequeña habitación sin ventanas, y por el aspecto de ese pequeño recinto parecía estar insonorizado, así que por mucho que gritara nadie la oiría, justo en ese instante empezó a percatarse de que había sido secuestrada.

Su mayor temor era saber quién lo había hecho y qué querían de ella o a cambio de ella.

Volviendo a mirar esa pequeña habitación vio en una esquina una cámara e inmediatamente supo que estaba siendo vigilada. Aterrada, no sabía cómo actuar, si moverse o quedarse quieta para que creyeran que seguía durmiendo, pero, cómo no, con esa curiosidad periodística que siempre la acompañaba necesitaba averiguar más, así que incorporándose como pudo se sentó en la cama y esperó nerviosa para ver por fin cara a cara a esa mujer que la había estado manipulando, después amenazándola con esos anónimos y, por último, secuestrándola.

Samanta estaba completamente segura de que todas ellas eran la misma persona, como también de que era una mujer despechada y enamorada de Víctor. Lo que no podía entender era por qué él se juntaba con mujeres desequilibradas, porque esa mujer debía de estar loca para hacer todo lo que había hecho y más para ser la autora de un secuestro, nadie en su sano juicio era capaz de hacer algo así por desamor.

De pronto escuchó cómo alguien introducía una llave en la cerradura de la puerta y se le cortó la respiración, cuando vio entrar a un hombre alto y fuerte mirándola con cara de pocos amigos un escalofrío recorrió su cuerpo.

Ese hombre se agachó delante de ella sacando un cúter y Samanta, al ver cómo lo acercaba a ella, intentó gritar a través de la mordaza y se echó hacia atrás muerta de miedo, el hombre la amenazó con una voz muy fría y seca.

—Si no te estás quieta te cortaré, solo voy a quitarte la cuerda de los pies para que puedas andar. —Samanta, al oírle decir eso, se quedó quieta y mientras ese hombre cortaba la cuerda, ella con gemidos, porque no podía comunicarse de otra manera, le pedía al hombre que liberara su boca—. No te esfuerces, no entiendo nada y tampoco quiero hablar contigo, me lo tienen prohibido. —Cuando terminó de liberar sus pies la cogió del brazo—. Ahora podrás contarle todo lo que quieras a mi jefa y, si yo fuera tú, intentaría no enfadarla, tiene muy mala leche.

Al salir de esa habitación Samanta vio un recinto muy grande recubierto con paredes de hierro, parecían estar en una nave abandonada y, por el frío que hacía y cómo soplaba el viento, bastante retirada de la ciudad. Samanta recorría con la mirada cada centímetro de esa nave intentando encontrar una pequeña salida para escapar, pero parecía estar cerrada a cal y canto.

Subiendo unas escaleras de hierro ese hombre la metió en una habitación que parecía haber sido en su día las oficinas de ese sitio tan enorme, para estar todo abandonado esa habitación daba la sensación de ser muy confortable, pues tenía aire acondicionado y se estaba muy calentito, también tenía una nevera, una cafetera, una televisión e incluso una cama. Parecía estar preparada para que una persona pudiera vivir bastante cómoda en esa nave tan dejada y alejada de cualquier sitio.

Una vez dentro ese hombre obligó a Samanta con un tirón a sentarse en una silla y allí volvió a atarle los pies a la silla y las manos también pasándolas por su espalda. Cuando había terminado de hacerlo, la puerta volvió a abrirse, y Sam escuchó unos tacones de mujer entrando en esa habitación, como estaba de espaldas no podía verla y al escuchar su voz tampoco le resultaba familiar.

—¿La has atado bien?

—Sí, señora.

—Bien, vete y déjanos solas. Y no te alejes demasiado, no creo que tardes mucho en volver a encerrarla.

—Sí, señora.

Samanta escuchó cómo la puerta se abrió y se volvió a cerrar y sabía que estaba a solas con esa loca, podía escuchar sus pasos acercándose lentamente y sabía que muy pronto tendría delante de ella a esa mujer. Que esas llamadas y anónimos tendrían por fin un rostro y sentía mucha curiosidad, pero al mismo tiempo miedo, así que no podía evitar que el corazón se le acelerara.

Cuando por fin se puso delante de ella Samanta no podía reconocerla, le resultaba muy familiar, pero no podía estar segura de que la conocía. Era una mujer de su edad, morena, alta, delgada, con una sonrisa de hielo y unos ojos llenos de maldad.

—Hola, Samanta —saludó con una voz tan fría como su mirada—. Quién nos iba a decir que después de tantos años volveríamos a estar cara a cara, ¿eh? —Samanta no podía dejar de mirarla con el ceño fruncido—. ¿Qué pasa? ¿No me reconoces? Después de tanto tiempo no puedo culparte, ya que nunca fuimos amigas y la última vez que nos vimos estabas tan hundida creyendo que tu queridísimo Víctor te había traicionado de la peor de las maneras. ¡Aaay! Ese chico malo, si no fuera por lo bueno que está te puedo asegurar que ni me molestaría que volvierais a estar juntos. Pero ¡joder!, siempre ha sido tan guapo y en la cama siempre ha sido una fiera con ese cuerpo y esa fuerza que tiene que te hace perder el sentido, ¿verdad? ¿Te puedes creer que desde la última vez que estuve con él no he vuelto a tener un orgasmo con ningún otro hombre? Que si los tengo es porque yo misma me los proporciono pensando en él. Ningún hombre ha estado a su altura después de tantos años y tampoco creo que ningún otro lo esté jamás. ¿Por qué estás tan callada? ¿No vas a decirme nada después de tanto tiempo? —Samanta puso los ojos en blanco, y ella añadió divertida—: ¡Uy, qué tonta! No me acordaba de que no puedes hablar.

Acercándose a ella cogió el precinto que le tapaba la boca y se lo arrancó de un tirón.

—¡Aaauuu! —gritó Samanta por el dolor que le causó.

—Vamos, vamos, no seas tan exagerada que tampoco es para tanto.

—¿Quieres ponerte en mi lugar para ver si gritas, zorra?

—Vaya, los años te han hecho más peleona. Cuando te conocí no eras capaz de decir una frase sin engancharte avergonzada.

—Tampoco exageres. ¿Quién coño eres tú? ¿Y qué quieres de mí?

—¿Sigues sin recordarme?

—Pues sí, debiste de ser muy insignificante en mi vida para que no me acuerde de ti.

Muy cabreada por sus palabras le dio una bofetada, y volviéndole a poner el precinto en la boca le habló fuera de sí.

—Eres una maldita zorra y te crees muy lista, ¿verdad?, pues vas a estar castigada sin hablar hasta que a mí me dé la gana y como no te acuerdas de mí te refrescaré la memoria. Yo fui la persona que hizo que tú y Víctor terminarais, yo te hice creer que él te había grabado en un vídeo mientras te robaba tu virginidad. —Con una risa muy maliciosa le preguntó al ver su cara de sorpresa—: Parece que tu memoria ha vuelto de pronto, ¿verdad?

«¡¿Neus?! No puede ser, después de tantos años no me puedo creer que aún esté loca por Víctor. Bueno, qué tontería, yo aún sigo loca por él, así que es comprensible que esta perturbada aún lo esté», pensaba Samanta impactada al descubrir quién era.

—¡Uuummm, uuummm, uuummm! —protestaba Samanta.

—¡Por Dios!, deja de hacer eso, es muy molesto.

—¡Uuummm, uuummm, uuummm!

—Está bien, está bien, te lo quitaré, pero deja de hacer eso.

Cuando volvió a darle el tirón esa vez Samanta no se quejó, ya que sabía el dolor que le iba a proporcionar y estaba preparada, no como la primera vez.

—Neus, ¿por qué haces esto?

—Porque puedo y porque quiero.

—¿Qué esperas sacar con esto?

—Quiero ver a Víctor sufrir, como yo sufrí por él.

—Sabes que puedes ir a la cárcel, ¿verdad? Pero si me sueltas no diré nada, y tú te librarás de una buena.

—Si intentas otra vez convencerme para que te libere volveré a ponerte la mordaza y no te la quitaré hasta que mueras de inanición. Ahora vas a escucharme, no quiero que Víctor sea feliz porque yo nunca he sido feliz por su culpa.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Tú le haces feliz y siempre lo has hecho, por eso te engañé con ese vídeo para que lo dejaras, y él sufriera tu abandono.

—Tú no me engañaste con ese vídeo, ese vídeo lo hizo él y por ese motivo lo dejé, no porque tú me lo enseñaras.

—Siempre has sido tan ingenua, y por eso fue tan fácil engañarte. En cuanto vi que eras tú el plan surgió en mi cabeza, y caíste en él como una tonta.

—¿Qué plan? No te entiendo.

—La mañana que viniste al apartamento de Víctor yo había pasado la noche con Ángel, en cuanto te vi por la mirilla corrí a la habitación de Víctor deshice la cama y metí mi sujetador entre las sábanas, no fuiste capaz de dudar un momento y creíste que habíamos pasado la noche juntos, y después te puse ese supuesto vídeo para rematar la faena y que odiaras a Víctor con todas tus fuerzas. No me puedes negar que mi plan funcionó a las mil maravillas, ya que te has pasado la vida odiando a Víctor por algo que nunca te hizo.

—Eso no es cierto, él… él grabo ese vídeo y por eso lo odié, eso no fue obra tuya.

—Él solo grabó lo poco que yo te hice ver, en cuanto le dijiste que le querías Víctor paró la grabación.

—Eso… no… no… no puede ser.

En ese momento Samanta recordó ese vídeo y cómo Neus lo había apagado justo en el momento en que ella le había dicho te quiero, y Víctor dejaba de abrazarla para acercarse a la

cámara. Entonces era cierto, todas las veces que él le había jurado y perjurado que nunca grabó lo que había ocurrido entre los dos era cierto, y ella nunca le creyó, si no hubiera sido tan estúpida hubieran vivido una vida juntos, plena y feliz. ¿Cómo había podido ser tan tonta y haber creído a esa zorra?

—¡Eres una maldita zorra, envidiosa y manipuladora…! —gritó enfurecida y con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Schssss! Así, calladita, estás más guapa —dijo Neus volviéndole a poner el precinto en la boca. Samanta no podía dejar de llorar al darse cuenta de todo lo que habían perdido por culpa de esa enferma—. Me encanta verte sufrir a ti también porque tú eres igual de culpable que él. Si tú no hubieras aparecido por su vida él aún sería mío, ya que antes de que lo hicieras yo era su novia.

«Más bien una más en su lista de conquistas, estúpida, tú nunca has significado nada para él», pensaba Samanta mientras la escuchaba aguantando las lágrimas, ya que no estaba dispuesta a darle el gusto de verla sufrir.

—¿Quieres saber una de las razones por las que quiero veros sufrir a los dos? Primera, porque él no tuvo reparos conmigo como los tuvo contigo, yo también fui una apuesta para él, y a mí sí me grabó en la cama y dejó que todos sus amigos me vieran retozando con él, y mientras lo hacían se reían y se masturbaban a mi costa. Todos eran unos cerdos, excepto Ángel, de todos ellos era el más sensible, el único problema que tenía era que le gustaba el sexo anal.

«Pues claro, si es gay, gilipollas».

—La segunda razón es que por vuestra culpa perdí todo lo que tenía y todo lo que representaba, porque yo en esa época era la capitana de las animadoras, estaba muy bien mirada y era muy popular. Todas las chicas me envidiaban y siempre tenía privilegios. Pero cuando dejaste a Víctor y le dijiste que yo te había enseñado el vídeo, Víctor intentó estrangularme, y todos los jugadores y las animadoras me apedrearon a balonazos, me obligaron a dejar el club de animadoras, perdí a mis amigas y el respeto de todo el mundo, ya que ellas se encargaron de que todos lo supieran y me convertí en ti, fui la burla y el hazmerreír de toda la universidad.

«Te lo merecías, por guarra».

—¿Sabes que gracias a eso acabé con una depresión tan grande que mis padres tuvieron que encerrarme en un psiquiátrico porque intenté suicidarme dos veces?

«Ni lo sabía ni me importa, yo también perdí mucho por tu culpa y no me dio por suicidarme, simplemente, salí adelante y tampoco me convertí en una loca psicópata».

—Cuando salí del psiquiátrico me enteré de que habías montado esa revista con tu amigo, el mariquita, y leyéndola me di cuenta de lo mucho que te gustaba atacarlo en cada uno de tus artículos, así que me hice pasar por un confidente. Cómo disfrutaba engañándote, consiguiendo pruebas falsas para que publicaras todas esas barbaridades sobre él, no veas lo que disfrutaba enfrentándoos a los dos. Sobre todo, cuando pagué a esas dos putas y al fotógrafo para que te hicieran creer que Víctor estaba montándose una orgía con ellas. Fuiste muy valiente al publicar ese artículo, pero sabía que no me fallarías, tu odio hacia él te cegaba y no te dabas cuenta de mis mentiras. Esa fue la primera vez que Víctor se querelló contra tu revista. Si tú hubieras visto cómo corrían esas dos putas al echarlas Víctor tan cabreado de su habitación, y si llega a pillar al fotógrafo estoy segura de que lo hubiera asesinado. ¡Aaay! Deberías decirle que no se drogara para dormir porque un día se meterá en un buen lío. Casi te pierde la última vez que te mandé las fotos con otra de las fulanas que contraté.

«Víctor tenía razón, él siempre supo que había sido cosa tuya, menos mal que acabé confiando en él».

—Pero una vez más lo que hice no sirvió para nada porque tú volviste a perdonarle. Así que ya me he cansado de intentar separaros, esta vez él no volverá a verte nunca más y vivirá con el dolor de perderte a ti y a su bastardo. Esa será mi gran venganza, hacerle pasar el resto de su vida creyéndose culpable de tu muerte y de la de tu bebé.

Samanta la miró con los ojos como platos al oírla decir eso y empezó a protestar de nuevo.

—¡Uuummm, uuummm, uuummm!

—Está bien, está bien, deja de hacer eso.

Al verse libre del precinto de la boca Samanta le preguntó nerviosa:

—¿Qué quieres decir con sentirse culpable de mi muerte? ¿Te has vuelto loca?

—No, querida, ya estoy loca gracias a vosotros dos y los locos cometen locuras cada vez que tienen una crisis. Así que solo tendré que decir que no sabía lo que hacía cuando te disparé un tiro en la barriga para matar a tu bebé y otro en el corazón para matarte a ti. Yo volveré al psiquiátrico una buena temporada, y Víctor sufrirá tu muerte el resto de sus días sabiendo que lo hice por su amor.

—Eso no es amor.

—Cada uno demuestra el amor a su manera, ¿no crees?

—¿Por qué no mataste a Amanda? Ella era su mujer y lo fue por muchos años.

—Víctor nunca amó a Amanda y nunca fue feliz con ella, por eso no me preocupaba, sino todo lo contrario. Ella lo mantenía a su lado gracias a su hija y a mí me gustaba que él no fuera feliz atado a esa mujer. Sin embargo, contigo es distinto, tú le haces feliz y eso no lo puedo soportar.

—Pues lo siento mucho, pero no creo que Víctor llore mi muerte, por si no te has enterado te diré que me ha dejado y que no quiere volver a verme nunca más.

—Vamos, Samanta, no mientas, eso es de chicas malas, como yo, a ti te queda muy mal. Víctor nunca va a dejar de quererte…

—Víctor me odia, estúpida.

—¡¡Cállate!! —le gritó dándole otra bofetada con la mano vuelta clavándole el anillo en la cara y haciéndole un corte en la mejilla, para después ponerle de nuevo la mordaza y llamar a gritos a su ayudante—. ¡¡Antonio…!! ¡¡Antonio!!

—Sí, señora —dijo Antonio entrando por la puerta.

—Llévate a esta maldita zorra y enciérrala.

Él la desató de la silla y la cogió del brazo para levantarla.

—Vamos, camina.

Al llegar a la habitación nuevamente Samanta volvió a quejarse.

—¡Uuummm, uuummm, uuummm!

—Señora, no puedo hablar con usted.

—¡Uuummm, uuummm!

Antonio, al ver su mirada suplicante, se apiadó de ella.

—Está bien. —Arrancándole el precinto de la boca le preguntó cabreado—: ¿Qué quiere?

—Tengo la garganta seca, ¿podrías darme agua? —Antonio le llenó un vaso de agua y al cogerlo Samanta le preguntó—: ¿Por qué haces esto?

—Porque me paga bien.

Al decirle eso sacó un pañuelo de su bolsillo y le limpió la herida de la cara con un poco de agua para quitarle la sangre del pómulo por ese bofetón que Neus le había dado con el anillo.

—Gracias.

—Le advertí que no la cabreara.

—Pareces un buen hombre. ¿Eres capaz de ir a la cárcel por dinero?

—Necesito el dinero, mi familia depende de eso.

—Yo podría darte dinero o un trabajo digno, si me sacas de aquí. —Cuando vio que ese hombre iba a amordazarla otra vez le gritó—: ¡No, no, no, por favor, no hagas eso! ¡Estoy embarazada!, a veces me da angustia y vomito, si me amordazas podría morir ahogada con mi propio vómito. ¡Por favor!

—Está bien, entonces no vuelva a hablar o se la colocaré.

—Vale, me callaré, pero ¿podrías traerme algo de comer?, tengo hambre.

—Lo consultaré con Neus.

***

Cuando Antonio entró de nuevo en el despacho Neus le preguntó nada más verlo:

—¿Has atado bien a esa zorra?

—Sí, señora, me ha pedido comida, tiene hambre.

—¿Cómo ha podido pedirte nada si está amordazada?

—Empezó a gemir y le quité la mordaza, solo quería agua y se la di, después me suplicó que no volviera a amordazarla porque el embarazo le produce náuseas, y creí que a usted no le gustaría que muriera ahogada antes de terminar su venganza, ¿verdad?

—Está bien, total, por más que grite nadie va a oírla. Ahora ve a comprarle algo de comer, que no diga que no soy hospitalaria. —Se rio sarcásticamente—. Después quiero que se quede todo el día encerrada.

—Pero tendrá que ir al baño y tendrá que cenar.

—Para eso tienes los monitores y los altavoces, cuando necesite algo de eso la acompañas. Ahora he de irme.

—¿Cuánto tiempo va a tenerla retenida y cuándo va a contactar con el señor Delgado? No podemos alargar mucho esta situación, cuanto más tiempo esté aquí más peligro corremos. Recuerde que yo tengo una familia que cuidar.

—Sí, sí, sí, no te preocupes, solo quiero que Víctor sufra un poquito más, mañana contactaré con él. Ahora ve hacer lo que tienes que hacer.



Capítulo 60

Al día siguiente cuando Samanta se despertó y desayunó con la ayuda de Antonio, ya que seguía con las manos atadas, le preguntó:

—¿Está Neus?

—No, aún no ha llegado.

—¿Podrías decirle cuando venga que necesito hablar con ella?

—Está bien, lo haré.

Dos horas más tarde Antonio volvió a por ella y, cuando ya estaba sentada y atada a la silla, Neus le preguntó:

—Y, bien, ¿de qué quieres hablar?

—Quiero saber qué tengo que hacer para que me dejes marchar.

—Morir mientras Víctor te observa.

Samanta se quedó sin respiración al oírla decir eso, pero con un gran esfuerzo disimuló su miedo.

—A Víctor no le va a importar lo que me suceda.

—¿Ya estás otra vez con esa tontería?, Víctor está enamorado de ti y por esa misma razón verte morir será un infierno para él.

—Víctor me odia porque lo engañé y me acosté con otro hombre, por eso le va a dar igual lo que me suceda.

—¿Le engañaste con otro hombre? No te creo.

—Tuvimos una discusión hace cuatro días, bebí un poco más de la cuenta porque estaba muy mal y me acosté con un compañero del trabajo. —No quería decirle que había sido con César, ya que entonces no la creería y si eso sucedía su plan se iría al garete—. Cuando Víctor vino a mí al día siguiente pidiéndome perdón me sentí muy mal y le confesé lo que había hecho, me dijo hasta del mal que me tenía que morir y se fue soltándome que no quería volver a verme y desde entonces no sé nada de él. Si no me crees solo tienes que encender mi móvil y verás que habrá muchas llamadas de mi socio y de mi hijo, que son las únicas personas que se preocuparían por mí si desapareciera, pero estoy segura de que Víctor no habrá hecho el mayor esfuerzo por encontrarme.

—Si no estáis en contacto puede ser que no se entere de tu desaparición hasta que yo lo llame.

—Mi hijo habrá llamado a su padre para decirle que he desaparecido, y la verdad es que si se ha preocupado por mí y me ha llamado es que de verdad debe de quererme mucho después de lo que le hice, ¿no crees? Las dos conocemos a Víctor y sabemos lo orgulloso que es, a él no le importa ponerle los cuernos a quien sea y con quien sea, pero él no perdonará nunca una traición.

—¿Cómo estás tan segura?

—Solo hay una manera de salir de dudas, enciende mi móvil. Si me ha llamado tú tendrás razón, y Víctor me quiere tanto que es capaz de olvidar una traición, entonces mi muerte sí será

un triunfo para ti, si no lo ha hecho es que no le importa lo que me suceda. Entonces, ¿para qué mancharte las manos de sangre?

—¡Trae su bolso! —le ordenó a Antonio.

«Biiieeen», gritó Samanta para sus adentros sabiendo que si encendían el móvil César podía encontrarla con esa señal de rastreo que le instaló al regalárselo.

Cuando Antonio trajo su bolso, Neus sacó el móvil de Samanta y lo encendió.

—¿Cuál es la contraseña? —le preguntó.

—No tiene contraseña, has de poner la huella de mi dedo índice.

—Odio estos móviles tan modernos. ¿Tendré que cortarte el dedo para desbloquearlo? —Al ver la cara de susto de Samanta se echó a reír—: Tranquila, aún no quiero que corra la sangre. —Neus le dio el móvil a Antonio y este puso el dedo índice de Samanta en el centro de la pantalla. Cuando Neus vio las llamadas perdidas una sonrisa diabólica se dibujó en sus labios—. Tienes veinte llamadas perdidas de Ricardo. Ese es tu hijo, ¿no?

—Sí.

—¡Vaya! Cuarenta y ocho de César, tu socio gay. Pero el que se lleva la palma es Víctor, te ha estado llamando toda la noche. ¡Ah!, y aún sigue insistiendo. ¿Sabes cuántas llamadas te ha hecho?

Samanta no podía creer que Víctor hubiera estado toda la noche llamándola después de cómo se habían despedido la última vez que se vieron, ella estaba contándole todo ese rollo a Neus para que encendiera el móvil, pero en el fondo pensaba que Víctor no querría saber nada de ella y que tampoco le importaría lo que le pasara, sin embargo, saber que había intentado localizarla durante toda la noche no se lo podía creer.

—¿Cuántas?

—Cincuenta y siete. Son muchas, ¿verdad? Para alguien a quien no le importa lo que te pase.

—Yo… nunca creí… —Estaba tan asombrada que no podía hablar.

—¿Qué él pudiera perdonar una traición? ¡Ves! Al final yo tenía razón, está tan enamorado de ti que es capaz hasta de olvidar tu traición e intentar contactar contigo toda la noche. ¡Aaay! Eso sí que es amor, ¿no crees? Ahora sí voy a disfrutar matándote delante de él porque ahora estoy segura de que va a morirse de pena cuando vea el vídeo tan emotivo que le voy a mandar. Vamos, Antonio, enciérrala de nuevo, tenemos que preparar el escenario del crimen.

—Sí, señora.

Antonio la llevó a la habitación sin escuchar las súplicas de Samanta e ignorando los sollozos mientras le rogaba que la soltara.

—Antonio, por favor, suéltame. ¿De verdad quieres ser cómplice de asesinato? ¿Sabes cuántos años de cárcel te pueden caer por esto?

—No insistas, no puedo hacer nada.

Una vez la dejó de nuevo en la cama con los pies atados e intentó alejarse, Samanta le gritó desesperada:

—¡¡Está loca y tú vas a ser cómplice de sus locuras!! ¡¡Te puedo asegurar que después no podrás dormir ni una sola noche pensando en mí y en lo que me hiciste gracias a esa perturbada!! ¡¡Vas a arrepentirte toda la vida!!

Cuando la puerta se cerró se echó a llorar desesperada sabiendo que era su fin y que si no la encontraban pronto esa loca acabaría cumpliendo sus amenazas, pues la veía capaz de eso y de mucho más.



Capítulo 61

César, Víctor, Ricardo y Raquel habían pasado toda la noche en casa de Víctor esperando alguna llamada, algún mensaje, una señal del secuestrador pidiéndoles dinero o cualquier cosa por ella, pero no hallaban ninguna respuesta, ni del secuestrador ni de la policía.

Víctor estaba que se lo llevaban los demonios y llamaba constantemente al móvil de Samanta sabiendo que seguiría apagado, pero esperanzado, cada vez que lo hacía confiaba en que esa persona contestara y así poder enfrentarse por fin a esa loca, aunque fuera a través del móvil.

César se había pasado casi toda la noche más o menos como Víctor, atacado de los nervios y comprobando si el móvil de Samanta se encendía para así poder localizar su ubicación, pero ninguno de los dos había tenido suerte.

Ángel se había marchado a su casa diciéndoles que volvería por la mañana temprano, pues también había pasado todo el día con ellos brindándoles su apoyo, aunque César no le daba pie a nada, ya que se alejaba de él cada vez que este intentaba entablar una conversación, pues la primera que habían tenido nada más dejarlos solos Víctor había sido bastante dolorosa, y César ya no deseaba seguir discutiendo ese tema.

—¿Qué es eso de que te vas a Madrid? —le preguntó Ángel muy cabreado.

—Víctor te lo acaba de decir, voy a abrir allí una nueva revista.

—Por favor, a él podrás engañarle, pero a mí no. ¿Te vas porque no quieres verme o porque sabes que al final acabarás volviendo a mí?

—Los motivos por los cuales me voy son solo míos y de nadie más.

—César, ¡joder! Tú estás mal, y yo estoy mal, ¿por qué no volvemos a intentarlo? Te echo de menos, necesito estar contigo.

—Yo también te echo de menos…

—¿Ves?, entonces, ¿por qué no…?

Mientras hablaba intentaba acercarse a él, y César reculaba para que no lo tocara diciéndole tajantemente cortando sus palabras:

—Nada ha cambiado, Ángel, sigo pensando lo mismo. Si no eres capaz de entregarte por completo a esta relación no me interesas.

—¡Joder!, no puedo.

—¿Sabes lo difícil que es para mí verte y no poder estar contigo?

—¿Crees que para mí es fácil?

—No lo sé, solo sé que prefieres a tu mujer y el qué dirán antes que a mí. Así que prefiero marcharme y no ver que estás perdiendo la oportunidad de ser feliz a mi lado por la mentira en la que estás acostumbrado a vivir. Además, estando aquí tendríamos que vernos muy a menudo, ya que nuestros dos mejores amigos son pareja y eso me obligaría a verte con tu mujer. Voy a desconectar de todo y a empezar una nueva vida, un nuevo trabajo y, probablemente, un nuevo amor que me haga feliz, al cual no le avergüence quererme.

—¡Hostia, César!, ¡eres un cabrón!

Justo en ese momento volvía Víctor y esa conversación había llegado a su fin, así que César volvió a ignorar a Ángel hasta que este se fue a su casa y lo despidió con un frío adiós.

***

Cuando Ricardo se levantó vio a su padre y a su tío dormidos en el sofá, contento, al comprobar como esos dos hombres querían a su madre.

—Buenos días. —Les despertó—. ¿Por qué no os fuisteis a la cama en vez de pasar la noche mal sentados ahí?

—Buenos días —contestó César mirando su móvil comprobando si tenía un mensaje o una llamada perdida de Samanta.

—Buenos días, hijo —saludó Víctor comprobando su móvil esperando encontrar, como César, alguna señal de Samanta mientras le preguntaba—: ¿Y mi hija?

—Está durmiendo, no he querido despertarla, ayer se hizo el día eterno y estaba muy cansada. ¿Alguna señal? —les preguntó al verlos comprobar el móvil.

—¡No! —contestaron los dos a la vez.

—¡Joder, no soporto más esta incertidumbre! —gritó Víctor levantándose del sofá muy cabreado—. ¡¿Qué coño quiere esta loca?! ¡¿Por qué no llama diciendo lo que quiere para liberar a tu madre?! ¡No me importa lo que sea, estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para salvarla!

—Lo sé, papá. —Su hijo lo abrazó intentando darle consuelo.

—Si algo le pasa a tu madre…, yo… yo no sé cómo voy a poder superarlo —confesó muy decaído devolviéndole el abrazo.

—Mi madre va a estar bien, nada le va a pasar, y si por desgracia ocurriera algo nos tienes a Raquel y a mí que siempre vamos a estar a tu lado.

—Gracias, hijo, pero necesito a tu madre y la necesito a mi lado.

—Lo sé. ¡Mierda, tío! No me hagas esto, por favor.

Ricardo soltó a su padre para acudir al lado de César, y cuando Víctor se volvió para ver por qué su hijo lo había soltado tan rápido, le impactó ver a ese hombre tan grande y fuerte llorando por Samanta. Ricardo se sentó a su lado y lo abrazó.

—Tranquilo, estoy bien —mientras hablaba se quitaba las lágrimas de la cara e intentaba recuperarse—. Solo me ha emocionado veros tan tristes, hemos pasado un día y una noche muy estresantes y estoy sensible, lo siento, no volverá a ocurrir.

—No deberías disculparte —indicó Víctor—, a mí también me gustaría desahogarme, pero no puedo, y el problema de esto es que cada vez estoy más histérico.

—Bueno, ¿y por qué no nos tranquilizamos un poco y vamos a desayunar?, a ver si con un poco de suerte recibimos pronto noticias —los animó Ricardo poniéndose en pie.

Intentaba hacerse el fuerte, pero por dentro estaba aterrado pensando en que algo pudiera pasarle a su madre, pero ¿cómo demostrar sus sentimientos cuando veía a su padre y a su tío tan derrotados? Estaba seguro de que si se dejaba llevar los tres acabarían llorando desconsolados y ese pensamiento le hacía guardar las apariencias, total, ya había llorado bastante esa misma noche abrazado a Raquel, con ella no necesitaba esconder sus emociones.

—Sí, vamos a ver si el desayuno nos calma un poco. —Víctor pasó el brazo por los hombros de César dirigiéndose a la cocina.

Desayunaron en silencio, cabizbajos y preocupados, y cuando terminaron César una vez más miró su móvil como una costumbre, pues sabía que encontraría el teléfono de Samanta apagado

otra vez, pero al mirarlo y ver la señal de rastreo parpadeante el corazón empezó a descontrolarse de alegría.

—¡¡Por fin!! —gritó emocionado—. ¡No me lo puedo creer! ¡Pensé que nunca más iba a estar ese dichoso móvil encendido!

—¡¿Mi madre te está llamando?!

—¡¿Sam ha encendido el móvil?! —preguntó Víctor esperanzado.

—No, no está llamando, pero tiene encendido el móvil.

—Voy a llamarla —dijo Víctor.

—¡Ni se te ocurra! —gritó César.

—¿Por qué?

—Porque podrían volver a apagarlo. Sam no tendrá el teléfono porque ya nos habría llamado, así que lo debe de tener la persona que la tenga retenida y si llamas podría apagarlo y perderíamos la señal. Mientras continúe encendido la señal me seguirá llegando.

—César tiene razón, papá, esperemos a saber dónde está y llamemos a la policía.

—No pienso esperar a la policía, quiero salir a buscarla, ¡ya! —exclamó Víctor.

—Yo también —lo apoyó César.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —terminó por decir Ricardo.

—¿Dónde vais? —preguntó Raquel preocupada, pues acababa de bajar y los veía muy nerviosos, así que esperaba alguna noticia mala de Samanta.

—Mi madre acaba de encender el móvil y podemos localizarla, así que vamos a salir a buscarla.

—¡No!, no quiero que vayáis, podría ser peligroso, no sabemos exactamente quién la tiene. ¿Y si son unos asesinos?

Ricardo abrazó a Raquel para tranquilizarla.

—Es mi madre, cariño, y he de ir a buscarla, nada malo va a pasar, ya lo verás.

—Pe… pe… pero yo me moriría si te pasara algo —empezó a tartamudear asustada.

—Ricardo, quédate con mi hija, por favor.

—Pero…

—Por favor, hijo, no podemos dejarla sola y nerviosa en su estado, ella te necesita a su lado.

—Papá, por favor, deja que se encargue la policía, si te pasara algo a ti, tampoco podría soportarlo.

Víctor abrazó a su hija y le habló muy tranquilo para calmarla.

—Cariño, la policía no ha hecho nada hasta ahora y tengo que ir. He de encontrar a Sam porque si le sucede algo, y yo no hubiera hecho nada por encontrarla, no me lo podría perdonar nunca. César y yo estaremos bien y vamos a traer a Sam a casa, no te preocupes. —Volviéndose a César le preguntó—: ¿Ya sabes dónde está?

—No, esto no es tan preciso, hay que seguir la señal como en un mapa. La zona más o menos la tengo clara, pero no la situación, por eso es mejor que vayamos solos, una vez allí nos dirá exactamente dónde. Si vamos solos podemos ser cautelosos y que no se enteren hasta que no estemos encima, cosa que si va la policía se va a armar un follón y podrían hacerle daño a Sam al verse rodeados.

—Tienes razón, ¿a qué esperamos? Una vez estemos allí ya avisaremos a la policía.

—Tened mucho cuidado —les pidió Ricardo dándoles un abrazo a cada uno.

—Lo tendremos. —Le devolvió César el abrazo.

—Tú cuida de mi hija y de mi nieto.

—¡Joder, papá!, no digas eso que parece que no vayas a volver.

—Tranquilos, volveremos —afirmó César—, y no lo haremos solos.

—Yo voy con vosotros.

Todos se giraron al escuchar la voz de Ángel.

—No, podría ser peligroso. —César lo miró muy serio.

—Por eso mismo voy a estar conti… con vosotros —rectificó antes de terminar de decir esa palabra para que nadie se diera cuenta.

—Ángel, no quiero… —empezó a decir César.

—Déjale que venga —dijo Víctor—, lo conozco muy bien, y no vas a convencerlo. Además, si somos tres, mejor que dos, más terreno podemos inspeccionar.

—Víctor tiene razón, me necesitáis.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Víctor una vez acomodados en el coche.

—Según esta señal, y esperemos que ahora no me falle, tienes que salir por la antigua carretera de Barcelona, allí hay muchas naves viejas y abandonadas. Antes era un polígono industrial, ahora parece más un pueblo fantasma, un buen lugar para esconderse, ¿no crees?

Estaban llegando al polígono abandonado cuando el móvil de Víctor empezó a sonar, al ver un número desconocido paró el coche para contestar a la llamada.

—¿Por qué paras? —preguntó Ángel.

—Es un número desconocido y podría ser esa loca, necesitamos saber qué quiere.

—Tienes razón, cógelo.



Capítulo 62

Una hora más tarde Antonio volvió a buscar a Samanta y al salir vio una silla en una de las paredes de esa enorme nave, toda la pared que daba a espaldas de la silla y el suelo estaban cubiertos por un plástico blanco y frente a la silla había una cámara de vídeo encima de un trípode.

Samanta, al darse cuenta de que iban a matarla y a grabarlo en vídeo para que lo viera Víctor, empezó a gritar y a forcejear con Antonio para que la soltara.

—¡¡¡No, no, no!!! ¡¡¡Os habéis vuelto locos!!!

—¡¡Sujétala bien!!! ¡¡No se te escape!!

Samanta pataleaba e intentaba escapar de los brazos de Antonio, pero este era demasiado fuerte para ella.

—¡¡¡Por favor, Antonio, no lo hagas!!! ¡¡¿De verdad quieres convertirte en un asesino?!! ¡¡¿De verdad crees que tu familia quiere eso?!!

—¡¡Haz que se calle!! ¡¡Ponle la mordaza!!

—No es tan fácil, no se está quieta.

Antonio consiguió sentarla en la silla, atarla y amordazarla de nuevo, mientras Samanta no podía dejar de llorar sabiendo que ese era su final.

—Ahora por fin puedo hacerle una foto y llamar a Víctor.

Neus le hizo una foto y llamó a Víctor mientras le mandaba la foto por *email*.

—Diga —contestó Víctor al otro lado de la línea.

—Hola, Víctor, querido, ¿te acuerdas de mí?

—Sabía que tenías que ser una mujer. ¿Dónde está Samanta? ¿Qué has hecho con ella?

—Samanta está aquí, a mi lado, pero no has contestado a mi pregunta, ¿te acuerdas de mí?

—¡No tengo ni puta idea de quién eres, pero cuando te encuentre te vas a arrepentir de todo lo que le hayas hecho a Sam, así que por tu bien espero que esté bien!

—¡Uuuy!, qué agresividad. No te enfades, Samanta está bien, de momento, claro.

—Quiero hablar con ella.

—Ahora no puede ponerse, está ocupada.

—Entonces no tenemos nada de qué hablar, si quieres que vuelva a escucharte ponme a Sam al teléfono.

—Pero…

Piii.

—¡Miiieeerda!, me ha colgado, ¡cómo se atreve a colgarme! —gritó muy enfadada—. ¡Uuuyy! Cómo voy a disfrutar matándote y haciéndole sufrir a él. —Acercándose a Samanta la cogió de los pelos—. Voy a quitarte la mordaza y espero que tengas mucho cuidadito con lo que dices o te mataré antes de tiempo. Solo hazle saber que estás bien y, por favor, no te derrumbes, no querrás que el último recuerdo que él tenga de ti sea el de una histérica llorona, ¿verdad?

***

—¿Por qué has colgado? ¿Te has vuelto loco? —preguntó César nervioso.

—Quiero asegurarme de que Sam está bien.

—¿Y si no vuelve a llamar? —Esa vez era Ángel el que preguntaba.

—Lo hará.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque quiere que yo sepa quién es, por eso volverá a llamar.

—Eso espero —comentó César nervioso por la osadía de Víctor al colgarle el teléfono a esa loca.

—¿Y sabes quién es? —volvió a preguntar Ángel.

—No. —Justo en ese momento volvió a sonar su móvil—. Os lo dije, es ella. —Cuando descolgó preguntó muy serio—: ¿Vas a dejarme hablar con Sam ahora?

—Justo está aquí, a mi lado, y tengo el manos libre puesto, así que puedes saludarla. —El cañón de su pistola apuntaba a la frente a Samanta.

—Sam, cariño, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien, no te preocupes. —Su voz sonaba tan triste y tan apagada que a Víctor, César e incluso a Ángel se les partía el alma—. Víctor, dile a mi hijo que le quiero y dale un abrazo muy fuerte de mi parte y a César también.

—Tú misma podrás dárselo.

—Cuida de los chicos, por favor. Te amo, Víctor, y espero que puedas perdonar lo que te hice.

—Yo también te amo y todo está olvidado, Sam, lo único que quiero es tenerte a mi lado.

—¡Uuuyy! Nunca hubiera podido imaginar que Víctor Delgado pudiera decir algo tan bonito —se burló Neus—, ¿tú también te vas a poner a llorar, Víctor?

—No, yo voy a matarte en cuanto te tenga delante, hija de puta.

—Vamos, Víctor, no seas tan agresivo. En el pasado nos llevábamos muy bien.

—¿El pasado?

—Sí. Y si no hubiera sido porque esta zorra se cruzó en nuestro camino estoy segura de que ahora llevaríamos muchos años casados y tendríamos una gran familia.

—¡Mierda! ¿Eres Neus? —preguntó atónito.

—¿Ves?, sabía que te acordarías de mí. Fui importante para ti, ¿verdad?

—Sam no fue la culpable de que tú y yo no estuviéramos juntos. Nunca significaste nada para mí, solo un desahogo en la cama…

—Eres un puto cabrón…

—Suelta a Sam, Neus. ¿Quieres volver al psiquiátrico?

—No, quiero verte sufrir y que pagues con lágrimas de sangre todo lo que yo he sufrido por tu culpa. Todas las burlas, todas las humillaciones y todos los años que mis padres me tuvieron encerrada en ese manicomio.

—¡Neus…!

—¿Sabes lo que es un vídeo *snuff*? —le preguntó sin dejarle hablar.

—No.

—Pues tu queridísima Samanta va a protagonizar uno y quiero que sepas que lo hará por tu culpa y también quiero que presencies su muerte.

—¡¡Si te atreves a tocarla, juro por Dios que…!!

—No te esfuerces, nada puedes hacer para salvarla. Abre tu *email*, Víctor, y verás cuál es el

destino de esta zorra.

Víctor hizo una señal a César para que encendiera el ordenador del coche mientras entretenía a Neus por teléfono, volviendo a poner el vehículo en marcha y así llegar cuanto antes junto a Samanta.

—Neus, no estoy cerca de ningún ordenador, ¿por qué no me dices lo que me has mandado?

—Tienes tu móvil y seguro que en él tienes internet, no me hagas pasar por tonta, puedes ver esa foto ahora mismo.

—Sí, pero si estoy hablando contigo no puedo abrir internet y hace mucho que no hablamos. Cuéntame qué has hecho durante todos estos años.

—¡Odiarte! Y ahora tengo una cita con tu chica. Adiós, Víctor, estate pendiente, te mandaré un vídeo y esa será la última vez que verás a tu fulana con vida. Bueno, tú y todo el mundo. No sabes lo retorcida que es la gente y lo que le gusta ver estos vídeos en directo, tu queridísima Samanta va a ser muy popular en YouTube. ¿Quieres apostar cuántas visitas tiene en la primera hora desde el segundo cero en que lo cuelgue? Recuerdo lo mucho que te gustaba apostar con tus amiguitos. Despídete de ella, cariño.

—¡¡Neus…, Neus…!!

Piii.

—¡Hija de puta! ¿Qué es un vídeo *snuff*? —preguntó Víctor muy cabreado.

—Muertes en directo y que cuelgan en internet, parecen ser bulos, pero de esta loca no te puedes fiar —contestó Ángel

—¿Cuánto falta para llegar? —preguntó Víctor mucho más nervioso a César.

—Según mi móvil ya casi estamos. ¡Mierda!

—¿Qué pasa, César? No me pongas más nervioso de lo que ya estoy.

—La foto, acabo de abrirla. ¡Joder, Víctor! ¡Tenemos que encontrarla ya!

Cuando Víctor vio la foto el corazón se le paralizó. Samanta estaba sentada en una silla, con las manos y los pies atados a ella, en la boca tenía un precinto amordazándola y estaba llorando con una mirada tan triste que daban ganas de llorar. Todo a su alrededor estaba forrado en plástico blanco y parecía estar preparado para lo que Ángel acababa de describir, parecía una de las escenas de la película *Tesis* de Alejandro Amenábar.

—¡Joder, esto es como una puta pesadilla! —gritó Víctor.

—No quiero asustaros aún más —añadió Ángel—, pero no os parecía que Samanta intentaba despedirse de todos a través de esa llamada.

—¡No me jodas, Ángel, y calla la boca! Sam no puede morir —César hablaba con la voz rota de impotencia.

César seguía dirigiéndole por donde marcaba el rastreador de su móvil y mientras lo hacía rezaba para sus adentros suplicando que no le fallara esa vez y que fuera tan preciso como las otras anteriores que lo habían probado.

Sin darse cuenta sus ojos se empañaban en lágrimas que acabaron rodando por sus mejillas. Ángel, al ver la angustia en él, puso la mano en su hombro apretándole suavemente para brindarle su apoyo. César, mirándolo, le dio las gracias con los ojos apagados.

—Según mi móvil está aquí, así que aparca y bajemos del coche, el ruido del motor podría alarmarlos. Creo que ahora es mejor seguir andando, podría ser cualquiera de estas naves.

—Cualquiera no, necesito saber cuál es —espetó Víctor muy nervioso.

—Mirad allí. —Ángel señaló a unos vagabundos que parecían vivir en esas naves—. Podríamos preguntarles, nadie mejor que ellos deben de conocer este sitio y todo lo que pasa en él. Seguro que por un poco de pasta te dicen lo que sea.

—Tienes razón. —Víctor se acercó y, sacando su cartera ofreciéndole cien euros, le preguntó a uno de ellos—: ¿Quieres ganarte este dinero?

—Pues claro. ¿Qué tengo que hacer? Por cien euros vendería a mi mujer si la tuviera. —Rio haciendo reír a sus amigos.

—Por eso no la tienes —le recriminó Víctor enfadado—. ¿Has visto movimientos en alguna de estas naves? ¿Alguna mujer entrando y saliendo desde hace dos días?

—Sí, en la última de la izquierda. Una puta rica que nos dio mucha pasta para que nos alejáramos de allí y nos miraba con asco, como si fuéramos a pegarle algo.

—Gracias.

Los tres echaron a correr hacia allí mientras César decía:

—Os dije que mi móvil señalaba más adelante.

—Sí, pero valía la pena asegurarse. Movámonos con cuidado, no vaya a ser que nos descubran, y Samanta resulte herida, con un poco de suerte aún llegamos a tiempo. Ángel llama a la policía y dales nuestra posición. ¡Ah!, y a una ambulancia, por si acaso. Nosotros vamos entrando.

—Está bien.

Ángel se quedó fuera llamando a la policía mientras Víctor y César se adelantaban entrando en la nave, la puerta estaba abierta, así que no les fue muy difícil colarse, y una vez dentro se guiaron por las voces de Neus, Antonio y los gemidos de angustia de Samanta.

***

Neus colgó el móvil dejando a Víctor con la palabra en la boca y con un cabreo de mil demonios, así que se sentía feliz.

—Hoy es el día más feliz de mi vida. Tenías que ver cómo está Víctor. —Se rio como la loca que era—. Está más cabreado que una mona. Qué expresión más tonta, ¿verdad? Nunca me ha gustado, pero siempre se me escapa. Bueno, a lo que íbamos. ¿Cómo quieres que lo hagamos, cariño? —le preguntó a Samanta eufórica, parecía como si de repente hubiera perdido la razón por completo, pues no parecía esa mujer fría y malvada, sino una esquizofrénica recién salida del manicomio, ya que no paraba de gritar y de hablar casi sin respirar—. ¿Prefieres que te mate primero a ti o a tu bebé? —Le apuntaba a la cabeza y después a la barriga—. Mejor echémoslo a suertes. Pito, pito, gorgorito, dónde vas tú tan bonito, a la era verdadera, pin, pon, fuera. —Con el cañón de la pistola iba tocándole la barriga y la cabeza al compás de la canción y, cuando terminó de cantar, este apuntaba a su sien, así que le dijo, divertida—: ¡Uuuuuuy! Has perdido, querida, te toca a ti morir antes, aunque deberías agradecérmelo, ya que siempre he oído que los padres no deberían sobrevivir a sus hijos.

—Venga, señora, no pierda más el tiempo, esto es inhumano —protestó Antonio al ver a Samanta llorando y gimiendo de terror—. Si ha de hacerlo, hágalo ya.

—¡Cállate y sigue grabando que para eso te pago! —le gritó a Antonio sin volverse, pues no quería dar la cara a la cámara, después volvió a decirle a Samanta—: Ahora di adiós a la cámara, querida, ha llegado tu hora.

Nada más decir eso, disparó y el disparo retumbó en toda la nave, Víctor y César acababan de entrar en el recinto y al escuchar la detonación se quedaron paralizados. Cuando Víctor estaba a punto de gritar, y salir corriendo, César lo detuvo haciéndolo callar con una señal, indicándole algo.

Samanta creyó estar muerta y en el infierno, pues sus oídos retumbaban y le dolían

exageradamente, pero inmediatamente se dio cuenta de que estaba ilesa y no podía comprender qué había pasado, ya que era imposible que Neus fallara el tiro cuando el cañón de la pistola estaba apoyado en su sien. Al abrir los ojos vio a Neus muerta de risa y diciendo algo que ella apenas podía escuchar, pues los oídos aún le pitaban, ya que había disparado muy cerca de su oreja.

—¡Ay!, lo siento, querida —dijo Neus muerta de risa—, pero es que esto es demasiado placentero para que acabe tan pronto. Te he asustado, ¿verdad? Pues te aguantas, eso te pasa por robarme a Víctor y tendrás que disculparme, te mentí. Sí quiero que veas cómo muere tu bebé, así que primero te dispararé en la barriga y dejaré que te desangres viendo cómo la vida de tu hijo te abandona poco a poco y, antes de que mueras, te dispararé en la cabeza para tener el privilegio de haber acabado con tu existencia. ¿Qué te parece mi plan? Por fin podré sentirme satisfecha al concluir mi venganza contra Víctor Delgado. ¿Se me escucha bien, Antonio?, porque quiero que todo el mundo lo sepa, esta es una venganza personal contra Víctor Delga…

Mientras hablaba ni ella ni Antonio se daban cuenta de la presencia de César y de Víctor, ya que César se había dado cuenta nada más escuchar el disparo de que Neus había disparado al aire y gracias a eso había impedido que Víctor saliera como un loco buscando venganza y, de paso, conseguir que esa loca lo matara. Los dos estaban cara a Samanta y de espaldas a ellos; Antonio grabando con la cámara, y Neus representando su papel de asesina, pero sin querer enseñar su cara a la cámara para que no la reconocieran, así que, mientras interpretaba su papel, Víctor y César se acercaban muy despacio.

Víctor había cogido una barra de hierro que había encontrado en el suelo y muy sigiloso se acercaba a Antonio para dejarlo KO, le golpeó la cabeza con todas sus fuerzas dejándolo inconsciente y con una brecha chorreando sangre, cayendo al suelo desplomado. A Neus se le cortaron las palabras al oír el golpe tan fuerte e inmediatamente se giró para ver qué estaba pasando. Al ver a Víctor se quedó paralizada, pero reaccionó enseguida al escucharlo.

—¡¡Aquí me tienes, hija de puta, esto es entre tú y yo!! —gritó furioso y fuera de sí.

—Esto es mejor de lo que esperaba, ahora puedo mataros a los tres.

Empuñando la pistola contra Víctor y apuntando a su corazón disparó…

***

Samanta seguía muy aturdida por ese disparo cerca de su oído y cuando de pronto vio detrás de Neus aparecer a Víctor y a César creyó que en el fondo estaba muerta, que Neus la había disparado de verdad y que estaba teniendo una especie de ensoñación antes de morir, pues todo a su alrededor ocurría como en una película a cámara lenta.

Veía cómo Víctor se acercaba a Antonio por detrás y lo golpeaba con una barra, este caía al suelo, Neus se volvía, encañonaba a Víctor, y Samanta no podía hacer nada, no podía gritar, no podía moverse y, lo peor de todo, no podía salvarlo. Cuando Neus disparó, Samanta vio a César correr hacia Víctor, ponerse delante de él dándole la espalda a Neus y recibir el disparo en la espalda a la altura de los pulmones. Vio a César abrazar a Víctor y caer los dos en el suelo por el impulso con el que había saltado sobre él protegiéndolo con su propio cuerpo.

De pronto, una sombra se acercaba a ella y al mirarla vio a Ángel a su lado con una barra como la que Víctor llevaba en la mano. Con un primer golpe desarmó a Neus y con un segundo la dejó inconsciente, pues se lo había dado en la mandíbula partiéndosela en dos.

Samanta estaba desesperada, pues los dos hombres más importantes de su vida sin contar a su hijo, evidentemente, yacían en el suelo, y ella se moría de la angustia al imaginar que podían

estar muertos. Neus solo había disparado una vez, pero los dos estaban inmóviles, ella pensaba que la bala podía haber atravesado el cuerpo de César matándolos a ambos y si eso hubiera ocurrido ella desearía estar muerta, ya que habían ido a salvarla y los que morían eran ellos.

Escuchó a Víctor gritar sacándola de esa ensoñación en la que estaba viendo tanta injusticia.

—César, César, ¡¡maldita sea!!, ¡¡¿por qué lo has hecho?!!

Víctor se volvió apartando a César de encima suyo y dejándolo muy despacio en el suelo, poniendo los dedos en su cuello intentó encontrar algún signo vital, ya que el disparo parecía haberle atravesado los pulmones, pues su respiración era muy débil y con borbotones.

Ángel se había quedado paralizado al ver a César sin vida en el suelo encima de un charco de sangre y sin apenas darse cuenta sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas que caían por sus mejillas sin control, pero lo que no podía entender era ese gran dolor que sentía en el corazón al imaginarse una vida sin él. Él, que siempre creyó que César no era nada más que un chico guapo con el que experimentar ese sexo que para él siempre fue prohibido y que al final acabó gustándole demasiado, una relación sin ataduras, sin sentimientos, pero justo en ese momento, al darse cuenta de que lo había perdido, estaba completamente seguro de que César se había convertido poco a poco en el amor de su vida y que sin él nada tendría sentido. Cuando volvió a escuchar a Víctor reaccionó.

—No te debiste interponer entre esa bala y yo. Resiste, César, no puedes morir.

Ángel corrió hasta ellos y, arrodillándose al lado de César, acunó la cabeza entre sus brazos y le habló al oído sin importarle quién pudiera estar escuchándole.

—César…, César, por favor, no te mueras. Te juro que si sales de esta nada va a separarnos. Me iré contigo a Madrid, haré lo que tú quieras, pero no me dejes, por favor, te necesito. —Dándole un beso en los labios volvió a decirle—: Te quiero, César.

Víctor estaba alucinando al ver a su amigo llorando, acariciando, besando y diciéndole esas cosas tan íntimas y emotivas a César, pero inmediatamente reaccionó al escuchar los gritos ahogados de Samanta, corrió a su lado y, mientras le quitaba el precinto y las ataduras, le preguntaba:

—¿Estás bien? ¿Estás herida? ¿Te duele algo?

Una vez estuvo desatada, Samanta se levantó y se abrazó a él llorando.

—Estoy bien, estoy bien, y ¿César está… está… está muerto? —La congoja y el miedo por su amigo la hacían tartamudear.

—No, pero está muy mal, es una herida muy fea.

—¡Ooohhh, Dios mío! Si se muere, yo… yo…

—No se va a morir, se va a poner bien, ya lo verás —le decía Víctor abrazándola con fuerza y besándole la frente para tranquilizarla, ya que no podía dejar de llorar.

—Quiero ir con él.

Víctor abrió sus brazos y la soltó dejándola machar con César, Samanta corrió a su lado, arrodillándose frente a Ángel.

—¿Cómo está? —le preguntó con un dolor insoportable en el corazón.

—Mal, está muy mal. Se muere, Sam, ¿qué voy a hacer si se muere?

—No digas eso, él no puede morir. ¿Me oyes, César?, no puedes morir, aquí aún te necesitamos, este mundo no sería lo mismo sin ti.

Víctor no podía dejar de mirarlos y sabía perfectamente que si César moría sus vidas ya no serían las mismas, así que rezaba para que eso no ocurriera, y por primera vez después de saber el lío que habían tenido él y Samanta sentía que no tenía importancia y los perdonaba sin ninguna clase de rencor, pues sabía que su vida sin esas dos personas a su lado no valdría la

pena, ya que Samanta era la mujer de su vida, y César acababa de salvarle sin siquiera dudarlo un instante, y eso era algo que jamás podría olvidar y que le estaría eternamente agradecido.

Cuando escuchó las sirenas de la policía y las de una ambulancia echó a correr en su búsqueda para que atendieran a César lo antes posible.

Cuando llegaron los médicos estabilizaron a César como pudieron, ya que había perdido mucha sangre y sus pulmones estaban muy dañados, luego lo subieron en la ambulancia, y Samanta y Ángel preguntaron los dos al mismo tiempo:

—¡¿Puedo ir con él?!

—Solo puede subir uno.

Ángel miró a Samanta.

—Déjame acompañarlo, por favor —le pidió desesperado.

—Está bien, ve tú.

—Gracias.

Ángel subió a la ambulancia, que salió a toda velocidad con las sirenas puestas.

—¿Se va a poner bien? —les preguntó a los médicos que seguían luchando por salvarle la vida.

—Yo me iría haciendo a la idea, señor, la cosa pinta muy mal. Este hombre necesita un milagro para salir de esta.

Ángel, cogiendo la mano de César, se la puso en los labios y sin poder evitarlo se echó a llorar de nuevo.

—Eh, ¡capullo! —exclamó entre sollozos—. Voy a apelar a todos los santos y… y voy a conseguir ese milagro, ¿vale? Tú… tú resiste y no me dejes, recuerda que tú abriste mi caja de Pandora y ya… ya no quiero cerrarla, quiero abrirla y quiero hacerlo solo para ti. —De pronto un pitido empezó a sonar y Ángel preguntó nervioso—: ¿Qué es eso?

—Está entrando en parada, tiene que apartarse.

Ángel sentía ese piiiiiiiiii en su cabeza y sabía que todo estaba perdido, que el corazón de César se había parado, observaba cómo los médicos intentaban traerlo de vuelta dándole descargas eléctricas con las palas, pero él no respondía a esa llamada.

***

Cuando la ambulancia se fue, Samanta, derrotada, se echó en los brazos de Víctor y se puso a llorar de nuevo, Víctor la abrazó con fuerza y le besó la frente.

—Ya, cariño, tranquilízate. Todo ha pasado y no voy a dejar que nadie más te haga daño.

—Yo… yo… yo te amo, Víctor, pensé que nunca más volvería a verte y me moría de la angustia.

—Yo también estaba muerto de miedo pensando que podía perderte. Si te hubiera pasado algo a ti o al bebé te juro que no lo hubiera podido soportar.

—¿Ya no estás enfadado conmigo? ¿Ya no me odias?

—Nunca te he odiado, Sam, solo estaba muy cabreado.

—¿Podrías llegar a olvidar lo que pasó y perdonarnos a mí y a César?

—Todo está olvidado, Sam. A ti te perdono porque no puedo vivir sin ti y porque te amo, y a César por salvar mi vida. Solo espero que él consiga salir de esta porque si no a quien no podría perdonar sería a mí mismo. ¿Por qué lo hizo? Esa bala era para mí.

—Porque él es así, da todo lo que tiene sin esperar nada a cambio y es capaz de todo por un amigo, y tú eres su amigo, a pesar de lo que pasó.

—Me siento muy raro.

—¿Por qué?

—Porque estoy sumamente triste por César, pero a la vez inmensamente feliz de volver a tenerte entre mis brazos sana y salva, a ti y a nuestro hijo.

Samanta sonrió al oírle decir eso, y Víctor le dio un beso muy tierno, y otro y otro y otro hasta que la policía les interrumpió para interrogarles por lo sucedido, antes de contestar a ninguna pregunta Samanta le pidió a Víctor:

—Víctor, necesito ir con César.

—Enseguida vamos. —Volviéndose a los policías les indicó—: Tendrán que disculparnos, pero nuestro mejor amigo ha sido herido de gravedad y deseamos estar a su lado. En esa cámara tienen grabado todo lo sucedido y espero que después de ver las imágenes metan a esos dos individuos entre rejas de por vida. Si quieren preguntarnos algo, estaremos en el hospital al lado de nuestro amigo, muchas gracias por todo.

Mientras se iban podían observar cómo detenían a Antonio, que empezaba a volver en sí, al igual que Neus, que farfullaba algo como «Te odio, Víctor», pero no se le entendía nada, pues tenía la mandíbula desplazada por el golpe que Ángel le había sacudido.

Subiendo al coche de Víctor salieron chirriando ruedas para llegar cuanto antes al lado de César, y mientras lo hacían Samanta llamaba a su hijo para tranquilizarlo por su estado, pero también lo alarmaba por el de César.

Ricardo, cómo no, también salía a toda prisa hacia el hospital para poder estar cerca de su queridísimo tío.



Capítulo 63

Víctor y Samanta llegaron al hospital y se encontraron a Ángel sentado en la sala de espera de urgencias, ya que nada más llegar lo habían metido en el quirófano e iban a operarlo a vida o muerte. Cuando llegaron a su lado y vieron su cara los dos esperaban lo peor, pues estaba descompuesta por el dolor y sus ojos rojos por el llanto.

Víctor se acercó a su amigo y lo abrazó con fuerza.

—¿Cómo está César? ¿Dónde está? ¿Se sabe algo? —le preguntó muy preocupado.

—Lo han entrado directamente a quirófano. Uno de los médicos que va a operarlo ha salido y no me ha dado ninguna esperanza, más… más bien me ha dicho que me prepare para lo peor, pero que van hacer hasta lo imposible por salvarlo. En la ambulancia se le paró el corazón y creí que estaba muerto.

—¡Ooohh, Dios mío! —exclamó Samanta echándose a llorar. Víctor la abrazó con fuerza para consolarla, y los tres se sentaron a esperar noticias.

Unos minutos más tarde aparecieron Ricardo, Raquel, Pedro y Rocío, todos abrazaron a Samanta al verla bien y por fin fuera de peligro, en especial, su hijo, el cual no pudo evitar que se le escaparan unas lagrimitas emocionado al volver a abrazar a su madre. Todos preguntaron muy angustiados por el estado de César, después se sentaron a esperar noticias, pacientemente, pero asustados por lo que le pudiera pasar.

Cuatro horas más tarde salieron los médicos con muy malas noticias.

—Hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos por él. El paciente entró con un balazo en los pulmones y parada cardiaca de varios minutos, esperemos que no le queden secuelas por ello. Hemos sacado la bala, recompuesto como hemos podido el pulmón, que gracias a Dios atravesó un lateral y si consigue superar estas próximas cuarenta y ocho horas podrá sobrevivir perfectamente con el trozo que le falta. El único problema es que tenga la suficiente fortaleza para pasar estos dos días, pues está muy débil por la sangre que ha perdido y a causa de la operación. Si los supera podremos cantar Victoria, porque será como un pequeño milagro.

—¿Yo podría darle sangre?, soy O negativo —se ofreció Ángel nervioso.

—Ya le hemos puesto goteros, pero si usted quiere puede donar en nuestro banco de sangre que está en la primera planta. Su sangre es valiosa y podría salvar la vida de otras personas si llegaran en el mismo estado que su amigo.

—Bajaré a donar, no se preocupe.

—Sí, nosotros también —anunció Samanta.

—¿Puedo verlo? —pidió Ángel.

—No, está en intensivos y de momento es mejor que no reciba visitas. Les aconsejo que se vayan a casa y que descansen, mañana vuelvan a la hora de visitas de la UCI y entonces podrán verlo, pero solo podrá pasar una persona.

—Gracias, doctor —le dijo Víctor, pues los demás se habían quedado mudos al recibir

semejante noticia—. Han sido dos días agotadores, así que mejor nos vamos a descansar y mañana volvemos, aquí no hacemos nada, como bien ha dicho el doctor.

—Yo no quiero marcharme, Víctor.

—Sam, sé razonable, no puedes verlo y necesitas descansar después de todo lo que has pasado, piensa en el bebé.

—Mamá, papá tiene razón, necesitas descansar.

—Vete a casa, Samanta —le aconsejó Ángel—. Yo no pienso moverme de aquí, así que si algo pasa te avisaré inmediatamente. Víctor tiene razón, necesitáis descansar tú y el bebé.

—Está bien, me iré, pero mañana a primera hora quiero estar aquí —le exigió a Víctor.

—Mañana a primera hora estaremos aquí, te lo prometo. ¿Antes de irnos quieres que te vea un médico para asegurarnos de que estás bien?

—Estoy bien, vámonos a casa. Solo necesito echarme en la cama y que me abraces.

—Si eso es lo que necesitas, eso será lo que tendrás. —Sonrió y la besó muy tierno en los labios.

Todos se marcharon, y Ángel se quedó solo, ya que no pensaba moverse en toda la noche para estar pendiente de cualquier cambio en el estado de César.

Sobre las diez de la noche recibió un wasap de su mujer, pues hacía una hora más o menos que la había llamado y le había contado todo lo sucedido, como también le había dicho que no pensaba moverse de allí. Al abrirlo leyó el mensaje:

Berta
Ángel, ¿dónde estás?

Ángel
En el hospital.

Berta
Pues estoy aquí y no te encuentro.

Ángel
Estoy en la capilla.

Berta
Vale, ahora voy.

Al llegar a la capilla, vio a Ángel sentado en la primera fila y acercándose a él tocando su pelo se sentó a su lado.

—¿Qué haces aquí? —Se sorprendió al ver su camisa manchada de sangre.

—Intento rezar, pero se me da muy mal y ya ni me acuerdo. Eso siempre ha sido cosa tuya.

Berta sonrió y le cogió las manos entre las suyas.

—¿Y por qué estás rezando?

—Los médicos dicen que César necesita un milagro y eso intento, conseguir un milagro.

Berta volvió a sonreír al verlo tan inseguro y angustiado, entonces intentó darle ánimos.

—No necesitas rezar si no te acuerdas, simplemente pide lo que necesitas, y Dios proveerá.

—¿Estás segura?

—Si, a mí siempre me ha funcionado.

—Tú siempre has sido muy creyente. Yo no he vuelto a pisar una iglesia desde que nos casamos.

—Dios está en todas partes y está acostumbrado a que la gente lo llame solo cuando lo necesita y por eso no va a dejar de ayudarte.

—¿Rezarías conmigo por César?

—Pues claro.

Los dos se quedaron en silencio rezando por César un buen rato.

—¿Has cenado? —le preguntó Ángel cuando terminaron sus plegarias.

—No. He venido inmediatamente cuando me has contado lo que había pasado.

—¿Cenamos juntos en la cafetería? Necesito hablar contigo.

—Sí.

Mientras se dirigían a la cafetería, Ángel iba pensando en cómo contarle a Berta la verdad sin hacerle demasiado daño, pues sentía un gran cariño por ella y no soportaría verla sufrir por su culpa. Pero estaba decidido a salir del armario por César y nada se lo iba a impedir, solo esperaba no sentirse rechazado por las dos personas que en realidad le importaban, que eran su mujer y Víctor, lo que pensara el resto de la gente le tenía sin cuidado.

Cuando llegaron a la cafetería y pidieron la cena Ángel empezó a ponerse nervioso, pues no sabía cómo abordar el tema.

—No sé por dónde empezar, y lo primero que quiero que sepas es que no quiero hacerte daño, que daría cualquier cosa para que lo que voy a decirte no te hiciera sufrir.

—Ángel…

—Por favor, no me interrumpas porque esto es muy duro para mí y si lo haces no seré capaz de seguir. —Berta lo miró y con una leve sonrisa le dejó continuar—. Ante todo, quiero que sepas que tú no tienes la culpa de nada, que nuestro matrimonio siempre fue bastante bueno y que tú has sido la esposa perfecta. Pero creo que yo debí nacer así y mi cerebro no me dejaba ver la realidad hasta que conocí a César, cuando lo conocí todo en mí cambió. Él fue como una brisa de aire fresco en mi vida, me sentí atraído por él en el mismo instante en que lo vi y quise descubrir con él el nuevo mundo que me ofrecía. Siempre creí que sería una especie de capricho, nada demasiado importante y que cuando lo probara dejaría de interesarme, pero estaba equivocado, muy equivocado, porque sin darme cuenta ese hombre se me fue colando poco a poco en el corazón. —Mirándola con tristeza añadió—: Sé que lo que te voy a decir ahora te va a parecer repugnante y descabellado, pero estoy enamorado de César y quiero compartir mi vida con él. Lo siento. —Berta tenía los ojos empañados en lágrimas, y él, al ver su pena, le preguntó muy decaído—: Me odias, ¿verdad? Y lo peor es que no puedo culparte por ello.

—¿Puedo hablar ahora?

—Sí.

Ángel estaba preparado y esperando todos los reproches que quisiera hacerle su mujer, pero lo que nunca hubiera imaginado eran esas palabras tan hermosas con las que ella se dirigió a él, para eso no estaba preparado.

—No puedo culparte por enamorarte de César, César es un hombre maravilloso, incluso a mí me atrajo la primera noche que lo conocí, como también me di cuenta esa noche que tus sentimientos hacia él eran muy fuertes.

—¿Cómo pudiste darte cuenta de eso?

—Primero, estabas muy enfadado y parecía que toda tu furia se centraba en él, después desaparecisteis los dos y cuando volviste tu cambio fue radical. —Ángel sonrió al recordar esa noche y ese momento, el momento en que César logró que humedeciera sus pantalones, ese momento fue increíble y su primer despertar al sexo opuesto—. Estabas feliz, contento, nunca te había visto así, así que solo tuve que fijarme en vosotros y en esa manera en la que os mirabais y os sonreíais, todo era evidente, para el que te conociera bien, por supuesto, tan bien como te conozco yo.

—¿No estás enfadada? ¿No me odias?

—Ángel, jamás podría odiarte. Todos los años que hemos compartido han sido muy bonitos, nunca he podido tener una queja de ti porque has sido un marido maravilloso. Siempre supe que no eras del todo feliz a mi lado, que te faltaba algo, y por más que me duela reconocerlo he de confesarte que algo dentro de mí me decía que tus inclinaciones sexuales no eran las que

manteníamos.

—¿Tú sabías que era gay? —preguntó sorprendido. Era la primera vez que se refería a sí mismo de esa manera y más sorprendido todavía se daba cuenta de que no le daba ningún reparo frente a ella.

—Lo intuía. ¿Y sabes por qué?

—No. ¿Por qué?

—Porque cuando paseábamos juntos por la calle jamás te girabas para admirar a cualquier tía buena que pasara, como hacen todos los hombres. Pero sí mirabas con mucho disimulo, como si no quisieras hacerlo, a los hombres que teníamos dos mesas detrás de nosotros, hombres atractivos que incluso a mí me costaba no mirar. Como César. —Sonrió consiguiendo una sonrisa de Ángel.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Pues es muy sencillo. Tú has empezado esta conversación diciéndome que estás enamorado de César y que quieres compartir tu vida con él, y eso es exactamente lo que tienes que hacer.

—Pero ¿y tú?

—Yo estaré bien, no te preocupes.

—Berta, no querría perderte, y ya sé que después de esto no podemos ser amigos.

—¿Y por qué no? ¿Hay alguna ley que prohíba que los ex puedan ser amigos? —Ángel volvió a sonreír—. Eres la persona más importante de mi vida y quiero verte feliz y si tu felicidad está al lado de César, pues que así sea. Tú y yo siempre seremos amigos, no te quepa la menor duda.

—Te quiero, Berta, eres la mejor. —Le dio un fuerte abrazo y un beso en la mejilla.

—Yo también te quiero. Ahora cuéntame todo lo que ha pasado con Samanta.

Ángel le contó todas las peripecias vividas ese día y se pasaron un buen rato hablando, cuando Berta se fue a casa casi a las dos de la madrugada Ángel no podía ser más feliz. Su mujer lo entendía, lo apoyaba y, lo más importante, seguirían manteniendo una relación, aunque fuera solo amistosa, y eso era una de las cosas más importantes para él. Lo que le tenía preocupado era cómo se lo tomaría Víctor, pero también estaba dispuesto a enfrentarlo la próxima vez que lo viera.



Capítulo 64

A las siete de la mañana Víctor se presentó en el hospital y encontró a su amigo dormido en un pequeño sofá de la sala de urgencias, con sus dos largas piernas estiradas, la cabeza apoyada en la pared y los brazos cruzados reposando en su pecho. Le sorprendió verlo con ropa limpia. Al acercarse a él le puso la mano en el hombro.

—Vamos, dormilón, te va a entrar torticolis.

—Hola —saludó Ángel, pasándose las manos por la cara para despejarse.

—Hola. ¿Alguna noticia de César?

—No, todo sigue igual.

—¿Al final te fuiste a casa?

—No, Berta me trajo ropa limpia, ya sabes cómo es. ¿Qué hora es?

—Son las siete.

—¿Por qué has venido tan pronto? ¿Y Samanta?

—Sam sigue dormida, después de los dos días que ha pasado debe descansar, y se ve que le hacía falta porque nada más llegar se duchó, se metió en la cama y aún está dormida. Así que he preferido dejarla descansar mientras hablo contigo.

—¿No crees que es demasiado pronto para hablar?

—Sí, pero Sam querrá venir nada más despertarse, y yo necesito hablar contigo a solas, por eso he venido tan pronto. Sam aún dormirá un par de horas más.

—Quieres hablar de mí y de César, ¿verdad? —preguntó preocupado.

—Sí, pero mejor hagámoslo desayunando.

—Está bien, tú invitas.

—Eso está hecho.

Cuando llegaron a la cafetería se sentaron en una mesa y pidieron el desayuno.

—¿Por qué nunca me hablaste de tu condición sexual? ¿Creí que éramos amigos? —preguntó Víctor apenado.

—Y lo somos, pero mi condición sexual, como tú la llamas, la descubrí hace muy poco, por eso nunca te hablé de ella. Y cuando ocurrió todo pensé que podrías dejar de ser mi amigo y me daba miedo y vergüenza.

—¿Por qué?

—Mira, una de las cosas por la que más me preocupa salir del armario es precisamente por ti y por mi trabajo.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos, Víctor, en cuanto se sepa ya sabes lo que pensarán los chicos, que no querrán a un marica en los vestuarios donde se desnudan y se duchan todos los días e incluso puede que piensen que tú lo sabías y que has consentido que yo esté allí mirándolos todo este tiempo.

—No seas gilipollas, si alguno piensa eso, yo mismo le partiré las piernas y no volverá a jugar

en su vida.

—Víctor, yo te agradezco esas palabras, pero he tenido toda la noche para pensar y he tomado una decisión. Voy a marcharme con César a Madrid.

—No digas estupideces, ni tú ni César os vais a ir a Madrid.

—Pues César lo tiene decidido y, si él se va, yo me iré con él.

—César cambiará de opinión en cuanto hable con él y a ti te prohíbo dimitir hasta que yo mismo hable con los chicos.

—¿Por qué haces esto? ¿No te avergüenza lo que soy?

—Eres gay, ¿y? César es gay y, sin embargo, es mi amigo. ¿Alguna vez me has visto tratarle distinto al resto?

—No.

—Mira, capullo, no sé cuándo ni por qué has cambiado de acera, pero eso es algo que no me importa. Sigues siendo mi mejor amigo, te quiero como te quería ayer y solo tengo una pregunta que hacerte. ¿Crees que con César serás feliz?

—Sí, porque como le dije ayer a Berta, César es como una brisa de aire fresco en mi vida, algo que necesitaba desde hace mucho tiempo y que al no tener no podía sentirme del todo completo. Desde el primer momento en que lo vi supe que era él y por más que haya querido resistirme a esa cruda realidad no he podido. Cuando ayer creí que estaba muerto me di cuenta de todo lo que sentía por él.

—Lo sé, estaba allí y la verdad es que me dejaste flipado. Esas cosas se avisan, macho, porque pensé que me había vuelto loco y que veía visiones —bromeó haciendo reír a Ángel—. Antes, si no te he entendido mal, ¿has dicho que has hablado de esto con Berta?

—Sí, cuando vino ayer estuvimos hablando.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

—Ya la conoces, me ha dado su bendición y me ha dicho que sea muy feliz con César.

—¡Joder!, esa mujer es increíble. Si le hubiera dicho eso a Amanda seguro que me hubiera cortado los huevos —bromeó haciendo reír de nuevo a su amigo.

—De eso puedes estar seguro e incluso el rabo. Esa mujer te hubiera cortado el lote completo.

Los dos se echaron a reír y entre los dos todo volvía a ser como siempre, seguían siendo los mejores amigos del mundo y ninguna condición sexual cambiaría eso nunca.

Después del desayuno, Víctor se había ido a casa a buscar a Samanta para volver otra vez, pues ella quería estar a la hora de visitas de la UCI, y nada ni nadie podría evitar que ella entrara y viera a su amigo, aunque fueran unos pocos minutos. Pero llegado el momento César seguía muy delicado, y solo les permitían que entrara una persona, así que Samanta dejó que pasara Ángel porque si ella estuviera en su lugar nadie le impediría entrar a ver a Víctor.

Cuando Ángel entró y vio a César con tantos goteros y enchufado a varias máquinas el corazón se le paralizó por la impresión y un nudo en la garganta no le dejaba respirar. Acercándose a él, ataviado de pies a cabeza con todo lo que le había dado una enfermera para que ningún virus pudiera afectarlo más de lo que estaba, se sentó en una silla a su lado y cogió la mano que tenía sin goteros con mucho cuidado mientras le hablaba al oído a través de la mascarilla.

—Vamos, César, aguanta, tienes que luchar y salir de esta porque te necesito. Además, si vieras lo que soy capaz de ponerme para verte, fliparías, estoy ridículo. Me han puesto una bata, unos peucos, un gorro y una mascarilla de color verde que me sienta como el culo, parezco el puto Grinch. Casi mejor que no abras los ojos, podría darte un patatús.

Ángel le hablaba y le hablaba porque había oído que la gente que está inconsciente podía oírte,

y quería que César supiera que estaba a su lado para ver si así se recuperaba más pronto. Pero César ni se movía ni hacía ningún gesto que pudiera indicar que sentía algo, muy decaído salió de la UCI y les contó a todos cómo seguía César, que por desgracia no mostraba ningún síntoma de mejoría.

Cuarenta y ocho horas después seguía inconsciente, pero por lo menos seguía vivo y recuperándose muy, muy lentamente. Poco a poco le iban quitando goteros y máquinas, pues su cuerpo empezaba a reaccionar y a valerse por sí solo, pero él parecía no querer despertarse. Los médicos volvían a darles noticias desastrosas al advertirles que si César no volvía en sí podría ser que estuviera en estado de coma.

Samanta se abrazaba a Ángel llorando ante esa noticia, y Ángel se consolaba abrazándola, pues, después de él, Samanta era la persona que más dolor sentía tras esa noticia y la que él necesitaba en ese momento.

Víctor no podía dejar de mirarlos y sentirse impotente, pues se sentía incapaz de alentarlos, así que prefería que se dieran consuelo ellos mismos, ya que los dos parecían sentir el mismo dolor.



Capítulo 65

Tres días después César regresó de entre los muertos y por fin abrió los ojos, estaba consciente y no parecía tener ninguna clase de secuela, después de que su corazón hubiera permanecido varios minutos parado cuando llegó al hospital. Así que los médicos decidieron trasladarlo a planta, pues ya no corría peligro.

Cuando los médicos llamaron a Samanta para darle la noticia, ella y Víctor acudieron al hospital rápidamente para por fin poder verlo, pues en todos esos días el único que había entrado a visitarlo había sido Ángel. Samanta llamó a Ángel para darle la noticia.

—Hola, Ángel, acaban de llamarme del hospital…

—¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a César? —preguntó aterrado.

—No, tranquilo, César está bien. ¿Tú no estás en el hospital? Me parece extraño que me hayan llamado a mí y no a ti.

—No, no estoy en el hospital, he venido a casa para darme una ducha y cambiarme de ropa. Igual me han llamado cuando estaba en la ducha. ¿Qué está ocurriendo?

—Acaban de llamarme, César se ha despertado y lo pasan a planta.

—¡Por fin! ¡Gracias a Dios! —exclamó Ángel feliz—. En cuanto termine de arreglarme voy para allá.

—Tranquilo, nosotros estamos llegando.

—Gracias por llamar, Samanta.

—No hay de qué. Además, estoy segura de que a él le va hacer más ilusión verte a ti que a mí.

—¡Uuuy!, en eso tengo mis dudas, todos sabemos lo importante que eres para él.

—Sí, pero no más que tú. Te dejo, estamos aparcando. Hasta luego.

—Salgo en cinco minutos.

Cuando llegaron al hospital y preguntaron por él les informaron que aún no había salido de la UCI y que debían esperar a que le asignaran una habitación, Víctor y Samanta esperaron con impaciencia y, cuando por fin entraron en la habitación donde César ya estaba instalado, Samanta se sentó a su lado y sin poder evitarlo se echó a llorar abrazándolo con fuerza.

—Si vuelves a darme otro susto como este, ¡te remato!

César con una leve sonrisa le acarició el brazo.

—Siento mucho haberte asustado, pero ya estoy bien, así que deja de llorar —le ordenó limpiándole las mejillas con su mano.

—Te quiero, César, y si te hubieras muerto yo…

—¡Ssshhh! No me he muerto. —César miró a Víctor un poco preocupado al ver cómo Samanta reaccionaba y temiendo que él se pusiera celoso y se cabreara—, y no pienso hacerlo de momento. Bueno, quizás si sigues abrazándome así puede que tú misma me mates —bromeó para que Samanta se apartara de él.

—¡Uuuy!, lo siento. —Se incorporó para preguntarle preocupada—: ¿Te he hecho daño?

—No, estoy bien, no te preocupes.

—Bueno, ¿me vas a dejar que salude a mi amigo? —Víctor se acercó a él ofreciéndole la mano, César le devolvió el saludo y, cuando fue a soltarla, Víctor la retuvo y la agarró con ambas manos—. ¿Por qué lo hiciste? Esa bala iba para mí.

—Yo no tenía nada que perder, tú, sin embargo, tienes un futuro por delante con Sam y ese bebé que estáis esperando.

—Eso no es cierto —soltó Ángel detrás de ellos entrando en la habitación—. Tú tienes un futuro conmigo y te prohíbo que vuelvas a arriesgarlo. —César, atónito por las palabras de Ángel, no podía dejar de mirarlo y mientras lo veía acercarse a él el corazón le latía con fuerza, se quedó pasmado cuándo lo vio sentarse a su lado, mirarlo fijamente a los ojos y acariciar su cara mientras le daba un beso muy tierno en los labios para preguntarle—: ¿Cómo estás? Nos tenías muy preocupados, ¿lo sabías?

—No estamos solos, lo sabes, ¿verdad? ¿Te has vuelto loco? —preguntó César muy nervioso creyendo que Ángel había perdido el juicio o se había quedado ciego y no podía ver a Samanta y a Víctor que estaban allí mirándolos.

—No, ahora es cuando empiezo a recuperar la cordura, ahora que estás bien. —Con otro beso en los labios le confesó—: Casi me vuelvo loco pensando que te morías, no puedes ni imaginarte el infierno que hemos pasado estos días.

—Tú y yo no… no tenemos nada —habló con tristeza intentando que Ángel volviera a recuperar el juicio delante de Víctor.

—Eso no es cierto y lo sabes.

—Lo único que sé es que voy a marcharme y voy a hacerlo solo. Ya te lo dije, Ángel.

—Si te vas, me iré contigo.

—¿Qué… qué está ocurriendo aquí? No entiendo nada. ¿Dónde vas a marcharte? —preguntó Samanta preocupada al ver a César reaccionar de esa manera.

Ella estaba segura de que César sería inmensamente feliz cuando Ángel le demostrara sus sentimientos sin importarle lo que pensaran los demás y, sin embargo, parecía que no quisiera que Ángel lo hiciera, que quisiera apartarlo de su lado, y empezaba a pensar que ese paro cardiaco sí había dejado secuelas en él.

—Siempre quisimos abrir otra revista en Madrid, ¿verdad? —le preguntó a Samanta—. Pues es lo que voy a hacer y lo voy a hacer solo.

—Pero ¿por qué? No necesitamos otra revista, no si eso te aleja de aquí. ¿Te has vuelto loco?

—Necesito un cambio, Sam, y lo necesito ahora. Necesito alejarme de todo y empezar de nuevo, y voy a hacerlo solo. Y, ahora, ¿podéis dejarme, por favor?, estoy muy cansado.

—¡No!, no voy a irme hasta que me expliques qué está pasando —exigió Samanta—. Mira, te conozco como si te hubiera parido y sé que te pasa algo, y no voy a marcharme hasta averiguar qué es. ¡Joder, César!, Ángel te está diciendo que quiere estar contigo, y tú pareces querer echarlo de tu lado. Creí que eso era lo que más deseabas. ¿Qué te está ocurriendo? ¿Esa bala te dio en la cabeza en vez de en los pulmones? Porque no entiendo nada.

—Sam, ya no…

—César, no es necesario que te marches —lo interrumpió Víctor muy serio sabiendo por qué decía todas esas cosas—. Te debo la vida, y nunca voy a poder pagarte todo lo que has hecho por Sam y por mí. Por esa misma razón todo está olvidado.

—Pero…

—No puedes marcharte, conoces a Sam tan bien como yo y sabes que volverá a meterse en otro lío, así que te necesitaré a mi lado para salvarla de nuevo, ya que formamos un buen equipo,

¿no?

—Víctor, yo no quiero ser el causante de que…

—Te he dicho que todo está olvidado, así que olvida esa conversación que tuvimos. No quiero perder a mis dos mejores amigos y, si tú te vas, Ángel se irá detrás de ti, así que no tienes más remedio que quedarte.

César miró a Ángel.

—Víctor tiene razón, si tú te vas, yo me iré contigo.

—Pero tú… y Berta.

—¿Recuerdas lo que me pediste para que pudiéramos estar juntos? —César asintió con la cabeza—. Bien, pues estoy decidido a dejarlo todo por ti y a no esconderme más. Berta y Víctor lo saben y me apoyan, y lo que piensen los demás ya no me importa. Quiero estar contigo, César, y eso es lo único que me importa, a no ser que tú no puedas perdonar todas las cosas que te dije.

César, con los ojos llenos de lágrimas al darse cuenta de que Ángel iba en serio, de que por fin era capaz de estar a su lado sin avergonzarse de lo que era, le habló emocionado:

—No tengo nada que perdonarte, te quiero, y si eres capaz de estar conmigo sin esconderte de los demás soy todo tuyo.

—Entonces eres todo mío.

Ángel le dedicó una sonrisa radiante y para demostrarle que estaba dispuesto a todo le dio un beso muy apasionado delante de Víctor y Samanta, hasta que tuvieron que separarse riéndose al oír a Samanta decir muy emocionada también:

—¡Ooohh, Dios mío! Creo que voy a llorar, esto es demasiado bonito para ser verdad.

—Pero qué noveleras sois las mujeres —bromeó Víctor haciendo reír a todos.

—Tú calla, que cuando lleguemos a casa tendrás que contarme esa conversación y por qué César quería irse a Madrid.

—Ahora que todo está arreglado no vas a marcharte, ¿verdad? —insistió Víctor a César—. Porque si lo haces Sam me matará.

—Si César se va lejos por tu culpa, sí, te mataré —bromeó, y todos volvieron a reír.

—Entonces no tengo más remedio que quedarme, porque si recibí un balazo para que tú vivieras y ahora si me marcho Sam te mata, ¿de qué me ha servido estar como estoy? —siguió con la broma mucho más animado al sentir el apoyo de Víctor y el amor de Ángel, dos cosas que nunca creyó volver a tener.

—¡Bien dicho! —exclamó Samanta sonriendo.

—Aunque si llego a saber antes que recibir un balazo me iba a dar la oportunidad de tenerte a mi lado —dijo mirando a Ángel—, lo hubiera recibido antes.

—No seas tonto, no necesitabas un balazo. Estoy seguro de que si te hubieras marchado a Madrid yo hubiera echado a correr detrás de ti. Todo era cuestión de tiempo y de cuánto te echara de menos.

De pronto la habitación se empezó a llenar de gente, pues poco a poco empezaban a aparecer Ricardo y Raquel, muy contentos de verlo al fin recuperándose, aunque fuera poco a poco, después apareció Esperanza dándole un gran abrazo y muchos besos, ya que quería a César como a un hijo. También le había traído sus pasteles preferidos, esos que siempre pedía cuando iba a su panadería. Y, por último, aparecieron Pedro y Rocío, muy contentos y emocionados al verlo tan bien y, como todos, le demostraban con cariño lo mucho que se alegraban de que por fin hubiera abierto los ojos.

César nunca se había sentido más feliz, tenía a toda la gente que quería a su lado, se sentía arropado, amado y sumamente querido por todos y cada uno de ellos. Ellos eran su familia y no

necesitaba a nadie más.

Desde que decidió salir del armario su familia de verdad le dio la espalda y nunca más había vuelto a verlos, ni a sus padres ni a su hermano. Pero gracias a Dios Samanta y sus padres se convirtieron en su familia, una gran familia, gracias a la cual disfrutaba cada día, algo que él siempre había deseado tener; una que lo comprendiera y apoyara, y toda la gente que estaba allí le demostraba con su cariño que formaba parte de ellos y la guinda del pastel era Ángel.

Hacía mucho tiempo que había perdido la esperanza de encontrar a la persona ideal, esa persona a la que querer y con quien compartir todo durante el resto de su vida, siempre creyó que esa persona no existía y que acabaría solo como muchos gais mayores que conocía. Una vez más, Samanta había conseguido que sus deseos se realizaran, pues de no ser por ella jamás hubiera podido conocer a Ángel. Samanta había sido siempre su ángel de la guarda y gracias a ella había conseguido todo lo que le hacía feliz en la vida, por eso era capaz de dar su vida a cambio de la felicidad de esa mujer maravillosa a la que adoraba.



Capítulo 66

Esa misma noche Samanta estaba abrazada a Víctor, recuperándose del esfuerzo al que él acababa de someterla amándola con mucha pasión.

—Acabo de acordarme de una cosa —indicó después de recuperar el aliento.

—¿Qué cosa? —preguntó Víctor

—¿Qué conversación tuviste con César para que estuviera tan encabezonado con irse a Madrid?

—Yo no le pedí que se fuera, te lo juro.

—Entonces, ¿por qué quería marcharse?

—Cuando desapareciste y andábamos como locos buscándote me preguntó si podría perdonarte y olvidar lo que pasó. Yo le dije que podría hacerlo, pero que me sería muy difícil confiar en ti sabiendo que os pasáis el día entero juntos trabajando. Fue entonces cuando él me propuso que si volvía contigo él se marcharía.

—Ahora lo entiendo todo. ¿Y por qué has cambiado de parecer?

—Primero, porque ya no me importa nada, casi te pierdo y me he dado cuenta de lo importante que eres para mí. Segundo, porque si César es capaz de arriesgar su vida por nuestra felicidad eso quiere decir que si estamos juntos tampoco se meterá en medio de los dos nuevamente. Tercero, ahora que Ángel está con él ya no hay peligro de que la pena le haga caer en tus brazos. Y, cuarta, no pienso volver a discutir contigo y voy a hacer hasta lo imposible para que esta relación funcione, así que tú tampoco estarás mal para volver a caer en los brazos de él.

—¿De verdad eres capaz de perdonarme sin resentimientos?

—En una cosa tenías razón, yo había roto contigo, así que literalmente no me engañaste. Nadie mejor que yo sabe que cuando uno está jodido puede cometer muchas tonterías. Yo le fui muchas veces infiel a Amanda y si lo hacía era porque estaba muy triste o muy cabreado con ella. Ella siempre me perdonó y lo hacía porque me quería. Yo estoy locamente enamorado de ti, Sam, y si no te perdonara el castigo sería para mí y no para ti.

—Quiero que sepas que nunca, nunca más, volveré a hacer algo así, lo juro.

—Lo sé.

—Tú eres el único hombre al que amo y que quiero en mi cama, el único que me hace feliz.

—Y tú eres a la única mujer a la que he amado y amaré siempre.

—Y, si me quieres, ¿por qué no vuelves a hacerme la pregunta que me hacías todas las noches antes de que pasara todo esto?

—Porque ya no me importa que seas o no mi esposa…

—¿Por qué? —preguntó asustada cortando sus palabras haciendo reír a Víctor, ya que sabía por dónde iban los tiros.

Samanta estaba preocupada porque después de esa noche desastrosa, antes de que todo ocurriera, Víctor no le había vuelto a pedir matrimonio, como hacía cada día.

—Lo único que me importa es saber que me quieres y que vas a estar a mi lado, lo demás solo son formalismos innecesarios.

—¡Víctor!

—¿Qué? —le dedicó una gran sonrisa volviéndola loca.

Samanta sabía que Víctor estaba jugando con ella y esa vez ella debía demostrarle hasta dónde era capaz de llegar por él, así que arrodillándose en la cama y mirándole a los ojos, con una voz muy seria y solemne, le preguntó:

—Víctor Delgado, ¿me haría usted el honor de aceptar mi propuesta de matrimonio y convertirse en mi esposo?

—¡Uuuf! No sé, si me lo pides de esa manera me da *yuyu*, no pareces tú —bromeó.

—Está bien, probemos con esta. —Sonrió ella y siguió con el juego—: Si no te casas conmigo, ¡te mato!

—¡Uuuf! Esa me da mucho miedo. —Se rio a carcajadas—. Prueba una vez más, dicen que a la tercera va la vencida.

—Está bien, una vez más. —Sonrió ella con mucha picardía volviéndolo loco—. Víctor, ¿quieres casarte conmigo? Si aceptas, juro hacerte el hombre más feliz del planeta y serte fiel hasta el fin de mis días.

—¡¡Síií!! Esa era la que yo estaba esperando. —Samanta muerta de la risa se echó en sus brazos y al hacer ese pequeño ronquidito con su garganta él la miró a los ojos—. No sabes cómo me gusta tu sonrisa, adoro ese ruidito que haces al reírte con tantas ganas.

—Eso es porque estoy feliz.

—¿Por qué ahora quieres casarte conmigo?

—¿Juras no enfadarte si te digo la verdad? —contestó ella con otra pregunta.

—Lo juro, me enfadaría si me mintieras.

—Antes no confiaba del todo en ti.

—¿Y ahora por qué sí?

—Ahora sé que en todo este tiempo me decías la verdad. Ahora sé que ese vídeo nunca existió, que Neus me puso exactamente lo que tú tantas veces me has jurado que fue lo único que grabaste, haciéndome creer que ese vídeo contenía todo lo que pasó esa noche entre nosotros y que después te reías con tus amigos de mí, viéndolo una y otra vez. También me confesó que esa noche tú no te acostaste con ella, que todo fue un montaje para fastidiarme.

—¿Qué noche?

—La mañana que fui a tu apartamento y me puso el vídeo escondió su sujetador entre tus sábanas desechas haciéndome creer que os habíais acostado.

—¡Qué hija de puta! Con razón estabas tan cabreada, entre eso y el vídeo. Debí insistir, debí obligarte a verlo.

—No te hubiera creído igualmente, hubiera creído que lo borraste en el momento en el que a ti te interesaba.

—Puede que tengas razón y, si quieres que te sea sincero, eso era exactamente lo que pensaba que dirías si intentaba enseñártelo.

—Debí creerte, lo siento, hemos malgastado media vida por culpa de una loca.

—No debes pedir perdón, si yo no me hubiera acercado a ti por los motivos que lo hice nada de eso hubiera pasado.

—Nada de nada, porque ni siquiera nos habríamos conocido.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tú nunca te habrías rebajado a hablar con la rarita del campus a no ser por esa

apuesta.

—Puede que tengas razón.

—Creo que todo pasó por un motivo.

—¿Por cuál?

—Por este resultado. Vamos a ser abuelos, tenemos un hijo maravilloso y otro en camino que la gente va a creer cuando nos vea con él que es nuestro nieto. —Volvió a reírse al ver la cara de disgusto de Víctor.

—No seas exagerada, tampoco somos tan viejos, y tú estás estupenda. Aparentas ser mucho más joven de lo que eres y, gracias a Dios, tu cuerpo es espectacular.

—Cuando tenga al bebé no sé si podré volver a tener este cuerpo, cuando una es joven se recupera mejor y más deprisa, como me pasó con Ricardo, ahora no sé si podré volver a ponerme mi ropa, ya casi no me entra.

—No me importa, quedes como quedes, yo seguiré estando loco por ti.

—Más te vale, porque tú eres el principal culpable de esto, yo estaba borracha.

—No mientas, estabas tan borracha como yo, los dos bebimos lo mismo, ¿recuerdas? Y, sí, yo al principio estaba bastante mareado, pero cuando te hice el amor ya se me había pasado, igual que a ti, así que los dos sabíamos muy bien lo que hacíamos. Y no intentes negármelo porque te sentí. —Acarició sus pechos besándola con ternura—. Esa noche fuiste mía y lo fuiste conscientemente. Niégamelo si te atreves —la retó dándole un beso tan apasionado que la dejó sin respiración.

—No… puedo —confesó en un susurro—, volví a desearte desde el primer momento en el que volviste a aparecer en mi vida, así que fingir estar borracha fue la excusa perfecta para entregarme a ti sin dar mi brazo a torcer.

—Eres mala y te gusta castigarme. —La besó de nuevo—. Me cabrea no haber podido estar contigo en todos estos años. —Volvió a besarla—. No haber podido disfrutar de tu compañía. —Un besó más—. Pero lo que más me cabrea, ¿sabes qué es? —preguntó con otro beso muy apasionado.

—No…, ¿qué es? —habló con la voz cortada por el deseo tan grande que él volvía a avivar en ella con tantos besos y tantas caricias.

—Todos los polvos que no te he echado durante todos estos años —soltó haciéndola reír a carcajadas consiguiendo otra vez ese pequeño ronquidito

—Qué bruto eres, pero sigue, me gusta.

—Todas las veces que no he podido decirte lo mucho que te amo.

—Bueno, pues ahora tienes todo el tiempo del mundo para decirme que me amas y todas las noches durante el resto de nuestras vidas para hacerme el amor.

—Te amo, Sam, y tienes razón, tenemos que recuperar todo el tiempo perdido.

Con esas últimas palabras la besó con una pasión infinita estremeciéndola entre sus brazos. Abriendo sus piernas se coló entre ellas penetrándola muy despacio y, mientras se movía dentro de ella, Samanta le susurraba al oído:

—Yo también te amo, Víctor, no te puedes imaginar cuánto te amo.

Volviendo a hacer el amor se quedaron dormidos y abrazados sintiéndose tranquilos después de esa conversación que habían mantenido. Sabiendo que ya nada podría interponerse entre ellos, así que en ese momento estaban completamente seguros de que podían ser muy felices juntos, formar una familia y disfrutar cada día de ese futuro tan prometedor que tenían por delante.



Capítulo 67

Cuatro días después César estaba totalmente recuperado de ánimos y de fortaleza, aun así, debía permanecer en el hospital, pues la herida en el pecho aún debía cerrarse y curarse un poco más antes de irse a casa para no correr riesgos.

Ángel no se había movido de su lado en todos esos días, solo el rato que Samanta iba a verlo y así él aprovechaba para ducharse y cambiarse de ropa. Ángel lo atendía y lo cuidaba con mucho cariño, y César se sentía muy feliz al tenerlo a su lado. En esos días habían hablado mucho, ya que no podían hacer otra cosa, solo charlar y besarse, eso les venía bien para ir conociéndose mejor. Anteriormente, lo único que hacían era citarse para tener sexo rápido, y después Ángel volvía a casa con su esposa o al trabajo o a cualquier sitio que lo alejara de César, puesto que le avergonzaba lo que hacían.

—¿Estás bien así? —Ángel se tumbó a su lado.

—Sí, estoy bien, ya no tienes que seguir preocupándote, me encuentro perfectamente.

—Ya, pero no puedo evitarlo. Creo que nunca se me va a borrar de la mente el momento en que te vi muerto delante de mí. Bueno, para ser sincero, fueron dos; uno cuando te vi tumbado en el suelo después de que te disparara esa loca y, el otro, cuando en la ambulancia tu corazón dejó de palpitar. —Puso la mano sobre su pecho—. En ese instante me sentí morir, nunca creí que una persona pudiera llegar a significar tanto para mí y menos que esa persona fueras tú.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre creí que la persona a la que más quería en el mundo era a Berta y no porque estuviera enamorado de ella, sino simplemente porque la quería, después de ella siempre fue Víctor, él es como un hermano para mí. Sin embargo, después de todo lo que ha pasado estoy completamente seguro de que tú eres la persona más importante de mi vida, de que te quiero y de que quiero compartir contigo todo.

—¿Todo? ¿Estás seguro?

—Sí, lo estoy.

—¿Recuerdas por qué corté contigo?

—Sí.

—Te quiero y, como bien has dicho, tú eres la persona más importante de mi vida, pero sigo sin querer ser siempre el que se deje montar, si estamos juntos ha de ser al cincuenta por ciento.

—Lo sé, y estoy dispuesto a darte mi cincuenta por ciento sin restricciones.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro. —Le dio un beso muy ardiente para después dejarlo pasmado al decir—. Y te lo voy a demostrar ahora mismo.

—¡¿Qué?! No te vuelvas loco, sabes que no podemos hacer nada, que estoy lesionado y no estoy para muchos jueguecitos que me pongo como una moto y después me quedo a medias.

Mientras hablaba, Ángel se dirigió hacia la puerta y cerró con pestillo, al volverse lo miró

sonriendo y, acercándose a la cama, le preguntó:

—¿Recuerdas lo que me dijiste la primera vez que nos enrollamos?

—No, recuerdo lo que me dijiste tú. Que no volviera a acercarme a ti porque si no me matarías.

Ángel se rio a carcajadas, y César lo miró embelesado, ese hombre lo volvía loco y era tan guapo y tan sumamente atractivo cuando sonreía que le hacía palpitar el corazón.

—Vale, esa primera vez no, la segunda entonces, en casa de Víctor, cuando me obligaste a humedecer mis pantalones. —Sonrió tumbándose en la cama besándolo con pasión.

—Yo no te obligue a nada, tú… tú estabas más caliente que un cazo… —se defendió con la voz entrecortada, pues Ángel acababa de meter la mano por dentro de su ropa interior hasta llegar a su erección, que no necesitaba demasiado para ponerse dura—. ¡Joder, Ángel! No… no me hagas esto que desde la última vez que estuvimos juntos no he vuelto a estar con nadie, bueno, a excepción de Samanta.

—Mejor no hablemos de eso —le advirtió muy serio consiguiendo que César sonriera al notar sus celos—. Yo sí que no he estado con nadie después de ti, pero no has contestado a mi pregunta. —Apretó con fuerza su erección moviendo la mano, consiguiendo que César gimiera de placer—. ¿Qué me dijiste antes de irme?

—¿Que me debías una corrida? ¡Jodeeeer! —gritaba César imaginándose lo que Ángel pretendía hacer.

—Exacto, y creo que ya va siendo hora de que pague esa deuda, ¿no crees? Y para demostrarte que estoy contigo al cincuenta por ciento voy a hacerte algo que nunca creí que le haría jamás a un tío, algo que tú me has hecho muchas veces, y que yo siempre me he negado a hacerte.

Besándolo otra vez con mucha lujuria, empezó a desabrocharle la chaqueta del pijama, al mismo tiempo que con los labios recorría su cuello y continuaba bajando lentamente por su pecho, besando con mucha ternura el vendaje que protegía esa cicatriz que le recordaba esa segunda oportunidad que un pequeño milagro les había concedido y siguió descendiendo hasta llegar a su abdomen. Cuando César se dio cuenta de lo que Ángel estaba dispuesto a hacer, cogió su cabeza para que se detuviera.

—Para, Ángel…, para, por favor.

—¿Qué te pasa? ¿Te he hecho daño?

—No, no me has hecho daño, pero no quiero que sigas.

—¿Por qué? ¿Tan mal lo hago?

—¡Joder, no es eso! Estoy como una moto, me tiemblan hasta las piernas.

—Entonces, ¿por qué no quieres que siga?

—Ángel, yo no quiero que te sientas obligado, no quiero que hagas esto porque creas que me lo debes. Cuando yo lo hacía era por placer, para darte gusto porque me encanta verte disfrutar. Nunca me sentí obligado a nada contigo, y no quiero que tú te sientas…

—¡Ssshhh! Deja de decir tonterías —le pidió con el dedo en su boca para hacerle callar—. Si me lo hubieras pedido antes, sí, te puedo asegurar que me hubiera sentido obligado y, aun así, no lo hubiera hecho. Ahora todo es distinto, César, he salido del armario y lo he hecho por ti y quiero darte, mejor dicho, necesito darte todo lo que tú me das a mí y, si quieres que esta relación funcione, tendrás que dejar que sea al cincuenta por ciento —repitió sus palabras muy serio, consiguiendo una gran sonrisa de César.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. Y, ahora, ¿te vas a portar bien y vas a dejar que pague mi deuda? —

bromeó.

César volvió a sonreír, nervioso y deseoso al saber el final de esa conversación.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras, recuerda que soy todo tuyo.

—¡Uuummm! Eso me gusta.

Ángel volvió a atrapar su boca y lo besó con fuerza, con pasión, con mucho deseo y nuevamente sus labios volvieron a bajar muy despacio por su pecho, por esa cicatriz, por su abdomen y, justo cuando agarró su erección grande, dura y palpitante; César sintió un escalofrío, pero cuando la boca de Ángel se apoderó de ella un gran gruñido gutural salió de su garganta.

Ángel la acariciaba, la besaba, la lamía y la succionaba muy lentamente, mientras observaba cómo César se deshacía de placer y, cuanto más placer le daba, más satisfecho y más deseoso se volvía y las ganas de darle más placer lo invadían, así que sin poder evitarlo aceleraba todos sus movimientos para volverlo loco, más caricias, más besos, más lametones y sobre todo las succiones eran mucho más profundas y más fuertes. Consiguiendo exactamente lo que quería, escuchar y ver a César derrumbarse de placer suplicando:

—¡Para…, para, por favor…, o me voy a correr en tu boca!

Ángel, poniéndose de nuevo a su lado, sin apartar su mano y sin dejar de moverla, le dijo:

—No pienso parar y no voy a dejarte a medias.

Nada más decir eso atrapó su boca con la suya besándolo con mucha pasión, y con unos últimos movimientos de muñeca consiguió que César llegara hasta el final, sintiendo cómo se liberaba en su mano y en sus propios pantalones de pijama. Cuando dejó de besarlo, lo miró a los ojos y le sonrió, César consiguió decir aún con la respiración entrecortada:

—Ha sido… la mejor mamada… que me han hecho en la vida.

—¿Y te han hecho muchas?

—Demasiadas.

—Entonces puedo darme por satisfecho.

—Nooo, satisfecho estoy yo… —aseguró haciendo reír a Ángel—, y no te puedes imaginar cuánto. Acabas de quitarme todo el estrés de encima.

—Eso es bueno.

—Sí, muy bueno.

—Voy a lavarme, y después llamaré a las enfermeras para que te cambien el pijama. Van a pensar que te has meado.

—No me seas capullo y no llames a nadie, ya se secará —protestó César tapándose con las sábanas.

Ángel no pudo evitar reírse a carcajadas, mientras se secaba las manos y la boca después de haberse lavado.

—La verdad es que yo tuve que pasar toda la noche con los calzoncillos y los pantalones húmedos por tu culpa, así que ahora te toca a ti sufrir esa vergüenza.

—Pero valió la pena, ¿no?

—Sí, valió la pena porque fue justo en ese momento cuando me di cuenta de que el sexo contigo debía de ser lo que siempre quise sentir y que me faltaba cuando le hacía el amor a Berta. A ti ahora también te ha valido la pena, ¿verdad? —Se tumbó a su lado nuevamente.

—Sí, aunque yo también supe esa noche que ibas a ser mi perdición, ¿y sabes por qué?

—No. ¿Por qué?

—Porque nunca un tío se me había desecho de placer como lo hiciste tú con un simple beso y unos movimientos de pelvis provocativos.

—Muuuy, muuuy provocativos —corrigió Ángel haciéndole reír.

—Quería volverte loco.

—Y lo conseguiste.

—¿Y sabes por qué?

—No. ¿Por qué?

—Porque, desde el mismo instante en que te vi, supe que debía hacer hasta lo imposible por tenerte a mi lado.

—Y lo hiciste, te dejaste matar para que corriera a tu lado —bromeó.

—No me puedes negar que dio resultado. —Sonrió siguiendo su broma.

Ángel acarició la herida que tenía en el pecho por encima de las gasas, ya que estaba tapada.

—¿Te duele? No te habré obligado sin darme cuenta a hacer algún esfuerzo, ¿verdad?

—No, estoy estupendamente, y antes de que pararas preferiría morir de dolor. Tengo ganas de recuperarme del todo y así poder hacerte el amor, me muero de ganas, desde el primer beso que te di en ese ascensor.

—César, quiero que sepas que… que eso aún me da un poco de miedo.

—¿Por qué? Estoy seguro de que cuando lo pruebes te va a encantar.

—Sí, pero seguro que duele un huevo, por lo menos la primera vez, como a las tías, y eso es lo que me asusta. —César se rio a carcajadas.

—Qué tonto eres. Seguro que cagas zurullos más grandes que mi polla y que conste que no la tengo pequeña. —Con ese comentario consiguió que Ángel riera a carcajadas.

—Ya, lo acabo de comprobar hace un momento. Nunca había pensado en lo que acabas de decir y puede que tengas razón, a veces, hasta embozo el váter —bromeó haciéndole reír.

—¿Ves?, tampoco va a ser para tanto —siguió mofándose César—. Tienes miedo a lo desconocido y es normal, y te juro que voy a ser tan paciente y voy a prepararte tan bien que si sientes algo de dolor será leve y pasajero.

—Si no me gusta y te pido que pares, ¿pararás?

—¡Uuuf! ¿Sabes lo que me estás pidiendo? ¿Nunca has estado con una virgen?

—Sí, Berta era virgen.

—Pues ella no es muy grande, y tú estás muy bien dotado. Estoy seguro de que le dolería bastante la primera vez.

—Sí, y sé por dónde vas.

—Ella te pidió que pararas, ¿verdad?

—Sí.

—Y tú, aun sabiendo el dolor que le causabas, ¿pudiste parar?

—No, no pude. Pero porque sabía que cuanto más largo lo hiciera sería peor para ella y también que en cuanto la penetrara el dolor cesaría y todo sería perfecto.

—Pues a ti te pasará lo mismo, y espero que tú puedas aguantar un poco de dolor por una gran recompensa, como hizo Berta por ti, ¿no crees?

—Eres un capullo.

—Pero tengo razón, ¿no?

—Sí, tienes razón.

César, sonriendo, le dio un beso y justo en ese instante llamaron a la puerta, pues a Ángel se le había olvidado por completo volver a abrirla. Al abrir vio a Samanta sonreír al entrar y decir:

—¡Uuuyyy! Estáis solitos y la puerta cerrada, ¿queréis que vuelva más tarde?

—Qué tonta eres. Anda, ven aquí y dame un beso —le pidió César.

—Ya que estás aquí aprovecharé para ir a darme una ducha —indicó Ángel dándole a Samanta un beso en la mejilla.

—Espera, antes quiero contaros algo.

—¿Qué has hecho esta vez? —bromeó César.

—¡Nada! ¿Por quién me has tomado? —Samanta siguió la broma acercándose a la cama y dándole un beso a César.

—Bueno, entonces, ¿qué pasa?

—Víctor y yo vamos a casarnos.

—¡¡Vaya, ya era hora!! —gritaron los dos a la vez riéndose.

—¡Oye! No seáis tontos, más vale tarde que nunca.

—Eso sí —aseguró César.

—Desde luego —corroboró Ángel.

—Pero tengo una sorpresa.

—¡¿Cuál?! —volvieron a preguntar los dos a la vez.

—Va a ser una boda doble.

—¡¿Qué?! —Se sorprendió Ángel.

—¿Qué quieres decir? —interrogó César al mismo tiempo.

—Pues que cuando ayer se lo contamos a los chicos decidieron casarse con nosotros.

—Pero Raquel quería casarse después de tener al bebé —apuntó Ángel.

—Ya, pero ayer cuando se lo contamos le hacía mucha ilusión compartir ese día con nosotros. Y ya sabes cómo es mi hijo, todo lo que ella diga va a misa.

—A mí me parece muy bonito. ¿Y cuándo va a ser? Porque como esperéis mucho Raquel parirá en el altar —bromeó César haciéndoles reír.

—Qué exagerado eres. Pues todo depende de ti, guapo, y de que te recuperes pronto porque Víctor y yo queremos que seas nuestro padrino.

—¡Vaya! Es un gran honor e intentaré recuperarme lo más rápidamente posible.

—Así me gusta. Vais a ser los padrinos más guapos del mundo.

—¿Padrinos? —volvió a sorprenderse Ángel.

—Sí, porque tú serás el padrino de Raquel, ya que su padre estará ocupado casándose conmigo. —Se rio.

—Pues, como bien ha dicho César, será un gran honor ser el padrino de mi sobrina.

—Entonces todo está arreglado.

—¿Quién serán las madrinas? —preguntó César.

—La de Víctor su madre, cómo no. Si no le dejamos ser la madrina nos mata. Y la de Raquel mi madre, que también le hace mucha ilusión.

—¿Y el padre de Víctor no ha querido ser el padrino de su nieta? —preguntó Ángel.

—A Raquel le hacía ilusión que fueras tú y a su abuelo no le ha importado. Total, ha sido el padrino de sus dos hijos medianos y de una de sus nietas.

—Entonces me quedo más tranquilo. Pero… ¿y Amanda?

—Amanda ha dicho que si se casa con su padre y conmigo no piensa asistir. Y Raquel la ha mandado al carajo.

—No me extraña.

—Ya me muero de ganas de salir de este hospital para asistir a esa boda doble y para reincorporarme al trabajo.

—Pues no tengas prisa, primero está tu salud y después todo lo demás.

—Samanta tiene razón, no tengas prisa, y recuerda que la herida debe soldar bien, así que ten calma.

—Síií, lo sé, lo sé, pero me muero de ganas de volver al trabajo. —Miró a Samanta—. ¿Cómo

va todo por allí?

—Muy bien, así que no te necesitamos. —Cuando vio la cara de desolación de César, Samanta sonrió y le habló con mucho cariño—: No seas tonto, ¿te lo has creído? Tú eres el pilar de esa empresa, y todos esperan verte de nuevo paseando y dando órdenes por los pasillos. Todos te echamos de menos, sobre todo, yo. Mi despacho está muy vacío sin tus visitas, y cuando entro al tuyo y no te veo detrás de la mesa me pongo muy triste. Así que fíjate si tienes motivos para recuperarte rápido.

—Sí, tienes razón.

—Yo os dejo, voy a casa a darme una ducha. Luego nos vemos.

—¡Hasta luego! —dijeron los dos a la vez despidiendo a Ángel.

—Y, ahora que estamos solos, ¿vas a contarme que hacíais encerrados? —preguntó con mucha picardía.

—¡Nooo! —gritó César riéndose—. No voy a contarte nada, cotilla.

—Está bien, pero al menos dime si tus dudas han desaparecido, si crees que Ángel puede llegar a hacerte feliz.

—Después de lo que acaba de pasar hace un rato, creo que sí —contestó riéndose con la misma picardía.

—Vale, entonces prefiero no saber lo que ha pasado hace un rato, estás demasiado feliz —al decir eso los dos empezaron a reírse a carcajadas.

—Sí, la verdad es que me siento muy feliz.

—Me alegro, te lo mereces y adviértele a Ángel de que si te hace sufrir tendrá que vérselas conmigo.

Empezaron a hablar de trabajo y se les pasó el tiempo volando, cuando volvió Ángel se integró en la conversación, y al rato llegó Víctor, el cual saludó a César, besó a Samanta y después le preguntó a Ángel:

—¿Podemos salir fuera? Quiero hablar contigo.

—Sí, cómo no.

—Esta mañana he hablado con los chicos y les he expuesto tu caso —le explicó una vez salieron.

—¿Y? No quieren que vuelva, ¿verdad?

—Te equivocas, te quieren, te respetan y quieren que tú sigas siendo el segundo de a bordo.

—¿Estás seguro?

—Sí, incluso a mí me han sorprendido porque pensé que al principio se sentirían mal, y que yo tendría que pelear por ti para que te aceptaran o amenazarlos con matarlos —bromeó haciendo reír a su amigo.

—¿Tan fácil ha sido?

—Sí. ¿Quieres que te cuente algunos de sus razonamientos?

—Sí.

—Pues han dicho cosas como: «¿Y qué importa?, hoy es algo bastante habitual, mientras no intente tocarme el culo».

—Eso lo ha dicho Carlos, ¿a qué sí?

—Sí. A ver si sabes quién ha dicho esto: «Nunca me he sentido observado por él, es un buen entrenador, un buen amigo y siempre puedes contar con él. Por mí no hay problema».

—Rubén.

—Sí. Él siempre acude a ti cuando tiene un problema. Y Álvaro me ha dicho que eres el mejor curando lesiones. Alex, que nadie mejor que tú puede dar los masajes cuando tienen contracturas

y que nunca se ha sentido incómodo o intimidado cuando lo haces. Y así podría estar todo el día. Los chicos te quieren, Ángel, y no quieren que dimitas. Simplemente, tienes que ser el mismo de siempre, eso es lo único que necesitan cuando vuelvas.

Ángel, emocionado por todas esas palabras, sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

—Está bien, diles a los chicos que les agradezco su apoyo y que en cuanto César se recupere volveré al trabajo.

—¡Bien!, entonces te estaremos esperando.

Después de esa conversación volvieron a la habitación, y todos se pusieron a hablar de las futuras bodas y de que tenían que ir a juicio para la acusación que habían puesto contra Neus, que según sus abogados tanto ella como su compinche, Antonio, pasarían una buena temporada en la cárcel, ya que al estar todo grabado en vídeo nada podían alegar ninguno de los dos para salir de ese embrollo.

Los cuatro se sentían muy bien juntos y es que no se podía pedir más, eran parejas y los mejores amigos. Así que estar juntos era todo un placer.

Epílogo

Dos meses después, a finales de abril, todo estaba muy bonito para celebrar esa boda doble en la orilla de la playa. La panadería la habían acondicionado llena de mesas y sillas en la terraza, para que los invitados pudieran sentarse después de la boda, también habían contratado un cáterin para que se ocupara de todo lo referente a la comida, bebida, servir, atender las mesas y a los invitados.

Habían colocado unos cuencos de cristal y unas velas dentro encendidas formando un gran pasillo desde la terraza hasta el altar en la orilla del mar. El altar era una tarima de madera adornada con unas flores muy bonitas y en ella habían colocado una mesa para poder poner los recipientes de cristal, ya que iban a casarse por el ritual de la arena, para lo cual necesitaban una mesa, pues cada uno de ellos con su respectiva pareja debía vaciar un recipiente con arenas de distinto color juntos en otro recipiente de cristal, para que cuando se mezclaran sus vidas quedaran entrelazadas para siempre sin poder separarse nunca, como esa arena al caer en el frasco imposible de separar una vez incorporada.

Detrás de la mesa y encima de esa tarima el maestro de ceremonias encargado de oficiar el ritual, Víctor y Ricardo, con sus respectivas madrinas frente a él al otro lado de la mesa, esperaban a las dos novias. Igual que los invitados que permanecían de pie a los dos lados de ese pasillo de velas.

Todos vestían de blanco, elegantes, pero informales, era el requisito para asistir a esa boda, una boda blanca a la orilla del mar. Víctor y Ricardo estaban muy guapos con sus pantalones blancos y camisa blanca de lino, con las mangas remangadas y los tres primeros botones desabrochados, como casi todos los hombres ese día, pues empezaba a hacer calor y apetecía sentir el sol en la piel. Esperaban nerviosos a sus respectivas novias y muy felices de estar un día como ese todos juntos, ya que no habían tenido ocasión de compartir juntos algo tan importante jamás.

Víctor nunca pudo disfrutar de un acto importante en la vida de su hijo, como su bautismo, su comunión, su graduación o esos veinticuatro cumpleaños que se había perdido uno detrás de otro. En ese momento estaban compartiendo uno de los días más felices en la vida de cualquier persona, casarse con la mujer que uno amaba y para los dos era su primera vez porque, aunque fuera la segunda vez que Víctor se casaba, era la primera que lo hacía feliz y enamorado, y a los dos les había costado mucho llegar hasta ahí, así que era un motivo muy importante para celebrar.

Cuando las dos novias aparecieron una al lado de la otra, hermosas y radiantes de felicidad, con sus vestidos blancos ibicencos, muy bonitos, pues las dos llevaban casi el mismo modelo; con cuello de barca, todo el pecho engomado y largo hasta los pies con una falda con mucho vuelo. Debajo del pecho una cinta de raso se anudaba a sus espaldas, la cinta de Samanta era de color azul cielo, como las flores que adornaban su recogido en el pelo, y las de Raquel, rosa. Solo las diferenciaban sus respectivas barrigas, la de Samanta, que ya empezaba a coger forma en su cuerpo y a deformar su preciosa silueta con casi cuatro meses de embarazo, y la de Raquel, que estaba bastante prominente a sus seis meses de embarazo.

Caminaban colgadas del brazo de César y Ángel, que a cuál de los dos estaba más guapo, vestidos también de blanco, resaltando en el moreno de su piel.

Víctor y Ricardo no podían dejar de mirar a esas dos mujeres que caminaban hacia ellos,

ambas hermosas. Los dos sentían amor y orgullo al hacerlo, uno porque hacia él caminaba su futura esposa y madre de sus hijos y a su lado la hija que tanto amaba, y el otro también sentía un gran amor por esas dos mujeres, la que le había dado la vida y la que se la había completado.

Cuando César y Ángel se las entregaron en el altar, sus sonrisas y sus miradas verdes penetrantes lo decían todo, ya que se parecían mucho y hasta tenían la misma manera de mirar, esa que te desarmaba en solo un segundo. Cogiéndolas de las manos los dos hablaron al mismo tiempo como si lo tuvieran ensayado.

—¡Estáis guapísimas!

—¡Vosotros también! —dijeron ellas al unísono, como si también lo hubieran ensayado.

A los cuatro les dio la risa, después se volvieron hacia el maestro de ceremonia y esperaron en silencio a que empezara su discurso, el cual recitó unas palabras muy bonitas y, después de ponerse cada uno los respectivos anillos, procedió al ritual de la arena diciendo así:

—Nos encontramos aquí para ser testigos de la unión de Samanta y Raquel, con Víctor y Ricardo, quienes han decidido simbolizar su matrimonio a través de la ceremonia de la arena. Esta ceremonia representa la unión inseparable de esta pareja, en una relación matrimonial nueva y eterna. Hoy las vidas de Samanta y Raquel con Víctor y Ricardo se entrelazan y simbolizan su unión a través del vertido de estos recipientes de arena. Cada uno representa todo lo que ellos han sido, todo lo que son y todo lo que en el futuro serán. Así pues, tomad los recipientes en donde cada grano de arena representa vuestras vivencias, sentimientos y acontecimientos que formaron parte de vuestras vidas por separado, y vaciad la arena en este nuevo recipiente, donde los granos se mezclarán y no podrán volver a separarse, al igual que vosotros, convirtiéndoos así en un matrimonio unido por el amor.

Los cuatro cogieron cada uno un recipiente y comenzaron a verter cada pareja su arena en un recipiente distinto, pero, al mismo tiempo; mientras la arena se juntaba formaban unas vetas muy bonitas al caer. La arena de Samanta era de color azul, y la de Víctor roja. La arena de Raquel era rosa y la de Ricardo verde.

Mientras volcaban la arena las novias decían al unísono, pues lo habían ensayado juntas:

—Hoy me uno a ti y te entrego mi amor, mientras mi corazón se une al tuyo para siempre como estos granos de arena.

Ellos también habían ensayado unas palabras y los dos al mismo tiempo empezaron a recitarlas después de ellas:

—A partir de este día somos uno y como estas arenas estaremos unidos el uno al otro hoy, mañana y siempre.

Una vez terminado el ritual el maestro de ceremonia concluyó diciendo:

—Ahora estos recipientes se han vaciado y las arenas se han fusionado en una sola y, así como estos granos de arena nunca podrán ser separados, sea vuestro matrimonio. Enhorabuena, podéis besaros.

Los cuatro se fundieron en un beso, antes de que todos los invitados los separaran para felicitarles. Cuando volvieron a estar juntos, Víctor hizo una señal a la pequeña orquesta que habían contratado y sin decir una palabra cogió a su mujer entre sus brazos.

—Te amo, Sam —susurró besándola con ternura mientras empezaban a bailar.

Cuando Samanta escuchó esa canción tan bonita y significativa entre ellos le sonrió.

—¡*Hello!* Mi, por fin, maravilloso marido. —Samanta le dedicó una gran sonrisa.

—¡*Hello!* Mi, por fin, maravillosa mujer. —Le devolvió la sonrisa, después se fundieron en otro beso.

—No me puedo creer que por fin estemos casados.

—Ni yo.

—Y, bien, ¿dónde vas a llevarme de viaje de novios?

—¿Dónde quieres ir?

—No me importa mientras esté contigo.

—Buena elección porque ya tengo el viaje reservado.

—Aaah, ¡sí! ¿Y dónde vamos? —preguntó con mucha curiosidad.

—A Bali.

—¡Ooohh, Dios mío! Siempre he querido ir allí.

—Lo sé, me lo dijo un pajarito.

—¿César? —preguntó ella aun sabiendo la respuesta.

—Sí.

—Cómo adoro a ese hombre, pero no más que a ti, lo juro.

—Lo sé. —Sonrió Víctor—. ¿Estás dispuesta a dejar tu trabajo tres semanas para venirte conmigo a Bali?

—¡¿Bromeas?! Bali y tú sois mi prioridad, y no se hable más —contestó con una mirada muy divertida, loca de contenta.

Víctor no pudo evitar reírse a carcajadas, al ver esa expresión tan graciosa con la que le había dicho eso, y volvió a besarla con mucha pasión.

—¿Sabes una cosa?

—No. ¿Qué?

—Que agradezco haber hecho esa estúpida apuesta hace veinticuatro años.

—¿Por qué?

—Porque de no haber sido así ahora no estaríamos aquí.

—En eso tienes razón, de no haber sido por esa apuesta y todas sus consecuencias, ahora no estaríamos aquí.

Víctor volvió a besarla y mientras se fundían en ese beso sus cuerpos se balanceaban al compás de la música, esa preciosa canción de Lionel Richie que un día los unió para que los dos pudieran decir «*Hello*» al amor; Samanta, por ser su primera vez, y Víctor, por ser la primera vez que se enamoraba.

Fin

Agradecimientos

Quiero agradecerles a mi chico y a mis niñas todo su apoyo, por estar siempre ahí, animándome, mimándome, queriéndome…, pues ellos son mi motor y mis ganas de levantarme todos los días.

En especial deseo agradecerle esta vez a mi hija Sandra y a mi sobrino José Antonio, su participación, pues ellos son los modelos que dan vida a la portada, y gracias a ellos y a su paciencia en esa divertida sesión de fotos el resultado ha sido espectacular.

También agradecerle a mis amigas y vecinas, Lola y Rosi, que como siempre que las necesito están ahí, aunque sea de hoy para mañana ellas nunca me fallan. Así que el resultado de esta portada tan espectacular también es gracias a ellas. Os quiero chicas.

A mi Marien F. Sabariego (ADYMA Design), gracias por estar siempre ahí, apoyándome, aconsejándome, y sobre todo por esa magia que posee para crear esas portadas y maquetaciones tan espectaculares. Con cada una de ellas me enamora y, como se rumorea por las redes, consigue que me dé un «cuquiorgasmo portadil», je, je, je. Eres única, no cambies nunca.

A Raquel Antúnez (Magia en forma de letras), por este trabajo tan increíble y hacerme un huequito en tu agenda para esta corrección. Ha sido un placer trabajar contigo.

A L@s auténtic@s devoralibros (María José y Noelia), por ese apoyo que nos brindan en cada uno de sus proyectos, el esfuerzo y el trabajo que hacen para promocionarnos, tanto por las redes como en vivo y en directo con sus eventos. Como siempre os digo con mucho cariño: ¡Sois auténticas!

A mi familia, mis amigos, mis lectoras cero, a todos gracias por estar ahí. Espero que pronto podamos vernos, abrazarnos, achucharnos… y a toda la gente que me acompaña por las redes os mando un abrazo virtual.

Besitos, os espero en mi próxima locura.

Biografía

Natalia Román nació en Aubervilliers (París) en 1968, pero reside en Valencia desde los cinco años. Actualmente vive en Sedaví (Valencia) con su marido y sus dos hijas.

Siempre fue una amante de la novela romántica y ahora es adicta a la escritura de ese mismo género. No sería capaz de explicar cómo y cuándo decidió entrar a formar parte de este mágico y maravilloso mundo de la literatura, simplemente sintió la necesidad y se lanzó. Desde entonces, no ha podido parar de escribir. Tras presentarse al I Concurso de Romantic Ediciones, donde quedó finalista con su novela *Heredando el amor,* vio hecho realidad su sueño de publicar. Pero cuando decidió lanzarse a la autopublicación, ese mundo la atrapó y desde entonces todas sus obras son autopublicadas. *La hija del jardinero, Esclava de tu venganza, Prisionera de tu venganza, Siempre serás mi héroe*, el relato solidario *Siempre serás nuestro superhéroe, Heredando el amor* Y *La serie Esmeralda.* También ha colaborado en la Antología solidaria *Un sueño de verano* para la asociación Es per tú con su relato *Promesas de verano.*